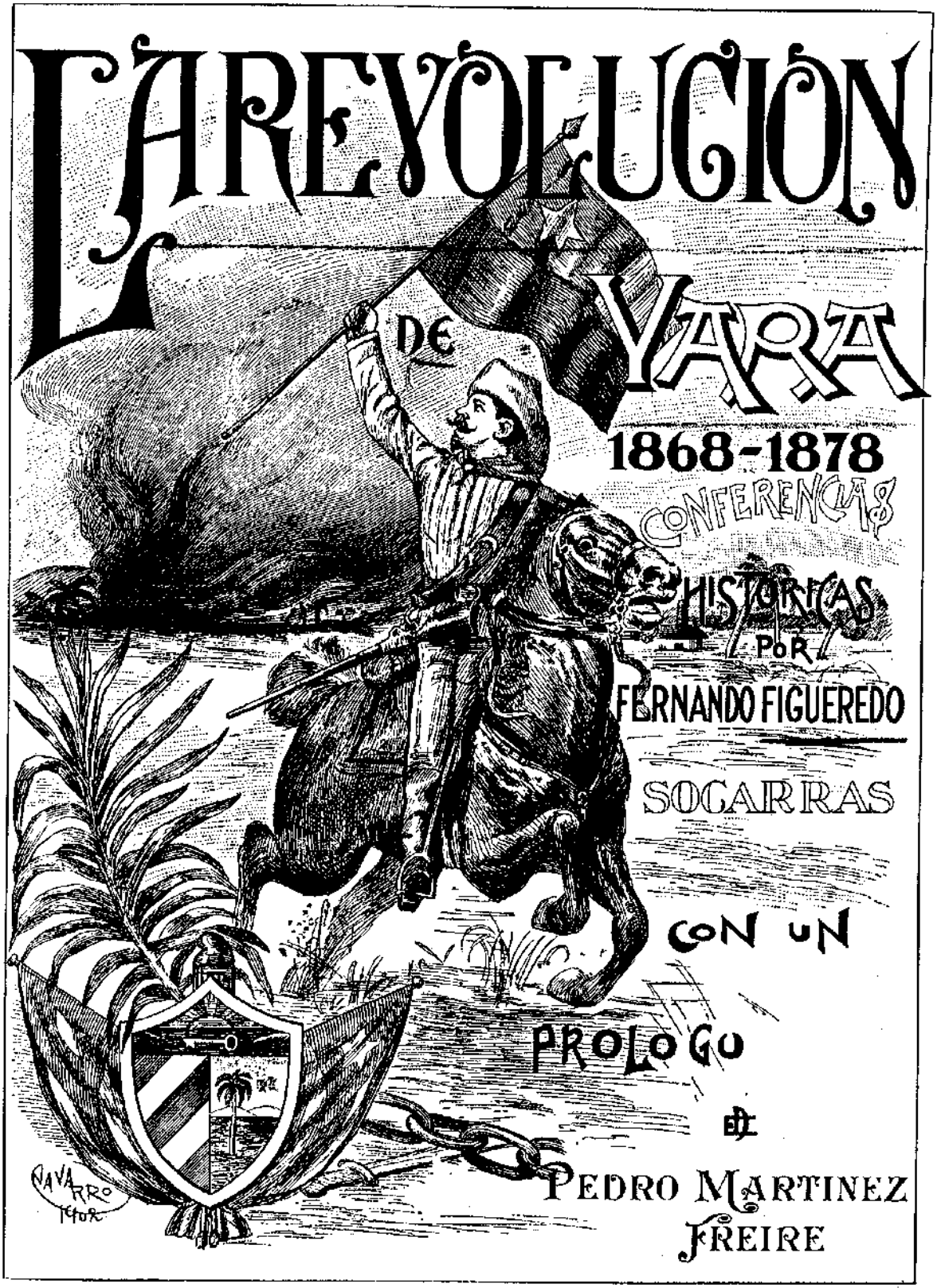
# LA REVOLUCION DE YARA



1868-1878

CONFERENCIAS HISTÓRICAS

POR

FERNANDO FIGUEREDO

SOCARRAS

CON UN

PROLOGO

DE

PEDRO MARTINEZ FREIRE

# LA REVOLUCION DE YARA.

Fernando Figueiredo

FERNANDO FIGUEREDO SOCARRAS

# La Revolución de Yara

## 1868-1878

## CONFERENCIAS

### PROLOGO

DE

PEDRO MARTINEZ FREIRE

HABANA

M. PULIDO Y COMPAÑIA, IMPRESORES

30, AMARGURA 30

1902

# ÍNDICE


Páginas.

PRÓLOGO ..... IX
Cartas del Mayor General Calixto G. Iñiguez y José Martí ..... 1
Al lector ..... 3

PRIMERA CONFERENCIA

El campamento de Bijagual y la deposición del Presidente Céspedes.—Infundadas apreciaciones contra la Cámara de Representantes.—La verdad de los hechos.—El nuevo Presidente de la República.—Actividad patriótica.—Reunión en San Agustín de las Tunas.—Cuándo debió darse el grito de independencia.—El 10 de Octubre.—¡A Cambute!—Entrevista con Céspedes.—Nuevo Gabinete.—Marcha á Bayamo.—La división territorial.—Sus jefes.—Noticia de la deposición de Céspedes.—El General Gómez.—Delante de Guáimaro.—Una heroína cubana.—Combate glorioso de Palo Seco.—Dos comunicaciones.—Después de la victoria.—Vuelta á Camagüey ..... 7

SEGUNDA CONFERENCIA

Asalto á Manzanillo por el General Calixto García.—Contrariedad inesperada.—Avanza el Brigadier Maceo.—Bajas irreparables.—El fracaso de Santa Rita.—Más muertos gloriosos.—Acción de Melones.—Victoria del General García.—En Cambute.—Proceder del Gobierno con Céspedes.—Oferta incumplida del Presidente Cisneros.—Exigencia del doctor Maceo.—Se le niega á Céspedes salir para el extranjero.—Estancia en San Lorenzo.—Grave acontecimiento en el Gobierno.—Vida del ex-Presidente en su retiro.—Errores de trascendencia.—Marcha al Camagüey.—Campamento en San Diego de Buenaventura.—Llegada del General Gómez.—Reunión misteriosa.—Invasión de las Villas.—El himno de guerra.—Distribución de las fuerzas.—Primer combate de los orientales en Camagüey.—Batalla de Naranjo por el General Gómez.—Gloriosa victoria del ejército libertador.—La infantería Oriental y la caballería Camagüeyana.—Hecatombe de los españoles.—Ataque en Mojacasabe.—En Oriente.—Amotinamiento de Payito León.—Conducta del General Vicente García.—Funesta noticia.—Detalles sobre la muerte del ex-Presidente Céspedes.—Extraña coincidencia.—¡En la fosa! ..... 25

TERCERA CONFERENCIA

Acusación de Payito León.—Inesperada resolución del Gobierno.—Precedente fatal.—Organización en Oriente.—El Coronel Juan Ríus Rivera.—Acción constante.—Marcha á Oc-

Páginas.

cidente.—Gloriosa batalla de las Guásimas.—Estrategia del General Gómez.—Mr. Dockery en la acción.—Derrota y desmoralización del enemigo.—Enrique el Americano.—Sus proezas.—Un canto de guerra.—Reanudación del combate.—Trescientos enemigos muertos.—Exploración á las Villas.—Ataques á Nuevitas y Cascorro.—Marcha al Chorrillo.—Aplazamiento fortuito.—Prudente actitud de Gómez.—Orientales á Oriente.—Toma de San Jerónimo.—Reveses del General García Iñíguez.—Concentración desgraciada.—¡A sus casas!—Contra Braguetudos.—Carta del General García al General Calvar.—Supuestas negociaciones de arreglo con España.—Funesta noticia.—Causas de la heroica resolución del General García Iñíguez.—El Comandante Aznar.—Su actitud con Esteban de Varona.—Varona en capilla.—Su salvación..... 45

CUARTA CONFERENCIA

Marcha penosa á Bayamo.—Llegada á Guá.—El Presidente Cisneros.—Escalafón del ejército.—A las Villas.—Preparativos del General Gómez.—El Coronel Jiménez en Sancti Spíritus.—¡A la trocha!—El General Roloff.—¡Gómez herido!—Bosquejo militar del ilustre dominicano.—Acción del Pino.—Marcha gloriosa.—Jíbaro, Río Grande, Lázaro López, Marroquín.—Una columna enemiga.—¡La invasión se realiza!—Tomás Estrada Palma y "El Macho."—Quién era éste.—Ataque y toma de un valioso convoy.—Disidencia entre los Generales V. García y M. Calvar.—Cómo la resuelve el Gobierno.—A sangre y fuego.—Una frase del *Diario de la Marina*.—Ofertas al General Gómez.—Sus propósitos.—Inconformidad de V. García.—Grupo de disidentes.—Contra el Gobierno.—El doctor Bravo y Sentíes.—Maquinaciones.—Movimiento de las "Lagunas de Varona."—Exposición á la Cámara de Representantes.—Hostilidad contra el Presidente Cisneros.—Una comisión.—¿De quién es la responsabilidad?—Observaciones.—Regreso á Oriente.—Desmoralización.—Actitud de la Cámara.—Protesta de Estrada Palma.—Renuncia de Calvar.—Su salida para Camagüey.—Intento fracasado del General V. García.—Muerte del Brigadier González Guerra.—Llamada al General Gómez.—Entrevista con el General García.—Renuncia del Presidente Cisneros.—Spotorno, Presidente interino..... 73

QUINTA CONFERENCIA

El Coronel Spotorno.—Carta de un tránsfuga.—Quién era éste?—Devolución de un emisario.—Tomás Estrada Palma, Secretario de Estado.—Condenación á muerte.—Vicente García nombrado Jefe de Oriente y Camagüey.—Lo que resultó.—Acusaciones contra el Brigadier Maceo.—Gloriosa toma del campamento de la Demajagua.—Oposición al General García.—Elección de la Cámara de Representantes.—Brillante ataque á Uñas y Aura.—Renuncia de García.—Lo sustituye el General Modesto Díaz.—Sus antecedentes.—Díaz salva la Revolución.—El valiente Brigadier González Guerra.—Su heroísmo, sus triunfos y su muerte.—El General Roloff.—Pase de la trocha por el General Gómez.—Informe del General Sanguily.—Gómez vuela en auxilio de Roloff.—En las Villas.—Los titulados "patriotas."—Mal que hacían.—El Teniente Coronel Cecilio González es derrotado.—Renuncia de Roloff.—Lo sustituye el Coronel Rafael Rodríguez.—Programa del Presidente Spotorno.—Marcha triunfal del Brigadier Maceo.—Nuestra bandera.—En marcha.—Los nuevos representantes.—Asalto á Yabazón.—Combate reñido.—¡Triunfamos!—Reunión de la Cámara.—Elección de Estrada Palma para Presidente.—Por qué fué elegido.—Sanción unánime del pueblo..... 109

SEXTA CONFERENCIA

Tomás Estrada Palma.—Sus antecedentes.—Su ingreso en la Revolución.—Prisión y muerte de su señora madre.—El regionalismo de las provincias.—Sus funestos efectos.—Rivalidad entre Camagüey, Oriente y Villas.—Invasión de Occidente.—Táctica previsora y temores del General Gómez.—Oposición al General Sanguily.—Incidente del Dr. Figueroa y los hermanos Sanguily.—Consejo de guerra.—Embarazosa situación del General Gómez.—Los enemigos dan por segura la prisión del General Gómez y su conducción á la Habana.—Combate del Jíbaro.—Derrota de Jovellar.—Marcha á Sancti Spíritus.—Un parte oficial.—Muerte del Brigadier Reeve.—El General V. García en Camagüey.—Maceo en Oriente.—Ataque á Sagua de Tánamo.—¿Dónde está Maceo?—Operación gigan-

Páginas.

tesca.—*¡Baracoa! ¡Baracoa!*—El Brigadier Borbón en precipitada fuga.—Reñidos combates.—Organización del Gobierno.—Buena administración del Presidente Estrada... 131

SEPTIMA CONFERENCIA

Marcha del Presidente Estrada á Oriente.—La invasión de Occidente.—El 10 de Octubre en Bijarú. Celebridad de las Tunas.—El heroico Comandante Vega.—Derrota del Batallón de San Quintín.—Conducta del General Quesada.—Ataque y toma de las Tunas.—Devolución de los prisioneros españoles.—Triste incidente.—El Teniente Rivero.—Fusilamientos indebidos.—Digresión histórica.—El General Calvar en Villaclara.—El botín de guerra.—Incidentes cómicos.—Confianza del General Gómez en el Presidente Estrada.—Martínez Campos á la vista.—Preparativos del General Gómez para recibirlo.—Conducta de los villareños.—Gómez resigna el mando.—Precipitada marcha del Gobierno á Camagüey.—Entrevista con Gómez.—Estado anárquico.—Vicente García Jefe de las Villas.

*Esfuerzos titánicos de la Administración Estrada Palma.—García rehacio.*—Deserción de los Tuneros.—Comunicación amenazante.—Merecida contestación.—Prisión del Coronel R. Céspedes. Situación desesperante.—El General Barreto.—Actitud patriótica de Oriente.—Un club demagógico.—Las Reformas.—Juicio del General Gómez.—Famosa carta del Comandante La Rua.—Un episodio del General Calvar.—Llamamiento al General García. Gómez á Oriente. Entrada del General Martínez Campos en Camagüey... 151

OCTAVA CONFERENCIA

*Los Diputados de Oriente.—Conducta punible del Diputado Collado.—La sedición en Holguín.*—Inutilidad de un curso explicativo—Limbano Sánchez y Jesús Rodríguez.—Situación anárquica.—Deserción completa.—Semblanza del Diputado J. Rodríguez.—El Coronel Fonseca y el Teniente Coronel Cardet.—Cartas notables entre el General García y el Brigadier J. A. Maceo.—"El León Holguinero."—El cuartel de los rebeldes.—Curioso incidente.—Llegada de Maceo.—Su enérgica actitud en el Campamento de los serviciosos.—Mis impresiones.—Arresto del Coronel L. Sánchez.—Su deserción.—Aparición del General Gómez.—Cómo relata lo que pasó.—En Baguano.—El Coronel Ríus Rivera y el General Gómez en el Campamento de los insurreccionados.—Transacción forzada.—Conflicto personal.—Un oportuno *¡Viva Cuba!*—Ojeada sobre las Villas..... 189

II

Roloff en las Villas.—Dispersión en Camagüey.—La visita misteriosa de Mr. Pope.—Maceo y Crombet en Oriente.—Varios Jefes notables.—El Dr. Bravo y Sentíes.—Muerte del Brigadier Jesús Pérez.—¿Qué era el Dr. Collado?—Captura de un convoy.—Ríus Rivera herido.—Las Bravo.—Sánchez contra Gómez.—Una emboscada.—Heroismo de Maceo.—¡Estaba muerto!—Relación del General Gómez.—Plan fracasado del General Martínez Campos.—Su juicio sobre Maceo.—Mayía Rodríguez.—Situación pavorosa.—El Doctor Collado y su cantón de Holguín.—Entrevista.—El meeting de los cantonales.—Contra mí.—Ojeada sobre algunos hombres.—Carta notable de Estrada Palma desde su prisión.—Comentarios.—La traición de Antonio Bello y sus cómplices.—Consejo de guerra.—Las cosas en Holguín.—La autonomía en el cantón.—Nuestra separación..... 211

NOVENA CONFERENCIA

Aislamiento.—Una comisión de Maceo.—Esperanzas halagadoras.—Testimonios del General Gómez y Teniente Coronel Roa.—El Pacto del Zanjón.—Consideraciones.—Mirada á Oriente.—Llegada de un amigo.—Proximidad de Maceo.—Plan de Martínez Campos.—Combate reñido y captura de dos convoyes.—Muerte del Teniente Coronel español R. Cabezas.—Prisioneros y muertos.—Sitio excepcional.—Derrota del batallón de San Quintín.—Nuestras bajas.—Aparición de una mujer.—La infausta noticia.—Comisión del Zanjón ante Maceo.—Actitud de éste.—Traición inaudita del Dr. Collado.—Mi aislamiento y mis angustias.—La comisión del niño Marcos.—Peregrinación á Guantánamo.—¡Maceo, mi única esperanza!—Interview dolorosa.—Una carta.—En marcha..... 241

EPILOGO

La protesta de Baraguá..... 281

# PRÓLOGO

DIFICIL tarea para mí la de escribir el Prólogo de este hermoso libro! Ni soy escritor, ni jamás he blasonado de serlo. No hay más que una razón que justifique mi atrevimiento: el haber sido testigo presencial de los hechos que se refieren. Al igual que mi ilustre amigo, Sr. Figueredo Socarrás, he andado ese calvario de los diez años, que empezó en Yara y terminó en Baraguá. Uno y otro hemos tenido nuestra Siberia, como el polaco Román Sangusko, y como él hemos recorrido, á pie y descalzo muchas veces, el mismo largo camino, por la defensa de la libertad y la independencia de la patria.

La Revolución de Yara es un libro escrito con gran naturalidad, con dicción clara, con fácil y galano estilo, y seduce al leerlo por lo bello de la narración y la exactitud de los hechos que en él se exponen. Se necesita un talento clarísimo y una verdadera rectitud de principios, para no lastimar ninguna consideración, ni ningún respeto, al formular juicios sobre algunos de los hombres más prominentes del 68, no separándose, sin embargo, de la verdad histórica. Señala el lugar enfermo, pero sin dejar correr el escalpelo por ninguna herida dolorosa. Todo ese delicado esmero con que habla de los vicios y de las virtudes de muchos de nuestros héroes, de sus grandes actos y de sus pequeñas miserias, son un claro exponente de la cultura del escritor, de su nobleza de sentimiento, de su alma hermosa, nunca maculada por el fango de mezquinas pasiones. Por

eso todo el mundo reconoce en el Sr. Figueredo un corazón tan grande como su historia política. Ha procurado no ofender en algunos casos ni á los mismos muertos, merecedores algunos de severo juicio. Ha tenido por norma la sinceridad en todas las acciones de su vida. A vuestras espaldas como á presencia vuestra es siempre el mismo, cualidad no muy común en estos tiempos que corremos, porque muchos hombres nos hacen recordar con frecuencia, por sus veleidades, á los adoradores del dios Chibén, que profesan el pudor y la castidad y luego coronan públicamente de flores la imagen obscena de Lingán.

Cuando habla de la deposición de Céspedes y de la Cámara de Representantes, que realizó aquel acto trascendental, salva admirablemente todos los escollos y no formula cargos contra nadie, limitándose á sostener que la medida estuvo ajustada á las prescripciones de nuestro Código Fundamental, y que el mártir de San Lorenzo dió en aquella ocasión, como en otras muchas, altas muestras de cordura y de civismo, dejando burlados así los prejuicios de sus gratuítos enemigos. No entra, pues, en consideraciones políticas de ningún género, conociendo que la crítica severa de la historia no cabe formularla en estos tiempos. Precisamente en esto estriba la habilidad del autor del libro, que tiende antes que todo á dar á conocer á los cubanos cuantos acontecimientos se desarrollaron en la epopeya gloriosa de nuestra guerra de independencia, para que aprendamos á amar y bendecir á nuestros héroes, que son inmortales y deben vivir y perdurar en la conciencia de nuestro pueblo. Figueredo en este libro, escrito en 1885, quiso edificar y no destruir. Se proponía, por lo que se vé, levantar el espíritu de la nueva generación y presentarle, con maestría incomparable, todas las excelsas glorias que debían servirle de estímulo el día que sonase de nuevo el clarín de guerra convocando á los patriotas á recoger la bandera que enarboló en Yara el brazo vigoroso de Carlos Manuel; y le señalaba por otro lado, los males que en la Revolución se entronizaron, para que se huyese de ellos y se salvase á Cuba de caer, tal vez para siempre, en el mar sin fondo de las iniquidades humanas. Tan compenetrado se hallaba el sublime Martí, el dulce y heroico enamorado de las libertades patrias, del espíritu que informaba este libro, que se interesaba vivamente en su publicación para que sirviese de propaganda y de poderoso ejemplo á las nobles ambicio-

nes de los futuros luchadores. La carta del apóstol, dirigida con ese objeto al Sr. Figueredo, y que figura al comienzo de este libro, prueba ostensiblemente lo que dejamos expuesto. En ella dice "quiero formar el alma del nuevo ejército al calor de las enseñanzas del viejo. Uniré los dos libros por una correa y me esforzaré por que cada soldado lleve consigo esta obra, con la misma fe que el creyente guarda la Biblia." No necesita el ilustre Figueredo Socarrás más premio á sus generosos esfuerzos, ni más hermosa satisfacción que el juicio del mártir que cayó en Dos Ríos abrazado á su bandera y santificándola con su sangre.

Mi quebrantada salud me obliga á leer poco, y, sin embargo, no puedo substraerme á la influencia de este libro bellísimo, tan lleno de preciosos datos, hasta ahora por nadie publicados; y leo y releo las *Conferencias*, y me embriago en la relación de nuestras batallas, perfectamente descritas por el Sr. Figueredo. Se vé á Máximo Gómez en Palo Seco, erguido sobre su inquieto caballo, alta la frente, penetrante la mirada, mandando tocar degüello, y luego lanzarse sobre el enemigo con sus lucidas huestes, como torrente devastador; á Rafael y Baldomero Rodríguez, discípulos aventajados y muy queridos del austero Agramonte, dando mandobles, sembrando la muerte á su paso, segando vidas, á la manera que derriba los añosos árboles el soplo rudo del furioso vendaval; y los escuadrones haciendo retemblar la tierra en vertiginosa carrera, y sosteniendo el combate sobre charcos de sangre, sobre carnes magulladas, sobre cráneos divididos, sobre miembros desechos. El autor del libro nos hace ver todo eso, transportándonos con su arrebatadora imaginación descriptiva á aquel espectáculo de la muerte, á aquella heroica lucha por la libertad.

Todos los amantes de las glorias patrias, admiradores de nuestros héroes y nuestros mártires, sentirán honda aflicción al leer los párrafos en que, de modo magistral, describe Figueredo la muerte de Carlos Manuel Céspedes, que fué objeto, por la desenfrenada turba, de todas las burlas, de todos los escarnios; arrastrado por un suelo áspero, dejando parte de sus carnes, mechones de sus blancos cabellos, jirones de su ropa. Crispa los nervios, hiela la sangre en el corazón, imaginarse aquella profanación del Nazareno Cubano. Ligado el autor del libro, por lazos de amor y de respeto, al sacrificado de San Lorenzo, su amigo y leal

compañero hasta el día triste de su deposición, ha querido que todos sintamos con él, que con él lloremos la más horrible y dolorosa de las muertes y la desaparición del más grande de los patriotas; del que luchó con fe inextinguible por la independencia de nuestro suelo, de esta tierra bendita que durante cuatro siglos vivió adormecida por el opio de la más odiosa servidumbre; del que un día, el diez de Octubre, llamó á las puertas de los entristecidos hogares cubanos, despertándolos de su envilecimiento, y les mostró, flameando bajo el cielo purísimo de su ingenio *La Demajagua*, la bandera por la que juró morir ó enarbolarla en el Capitolio de los libres. El Sr. Figueredo Socarrás nos demuestra que Céspedes cayó en la jornada con todo ese valor y esa energía propia de los grandes redentores de los pueblos. Luego vemos al autor del libro con lágrimas en los ojos, colocar una tosca cruz de madera en el sitio en que expiró el héroe inmortal!

En ningún punto de esta historia revela más sinceridad ni más energía el Coronel Figueredo que cuando habla del General Vicente García. Cuantos hasta ahora han escrito acerca de la guerra del 68 han hablado muy someramente de las glorias militares del luchador de las Tunas. El autor de este libro lo presenta en su estrecha jurisdicción firme como una roca, batiéndose como desesperado, unas veces protegido por las selvas vírgenes, otras á pecho descubierto, aprovechando los ríos, los accidentes del terreno, oponiéndose con admirable heroísmo, con voluntad de hierro, en cada encrucijada, al paso de las tropas españolas, dando en un solo campamento hasta 23 acciones, disputando su territorio palmo á palmo, decidiendo al machete sus diarias y encarnizadas luchas. Vencedor en Arroyo Blanco, en la Zanja, en las Tunas, en Puerto Padre, en Punta Gorda! Pero llega el historiador á las Lagunas de Varona, y el patriota enojado, como quien se siente herido en sus sentimientos más caros, obliga á rodar por el suelo, desde su pedestal de gloria, al General Vicente García. Le hace tremendos y justísimos cargos por haber relajado el orden y la disciplina del ejército; por su espíritu sedicioso, por detener los contingentes que debían reforzar las fuerzas invasoras de las Villas y salvar la Revolución. Es indudable que la actitud de Vicente García, jamás explicable, dió al traste con nuestras lisonjeras esperanzas de independencia. Nada disculpa la pu-

nible conducta del valeroso y aguerrido soldado, ni el propósito que muchos le atribuyen, de pretender con aquellas asonadas reponer á Carlos Manuel Céspedes en su cargo de Primer Magistrado de la República. El juicio de la historia lo condenará siempre, como á cuantos con él contribuyeron á la nefanda obra. Eran los judíos haciendo jirones la túnica de la patria!

Llega su turno al Mayor General Antonio Maceo, y Figueredo Socarrás se descubre respetuoso al sólo nombre del ilustre caudillo. Demuestra que la fama de sus glorias, no cabiendo en los estrechos espacios de la patria cubana, ha ido á llenar los ámbitos del mundo entero: lleva á vuestro ánimo la admiración y el asombro que producen sus épicas hazañas. Oyendo al historiador, el alma se siente inclinada á ponerse de rodillas. El Sr. Figueredo era amigo íntimo y entusiasta admirador de Maceo: éste á su vez le profesaba entrañable afecto: por eso resultan tan sentidos y tan hermosos los párrafos en que habla del vencedor sublime de la Indiana y Arroyo Naranjo.

No siendo posible, dentro de los estrechos límites de un prólogo, seguir al Sr. Figueredo en su majestuoso vuelo, busquemos en su libro cuanto él nos describe de modo admirable: la sangrienta acción de Naranjo, donde sucumbió gran parte de la gallarda juventud militar de Oriente: la batalla de Las Guásimas, en que ocho batallones enemigos con seiscientos caballos y varias piezas de artillería moderna, hicieron su retirada á Puerto Príncipe en vergonzosa derrota: Santa María, combate funesto á las armas españolas, porque pereció toda la columna, excepto el jefe, once oficiales y ochenta soldados que cayeron prisioneros: Chaparra, donde Ríus Rivera dió pruebas de un valor temerario, mientras el General Esponda huía, abandonando sus muertos y sus heridos: el ataque de Manzanillo, los desastres de Baire y Santa Rita, la toma de San Jerónimo, las acciones de Arroyo Naranjo, la Llanada, Melones, el Zarzal, etc. El motín de *Payito* León, que abrió en Cuba la era fatal de los pronunciamientos: la invasión de las Villas por Máximo Gómez; su herida en el paso de la Trocha, que consternó á las tropas y embargó de tristeza el ánimo de los esforzados jefes; la prisión de Tomás Estrada Palma; el alto relieve que alcanzó este ilustre patriota en la Revolución de 1868; su carta á Echevarría, su jornada hasta Holguín; todo su triste

calvario hasta ir á caer en las profundidades de un calabozo en las prisiones de España: la gran autoridad moral que disfrutaba entre los revolucionarios: su conducta ejemplarísima: su elevación á la primer magistratura de la República en el campo de la lucha. Todo lo leeréis sin explicaros cómo el Sr. Figueredu ha podido compilar tantos preciosísimos datos. Yo mismo, que tomé parte en muchas de las acciones que describe, no salgo de mi asombro, por la exactitud con que las refiere. LA REVOLUCIÓN DE YARA, creo no equivocarme, es el libro más completo que se ha escrito de la formidable contienda de 1868. Nadie hasta ahora, al menos que yo sepa, ha expuesto tantos hechos, ni con más lujo de detalles, sin separarse de la verdad.

El señor Figueredo hace desfilar por su libro nuestros guerreros más notables: Julio Sanguily, el mutilado heroico, impetuoso y terrible al frente de sus escuadrones; Flor Crombet, el ágil guerrillero de las sierras de Cambute; Guillermo Moncada, terror de las Escuadras de Guantánamo; el simpático Teniente Coronel Silva, herido mortalmente frente á las fortalezas de Manzanillo; Mariano Domínguez, vencedor de Gómez Diéguez; Enrique Reeve, muerto en encarnizada lucha al arma blanca; y José González Guerra, Enrique y Elpidio Mola, Sorís, Fidel Céspedes, Martín Castillo, Teodoro Laffit, Ricardo Céspedes, Belisario Grave de Peralta, Pancho Guevara, Emilio Noguera, Silverio del Prado, y mil más que el historiador dá á conocer tal como fueron, grandes y temibles.

No se olvida el señor Figueredo de los que en la Revolución de 1868 significaban las mayores inteligencias y el austero civismo: Manuel Sanguily, Rafael Morales, Antonio Zambrana, Luis Victoriano Betancourt, Francisco La Rua, Eduardo Machado, Cristóbal y Tomás Mendoza, Ramón Céspedes, Pérez Trujillo, Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Lorba, Eduardo Agramonte, Antonio y Emilio Luaces, Francisco Maceo Osorio, pléyade magnífica de hombres eminentes que con Francisco Vicente Aguilera, Bramosio, Aldama, Morales Lemus, Mestre, Hechevarría, Ponce de León, Benjamín Guerra y Piñeyro, rodearon la Revolución de esplendorosa aureola.

Cierra su libro el Coronel Figueredo con la *Protesta de Baraguá*. Maceo aparece en ella como otro Goliat, sosteniendo sobre sus robustos hombros todo el peso de la Revolución de 1868. Así corren á su cuartel

general, como el historiador dice, jefes ilustres y oficiales distinguidos á recoger las impresiones del atleta oriental, á fortalecerse en el vigoroso espíritu del hijo humilde de Majaguabo, que en aquellas tristes circunstancias, en aquellos días de angustiosa incertidumbre, era el verbo, la encarnación de la idea revolucionaria, el objeto de todos los anhelos y de todas las esperanzas! El autor de este libro refiere con asombrosa exactitud lo ocurrido desde el 15 de Marzo de 1878, en que el Representante de España rendía pleito homenaje al ilustre prócer cubano, hasta el instante en qúe la patria irredenta caía de nuevo, inclinada la cerviz, encadenados los piés, en la noche odiosa de su negra servidumbre... Cuba exánime, desangrada, volvía al seno de la madrastra cruel é imprevisora que no había de restañar sus dolorosas heridas!

.....

.....

Oh, sombras venerandas de ilustres mártires, de héroes sublimes! caísteis en la jornada de 1868; pero los bravos luchadores del 95, que han llegado á la realización de sus ideales, se descubren ante vosotros y leyendo el libro del señor Figueredo Socarrás, reconocen que la vuestra fué una gran obra!

Habana, Agosto de 1902.

PEDRO MARTINEZ FREIRE.

*Madrid, 29 Mayo, 1883.*

SR. FERNANDO FIGUEREDO.

Mi querido amigo y buen compañero:

Con mucho atraso contesto su grata de 1º de Marzo, debido á enfermedades que he padecido y de las cuales no estoy aún completamente restablecido.

No he recibido el número de *El Fara* á que V. se refiere, lo que no me admira, pues aquí el correo es poco seguro y menos para los que como yo están vigilados. Cuando quiera V. enviarme algo que le interese reciba, diríjalo á D. Juan Castellanos—Fuencarral 90-Pral. izquierda,—y así lo recibiré.

Nadie está en mejor situación que V. para escribir la historia de nuestra Revolución. Tan pronto en la Presidencia, como al lado de los jefes militares, y querido por todos, vió V. empezar á formarse el nublado que destruyó en un día nuestros esfuerzos de tantos años.

Nadie mejor que V. puede contar las heroicidades de algunos y las miserias de los otros, las pasiones bastardas y las ambiciones de tantos que ya tenían por seguro el triunfo y olvidaban combatir á los godos por hacerlo á sus compañeros.

Pero reconociendo en V. grandes dotes para escribir la historia de nuestra Revolución, permítame que le diga que es tarea muy pesada la que se impone.

¿Podrá el Coronel Figueredo, ayudante de Céspedes y amigo de los Generales Gómez, García, Calvar, Díaz, etc., hacer justicia á todos, es decir alabarlos cuando lo merezcan, para acusarlos severamente por las muchas faltas que cometieron?

Debe V. hacerlo, que si de momento muchos creemos injustas sus acusaciones, al fin nos convencerémos de que las merecímos, y sobre todo, tenga V. presente que V. escribe para los que han de hacer la Independencia de Cuba y que á ellos debe V. enseñarles los escollos en que nosotros tropezamos para que los eviten.

No tema V. acusarnos y pintarnos como fuímos, con nuestros grandes defectos y con nuestras pequeñas virtudes. La posteridad dispensará los primeros y sólo recordará las segundas, teniendo en cuenta que hemos sufrido bastante para merecer el perdón.

Haga presente mis afectuosos recuerdos á su familia y á todos los amigos de esa, en particular á Poyo y á su esposa y niñas, y V. reciba un buen abrazo de su compañero y amigo,

CALIXTO G. IÑIGUEZ.

---

*New York, Febrero 25, 1894.*

.....

.....

Pronto pondrá Sotero manos á la publicación de su Historia de la Revolución. Está terminando trabajos de carácter urgente de Centro América.

No tema V., se hará una cosa que no deje nada que desear. Me prometo publicarla en dos tomos y hacer una edición dedicada á la Revolución que propagamos: quiero formar el alma del nuevo Ejército al calor de las enseñanzas del viejo. Uniré los dos libros por una correa y me esforzaré por que cada soldado lleve consigo esta obra, con la misma fe que el creyente guarda la Biblia. Que aprenda tanta lección patriótica como los buenos nos han legado y sepa apartarse del camino que, con sus errores, sembraron los que, en mal hora, abandonaron la senda de la felicidad de Cuba.

Que el viejo Ejército y sus obras sean los cimientos en que, no sólo descansen los bisoños libertadores, sino que sobre ellos se levante airoso el edificio de la Patria.

Volveré á escribirle con detalles, más tarde, sobre este importante asunto.

.....

.....

JOSÉ MARTÍ.

# AL LECTOR

LANZO á la publicidad la presente obra, sin pretensiones de ninguna clase. He vencido, al fin, los escrúpulos que me obligaban á retenerla inédita: las exigencias de mis muchos amigos, que la conocen ó de ella han tenido noticias, me han decidido á su publicación.

No pretendo que esto, que no es sino el fruto de mis observaciones, tome el carácter de historia: ella es simplemente una continuada relación de hechos en el orden natural que se sucedieron en esa lucha titánica del pueblo cubano que duró dos lustros.....

Una explicación de mi parte hará comprender el objeto que me indujo á escribir y exponer estas conferencias.

Corría el año 1881 cuando vientos bonancibles lanzaron, por fortuna para mí, mi débil esquife en las siempre hospitalarias playas de Cayo Hueso, en la Florida: procedía de la República de Santo Domingo, donde sin éxito había lidiado por la vida, después de haber abandonado los campos de la lucha por la libertad en 1878.

Cayo Hueso en masa me abrió sus brazos. ¡Cómo no! Allí aún se cernía el espíritu de la Patria: el tratado del Zanjón los había dejado como aturdidos, mas no convencidos. *El Yara*, que vino á la arena periodística después del para ellos inexplicable pacto, era el adalid que mantenía enhiesta la bandera del patriotismo, bajo la hábil dirección del distinguido cubano Sr. José D. Poyo, y hacía que en aquella familia virtuosa, compuesta de honrados artesanos, se mantuvieran con una fe inquebrantable, digna de la causa que habían abrazado, incólumes, los principios por que con tanto ardor habían luchado los cubanos. Tal parece que al desertar la Revolución de los campos de la Patria, plantó sus tiendas en el ya histórico y levantado Cayo Hueso.

Para hacer justicia, debo significar que el espíritu revolucionario lo mantenían, inalterado, un grupo de damas cubanas que, con el simpático nombre de "Hijas de la Libertad," cual otras vírgenes del Templo romano, alimentaban inextinguible el fuego santo del patriotismo: á su rededor, cual satélites luminosos, giraban distintos Clubs, y entre todos formaban, en aquellos instantes de dudas y decepciones, un conjunto sublime en que se rendía culto religioso á la idea sacrosanta de una nueva Revolución.

¡Qué confusión de conceptos! ¡Qué juicios tan apasionados y tan lejos de la realidad se sustentaban por todas partes! Se anatematizaba, se acusaba, se maldecía en todos los tonos. Los epítetos de traición, soborno é infamia, se lanzaban impensadamente contra preclaros varones, contra reputaciones muy bien sentadas ante la conciencia de la Patria.

Me creí en el deber de explicar cuanto en Cuba había pasado: hacer luz y restaurar las cosas á su lugar. De palabra iba de Centro en Centro, de casa en casa, de persona en persona, hablando, explicando, haciendo historia, hasta que animado por todos, alentado por el patriotismo, se me impulsó á que públicamente dijera lo que en privado relataba; que citara al pueblo y que en su presencia diera una serie de conferencias.

A ello me comprometí: el resultado es el que pongo ante la consideración de mi pueblo. Las conferencias principiaron en 1882: terminaron en 1885. Tres años de estudios, tiempo en que realicé el pensamiento que inspiró mi trabajo, el de explicar las causas y hasta la necesidad del pacto del Zanjón y dejar en sus puestos como hombres honrados y como patriotas sin ejemplo, á aquellos que, tomando parte en el desastroso desenlace, eran tenidos allí, en aquella exaltada y patriótica agrupación de cubanos, como traidores, tránsfugas, capaces de venderse al oro del enemigo.

Mi trabajo es una serie de Conferencias sobre la Revolución, expuestas ante un pueblo sencillo, sin pretensiones, nunca una historia. Es una relación de lo que allí pasó, en el mejor orden posible, escrita sin frases rebuscadas por una persona que, por haber empuñado las armas en defensa de la Patria casi un adolescente, abandonando sus estudios, no pudo, después de diez años de batallar, proseguirlos, porque apenas si la expatriación forzosa que se impuso le permitía el tiempo necesario para atender á las obligaciones que desde el mismo campo contrajera. Los críticos, pues, pueden guardar sus sátiras para aquellos que se hacen al público llenos de pretensión y solicitando aplausos. Los que conozcan los hechos—y aun quedan muchos gloriosos restos de aquella sublime epopeya—estarán á mi lado: ellos dirán si es ajustado á la verdad lo que relato.

En la vida accidentada que llevábamos en la guerra de los diez años, no era posible guardar las anotaciones de la campaña. Más de una vez llevé mi diario, que guardaba con escrupulosidad, y una y otra, la intemperie y los azares de aquel combate sin precedente, lo destruyeron. Nadie logró sacar completa una relación de aquel titánico esfuerzo. Los archivos se enterraban ó caían en poder del enemigo; se perdían siempre. Es un hecho que el diario de Céspedes, parte se salvó enviándolo á Jamaica, y parte cayó, junto con su cadáver, en manos del enemigo. No se me exijan, pues, fechas: no se me pida una exquisita exactitud en la relación, pues la mayor parte de los hechos, como es natural, me llegaron, como á todos, por la tradición. Por eso digo que no es una historia lo que

presento al público: pero el estudioso, el observador y aun el mismo crítico, podrán, al repasar estas páginas, encontrar mucho útil, mucho grande, mucho censurable, pero mucho digno de aplauso: son páginas que si se miran hoy con indiferencia, podrá apreciar el historiador de mañana: datos que no deben perderse y que están llamados á sepultarse en el polvo del olvido. En ese sentido creo completar el pensamiento de la publicación, al acceder así á los ruegos de mis múltiples amigos y compañeros de armas.

Las presento tal como la tradición ó la experiencia me las trasmitieron; tal como las concebí en el momento de ofrecerlas ante el sencillo y patriótico público que me las inspiró; no he querido alterarlas, y adolecen, aún hoy, de los mismos defectos que cuando eran aplaudidas por el entusiasmo de mis oyentes: pude haber corregido algunos detalles, sobre todo, en la parte biográfica de los héroes que doy á conocer, pues he estado más tarde en contacto con muchos de ellos; pero ni aun en ese sentido han sido alteradas las conferencias que pronuncié de 1882 á 1885 ante la colonia cubana de Cayo Hueso. Algunos detalles pueden aparecer exagerados por la fantástica imaginación del que me los narrara; pero el hecho en el fondo, en esencia, pasó tal cual se describe.

Es necesario que no se olvide que este trabajo se ofrecía en sesiones á que el pueblo acudía, y por consiguiente fué conocido de muchos doce años antes que estallara el movimiento que lanzando á Cuba á una nueva Revolución — en 24 de Febrero de 1895 — habría de terminar con el triunfo definitivo de las armas cubanas.

Estas conferencias fueron dedicadas, en su día, al patriótico Club "Hijas de la Libertad," de Cayo Hueso, que alentara al autor á su realización; hoy, que ya ellas cumplieron la sagrada misión que el patriotismo les impusiera, séame dable dedicarlas al sufrido, denodado y valeroso Ejército Cubano, como digno representante del honor y de las glorias de la Patria.

Una observación y termino. Me incorporé como soldado del Ejército Libertador en Bayamo, en Octubre de 1868; serví con distintos cargos junto á Céspedes durante su administración; después en el Ejército, en subsecuentes Gobiernos y en la Cámara de Representantes; terminé en la protesta de Baraguá con Maceo y el irreductible Oriente, en Mayo de 1878, cuando herido por el pacto del Zanjón, protestó rompiendo nuevamente las hostilidades; estuve en el primero y en el último combate de la guerra de los diez años; escuché el primer y último tiros de ese gran esfuerzo que por romper sus cadenas realizó durante diez años una parte del noble pueblo de Cuba; esos y veintidós años de expatriación voluntaria, siempre al servicio de mi Patria, son los títulos con que me presento á la consideración de mis compatriotas.

FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS.

*Habana, Enero de 1902.*

# PRIMERA CONFERENCIA

El campamento de Bijagual y la deposición del Presidente Céspedes.—Infundadas apreciaciones contra la Cámara de Representantes.—La verdad de los hechos.—El nuevo Presidente de la República.—Actividad patriótica.—Reunión en San Agustín de las Tunas. Cuándo debió darse el grito de Independencia.—El 10 de Octubre.—¡A Cambute!—Entrevista con Céspedes. Nuevo Gabinete.—Marcha á Bayamo.—La división territorial.—Sus Jefes.—Noticia de la deposición de Céspedes.—El General Gómez.—Delante de Guáimaro. Una heroína cubana. Combate glorioso de Palo Seco.—Dos comunicaciones.—Después de la victoria.—Vuelta á Camaguey.

EL PEQUEÑO río "Limones" despeñándose de la sierra del Cobre, en el Departamento Oriental de nuestra patria, después de atravesar una región fértil y rica de la jurisdicción de Santiago de Cuba, notable antes de Octubre de 1868 por la superioridad del tabaco de sus vegas, va á perderse al fin, mansamente, en el majestuoso Cauto. En uno de los recodos que forma, existió antes de la guerra de Cuba, en los momentos en que da comienzo esta narración, una hacienda, demolida luego como todas las demás al alcance de la Revolución, que aunque tuvo alguna importancia por la calidad de la rama que producía, hubiera pasado inadvertida si el reloj del tiempo no señalara el día 28 de Octubre de 1873.

Si alguno de vosotros, no enterado de los acontecimientos locales en aquellos días, hubiese recorrido las inmediaciones de esa hacienda á las cinco de la tarde del día mencionado, habría escuchado el eco lejano de una gran algazara que partiendo de aquel lugar, rompía el silencio natural que á esa hora se va apoderando de los bosques de nuestra patria. Se habrían notado distintamente voces que indicaban un gran alborozo, pues los vítores y los hurras hendían el espacio. Quizás atraído por la curiosidad que despertara en vuestro ánimo aquel vocerío, os habríais dirigido, guiado por el ruído, al lugar de donde partían las voces; y recorrido el trecho que os separaba de él, encontrárais grupos de hombres armados que ajenos, al parecer, á lo que ocurría poco más allá, hablaban,

tal vez indiferentemente, de cosas extrañas á lo que causara el contento de la multitud. Seguid las voces hasta que encontréis un grupo más numeroso, del cual se adelantará un hombre armado, como los demás, que os interrumpirá el paso. Esta es una avanzada: pedid al oficial que os permita salvarla, penetrad, y á poco más que caminéis os hallaréis en el campamento.

Los grupos de hombres se suceden: sobre una gran extensión plana los pabellones, de pencas de palmas unos, de lona otros, alineados, en número de 700 á 800, forman calles rectas, anchas, regulares y limpias: entre las tiendas, una más grande que las otras, ostenta el pabellón cubano que, extendido por la brisa, no permite hacer una sola arruga á sus listas azules y blancas, mientras que la estrella aparece, como si irradiara, en el centro del triángulo rojo. Después del campamento, en una vasta llanura, sobre mil quinientos hombres armados forman en parada, y grupos de jefes á caballo recorren la línea en toda su extensión, y los oficiales que funcionan como ayudantes, á caballo también, se mueven constantemente de un lado á otro. Algunos leen, al parecer, una alocución, y la línea de hombres prorrumpe en vítores.

¿Qué lugar es este? ¿Qué pasa allí? ¿Qué ocasiona el contento de aquella multitud? Dirigíos á aquel oficial, que luce los galones de Capitán y que solo, reclinado sobre el verde césped, parece como impresionado tristemente por lo que acontece: es uno de los pocos que no gritan, ni participan de la alegría general. Interrogadle y os contestará: «Este lugar se llama Bijagual, y la Cámara de Representantes, el Poder Legislativo de la República, acaba de deponer de sus altas funciones al C. Carlos Manuel de Céspedes, que, hasta este momento, ha ejercido el cargo de Presidente de la República. Os encontrais en el Cuartel general del Jefe del Departamento militar de Oriente, Mayor General Calixto García Iñiguez, que, veelo, á caballo, rodeado de su Estado mayor, recorre la parada. Esos oficiales que se dirigen á las fuerzas, leen la orden del día del Cuartel general, anunciando al pueblo y al ejército el grave acontecimiento; y después del grito de ¡Viva la República! ¡Viva la Ley! con que la alocución termina, el pueblo añade: ¡Viva el nuevo Presidente de la República!—La Cámara ha terminado su sesión con el acto del juramento del nuevo Presidente que, en este instante, se ocupa en organizar su Gabinete. El cargo de Presidente de la República ha recaído, interinamente, en el C. Salvador de Cisneros y Betancourt, mientras regresa el Mayor General Francisco Vicente Aguilera, Vicepresidente de la República, y en lo sucesivo Presidente en propiedad. Estaba previsto por una ley del Cuerpo Legislativo, á propuesta ó indicación del Presidente Céspedes, que el Presidente de la Cámara, que hasta hoy ha sido Cisneros, sustituya interinamente al de la República en caso de deposición ó muerte. Mirad: ese oficial que se aleja con cuatro hombres, es el correo portador de la noticia al Presidente Céspedes, quien hasta este momento reside, como Jefe de la República, en Cambute, unas tres leguas de distancia de este Campamento.»

Sí; el Presidente de la República acababa de ser depuesto de sus funciones: el que tiene la honra de dirigiros la palabra, amigo de Céspedes, su constante compañero desde los primeros días de la Revolución, hasta aquel en que fué separado de su cargo por la Soberanía nacional, encarnada en la Cámara de Representantes; jefe de su cuerpo de Ayudantes á la sazón, tuvo el indecible disgusto de ser, por triste casualidad, testigo de una escena dolorosa para él y

algunos pocos. Es un hecho que el pueblo, como embriagado por la lectura de la nueva, aplaudió frenéticamente la deposición del Primer Magistrado de la República. Comprenderéis ahora, fácilmente, los motivos que me han obligado á comenzar mi narración en los momentos de la deposición de Céspedes: ligado al héroe de Yara por lazos íntimos, no obstante haber estado en desacuerdo con él en muchos actos políticos, no podría juzgar su conducta y la de la Cámara con severa frialdad: no sé si podría ser todo lo imparcial que debiera tratándose de mi amigo y compañero, y, por lo tanto, he preferido callar.

Lo que os he referido, sin embargo, y mucho más que he leído y oído en la emigración, y las erradas apreciaciones que diariamente se emiten acerca de un hecho tan trascendental, me obligan á detenerme y examinarlo, aunque sea ligeramente.

Se ha hablado hasta la saciedad acerca del particular y, desgraciadamente, para apoyar sus razones los que han simpatizado con el ilustre mártir, emplean sofismas ó errores capaces de desvirtuar la mejor defensa. Se ha acusado á la Cámara de Representantes de haber sido la iniciadora del primer motín que se operó en los campos de Cuba: se la ha considerado sin autoridad para deponer á Céspedes: se ha dicho que siete mozalvetes ignorantes y ambiciosos, sin conocimiento ni consentimiento del pueblo, tomaron aquella determinación para escalar, envidiosos, el poder; y por todos los medios posibles se ha presentado el acto como ilegal.

¿Fué la deposición de Carlos Manuel de Céspedes, un motín de la Cámara? No, porque en tal caso sería necesario acusar de igual crimen á los Jefes militares del Departamento de Oriente, en su mayor número, pues el acuerdo fué tomado á presencia de los Generales Calixto García Iñiguez, Modesto Díaz y Manuel Calvar, jefes principales de las tropas; Brigadieres Maceo y Pérez, y Coroneles Prado, Moncada, Borrero y Leyte Vidal, y, como ya he dicho, si no todos, la inmensa mayoría de Jefes, todos los oficiales y agrupaciones importantísimas de las fuerzas de Guantánamo, Cuba, Holguín, Jiguaní, Bayamo y las Tunas; representaban, casi en totalidad, al Departamento de Oriente. Allí no hubo una sola voz que calificara el acto de motín, y si exceptuamos una fracción, harto insignificante por cierto, de tropas de Bayamo, del batallón "Luz de Yara" á las órdenes del Teniente Coronel Juan Ramírez Romagoza y algún jefe ú oficial que privadamente significaron sentimiento, el resto, la mayoría, si no aplaudió con frenesí, manifestó su asentimiento y la generalidad lo estimó como una necesidad del momento. La Cámara estuvo, de hecho, apoyada por el pueblo: ella escogió para llevar á cabo tal medida un lugar y un día en que preparando el General García determinada operación de importancia, había de reunirse el mayor número posible de hombres, como efectivamente concurrieron sobre mil y quinientos á aquel imponente acto. La noticia de que la Cámara se proponía deponer á Céspedes era conocida desde tres días antes por más de dos mil cubanos, y, sin embargo, nadie hizo otra cosa que lamentar la necesidad del hecho, más por simpatías á la persona del ilustre anciano, que por oposición á la medida política que se intentaba.

¿Tenía facultades la Cámara para deponer, como lo hizo, al Presidente de la República? Sólo un solista ó uno que desconozca la Ley fundamental por que se regían los cubanos, puede negar el derecho que á la Cámara de Representan-

tes asistió para proceder en la forma que lo hizo. La Constitución de la República, cuyo proyecto fué redactado por jurisperitos como Ignacio Agramonte y Loinaz y Antonio Zambrana, comisionados al efecto por la Constituyente, en su célebre reunión de Guáimaro el diez de Abril de 1869, fué discutida, votada y aprobada por el Cuerpo constituyente, del que formó parte Carlos M. de Céspedes, quien la juró sin hacer objeción alguna, como Presidente de la República, el doce del mismo mes y año: la Constitución tiene entre sus artículos uno que dice: «La Cámara de Representantes puede deponer libremente de sus cargos á «los funcionarios cuyo nombramiento le corresponde.» Este artículo está en relación con otro anterior, que dice: «Compete á la Cámara el nombramiento «de Presidente de la República, de General en jefe y la mesa de ella misma.» Nadie puede, pues, negar autoridad á la Cámara para haber depuesto á Céspedes del cargo de Presidente, con el mismo derecho, y apoyada en el mismo artículo, con que depuso del cargo de General en jefe, á fines del año 1869, al Mayor General Manuel de Quesada.

A Céspedes se le depuso sin oirle ni permitirle que se defendiera, dicen algunos. Así es la verdad; pero lo es también que la Cámara tenía este derecho, pues la Constitución en el artículo antes citado, dice: *libremente*. La Cámara pudo haber anunciado al pueblo su resolución después de acordarla en sesión secreta, sin testigos de ninguna clase, según la forma en que trabajaba, y habría estado en su derecho, dentro de la Ley: sin embargo, lo hizo públicamente, en presencia de mil quinientos hombres, delante de los cuales cada uno de los Diputados fué formulando sus cargos contra el Presidente. Tan pública fué aquella sesión, que recuerdo presenciando el acto, confundidos en la multitud, á los prisioneros españoles Rosal y Peñalver, según lo refiere el primero en su folleto *Mi cautiverio entre los mambises*. Si alguien hubiera tratado de defender á Céspedes, se le hubiera oído; pero el pueblo otorgó callando, y la Cámara votó, por unanimidad, la proposición.

Se ha dicho que siete mozalvetes tomaron la resolución. No fueron siete, sino ocho, los Representantes que votaron en aquella sesión. Ramón Pérez Trujillo, abogado habanero, Representante por Occidente, presentó la proposición, que fué apoyada por Tomás Estrada Palma, Representante por Oriente. Votaron, además, los Diputados Fornaris y Rodríguez, por Oriente; Machado, García y Spotorno, por las Villas, y Luis Victoriano Betancourt, por Occidente. Salvador de Cisneros, único Representante por Camagüey, presente en aquella sesión, Presidente de la Cámara, se excusó, como prevenía la Ley, de tomar parte en cuanto concerniera á la deposición del Presidente de la República, y tan pronto como Pérez Trujillo anunció la proposición, abandonó la silla y el local. Machado presidió durante el resto de la sesión. La Cámara en esos momentos estaba compuesta por sólo los presentes y Francisco Sánchez Betancourt, ausente, Representante por el Camagüey. Los Diputados Peña, por Oriente, y Antonio Zambrana, por Occidente, acababan de marchar al extranjero, sin consentimiento de la Cámara. Hacía tiempo, desde 1871, que dada la situación del país y la crudeza de la guerra, eran suficientes siete Diputados para formar *quorum*, con lo que se deja demostrado que los ocho asistentes constituían legalmente la Cámara. Nadie tuvo la culpa que fueran mozalvetes, si puede calificarse de tales á hombres como Cisneros, Rodríguez, Spotorno y Estrada, que peinaban canas, y como

Pérez Trujillo, García, Fornaris, Betancourt y Machado, mayores todos de treinta años. La Constitución exigía la edad de veintiún años para ser elector y elegible. Todos, pues, estaban dentro de la Ley.

¿Eran ignorantes? Así los calificó una publicación de New York. Si eran ignorantes, la culpa de que ocuparan tan honoríficos puestos no fué de ellos, sino de los que los eligieron: estaban sentados en la Cámara, obedeciendo el mandato del pueblo. Y debo manifestar aquí que, relativamente, dadas las excepcionales circunstancias en que se realizaba, no era posible exigir mayor legalidad en el importante acto de elegir los Representantes del pueblo. Había una Ley electoral tan rígida y se cumplía con tan religiosa escrupulosidad, como puede haberla y cumplirse en la Confederación Helvética ó en el Reino de Bélgica. Allí no existían candidaturas ministeriales: cuando un elector se acercaba á la urna y votaba, lo hacía por la persona ó personas que más le agradaban: cuando más, un capitán se permitía hacer alguna indicación: el acto era libre y verdaderamente popular. Con uno ó dos meses de anterioridad se anunciaba el día señalado por la Cámara para llevar á cabo las elecciones, y la noticia, como todas, gracias á nuestra perfecta organización, llegaba á conocimiento del más alejado individuo de la familia cubana. El día marcado por la Ley, dando al acto la requerida importancia, se reunían en el campamento más inmediato todos los vecinos hábiles para votar, y confundidos con el ejército, depositaban su voto libre ante una mesa nombrada por el Jefe militar del campamento, compuesta de un Presidente, que debía ser él ó el oficial inmediato en el orden jerárquico, un Vocal y un Secretario. Esta comisión anotaba el nombre, edad y vecindad del votante, y así se continuaba hasta que á las cinco de la tarde quedaba cerrada la votación. El resultado se hacía constar en un acta que suscribían todos los presentes, y en pliego cerrado y sellado se remitía directamente al Gobierno de la República, que iba recibiendo iguales documentos de cada un campamento en que la elección se hubiera efectuado. El Ejecutivo hacía el resumen y escrutinio, que con los datos auténticos eran elevados á la Cámara, la que, después de oída la comisión de su seno nombrada para el examen de unos y otros, declaraba electos á los que habían obtenido mayor número de votos y los proclamaba Diputados á la Cámara, é iban los electos á sentarse en aquellos bancos de *cujes*, tan augustos y tan respetables como los sillones de la más rica y lujosa Cámara de Representantes.

¿Tomaron ellos el acuerdo de deposición, por miras ambiciosas, por usar el poder arrancándolo de manos del Presidente? No, porque desde luego declaró la Cámara, conforme á lo legislado, que Cisneros asumía la Presidencia de la República con las facultades que le eran anexas, mientras regresaba el Presidente en propiedad. El único que podía aparecer beneficiado era Cisneros, y precisamente recibía con este acto señalado perjuicio, pues dejaba de ser Representante del Camagüey para desempeñar un puesto que podía durar brevísimo tiempo, —hasta la llegada del propietario,—y al que no dedicaría toda su atención ni diligencia por el hecho mismo de su inconsistencia. En Cuba, como en la generalidad de los países regidos por Gobiernos representativos, el cargo de Representante del pueblo era incompatible con otro cualquiera, según lo prevenía un artículo de la Constitución, y Cisneros, una vez llegado Aguilera, dejaría la Silla quedando de simple ciudadano, mientras que sus compañeros continuarían honrándose con la representación de su pueblo.

No ha sido mi ánimo, al hacer estas consideraciones, defender á la Cámara de Representantes por su resolución contra Céspedes: mi objeto único ha sido dejar la verdad en su lugar para que cada cual pueda formar un juicio exacto acerca de cuanto se ha dicho ó escrito respecto al Cuerpo Legislativo de la República de Cuba.

Salvador de Cisneros y Betancourt, ex-Marqués de Santa Lucía, que, como Presidente de la República acababa de prestar juramento de guardar y hacer guardar la Constitución, era en los momentos en que se le coloca en el sitial más elevado de su país, uno de los patriotas justamente estimados en el campo de la Revolución. Alto, delgado, de constitución fuerte y carácter extremadamente bondadoso, á los cuarenta y cinco años que contaba entonces, había prestado importantísimos servicios á la causa de la libertad de su Patria. Siendo joven aún, cuando los acontecimientos desgraciados del Camagüey que en 1851 llevaron al patíbulo á Joaquín Agüero, Zayas, Benavides y otros mártires de aquel movimiento, comprometido seriamente en él, tuvo que emigrar al extranjero: ya Cisneros se había distinguido por la rectitud y firmeza de sus principios. De regreso á su ciudad natal, dedicó toda su actividad á la causa que había abrazado, y con Augusto Arango, y otros patriotas distinguidos, trabajaba, sin cesar, porque luciese el sol del ansiado día en que Cuba lanzase el grito de Independencia. Puerto Príncipe era un foco de conspiración contra España, y Santa Lucía, el alma de ella, llenaba perfectamente las formas con el Gobierno, escudado en su título nobiliario y aceptando cargos honoríficos en el Municipio camagüeyano.

Cuando llegó el año de 1868 y creció la actividad de todos los Centros patrióticos de la Isla, haciendo preveer que el anhelado día se acercaba, el Marqués de Santa Lucía, como era conocido de todos, se multiplicaba afanosamente en sus trabajos patrióticos, haciéndose notar como temible conspirador. En Agosto de ese año celebraron una reunión en San Agustín de las Tunas, Salvador de Cisneros y Carlos L. de Mola, representando al Camagüey; Pedro Figueredo, á Bayamo; Carlos M. de Céspedes, á Manzanillo; Vicente García y Francisco Muñoz Rubalcaba, á las Tunas, y Belisario Alvarez y Salvador Fuentes, á Holguín. Allí se expusieron las condiciones de cada un distrito, sus recursos en hombres, armas y dinero y terminaron acordando que el grito de Independencia se lanzaría en el mes de Diciembre ó en el de Enero, avisándose previamente el día grandioso. Salvador Cisneros, Presidente de la Junta revolucionaria de Puerto Príncipe, era también Venerable Maestro de la Logia masónica *Tinima*, que en Camagüey, como en las que existían en Bayamo, Cuba, Manzanillo y Holguín, no fué otra cosa que el santuario de la idea de la libertad de nuestra Patria. Poco antes del diez de Octubre fué Cisneros á la Habana, en comisión del Centro Revolucionario, para informar á los Clubs de la Capital del estado de cosas en Vuelta Arriba.

El diez de Octubre, no obstante ser la Revolución ansiosamente esperada por todos, sorprendió al Camagüey, que desde ese día no pensó en otra cosa que lanzarse al campo, como lo efectuó en masa el cuatro de Noviembre siguiente. La Revolución del Centro lo primero que hizo, aun bajo las bombas de artillería del glorioso combate de Bonilla, fué organizarse en forma democrática, nombrando al efecto un Comité,—la Asamblea del Centro,—que se entendiera en todo lo relativo á la administración del Estado, y un General en Jefe que dirigiera las operaciones militares, quedando este cargo subordinado al Comité. Compu-

sieron éste, Salvador de Cisneros, como Presidente, é Ignacio Agramonte, Eduardo Agramonte y Francisco Sánchez Betancourt, como Vocales, llevando la Secretaría el primero. El cargo de General en Jefe recayó en el malogrado caudillo Augusto Arango. Salvador de Cisneros continuó en su puesto hasta que, después de haber sido reforzado el Comité con un valioso miembro, el ilustrado orador Antonio Zambrana, abogado habanero, pasó como la genuina representación del Camagüey, á formar parte de la Asamblea constituyente que el diez de Abril de 1869 se reunió en Guáimaro. De la Constituyente nacieron la Cámara y el Ejecutivo. Salvador de Cisneros fué nombrado por aclamación Presidente del Cuerpo legislativo, en cuyo puesto le sorprendieron los sucesos del 28 de Octubre de 1873.

Durante el desempeño de sus cargos como Representante del Camagüey y Presidente de la Cámara, Cisneros, incansable siempre, se ocupó en funciones ajenas á su cargo, sin desatender éste, y de interés vital para la Revolución. A él se debe la instalación de los talleres en el Camagüey, principalmente el de fabricación de pólvora, el que puede afirmarse salvó á la Revolución en 1871. En la acción que dirigió el General Agramonte contra la torre de Pinto ó Colón, en Marzo de 1871, recibió Cisneros una herida: una bala de Remington le fracturó el brazo izquierdo. Pocos hombres en la historia de la Revolución de Cuba han tenido un nombre tan esclarecido como Salvador de Cisneros.

* * *

Terminada la ceremonia del juramento de la Constitución, la Cámara de Representantes proclamó solemnemente Presidente interino de la República al C. Salvador de Cisneros y Betancourt, quien inmediatamente dirigió una alocución al ejército y al pueblo, la que se leyó, á la vez que la orden del día del General en Jefe, anunciando el cambio de Jefe del Estado. La muchedumbre acogió ambos escritos con júbilo, terminando en perfecto orden la solución de tan delicado conflicto. Abandonemos á Bijagual, donde queda el nuevo Presidente de la República ocupado en la difícil tarea de organizar su Gabinete.

Aún no había amanecido el día 29, cuando el que os habla se encontraba á caballo, y á galope largo, despreciando los peligros del camino, corría hacia Cambute, residencia del que había dejado de ser Presidente de la República; pero no el Padre del Pueblo y el Libertador de su Patria. Deseaba imponerlo personalmente de cuanto había ocurrido, de todo lo que yo había presenciado: quería que él supiese por mis labios la verdad del acontecimiento para que á ella ajustara su conducta futura. Cuando llegué, ya había recibido el despacho de la Cámara notificándole la deposición: el correo lo había encontrado pocas horas antes, momentos después de levantarse, tomando el desayuno. Pretendiendo ignorar lo que ocurría, no obstante estar convencido de lo que se le decía en aquella comunicación que terciando el arma le había entregado el oficial-correo, entabló con éste la conversación habitual, indagando las noticias de la localidad que había abandonado: "no ocurre nada nuevo, Presidente," contestó el oficial, y él, sin dejar de tomar su alimento ni olvidado invitar cortésmente al correo á que lo

acompañase, replicó: "quizás á esta hora no teneis razón para darme ese tratamiento." Cuando hubo terminado su almuerzo, desplegó tranquilamente la comunicación y la leyó, sin que por su rostro, siempre sereno, pasase la menor señal de disgusto. Se acordó, sin duda, de que era un grande hombre, y que, como tal, debía sufrir con entereza las contrariedades de la fortuna!

Terminada la lectura, se dirigió al oficial, y en tono natural, sin afectación, le dijo, extendiéndole la mano, mientras animaba su fisonomía con una sonrisa: "Dene usted la mano: ya no soy el Presidente de la República: le doy á usted las gracias por haber sido el portador de la nueva de que se ha quitado de mis hombros una carga que ya me habían hecho insoportable."

Momentos después llegué yo y le signifiqué mis deseos de hablarle á solas. Yo estaba sumamente afectado, casi no podía articular palabra, y él, dándome ánimo, él que debía ser el afectado, procuraba que me repusiera. Oyó mi triste narración sin inmutarse siquiera, ni una arruga cruzó su rostro, mientras yo le refería lo que á otro hubiera causado la muerte, lo que á muchos hubiera ahogado de indignación. "Ahora soy libre, decía, ahora sí trabajaré fácilmente por mi patria, y ustedes todos, todos mis amigos, cooperarán conmigo á prestarle ayuda al nuevo Presidente de la República." Familiarmente dechi: "compadezco al Marqués: él no sabe en lo que lo han metido: la ley también tiene sus caprichos."

Acto continuo empezó á ocuparse en unión de su Secretario de Estado, señor Miguel Bravo y Sentles, en el arreglo de los archivos del Gobierno, que debía, según disposición de la Cámara, poner en manos del nuevo Presidente.

* * *

El nuevo Presidente de la República nombró para que formaran su Gabinete al C. Francisco Maceo Osorio, Secretario de Estado,—carteras del Interior y Exterior;—Subsecretario, C. Antonio Hurtado del Valle; Secretario de la Guerra y Hacienda, al Mayor General Vicente García; Subsecretario, encargado interinamente del despacho, Doctor Félix Figueredo; Canciller y Secretario del Consejo de Gobierno, C. Federico Betancourt.

Estos nombramientos merecieron la aprobación general, y no podía ser de otro modo, pues la integridad y patriotismo nunca desmentidos de los que habían de ayudar en sus tareas al Presidente, prometían días venturosos para la patria.

Francisco Maceo Osorio, que como Secretario de Estado prestó ante la Cámara el juramento de ley por el que se obligaba á cumplir y hacer cumplir todas las disposiciones del Presidente que estuvieran dentro del Pacto fundamental, era Doctor en Derecho, natural de Bayamo y de unos cuarenta años de edad, de carácter enérgico y opinión independiente. En unión de Francisco Vicente Aguilera y Pedro Figueredo, formó el Comité que, antes del 10 de Octubre, preparó el movimiento revolucionario que, estallando en la Demajagua, fué tan enérgicamente secundado por Bayamo. Como uno de los iniciadores de la contienda, se puso, á la par que sus dignos compañeros Aguilera y Figueredo, al frente de grandes partidas, por lo que Céspedes lo elevó á la categoría de Teniente

General, Jefe de una División. En los primeros días de la Revolución se le designó para que dirigiera el sitio de la ciudad de Holguín, y en este hecho, como en el mayor número de aquellos en que tomó parte como militar, fué muy desgraciado. Por fortuna, convencido pronto de que no había nacido para ceñir la espada, tuvo el valor de confesarlo, resignando su cargo militar y desempeñando funciones de otra índole más en harmonía con su carácter y vasta capacidad. En 1870, después de la muerte del Doctor Antonio Lorda, que había sustituído á Aguilera como Secretario de la Guerra en el Gabinete Céspedes, fué llamado Macco al desempeño de tan espinoso cargo. Trabajó en dicha Secretaría con celo y actividad, llenando cumplidamente todos los deberes anexos al cargo, hasta principios de 1873, en que lo renunció para ocupar el puesto de Auditor de Guerra de la División de Cuba, que desempeñaba cuando fué citado para Bijagual el 28 de Octubre, prestando juramento como Secretario de Estado la misma tarde en que Cisneros ocupó la Presidencia.

El Comandante Antonio Hurtado del Valle, natural de Cienfuegos, era hombre de talento é instrucción. Antes de Octubre de 1868 había conquistado un buen nombre en el campo de la literatura patria, en la que era conocido con el simpático nombre de *El hijo del Damují*. Prestó buenos servicios en el ejército de las Villas, en el que obtuvo el grado de Comandante; fué herido en una mano.

El General Vicente García, el bravo caudillo de las Tunas, el vencedor de Río Blanco, designado para la cartera de la Guerra, tenía ya un nombre esclarecido como patriota indomable y como militar inteligente, debido á sus hechos, siempre gloriosos, en el territorio de su mando. Tenaz como ninguno, entre otros méritos, que le aseguraron el respeto de sus conciudadanos y la estimación general, tenía el de la perseverancia.

Las Tunas es el territorio más estrecho y más pobre de Santiago de Cuba, y en ese círculo extremadamente reducido supo el General García hacer frente en 1870 al grueso del ejército enemigo que, después de haber aplastado la Revolución en Bayamo y Manzanillo, bajo las órdenes del tristemente célebre Conde de Valmaseda, pretendió hacer lo mismo en las Tunas, lo que hubiera logrado á no encontrarse con un caudillo de tan raras condiciones de valor y astucia, y que secundado por sus incomparables Capitanes é intrépidos soldados, de quienes era, justamente, un ídolo, supo burlarse, sin salir de la zona, de los planes de su temible adversario. El nombre del General García significaba éxito para el Gobierno de Cisneros, y fué, por tanto, recibido con verdadero júbilo.

El Dr. Félix Figueredo, hasta ese día Jefe de Sanidad militar del Departamento Oriental, había prestado valiosos servicios á la Revolución. Hombre práctico, astuto y de talento, estaba llamado á secundar hábilmente al General García en la Secretaría de la Guerra.

Y, por último, el C. Federico Betancourt, joven estudiante de Derecho en Octubre de 1868, hijo de un literato de nombre en nuestra Patria, completaba dignamente, como Secretario del Consejo, el Gabinete del Presidente Cisneros.

* * *

El día 30 de Octubre se levantó el campamento de Bijagual, marchando el General Calixto García Iñíguez, con todo el grueso de su columna, en dirección á Bayamo, con el propósito de realizar una operación sobre Manzanillo. Los oficiales españoles Rosal y Peñalver nos acompañaban en aquella penosa jornada á través de un trayecto escabrosísimo; marcha que, pesada para nosotros, se hacía insoportable para ellos y que pudieron salvar gracias á las constantes atenciones de los Jefes y oficiales; atenciones á que se hicieron acreedores por su trato fino y buenos principios. Rosal, oficial de colegio, y observador, me habló en distintas ocasiones del acto de la deposición de Céspedes, y se admiraba del orden que había reinado en la solución de tan serio conflicto político. «Yo me alarmé, decía el joven español, cuando oí la proposición de Pérez Trujillo, y, francamente, ha sido el único momento en que temí por mi vida: esperaba que el pueblo se opusiese; que los Diputados, apoyados por los Jefes militares insistieran, y que yéndose á las manos, se repitiese en Bijagual una escena harto frecuente entre los españoles, y entonces, pensaba, los prisioneros serían inmolados en honor á Céspedes.»

El nuevo Presidente y la Cámara marcharon á Cambute, donde aún permanecía el ex-Presidente Céspedes. Cerca ya del lugar se le pasó aviso, y se adelantó hasta las avanzadas, á esperar los altos Cuerpos de la República, en demostración de respeto. Cuando llegaron, fué saludando, sombrero en mano, á cada uno de sus individuos, dando un hermoso ejemplo de grandeza de alma. Si Carlos Manuel de Céspedes no tuviera sobrados méritos para ocupar un lugar conspicuo entre los grandes hombres de esta época, este solo rasgo sería suficiente para conquistarle uno distinguido. Una vez acampados, todos los individuos que componían el Ejecutivo y la Cámara se confundieron con Céspedes y su comitiva, como si no hubiera ocurrido nada de particular. Él era personalmente apreciado de todos, que, con rarísimas excepciones, solicitaban su sociedad y compañía, y Pérez Trujillo, el autor de la proposición que lo despojara del cargo de Presidente de la República, continuó siendo en Cambute su fuerte antagonista en el juego de ajedrez, como lo había sido en épocas anteriores.

El primer paso de Céspedes, después de su deposición, fué dirigir un Manifiesto al Pueblo y al Ejército en el que consignaba su absoluto acatamiento á la resolución del Cuerpo Legislativo, y manifestando que, siendo él el primero en acatarla, esperaba que todos la aceptasen como legítima. Esta conducta le atrajo generales simpatías, y más de uno que hasta entonces le fuera hostil, se hizo un decidido amigo del que había dejado de ser Presidente de la República.

* * *

En la época de la deposición de Carlos Manuel de Céspedes, se encontraba dividido el territorio de la República en tres Departamentos militares, llamados: Oriente, que se componía de los distritos de Guantánamo y Baracoa, Cuba y Holguín; Provisional del Cauto, que comprendía los de Jiguaní y Bayamo, Manzanillo y las Tunas; y Occidente, reducido entonces á Camagüey. Las Villas habían sido evacuadas desde 1871 y en aquellos días se encontraban dominadas

por los españoles. Las fuerzas de este Departamento, sensiblemente mermadas por la traición, las enfermedades y los combates, se reconcentraron en Camagüey.

El Mayor General Calixto García Iñíguez, Comandante en Jefe del Departamento militar de Oriente, tenía á sus órdenes al Mayor General Manuel Calvar, Jefe de una División,—Holguín y Cuba,—que además era su segundo en el mando del Departamento; y al Brigadier Antonio Maceo, Jefe de la otra División,—Guantánamo y Baracoa.—Las Divisiones estaban formadas por dos Brigadas, que se subdividían en dos Regimientos; éstos en dos Batallones y cada batallón en seis Compañías. Las Brigadas eran mandadas por Brigadieres ó Coroneles en comisión; los Regimientos por Coroneles; los Batallones por Tenientes Coroneles con dos Comandantes, 1º y 2º, y las Compañías, que estaban divididas en escuadras y éstas en pelotones, por Capitanes y dos Tenientes. Así se había completado la organización militar más sencilla y perfecta que pudiera existir: de esta manera el orden era exageradamente llevado, y cada cual cumplía sus deberes sin que el superior pudiera mezclarse en las atribuciones del inferior, siempre que éste se conservase dentro de la ley, lo que procuraba con exquisito celo y diligencia á fin de que el superior no invadiese nunca la esfera de su jurisdicción ó mando. La escala jerárquica jamás se interrumpía y el equilibrio era tan perfecto como lo permitían las circunstancias de aquella guerra especialísima.

El Departamento Provisional del Cauto, cuyo Jefe era el Mayor General Vicente García, con el otro Francisco Javier Céspedes, su segundo, se componía también de dos Divisiones, que se subdividían de la manera explicada ya.

El Departamento militar de Occidente era mandado por el Mayor General Máximo Gómez, quien desde Mayo de ese año había sustituído al malogrado Ignacio Agramonte Loinaz, muerto en el combate de Jimaguayú (Mayo 11, 1873). Se componía asimismo de dos Divisiones: una formada por las tropas del Camagüey y la otra por las de las Villas.

El estado de los tres Departamentos era todo lo satisfactorio que pudiera descarse: en el ejército reinaba el mejor espíritu de disciplina, orden y subordinación. El Presidente Céspedes no podía haber entregado mejores cuentas á su sucesor.

El General Calixto García estaba rodeado de una oficialidad excelente: ya en esa fecha se habían distinguido los Crombet, los Prado, Moncada, Medina Prudentes, Saladrigas, Salvador Rosado y tantos otros que sería prolijo enumerar. Su Jefe de Estado Mayor era el Teniente Coronel Felipe Herrero, joven oficial mejicano que prestó muy buenos servicios á la causa de su patria cuando la invasión de Maximiliano. En Bayamo y las Tunas se habían hecho notar Ricardo Céspedes, Emilio Noguera, Mariano Domínguez, Francisco Guevara, Francisco Varona, José Sacramento León y otros dignos y valientes Capitanes: el Jefe de Estado Mayor era el Teniente Coronel Modesto Fonseca.

En Camagüey existía la gran obra de Ignacio Agramonte Loinaz, en disciplina, orden y moralidad, de cuyas ventajosas condiciones supo sacar tanto provecho el valiente Máximo Gómez. Este no cesaba de recordar, con orgullo, al ilustre caudillo caído en Jimaguayú. Cuando aplaudían el buen estado del Departamento militar á sus órdenes, exclamaba con sencillez: "Esto no es mío: á mí no me debe nada el Camagüey: toda la gloria es del que pasó, y de su obra;

yo, avaro, me estoy utilizando. Aquí no hay sino un violín muy bien templado por otro, y yo, músico hábil, he tomado el arco y lo he tocado." En efecto, Camagüey, creado, ordenado por Agramonte y manejado por Gómez, no podía dar otro resultado que combates como el de Palo Seco y el célebre de la Sacra de Najasa. Tenía un magnífico cuerpo de caballería, como de 600 jinetes, que superaba con mucho á los llaneros venezolanos y á los ganchos argentinos. La infantería, aunque numerosa, era pobre en condiciones, pues toda la atención y el cuidado se dedicó á la caballería, y así debió ser en una localidad que, por su topografía, necesitaba el uso constante de la primer arma, mientras que la segunda veía pasar los meses sin escuchar un tiro.

Máximo Gómez tenía á sus órdenes á Reeve, el americano, ó el *Inglesito*, como le llamaban; á Benítez, los Rodríguez, los Ramos, los Pérez, Estrada, etcétera, en Camagüey; y á los González (José y Cecilio), Serafín Sánchez, Carrillo, Jiménez y otros, de las Villas. Su Jefe de Estado Mayor era el Teniente Coronel Rafael Rodríguez.

En aquellos días había copado Calixto García, en Oriente, la columna del Teniente Coronel Gómez Diéguez, *el Chato;* Vicente García se había apoderado de la Zanja, y Máximo Gómez, después de la reñida acción de *La Sacra*, en que los españoles se vieron obligados á arrojar su artillería en un pozo, acababa de conquistar un laurel más en Santa Cruz del Sur, efectuando sobre ella una operación gloriosa para su director y provechosa para la República.

Cuando la Cámara depuso á Céspedes acababa de reasumir sus tareas, después de más de un año de receso tomado por las necesidades de aquella campaña sin igual. Durante el receso de la Cámara asumía el Presidente de la República facultades legislativas, y entonces se centralizaban en él los dos poderes, el Ejecutivo y el Legislativo. Tenía la facultad de legislar sobre cualquier materia: sólo le era vedado tocar la Constitución ó inmiscuirse en las facultades del poder judicial que, ya entonces, residía en Consejos de guerra formados por Jefes y oficiales del ejército, que procedían de acuerdo con la Ley judicial, y se ceñían para la imposición de las penas á las ordenanzas militares.

La división del territorio de la República en tres Departamentos militares había sido obra del Presidente Céspedes. Esta disposición, como la de regularización de la guerra,—que dictada durante sus facultades legislativas no produjo otro efecto que el perdón de la vida á muchos prisioneros españoles,—sin ventajas recíprocas para los nuestros—fueron derogadas por la Cámara. Al reanudar ella sus tareas, quedó dividido el territorio en dos Departamentos y en todo su vigor la guerra á muerte. Los Departamentos se llamaron: Oriente, que comprendía desde la Punta de Maisí al río Jobabo, y Occidente, desde este río indefinidamente al Oeste. Quedaban, pues, las Villas y el Camagüey comprendidos en Occidente.

Esta nueva división territorial presentó al Presidente Cisneros el primer problema de solución delicada, pues difícil había de ser la elección de los dos Jefes que debían ponerse á su frente, cuando existían cuatro: Máximo Gómez, Vicente García, Calixto García Iñiguez y Modesto Díaz, igualmente reputados como hábiles y valientes, dotados de las mismas condiciones de carácter, y que habían contraído iguales méritos con la Patria.

De los cuatro Mayores Generales, los que aparecían con más probabilidades

para el mando de los Departamentos militares, eran Calixto García Iñíguez y Máximo Gómez. El primero, aunque menos antiguo que Vicente García y Modesto Díaz, había mandado recientemente mayor número de hombres con aplauso general: y Máximo Gómez, el más hábil de todos, que sucediendo ventajosamente á Ignacio Agramonte en Camagüey, había desplegado todas las dotes de un militar inteligente, enérgico y valiente. Por otra parte, se había pensado en Vicente García para la Secretaría de la Guerra, que asumió las funciones del Generalato en jefe cuando este cargo fué suprimido ó quedó sin proveer desde la deposición del General Quesada en 1870. El Gobierno de Cisneros no vaciló, pues, y nombró á Calixto García, Jefe de Oriente, á Máximo Gómez, de Occidente, y llamó á Vicente García á la Secretaría de la Guerra, proponiendo, en un Mensaje á la Cámara, la creación del Instituto de Inspección del Ejército, á cuyo frente se colocaría al General Modesto Díaz.

* * *

La nueva de la deposición de Céspedes cundió por todo el país con la velocidad del rayo, pues nuestro sistema de comunicaciones era perfecto. Un pliego recorría el trayecto de Baracoa á Camagüey en menos días y con mayor seguridad que por las líneas españolas. Las postas estaban colocadas de trecho en trecho y los postillones, listos siempre, para correr con cualquier despacho á la inmediata: este servicio se hacía generalmente á pie, lo mismo durante el día que por la noche. El jefe de posta cuidaba de anotar en el respaldo de la comunicación el día y la hora en que la recibía y aquella en que continuaba á su destino, y así era fácil exigir la responsabilidad al causante de cualquier demora.

El primero de Noviembre se supo en las Tunas la deposición del Presidente, —cuatro días después de acordada,— y dos más tarde, en el Camagüey.

Cuando la casualidad me hizo ocupar un destino en el Gobierno, presidiendo el Coronel Spotorno, tuve ocasión de leer, más de una vez, la nota en que oficialmente se participaba al Gobierno el efecto que en las Tunas produjo la deposición del primer Presidente de Cuba.

Decía el General Vicente García, como Jefe del Departamento provisional del Cauto, después de acusar recibo de la comunicación: «en la orden del día se dió lectura á la nota en que se me participa la noticia de la deposición del C. C. M. de Céspedes, del cargo de Presidente de la República, á una parte de las fuerzas de mi mando y pueblo, reunidos en Guaramanao. Al enterarse las tropas y el pueblo del acontecimiento, prorrumpieron en aclamaciones de gozo, demostrando palpablemente que se identificaban con sus Representantes en la medida. Reciba este Cuerpo, en nombre de las fuerzas á mi mando, la más cordial enhorabuena, ya por la deposición de Céspedes, ya por haber tenido la fortuna que le suceda un patriota de las condiciones de Cisneros.» Significaba, además, aceptar el honor que se le hacía, designándolo para el desempeño de la Cartera de la Guerra, y prometía ocupar su puesto tan pronto como le fuera posible.

A pesar de esta noticia oficial, yo he visto una carta particular dirigida en esos días por este jefe al General Díaz, en que hacía resaltar su disgusto por el

acuerdo de la división territorial en dos departamentos, lo que le quitaba el mando de uno, jugando, según creía, un papel desairado como Secretario de la Guerra del Presidente Cisneros. Empero, marchó al Gobierno días después, prestando juramento ante la Cámara,—que se había reservado el derecho de aceptar á los Ministros de Estado propuestos por el Presidente de la República,—y empezó á desempeñar su destino.

La presencia del Teniente Coronel Modesto Fonseca, joven distinguido por su inteligencia y especial instrucción, que había sido el Secretario del General García desde el principio de la Revolución, aconsejó al Dr. Félix Figueredo renunciar la Subsecretaría de la Guerra y ocupar nuevamente la Jefatura de Sanidad militar de Oriente que interinamente venía desempeñando el hábil é instruído Doctor en Medicina C. Miguel Bravo Sentíes. Fonseca fué nombrado Subsecretario de la Guerra.

* * *

¿Cómo llegó á Camagüey la noticia de la deposición del Presidente Céspedes? Es harto curioso y debo referirlo con todos sus detalles. Además, preciso es que abandone el tono quejumbroso que hasta ahora ha impuesto mi triste relato, y que os cuente algo que haga palpitar de gozo los corazones.

Serían las ocho de la mañana del día cinco de Noviembre, cuando se presentó el General Máximo Gómez con fuerzas de caballería é infantería de las Divisiones de Camagüey y Villas, frente al poblado de Guáimaro, en el que los españoles tenían un bien defendido campamento, centro de una importante zona de operaciones. Su objeto era llamar la atención sobre aquel lugar para, después de ofrecer un espectáculo al enemigo, caer sobre otro. El Jefe del Camagüey despliega su gente fuera del alcance de los tiros de fusil del enemigo. Los españoles lo advierten, temen un asalto de los que se habían puesto de moda en esos días, y empiezan á arrojar metralla sobre los patriotas. Sus bombas, hendiendo el aire, venían á estallar sobre las cabezas de nuestros soldados, sin causar daño. Como era natural que sucediera, hubo confusión y desorden en el campamento enemigo cuando creyeron que iban á ser atacados, lo que aprovecharon algunas familias cubanas ávidas siempre de abandonar á los españoles, para reunirse á los cubanos, despreciando los fuegos de fusilería que directamente les hacían desde los fuertes. Entre otras, una señorita de apellido Ramos se adelanta hasta el General y le dice, pudiendo apenas dominar la emoción que aquel acto le causaba: "General: una columna fuerte de seiscientos hombres, á las órdenes del Coronel Vilches, Jefe del campamento, ha salido ayer de mañana en esa dirección,—señalando hacia el Sur,—guiada por un hombre práctico, caído prisionero antier, quien, en cambio de su vida, ha ofrecido entregar todo el parque que Vicente García ocupó hace ocho días en la Zanja." Aquel relato tan natural le pareció verídico al General Gómez: sabía que el General García había ocupado gran cantidad de parque en la Zanja y no era dudoso que viéndose obligado á enterrarlo, único medio que teníamos para conservar cualquier objeto precioso, estuviera al alcance de uno que poseyera el secreto. Además, la seño-

rita Ramos, que había sido capaz de realizar el acto heroico de unirse á sus hermanos bajo el fuego enemigo, era incapaz de mentir.

No bien hubo terminado de hablar la señorita Ramos, llama el General á su Jefe de Estado Mayor Teniente Coronel Rafael Rodríguez y da órdenes para marchar. Baldomero Rodríguez recibe instrucciones de ponerse al frente de la caballería y seguir, en la vanguardia, al paso de la infantería: la dirección, la que indicase el rastro del enemigo. El General calculó, dado el tiempo que hacía de la salida de Vilches de Guáimaro y la manera de marchar de los españoles, encontrarlos después de siete ú ocho horas de persecución.

Aquella marcha, que comenzó á las ocho de la mañana, se hacía pesada á la hora del mediodía, pues que nada indicaba que hubiera esperanza de descanso. Nadie sabía lo que se iba á hacer, pues el Teniente Coronel Rodríguez no recibió otra orden que la de marchar sobre el rastro enemigo. Como á las doce pasaron por el lugar en que los españoles habían pernoctado. Ya sobre el rastro del día, recibió Rodríguez órdenes de avisar al Cuartel General cuando la huella indicase que el enemigo estaba próximo delantero. Serían las tres de la tarde, cuando aún marchaban los españoles, soñando Vilches en su faja, y considerando segura la presa según debía afirmárselo el práctico que, atado codo con codo, marchaba á vanguardia dirigiendo la columna. A las cuatro avisa Rodríguez que todo indicaba la proximidad del enemigo, é incontinentí el General ocupó el lugar de Rodríguez, pues Máximo Gómez no permitía que le arrebatasen el lauro que pudiera estarle destinado. La columna cubana, que no estaba en el secreto de la extraña evolución de la mañana y de la constante marcha sobre la huella enemiga, comprendió que se aproximaba el momento de dar alcance á los perseguidos. Estos es verdad que les llevaban todo un día de ventaja, pero eran españoles: la marcha de los patriotas no sólo fué más rápida, sino que no habían descansado, mientras que los enemigos habían pasado ya dos siestas y por necesidad tenían que descansar.

Cuando Gómez ocupó la vanguardia marchaban por una continuación de saos y bosquecillos de pinares que atravesaba el camino real, limpio y ancho hacia el Sur. Las cinco de la tarde serían, precisamente, al llegar á una finca nombrada "Palo Seco," cuando el ojo de águila de Máximo Gómez descubre delante un grupo de caballería enemiga: entonces, haciendo una señal á su clarín, instruído momentos antes, rompe el silencio el toque de *ataque y degüello*. Aquello fué una avalancha: Gómez, clavando su caballo que parte como una flecha, lanza un grito de guerra y seguido de su inimitable caballería alzanza al enemigo que llevaba caballería á retaguardia..... Hay momentos y escenas indescriptibles, y ésta es una de ellas. El enemigo sorprendido, sin darse cuenta de lo que pasaba y sin volver de su asombro, se deja arrollar por los nuestros que, á mansalva, degüellan á diestro y siniestro. Como en Junín, no había sonado un solo tiro: la tropa de caballería que formaba la parte avanzada de la sorprendida retaguardia, no se entera de lo que ocurre hasta que le cabe en suerte ser amacheteada: entonces huyen todos, pero huyen desordenadamente, arrollando á su propia infantería: el pánico más espantoso cunde, el terror se apodera de toda la columna enemiga,—el batallón Voluntarios de Valmaseda,—que lleno de pavor se desbanda en grupos más ó menos numerosos por los saos, las sabanas y hacia adelante, sin dirección fija, procurando seguir el camino; los nuestros, implacables,

los acosan y subdividiéndose á su vez para mejor perseguirlos, los alcanzan y el machete termina su obra. No obstante la rapidez de aquella carga, la infantería cubana, á las órdenes del Coronel Gregorio Benítez, llega á tiempo para auxiliar en su fácil tarea á la caballería. Algunos grupos, haciéndose fuertes en los maniguazos ó en los bosquecillos de pinares donde no podía alcanzarlos la caballería sin correr serios peligros, fueron desalojados, rendidos ó exterminados por la infantería. La caballería fué cargando á los fugitivos en toda la extensión de una legua completa. Un grupo considerable del enemigo, el de la extrema vanguardia, pudo en su huída llegar hasta las abandonadas trincheras de San Rafael, tres millas de Palo Seco, en las cuales se hizo fuerte. El Comandante Martitegui, segundo de la columna, con algunos oficiales y cincuenta soldados, se atrincheraron y pretendieron resistir. Perseguidos por el Teniente Coronel Rafael Rodríguez, con sólo caballería, teme comprometer el lance haciendo correr peligro á su gente en una operación inútil: toca su clarín pidiendo auxilio de infantería que le llega un momento después. Martitegui, viéndose perdido se adelanta y dirigiéndose á Rodríguez le dice: "¿Hay cuartel?" La Ley de regularización de la guerra estaba vigente y apoyado en ella, Rodríguez ofrece perdón. Martitegui se rinde con el último resto de la perseguida y derrotada columna.

Aquel trayecto de una legua entre Palo Seco y San Rafael, estaba cubierto de cadáveres: en montones unos, regados otros, se veían á ambos lados del camino real. Toda la columna, excepción hecha de los criollos que habían huído y de los pocos supervivientes, con Martitegui rendidos, yacía sin vida en el campo de batalla. Así terminó su historia el "Batallón Voluntarios de Valmaseda", compuesto de 600 plazas y que á las órdenes del infortunado Vilches, que con sus soldados estaba tendido en tierra, había salido el día anterior de Guáimaro á caza de una operación tan sencilla como de éxito risueño y fácil. Todo el armamento, todas las municiones, los equipos todos de la columna, cayeron en poder del General Gómez en la memorable tarde del 5 de Noviembre de 1873.

A las nueve de la noche todo era calma en el campamento. La tropa cubana y sus pocos enemigos supervivientes acampaban sobre la campiña aquella, gloriosa para unos y triste para otros, rodeados de cadáveres. Acababa de perderse el eco del clarín que tocó silencio, y todos se disponían á entregarse al necesario reposo después de aquella jornada tan fatigosa como violenta, cuando el oficial de guardia se acerca al General, que, sin duda, pensaba también en descansar, acariciado por ensueños sonrientes, y le dice que un soldado había arrebatado á un Jefe español, en el fragor de la pelea, una cartera y que al registrarla, picado por natural curiosidad, encontró dos comunicaciones, que al parecer, le había ocupado el enemigo á algún correo cubano. Máximo Gómez se apodera de aquellos dos documentos que le presenta el oficial, y los devora con la vista á la pálida luz de una vela de cera. Eran dos comunicaciones de la Secretaría de la Guerra dirigidas á él, en que se le notificaba, en una, la deposición del Presidente Céspedes, sustituyéndole el C. Cisneros, y en la otra, la derogación del decreto del Presidente que había sido depuesto, sobre la regularización de la guerra. Apenas se había impuesto el General del contenido de las dos comunicaciones, cuando le fué presentado el patriota que venía de práctico de la columna enemiga, y que, prisionero en Guáimaro, había ofrecido á los españoles entre-

gar el parque de Vicente García. Se había repetido con el infortunado Vilches una escena muy común en la guerra de Cuba. Los prisioneros ofrecían hacer revelaciones de importancia, entregar jefes, asaltar campamentos etc.; guiaban las columnas por algún lugar peligroso y cuando tenían la fortuna de que su plan se cumpliera llevando á los españoles por donde podían encontrar á los cubanos, á sabiendas, ó por casualidad, como en Palo Seco, aprovechando la sorpresa, escapaban en los primeros momentos de confusión, dejando al enemigo, como suele decirse, en las astas del toro. El patriota, regularmente, se unía á los suyos y era el que con más ardor los excitaba y ayudaba en el combate. Recuerdo una ocasión, en la Sierra Maestra, que al caer el enemigo en una emboscada, el práctico se lanzó loma abajo, tan sin tino, que cayó en un abismo de donde luego se le extrajo sin vida.

El de Palo Seco, patriota Joaquín Reyes, no pudo portarse mejor; él, sin embargo, no soñaba con éxito tan brillante: su plan se reducía á pasear las tropas por la zona de Cabaniguán, al Sur de las Tunas, procurando encontrar las fuerzas del Regimiento "Cabaniguán" que dominaba aquella comarca: pensaba, como regularmente sucedía, huir bajo los fuegos del enemigo y correr el riesgo de escapar, contra la probabilidad de quedar en el puesto. Dos días hacía que recibiera las órdenes del General Vicente García de conducir pliegos, que le habían sido remitidos por el Gobierno para el General Gómez y al pasar cerca de Guáimaro, fué hecho prisionero. Era cierto que había ofrecido entregar el parque de Vicente García; pero también lo era que con intención se lo había comunicado á algunos hasta hacer llegar en calidad de secreto la noticia á la señorita Ramos, que tenía confidencias con los cubanos, y que el parque de Vicente García estaba enterrado en dirección opuesta á aquella en que conducía al enemigo.

Las dos noticias recibidas hicieron pensar toda la noche á Máximo Gómez. La segunda, la derogación del decreto sobre regularización de la guerra, lo colocaba en situación difícil, en estos momentos en que guardaba prisioneros, hechos el día anterior, á Martilegui y sus compañeros. Era *Juan Valgeon* en *Una tempestad bajo un cráneo*. ¿Qué hacer? ¿Los fusilaría, de acuerdo con la Ley, puesta en vigor, y de la que tenía conocimiento? ¿Los perdonaría, cumpliendo así la oferta que el Teniente Coronel Rodríguez les había hecho, sin tener conocimiento de dicha Ley? Ambos problemas eran de difícil solución. Uno afectaba á su conciencia; otro á la ley. Él no había simpatizado nunca con el decreto del Presidente Céspedes. Le amaneció, inclinándose más bien del lado de la ley, *casi resuelto á fusilar á los prisioneros españoles; pero ¿y Rodríguez y su palabra empeñada?*

El sol del siguiente día al despuntar por Oriente, iluminó la risueña faz de la falange vencedora, y el cuadro desgarrador de aquel hacinamiento de cadáveres, jóvenes alegres el día anterior, que yacían en todas posiciones, como los encontrara el momento de la muerte inesperada de que fueron víctimas.

No para echar de encima de sus hombros la responsabilidad, sino para pedir consejo, reunió el General á los jefes de mayor graduación y les informó de lo que acontecía, pidiéndoles expresaran francamente su opinión. Entre los oficiales del General Gómez se distinguía el Coronel Antonio Lorenzo Luaces, Doctor en Medicina, que reunía en su simpática persona, la instrucción del hombre científico, la cortesía del caballero de salón y el valor del soldado. El Dr. Lua-

ces, médico de las Universidades de New York, París y Madrid, era respetado por las condiciones envidiables que en él concurrían: su opinión siempre era atendida por sus compañeros. Al tomar la palabra en aquella reunión habló, como siempre, con dulzura, inclinando la opinión de sus compañeros en favor de los rendidos. Después del Doctor hablaron otros, y apoyándose más que en nada en la palabra comprometida del Teniente Coronel Rodríguez, resolvieron manifestar á Gómez que optaban por el perdón. Los prisioneros fueron, pues, perdonados.

Como á las siete de la mañana se tocó formación, y con la solemnidad que el caso requería, se comunicó á las tropas que Carlos Manuel de Céspedes había dejado de ser el Primer Magistrado de la República y que le había sustituído en tan honorífico cargo el C. Salvador de Cisneros y Betancourt. De toda aquella gente, sólo uno sintió profundamente el acontecimiento: éste fué Máximo Gómez, que siempre había distinguido, con marcada predilección, al héroe de Yara. El Camagüey recibió la noticia con alborozo. Céspedes tenía pocas simpatías en aquel pueblo, y, aunque las hubiera tenido, el nombramiento de Cisneros para sustituirle era suficiente motivo para que su contento estuviera justificado.

La gente que verdaderamente lamentó el acontecimiento, fué la de las Villas: Céspedes, para los villareños, era un ídolo. El Jefe de aquella División, Brigadier González Guerra, derramaba lágrimas, pocos días después, cuando yo le refería los detalles de la deposición.

A las nueve se levantó el campamento de Palo Seco. Las tropas se dirigieron hacia Camagüey, después de una victoria con que no se había soñado: los prisioneros, por su mismo rastro, contramarcharon hacia Guáimaro, mientras los cadáveres quedaban insepultos sobre el campo, para ser pasto de los perros jíbaros y de las aves de rapiña.....

# SEGUNDA CONFERENCIA

Asalto á Manzanillo por el General Calixto García.—Contrariedad inesperada.—Avanza el Brigadier Maceo.—Bajas irreparables. El fracaso de Santa Rita.—Más muertos gloriosos.—Acción de Melones.—Victoria del General García. En Cambute. Proceder del Gobierno con Céspedes.—Oferta incumplida del Presidente Cisneros. Exigencia del Dr. Maceo. Se le niega á Céspedes salir para el extranjero. Estancia en San Lorenzo. Grave acontecimiento en el Gobierno.—Vida del ex-Presidente en su retiro.—Errores de trascendencia. Marcha al Camaguey.—Campamento en San Diego de Buenaventura.—Llegada del General Gómez.—Reunión misteriosa.—Invasión de las Villas. El himno de guerra. Distribución de las fuerzas.—Primer combate de los orientales en Camaguey.—Batalla de Naranjo por el General Gómez.—Gloriosa victoria del Ejército libertador.—La infantería oriental y la caballería camagueyana.—Hecatombe de los españoles.—Ataque en Mojacasabe.—En Oriente.—Amotinamiento de Payito León.—Conducta del General Vicente García.—Funesta noticia.—Detalles sobre la muerte del ex-Presidente Céspedes.—Extraña coincidencia.—En la fosa!

EN NUESTRA primera lectura dejamos al General Calixto García Iñiguez con rumbo hacia Manzanillo, al frente de una columna de mil quinientos hombres; al Gobierno y la Cámara, en Cambute, residencia del ex-Presidente Céspedes, y á Máximo Gómez abandonando su glorioso campo de Palo Seco.

El día diez de Noviembre á las once de la noche, asaltó el General García la fuerte plaza de Manzanillo, una de las mejor defendidas de la Isla. Los fuertes Zaragoza y Gerona é innumerables fortines, dominando en un semicírculo la parte de tierra, la hacían casi inexpugnable al asalto, mientras que dos vapores y cuatro cañoneros defendían sus aguas. García dividió sus fuerzas en cuatro columnas de ataque: una á las órdenes del Coronel Leonardo Márinol; otra á las del valiente Ricardo Céspedes, Coronel también; la tercera á las del Mayor General Manuel Calvar, segundo jefe de la operación, y la cuarta mandada por el intrépido Brigadier Maceo, que á paso de carga y despreciando los fuegos que en su marcha se le hicieran, debía llegar á la Plaza de Armas, centro de la ciudad, y apoderarse de la cárcel y el cuartel de infantería que la defendía. Esta era la

parte más difícil de la operación. Maceo, que en punto á obediencia siempre fué ejemplar, exigió sólo que para efectuar su marcha y la parte de la operación que se le encomendaba, le permitieran escoger la oficialidad y la gente que habrían de acompañarle, pues lo delicado de aquella operación exigía gente toda escogida. La tarde del día del asalto se organizaron las columnas, separando de la fuerza la que habría de mandar Maceo. Los oficiales que él designaba recibían con orgullo tal distinción, y más de uno, en ese instante, se despidió de sus amigos, convencido de que encontraría su tumba en Manzanillo.

El plan era bellísimo, casi de éxito seguro, si se hubiera podido contar con la sorpresa; pero, desgraciadamente, á las dos de la tarde, cuando marchaba nuestra columna por la sabana de Carahatas,—hacienda de la propiedad de Carlos M. de Céspedes,—encontramos una guerrilla de voluntarios españoles que se dispersó á los primeros tiros, y los prófugos, llegando á Manzanillo, dieron la alarma. No obstante esta circunstancia, el asalto tuvo efecto y Maceo con su escogida columna penetró hasta la Plaza de Armas con el propósito de cumplir las instrucciones recibidas, lo que hubiera realizado si no la encuentra, como la encontró, preparada para resistir el ataque.

La operación puede decirse que fué de un resultado negativo, pues si es cierto que las tropas se apoderaron de un riquísimo botín después de haber incendiado algunos establecimientos de comercio, también lo es que allí, en la Plaza de Armas principalmente, encontraron fin á sus vidas unos cuantos jefes y oficiales, cuya pérdida lloró amargamente el ejército revolucionario. Silva, el heroico Teniente Coronel Silva, segundo de Flor Crombet, casi un niño, cayó con una pierna rota por el mus de resultas de cuya herida murió un mes más tarde después de espantosa agonía. Allí murieron los Comandantes Blas Almirall, de Cuba, uno de los que por la tarde se despidió de sus amigos, y Juan Vega, también de Cuba; el Capitán Bernardo Milanés y Céspedes, perteneciente á una distinguida familia de Bayamo, y otros oficiales cuyas muertes fueron amargamente lloradas.

Después del ataque á Manzanillo, realizó el General una serie de operaciones en esa jurisdicción y la de Bayamo, asaltando los poblados de Bueicito, que fué incendiado y en el que recibió una herida el Teniente Coronel Herrero, Jefe de Estado Mayor,—joven mexicano,—á quien una bala le llevó la rótula de la pierna izquierda; á Palmas Altas y Boquerón, que también fueron destruídos, y á Veguita, en el que le cupo la gloria al que os habla de recibir su bautismo de sangre, herido en la pierna izquierda por un casco de granada. De Veguita se extrajeron como ciento cincuenta cabezas de ganado.

El resultado obtenido en esta serie de operaciones se consideró como un fracaso. El último, el verdaderamente funesto para nuestras armas, fué el de Santa Rita, jurisdicción de Jiguaní. El poblado fué defendido por el Capitán de Partido, señor Francisco Dellundé, quien, al frente de los voluntarios cubanos, hizo una resistencia heroica. Dellundé, cubano al servicio de España, esperó que nuestras fuerzas invadiesen, y después que todos penetraron dentro de una estacada de madera dura, terminada en aguzadas puntas, cerró el portón que había dado entrada, y una vez encerrada nuestra gente fué tarea fácil para el enemigo, disparando á mansalva desde los fortines que rodeaban al poblado y desde la trinchera principal que dominaba la situación, sembrar la muerte en nuestras

filas. Santa Rita, como se ha dicho, fué funesto: casi ninguno de los esforzados asaltantes salió ileso: los que lograron escapar lo hicieron antes de cerrarse el portón, bajo el fuego directo de dos fortines que lo guardaban, ó saltando con gran dificultad la palizada, alta de diez á doce piés, pereciendo muchos clavados en las agudas puntas de los "janes," y cazados otros en los momentos de saltarla. Los pobres heridos, como sucedía siempre en esa guerra de horrores, recibieron la muerte de manos de los vencedores. Allí quedaron: el Teniente Coronel Salubrigas, joven de una educación esmerada que había hecho estudios en Europa; el Coronel Urquiola, venezolano al servicio de la causa de Cuba desde Yara; el joven Velazco, sobrino del Presidente Cisneros, que se batía por primera vez, y un gran número de oficiales y soldados, cuya pérdida fué una verdadera calamidad.

La desgracia que acompañó al General García en estas operaciones, lo abandonó en la tarde del cinco de Diciembre, en que encontró al Coronel español Esponda al frente de una bien organizada columna, dándose la brillante acción de Melones, jurisdicción de Holguín. La lucha allí, como en la mayor parte de las ocasiones, fué en campo raso, casi cuerpo á cuerpo, y gracias á la disciplina y buen orden de la fuerza española y á los talentos militares que desplegó su jefe, pudo salvar la columna, que se retiró ordenadamente, escalonando por partes su fuerza mientras se iban retirando. Esponda, por fin, completó su retirada, no sin llevar un buen número de heridos, según vimos luego en los periódicos españoles, entre los cuales se contaba el Comandante Custardoy, joven habanero, amigo particular del que esto escribe. Nuestras pérdidas fueron pocas relativamente á las circunstancias del combate: Calixto García quedó posesionado del campo.

* * *

Abandonemos á Calixto y trasladémonos á Cambute.

Desgraciadamente, durante la reunión de Céspedes y el Gobierno, se faltó á las consideraciones que debieron guardarse al caído. Me consta que se le maltrató moralmente con exigencias que, aunque el Gobierno estaba en su derecho de tener, eran en puntos de tal nimiedad que no valía la pena de mencionarlas siquiera y que debieron excusarse en obsequio del Hombre de Yara. Esta conducta del Gobierno no encontró aprobación. A Céspedes se le despojó inmediatamente de su Estado Mayor y de su escolta, contra la oferta que me hizo el Presidente Cisneros en presencia del Diputado por Oriente, C. Rodríguez. Al rogarle que me permitiera acompañar por algunos días al que había sido mi jefe, Cisneros me dijo: "No sólo es mi intención no separarlos á ustedes del lado del Presidente, sino que también le dejaré su escolta." Agradecí á Cisneros esta manifestación, sin embargo de pensar que no podría hacer buena semejante oferta, puesto que Céspedes había descendido,—ascendido, decía él,—á la categoría de simple ciudadano, y la Constitución era terminante en este punto, no reconociendo honores ni privilegios á ningún ciudadano. A pesar de esta oferta, que respondo me hizo el Marqués de la mejor buena fe y voluntad, no habían transcurrido cuarenta y ocho horas, cuando ambas promesas quedaron incumplidas,

enviándonos á los Ayudantes del ex-Presidente con distintos puestos al ejército, y ordenando á la escolta se incorporara á su batallón. Al Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes, sobrino de Céspedes, y al otro, Rafael Caymarí, los enviaron á mandar dos batallones, al frente de los cuales sirvieron más tarde con aplauso general. A mí se me nombró Jefe de Estado Mayor de la primera División del Cuerpo de Ejército de Oriente, cuyo Jefe era el General Manuel Calvar. Los únicos que obtuvieron permiso para quedarse junto al ex-Presidente fueron su hijo Carlos Manuel y el Comandante Quesada, su hermano político.

¿Quién fué el autor de estas medidas? Me consta que fué una exigencia del Doctor Maceo, aunque toda la responsabilidad recayó en el Presidente Cisneros quien, desde luego, la aceptó. Ya he manifestado cuáles eran las intenciones de éste; pero Maceo, con la ley en la mano, le obligó á proceder de manera bien distinta á sus deseos. Céspedes permaneció junto al Gobierno durante algunos días, y á pesar de la invitación de Cisneros para que continuase con él, como una medida de precaución y de seguridad personal, estimó aquél que la permanencia en el Ejecutivo era atentatoria á su dignidad y lo abandonó tan pronto hubo terminado la entrega del Archivo. El Doctor Maceo aprovechó la primera oportunidad que se le ofrecía para dar rienda á sus pasiones y vengar lo que él llamaba ofensas inferidas por el Presidente en tiempos pasados. El Doctor Maceo no podía perdonar á Céspedes la negativa del permiso que para marchar al extranjero había solicitado, y como Céspedes, por desgracia, solicitara en esos momentos igual autorización para abandonar el país, le fué negada por el Secretario de Estado Doctor Maceo. No obstante esta negativa, Céspedes insistió cerca del Gobierno para que le permitiera la salida; idea que, aunque reprobada por sus amigos en el campo de la lucha, contaba en el extranjero con el apoyo del señor Carlos del Castillo y la señora Céspedes, trasladándose al efecto, el primero á la isla de Jamaica, donde preparaba un balandro que, oportunamente, sacara de la Revolución al héroe de Yara.

Para que la operación de salir de la Isla se efectuara con más facilidad y prontitud, escogió Céspedes como residencia, al abandonar el Gobierno, á San Lorenzo, lugar situado entre las montañas de la Sierra Maestra, á un día de camino de la costa Sur. Allí debía esperar la resolución que recayera á su instancia y la llegada del balandro de Jamaica. Al pasar de Cambute á San Lorenzo, el Teniente Coronel Beola, jefe de la guarnición que custodiaba el lugar, le rogó que fijase allí su residencia, donde encontraría afecto, consideraciones y garantías para su persona, haciéndole notar los peligros que correría en San Lorenzo, lugar que si hasta entonces brindó asilo seguro, dejaría de ofrecerlo tan pronto se supiera que lo habitaba el ex-Presidente de la República. Céspedes desoyó las súplicas y razones del Teniente Coronel Beola y marchó á San Lorenzo, residencia del Capitán Lacret, joven valiente y pundonoroso que lisiado á consecuencia de una herida que recibió en un pie, había aceptado el cargo de Prefecto de Guaninao. Lacret recibió á Céspedes con deferencia, aunque significándole que aquel lugar podría ser á propósito para su residencia sólo por pocos días.

Dejemos al ex-Presidente en San Lorenzo y volvamos á la residencia del Gobierno, donde había ocurrido un grave acontecimiento.

El Secretario de Estado, Dr. Francisco Maceo, acababa de ser arrastrado al sepulcro en sólo tres días, á consecuencia de un violento ataque de fiebre perni-

ciosa. Un grano de quinina hubiera salvado la vida á aquel importante y útil miembro del Gobierno de la República que, aunque había realizado el acto que hace poco le censurábamos, era un patriota honrado y virtuoso. La falta de un grano de quinina,—horrores de aquella guerra heroica,—nos lo arrebató en momentos en que habrían de ser sus trabajos utilísimos y cuando apenas había podido iniciar sus proyectos en el Departamento á su cargo. El Subsecretario, Sr. Hurtado del Valle, le sustituyó interinamente en el desempeño de la Cartera, y hay quien asegura que más tarde hizo gran falta Maceo en la Secretaría, para que con su influencia orillara dificultades en una situación dificilísima creada al Gobierno de Cisneros.

El Gobierno dió órdenes al General Calixto García para que concentrase la mayor parte de sus fuerzas en Barajagua, jurisdicción de Holguín; que abandonase todas las zonas, dejando en cada una guerrillas volantes de veinticinco hombres al mando de un Capitán. A mediados de Enero de 1874, se había efectuado la concentración, y el Gobierno, la Cámara y el General García Iñiguez con las tropas de Oriente, emprendieron marcha con rumbo á Occidente. Como es natural que sigamos esta expedición de muchísima importancia, volvamos á San Lorenzo á despedirnos de nuestros amigos que allí quedan.

Céspedes llevaba una vida tranquila, entregado á la lectura, á la escritura de cartas para su esposa y á la redacción de su diario. Antes del almuerzo jugaba al ajedrez con el Prefecto Lacret; después se daba un baño en el bellísimo río que lleva el nombre del lugar; dormía su siesta y pasaba la tarde en amena conversación con las personas que lo rodeaban, ó con otras que por afecto iban desde alguna distancia á visitarlo; ó bien, visitando á las vecinas inmediatas, unas señoras de apellido Beatón, que tenían unos niños á los cuales se había propuesto enseñar á leer en una cartilla que, á ese efecto, había él mismo confeccionado. La casa de las hermanas Beatón (señoras de edad) estaba edificada en el propio predio de San Lorenzo, á unas cien varas de la de Céspedes. Este vivía en la principal, junto con el Prefecto Lacret y su hijo Carlos.

El Gobierno de Cisneros ordenó al General García que atendiera, en lo posible, á la seguridad del ex-Presidente Céspedes: el General á su vez, sabiendo que éste se había trasladado á San Lorenzo, transfirió la orden á Lacret. Este no comunicó nada á Céspedes; pero, cumplido subalterno, organizó una guardia compuesta de vecinos y soldados que no habían marchado con el General García, la que vigilaba de noche el Campamento. San Lorenzo, como antes he dicho, se estimaba lugar seguro, pues encajonado en la falda de una loma, en cuya cima y como á dos millas de distancia, había permanentemente una guardia, en el único paso que pudiera tener el enemigo para invadir la zona, y que se conocía con el nombre de Cordón del Oro por el nombre de la montaña, se tenía aviso inmediato del desembarco del enemigo en la costa un día antes de que pudiera llegar á él, y luego con sus fuegos anunciaba la llegada, dando sobrado tiempo al vecindario para retirarse de la zona, sin riesgo alguno, tan pronto circulaba el primer rumor de enemigo á la vista. No obstante estas circunstancias que hacían de San Lorenzo un lugar relativamente seguro, se estimó peligrosa en él la residencia del ex-Presidente, y el Brigadier Jesús Pérez, hombre práctico en la guerra de Cuba y que había mandado aquella zona desde 1868, el Teniente Coronel Beola y el mismo Carlos, su hijo, vecino hoy de Key West (1883), le aconsejaron que

cambiara de residencia cuanto antes; pero él se creyó seguro allí y no atendió las indicaciones que se le hicieron. Como viera cierta noche que un centinela se paseaba delante de la casa en que estaba alojado, llamó á Lacret al siguiente día y le advirtió que él no consentía que se le custodiase, á menos que lo ordenara el Presidente de la República, y trató que el Prefecto suspendiese la guardia. Lacret, que sabía bien que el Gobierno no iría más allá de donde había llegado en cuestión de custodia, y que temía un asalto nocturno, le hizo creer que la guardia no era para su persona, sino que la tenía establecida en resguardo de la Prefectura; con lo que consiguió que el ex-Presidente se dejase custodiar por aquellos que le eran afectos. Lo cierto es que Lacret no pensó nunca en guardias mientras el ex-Presidente no fijó allí su residencia.

Uno de los errores del Presidente Cisneros ó de sus consejeros, fué el dejar cesantes en el acto de la deposición á aquellos jefes que eran notados por su afecto ó simpatías hacia Céspedes, reemplazándolos con otros que le eran hostiles ó indiferentes. A uno de los que le cupo esta suerte fué al Brigadier José de Jesús Pérez, acérrimo partidario de Céspedes, jefe de la zona en que se encontraba San Lorenzo, á quien se ordenó su incorporación á las fuerzas que hacia Occidente habían partido de Barajagua. Lo reemplazó el Coronel Benjamín Ramírez, hombre inculto, sin méritos militares que justificasen su grado, quien debía sus tres estrellas quizás, y sin quizás, á una parcialidad del Presidente Céspedes, y que creyó que, para halagar á la nueva situación, debía exagerar el trato poco cortés é irrespetuoso que diera á Carlos Manuel. Este oficial tuvo conocimiento de la conducta correcta que el Prefecto Lacret usaba con Céspedes y, personalmente, con una pequeña fuerza, se dirigió á San Lorenzo y despojó al Prefecto de las armas con que montaba la guardia de prevención que custodiaba durante la noche al ex-Presidente. Lacret indignado, protestó de la conducta del jefe de la zona y elevó su protesta al Gobierno de la República, que marchaba, ya lejos, hacia Camagüey. Al retirarse el Brigadier Pérez de la zona, pronosticó que Cárlos Manuel sería asaltado y muerto por los españoles antes de dos meses.

Ya hemos dicho que mientras el Coronel Ramírez observaba con Céspedes la conducta que obligó á Lacret á protestar y que ocasionó general indignación, incluso al Gobierno, Cisneros, en unión de la Cámara y el General García Iñiguez con sus 1,200 hombres de Oriente, marchaban á Camagüey. ¿Qué se proponía el Presidente Cisneros con esta expedición? Ninguno parecía saberlo, y aun los que lo sabían fingían ignorarlo: todo eran conjeturas: muchos llegaron hasta censurar la operación creyéndola hija de un apasionado espíritu de provincialismo, no común, por cierto, en el Marqués, y suponían que el abandono de Oriente, casi en masa, obedecía á sus deseos de proteger al Camagüey, con perjuicio del otro departamento. Lo cierto es que cada un día que pasaba de la segunda quincena del mes de Enero nos encontrábamos á diez leguas más lejos del Departamento Oriental: la incertidumbre producía general descontento: la idea de que se abandonaban los propios lares para pelear, derramar su sangre, quizás morir, lejos del hogar,—pues también en Cuba libre, en medio de los azares de aquella espantosa lucha donde todo era privación, había hogares;—la idea, repito, de dejar cuanto se poseía alarmaba á la generalidad, llegando á manifestarse el descontento en aquellos que faltos de principios morales no se resignaban á obedecer, callando. Los expedicionarios, como los compañeros de Colón, veían

aparecer el sol por Oriente, y después de una jornada de diez leguas lo veían hundirse en Occidente, sin esperanzas de descubrir siquiera el término de la jornada. Ya habíamos atravesado el camino central de la Isla, entre las Tunas y Bayamo, y la marcha continuaba. Por fin, después de quince días de incesante andar en que sólo habíamos descansado alguno que otro, llegamos á nuestro Guanabaní, á San Diego de Buenaventura, vasto potrero situado en la zona sudoeste del Camagüey, casi limítrofe con las Tunas.

El Gobierno ordenó al General que acampara, y sobre una planicie deliciosa se levantó pronto uno de los campamentos más bellos que tuvimos en la Revolución. La banda de música de la brigada de Holguín amenizaba en las noches de luna de los primeros días de Febrero las reuniones íntimas de amigos y compañeros, las que pasábamos suspirando por los días transcurridos, llenos de venturas, y por los más felices aún que vendrían, no sin que dejara de escucharse la nota burlesca por la suerte que podría caber, pocas horas después, á alguno ó varios de los presentes.

A los dos días de estar acampados en Buenaventura, llegó el General Gómez acompañado de unos cien hombres de caballería, pues sabiendo que se encontraban los Altos Poderes del Estado en el Departamento de su mando, venía á ponerse á las órdenes del Gobierno. Allí se habían reunido con el Gobierno y la Cámara todos los Jefes principales de Oriente y Camagüey. Estaba representada allí la parte militante de la Revolución Cubana.

Al siguiente día de llegado el General Gómez á la residencia del Ejecutivo, el Presidente de la República convocó para una reunión á todos los Generales presentes. Asistieron, Máximo Gómez, Vicente García, quien, como ya he dicho, venía desempeñando la Cartera de la Guerra; Calixto García Iñíguez, Manuel Calvar, Modesto Díaz y José Miguel Barreto, General de División del Ejército de Venezuela, que había desembarcado en nuestras playas en 1873, en la penúltima expedición del *Virginius*. Además concurrieron el General de Brigada Antonio Maceo y el Sr. Miguel Betancourt Guerra, camagüeyano ilustrado que acababa de ser nombrado Secretario de Estado, en sustitución del difunto Maceo. Esta reunión, como era natural, fué presidida por el Presidente de la República y celebrada en secreto, por lo que nadie sabía lo que allí se trataba; pero se le dió importancia y se suponía que su objeto era el estudio del plan de operaciones en Camagüey, puesto que no otro sería el fin de la marcha de las fuerzas de Oriente. La impaciencia devoraba los ánimos; las conjeturas se multiplicaban; cada uno creía estar impuesto y haber acertado lo que aquello significaba; y la verdad es que, con rarísimas excepciones, nadie dió en el clavo, como vulgarmente se dice. La sesión duró sobre tres horas, al cabo de las cuales se propaló de súbito en el campamento la noticia de que se había resuelto por el Gobierno y los Jefes del ejército invadir el territorio de las Villas, abandonar si posible era y en cuanto lo permitieran las necesidades de la campaña, á Oriente y Camagüey que, destruídos, explotados é infructíferos eran ya mirados con indiferencia por los españoles, y ocupar las Villas, ese venero de riqueza, de donde se obtenía por el Gobierno español lo necesario para conducir y sostener aquella lujosa guerra que se nos hacía, y llevar la Revolución hasta la misma Habana.

La noticia causó una especie de vértigo embriagador: ya no se pensó más en Oriente, que aparecía pequeño é insignificante cuando se abrían á la gloria y á la

noble ambición de aquellos heroicos cubanos, los vastos ó inexplotados campos de Occidente; unidos todos, amigos y compañeros, marchar juntos, en masa, pelear, derramar su sangre, morir si era preciso, en aquella brillante jornada que se preparaba; era el deseo general, el entusiasmo fué indescriptible. Vosotros todos, que habeis oído hablar tanto y tanto blasonar de sacrificios hechos por la Patria, convenid conmigo en que junto á éstos de tan buen grado aceptados, desaparece la virtualidad de otros. Ya no se habló más que de la invasión, y cada uno deseaba que la marcha se emprendiera incontinenti. Debido al entusiasmo que dominaba á todos, se rogó al dulce poeta villareño *El hijo del Damují*, que improvisara con ocasión del suceso, y á poco corría de mano en mano en cuartillas de papel, y luego quedó grabado en la memoria de todos, el hermoso himno,—música de un hijo de una República sudamericana,—que fué desde aquel momento el canto de guerra y que bien ó mal, solo ó en coro, era cantado á toda hora. He aquí el Himno:

CORO

¡Oh, villareños! la luz de Yara
brilla anunciando la libertad,
en las llanuras de Villaclara
y en las colinas de Trinidad!

I

Hay unos valles, verdes, hermosos,
donde las cañas de oro se dan,
allí los déspotas codiciosos
nuestra riqueza gozando están.

II

¿No veis el fausto de los tiranos
que se sustenta con el sudor
de aquellos míseros africanos,
grosero insulto de su dolor?

III

Aire corrupto de bacanales
respira sólo la juventud,
placeres lúbricos ó inmorales
para privarles de la salud.

IV

Salvar debemos á los cubanos
de tal sistema de corrupción,
y es noble empresa llevar, hermanos,
á aquellos pueblos la redención.

V

Los generosos pueblos de Oriente
de sus guerreros mandan la flor,
y con vosotros marcha el valiente
camagüeyano batallador!

VI

Alzad un himno que al éter suba
y que surcando rápido el mar,
al mundo enseñe que sabe Cuba
á sus tiranos acuchillar.

VII

Y que en el pecho de los cubanos
ha puesto el cielo todo el vigor
de los torrentes americanos,
de los volcanes del Ecuador.

VIII

¡Hurrah! ¡á las Villas! porque nos llama
la voz de un pueblo que gime allí,
en las riberas del Agabama
y en las orillas del Damují.

CORO

¡Oh, villareños! la luz de Yara
brilla anunciando la libertad,
en las llanuras de Villaclara
y en las colinas de Trinidad!

* * *

Aunque era cosa resuelta invadir á Occidente, el plan de la invasión no se había terminado. Al día siguiente se reunieron de nuevo y se modificó el anterior, que era dividir las fuerzas en dos partes y que Gómez con una y Cálixto García con la otra, invadiesen simultáneamente uno el Sur, por Sancti Spíritus, y otro el Norte, por Remedios. En la segunda reunión se acordó que invadiera solo el General Gómez las Villas con las fuerzas de este territorio, ascendentes á mil hombres, y contingentes de Oriente y Camagüey, otros mil hombres; total dos mil hombres de infantería y caballería, estimándose más prudente este plan que el de abandonar los demás Departamentos. Todos los Jefes, excepto el Secretario de la Guerra Vicente García, votaron por la invasión, haciendo constar éste su voto en contrario, optando por que las cosas continuaran en la misma forma que hasta entonces. Debo advertir que el General Vicente García observaba una conducta extraña en el cumplimiento de sus deberes como Ministro del Gobierno de Cisneros. Alejado, retraído de la persona del Presidente, se permitía censurar libremente los actos de la Administración de que formaba parte y de los cuales era solidariamente responsable. Comentaba en términos de censura el plan de la invasión, que era un acuerdo de su Gobierno y que obtuvo tan simpática acogida: lo creía un disparate y así lo manifestaba, augurando un solemne fracaso.

Resuelta la operación de invadir las Villas, procedióse á extraer cuatrocientos hombres de las fuerzas presentes de Oriente, ordenándose al General Calixto García, que como Jefe de Oriente lo era de las Tunas, completase los quinientos del contingente oriental con cien de este territorio, que no estaban presentes.

Máximo Gómez escogió la oficialidad, si allí se podía escoger, presentando una lista de los que debían marchar mandando los cuatrocientos orientales. Gómez conocía aquella oficialidad que él había creado, siendo Jefe de Oriente, y bien supo designar á los que debían acompañarle en la delicada é importante operación que iba á emprender. Sería prolijo enumerar aquí quiénes fueron los designados, falange de valientes de quienes pronto tendremos que hablar con detalles. El Brigadier Antonio Maceo fué nombrado Jefe de la División que formarían las fuerzas de las Villas al mando de González Guerra, y el contingente oriental á las órdenes del Coronel Ricardo Céspedes.

En los primeros días de Marzo abandonó el General Calixto García el campamento de Buenaventura, dirigiéndose á las Tunas, mientras Gómez, con el contingente, el Gobierno y la Cámara, marchó hacia Camagüey. Antes de separarse el Presidente Cisneros del General Calvar, que marchó con las fuerzas de Oriente, le recomendó que viese en su nombre al ex-Presidente Céspedes y le aconsejase amistosamente que retirara la instancia en que solicitaba el permiso para salir al extranjero, y que le indujese á ir al Camagüey, lo que Gómez, que estaba presente, aplaudió de corazón; que le diese, como si fuera iniciativa de Calvar, una escolta, ya para marchar al Camagüey, ya para permanecer en Oriente. Yo servía como Jefe de Estado Mayor del General Calvar y el Presidente me hizo tomar nota de esas recomendaciones. Calvar, que era amigo de Carlos Manuel, estaba muy distante de necesitar que le recordaran el encargo; por el contrario, me manifestó particularmente, que lo primero que haría sería traer á Céspedes á su Cuartel General ó darle cuarenta hombres de escolta, pues no per-

mitiría que en el territorio de su mando se asesinase impunemente al hombre del diez de Octubre.

El Brigadier Ruz, al frente de las fuerzas de Guantánamo, cuyo mando se le acababa de confiar, nos precedía una marcha hacia Oriente, y el Coronel Mármol, con las de Bayamo, hacia este Distrito. El General García, con un grupo de caballería y fuerzas de Holguín, se dirigió hacia las Tunas, donde emprendería la organización de las fuerzas que quedaban bajo sus órdenes.

Dos jornadas nos separaban del General Gómez cuando el eco del cañón, procedente de Camagüey, nos anunció que el contingente había encontrado al enemigo: que las fuerzas de Oriente se batían, por primera vez, en Camagüey.

Así era en efecto: los españoles, que encontraron la huella que en su marcha á Camagüey dejaba la fuerza de Oriente, comprendieron, desde luego, que aquel movimiento hacia el Este no podía obedecer á otro plan que al de traspasar la inexpugnable Trocha que separaba á las Villas del Camagüey y que, según ellos, sólo daría paso á bayonetas españolas. Comenzaron, pues, á moverse en previsión de que tal cosa pudiera acontecer, pues que si llegaba á realizarse perderían su mina de oro, la pacífica posesión del territorio más rico del Mundo, y pensaron que en lugar de perder tiempo reforzando la Trocha ó acumulando tropas en las Villas orientales, era lo más acertado atacar por su base el proyecto, cayendo sobre el contingente oriental en sus primeros pasos por el Camagüey, desbaratarlo y deshacerlo. Acampado el General Gómez en Naranjo, extenso potrero en la parte oriental del Camagüey, se anunció el enemigo con una columna de mil doscientos hombres. La situación era delicada para el hábil militar. Había recibido aquel contingente, sacrificio que hizo el ejército de Oriente, para la invasión, esto es, para una operación determinada, y no para presentar combates en Camagüey: era un capital en calidad de préstamo para una negociación especial. ¿Qué hacer? ¿Se retiraría, alentando con tal proceder al enemigo, que atribuiría su evolución á debilidad ó miedo, y que persiguiéndolo lo obligaría al cabo á aceptar el reto? ¿No era un mal precedente el que iba á sentar evitando un combate, tanto más cuanto que su columna la formaban dos fuerzas extrañas, unidas por primera vez ante el enemigo, y que ambas pedían entrar en acción? ¿Esperaría el ataque exponiendo al contingente y á la invasión? En sus dudas, en su grave dificultad y deseoso de descargarse de responsabilidad para con Oriente y las Villas, acudió al Gobierno por su consejo. Este, aceptando la responsabilidad, dejó en absoluta libertad á Máximo Gómez para que resolviera, y éste optó por presentar batalla á los españoles.

Al efecto, organizó sus fuerzas en campo abierto, en la extensa llanura del vasto potrero Naranjo: por vez primera iban á entrar juntas en acción las fuerzas de caballería del Camagüey y las de infantería de Oriente. Los camagüeyanos estaban ávidos de lucir sus habilidades á los huéspedes, y éstos, que tenían como el buen jugador, su carta tapada, ansiaban el momento de enseñarla. Había cuatrocientos infantes y cien caballos: los contrarios eran mil doscientos; pero los nuestros eran de infantería oriental, que no puede haber tenido rival como soldado, y ya os demostraré por qué, y caballería camagüeyana, respecto de la cual emití juicio muy favorable en mi primera Conferencia.

Considerad al guajiro cubano, ese hijo de la intemperie, nacido en las ricas haciendas de crianza, acostumbrado desde niño á jugar con el caballo, enlazando

y coleando las reses en las dilatadas sabanas de Camagüey: imaginaos un nuevo animal, un centauro, mitad hombre, mitad caballo, inteligente, ágil, atrevido, valiente, armado de un rifle corto, un machete y una espuela que maneja á discreción, con soltura y facilidad, pendiente el rifle de una bandolera que lleva terciada, y el machete que sujeta un cordón, cuando desnudo, que se enreda á la muñeca: la espuela es el eslabón que une al hombre con el bruto, y por ella se identifican y el uno obedece al otro: formaos una idea de lo que será un grupo de estos centauros, cuando embriagados por el combate, animados por el jefe, guiados por el más puro de los sentimientos, el amor á la tierra que le vió nacer, y exaltados por el odio al tirano que lo oprime y lo veja, caen como una avalancha sobre su contrario, y arma al brazo, libre de la brida que abandona, afirmado en el estribo, despreciando los fuegos de la fusilería y el espantoso estrago de la artillería, salta por encima de la triple fila de aceradas bayonetas, y arrollándolo todo, atropellándolo todo, todo cuanto á su paso encuentra, entrando por este lado del cuadro, sale por el otro, acuchillando, matando, destrozando..... y os habréis formado una idea pobre de lo que es la caballería camagüeyana y de lo poderoso de su empuje.

Napoleón decía que el cuadro de tres filas por lado, apoyado por artillería en sus ángulos, era impenetrable. Y Napoleón hablaba á principios del siglo, cuando Remington no había inventado su mortífera máquina de guerra para arrojar una bala cada dos segundos, cuando sólo existían los fusiles de chispa; pero tampoco imaginó que pudiera existir un cuerpo de caballería como el de Camagüey, ni un Jefe que lo manejase llamado Máximo Gómez. Los españoles desde que salían de Puerto Príncipe marchaban en cuadro regular, al menos cuando la marcha se hacía por campo abierto; y, sin embargo, ya se había hecho una gracia, una cosa muy corriente y natural, destruir los cuadros, atravesarlos, entrando por un lado y saliendo por otro, y como trofeo y como prueba de que se había atravesado todo el cuadro, arrastrar pendiente de un lazo de que, al efecto, se iba preparado, á uno de los jefes enemigos ó á uno de los infelices músicos que con la Plana Mayor formaban en la parte más segura del cuadro, en su centro: algunos músicos, por testarudos, decían los soldados, salían agarrados á sus instrumentos, cuando el lazo cogía á músico é instrumento á un tiempo.

En Camagüey había dos Regimientos de caballería, cada uno fuerte de trescientos hombres: Agramonte y Camagüey.

La infantería de Oriente rayaba á la misma altura que la caballería camagüeyana. Impelida por la necesidad, acosada por el hambre, esta fuerza se veía precisada, en su Departamento, á batirse diariamente, arrebatando á los españoles viandas y granos de sus plantíos, y de los ingenios, reses y caballos. Este cuerpo de ejército, que comenzó por acostumbrarse á cambiar con indiferencia la vida de sus hombres por un boniato, una vaca ó un caballo, terminó por familiarizarse con el peligro y la muerte, que despreciaba; y unido esto á las fatigas que á diario tenía que soportar para conseguir su alimentación, repitiendo estas prácticas por cinco años consecutivos, terminaron por hacer del soldado oriental el infante más sufrido y más valiente que pueda imaginarse. El arma predilecta del soldado de infantería en Oriente, vosotros lo sabeis, era el machete. Cada uno, Jefe, oficial ó soldado, estaba acompañado de esta terrible arma: un rifle largo, arrebatado generalmente al enemigo, completaba su armamento. Esta

tropa, en una emboscada, por ejemplo, dejaba que el enemigo, ignorante de su presencia, cayese bajo las bocas de sus rifles, y disparaba una vez sola sorprendiendo y desconcertando al enemigo, y entonces *arremetía* al machete, y el éxito era seguro. Cuando el combate era en campo abierto, él sabía cuándo era el momento de hacer uso de su arma favorita. Tan pronto como los españoles, después de pronunciarse en retirada, daban á conocer el menor síntoma de desmoralización abandonando sus cadáveres, sus heridos, sus bagajes ó sus armas, entonces, cualquiera, el menos autorizado, daba la orden de "*al machete*" y la turba, sin orden, sin concierto, en el mayor desenfreno, se lanzaba, machete en mano, sobre el enemigo, que con dificultad escapaba del terrible efecto de aquella mortífera arma.

Al primer aviso de enemigo, el General Gómez preparó su tropa, dividiendo la infantería en tres secciones que habrían de replegarse la una sobre las otras, caso necesario, hasta terminar la operación: la caballería apoyaba á la infantería cubriendo su flanco derecho y desplegaba en ángulo recto. Llega el enemigo, se rompen los fuegos con la primera sección de infantería, que rodilla en tierra se mantiene firme y que no replegándose sobre la segunda sección la obliga á correr en su apoyo. Doblado así el número, los españoles se detienen formando el cuadro y da comienzo la batalla en forma. Gómez refuerza la infantería con la tercera sección al ver la tenacidad con que las dos primeras sostienen al enemigo. Los españoles, haciendo uso de la artillería, pretenden amedrentar á aquel grupo de valientes que, rodilla en tierra unos, y de pie los otros en la segunda fila, los desafiaban para que avanzaran. La caballería, en el flanco derecho, impaciente, esperaba sólo una resolución del enemigo: que lanzase su caballería, para caer sobre ella como un rayo; pero los españoles, no acostumbrados á la resistencia de la infantería en Camagüey, comprendieron que en aquella ocasión debían proceder de distinta manera á la puesta en práctica hasta entonces, y se concretaban á lanzar sus bombas al espacio, pretendiendo, por este medio, imponerse á los cubanos, y continuaban, á la par, haciendo descargas cerradas con su triple línea de guerreros. Ricardo Céspedes, como un héroe de aquellos que la imaginación se forja, ayudado por el recuerdo de los que en la Edad Media nos presenta la Historia, recorría erecto sobre su hermoso caballo "Perla," el frente de la columna cubana, á la que animaba, machete en mano, con su ejemplo sublime. Después de dos horas de un fuego incesante, sin que los nuestros cedieran un palmo de terreno, ni mostraran el más ligero signo de debilidad ó flaqueza, se deciden los españoles á probar fortuna, dando una carga con su caballería, la que lanzan fuera del cuadro. Gómez, que permanecía en acecho en el flanco derecho esperando, sin duda, este movimiento, parte veloz como una flecha, al frente de los jinetes camagüeyanos, alcanzándola á pocas varas de nuestra infantería, que la fusila casi á boca de sus rifles, mientras los macheteros llegan y dan principio á su obra. Allí fué el momento supremo: la caballería enemiga, acuchillada por un costado por los camagüeyanos y fusilada por el frente por los orientales, pretende retroceder para reincorporarse á su cuadro; pero ya era tarde: Gómez la despedaza en su impetuosa carga, y despavoridos, llegan al cuadro unos pocos, alcanzados ya en su mayor parte por nuestros macheteros. Entonces se vió una cosa sorprendente, nunca vista en el Camagüey, y fué, que cuando Gómez pretendió retirarse ante el mortífero fuego que el lado del frente del cuadro enemigo

hacía protegiendo á los fugitivos perseguidos, creyendo que la infantería estaba en su puesto, se encuentra con que ésta lo había seguido en la carga y se hallaba sobre la línea enemiga haciendo también ventajoso uso de sus machetes, de modo que los españoles eran amachetcados igualmente por la caballería, que por la infantería. En aquel momento admirable y glorioso el Teniente Coronel Rafael Rodríguez, Jefe de Estado Mayor, y el Comandante Julio Díaz, Ayudante del Cuartel General, despreocupados del enemigo y de la peligrosa posición que ocupaban, arrebatados por legítimo entusiasmo y como si presenciaran una función de teatro, aplauden frenéticamente á los orientales. Ante aquella actitud de nuestras fuerzas, la triple fila de soldados del lado del frente del cuadro español, que no había logrado cerrarse de nuevo después de haber dado paso á los fugitivos, se conmueve, balancea, retrocede, y, como si hubiera perdido el equilibrio, trata de buscar apoyo en los otros lados del cuadro; pero el machete, por jinetes é infantes manejado, segando vidas sin compasión, hace que aquel movimiento de debilidad iniciado por los del frente, se comunique al cuadro todo, cuyos lados, intactos hasta entonces, se quiebran en las líneas, y fraccionados en grupos los que las formaban, huyen unos, buscando mejor posición, resisten otros, los más ceden al caer sus hombres, hasta que, rotas las líneas todas, perdido el equilibrio, destruída la organización, entra la confusión, se apodera el terror de los que aún resistían, se pierde la confianza, y el espanto les hace volver la espalda á sus esforzados asaltantes que, confundidos en sus filas, siembran con el terror la muerte, hasta que se pronuncian en fuga precipitada. Sobre mil hombres huyendo ante quinientos. Por fortuna para ellos, Mojacasabe estaba cerca y allí fué su refugio: se apoyan en un reducido callejón de mayas en momentos en que Gómez llegaba; pero..... éste vuelve de su embriaguez, se acuerda de las Villas y de Oriente, de la invasión, y ordena á su clarín que toque *alto y retirada.*

El campo estaba sembrado de cadáveres: toda la caballería española, jinetes y caballos, estaba en tierra: la victoria había sido completa; pero ¡qué cara nos costaba! Por doquiera, confundidos con los cadáveres ó heridos españoles, yacían heridos y cadáveres cubanos! La oficialidad del contingente oriental estaba, casi en su totalidad, fuera de combate. Máximo Gomez se desesperaba ante aquel cuadro desgarrador..... Guillermo Moncada, Flor Crombet, los hermanos Vega, Ramón Martínez Freyre, Miguel Palacios y un gran número de compañeros estaban heridos más ó menos gravemente. El ilustrado Comandante La Rua tenía una mano despedazada; Ramón Martínez Freyre, atravesado por el estómago, pedía, al verse los intestinos fuera, que terminaran sus padecimientos quitándole los pocos momentos de vida que le quedaban. Aquella era una escena desgarradora! El hospital de sangre el día de la batalla de Naranjo contenía 150 camillas, siendo los heridos, en su mayor número, jefes y oficiales. Pero en cambio, aquella columna enemiga de 1,200 hombres había sido completamente destrozada por los 500 esforzadísimos cubanos.

El enemigo acampó en el callejón de Mojacasabe, donde le amaneció al siguiente día. El General Gómez, que veía comprometido el plan de la invasión, no por el resultado de Naranjo, sino porque suponía juiciosamente que los españoles habían de persistir en el suyo de atajarle el paso hacia la Trocha, presentándole combate, resolvió cargarlos de nuevo. En efecto, organizadas sus fuerzas, ordena un ataque de la infantería por el callejón y que la apoyara la caballería

por ambos flancos, maniobrando en los extensos potreros que se extienden á uno y otro lado. El sol no brillaba aún cuando la infantería rompió el fuego; el enemigo empezó, como en su derrota del día anterior, á hacer uso incesante de su artillería, y sorprendido trató de buscar posición apropiada para desplegar sus tropas fuera de aquel reducto cuya estrechez no le permitía maniobrar. Ricardo Céspedes mandaba toda la infantería, y puede decirse que por su cuenta y riesgo resolvió el asalto del reducto, atacando nuevamente al enemigo. Envalentonados los infantes con la victoria alcanzada la víspera, vuelven con el mismo ímpetu á arremeter al machete, dando repetidas cargas tan honrosas como las de Naranjo. La columna enemiga debió quedar sobre el campo; pero Máximo Gómez no quiso dar rienda suelta ni á infantes ni á jinetes, recordando que el hospital de sangre estaba lleno con sus oficiales. Los españoles ganaron una eminencia y en ella se parapetaron para resistir la caballería; pero Gómez dió por terminado el combate, después de contar sobre el callejón de mayas sobre cien cadáveres españoles.

* * *

Dejemos el Camagüey y sigamos al General Calixto García en su marcha á Oriente. El General se detuvo en las Tunas con idea de organizar esa Brigada que, con Bayamo y Jiguaní, formaban una División al mando del General José Miguel Barreto, el Venezolano, quien sustituyó á Maceo en ese puesto. Fuerzas de la Brigada de las Tunas y Holguín acampaban en Yariguá en los primeros días de Marzo, cuando ocurrió un suceso completamente nuevo y alarmante. Serían las ocho de la noche, momentos en que la banda de música tocaba delante de la tienda del Cuartel General, cuando un oficial de las Tunas se aproxima á Calixto García y, en tono confidencial le informa que el Teniente Coronel de las fuerzas de la Brigada, José Sacramento León, conocido familiarmente por *Payito* León, estaba acampado en "El Pilón," unas dos leguas de Yariguá, reuniendo gente de la Brigada y manifestando que no reconocería como Jefe al General Calixto García, pues querían que volviese á mandarlos su antiguo jefe Vicente García, y que estaban dispuestos á hacer uso de las armas para sostener su pretensión. El General dudó de aquel primer informe; pero la noticia corrió por el campamento, y vino á confirmarla la deserción, casi en masa, de la caballería de las Tunas. ¡Cómo violentó ese hecho al General Calixto García! Lleno de indignación quería acudir con su gente para castigar, como merecían serlo, á los amotinados, que iban ganando prosélitos por momentos. Aquello nos afectó profundamente: no conocíamos eso que se llama un motín: en nuestra casa teníamos más respeto á la ley y al gobierno. ¡Ah! y eso sucedía en momentos en que Vicente García, de quien era predilecto *Payito*, ocupaba un puesto en el Gobierno, y al que el Teniente Coronel faltaba y burlaba en la persona del General Calixto García. La noticia se propaló por todo el Distrito y, doloroso es decirlo, al día siguiente desertaron del campamento del Jefe del Departamento todas las tropas de las Tunas y se unieron á los amotinados. El Gobierno estaba aún en la parte oriental del Camagüey y no se habían disipado las nubes formadas por el cañón de Naranjo, cuando llegó á su conocimiento la noticia de la rebelión capitaneada

por *Pajito* León. El Gobierno, como era natural, se alarmó é indicó al General Vicente García, protector de *Pajito* como de todos los tuneros, que corriera á obligar á los amotinados á que se sometieran al orden y á la disciplina, obedeciendo á su jefe; pero el General Vicente García, observando una conducta incomprensible, se resistió á acudir por el prestigio del Gobierno á hacer acatar la Ley infringida, y el escándalo continuó, viéndose precisado el General Calixto García á huir, esta es la palabra, de aquella grave infracción de la disciplina militar, á las leyes y al orden, y antes de comprometer la situación, y temiendo, no sin fundamento, que detrás de *Pajito* León estuviera algún personaje de más importancia,—aludiendo á Vicente García,—se refugió con sus tropas en la jurisdicción de Holguín.

* * *

No habríamos andado más de un día en dirección á Oriente y al pasar el río Salado, nos encontramos un vecino de la zona que se divertía viendo pasar la tropa y á quien el General Calvar dirigió la pregunta de ordenanza: ¿qué ocurre? Aquel buen hombre, después de mirar á un lado y otro, como buscando una contestación, dijo: "nada, sólo que los españoles han muerto al Presidente viejo." ¡Calcúlese el efecto que esta contestación tan sencillamente dada, produciría en el ánimo de todos! Estábamos de desgracia. Nos conmovimos como tocados, á un tiempo, por la electricidad. Estábamos á unas cincuenta leguas del lugar de la catástrofe, y el General Calvar, destacándose del grueso de la fuerza con un pequeño grupo y su Estado Mayor, se dirigió, marcha forzada, en dirección á la zona Sur de Cuba.

Al siguiente día de aquel en que llegó á nosotros la funesta noticia de la muerte del hombre que en Yara había lanzado el grito de Independencia, pernoctábamos en la prefactura de Santa Rita, jurisdicción de Jiguaní, donde supimos por el Prefecto de la localidad, Capitán Jorge Sierra, algunos de los pormenores de la catástrofe que nos había arrebatado al héroe cubano. El General Calvar se impacientaba: la marcha era triste y parecía que no avanzábamos bastante. En fin, sobre el doce de Marzo llegó el Jefe de la División á "El Lajial," dos leguas de San Lorenzo. Allí situó su Cuartel General, y desde el momento de nuestra llegada empezamos á recibir, por testigos presenciales, todos los dolorosos detalles de aquella lamentable y trágica escena. Yo profesaba entrañable afecto á Céspedes, y desde que supe la noticia de su muerte me propuse hacer una peregrinación al lugar de la desgracia. Mi primer cuidado fué asociarme al Teniente Coronel Medina Prudentes, quien preparaba una cruz, encargo de su hijo Carlos, y cuando estuvo lista, dos días después de mi llegada á Lajial, en unión del Capitán Lacret, Prefecto de la localidad, que se encontró en San Lorenzo en los momentos del asalto, Medina Prudentes y otros amigos, nos dirigimos sierra arriba para cumplir nuestra dolorosa misión. Las diez de la mañana serían cuando llegamos á San Lorenzo, como término de una jornada á pie, fatigosísima. El asalto y muerte de Céspedes ocurrieron el 27 de Febrero, y era sobre el 12 de Marzo, y el campo aquel respiraba aún tristeza por todas partes: la Naturaleza

también sobrecogida, lloraba al Mártir de la Revolución Cubana. Nuestra marcha había sido de Norte á Sur; atravesamos el río San Lorenzo, antes de llegar al predio, y después de subir una pequeña cuesta, por la que se desciende al río, nos encontramos en el extenso limpio teatro de la escena que voy á describir. Los detalles son del Capitán Lacret.

Al entrar en aquel amplio desmontado, en medio de la montaña más escabrosa, lo primero que llamó mi atención fué el esqueleto de un caballo. Esta, me dijo Lacret, es la osamenta del caballo *Telémaco*, que montaba Céspedes, y que fué muerto de un balazo en este lugar, en momentos en que su dueño se batía y caía también en aquel otro: y me lo señalaba en el mismo lado del extenso cuadrilátero. Este bohío quemado, aquí á nuestra derecha, sobre el barranco del río, era el del Teniente Juan N. Valdés que, paralítico, sin poder dar un paso, se encontró en el asalto, del que se libró arrojándose en el barranco, y arrastrado por nosotros en la retirada.

Serían las diez de la mañana del día 27 cuando el Presidente, fuera de toda costumbre, pues á esa hora tomaba su baño en un lugar que no estaba al alcance del enemigo, en vez de bajar al río,—allí hubiera estado á salvo,—atravesó toda la extensión que separaba su casa, donde se levanta ese gran montón de cenizas en el centro del predio de las hermanas Beatón que estaba allá, en aquel otro lugar marcado también con cenizas y carbón. Habíamos acabado de jugar al ajedrez y manifestaba no sentirse bien. Esa mañana, continuó Lacret, se vistió con lo que llamábamos su lujo: un centro de paño negro. Cuando atravesó de su casa á la de las Beatón, ya los españoles estaban emboscados en todo ese lado del rectángulo que queda al Sur. Su hijo Carlos había ido á una casa de la vecindad, y su criado Jesús, el Teniente Landeau y algunos otros amigos que le acompañábamos, bajábamos la cuesta para el baño. Desde el día 25, dos antes del asalto, se nos anunció que el enemigo estaba desembarcando en el cocal de Sevilla, por la costa Sur; pero como esto sucedía con frecuencia, nadie se preocupó, convencidos, además, de que el enemigo al llegar al Cordón del Oro sería anunciado por los fuegos de la guardia. El Coronel Céspedes, sin embargo, se oponía á la continuación de su padre en este lugar, y más de una vez en esos días manifestó deseos de que lo abandonase. Por una fatal casualidad, hija de la Naturaleza, aunque la guardia se batió con los españoles cuando llegaron al Cordón para dar, como de costumbre, la alarma, el viento que soplaba de Norte á Sur no permitió que los tiros que se disparaban en la falda ó cima sur pudieran oirse en la opuesta ó norte, y que los españoles llegaran impune y sigilosamente á San Lorenzo, el 27 muy temprano. La guardia llenó su cometido, volvió á ocupar el puesto una vez que el enemigo hubo pasado, en la convicción de que el aviso oportuno habría dado tiempo al vecindario para ponerse en salvamento. Algunas familias que residían más hacia el Norte de San Lorenzo y por consiguiente más distantes del Cordón del Oro, gracias á un conocido fenómeno acústico, oyeron los tiros y pudieron escapar á tiempo.

Los españoles estaban emboscados y vieron cuando el Presidente,—todos los que le éramos afectos le dimos siempre este tratamiento,—atravesó desde su casa á la de la familia Beatón. No bien hubo él entrado en la morada de las vecinas y cuando nosotros no habíamos terminado de bajar la cuesta, oímos una descarga que atronó el espacio, después un vocerío espantoso y luego descargas cerradas,

seguidas de un fuego graneado. El Coronel Céspedes, hijo del Presidente, fué el primero de nosotros que, de un salto, ganó la cuesta y corrió precipitadamente hacia la casa donde todos habitábamos; él comprendió, como comprendimos los demás, lo que ocurría: voló en auxilio de su anciano padre, llegó hasta la habitación, pugnó por entrar sin recordar que el Presidente no estaba allí y que se iba á hacer matar inútilmente; en momentos en que, forzando los españoles una puerta del lado opuesto, le obligaron á retroceder hasta incorporarse á nuestro pequeño grupo que les hacía fuego. De repente oímos unos disparos de revólver, y el mismo Coronel reconoció ser del arma de su padre, aunque todos creímos que se equivocaba, pues el Presidente, que debió correr en línea recta atravesando por la parte más corta y salvando el limpio, habría alcanzado el río y cruzándolo, tomado el monte.

Luego oímos unos gritos de mujer, que supusimos ser de una de las hermanas Beatón, y la algazara de la turba. Creyendo inútil nuestra presencia allí, en momentos en que los españoles, hostigados por nuestros tiros nos hacían descargas cerradas, resolvimos retirarnos y tratar de incorporarnos al Presidente, quien seguramente, nos aguardaba algunas varas río arriba. Cuando dejábamos aquel lugar de exterminio, el caballo *Telémaco*, dando saltos y como si buscara apoyo, vino á caer casi á nuestros piés, herido gravemente. Por fin, tomamos el monte y al saltar el río, oímos la voz del paralítico Teniente Valdés que pedía auxilio, á pocos pasos de distancia. Lo recogimos y pronto estuvimos en salvo. Nadie faltaba, sino el Presidente, y encontrarlo sería tarea harto fácil.

No bien nos internamos en la montaña, empezó á incorporársenos gente armada de la vecindad que había oído el fuego y volaban en auxilio de Céspedes: uno de los que llegaron fué el Teniente Coronel Medina Prudentes con algunos hombres. Había ya sobre quince armados y resolvimos subdividirnos; mandar al Sargento Simón d'Espagne con cinco hombres á un reconocimiento sobre San Lorenzo, y el resto repartirnos, de dos en dos, en busca del Presidente. Era en verdad extraño que no le hubiésemos hallado en nuestra marcha río arriba y esta circunstancia me hizo dudar que se hubiera salvado. Trasmití mis temores al Teniente Coronel Medina, quien me contestó, en francés, que dada la posición que Céspedes ocupaba en los momentos del asalto y la circunstancia de no haberlo hallado á esta hora, le hacía desesperar y abrigaba el temor de que había sido víctima de la sorpresa.

Serían las dos de la tarde, tres horas después de habernos separado del sargento Simón d'Espagne, cuando, á través del bosque, le vimos á gran distancia. Medina y yo corrimos hacia él, dejando detrás al Coronel Céspedes y á los otros compañeros, y al aproximarnos dijo el Sargento, en francés, único idioma que poseía, y llorando como un niño á la vez que mostraba una ropa negra desgarrada y ensangrentada: "El Presidente es muerto: he aquí lo único que de él he encontrado."

El enemigo se había marchado. Impusimos al Coronel de lo que ocurría, y volvimos al campo donde tuvo lugar aquella escena horrorosa que pudimos explicarnos estudiando las huellas de la lucha terrible entre un anciano, casi indefenso, contra sus numerosos y bien armados asesinos. El Presidente se encontraba en la morada de las Beatón cuando sonó la descarga y corrió, describiendo una curva, hacia el noroeste, cuando debió hacerlo en línea recta hacia el norte. Los

españoles lo vieron y como estaban á mayor distancia del monte que el Presidente, éste hubiera podido escapar, si no encontrara obstáculos que, aun para un joven que marchara tranquilo, resultaban de difícil salvamento. Yo mismo, el día de la visita y ante las explicaciones de Lacret, me he maravillado de que hubiera hecho tanto. (1)

Un tiro de los muchos que le asestaban los españoles le rompió una pierna: allí donde se veía una mancha de sangre que señalaba la primer caída de ese segundo Nazareno. Pudo levantarse, y haciendo uso de su magnífico revólver Smith & Wesson, disparó al sargento español que lo perseguía más de cerca y al cual, según la versión del enemigo, logró herir. En un tronco de palma, á la izquierda de la línea de su carrera en dirección contraria á la que él llevaba, se incrustó una bala de su revólver que, como una reliquia y con la muy triste de la ropa, guardó su hijo. Por último, acosado, alcanzado, herido nuevamente, logró llegar, saltando una palizada, al barranco por donde se lanzó. Ese debió ser su último esfuerzo: no podía ir más allá: había caído en una hondonada como de cuatro varas, tan cubierta de troncos, ramas y palos secos, arrojados expresamente al limpiar la labranza, que se le habría cortado toda retirada aun cuando no estuviera herido. Allí, enclavado, puede decirse, en los escombros, lo alcanzó la turba, aquella turba feroz, desenfrenada y sedienta de sangre. Sin duda alguna, desde lo alto del barranco le asestaron algunos tiros que terminaron su preciosa existencia. Entonces bajaron: le deshicieron el cráneo á culatazos y le dispararon un rifle pegando la boca del arma sobre su corazón, atravesando la bala todo el cuerpo de un lado al otro. Esta herida, así como la de la pierna y otras del cuerpo, estaban marcadas en la ropa que se encontró en el campo y que el Coronel Céspedes conserva como triste legado de su ilustre padre.

Después de una escena de pillaje y desmoralización espantosa, alzaron con una cuerda el cuerpo inanimado arrastrándolo sin piedad, primero verticalmente, hacia lo alto del barranco, con brutalidad tanta, que toda la epidermis de la espalda, sembrada de los vellos de la víctima, fué recogida por el joven Céspedes: lo arrastraron luego, de la misma manera, por la llanura; saquearon sus ropas en el mayor desorden, y para facilitar esta operación lo despojaron de sus vestidos, que arrojaban después de haber saciado su codicia. El trayecto del barranco á la casa de las Beatón, donde terminó la repugnante escena, estaba marcado por un río de sangre: en la misma hondonada donde se le asesinó había una poza de sangre que parece increíble fuera de una sola persona: el paredón también estaba tinto en sangre. En todo el rastro que dejó su cuerpo en el suelo, en los troncos de los árboles, en las piedras, por todas partes, recogió su hijo preciosas partículas ya del cráneo, ya de la piel, y muchos cabellos en mechones.

Y sin embargo, los españoles efectuaron el asalto á San Lorenzo como una operación cualquiera. Ellos ignoraban al parecer la presencia de Céspedes en el

(1) Entre los asaltados, dice Lacret en documento que conservo, se encontró un moreno que al verse perdido, se ocultó tras un tronco carbonizado, con el cual se confundió, á dos ó tres varas de Céspedes. Vió cuando cayó del primer balazo que recibiera, así como cuando un soldado español, pegando su rifle al pecho de Carlos Manuel, disparó contra su víctima, dejándolo sin vida.

lugar: (1) ignoraban también que aquella fuese la persona del ex-Presidente, cuando permitieron que se le matase, cuando no lo hicieron prisionero á toda costa para llevarlo á Cuba, y después de pasearlo como trofeo, fusilarlo allí mismo donde quitaron la vida á su compañero, á aquel otro ilustre mártir, Pedro Figueredo, padre, como Céspedes, de la Revolución Cubana. Pero el dato principal para afirmar que ellos lo ignoraban todo, nos lo suministra una de las hermanas Beatón, detenida juntamente con la otra, Panchita, y á quien los españoles no quisieron llevar por enferma y quedó en San Lorenzo. la que cuenta, que al arrastrar el cadáver hasta la presencia de Panchita, ésta, dando un grito de desesperación y en la mayor angustia, exclamó: ¡Ah! ese es el Presidente! ¡Han muerto al Presidente! (2) Entonces el jefe, dándose una palmada en la frente, lamentó su mala fortuna por no haber tenido noticias antes de quien fuera la persona que acababan de asesinar; dispersó la turba que aún acosaba al cadáver y tocando formación se marchó precipitadamente, llevándose el mancinado cuerpo del que en Yara enseñó al pueblo cubano el camino del honor y del sagrado cumplimiento del deber.

Hay una coincidencia extraña en lo que se refiere al lugar de la muerte de Céspedes. Siendo él joven, poeta y romántico, compuso un magnífico soneto al Pico Turquino, que terminaba con el deseo de que su cadáver encontrase tumba en las faldas del gigante cubano. ¿Quién pudo pensar que, años más tarde, sus versos habían de parecer una predicción y que sus deseos se realizarían el 27 de Febrero de 1874, en San Lorenzo, á las faldas del Monte Turquino.....!

El joven Céspedes enterró lo poco que pudo recoger de los preciosos restos de su padre, en la hondonada donde pocos días más tarde colocábamos sus amigos, por encargo suyo, una cruz que tenía en sus brazos el nombre de la víctima, en la cabeza el signo del Maestro Masón y debajo la luctuosa fecha de tan horrorosa catástrofe. Aquella fué una escena de triste recogimiento, cuando en unión de unos pocos compañeros, rogaba yo al Todopoderoso por el eterno descanso de su alma, y pedía á la vez á la víctima que intercediera con el Padre celestial, para que bendijese su grandiosa obra y pudiéramos terminarla con la felicidad con que hasta allí la había él conducido.

Dos meses más tarde, cerca yo de San Lorenzo, visitó el lugar una columna enemiga que pasó toda aquella zona. Temeroso de que hubieran roto la cruz, hice otra visita á la tumba y encontré, colocada en la cabeza de la cruz, una corona de preciosas campanillas blancas de que estaba en esos días sembrado San Lorenzo. ¡Hasta en los más fieros enemigos se encuentran algunos rasgos de nobleza!

---

(1) Esto es lo que se desprende de los acontecimientos; sin embargo existen detalles relatando la relación que tuvo un moreno llamado Robert con el asalto á San Lorenzo, acusándolo de haber vendido al Presidente en cambio de su vida al ser prisionero de los españoles; pero el hecho del asesinato, la mutilación, el saqueo, la sorpresa del Jefe al saber quién era la víctima, nos inclina á creer la relación de Lacret.

(2) Dice Lacret que la abandonada señora Beatón y el moreno salvado estuvieron contestes en la descripción de la escena.

# TERCERA CONFERENCIA

Acusación contra *Payito* León. Inesperada resolución del Gobierno. —Precedente fatal. Organización en Oriente.—El Coronel Juan Rius Rivera.—Acción constante.—Marcha á Occidente. Gloriosa batalla de las Guásimas.—Estrategia del General Gómez.—Mr. Dockery en la acción.—Derrota y desmoralización del enemigo.—Enrique el Americano.—Sus proezas.—Un canto de guerra.—Reanudación del combate.—300 enemigos muertos.—Exploración á las Villas.—Ataques á Nuevitas y Cascorro.—Marcha al Chorrillo.—Aplazamiento fortuito.—Prudente actitud de Gómez.—Orientales á Oriente. Toma de San Gerónimo.—Reveses del General García Iñiguez.—Concentración desgraciada.—¡A sus casas! Contra Braguetudos.—Carta del General García al General Calvar. Supuestas negociaciones de arreglo con España. Funesta noticia. Causas de la heroica resolución del General García Iñiguez.—El Comandante Aznar.—Su actitud con Esteban de Varona.—Varona en capilla.—Su salvación.

TAN PRONTO llegó el General Calixto García á la jurisdicción de Holguín, en la que ordinariamente fijaba su Cuartel general, dió parte al Gobierno del grave acontecimiento de las Tunas, denunciando al Teniente Coronel José Sacramento León como reo de los delitos de insubordinación y de haberse puesto, deliberadamente, á la cabeza de un motín. Nuestras ordenanzas eran muy severas en este punto y, en ambos casos, prescribían la pena de muerte.

El correo que portaba el parte-acusación del Jefe de Oriente contra el jefe amotinado, debió cruzarse en su trayecto con otro del Gobierno de la República, que llegó á Oriente, al Cuartel general, tres días después de la salida de aquél. El Secretario de la Guerra anunciaba al Jefe del 1er. Cuerpo de ejército que el Teniente Coronel León se había presentado en unión de todos sus compañeros en la Residencia del Ejecutivo, pidiendo formación de juicio, y que el Presidente de la República había resuelto enviar al Teniente Coronel y demás jefes del motín á disposición del Cuartel general de Oriente, para que fuesen debidamente juzgados.

Esta resolución fué recibida con aplauso general y, aunque desde luego se pronosticó la suerte que había de caber al infortunado *Payito*, la actitud del Gobierno de la República mereció elogios, y todos aplaudimos la rectitud del Presidente

Cisneros. Pero imagínese cuál no sería la sorpresa de todos al alcanzarnos dos días después otro correo de igual procedencia con un oficio al General García en que se le participaba que la Cámara de Representantes había amnistiado á los amotinados de las Tunas, y que *Pagito* León y sus compañeros quedaban á sus órdenes en el mismo teatro del acontecimiento. ¡Cuánto exasperó tal conducta al General García, que vió cómo se consentía que un subalterno se burlase de su superior! La amnistía fué un hecho: ignoro si la Cámara, único Cuerpo que tenía la facultad de perdonar, lo hizo por propio impulso ú obedeciendo á indicaciones del Presidente de la República. Me inclino á creer lo segundo, y que si así lo hizo el Presidente, fué influenciado por el Secretario de la Guerra. He aquí la simiente de todas nuestras desgracias. *Pagito* León, perdonado significa la muerte de la Revolución de Cuba, aunque por el pronto se consideró el asunto como de poca ó ninguna significación.

La sangre del Joven León, por sensible que hubiera sido derramarla, nos habría ahorrado más tarde mares de ella, sacrificios sin cuento, y quizás, y sin quizás, se habría salvado nuestro honor y el buen nombre del cubano. Pero se perdonó á León, joven simpático, valiente y jefe que ya había conquistado algún renombre, cuyo deber era dar su vida por los principios que había jurado sustentar y que pisoteó, y transigiéndose con el crimen se veló la justicia, abriéndose ancho surco por donde, andando el tiempo, habrían de correr sin dique mares de desorden, de injusticias y de inmoralidades.

* * *

Después de lo que hemos referido, se ocupó el General García en organizar las tropas de su Departamento, concluído lo cual emprendió una serie de operaciones en Holguín y Cuba con más ó menos fortuna.

Por esos días empezó á desplegar dotes, ocultas hasta entonces, el joven Teniente Coronel Juan Rius Rivera, perteneciente á una distinguida familia de Mayagüez, Puerto Rico. Rius, joven de talento y de una vasta instrucción, había arribado á nuestras playas, después de abandonar una de las universidades de Europa, en la expedición del *Anna*, que á principios de 1870 condujo á Cuba el Sr. Francisco Javier Cisneros. El joven Rius Rivera tiene una historia honrosísima en la Revolución de Cuba, y como más tarde lo hemos de encontrar rozándose con sucesos de la mayor importancia, bueno es que desde ahora llene gustoso el deber de presentároslo.

Contaría unos veintisiete años cuando empezó á distinguirse como Jefe del 1er. Batallón del Regimiento Holguín nº 5. El General García, cuya Jefatura de Estado Mayor acababa de desempeñar, descubrió que en Rius se encerraba una justa esperanza de la patria y, desde luego, resolvió abrirle campo donde pudieran desarrollarse las relevantes dotes de aquel digno extranjero.

Facultó á Ríus para que al frente de sus fuerzas y aun apoyado por fracciones de cuerpos extraños, emprendiese, por su cuenta, operaciones en la zona de cultivo de la jurisdicción de Holguín. El Teniente Coronel, aprovechándose de las cortas facultades de que disponía, empezó á desplegar toda su táctica militar,

que unida á las dotes de valor, moralidad, astucia é inteligencia que felizmente concurrían en él, dieron por resultado unas cuantas operaciones que asentaron la reputación del joven oficial como un insigne guerrillero. Yabazón, La Demajagua, Guabajaney y otros poblados que asaltó, así como diferentes triunfos obtenidos en campo abierto, siempre dirigidos con la mayor astucia, figuraban gloriosamente en su hoja de servicios.

Mientras Rius se movía hostilizando constantemente á los españoles en la zona de Holguín, lo hacían en la de Mayarí el General Calvar; Medina Prudentes en el Sur de Cuba; Leonardo Mármol y Emilio Nogueras en Bayamo, y Ruz con Silverio del Prado y Paquito Borrero, en Guantánamo. El Departamento Oriental estaba, pues, en constante acción. Los españoles, con la expedición hacia Occidente, habían acumulado sus fuerzas del otro lado de la Trocha, ó las concentraban en Puerto Príncipe á las órdenes del General Portillo, para continuar su plan contra la invasión; así es que en Oriente, para encontrarlos, era preciso buscarlos en sus casas.

* * *

A menudo nos llegaban noticias del Camagüey; los orientales que marchaban en el contingente imponían á sus hermanos de cuanto pasaba en el Centro; y cada un paso dado hacia Occidente, era conocido de las tropas de Oriente. Así llegaron los primeros días de Abril y con ellos la nueva de que los españoles habían atacado á Máximo Gómez otra vez en su marcha hacia Occidente. Este combate, mejor dicho, esta batalla, puesto que en ella jugaron las tres armas y en ambas partes se desplegaron con inteligencia todas las reglas del arte de la guerra, la más gloriosa que se libró en los campos de Cuba, merece ser conocida detalladamente: está además salpicada de episodios interesantísimos, y á mí, sin duda, se me ha reservado la dicha de darlos á conocer unos y otros.

El Gobierno de la República, que tenía á su cabeza un hombre en el cual predominaba, entre muchas virtudes que lo hacían estimable, la perseverancia rayana en tenacidad, no se dió por vencido ante el propósito de los españoles, claramente manifestado en Naranjo y Majacasabe, y apoyado por Máximo Gómez, más tenaz aún que él, continuó adelante con la idea de la invasión.

El día 12 de Marzo por la tarde, una de las más hermosas que lucieron bajo el bello cielo azul de nuestra patria, pasaba revista el General Gómez á todas las fuerzas de su mando, desplegadas en una extensa llanura en el magnífico potrero "Antón de Guamuší." Allí se encontraban concentradas en número de 3,000 hombres, fuerzas de infantería y caballería de Camagüey y Villas, á las órdenes, las primeras, del Mayor General Julio Sanguily, y las segundas, con el contingente Oriental mandado por el Coronel Ricardo Céspedes, á las órdenes del Brigadier Antonio Maceo. La infantería de las Villas estaba mandada por el Brigadier José González Guerra y la caballería del Camagüey,—dos regimientos, *Agramonte* y *Camagüey*, al mando del intrépido Brigadier H. M. Reeve,—Enrique el Americano,—mutilado ya en esos días.

El General Gómez, al pasar revista, dió á conocer á sus tropas en una corta

y bien escrita proclama, el plan de la invasión, repartiendo á la vez, impresas en hojas sueltas, las siguientes reglas:

«1ª Se observarán estrictamente por todas las tropas á mi mando las reglas prescriptas por las Leyes militares vigentes.

2ª Todo individuo acusado de cualquier falta, delito ó crimen, será acto continuo sometido á la acción de la Ley y castigado inmediatamente.

3ª Queda prohibido terminantemente la familiaridad en los individuos del Cuerpo de ejército de mi mando. En el campamento no hay amigos, ni padres, ni hijos, ni hermanos. Todos son jefes y subalternos y todos deben tratarse mutuamente con la consideración y respeto que la buena sociedad y las leyes exigen.

4ª Ningún individuo al dirigirse á otro podrá hacer uso de su nombre simplemente y menos del familiar, sino le aplicará su grado militar correspondiente, seguido del apellido de la persona á quien se dirija.

5ª Cuando sea un subalterno quien se dirija á un superior, lo hará haciéndole un saludo militar, que será cortésmente contestado por el superior. La tropa terciará su arma al dirigirse á cualquier oficial ó jefe.»

Estas disposiciones no dejaron de ser criticadas en algunos grupos; pero la generalidad las aceptó como necesarias. Más tarde se comprendió todo su mérito y se apreciaron sus efectos.

Todas estas fuerzas se movieron en la mañana del día 15 de Marzo hacia Occidente. Debían terminar la jornada en Jimaguayú, el célebre campo de batalla donde heroicamente sucumbió el glorioso Ignacio Agramonte, y en cuyo lugar habrían de quedar las fuerzas que en lo sucesivo guarnecerían el Camagüey á las órdenes del General Sanguily, el Gobierno de la República y la Cámara de Representantes que acompañaban á la gran columna; y continuarían resueltamente en su marcha hacia la Trocha, las fuerzas de las Villas y los contingentes de Oriente y Camagüey. El General, como era costumbre, destacó una legua á vanguardia de la columna en movimiento, la indispensable sección de exploradores. Todo marchaba tranquilamente, cuando al llegar la vanguardia á las "Guásimas," de Machado, una legua hacia el Oeste de "Antón de Guanusí," vuelven los exploradores anunciando que los españoles, con una gruesa columna, estaban acampados en las casas destruídas del gran potrero. Gómez tocó "alto" y corrió á conferenciar con el Gobierno de la República. Un momento después, ya había resuelto su plan para aquella operación improvisada.

He aquí lo que acontecía. Los españoles tuvieron conocimiento por sus espías de que el plan de la invasión no se había desahuciado y resolvieron, haciendo un nuevo esfuerzo, atacar una vez más en su marcha á Máximo Gómez. Al efecto, el día catorce de Marzo salió el Brigadier Arminán de la ciudad de Puerto Príncipe con una de las mejores columnas españolas que se han movido en los campos de Cuba: unos cuatro mil hombres de las tres armas. El General Acosta y Albear, en su folleto *Cuba, su pasado y su presente*, dice: «seis batallones, cuatro piezas y seiscientos guerrilleros.» El quince, muy temprano, se hallaba en las "Guásimas," de Machado, á nueve leguas sudoeste de Camagüey.

Se encontraba entre nosotros en esos días Mr. Dockery, ciudadano americano que con carácter privado, no obstante lo extraño de su llegada al campo, con recomendación de todos los consulados de la Isla y desempeñando una comisión que nunca reveló, se había introducido, disfrazado de peón de ganado, en

nuestras filas. Dockery demostraba gran entusiasmo por la causa de Cuba y fué uno de los primeros que saltó de gozo tan luego se le anunció que los españoles estaban al frente y que le iba á caber la fortuna de convencerse de la fábula que le habían referido acerca de las tropas cubanas. Armado de rifle y machete pretendía entrar en acción, como otro soldado, y aunque el General Gómez se oponía arguyéndole que eso podría traer responsabilidad á la causa cubana, caso de un accidente fatal en el combate, que los españoles sabrían explotar á su favor, traduciéndolo como un asesinato de los cubanos, él, sin embargo, no oyó razones y al formarse la caballería, formó también en primera línea.

Las "Guásimas" es un extenso potrero pobre en aguas, aunque cruzado por un arroyuelo. Este se seca en la estación del invierno dejando sólo, de trecho en trecho, algunos pozos. En el centro existía una represa, depósito de aguas, por donde pasaba el arroyuelo, que guardaba el líquido aun en la más larga seca. A la salida del potrero, en dirección á "Antón de Guamuí," había un largo callejón, formado por la montaña á un lado, y una antigua cerca de mayas y arbustos que llamaban el "carril," por el otro. Por este carril debió entrar el Gobierno con la gran columna cubana. Máximo Gómez se hallaba con sus tropas á la misma entrada del largo callejón. El General desplegó su fuerza inmediatamente de la manera siguiente: infantería oriental al mando de Ricardo Céspedes, cubriendo en ángulo recto la salida del carril; infantería de las Villas y Camagüey, emboscadas en el flanco izquierdo, en ángulo recto con las orientales: la caballería camagüeyana y la de las Villas al mando del Brigadier Reeve, á retaguardia de la infantería de Oriente, lista para cargar á la primera orden. Cuando todas las piezas de aquel ajedrez estuvieron en sus puestos, el General se dirigió á su caballería en una corta pero precisa arenga. El General era un orador soldado, breve siempre, pero también enérgico siempre. Les anuncia la situación del enemigo y la necesidad que tenía, para la realización de su plan, de cincuenta hombres que estuvieran resueltos esa tarde á sacrificar sus vidas.

La caballería oyó con entusiasmo el discurso de su jefe, y al pedir que los cincuenta hombres dispuestos al sacrificio dieran un paso al frente, se atropellaron unos á otros y todos, incluso Mr. Dockery que no entendía lo que se mandaba, quisieron adelantarse, formando gran confusión. Gómez escogió cincuenta hombres, los primeros que pudo contar, y designó al Coronel Gabriel González, entendido oficial del ejército mejicano al servicio de Cuba, para que los mandara, dándole la siguiente orden.—Gómez en sus órdenes era preciso, terminante: cuando él ordenaba no cabía ni réplica, ni observación: tenía todas las cualidades de un Jefe. Bien sabían todos que él era capaz de hacer cuanto ordenaba.—«Marche usted, dijo al Coronel González, á encontrar ese enemigo: lo hallará usted en las casas del potrero. Provóquelo, persista y permita que se entere del número de hombres que le acompañan; entonces él lanzará fuera de su cuadro la caballería, la que envalentonada por el número y la fuga, cargará á ustedes por el carril. Huya usted y atráigalo sobre la emboscada de la infantería, que el resto me toca á mí.»

Aquellos cincuenta héroes que eran así lanzados al circo para ser despedazados, no por César, sino por su deber, por su amor á la patria, marcharon radiantes, sublimes, en la convicción de que habían de quedar en el puesto. Pero ¡qué importa! dijo uno que se despedía de su hermano, quedas tú que sabrás ven-

gar mi muerte. ¡Rasgos heroicos que dejan muy por detrás á los lacedemonios!

Mientras el pequeño grupo, á trote largo, recorría aquella legua que lo separaba del enemigo, Gómez instruía al resto de la manera siguiente, hablando con la precisión del que está enterado de cuanto va á suceder: «Así que la caballería enemiga en persecución del grupo que ha marchado á provocarla llegue al término del carril sobre la infantería oriental, ésta y las de Camagüey y Villas la recibirán á pie firme y la fusilarán á quema-ropa. Entonces, cuando ella, sorprendida, se detenga, abrirá la infantería oriental paso á la caballería.»

Cuando Máximo Gómez concibió el plan de batalla de las "Guásimas," debió estar inspirado: todo resultó como lo había previsto y á medida de sus deseos. Pasado el tiempo necesario para recorrer el trayecto, el largo del carril, una pequeña descarga primero, un tiro de cañón después, y una descarga cerrada por último, vinieron á anunciar que los cincuenta héroes estaban frente al enemigo: luego se sucedieron algunos tiros salteados, y todo quedó en silencio. Entonces Gómez, arrojándose al suelo, aplica el oído á la tierra y observa, un instante después del cual se le ve ponerse en pie y de un salto, y sin hacer uso del estribo, colocarse sobre su magnífico caballo "Cinco." Hace una señal á Ricardo Céspedes y otra al Brigadier Reeve, como anunciándoles que la hora se aproxima. Reeve hace una observación á Baldomero Rodríguez, que al frente del Regimiento de caballería "Camagüey," debía ser el primero en la carga. A poco se percibió distintamente el atropellado ruído de los cascos de los caballos, hiriendo el suelo, y momentos después, en cuelta en densa nube de polvo y como un torbellino, la caballería, á toda carrera, llenando el carril, con sus sables relucientes levantados en alto, persiguiendo á los infelices cubanos que delante huían de la carga. De repente, el Coronel González lanza un grito, "Viva Cuba," y en seguida se oye una descarga que hizo temblar la tierra..... La caballería enemiga se había clavado en los rifles de la infantería de Oriente, y era á la vez fusilada por las de Camagüey y Villas.

Mientras tanto, la infantería oriental, abriéndose en dos alas, da paso á los jinetes del Camagüey que, como una catarata, se desbordan en aquel reducido canal. Los españoles, sorprendidos por la descarga, detienen, de repente, la marcha; pero empujados por la acción de la velocidad de su retaguardia, no son dueños de sus movimientos; tratan de retroceder y se encuentran con el inmenso é impenetrable dique de caballos que los clava en sus puestos, sin que puedan dar un paso hacia el salvamento. Mientras tanto, nuestra caballería, práctica ya en la para ella sencilla operación de cargar, empieza á tronchar despiadadamente por la vanguardia, que en la desgracia se vuelve retaguardia; se desmoraliza y, sin pretender siquiera defenderse, se deja degollar impunemente: á la par, las infanterías de Camagüey y Villas continúan fusilándola por el flanco izquierdo. Por último, fueron poco á poco desenvolviéndose hasta que la que antes era retaguardia, convertida en la retirada en vanguardia, logra organizar la fuga: entonces se realiza el pensamiento de Máximo Gómez. La caballería española, cuyos caballos, aunque fogosos, habían corrido ya una legua en persecución del grupo provocador, tenía en su contra la desventaja de que se aprovechaba Reeve, con la suya de refresco. La carga se cudenó huyendo despavoridos los españoles por aquel memorable carril, perseguidos, alcanzados, muertos por los cubanos. No

había compasión: mientras mayor era el esfuerzo por huir, mayor era el número de los amachetеados. Los caballos de los españoles, cuyos jinetes iban quedando por tierra, ó tomaban el bosque, ó se rezagaban, ó seguían cargando confundidos con los nuestros, ó se desbocaban, aumentando el pánico entre los suyos.

La guerra entre sus horrores no puede presentar nada más horrorosamente sublime que una carga de caballería, y la del carril de las "Guásimas," que en lo sucesivo se llamó *el carril de la carga,* es una de las mejores que se han dado en las guerras de la independencia americana.

Los dos grupos, perseguidos y perseguidores, llegaron, por fin, al cuadro enemigo que, abriéndose á su vez, dió entrada á aquellos que pudieron correr más, ó que, favorecidos por la posición, llegaron salvos á su infantería, que recibió á los nuestros con una magnífica descarga cerrada y dos botes de metralla. El Brigadier Reeve tocó retirada y á trote largo recorrió de nuevo el carril con dirección á nuestra infantería, recogiendo en su retirada un buen número de magníficos caballos de procedencia mejicana, cuyos jinetes en número de ciento cincuenta, habían caído en la acción. Recogió también dos cadáveres y un herido grave de los cincuenta valientes que habían ido á provocar á los españoles: en la carga no hubo por nuestra parte más que dos muertos y algunos heridos de carácter leve.

El Brigadier Henry M. Reeve, el joven americano, jefe á la sazón de la caballería del Camagüey, era justamente amado y popular por sus relevantes cualidades. A su vuelta, triunfante de aquella gloriosa carga, era, por decirlo así, llevado por sus soldados en medio de aclamaciones y vítores que daban á comprender la popularidad del Jefe. Aprovecho este momento para dar á conocer la bellísima composición que, con motivo de la carga del carril de las "Guásimas," improvisó el Comandante Ramón Roa, casi bajo las balas enemigas, y que dedicó al héroe de la acción. Nuestros poetas, como los de la antigua Roma, iban acompañados de sus liras á los campos de batalla. La composición de Roa está llena de inspiración, sentimiento y justicia.—Oidla:

### LA CARGA

¡A la carga! es la voz que ronca y atronante,
difúndese en las filas del bélico escuadrón,
á ellos! á la carga! arriba! y adelante!
se sigue repitiendo en alto diapasón.

El bruto se sacude irguiendo la cabeza,
la espuela punzadora devórale el ijar;
el freno ya no estorba su indómita fiereza
y juzga corto el llano el ansia de volar.

Se oprime furibundo impávido guerrero,
tostado por los rayos del astro abrasador,
que blande en la derecha mortífero el acero
de temple que da sólo el fuego del honor.

Al bárbaro enemigo intrépido se lanza;
las armas ya se chocan, comiénzase la lid:
se escucha el hondo grito de rabia y de venganza
que exhala sobre el campo frenético adalid.

Prolóngase la lucha y espesas se levantan
nubes de humo y polvo en medio del fragor;
el ruído va cesando... y al hombre no le espantan
los cráneos divididos por filo destructor.

Es nuestra la victoria; ya póstrase vencido
gotеando roja sangre el déspota cruel,
de niños y mujeres verdugo aborrecido,
dejad que un Continente maldiga siempre él.

Los vítores no oís? El pueblo arrebatado
del triunfo la guirnalda á un joven le ciñó;
al joven extranjero de espíritu elevado
que á Cuba, en la gran lucha, su brazo le ofreció.

Por eso los valientes que él lleva á la victoria
que ven las cicatrices que el bravo tiene ya,
le miran de la Patria cual página de gloria
que de uno en otro siglo la Fama llevará.

Debo aprovechar esta oportunidad, aunque se interrumpa por momentos mi relato, y ya que nos sobra tiempo y placer, para daros á conocer, aunque muy ligeramente, al distinguido jefe de que nos ocupamos, y al que con orgullo presentaba la República de Cuba como uno de sus más ardientes sostenedores, bravo adalid de la causa del orden y de la disciplina del ejército.

A principios del año 1869, en el mes de Mayo, desembarcó felizmente en las costas de Holguín una expedición que dirigida por el Sr. Francisco Javier Cisneros, condujo el vapor *Perrit*. Entre los expedicionarios se contaban el instruído General confederado Jordan y como cien jóvenes americanos, algunos pertenecientes á familias acomodadas de New York y Brooklyn. El más distinguido de éstos por sus modales, por su educación y quizás por su nacimiento, era un joven soldado que con el nombre de Henry Earl se había alistado en New York, y sin conocimiento de sus padres había desembarcado en las playas de Cuba para pelear por su independencia. Este soldado mereció una especial mención en los primeros combates que, apenas desembarcó, sostuvo el General Jordan en defensa de la expedición. No es de este lugar seguir paso á paso la jornada en que comenzó el General Jordan á desplegar en Cuba todos sus conocimientos militares. Algunos días después atacó el poblado de las Cuavas, dos leguas de Holguín, donde fué fatalmente derrotado por el descuido de un subalterno que no cubrió debidamente el camino de Holguín. Allí perdimos dos piezas de artillería y muchas armas, y lamentamos la muerte de Ponce de León y Valentín Goicuría, que perdieron sus vidas sobre la artillería. De las Cuavas se retiró Jordan á las Calabazas, seis leguas del lugar, con idea de moralizar su gente, siendo sorprendido nuevamente por los españoles, que dispersaron á aquellos soldados noveles, casi sin resistencia. En ese asalto cayeron en poder del enemigo varios prisioneros, entre los que se contaban algunos americanos. Uno de ellos fué Enrique Earl. Como era natural, todos fueron fusilados; mas por una extraordinaria casualidad las cuatro balas que le asestaron á éste, de las que dos debieron despedazarle el cráneo y dos atravesarle el pecho, no hicieron sino herirlo levemente en la cabeza, dejándolo sin conocimiento, confundido entre los cadáveres de sus infortunados compañeros. La noche refrescó sus heridas, el joven volvió en sí y á la ventura, un extranjero en tierra extranjera, comenzó á andar sin dirección. Dos días estuvo perdido en los bosques, sangrando copiosamente, hasta que la fortuna hizo que algunos patriotas lo encontraran y condujesen al campamento El Mijial, del Brigadier Luis Figueredo. El Mijial está hacia el Oeste de las Calabazas, y Jordan, después de su última derrota, resolvió marchar hacia el Este para incorporarse al General Mármol que comandaba entonces la División de Cuba. El infeliz Earl logró restablecerse de sus heridas físicas; pero había recibido otras morales que temía no se cicatrizasen jamás. El inculpaba, no sin sobrada razón, á algún cubano ambicioso, de todo el daño que el General Jordan había recibido y junto con éste el que se le causara á él mismo, hasta el punto de haber sido fusilado. Esta circunstancia hizo que él no se encontrara animado á seguir prestando sus servicios á la causa de Cuba y que, negándose á hacerlo en el campamento del Brigadier Figueredo, equivocase este jefe tal conducta con su poca disposición ó aptitud, y que cuando Earl le pidió un permiso para pasar al Camagüey y presentarse á Céspedes, el Brigadier estampara en el referido permiso, que el joven americano *"era inepto é inservible para el ejercicio de las armas."*

Corría el mes de Octubre de 1869, cuando celebrándose en el Ciego de Najasa, con gran pompa, una fiesta religiosa en honor de las víctimas habidas hasta entonces, y á la cual asistió la crema, por llamarla así, de la Revolución, tuve el placer de encontrarme, por primera vez, al joven extranjero. A mí y á otro joven bayamés, Emilio Batlle, se nos quejaba amargamente del trato que había recibido en los campos de Cuba, incluso la conducta de mi pariente el Brigadier Figueredo, y terminó por suplicarme lo presentase al Presidente Céspedes para hacer el mayor de los sacrificios, decía él, pidiéndole un pasaporte para marchar al extranjero. Yo me identificaba en sentimientos con el americano, y una vez que obtuve su confianza y me hizo depositario de todas sus desventuras, lo alenté, le propuse variara de modo de pensar, y le signifiqué que en vez de presentarlo al Presidente Céspedes, para abandonar á Cuba, lo iba á hacer al General Ignacio Agramonte Loynaz, prometiéndole que este caudillo apreciaría debidamente sus méritos y le haría olvidar todos sus padecimientos. Hasta después de dos ó tres conferencias, celebradas en otros tantos días, no se resolvió Earl á seguir mi consejo, no sin arrancarme la promesa de que influiría cerca del Presidente para que le permitiera la salida, caso de que junto á Agramonte recibiese una nueva decepción.

El Jefe del Camagüey asignó un puesto á Earl en la caballería, naciente entonces en su Departamento. Sería prolijo enumerar aquí los brillantes servicios que en sus primeros pasos como soldado, como clase y como oficial prestó en el Camagüey "Enrique el Americano," como cariñosamente lo llamaba el pueblo. Cuando el distinguido Coronel Ryan, la gloriosa víctima del *Virginius*, ocupó la jefatura de la caballería del Camagüey, ya Earl figuraba como capitán, jefe de la sección de exploradores. Heroico en el combate, de fácil percepción, astuto, enérgico y de orden, con tales cualidades ese hombre no podía terminar sino como una de las glorias de nuestra patria. En el año 1873, Agramonte, antes de su caída heroica, cuando lo proponía para el ascenso al grado de Teniente Coronel, le decía al Presidente Céspedes: "Y no extrañe el Gobierno que se sucedan casi sin interrupción las propuestas de este digno jefe para Coronel y para Brigadier. Necesito un Segundo en Camagüey y, desgraciadamente, entre los muchos jefes superiores en el Departamento de mi mando, no encuentro uno que reuna las aptitudes indispensables que concurren en este Jefe para secundarme. El Comandante Reeve, con sus relevantes cualidades, se hace acreedor á toda mi confianza, y creo mi deber prevenir al Gobierno de la República favorablemente hacia este joven extranjero."

Cuando Gómez sustituyó á Agramonte, Reeve era Coronel. No exageraría si asegurara que en el heroico ejército de Cuba no había un oficial ó jefe que contara más heridas que el Coronel Reeve, que tuvo por conveniente tomar su nombre verdadero, desechando el aventurero de Earl, tan pronto empezó á hacerse notar. En Santa Cruz, en el célebre asalto dirigido por Máximo Gómez, se propuso ocupar una pieza de artillería que nos hacía notable daño, y lanzándose sobre el cañón, recibió, casi en su misma boca, una herida por el proyectil, que le destrozó por el nacimiento del muslo la pierna derecha. Se asegura que las heridas de Reeve se contaban por sus combates, y sus victorias por las heridas. La primer acción en que tomó parte, después de haber perdido su pierna en Santa Cruz, fué la de las Guásimas, á la que asistió ya de Brigadier, Jefe de la caballe-

ría del Camagüey. Este pobre joven inspiraba compasión al que lo veía mutilado, haciendo esfuerzos por erguirse sobre su caballo. ¡Ejemplo sublime que más de un cubano no supo imitar en ese teatro donde, por todos los medios, se puso á prueba el honor!....

* * *

Después de la derrota de la caballería enemiga en el Carril, serían las diez de la mañana, cuando Máximo Gómez, en pie de batalla, se impacientaba porque sus exploradores no venían á comunicar que el enemigo se movía sobre él. Las once serían cuando al aviso de un correo de que el enemigo no se movía, exclamó: "Pues vamos nosotros á buscarlo." Entonces dispuso sus fuerzas para que simultáneamente cayeran sobre el cuadro español. Infantería de Oriente con Ricardo Céspedes á la cabeza, por el lado Norte; infanterías de Camagüey y Villas, á las órdenes del Brigadier González Guerra, por el lado Sur; y él, al frente de la caballería, por el lado Este. Toda la infantería estaba bajo el mando inmediato del Brigadier Maceo. Imaginaos el momento en que nuestras armas rompieron sus fuegos sobre el enemigo, que con toda energía contestaba también con descargas cerradas, acompañadas de incesante fuego de artillería. Vosotros comprenderéis la escena: yo no puedo describirla. Los fuegos se sostuvieron con tesón durante el día, sin interrumpirse un momento: no hubo tregua, y sólo las sombras de la noche vinieron á callar parcialmente el incesante estruendo de las armas: sólo entonces dejó de vomitar metralla la artillería enemiga. En aquel día glorioso todos quisieron rivalizar en valor y en denuedo; hubo rasgos de heroísmo y, según un testigo presencial, —el bravo capitán de las fuerzas de las Villas que tomó parte en la acción y que hoy reside en Cayo Hueso, donde se le conoce por sus amigos con el nombre de "el cojo Estrada," por haber perdido más tarde una de sus piernas—las fuerzas de Oriente llegaron á lanzarse por su lado sobre el enemigo hasta el extremo de ocuparle tiendas de campaña, ropas, hamacas, etc.

Máximo Gómez organizó las fuerzas por la noche en forma que, relevándose, pudieran tener al enemigo en constante alarma, amagando de vez en cuando con cargas de caballería. De este modo lograba no dejar descanso á aquella masa de hombres que, temerosos al machete cubano, permanecieron en pie toda la noche sin deshacer su cuadro, sin abandonar ninguno su puesto. El enemigo, desde su entrada en el potrero, se había apresurado á ocupar la represa, formando alrededor su cuadro. A duras penas logró levantar en algunas partes pequeñas defensas, recogiendo aquí y allá, con muchísimo peligro, algún tronco de árbol ó alguna rama seca. Pero imagínese una masa compacta formada por 4,000 hombres y sobre 1,500 animales pertenecientes á la caballería, á la artillería y á la impedimenta: considérese que cada bala que salía de la boca de un rifle cubano en dirección á cualquier punto de los tres lados del cuadro expuestos á nuestros fuegos, debía matar ó herir á uno ó más hombres ó animales: piénsese que en aquel reducido espacio estaban hacinados en lamentable confusión los hombres que peleaban, los heridos y los hombres y animales muertos durante el día, y, por último, que

la represa, sin que hubiera sido posible evitarlo, estaba llena de cadáveres; y se comprenderá la situación de aquella columna en la noche del 15 de Marzo, después de un día de rudísimo combate.

Al siguiente día, el 16, antes del amanecer, una descarga de las tropas de Oriente, primero, y un tiro de cañón del enemigo, después, vino á anunciar á unos y otros que el momento de reanudar el combate había llegado. Se repitieron las escenas del día anterior: el fuego por ambas partes continuaba bien sostenido. Los patriotas, por lo menos, llegaron á familiarizarse de tal modo con el peligro y el estruendo durante esos dos días de fuego continuado, que las necesidades del hambre y el sueño se satisfacían naturalmente bajo la metralla del enemigo. ¿Sucedería lo mismo en el otro campo? Aquellos infelices no descansaban, y era natural que no pudieran llenar tales necesidades. ¿Cuánto tiempo duraría tan sangrienta escena? Nadie podía saberlo: todas las avenidas del enemigo estaban tomadas para evitar una marcha forzando nuestras filas, lo que por otra parte no hubiera sido posible hacer sin abandonar su gran número de heridos, que el General Acosta y Albear hace llegar á 400. Gómez estaba resuelto á que la columna se rindiera. La noche del 16 se pasó en la misma perenne alarma que la del 15, y el 17 lo *mismo que el 16 y el 15. Llega la media noche del 17 y recibe el General* Gómez parte de una de las avanzadas que cubría uno de los caminos, que el enemigo se había marchado. El General inmediatamente ordena al Brigadier Maceo que mandase ocupar la posición del enemigo. Maceo, que no estaba en antecedentes, creyó la operación arriesgada, y para cumplir la orden superior ordena á su vez á su hermano el Teniente Coronel Miguel Maceo,—tal era la conducta de este jefe cuando podía correrse algún peligro y caso de que él mismo no lo ejecutase,— y al Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes, que durante las operaciones en Camagüey se había hecho admirar por su valor, que con sus respectivos batallones fuesen á ocupar la posición del enemigo. El Teniente Coronel Estrada fué despertado cuando se le comunicó la orden, y no pudiendo convencerse de que aquello fuera verdad, exigió al Ayudante del Brigadier, portador de la orden, Capitán Javier Garcés, que volviera donde estaba el Jefe y se hiciera repetir la disposición. El Capitán Garcés volvió en seguida con la confirmación, y pronto Maceo y Estrada con sus batallones y algunas fuerzas de las Villas marchaban á ocupar la posición del enemigo. Ellos, que no estaban enterados de lo que pasaba, marchaban con todas las precauciones debidas, y ya sobre la línea de los españoles recibieron una descarga cerrada de todo un lado del cuadro. Afortunadamente escaparon sin novedad, y pretendieron sostenerse en el puesto hasta que un Ayudante del Cuartel General, á toda carrera, les trajo la orden de retirarse.

Había pasado lo siguiente: un capitán perteneciente á las fuerzas de las Villas, que custodiaba uno de los caminos, se había dormido con su gente, rendidos por la fatiga de aquella ruda jornada. El enemigo resuelve romper el sitio en la noche del 17, lanzando parte de su caballería á correr el riesgo de cruzar nuestra línea y tiene la suerte de pasar por la avanzada de dicho Capitán que despierta, cuando ya había cruzado, con el ruído que hicieron los últimos caballos; y tomando el grupo por toda la fuerza, avisa al General Gómez que el enemigo se había retirado. De aquí que el General ordenase la ocupación de las posiciones enemigas, ó imagínese su sorpresa cuando oyó la descarga de los españoles.

El enemigo avisa á Puerto Príncipe su situación y el General Portillo, reu-

niendo todas las fuerzas disponibles en la ciudad, forma una columna de 2,000 hombres y con el Brigadier Báscones á su cabeza, la hace salir á marcha forzada en protección de la afligida columna de Armiñán. El día 19 por la mañana se hallaba Báscones en Jimaguayú, una legua de las Guásimas, donde fué recibido por Máximo Gómez al frente de una sección de caballería y una fuerza de infantería. La columna de Báscones sabía por sus compañeros, los de caballería, todo lo que las fuerzas de Armiñán habían pasado, y estaban completamente amedrentados. El mismo Báscones, ante la oposición que Gómez le hizo en Jimaguayú y, temeroso de seguir la suerte de Armiñán, había ya resuelto volverse á la ciudad, cuando su segundo, Coronel Rodríguez, lleno de indignación, protesta contra el pensamiento del Jefe de la columna y le amenaza, no sólo con desobedecerle sino con ponerse á la cabeza de la tropa y volar en auxilio de Armiñán, en cumplimiento de la orden superior.

Por fin, el 19 por la tarde llegó el refuerzo á las Guásimas, no sin haber sostenido rudísimos combates y de haberse hecho Rodríguez acreedor al título de valiente que justamente se le daba. El 20 al amanecer emprendieron marcha, siempre hostilizados por los nuestros, dejando en el sitio sobre 300 muertos. Sus heridos fueron numerosos: se calcula que durante los cinco días de reñido combate tuvieran mil bajas. Las nuestras ascendieron, según el parte oficial, á 234, de las cuales 52 fueron muertos; entre éstos tuvimos que lamentar la pérdida del Comandante Piedra, de las fuerzas de las Villas. La mayor parte de los heridos fueron leves y pronto casi todos estuvieron de alta.

* * *

Después de la gloriosa batalla que acabamos de describir, no contando el General con una fuerza respetable en que apoyar sus movimientos, extenuadas como quedaron por la acción de los cinco días, y consumidos los elementos de guerra con que contaba, determinó transferir para mejor oportunidad su bello ideal, la invasión de las Villas, y resolvió enviar una exploración al rico territorio, que fuese como preparando el terreno para aprovecharlo en cualquier momento propicio que pudiera presentársele. Al efecto, destaca al Coronel Francisco Jiménez con unos 100 hombres para que, cruzando la Trocha, se hiciera sentir en los distritos de Remedios y Sancti Spiritus. Con idea de apoyar este movimiento se dirige él con el grueso de su columna, después de dejar sus numerosos heridos convenientemente acomodados, sobre San Miguel de Nuevitas, en la costa norte de la jurisdicción. En los últimos días de Marzo cayó el General sobre dicho poblado en momentos en que su guarnición y vecindario, entregados á los placeres de una fiesta nacional que celebraban con bailes y músicas, tomando por amigos á los invasores, se dejaron sorprender por las fuerzas cubanas. El Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes, al frente de su batallón, penetró hasta la Plaza de Armas, sorprendiendo á la banda militar que daba la retreta, la que dispersó con una descarga. Esta era la señal para que las demás fuerzas diseminadas en la población rompieran también sus fuegos contra el enemigo. La ciudad fué recorrida por nuestras fuerzas, y después de haber sostenido combates reñidos

con los asaltados, que pronto volvieron de su sorpresa, la abandonaron, no sin llevar un buen botín. Entre las bajas habidas esa noche se contó el Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes, que había venido á ser como un niño mimado del ejército, querido y aplaudido de todos por las simpáticas cualidades que le adornaban y, más que todo, por su heroísmo en el combate. Fué herido en una pierna.

El enemigo, mientras tanto, dado el giro que habían tomado nuestras operaciones y temeroso, ya del paso de la Trocha, ya de un asalto sobre la ciudad, había concentrado sus fuerzas, como lugar más estratégico, sobre la línea férrea de Puerto Príncipe á Nuevitas.

Gómez se lanzó en seguida sobre Cascorro, donde se repitieron las mismas escenas de San Miguel. Allí tuvimos fuera de combate entre otros, dos jefes, que muertos poco después, vinieron á llenar de dolor á todo nuestro ejército. Uno de ellos fué el Teniente Coronel Martín Castillo, heroico jefe que mandaba una sección de la caballería del Camagüey, y el Teniente Coronel Miguel Maceo, hermano del Brigadier, el inseparable compañero en valor y denuedo del Teniente Coronel Estrada Céspedes. Miguel Maceo era uno de los oficiales más valientes del ejército de Oriente.

Después de estas operaciones se dirigió el General con todas las fuerzas al Chorrillo, potrero situado al sur de Puerto Príncipe, que por la circunstancia de ser el único en la zona que tenía pasto para las caballerías, pues casi todos habían sido quemados durante la estación de la seca, era el que podía resistir una concentración. En esos días, principios de Abril, comenzaron las aguas, y Gómez, teniendo en cuenta el estado de todas las tropas, la extenuación de las caballerías y la escasez de elementos de guerra, determinó comunicar al Gobierno, oficialmente, que el plan de la invasión quedaba diferido para otra oportunidad. "No desistiré de mi propósito," decía el hábil militar al Secretario de la Guerra, "pero desearía que se me dejase á mí solo la iniciativa del movimiento para llevarlo á cabo cómo y cuándo lo crea conveniente, aprovechando la oportunidad más favorable y con los recursos que pudiese crearme, sin que el Gobierno tuviese que tomar parte."

El General Gómez, no obstante reconocer los buenos deseos del Presidente Cisneros en auxiliarlo para la operación, temía que si él se empeñaba nuevamente en darle recursos se cometieran otra vez imprudencias como la del movimiento de las tropas de Oriente á Camagüey, que vendió el plan, ó que, en general, las medidas que tomara el Gobierno de la República hicieran sospechar algo, perdiéndose el secreto, primera base ó fundamento en que apoyaba Gómez su proyecto. El Gobierno le contestó satisfactoriamente su nota; pero al referirse al particular de llevar él á cabo la operación sin contar con el Gobierno, le decía: "Siendo la invasión de las Villas un suceso de tanta trascendencia, es justo que tomemos medidas para proporcionar á V. más recursos de los que puede disponer, y así, absténgase de emprenderlo sin contar con la iniciativa del Gobierno."

El General, al obrar de la manera que expresaba en su comunicación, era impulsado sólo por el deseo, por la necesidad de hacerlo todo con el mayor sigilo, y bien comprendía que conocido su plan del Gobierno, éste, aun con la mejor intención, no habría podido ser todo lo circunspecto que el caso requería, aunque no fuera más que por las medidas que se vería precisado á tomar para favore-

cerlo. Por otro lado, el Gobierno no disponía de más recursos que de aquellos que los jefes militares arrancasen al enemigo, pues ya se habían perdido las esperanzas de auxilio del exterior, y para coadyuvar al plan de Gómez no podría obtener más elementos que los que el mismo Gómez arrebatara á los españoles, pues Calixto García en Oriente, ó no disponía de ellos, ó si los tenía y podía cederlos, siempre habrían llegado tarde ó rodeados de sospechas desfavorables al secreto del plan de la invasión. Por eso el General, no obstante la nota de su Gobierno, decidió, en su interior, llevar adelante su propósito, corriendo el riesgo de la desaprobación en cambio de una gloriosa sorpresa que deshiciera la ira del Presidente de la República. Había otra razón en favor de la decisión de Gómez: el Gobierno no podía apoyar su tenacidad en reservarse la iniciativa en lo que se refiriera á la invasión, sino en su buen deseo, no en la ley; pues perteneciendo las Villas al Departamento militar de Occidente y siendo Gómez el jefe de todo él, no había ley ni razón que pudiera estorbarle llevar adelante una operación militar en el territorio de su mando. Sin embargo, se dió por notificado del deseo del Gobierno.

* * *

Diferida oficialmente la operación del paso de la Trocha para una época más favorable, marchó el contingente de Oriente para su Departamento. Caleúlese el contento de los que pocos meses antes habían recorrido el mismo trayecto ignorando su destino, al volver á sus hogares después de figurar como actores en las funciones de guerra más gloriosas que se libraron en la Revolución Cubana. El General Calixto García recibió su gente con gran entusiasmo, no obstante lamentar que ocupasen sus puestos nuevamente sin haberse realizado la obra que los alejara de sus lares durante cuatro meses. El Brigadier Maceo había quedado en Camagüey al mando de las fuerzas de las Villas.

No poca importancia tuvo en el Camagüey el célebre y sangriento combate del 4 de Julio (1874), donde el Brigadier Reeve al frente de su caballería, en conmemoración del aniversario de la independencia de su patria, dió una famosa carga á los españoles en las puertas mismas de la ciudad, permitiendo que quedara con vida uno solo de los combatientes enemigos para que contara el suceso á los suyos.

Otra acción de nombre, poco después, fué la toma de San Jerónimo. Gómez, que no dejaba de pensar nunca en realizar su propósito de pasar la Trocha, y para evitar que en el momento de su avance pusiesen en ello su atención los españoles, hizo que el Brigadier José González Guerra, con las fuerzas de las Villas, se moviera al Oeste del Camagüey, todo lo más próximo que pudiera sobre la misma Trocha. González se propone sorprender á su jefe con un bonito parte y ataca á San Jerónimo, lugar bien fortificado sobre el camino central de la Isla, entre Puerto Príncipe y Morón. Nuestras tropas tuvieron que librar encuentros muy reñidos antes que el enemigo se rindiera, ocupando, por fin, felizmente, el poblado que incendió, destruyendo las fortificaciones, apoderándose antes de todo lo utilizable que encontró en el puesto español. González, como se

proponía, sorprendió al Jefe del Departamento con su parte, que parodiando á César, comenzaba: "Llegué, luché y vencí." Ya antes os he dicho que el Brigadier González Guerra era uno de los jefes que por su valor, su orden y conducta en general, merecía la confianza de sus superiores.

Según confiesa el mismo General Gómez, el Brigadier Maceo, jefe de reconocida pericia y notable fama, no había podido continuar al frente de la División villareña porque esa parte del ejército le hizo una fatal y resuelta oposición. El General había nombrado para sustituirle, poco antes de la toma de San Jerónimo, al Brigadier González Guerra, designando para la Jefatura del Estado Mayor al Teniente Coronel José Urioste y Pérez, natural de la Habana, de reconocida instrucción y que por sus finos modales y simpatías estaba llamado á promediar entre el jefe y los subalternos, caso de nuevos disgustos en las fuerzas.

* * *

Mientras esto acontecía en Camagüey, mientras allí todas eran glorias y victorias, en Oriente tal parece que había batido sus fatídicas alas el ángel de la desgracia!

El General Calixto García Iñiguez concibió distintos planes de operaciones sobre diferentes lugares y zonas, ya en Holguín, ya en Jiguaní, ya en Cuba, los que, ó no se efectuaron porque algún accidente lo impidió, ó, si se llevaron á efecto, fué con resultado negativo, lo que contribuyó no poco en perjuicio del buen nombre de aquel distinguido jefe y del mejor orden del ejército.

Tal parece que aquella fortuna que siempre acompañó al General en sus operaciones, contando con menos elementos que aquellos con que ahora contaba, había huído delante de él como vaporoso fantasma; pero es lo cierto que raras veces, después de su vuelta del Camagüey á Oriente, condujo al combate las mismas tropas de antes, de las que era idolatrado, pues se hacía estimable por las simpáticas cualidades que le adornaban, sin que obtuviera, ó un pobre resultado ó una señalada derrota: tal parecía que su brillo, su esplendor se iba extinguiendo y que su estrella, eclipsándose día por día, iba á hundirse en el mar de la fatalidad. Pero donde la desgracia se sació con nuestro digno y respetado jefe, fué en su última concentración, á fines de Julio, con objeto de tomar el poblado de Baire, jurisdicción de Jiguaní, poblado de muchísima importancia, centro y depósito de una extensa zona. El General concentró la mayor parte de sus tropas y resueltamente se dirigió á su objetivo. Pasamos por el poblado La Venta, donde las tropas se proveyeron de viandas, encontrando sólo, fatalmente, yuca agria, que, como todo cubano sabe, es una raíz venenosa cuando se come sin la reserva consiguiente. Nuestras tropas lo sabían; pero unos porque ya antes la habían comido sin que les causara daño, y otros, la generalidad, porque el hambre nos obligaba á no ser muy escrupulosos, es lo cierto que media hora después de haber comido la raíz agria, una gran parte de la tropa se hallaba bajo la influencia del veneno, y como atacada del cólera morbus, produciéndole una extenuación tal que los hombres, sin poderlo evitar, caían por tierra desfallecidos y azotados por una angustia cruel. Era preciso, á cada enfermo, auxiliarlo con cuatro hombres

que lo acompañasen á seguir la marcha, lo que hacían con muchísima dificultad. Este accidente funesto, acaecido sobre el camino central de la Isla, hizo que los españoles notaran nuestra dirección y se propusieran hostilizarnos. Mientras tanto, el General, que no pensaba ya sino en organizarse, atraviesa el camino hacia el sur y acampa á dos leguas de Baire. Dos días después había pasado el efecto del veneno, sin otro resultado que haber destruído el plan de la operación.

Al siguiente día de estar acampados, resuelve el General mandar á hacer provisiones á Baire, operación común y que sencillamente se practicaba en el Departamento oriental. Esta operación, que no dejaba de ser peligrosa y delicada, se llevaba á cabo de día ó de noche, según el número de hombres que en ella habrían de tomar parte, y consistía en marchar á un puesto enemigo y á su vista proveerse de viandas, reses, aves, etc. Los españoles, por regla general, se contentaban con hacerles algunos disparos á los intrusos como para llenar el expediente: algunas veces, cuando tenían la seguridad que el número de hombres era reducido, se aventuraban á salir de sus trincheras y apoyados en ellas libraban una pequeña escaramuza. Por lo regular, no se impedía nunca á los cubanos que se proveyeran de lo que necesitaban.

El General García dispuso que marcharan á la busca de vianda unos 500 hombres de infantería á las órdenes del Teniente Coronel Pablo Amábile, natural de Santiago de Cuba, que era un oficial de relevantes cualidades que se había hecho notar ya por su valor y por su pericia. Además de la gente de armas, lo acompañarían sobre 200 desarmados, que en Oriente hacían las veces de proveedores y se les llamaba *convoyeros*.

Al llegar á Baire distribuye la gente en aquellos extensos plantíos, no sin tomar todas las precauciones debidas. En estos casos, se cubrían las avenidas por donde pudiera aparecer algún peligro, y mientras la mayor parte se proveía de viandas, siempre de facción y listos para acudir á cualquier indicación del Jefe, quedaba un grupo relacionado en número con el total de la gente, preparado para resistir la posible agresión del enemigo. Terminada la operación, ordenó el Teniente Coronel Amábile su columna, colocando, como era natural, la impedimenta, ó séase los *convoyeros*, al centro, y emprendió la marcha al campamento. No bien habían perdido de vista el poblado y cuando marchaban por un carril ancho, se destaca de Baire un cuerpo de caballería á las órdenes del Coronel español Tizón, triste celebridad en la historia de la Revolución de Cuba, que alcanza y sorprende la retaguardia del Teniente Coronel Amábile. Desgraciadamente, nuestra retaguardia sorprendida cede al golpe del sable enemigo, que no encuentra resistencia, y logra penetrar hasta la impedimenta antes que el Teniente Coronel Amábile que, marchaba á vanguardia, avisado por los tiros, volara acompañado del capitán Infanzón y otras plazas montadas, á resistir el empuje del enemigo; pero cuando ellos llegaron al lugar, y nuestra vanguardia, avisada por Amábile que tocando el cuerno de caza daba sus órdenes, se desplegaba en grupos contra caballería y resistía tenazmente el ataque, ya el enemigo había destrozado la retaguardia y barrido despiadadamente la impedimenta. Amábile resiste, atnca, y ordenando flancos por el monte, que quedaba á uno y otro lado, obliga á Tizón á detenerse, primero, y á retirarse después, no sin habernos causado un daño espantoso. Los heridos, leves en su mayor número, se desbandaron por el monte, mientras que los graves eran recogidos por Amábile y

en camillas ó caballos conducidos al campamento. Quedaron allí como sesenta cadáveres, casi todos niños, que no pudieron ganar el bosque á tiempo para salvarse del sable de la caballería española. En el campamento teníamos noticias de la catástrofe por los heridos que iban llegando antes de la columna de Amábile. Los primeros anunciaron que todos habían perecido, propiedad natural é hija del pánico de que está poseído todo el que sale huyendo, y calcúlese nuestra angustia cuando se iban confirmando las nuevas de la catástrofe. Así llegarían unos treinta heridos, que dispersos por la carga habían escapado por el bosque. Llegó por fin el Teniente Coronel Amábile con su columna y unos quince heridos, casi todos en la cabeza, graves, en camillas ó caballos, y como veinte leves que marchaban á pie con la infantería. Recuerdo un niño de unos diez años de edad que, herido en la cabeza, llevaba además su nariz casi desprendida por un tajo, sujeta con la mano derecha, mientras que con la otra mano se llevaba á la boca una guayaba que comía con la mayor despreocupación.

La Sanidad militar, á cuya cabeza estaba el hábil Doctor José Enríquez Collado, Jefe de Sanidad de la 1ª División del 1º Cuerpo de Ejército, puso manos á la obra y antes de las ocho de la noche todos los heridos estaban vendados, incluso el niño de la nariz segada.

Este hecho desgraciado vino como á coronar la fatalidad del General García, quien resolvió, ante aquel cuadro, suspender toda operación. El Teniente Coronel Amábile, conforme á lo prescrito por nuestras Ordenanzas, fué sometido á un tribunal militar que juzgó su conducta. Como era natural, encontró una elocuente y espontánea defensa en la misma tropa, que se prestó á hacerle justicia en sus declaraciones. El Consejo terminó por acordar un voto de gracias al Teniente Coronel Amábile. En otros tiempos y en otros lugares le habrían concedido el honor de un título de nobleza; le habrían permitido el uso de un escudo de armas en el que, como atributo principal, se viera un machete partido por su mitad, en campo rojo, pues el Teniente Coronel Amábile presentaba el suyo, mellado, ensangrentado y roto en la resistencia que contra el enemigo hizo para cubrir la retirada de su gente. Pero corrían otros tiempos y estábamos en la guerra de Cuba, donde las cosas más extraordinarias parecían comunes, y Pablo Amábile, que recibió por todo castigo un voto de gracias del Tribunal que lo juzgaba, y el niño de la nariz segada, continuaron completamente desconocidos para todos los que no formaban en el ejército libertador.

Antes de terminar aquella desgraciada concentración, quiso el General probar fortuna asaltando el poblado de Laguna Blanca, á dos leguas de Bayamo, encomendando la operación al Jefe de la Brigada de Guantánamo, Brigadier Ruz, conocedor de la localidad. La operación debió efectuarse invadiendo la caballería, apoyada por la infantería que ocuparía el caserío; pero por una mala interpretación ó peor disposición, el Teniente Coronel Limbano Sánchez, que mandaba una sección de caballería, se apresuró demasiado dejando por detrás la infantería, viéndose sin apoyo en el momento crítico. Cuando la infantería ocupó su puesto, ya el sorprendido enemigo se había repuesto y fusilaba rudamente á nuestra caballería, que se vió precisada á retirarse, con mayor motivo puesto que el Teniente Coronel Limbano Sánchez había sido herido y puesto fuera de combate. La infantería se vió sin apoyo y Ruz resolvió, á tiempo, tocar retirada.

La operación, pues, se consideró como un digno término de las desgracias

que hasta allí nos habían acompañado. Entre tanto, el Cuartel general, con el resto de las fuerzas que no habían marchado con Ruz, acampaba en "Chupadores," donde se nos incorporaron las fuerzas de la frustrada operación. Ya hacía días que veníamos sufriendo considerablemente por el hambre: dos ó tres días se habían pasado con algunos corojos que, en alguna que otra mata, se habían conseguido y con la muy halagüeña esperanza de que en la operación de "Laguna Blanca" se habrían de obtener elementos para atacar la necesidad por algunos días, con lo que queda dicho cuál sería nuestra situación al saber el fracaso de Ruz. Esta situación se agravaba por horas, pues en la entrada de la primavera en que estábamos llovía constantemente en un territorio pobre de palmas que no podía ofrecernos siquiera elementos con que guarecernos de la lluvia. Aquello era materialmente insoportable: por una parte, desfallecidos á consecuencia de la debilidad y el hambre, y por otra, la lluvia constante empapaba nuestras ropas y nuestras hamacas, lo que contribuía á debilitarnos más y más. Y sin embargo de todo esto ¡cómo se celebraba nuestra desgracia! Cantábamos, como solía decirse, para divertir el hambre, y Salvador Rosado, el jilguero del campamento, cantaba, azotado por las necesidades, con más gracia y mejor entonación que nunca. Pero en verdad, aquello se hacía insoportable: no sabíamos cómo podría andar la infantería en la marcha del día subsecuente. Y después de todo esto y como final de fiesta, durante la noche se desborda un río, cuyo nombre no recuerdo, ni quiero, que nos corta toda retirada. De seguro que durante el día tendríamos algunos, no ya desfallecidos, que así estábamos todos, sino materialmente muertos de hambre. Entonces el General se resolvió á hacer el sacrificio de los sacrificios y ordenó que se mataran seis caballos de los más flacos de su escuálida caballería. ¡Cómo saltábamos todos, jefes y soldados, alrededor de los caballos muertos! ¡Cómo saboreábamos de antemano los placeres de nuestra regalada mesa! El campamento, como un solo hombre é inspirado por un mismo pensamiento, pronto se animó. Los fogones, que durante una semana se habían suprimido como artículo inútil, se reanimaron también, y poco después se cantaban por todas partes himnos en loor de la muerte de los pobres caballos. Siento no recordar un muy bien escrito romance debido á la pluma de mi querido compañero el Teniente Coronel Rius Rivera, describiendo las inolvidables escenas por que nos hizo pasar el hambre de "Chupadores."

Terminada la concentración, se dividieron las fuerzas, aplazando el Jefe del Departamento al de la 2ª División, General Calvar, para que con sus tropas acudiese á una concentración á principios de Octubre en Barajagua, jurisdicción de Holguín.

* * *

Eran los últimos días de Agosto cuando terminó la funesta concentración descrita, conviniendo el General García en la necesidad de proponer cualquiera otra operación, tan pronto se reanimara el espíritu de la tropa, afectado por los reveses sufridos. Todos marcharon á sus zonas respectivas, dirigiéndose el Cuartel general del Cuerpo de Oriente hacia la jurisdicción de Holguín, y el General Calvar, con las fuerzas de Guantánamo, para este lugar.

Tan pronto llegamos al accidentado terreno del extremo oriental de la Isla, concedió el General Calvar unos días de permiso, durante los cuales, cada uno, soldado, clase, oficial ó jefe, marchaba á su casa, pues cada un miembro del ejército tenía su familia y su casa, donde pasaba esos días que llamaban de descanso, y donde se trabajaba más que en el servicio, en las atenciones peculiares á las necesidades del hogar. Así dividía su tiempo el sufrido soldado de la guerra de Cuba, entre las rudísimas faenas del campamento y los peligros del campo de batalla, y en las no menos duras de labrar la tierra, para que su familia no careciera de lo más preciso, cuando el deber lo obligaba á marchar. Toda su aspiración se cifraba en la vuelta al hogar, y como esto se hacía regularmente después de una operación, cada uno se afanaba por llevar algún objeto que llamábamos precioso, y que en sociedad no tendría valor alguno, á la madre, á la esposa ó á la hija. Algunos llevaban lo que llamábamos un convoy valioso, cuando podían obtener en el saqueo un buen botín de ropas de mujer y de hombre; otros, que no habían sido favorecidos, se contentaban con llevar un pañuelo de seda ó un par de zapatos, y creían que la sangre que se había vertido en el combate estaba más que compensada cuando podían presentar al objeto de su cariño, como un trofeo, la prenda que en cambio de tanto peligro arrebataran al enemigo. ¡Cuántos desgraciados morían en el momento de entrar en una casa, donde esperaban proveerse de ropas! Recuerdo en un asalto á Mayarí, que un sargento llamado Avelino recibió un tiro que le hizo saltar un ojo en momentos de apoderarse de un pomo de frutas extraídas. Yo lo he visto con el ojo en una mano, mostrar en la otra, lleno de contento, el pomo de frutas, como un trofeo glorioso.

Cada uno, conforme á sus facultades, tenía un predio y su casita en la parte más oculta de la montaña que había escogido por asilo, donde las familias llevaban una vida relativamente tranquila y todo lo cómoda que aquellas circunstancias permitían, entretenidas con los quehaceres del hogar y la atención de la crianza de animales caseros, que en algunas existían, con lujosa abundancia. Estas habitaciones, perdidas así en lo más escabroso de las montañas, no estaban del todo abandonadas, no era el monte su sola protección. En todas las zonas, en todas direcciones, existía el servicio de parejas, dependientes del Gobierno civil, que hacía que sus vecinos fueran turnando de dos en dos, en una guardia colocada en aquellos lugares por donde tenía precisamente que pasar el enemigo, caso de una invasión del territorio. Estas parejas, ocultas siempre á los ojos de todo el mundo, podían expiar á su alrededor un gran trayecto, y tan pronto el enemigo era divisado, daban la alarma tocando de una manera especial el instrumento llamado *guamo*, formado de un caracol, produciendo un sonido que se oye á gran distancia; y como todos estaban siempre alerta, las familias al oír el toque que indicaba *enemigo en la zona*, abandonaban las habitaciones y cargando cuanto de algún valor tenían, tomaban el bosque.

A pesar de todas estas precauciones, no estaban las familias exentas de un asalto, y cuando esto sucedía, el enemigo destruía cuanto encontraba en los ranchos, se utilizaba de nuestras pobres riquezas, llevándose las familias, después de matar á los hombres que caían en su poder.

Algunas veces había distintas casas en predios de gran extensión, pues varios amigos ó compañeros de cuerpo se reunían en grupos de ocho ó diez y con los elementos disponibles hacían labranzas tan grandes que llegaron á tener hasta

dos y tres caballerías de tierra cultivada. En éstas se encontraba con profusión, además de todas las viandas naturales del país, la caña de azúcar, que servía para hacer, en trapiches ó ingenios de mano, y hasta movidos por bueyes ó caballos, la miel ó raspadura, en tal abundancia, que se podía atender lujosamente á las necesidades de familias dilatadas. Los patriotas se reunían en las casas de sus amigos cuando había motivos para una fiesta, y en verdad que hubo mesas presentadas por anfitriones de gusto tan refinado, que honraran á la sociedad más exigente.

Algunas veces, en medio de la fiesta, asaltaba el enemigo, y como el patriota en todas las circunstancias de su vida era soldado, se le veía abandonar los placeres de la favorita é indispensable danza, la mesa ó la broma, empuñar el rifle y dejar chasqueada á la tropa que viniendo por lana salía trasquilada, bajo el aplauso de las mujeres que ni siquiera se habían tomado el trabajo de abandonar sus casas.

Mientras tanto se aprovechaban los días de descanso concedido, las cosas por el Camagüey seguían tranquilas. La Cámara y el Gobierno entregados á una paz, como decían ellos, octaviana, deliberaban y resolvían con la mayor tranquilidad. Los españoles, después de las Guásimas, y, sobre todo, cuando creyeron que Gómez había desistido de la invasión, ni siquiera se movían fuera de la ciudad.

* * *

A fines del mes de Septiembre concentró el General Calvar parte de las fuerzas de su División, y al frente de ellas marchó contra Braguetudos, sección rica del extenso y poblado término de Mayarí. Braguetudos está sobre la ribera este del río Mayarí. En marcha para la operación, recibió un correo del Jefe del Departamento con una carta y un documento harto extraños. García y Calvar se trataban con intimidad, se profesaban un verdadero afecto, dándose el tratamiento de *compañero*, voz importada de la guerra de Santo Domingo, que se generalizó en la nuestra y que sólo se aplicaban los individuos de un mismo grado militar, ó que, siendo de distintos grados, desempeñaban el mismo destino: pero sólo cuando á ambos unía un verdadero afecto, sin el cual la frase hubiera parecido incorrecta. Así un Mayor General llamaba compañero á otro Mayor General; un Comandante á otro Comandante; un Prefecto á otro Prefecto. Pero un Coronel no era *compañero* de un Teniente Coronel, ó un General de un Coronel, por más que la edad ó la amistad los hiciesen compañeros, por mucho que sirvieran en el mismo Cuerpo; aunque la misma tempestad rugiera sobre sus cabezas, la misma loma protegiese sus hamacas, ó la desgracia, con sus azotes, los hiciera verdaderos compañeros de infortunio.

El General García, que generalmente trataba á sus subalternos con cariño, que siempre estaba de bromas, dando en todas circunstancias el mejor ejemplo como jefe, escribía al General Calvar en carta afectuosa y á la vez burlesca:

"Estamos de enhorabuena, le decía; el enemigo, sin alcanzar yo los motivos, se ha atrevido á solicitar formalmente, por medio de un Comandante que ejerce

en Manzanillo las funciones de Fiscal y que dice representar al Comandante General, Brigadier Sabas Marín, unas entrevistas con el General Barreto, de Bayamo. Según me participa dicho Jefe, ya ha celebrado dos conferencias con dicho Comandante, que es acompañado de un conocido cubano llamado Esteban de Varona. La cosa parece que tiene carácter serio, pues han llegado á presentar al General Barreto las célebres proposiciones de paz que en copia le adjunto, para que con su lectura disipe un poco el cansancio y el mal humor que le han de producir las lomas y la falta de recursos de ese territorio. Yo he enviado al Coronel Céspedes (Ismael) al Gobierno con los documentos, aunque sólo sea para que el Gobierno tenga conocimiento del asunto y en cumplimiento de mi deber. De todos modos, algo hemos logrado con las conferencias, pues el Venezolano (General Barreto) me participa que ha interesado al Comandante español en un negocio por el cual éste se compromete á enviarle desde Jamaica un bote con municiones de guerra, ofreciéndole Barreto en cambio, cera, mieles, majaguas y otros productos de nuestros bosques. A pesar de ordenarle yo que corte inmediatamente las conferencias con los españoles, le aconsejo que trate de asegurar, por lo que nos importa, la negociación de Jamaica. Temeroso de que Barreto, desconociendo á los españoles y aun la índole de nuestra guerra, vaya más allá de lo regular y se comprometa en un lance desgraciado, he resuelto marchar yo á Bayamo para donde saldré pasado mañana. Escribiré á V. el resultado de mi viaje á aquella región. Con este motivo queda aplazado hasta nueva orden el placer de ver á Vd."

Esta carta, escrita tan sencillamente, tuvo más tarde inapreciable valor, cuando la envidia y la calumnia quisieron perversamente cebarse en el nombre del héroe cubano. Yo, de tanto leerla ó transcribirla á sus amigos, llegué á aprenderla de memoria para poder hoy hacer señalada justicia á su autor, dándola á conocer íntegra en este lugar.

Las proposiciones de paz á que se refiere, son las siguientes:

1ª En la Isla de Cuba ondeará el pabellón español.

2ª La Isla será regida por un Capitán General nombrado por el Supremo Gobierno de Madrid y por un Consejo ó Congreso, compuesto de residentes en el país á donde pueden acudir á la vez españoles y cubanos enviados por el sufragio.

3ª España mantendrá en Cuba el ejército de línea sólo indispensable para guarnecer sus plazas fuertes. El Ejército en general lo compondrán milicias cubanas con jefes cubanos también.

4ª Los grados del Ejército cubano que hoy lucha por la separación, serán reconocidos por el Gobierno español y mandarán las milicias de la Isla.

5ª La esclavitud se someterá á un concienzudo estudio del Congreso cubano, que elevará su resolución al Gobierno Superior de la Nación para su sanción.

6ª Tan pronto como España deje de ser República, dejará de ondear en Cuba la bandera Española y la sustituirá la separatista.

Estas fueron, en resumen, las extrañas proposiciones que de Bayamo habían enviado al General García y que él, sin comentarios, elevó á su Gobierno á tiempo que á marcha forzada se dirigía á Bayamo.

Todo el país, al menos la parte que de ellas tuvo noticia, las miró con señalada frialdad, con marcada indiferencia, á pesar de lo halagüeño de algunos artículos, no obstante la convicción de que la República dejaría de ser en España

de un momento á otro. Se las creyó, por lo general, un lazo que se nos tendía, y si no hubiera sido por los sucesos que tuvieron lugar poco más tarde, habrían pasado tan desconocidas, que no hubiera valido la pena de que refiriera ahora este particular.

* * *

El día 30 de Septiembre asaltó el General Calvar el poblado de Braguetudos, obteniendo el mejor resultado. Allí se repitieron las mismas escenas que en otras idénticas ocasiones. Terminada la operación, se disolvió la concentración, marchando el General hacia los llanos.

El día 10 de Octubre acampaba el Cuartel General en la residencia del capitán Wenceslao García, Prefecto de Jutinicú, cuando nos llega una comunicación del Teniente Coronel Pablo Beola, con la inesperada y verdaderamente lamentable noticia de que el Jefe del Cuerpo, General Calixto García Iñíguez, había caído prisionero de los españoles en la jurisdicción de Bayamo.....!

Ya puede suponerse el efecto que causaría tal noticia en aquel grupo de patriotas, que todos eran, además, amigos de Calixto García. El General Calvar, más que ninguno, lamentó la pérdida de su compañero, de su íntimo amigo, llorándolo como un hermano puede llorar á otro hermano.

El Mayor General Calvar, como ya he dicho, era segundo en el mando del Departamento y estaba llamado á sustituir al 1er. Jefe en caso de accidente que lo privara del mando. En seguida, pues, que daba el pésame al 1er. Cuerpo de Ejército por la muerte de su digno Jefe, anunciaba que había asumido el mando del Departamento hasta nueva resolución del Gobierno de la República. Acto seguido ofició al Gobierno, que se hallaba en Camagüey, comunicándole la catástrofe y manifestándole que enviara sus órdenes á Bayamo, para cuyo distrito se ponía en marcha con el mismo propósito que su digno antecesor.

Todo el Ejército lamentó lo que por algunos días fué considerada la muerte del Caudillo del Departamento Oriental. Poco después comenzaron las versiones acerca del heroísmo con que el General García pretendió terminar su existencia, antes de pasar por la vergüenza de ser prisionero de los españoles. Acción sublime que encontrando eco en el campo, entre sus amigos y sus enemigos, con excepción de una escasa minoría, levantó en derredor de la víctima un noble sentimiento de admiración. Pronto se tuvo noticia de cuanto había pasado, y tan luego como el General fué conducido á Santiago de Cuba, el astuto y activo corresponsal en aquella ciudad, "Leonidas Raquín," detrás del cual seudónimo se ocultaba un distinguido patriota de aquella ciudad, que desde los albores de la Revolución había prestado valiosísimos servicios sin que aun al terminar la lucha, después de nueve años de infatigables trabajos, se supiera quién era él; Leonidas Raquín, repito, se apresuró á trasmitirnos noticias del heroico suicida, incluyendo al siguiente correo una correspondencia que desde el Castillo del Morro escribía Calixto á Calvar, en que le relataba su sacrificio.

En marcha el General Calvar de Guantánamo para los llanos, recibió un correo del Gobierno. La noticia del suceso, acaecido en la jurisdicción de Bayamo,

había llegado á Camagüey inmediatamente por la confidencia de Santa Cruz del Sur. A menudo sucedía que un acontecimiento grave ocurrido en un lugar distante de otro, se sabía prontamente por las confidencias, y días después se recibía el parte oficial del Jefe correspondiente, en que participaba el hecho. El Gobierno, pues, tuvo conocimiento de la captura del General García en el acto y ¡cosa rara! inmediatamente y faltando á la consideración debida á un Jefe distinguido, se apresuró á nombrar al Secretario de la Guerra, para que en comisión, ocupara la Jefatura del Departamento Militar de Oriente, demostrando así que el 2º no le inspiraba confianza para el desempeño del destino, siquiera por unos días, pues que antes de saber la nueva por el conducto oficial, que era el mismo General Calvar, llenó la vacante, y en comisión, con un jefe que, aunque tenía dotes que lo hacían más acreedor al destino que Calvar, estaba desempeñando otro cargo en propiedad.

Pocos días después de saber Calvar la desgracia de su amigo, recibe una comunicación del Secretario trasladándole órdenes del Gobierno, y otra de él mismo como Jefe del Departamento, con las que se variaba el propósito que había formado de marchar á Bayamo y terminar el pensamiento del General prisionero. Esta medida hirió en su susceptibilidad, como era natural, al General Calvar, quien, aunque protestó en privado de la conducta del Gobierno, acató la orden, oyendo los consejos de sus amigos, y se puso en marcha para la línea occidental de Holguín, ó sea la divisoria de las Tunas y Holguín, donde debía encontrar al Gobierno y al nuevo Jefe del Departamento.

Abandonémoslo en su marcha obedeciendo al llamamiento de su Jefe, y hagamos una relación de los hechos que se relacionan con la heroica acción del Mayor General Calixto García Iñiguez.

Cuando el Presidente Céspedes cayó en poder de los españoles, le ocuparon, entre otros preciosos documentos, un minucioso diario, una perfecta y completa historia de la Revolución de Cuba con comentarios de la experta pluma del mártir de San Lorenzo. Entre otros datos, contenía dicho diario una relación de quiénes eran los individuos que, al frente de las confidencias, mantenían una activa y constante comunicación entre las ciudades y el campo insurrecto. Aunque él había puesto en clave los nombres de individuos y las ciudades y escrito naturalmente sólo los seudónimos, los españoles trabajaron hasta descifrar uno que sirvió de guía para los demás. Así se supo por el Comandante General de Cuba que Marqueta, corresponsal astuto y activo de Manzanillo, era el Sr. Esteban de Varona, patriota camagüeyano que, al frente de las confidencias, venía prestando hacía algún tiempo sus servicios, como asimismo supo quiénes eran en Manzanillo los otros corresponsales Milagro, Robinsón, etc.

Miguel Davis, seudónimo de un acaudalado vecino de Santiago de Cuba, tuvo noticias del hecho á tiempo de ponerse en salvamento, jugando principal papel su dinero y su influencia, para lograr su traslado á la isla de Jamaica.

Marqueta, de Manzanillo, era el más comprometido entre todos, porque se había ocupado entre los papeles de Céspedes una correspondencia en que se lamentaba de que en el ataque á Manzanillo no se hubieran observado sus prescripciones y que sin atender á sus noticias se expusieran á un fracaso. Se habían encontrado también en el libro copiador de cartas del ex-Presidente, las que éste le había dirigido al infortunado Marqueta. Las pruebas eran plenas: el delito

manifiesto. El Brigadier Sabas Marín ordena en el momento la prisión de Marqueta, por telégrafo, y dispone que el Comandante de ejército Sr. Aznar, con el carácter de Fiscal, se traslade á Manzanillo armado de todas las pruebas que condenaban á Varona.

Cuando Aznar llegó á Manzanillo ya Marqueta y Robinsón estaban en la cárcel: los demás, por casualidad, se habían ausentado de la ciudad y recibieron aviso á tiempo para marchar al extranjero.

Lo primero que hizo Aznar al llegar á Manzanillo, fué enterarse de los antecedentes personales del Sr. Esteban de Varona, descubriendo que el preso, como él había creído, era nada menos que un antiguo amigo y compañero de calaveradas en Puerto Príncipe, cuando él era subalterno, y á quien adeudaba todavía una pequeña suma que para cubrir un compromiso de juego le había facilitado muy á tiempo Varona.

Aznar se presenta en la celda donde estaba Varona incomunicado, y comienza por darse á conocer como hermano masón y por notificarle el carácter oficial de que venía revestido. Bien comprendía Varona la razón de aquel estado de cosas, y sin embargo manifestó extrañeza ante la noticia de que su persona era objeto de una causa nada menos que por el delito de infidencia. Aznar no se paró en la aparente sorpresa del reo y deseoso de continuar inspirándole confianza, le recordó su amistad de otros días, su compañerismo y, por último, ser su deudor, agregando "y se me ha presentado la oportunidad, Sr. Varona, de pagar á V. mi deuda con creces: estoy dispuesto á hacer lo que pueda por salvar á V. la vida." Extraño procedimiento, por cierto, en aquellos días en que las revueltas pasiones rompieron los lazos de la familia y de la amistad. Varona, sin embargo, se negaba á comprender aquel lenguaje, temiendo que el español, al echar mano de la Masonería y al evocar recuerdos gratos para él, pretendiera tenderle un lazo del cual debía á todo trance procurar librarse. Varona protestaba ignorar cuanto pasaba; mientras más hablaba el comandante Aznar, menos comprendía él los motivos de su injustificada prisión. Aznar, por fin, cansado de convencerlo, desciende al terreno de los hechos, é imagínese cuál sería el asombro del infeliz Varona, con el cual se divertía Aznar como se divierte el gato que seguro de su presa concede pasajera y corta libertad al ratoncillo, para lanzarse sobre él cuando le plazca, al oir que el Fiscal lo apostrofa con el nombre de "Marqueta."—Varona, próximo á rendirse, cobra aliento y niega entender aquel lenguaje, y el jefe español, sonriendo, deseoso de inspirarle confianza al ver su conducta, le hace una relación exacta de la historia de las confidencias de Manzanillo, refiriéndole hechos de que en sus cartas había hablado Varona y aun dándole cuenta minuciosa de quiénes eran sus asociados y de las personas con quienes ellos se hallaban en relación en el campo insurrecto, terminando por relatarle el plan de ataque que contra Manzanillo prescribió él. Varona se iba convenciendo aunque no venciendo, poco á poco, de que su secreto estaba en poder de su adversario y ya le faltaban pocas razones que exponer para protestar de su inocencia, cuando Aznar despliega á su vista sus mismas cartas y le repite las que Céspedes le había escrito.....

La conducta del español durante la entrevista le había inspirado alguna confianza, y por fin, pensando que con las pruebas ó sin ellas le habían de quitar la vida, cede á los consejos del hermano y del amigo y le declara todo, todo lo que había hecho. Entonces aquel hombre generoso, aquel fenómeno en la guerra de

la Revolución cubana, le induce á que declare que había mantenido correspondencia con Céspedes con la idea de lograr que el Caudillo terminara por aceptar una entrevista con él, en la cual se prometía procurar que se diera una solución favorable al problema en que figuraba en primer término: que después de su muerte había continuado con Calixto García, primero favoreciendo los intereses de la Revolución para terminar favoreciendo los de España, al extremo de tener las cosas tan adelantadas que el Jefe insurrecto había consentido en una entrevista, y que él, Varona, había concebido la idea de hacer por su cuenta y riesgo proposiciones de paz á los insurrectos, aunque no fuera sino para alentarlos en la iniciación de las entrevistas que principiarían privadamente con él y terminarían con el Brigadier Marín y el General Concha que mandaba la Isla. Aznar dejó á Varona el encargo de redactar las proposiciones de paz, cualesquiera que ellas fueran. Varona era muy astuto, de concepción rápida y feliz, y de momento vió que si el plan del Comandante Aznar tenía buen éxito, de seguro que su vida se prolongaría, al menos, y quizás si se le presentaba una oportunidad para escapar. Comprendió también que con la trama engañaba á Aznar, porque si siguiendo el plan se le excarcelaba, se fugaría al campo. De esta trama resultaba que Aznar, á sabiendas, engañaba á Marín, y éste, sin saberlo, á Concha, que al fin sería el héroe de tan infructífero trabajo.

Aznar aprobó las proposiciones de paz, que son las mismos que ya conocemos enviadas por el General Calixto García á Calvar, y pidió por telégrafo se le concedieran facultades discrecionales sobre el preso, escribiendo al Comandante militar inmediatamente todo lo que había descubierto, anunciándole que ya las tales proposiciones obraban en poder de Calixto García, quien había aceptado una entrevista con Varona. El Comandante militar contestó también por telégrafo accediendo á los deseos de su Fiscal; se excarcela á Varona que con su seudónimo habitual de Marqueta pide, de seguida, una conferencia al General Barreto, Jefe de Bayamo y Manzanillo. A Barreto le hicieron creer que las proposiciones venían de la Capitanía General de la Isla, y que exigía ver á Calixto García, que era su Jefe inmediato. El General Barreto era un hombre fino y sincero, y sin esfuerzo alguno creyó lo que le dijeron Marqueta y Aznar, y se prestó á llamar á Calixto, á quien inmediatamente elevó las proposiciones. Aznar y Varona permanecieron en el Cuartel General de Barreto dos ó tres días, después de los cuales se marcharon con el compromiso de regresar tan pronto supiesen que había venido Calixto. Durante la permanencia de Aznar en el campamento, concibió el plan de comerciar con Barreto, comprometiéndose á lo que ya sabemos: á enviar parque de Jamaica en cambio de cera, mieles etc.

Así marchaban las cosas: Calixto recibe la noticia, tiene un acontecimiento grave que viniera á poner en peligro la lucha en Bayamo, y á marcha forzada sale para este territorio atravesando el camino real entre Bayamo y Manzanillo el día 5 de Octubre, como á las 2 de la tarde. Pica la línea telegráfica que pasaba á lo largo del camino, según costumbre en nuestras operaciones, lo que fué desaprobado por el Dr. Félix Figueredo, que en calidad de Jefe de Sanidad de Oriente residía en el Cuartel General del Cuerpo. Figueredo apoyó su desaprobación en que no teniendo el General más fuerzas que su escolta, unos 40 hombres, se exponía á un chasco si los españoles, avisados en Veguita por la línea rota, salían á perseguirlo.

Calixto acampa en San Antonio de Baja, unas dos leguas de Veguita, y disponiendo de algunas horas de día, ordena que se cubriera el campo y que el resto de su gente marchara á hacer viandas á algún lugar próximo. El Capitán Ariza, de la guarnición de Veguita, corredor de la línea, se entera como á las dos horas de que el alambre había sido picado; sale á un reconocimiento, explora el rastro del General, se asegura del número insignificante de hombres que habían pasado y con idea de llenar el expediente disparando unos tiros, sigue la huella, llegando á San Antonio como á las cinco de la tarde. Al descubrirlo la guardia, lo equivoca con la fuerza que debiera ya volver de la vianda: Ariza se acerca, toma la perplegidad de nuestra avanzada por miedo, se le echa encima, y algunos números de la guardia, sin poder comprender lo que pasaba, llegan sorprendidos donde estaba el General, quien en vista del silencio que á los primeros tiros había sucedido, asegura también que se había cometido un error y que equivocándose ambas fuerzas se habían hecho fuego. De repente es asaltado un grupo de hombres á pocas varas del General y todos, aunque tarde, comprenden que era el enemigo. El General, acompañado de sus Ayudantes, Comandante Quesada, Capitán Planas y Teniente José Joaquín Castellanos, pretende defender su retirada: el enemigo, dividiéndose por centro y un ala que les corta toda retirada, los estrecha hasta echárseles encima: el Capitán Planas, herido en ambas piernas, se lanza á una manigua donde un compañero, casi á rastra, lo conduce hasta montarlo en un caballo, mientras el grupo principal estaba perdido. Al abalanzarse sobre ellos el enemigo, el Teniente Castellanos, el heroico niño de quien en otra ocasión tuve el honor de hablar, dá un paso hacia los perseguidores á la vez que dirigiéndose á su Jefe, le dice: "General, moriré con usted: usted caerá en poder del enemigo cuando éste haya pasado por encima de mi cadáver," y al terminar estas, las últimas palabras del imberbe oficial, hace fuego al grupo que ya sólo distaba de él unas pocas varas: los españoles le hacen una descarga y Castellanos cae acribillado á balazos; y aprovechando los españoles la nube de humo que envolvió la escena, se arrojan, saltando por encima del cadáver del niño, sobre el General, al que hacen prisionero..... De repente se oye la detonación de un tiro de revólver, y el Mayor General Calixto García Iñíguez, Jefe del Primer Cuerpo de Ejército, se había elevado en alas de la gloria á la sublimidad, quitándose la vida antes de pasar, como él mismo decía, por la vergüenza de caer en poder de los españoles.

El resto de este suceso es bien conocido de todos nosotros; pero creo mi deber terminar la historia valerosa de este Jefe con algunas pinceladas más.

Calixto García, moribundo, fué conducido primero á Veguita y después á Manzanillo, hacia donde en un vapor expreso se dirigió el Brigadier Sabas Marín desde Cuba, tan pronto se le avisó por telégrafo el suceso. Marín siempre fué reputado por un español de buenos sentimientos y todo un caballero. A su llegada á Manzanillo se encuentra con el Comandante Aznar, quien principia por hacerle creer que el General García había sido imprudentemente hecho prisionero en el momento en que asistía á su llamamiento. Entonces el Brigadier Marín, para quien Calixto García tenía el precedente de haberle perdonado los oficiales prisioneros en la columna del Teniente Coronel Gómez Diéguez mandando él en Holguín, se llena de un sentimiento de dignidad extraordinario y resuelve salvar á todo trance al General.

Cuando daba parte al General Concha de la captura del Jefe de Oriente, censuraba amargamente la conducta del subalterno que había venido á oponerse á la terminación del plan que había de traer á Cuba, bajo la bandera española, la paz y la tranquilidad; y terminaba diciendo que se había cometido una felonía y que el honor español no estaría á salvo si no se devolvía al General García, con todos sus honores, al campo de la Revolución. El General Concha, creyendo cuanto le habían dicho de conferencias, envió en seguida, estimando propicia la oportunidad, un mundo de proclamas dirigidas por el General García á los insurrectos, pidiéndoles la deposición de las armas. Calixto, moribundo como estaba, protestó del hecho y se resistió á que se diera curso á las proclamas, afirmando que nuestras leyes y nuestras costumbres eran tan severas como justas, y que en la lucha de Cuba el Jefe caído era en el acto sustituído por un segundo y olvidado aun de sus amigos: que él no era ya nadie para la Revolución cubana.

Accedió sí á escribir á Barreto una carta particular, más para que sus compañeros y amigos supiesen de él, que por cumplir un deseo del enemigo. "Sabrá usted, decía al que fué su subalterno, como en la tarde del cinco, acampado en San Antonio, caí en poder de los españoles. Yo pretendí quitarme la vida para no pasar por la vergüenza de ser prisionero de mis enemigos. Le aconsejo á usted que no desista en la prosecución del plan sobre el cual me habló usted, pues el logro de su terminación redundará en la felicidad de la causa que venimos defendiendo."

El último párrafo de esta carta, escrito si se quiere en doble sentido para que los españoles permitieran su curso, dándoles á comprender que lo que Barreto le había indicado era el asunto de las proposiciones de paz, cuando el Jefe de Bayamo confesaba que jamás había hablado á su Jefe de otro plan que el de obtener parque de la vecina isla de Jamaica por conducto del Comandante Aznar, ¡cómo sirvió y cómo hicieron uso de él los enemigos de la víctima gloriosa en los campos de Cuba, para, torturándolo y dándole significación que no tenía, explicarlo de manera perjudicial á la reputación de Calixto García, cuya heroicidad estaba por encima de todas las miserias!

Mientras sucedía esto, el infeliz Varona, no obstante los esfuerzos de su generoso amigo, estaba en capilla y debía ser fusilado de un momento á otro. Pero la carta del General García urgía que llegara á manos de Barreto y, por fortuna, no se encontró comisionado que quisiera hacerse cargo de llevarla al campo; y por fin, se indicó á Varona, para que, acompañado una vez más del Comandante, fuese al campo. Se sacó al pobre Varona de su situación y Aznar, creyendo que ya era hora de terminar la comedia y que Varona se salvara, se fingió enfermo de fiebre en el instante de la salida, por lo que fué preciso que marchara Varona acompañado sólo del práctico. Cuando el digno cubano fué á decir adiós á su protector, éste, sin darse por entendido, le entregó una carabina corta, sistema Remington, de su uso, y apretando la mano á Varona le dijo: "Le he pagado á usted la deuda: lleve esa arma como un recuerdo y tan sólo le ruego que cuando haga uso de ella, examine bien para que no me tire con ella."

Así salió Varona, el comunicante Marqueta, de su aprieto: días después tuve el gusto de oirle repetir más de una vez su interesante aventura para que á mí me haya cabido el placer no sólo de referírosla, sino de hacer señalada justicia al héroe de San Antonio de Bajá.

# CUARTA CONFERENCIA

Marcha penosa á Bayamo.—Llegada á Guá.—El Presidente Cisneros.—Escalafón del Ejército.—A las Villas.—Preparativos del General Gómez.—El Coronel Jiménez en Sancti Spiritus.—¡A la Trocha!—El General Roloff.—Gómez herido!—Bosquejo militar del ilustre dominicano.—Acción del Pino.—Marcha gloriosa.—Jíbaro, Río Grande, Lázaro López, Marroquín.—Una columna enemiga.—La invasión se realiza!—Tomás Estrada Palma y "El Macho."—Quién era éste.—Ataque y toma de un valioso convoy.—Disidencia entre los generales V. García y M. Calvar.—Cómo la resuelve el Gobierno.—A sangre y fuego.—Una frase del "Diario de la Marina."—Ofertas al General Gómez.—Sus propósitos.—Inconformidad de V. García.—Grupo de disidentes.—Contra el Gobierno.—El Dr. Bravo y Sentíes.—Maquinaciones.—Movimiento sedicioso de "Las Lagunas de Varona."—Exposición á la Cámara de Representantes.—Hostilidad contra el Presidente Cisneros. Una Comisión.—¿De quién es la responsabilidad?—Observaciones.—Regreso á Oriente.—Desmoralización.—Actitud de la Cámara.—Protesta de Estrada Palma.—Renuncia de Calvar.—Su salida para Camaguey.—Intento fracasado del General V. García.—Muerte del Brigadier González Guerra.—Llamada al General Gómez.—Entrevista con el General García.—Renuncia del Presidente Cisneros.—Spotorno, Presidente interino.

EL MAYOR General Manuel Calvar, Jefe de la Segunda División del Primer Cuerpo de Ejército y Segundo Jefe del mismo, emprendió marcha en cumplimiento de las órdenes recibidas del Jefe en comisión del Cuerpo, Mayor General Vicente García, que, como ya sabemos, desempeñaba desde el mes de Octubre de 1873 la Secretaría de la Guerra. En los primeros días de Noviembre llegó Calvar al Cuartel General del Cuerpo, situado en "La Manteca," en lo que llamábamos línea occidental de Holguín. Allí encontramos al Gobierno de la República, que con idea de girar una visita al Estado de Oriente é impulsado á la vez por la desgracia acontecida al Jefe del Primer Cuerpo, había salido del Camagüey donde las cosas marchaban con perfecta tranquilidad.

Pocos días después de la reunión de los dos Cuarteles generales, emprendió el Gobierno la marcha, acompañado de ellos, hacia la jurisdicción de Bayamo. Indecibles fueron los trabajos que pasamos durante los días de esta marcha. La

estación lluviosa estaba en su fuerza y no se encontró un río que no estuviera crecido, obligándonos á pasarlos unas veces á nado ayudados de los caballos, y otras en balsas imperfectamente fabricadas, exponiendo, en uno y otro caso, las vidas de los expedicionarios. La infantería, la parte más sufrida, marchaba por aquellos caminos intransitables, con muchísimo trabajo: la lluvia era constante y como las ropas estaban permanentemente expuestas á su acción, claro que no podían secarse: pasábamos el día y la noche empapados, pues el agua no nos permitía hacer fuego en un territorio, como el que atravesábamos, de continuadas sabanas que no nos ofrecía elementos para fabricar nuestras ligeras y toscas habitaciones de campaña. El Presidente Cisneros, entre todos, era de los que mejor ejemplo daba en aquellos días fatigosos, sufriendo privaciones á la par que la tropa y compartiendo con los oficiales las exiguas comodidades que por su rango pudiera disfrutar. Así pasaríamos unos quince días, en los que se comió lo que la naturaleza nos ofrecía al paso. Llegamos, por fin, á Guá, jurisdicción de Manzanillo, donde se nos incorporó el General Barreto, Jefe de la Primera División, quien nos presentó al Sr. Esteban de Varona, el valiente comunicante *Marqueta*, arrancado á las garras de la muerte por la estrategia del Comandante español Sr. Aznar.

El Presidente Cisneros aprovechaba la visita que iba haciendo al Departamento oriental para tomar los datos necesarios y formar el *Escalafón del Ejército* que ya había principiado con el Segundo Cuerpo, documento de imperiosa necesidad y cuya falta se hacía ya sentir. El Presidente, personalmente, iba recogiendo los datos necesarios de cada un miembro del ejército, y después, cuando hubo dado vuelta á todo el territorio de la Revolución, y visto á cada Jefe y oficial, ó recogido los datos necesarios de su historia militar, organizó con aquellos elementos su obra, la única que tuvo el ejército, y en la que aparecía después la verdadera historia de cada jefe ú oficial, desde su ascenso al grado de Alférez ó Subteniente hasta el de Mayor General, en su caso. Aparecían, además, aquellos que flaqueando en sus principios, abandonaron la causa que habían jurado defender, los que estaban clasificados con el deshonroso epítote de *traidor;* los que habían salido al extranjero en *comisión* y en comisión se quedaron en el extranjero; los que de éstos, cumpliendo con su deber,—que fueron muy contados,—habían vuelto al seno de la Patria; y, por último, los que habían sucumbido en campaña, y los que, menos afortunados, nos habían sido arrebatados por la furia del enemigo como prisioneros, y los muertos por enfermedades. Para completar la historia de cada individuo en aquella sociedad tan perturbada, tuvo que vencer la inquebrantable perseverancia del Presidente Cisneros muchas dificultades. Pero cuando al dejar prematuramente su elevado cargo, entregó la obra sin concluir á su digno compañero el Coronel Spotorno, no faltaban en la relación militar de cada individuo ni una fecha ni el nombre de un lugar. Al que os habla le cupo la suerte de dar las últimas pinceladas á la obra del Presidente Cisneros, cuando desempeñando el cargo de Canciller de la República, se puso al frente de la parte material en las oficinas de la Administración Spotorno.

Penosa, por demás, fué la visita del Presidente Cisneros al Departamento oriental, sobre todo en su marcha de Manzanillo á Cuba por la Sierra Maestra, á causa de las privaciones que sin cesar se sucedieron. Pero al llegar á la jurisdicción de Santiago de Cuba, completó el Gobierno la organización del Ejército

de Oriente, después de haber introducido distintas modificaciones. Suspendió al General Barreto del mando de la Primera División, en el que no había sido nada feliz, y uniendo á Bayamo con Holguín y Jiguaní formó la Primera División al mando del General Calvar; y á Cuba con Guantánamo, formando la Segunda División al mando del Brigadier Maceo, que hacía poco se nos había incorporado, procedente del Camagüey. Dispuso que Barreto marchase á las órdenes de Gómez para que fueran utilizados favorablemente en el plan de la invasión los conocimientos y aptitudes del jefe venezolano; ordenó asimismo que el Dr. Miguel Bravo y Sentíes pasase también á Camagüey á ocupar el puesto de Jefe de Sanidad militar de una División que quedaría vacante tan pronto el Dr. Figueroa pasase á las Villas. Estos dos individuos se excusaron de momento de cumplir la orden superior, aplazándolo para cuando hubieran pasado algunas circunstancias que por entonces se lo impedían. El Gobierno hizo permutar en sus respectivos cargos á los Jefes de las Brigadas de Guantánamo y Bayamo, Brigadier Juan Ruz y Coronel Leonardo Mármol, marchando éste para Guantánamo y aquél á Bayamo: y para terminar la organización de Oriente nombró para mandar la Brigada de Cuba ó del Sur, al valeroso y digno Coronel Emilio Nogueras.

Así pasaron los meses de Noviembre y Diciembre y nos hallábamos á mediados de Enero de 1875 acampados en Barajagua, preparándose el Gobierno para marchar á Camagüey, terminada su visita á Oriente, cuando nos llega un expreso del Cuartel General del Centro con correspondencia en que se comunicaba la inesperada nueva de que el General Máximo Gómez, al frente de las fuerzas de las Villas y parte de las de Camagüey,—infantería y caballería,—había pasado la Trocha invadiendo el rico, codiciado territorio de las Villas, realizando así, según él decía, toda su ambición, su sueño dorado de algunos años. El Gobierno salió, á marcha forzada, con rumbo á Camagüey.

* * *

Después de la toma de San Jerónimo por el Brigadier José González Guerra, continuó el General Gómez activando sus preparativos para sorprender al enemigo con el paso de la Trocha: había conseguido con el golpe de González que los españoles se acostumbrasen á la presencia de nuestras fuerzas al occidente del Camagüey, próximas muchas veces á la misma Trocha.

El Coronel Jiménez, enviado como explorador al territorio codiciado, se había movido con holgura en la jurisdicción de Sancti Spíritus, derrotando más de una vez en el campo al enemigo y atacando la ciudad en la noche del quince de Agosto, en el cual ataque llamó la atención por su generosa y humanitaria conducta, pues no sólo puso en libertad á los enemigos prisioneros, sino que habiendo sus soldados asaltado un establecimiento de comercio y saqueádolo, según costumbre, hizo que se presentara el dueño, español de nacimiento, y le pagó con creces los daños ocasionados por la tropa: igual conducta observó en otros lugares en que él y los suyos se hicieron servir lo que necesitaron, dejando sorprendidos á los enemigos que esperaban obtener por toda recompensa á sus obsequios, que les quitasen la vida. Por más de dos horas dominó Jiménez en la ciudad de

Sancti Spiritus, de la cual salió demostrando que su sola idea era encontrar á un enemigo que á los primeros tiros se escudara en sus trincheras, dejando la ciudad á merced de los invasores. La conducta generosa de Jiménez se comentó mucho por la población espirituana, exagerándose favorablemente á la causa de Cuba su desprendimiento y humanidad; «especialmente,—dice el Brigadier Acosta y Albear, en su folleto ya citado, página 27,—cuando la opinión pública persistía en la idea de que grandes fuerzas enemigas pronto invadirían el distrito y, en consecuencia, aunque considerasen este suceso como una calamidad, creyéndola inevitable, pretendían todos contemporizar con la fuerza de los acontecimientos futuros.»

Desde el 19 de Julio se había incorporado á Jiménez el Teniente Coronel Carrillo, que fué enviado como segunda exploración y como un contingente de inteligencia y moralidad, con unos sesenta hombres. Ya en Noviembre Jiménez significaba la necesidad de que un jefe de mayor graduación que la suya pasase la Trocha con más elementos, para que se aprovechara la favorable reacción que con sólo su presencia se había de provocar en Sancti Spiritus: temía él que la conducta patriótica de los espirituanos se llevase á cabo estando él solo, por temor de cargar con la responsabilidad de un desacierto de su parte. Esta manifestación apremió, sin duda, á Máximo Gómez á dar su deseado paso.

Tocaba á su fin el año 1874 cuando, preparado en lo posible, resuelve el General Gómez como medio de llegar á su objeto, romper la Trocha. Al efecto, y pretextando para con sus tropas reforzar á González para una operación sobre la línea sur, marcha con fuerzas del Camagüey hacia occidente del Departamento.

El día 1º de Enero de 1875 concentra fuerzas de caballería é infantería en número de seiscientos y trescientos hombres respectivamente y se pone en marcha, acampando en Ciego Escobar, á pocas jornadas de la Trocha. Allí reunió á los jefes de mayor graduación en Consejo y les participó su resolución, manifestándoles que pretendía llevar á cabo la medida contraviniendo la orden del Gobierno, por la convicción que tenía de que de no hacerlo así, la operación fracasaría siempre que se intentase contar con el apoyo del Ejecutivo: les expuso, además, que disponía de exiguos elementos de guerra; pero que con ambas contrariedades emprendería el movimiento siempre que ellos lo apoyasen moral y materialmente. Después de considerado lo expuesto por el Jefe del Cuerpo, se suscitó una corta discusión, resolviéndose al cabo prestar incondicionalmente su apoyo al General y asumir con él la responsabilidad que fatales consecuencias pudieran traer. El General, pues, se puso en marcha, entregando al Diputado Francisco Sánchez Betancourt, Representante camagüeyano en la Cámara, hombre probo, popular y discreto, dos pliegos cerrados, uno para el Brigadier Reeve, nombrándolo accidentalmente Jefe del Camagüey, y otro para el Gobierno, participándole el movimiento, encareciéndole la necesidad de que se excusase la falta que cometía en vista del buen deseo que le animaba al emprender el movimiento.

El día 5 de Enero, por la noche, á seis leguas de la Trocha, se preparó para el difícil paso, emprendiendo la marcha como á la una de la madrugada. La infantería de las Villas ocupaba la vanguardia al mando del Brigadier González Guerra; luego el cuerpo de zapadores organizado de exprofeso para la operación y compuesto de unos sesenta hombres armados de hachas, azadones, pa-

las, haces de yerba, etc., con los cuales habrían de removerse los estorbos y llenarse los pozos que en el paso se encontraran.

A la cabeza de este cuerpo, por demás modesto, marchaba un extranjero distinguido, Mayor General del Ejército, á quien el deseo de prestar sus servicios á la causa que había abrazado, sobre todo en el movimiento de la invasión, no le permitía bjarse en la incompatibilidad de su grado y el mando de aquellos sesenta zapadores. El noble y distinguido Carlos Roloff, el polaco, que con tanto ardor había abrazado la causa de su patria adoptiva, tan infeliz como la suya y como la suya tan heroica, era aquel ilustre extranjero que dando un ejemplo sin igual, había aceptado el desempeño de tan modesta misión.

Las caballerías marchaban al centro con el Cuartel General, cerrando la marcha fuerzas de infantería de Camagüey y Villas.

Amanecía el día 6 de Enero cuando Máximo Gómez realiza su ilusión salvando, bajo el fuego de dos fortines, la célebre Trocha de Morón, la inexpugnable valla que sólo daría paso á las bayonetas españolas.

Pero ¡ah! en los momentos en que el General se ponía del otro lado, en territorio de las Villas, cuando radiante de gozo contemplaba su obra llevada á cabo, cuando irguiéndose sobre su gran caballo *Cuco*, tan valiente como él, iba á dar un grito de ¡Viva Cuba!, una bala le atraviesa la garganta, cortándole la palabra..... El movimiento angustioso que hizo, quizás fuera de sí, llevándose ambas manos á la garganta, lo obligó inconscientemente á clavar con sus espuelas al bruto que, dando saltos y pateando, pugnaba por echar á tierra al ilustre héroe. Gómez pretendía inútilmente contener la sangre que abundosa corría de la herida, bañándole el pecho y la montura, y en tan aflictiva situación, sin casi poder sujetar el caballo y bajo los fuegos constantes de los dos fortines, hace llamar al médico con el mayor sigilo, temeroso de que la noticia se extendiera en las filas. En aquellos momentos estaba amaneciendo.....

* * *

El Mayor General Máximo Gómez, cuyos pasos hemos venido siguiendo tan de cerca desde el principio de esta relación; el distinguido extranjero que tan generosamente, adoptando á Cuba por patria, le ofreció en la hora de la prueba, todo su valer; que lo acabamos de ver derramando su sangre, exponiendo su vida, merece ser conocido íntimamente del pueblo cubano y en verdad que tal misión, honrosa para mí en grado sumo, me proporciona indecible placer.

En los días del levantamiento de Yara, la humilde situación del hombre que más tarde había de enorgullecer á Cuba, al reclamarlo como su hijo, le hacía que ocupara obscura posición en una hacienda de caña, "Guanarubí," en las inmediaciones de Bayamo, lugar que había escogido para su residencia, después que las gloriosas perturbaciones de su patria le obligaron á emigrar. Máximo Gómez, desconocido y pobre, trabajaba con ahinco y honradez para obtener el sustento de su familia, compuesta entonces de su anciana y achacosa madre y dos buenas hermanas, mayores que él. El pobre dominicano llevaba una vida penosa, trabajando incesantemente: todo el vecindario le estimaba, no obstante su mala posición pecuniaria, por sus dotes de perseverancia, honradez y laboriosidad.

Estalló el grito de guerra en Yara: todo cubano conoce la heroica historia de Bayamo en esos días. Yo me enorgullezco de la conducta de mi pueblo adoptivo en aquella jornada gloriosa: recuerdo la aptitud de todos sus habitantes en las horas del combate y las escenas que en todas partes se sucedieron. Las bellas bayamesas, expuestas al fuego enemigo, cuyas balas barrían la ciudad en todas direcciones, aplaudían desde los balcones y ventanas de sus casas, cuyas puertas permanecían abiertas como en un día de fiesta, el denuedo y arrojo de sus hermanos; y recuerdo que el joven Emilio Tamayo, herido en un pie por bayoneta enemiga, fué curado de primera intención, montado en su caballo, á la puerta de mi propia casa, por mi madre y por mi hermana.

Todo Bayamo se levantó en armas. Algunos jóvenes habían recibido el encargo de reclutar ó formar sus partidas en el campo. El Ldo. Lucas del Castillo, abogado de nombre, y el dulce poeta, el orgullo literario de aquel pobre pueblo, José Joaquín Palma, haciendo de momento traición á la dulzura de sus sentimientos y dejándose arrastrar también por la corriente belicosa que embriagaba á todos, fueron comisionados para hacer un reclutamiento en el Dátil, poblado á dos leguas de Bayamo. Palma se esforzaba en la plaza pública del Dátil por organizar su partida de unos sesenta hombres; pero á cada orden, á cada evolución, daba á comprender que no eran las armas, por cierto, las que habrían de darle timbre á su nombre, pues se confundía en la organización de aquellos pocos patriotas.

Mientras esta escena pasaba, un hombre de modesto aspecto, desconocido, apoyado indolentemente en la columna de una de las casas de la plazoleta, consideraba el esfuerzo inútil de nuestro poeta, dibujándose en sus labios una irónica sonrisa, á cada movimiento que ordenaba Palma. De repente, y como impulsado por un sentimiento noble, aconsejado quizás por el Angel bueno de Cuba, abandonando su actitud pasiva y tomando una resolución, exclama: "Voy á ayudar á hacer Patria á este pueblo," y dirigiéndose á Palma, le dice:—Señor: ¿queréis aceptarme como voluntario en vuestras filas? Puedo serviros de algo. —Con mucho gusto, contestó el reclutador, ¿cómo os llamáis?—Máximo Gómez, dijo el desconocido.—Dónde vivís?—En el Dátil: mi patria es Santo Domingo.

Máximo Gómez, aunque ya comprometido con algunos bayameses á secundar el movimiento, era desconocido del poeta, y no le dió á entender que ya se encontraba iniciado en el secreto.

En seguida dió algunos consejos á Palma acerca de la mejor organización de sus tropas; el poeta se echó en brazos del extranjero, que ordenó la marcha, inscribiendo el reclutador literato á la cabeza de su lista al Sargento 1º Máximo Gómez.

Así principió su historia militar en Cuba aquel que más tarde habría de llenarla de orgullo. El que empezaba de Sargento 1º hecho por un poeta, terminaría impuesto por sus acciones gloriosísimas, siendo el más hábil, el más temido de los Generales de Cuba, el primer guerrillero de América, como lo tituló el General Martínez Campos.

Cuando Gómez llegó á Bayamo, ya estaba la plaza en poder de Céspedes y se tenían noticias de que una fuerte columna á las órdenes del Coronel español Quirós, salía de Santiago de Cuba sobre la ciudad, donde ondeaba radiante el pabellón cubano. Gómez, que fué muy bien recibido por Céspedes y muy recomendado de sus paisanos Marcano y Díaz, recibió instrucciones de ponerse á las

órdenes de Donato Mármol que mandaba las fuerzas que habían de resistir á Quirós, honrándolo, desde luego, con el grado de Teniente General, segundo jerárquico en el ejército. Céspedes, asumiendo de momento todos los poderes, se dió el título de Capitán General del Ejército Libertador. A Gómez se le asignó el mando, como segundo, de las fuerzas de Mármol.

Ningún cubano habrá olvidado la acción del Pino contra las fuerzas de Quirós, llamada vulgarmente "la amacheteada de Bayre" por haberse efectuado en las inmediaciones de este lugar, donde según confesión del mismo Quirós, á su vista pelearon los patriotas con denuedo, como buenos hijos de los españoles.—decía él.—durando la carga al machete siete cuartos de hora. Este fué el debut de Máximo Gómez, como segundo de las fuerzas de Mármol.

No es necesario que yo repita aquí paso por paso su marcha triunfal en el servicio de la República de Cuba, y sólo diré que desde los primeros días, desde sus primeros actos como cubano, se hizo respetable por sus cualidades y admirable por sus disposiciones. Mármol confió á Gómez la sección de Jiguaní, parte insignificante del territorio á su cargo, y aunque la ardiente aspiración de Gómez, sus conocimientos militares y, puede decirse, su legítima ambición, no guardaban relación con su insignificante estado en aquel entonces, él, hombre de orden antes que todo, se mantuvo en actitud pasiva en su obscuro mando, hasta que la fuerza de las circunstancias lo sacaron de ella. Con motivo de haber sido suspenso en Octubre de 1869 el General Julio Grave de Peralta del mando de la División de Holguín, el Gobierno nombró á Gómez para que lo sustituyera, encontrando el dominicano mayor esfera de acción para sus operaciones, á pesar del mal estado de cosas en Holguín cuando él asumió el mando. Repuesto el General Peralta en su destino, volvió Gómez á su modesta posición en Jiguaní, donde se encontraba aún como segundo de Mármol cuando lo sorprendió la noticia de la muerte de su Jefe, acaecida á mediados del año 1870, accidente que lo elevó á la Jefatura de la División de Cuba. No dejó Gómez de tropezar con gran número de inconvenientes al asumir el mando de unas fuerzas que por la bondad de su Jefe y, más que todo, por su ignorancia de los más triviales rudimentos del arte militar, se encontraban, con excepción honrosa de algunos Cuerpos, en el peor orden en cuanto á disciplina y moralidad.

Gómez se vió obligado á corregir abusos que cometían los subalternos prevaliéndose de la enfermedad y muerte de Mármol, y como tuviera para ello necesidad de emplear, desde el primer momento, medidas extraordinariamente fuertes, único modo de salvar la situación de aquella fuerza, empezó á crearse fama de arbitrario y de un carácter exaltado, con que fué considerado durante toda la Revolución. Gómez es de temperamento nervioso, enérgico, vivo, de carácter fuerte é indomable, incapaz de abatirse aun en los trances más aflictivos de la vida. Operando durante el término de la Revolución en zonas muy apartadas del Gobierno; ocupando siempre las posiciones más delicadas y comprometidas, sin poder adaptar muchas veces, sino con grandes dificultades, las órdenes y leyes en las difíciles situaciones por que atravesaba; Gómez se vió precisado frecuentemente, sin faltar al respeto del Gobierno y guardando siempre la forma, á suprimir algunas disposiciones superiores que contravenían las medidas que en bien de la causa común tenía él de antemano establecidas; disposiciones que dictadas en Camagüey, por ejemplo, en estado de calma perfecta, era imposible

plantearlas en Colón ó Villaclara, sin que quedaran inmediatamente, de hecho, sin efecto, con gran desprestigio de los Altos Cuerpos que las dictaban. Esta y otras parecidas razones fueron causa para que se le acusase de déspota y de tener tendencias á la Dictadura; acusación que partía de enemigos encubiertos, envidiosos unos, faltos de mérito y de buen sentido otros, que nunca faltan á aquellos que por sus cualidades no comunes sobresalen y se colocan en alturas á que la generalidad no puede alcanzar. Pero aseguro que la causa de Cuba no tuvo entre sus servidores uno que fuera más obediente á las disposiciones del Gobierno y que con su ejemplo estuviera dispuesto á darle todo el prestigio que la moral y el buen régimen aconsejan.

En el mes de Mayo de 1872, con motivo de diferencias entre el Presidente Céspedes y él, tuvo á bien el Primer Magistrado deponerlo del mando de la División de Cuba, acto que se efectuó justamente en presencia de toda la tropa que el General comandaba. El paso era juzgado como peligroso: todos creíamos que Máximo Gómez resistiría y se impondría al Gobierno con las tropas que mandaba y de las que era altamente estimado; pero llegó el momento supremo, se dió la orden y el General Gómez entregó, según se dispuso, al Coronel Maceo el mando de las fuerzas, de que se hizo cargo á los pocos días el General Calixto García Iñíguez. Esta conducta del General fué aplaudida por todos y por el Gobierno, que esperaba, conociendo la popularidad del Jefe para con su tropa, que ésta intentara, por lo menos, elevar peticiones solicitando la reposición. A poco rato de haberse tomado esta medida, marchaba el General con su escolta y Estado Mayor para Guantánamo, donde esperaría órdenes, y el Gobierno con el Coronel Maceo hacia Holguín, sin que ocurriera el más insignificante trastorno.

En Diciembre siguiente, cuando Calixto García se preparaba para atacar á Holguín, resolvió ir donde estaba Gómez y lo trajo á su Cuartel general. Bien sabía que el Presidente Céspedes no tenía predisposición contra el valiente dominicano y comprendía, además, que era harto sensible que Gómez continuara retraído, privando á la revolución de sus valiosos servicios. Cuando Gómez llegó á Barajagua, jurisdicción de Holguín, Cuartel general del General García Iñíguez, y Residencia del Ejecutivo, lo primero que hizo fué ponerse á las órdenes del Presidente de la República, á quien hizo una visita cordial y amistosa. Después continuaron las cosas como si nada hubiera pasado.

En Abril de 1873 dividió el Presidente Céspedes,—que aún asumía facultades legislativas,—el Territorio de la República en tres Departamentos militares, los mismos que halló la Cámara en el mes de Octubre, cuando su deposición, y de que hablamos en nuestra primera Conferencia. Estos Departamentos fueron Oriente, Provisional del Cauto, que abrazaba á Bayamo y Manzanillo, Jiguaní y las Tunas, y Occidente: nombró á Calixto García, Jefe de Oriente; á Ignacio Agramonte, de Occidente, y á Máximo Gómez, con Vicente García de segundo, á la cabeza del Provisional del Cauto.

Nos hallábamos en el campamento de Guá, jurisdicción de Manzanillo; acababa Gómez de recibir su nombramiento y se preparaba á marchar á las Tunas cuando fué detenido por la infausta noticia enviada por *Marqueta* desde Manzanillo, de que Agramonte había muerto en Jimaguayú. Como esta noticia inesperada adquirió visos de certeza por su buen origen, el Gobierno ordenó á Gómez que marchara á las Tunas á hacerse cargo de ese Territorio perteneciente á su Depar-

tamento; pero que si en su marcha hacia el lugar se cerciorara de la fatal noticia, entregase la comunicación de que iba provisto al General Vicente García, por la que se le nombraba Jefe del Departamento Provisional del Cauto, y continuara él á Camagüey y asumiera el mando del Departamento de Occidente.

Gómez, sin esperar nueva orden, sin escolta, acompañado sólo del Teniente Juan Miyares, de color, y sus asistentes, marchó á Camagüey, donde fué recibido con señaladas muestras de satisfacción por los camagüeyanos, y donde tanto bien hizo por la causa que había abrazado. Gómez y los camagüeyanos confraternizaron, y respecto á sus dotes militares, creyeron que Agramonte había sido dignamente sustituído.

Máximo Gómez es alto, delgado, esbelto y muy trigueño, con cabello y bigotes muy negros. Sus ojos, negros también aunque pequeños, son vivos y de mirada penetrante é inteligente que demuestran la viveza de su carácter: todo el conjunto da á su persona un aspecto simpático que, unido á su estatura, hace lo que vulgarmente se llama, una buena figura militar.

Después de lo que hemos referido, no creemos necesario añadir más para completar los apuntes biográficos de este hombre tan justamente célebre en los anales de la infortunada Cuba, que brilló á la altura de Céspedes y Agramonte, que no hay un hecho de armas glorioso en la guerra de los diez años al que no esté unido su nombre, y que donde quiera que mandó fué respetado y admirado por sus dotes de valor, su honradez acrisolada y, sobre todo, por su orden y talentos militares.

* * *

Ya amanecido el 6 de Enero, circuló la noticia en las fuerzas que acababan de pasar la Trocha, que el General había sido herido, al parecer, de gravedad. Para la columna invasora, que cifraba el éxito de la operación en la pericia del noble caudillo, esta nueva infausta produjo un efecto extraordinario. A algunas varas fuera del alcance de los fortines fué preciso hacer alto para que el doctor Figueroa examinase la herida y tratase de contener la sangre que aún corría en abundancia. Figueroa acudió presuroso al herido, quien con la idea de que no fuese á cundir el desaliento en las fuerzas y para demostrar que la herida era insignificante,—dando siempre ejemplo sublime,—exigió se le curase á la ligera, sin consentir en desmontarse de su caballo. La situación era angustiosa. Todos los oficiales de su Estado Mayor lo rodeaban con solicitud, y la presencia de tantos caballos agrupados, hacía á "Cinco" dar saltos enormes. La escena era tierna por demás: todos deseaban serle útil, y todos indagaban del doctor, con la mirada, el estado del herido. Figueroa, hábil doctor de la Universidad de la Habana, exploraba con la tienta, y vendaba, no sin gran dificultad, la peligrosa herida. "¿Cuándo sobrevendrá la inflamación?" preguntó el General refiriéndose á la que dilatándole la laringe habría de terminar por asfixiarlo.—"No antes de veinticuatro horas, contestó el doctor.—"Es lo suficiente," agregó fatigosamente el herido, para instruir al General Sanguily de mi plan, y que la obra de la invasión á Occidente no se detenga....."

La mañana estaba fresca: el Sol empezaba á asomar cuando la columna continuó la marcha, después de haberse terminado la operación de vendar la herida. Serían las diez cuando se tocó "alto," acampando aquella columna el primer día de pisar territorio de las Villas, á dos leguas al Oeste del Ciego, cerca del potrero Jicotea, donde tenían los españoles un campamento. Allí permaneció cerca de 48 horas, durante las cuales tomó descanso la fatigada columna y, sobre todo, se atendió á la curación de la herida, que con el sistema hidropático, único que se usaba aun en los casos más graves y complicados, se logró no sólo alejar la inflamación ó contrarrestar, al menos, sus funestas consecuencias, sino que el herido se encontrase con ánimo de marchar, el día 8 por la mañana. Todos los jefes y oficiales se disputaban el honor de prodigarle sus atenciones, y todos los semblantes, incluso los de la tropa, radiaron de alegría cuando oficialmente se anunció, no sólo que el Jefe de la expedición estaba fuera de peligro, sino que la operación militar continuaría.

Al penetrar en el territorio de las Villas le quedaba, á su izquierda, al sur, el importante campamento "El Jíbaro." Resolvió no avanzar sin llevarse de encuentro aquel centro español, para demostrar que probaba con lo fuerte, mientras á uno y otro lado desechaba campamentos insignificantes. Pero al lanzarse sobre "El Jíbaro," su primer operación en el nuevo territorio, cuyo éxito le abriría las puertas de otros, debía hacerlo resuelto á triunfar, á tomarlo á viva fuerza, á obtener para la columna invasora grandes fuerzas morales y tal vez un contingente mayor de auxilios materiales, que producirían su debido efecto en contra del enemigo.

El diez atacó "El Jíbaro" que comenzó á defenderse con tenacidad, cediendo luego poco á poco, cuando se convencieron que la guerra que su enemigo hacía, al menos en aquel momento, no era á sangre y fuego, hasta echarse rendidos en brazos de su adversario. En seguida se lanzó sobre "Río Grande," no lejos del Jíbaro, donde habían oído los tiros del día anterior y de cuyo resultado tuvieron noticias por un voluntario que exprofeso hizo marchar el General Gómez. Río Grande se entregó después de cambiar unos tiros. Igual suerte cupo é igual conducta observó "Lázaro López" el mismo día once; destruyendo á "Marroquín" el doce. Al terminar esta jornada violenta y gloriosa de tres días, había ocupado el General cerca de 100,000 tiros, se le incorporaron sobre 500 voluntarios armados y se apoderó de más de 1,000 magníficos caballos. De allí nació el Regimiento de caballería "Honorato," en honor del distinguido patriota Honorato del Castillo, natural de Sancti Spiritus, al mando del cual puso el General al bravo Coronel Enrique Loret de Mola. La invasión fué un éxito, un verdadero éxito moral.

El enemigo, sorprendido y aterrado, hace volar al teatro de aquellos acontecimientos inesperados, no sólo las fuerzas considerables que acababan de pasar de las Villas al Camagüey á las órdenes del Brigadier Esponda,—el distinguido Jefe español que resistió denodadamente á Calixto García en Melones,—sino otras de Oriente y del mismo Departamento de Occidente; acumulando sobre Máximo Gómez, según confesión del Brigadier Acosta y Albear en sus tantas veces citado folleto, nada menos que ocho Brigadas que en forma de columnas volantes se lanzaron sobre el enemigo invasor. Estas Brigadas iban mandadas por los Brigadieres Arminán, Esponda, Arias, Baile y Valera,—dominicano éste llevado á la escena de exprofeso para influir en el ánimo de su paisano el General cubano;—y

los Coroneles Bonilla, Cubas, el cubano Fortún y Martitégui, el perdonado de Palo Seco.

Gómez, no obstante la persecución que inmediatamente se inició sobre él y para desvirtuar sus efectos á la vez que para desarrollar todo su plan, en momentos en que ya su herida iba presentando el mejor cariz, ordena que el Brigadier Manuel Suárez con el Coronel Angel Maestre, marcharan al frente de fuerzas de las Villas, á ocupar la jurisdicción de Remedios; al Brigadier González Guerra á Villaclara y Cienfuegos, mientras que con el carácter de explorador destacaba al Teniente Coronel Cecilio González á ocupar la jurisdicción de Colón. Al Comandante Santander, veterano que no abandonó jamás el territorio de las Villas donde permaneció mientras que el ejército de este territorio azotado por la desgracia recorría desde Camagüey á Oriente; al Comandante Santander, repito, con el Comandante Carpio y unos 100 hombres los envió á Trinidad, al mismo tiempo que el nombrado guerrillero Caoba se hacía sentir en Sagua. Gómez y Sanguily, con la caballería y los voluntarios recién pasados y otros jefes distinguidos al frente de infantería, permanecieron en Sancti Spiritus, en la zona comprendida entre los ríos Jatibonico del Norte y del Sur, y la Trocha, localidad á propósito para sostener y defender la caballería. El Jefe de Occidente se había extendido fácilmente en el territorio de las Cinco Villas después de haber burlado á los españoles, quienes, á su vez, tuvieron que subdividirse, dejando solo á Fortún, cubano, y al dominicano Valera para que operasen en Sancti Spiritus sobre el Cuartel General.

Gómez había realizado su sueño dorado: la invasión se había llevado á cabo felizmente: el fin de la operación, que había de ser el completo triunfo de las armas cubanas sobre las españolas, no era él quien podía siquiera augurarlo: dependía del tiempo, de los cubanos y de la acción del Gobierno de la República.

* * *

Tan pronto como el General hubo desplegado todo su plan con éxito admirable, ofició al Gobierno de la República, refiriéndole las circunstancias de la invasión y el estado de las operaciones.

El Teniente Coronel José Gómez, astuto Jefe de las Villas, notable por sus conocimientos en el territorio espirituano, fué el comisionado para llevar al Presidente Cisneros tan buenas nuevas. El Teniente Coronel Gómez repasó la Trocha, que ya no era sino un fantasma existente sólo en la imaginación española, y en pocos días se puso en Najasa, Camagüey, donde había llegado el Gobierno, después de haber abandonado precipitadamente á Oriente. Al felicitar el Jefe de las Villas al Gobierno de la República por la nueva adquisición y por la fortuna con que se habían iniciado las operaciones, le indicaba la necesidad que tenía de que se le enviase cuanto antes infantería de Oriente, para poder avanzar él á su cabeza sobre Occidente, dejando cubiertos con fuerzas de las Villas los distritos conquistados.

Los españoles para evitar nuevos descalabros habían concentrado todas sus fuerzas en las ciudades cabeceras, abandonando los campamentos que, como una red, se extendían en los distritos, ocupando militarmente todos los territorios,

Esta concentración se hizo por completo en Sancti Spiritus y Remedios, cuyas jurisdicciones quedaron en poder de la Revolución.

Mientras Gómez acaricia sus nuevos proyectos militares; mientras el Presidente Cisneros se regocija al ver llevado á cabo su primer pensamiento, después de haber ocupado su alto cargo, trasladémonos á Oriente, donde nos llaman sucesos de la mayor importancia que ejercieron gran influencia en los acontecimientos presentes y futuros de la Revolución.

* * *

Corría el mes de Febrero de 1875 cuando el C. Tomás Estrada Palma, Diputado por Oriente á la Cámara de Representantes y que con el carácter de Inspector del Cuerpo á que pertenecía, se encontraba en la jurisdicción de Bayamo estableciendo una serie de conferencias con el poblado Cauto Embarcadero, donde gozaba de influencia y popularidad, logró que el práctico, capitán de voluntarios Loreto García (a) *El Macho*, se pusiese en relaciones con él. En este ímprobo trabajo puso Estrada á prueba su valor, con gran peligro de su vida.

*El Macho* era uno de esos hombres que inconscientemente prestaron valiosísimos servicios á la causa de España contra su propia patria, y que por su pericia y conocimientos especiales de localidades determinadas, venían á ser como Jefes de los mismos Jefes de operaciones, que no daban un paso sin que precediera la consulta y sanción del práctico. Los españoles estimaban á Loreto García en cuanto él valía, y yo le he oído decir para demostrar su valer en las filas enemigas: "Cuando el Conde de Valmaseda y yo nos reuníamos, el Conde—entonces Capitan General de la Isla—era mi subalterno."

Puesto Estrada en relaciones con *El Macho*, después de sus primeras conferencias, obtuvo que el práctico le vendiese el campamento enemigo en que era jefe de los voluntarios. Pocos días después de las relaciones entre el distinguido é ilustre patriota bayamés y el cubano al servicio de España, tenía el primero conocimiento de los preparativos de un valioso convoy que saldría en breve de Cauto para Bayamo, llevando cuanto se necesitara para proveer convenientemente, lo menos por cuatro ó cinco meses, no sólo á Bayamo y todos sus campamentos, sino á Jiguaní y los suyos. Marcharían además los convoyes particulares del comercio de Bayamo, Jiguaní, etc. Estrada, al primer aviso, oficia al General Vicente García, que acababa de renunciar la Secretaría de la Guerra, en cuyo cargo lo sustituyó el General Luis Figueredo, y había sido nombrado Jefe de Oriente en propiedad.

García recoge las fuerzas de las Tunas y á la mayor brevedad se pone en camino para Bayamo, ordenando á la vez á las fuerzas de la zona occidental de Holguín estuviesen listas para incorporársele á su paso, enviando también órdenes al Jefe de la Brigada de Holguín, al 1er. batallón de Jiguaní y al Comandante Ferrer, Jefe accidental del Regimiento caballería "Céspedes," nombre que se dió á dicho cuerpo por indicación del que os habla. El General García cometió una falta al dirigirse á los Jefes de dichos cuerpos directamente, porque ellos pertenecían á la División 1ª, cuyn Jefe era el General Calvar, á quien inferia una ofensa, lastimando la disciplina y el orden, al saltar por encima de su persona;

falta menos perdonable en el General García, que era reputado por uno de los Jefes de más orden en la Revolución.

Creo oportuno advertir que entre V. García y Calvar no había existido jamás la menor diferencia. Calvar sí había pretendido no servir á sus órdenes como muestra de consecuencia á su íntimo amigo y buen compañero Calixto García, por haber estimado Calvar, como lo estimaron todos, que *Payito* León había sido moralmente apoyado por el General, cuando este subalterno desconoció la autoridad de Calixto García. Pero después de haber aceptado el mando de una División á las órdenes del General V. García, se propuso hacerlo con la dignidad que el caso requería. El hecho es que el General V. García rompió la escala regular y legal, saltando por encima de la autoridad legítima, quizá porque creía que la urgencia de la operación lo exigía así, en cuyo caso debió llenar la formalidad acostumbrada de excusarse con el Jefe por la infracción que cometía, como era lógico y natural.

El General Calvar es un hombre de carácter impetuoso y violento, y creyó su dignidad ofendida cuando se le presentaron los subalternos pidiéndole explicación de la conducta del General V. García. El Comandante Ferrer, español, significó públicamente que no obedecería la orden por no haberla recibido por el conducto regular; pero Calvar obligó á todos á obedecer, y todos marcharon al llamamiento del Jefe del Cuerpo. Mientras tanto, el General Calvar se dirige en son de protesta al Superior, por su conducta, acompañándole la renuncia como Jefe de la 1ª División para que la elevara al Gobierno de la República.

Aunque el que redactó la protesta, que fué el que habla, procuró hacerlo en el tono respetuoso en que debe dirigirse siempre el subalterno al superior, y que si se hizo cargo de tan enojosa comisión fué por evitar que el Jefe lo hiciera, como amenazaba, y suponiendo que el tono de éste pudiera no ser templado dado que su enojo era mucho, es lo cierto que algo se escribió que estaba fuera de orden. Terminaba la protesta manifestando que quedaba la División á su disposición, pues que él, Calvar, marchaba al Camagüey á quejarse al Gobierno de la República.

El General Calvar marchó al Camagüey, acompañado sólo de su Escolta, del Teniente Coronel Salvador Rosado, Ayudante del Cuartel General, y del que os habla.

* * *

El General V. García concentró las fuerzas de Oriente, excepto las de la División Maceo, y con la paciencia y la astucia que les eran características, comparables sólo con las de los animales felinos, esperaba el gran convoy en las extensas sabanas que se extienden desde Cauto á Bayamo. Ya he tenido el gusto de presentar al Mayor General Vicente García como uno de los Jefes más astutos y sobre todo más tenaces de la Revolución: una de sus cualidades características era su impasibilidad: no se inmutaba por nada. Pocas veces fracasó un proyecto que él concibiera: tenía un método magnífico; estudiaba, maduraba un plan y después con calma lo ejecutaba.

Cuando el inmenso convoy compuesto de 200 carretas, tirada cada una por seis bueyes, y sobre 500 acémilas, empezó á moverse de Canto, ya hacía tres días que Vicente García estaba en acecho á lo largo del camino por donde había de pasar. El inmenso tren, conducido por 400 hombres de tropa española, tenía una legua de largo. Los 400 hombres, quintos en su mayor parte, procedentes del ejército de Don Carlos, en España, iban mandados por el Comandante Maranjes, portorriqueño. Las diez de la noche serían cuando el convoy cayó en la emboscada de infantería: la luna iluminaba con pálida luz aquel escenario en que se iba á representar un drama terrible. El Macho había exagerado su cumplimiento en el primer servicio que iba á prestar á la Revolución. Estrada recibía correos del infiel español á cada hora, informando el detalle más insignificante respecto del tren. Así se enteró el diputado de su salida, su orden de marcha, su custodia, su importancia, etc.

La vanguardia, á cuya cabeza marchaba Maranjes, había pasado de la emboscada de infantería que, oculta por la alta yerba de la sabana, esperaba una señal para asaltar. Pasaba el centro, la parte más débil, cuando suena un tiro en el Cuartel General, y luego un toque de clarín que fué secundado por una descarga cerrada de la infantería: el grito de "Viva Cuba," lanzado en toda la línea, se perdió en el espacio: la infantería, machete en mano, se lanzó sobre el enemigo. La posición de éste era por demás desventajosa: su atención estaba muy repartida en la extensa línea que custodiaba, no permitiéndole presentar resistencia, suficiente siquiera á cubrir la responsabilidad del Jefe. La vanguardia y la retaguardia, marchando á una legua la una de la otra, no podían apoyarse mútuamente, á la vez que el centro, aislado por la distancia, quedó imposibilitado de auxilio, interceptada toda comunicación con los extremos, formados por caballería en la retaguardia é infantería por vanguardia.

Nuestra infantería, como hemos dicho, cayó sobre el centro: el Regimiento Holguín nº 5, mandado accidentalmente por el intrépido Teniente Coronel Rius Rivera, el portorriqueño, fué el primero en avanzar apoyado por fuerzas del Regimiento "Luz de Yara," á las órdenes del Teniente Coronel Mariano Domínguez. Mientras tanto, la retaguardia era atacada por el Regimiento Tunas nº 3, por el Yara nº 1 y por el Cuartel General al frente de los Regimientos de Caballería Río Blanco, de las Tunas, y Céspedes, de Holguín. La lucha se trabó con decisión por ambas partes, apoyándose los españoles en las carretas, y los nuestros, que contaban con la superioridad numérica, hubieron pronto de vencer al contrario, fraccionado como estaba. Fuerzas de Bayamo mandadas por el Brigadier Ruz, corrieron á interceptar la vanguardia para evitar apoyo de ese lado, pero Maranjes, aconsejado por algunos paisanos que marchaban con el convoy, huyó hacia Bayamo, dejando por detrás al centro y la retaguardia, que fueron amacheteados por los nuestros. Todo el convoy quedó en poder del General V. García.

Como era imposible utilizar cuanto contenía, el General dispuso que todas las acémilas se internasen y se aprovechase lo más que se pudiera de las carretas; pero no fué posible recoger todos los animales, porque muchos se dispersaron y se perdieron internándose en la inmensidad de aquellas sabanas; así como se incendió la mayor parte de las carretas con sus valiosas cargas. El general hizo que se internaran también los bueyes. Se calculó en más de un millón de pesos el valor del convoy y en el campo quedaron sobre 300 cadáveres, recogiéndose sus ar-

mas y municiones. Se hicieron algunos prisioneros, entre otros, un oficial de Administración militar, que fué puesto en libertad.

* * *

El Mayor General Calvar llegó á la residencia del Gobierno en Guaicanamar, Camagüey, el día 20 de Febrero y fué recibido por el Mayor General Figueredo, Secretario de la Guerra, nada menos que con una comunicación del Jefe de Oriente, quejándose de la conducta de Calvar como subalterno. El Secretario de la Guerra oyó lo que tenía que decir Calvar sobre el asunto, llevando al Consejo las mutuas acusaciones.

También acababa de llegar al Gobierno el Teniente Coronel José Gómez, procedente del Cuartel General, de las Villas, con comunicaciones del General Gómez participando cuanto ya sabemos. Calvar encontró al Gobierno y á la Cámara dominados por la noticia de haberse ocupado por las armas de la Revolución el rico territorio desde la Trocha á Colón; se consideraba por todos que era de urgente, de imperiosa necesidad ayudar á Gómez con fuerzas de Oriente y hasta de Camagüey: el Presidente Cisneros consideraba también, que para llevar á cabo la medida de enviar á la mayor brevedad refuerzos á las Villas, necesitaba de la cooperación decidida de los dos Jefes, Calvar y García, entre los cuales había aquella pequeña diferencia, la que, ilusionado por la situación del momento, se prometía hacer desaparecer: comprendía que Calvar, inferior, había faltado á su superior; pero también comprendía que esta falta era consecuencia de otra cometida por V. García, que no había respetado á su subalterno. En vista de todo, al llevarse el asunto al Consejo, resolvió por medio de su Secretario de la Guerra, reprender á Calvar oficialmente y por escrito, advirtiéndole que en lo sucesivo se abstuviera de proceder en esa ú otra forma, sin ocurrir antes en queja al Gobierno.

Entre otras cosas, aconsejaba Máximo Gómez la necesidad que había de que se le relevase de sus atenciones en Camagüey, por motivo de tener que dedicarse exclusivamente á los asuntos de las Villas. El Presidente llevó un Mensaje á la Cámara sobre el asunto, y cuando Calvar llegó al Camagüey, acababa de dividirse el territorio de la República en tres Departamentos: Oriente, Centro y Occidente, comprendiendo en el Departamento del Centro las jurisdicciones de las Tunas y Camagüey. El Gobierno, á su vez, dividió el Ejército en tres Cuerpos: primero, segundo y tercero, nombrando Jefe del tercero, como era natural, al Mayor General Máximo Gómez; para el mando del segundo al Mayor General Vicente García, puesto que él y las Tunas habían formado causa común y no era posible separarlos porque así lo exigían ambos, aunque fuera necesario para ello violentar la ley y hasta dañar á la República. Las Tunas no consentían que las mandase otra persona que Vicente García, y tan pronto como se le nombrase para Oriente ó Camagüey, sería necesario alterar la división territorial, porque así lo pedían los tuneros al Poder Legislativo: hubo ocasión de haberse sucedido dos peticiones con propósitos distintos en el corto intervalo de tres meses. Cuando les convenía, invocaban en su apoyo la naturaleza, las costumbres, la familia, las simpatías con que estaban unidos á Bayamo, si es que entonces

querían pertenecer á Oriente y separarse del Camagüey; y luego aducían razones semejantes para solicitar lo contrario, según que el General V. García estuviera mandando en uno ú otro lugar.

El Gobierno dejó para resolver en Consejo de Gabinete á quién se habín de nombrar Jefe de Oriente. En este Departamento existían los Mayores Generales Modesto Díaz y Manuel Calvar, que eran los indicados para dicha Jefatura. Calvar había sido de algún tiempo atrás Segundo Jefe del Departamento, y Díaz era más antiguo, reuniendo uno y otro dotes que los hacían acreedores igualmente al mando; pero hablando en Consejo, el General Figueredo, Secretario de la Guerra, que había hecho la guerra en Oriente, decidió el nombramiento en favor de Calvar, manifestando que por su carácter y por ser más joven que el General Díaz, estaba llamado á secundar más rápidamente las intenciones del Gobierno en la importante cuestión que en aquellos momentos embargaba todos los ánimos: la de reforzar prontamente al General Gómez. Se acordó, pues, nombrar al Mayor General Calvar Jefe de la Primera División y en comisión del Primer Cuerpo de Ejército, avisando al General V. García que era urgente se hiciera cargo del mando del Centro, que accidentalmente quedaba á las órdenes del Brigadier H. M. Reeve.

A mediados de Marzo parte el General Calvar de la Residencia del Gobierno á Oriente, llevando instrucciones para la extracción de cuatrocientos hombres de su Cuerpo de Ejército, á la vez que se ordenaba al General García alistase cien hombres del Regimiento Tunas núm. 3 y á Reeve para que escogiese trescientos hombres de infantería y caballería que deberían marchar antes que los orientales. Así se prometía el Presidente Cisneros enviar de un golpe ochocientos hombres de refuerzo al General Gómez, lo que con el mismo Teniente Coronel José Gómez avisó al Jefe de las Villas. Al separarse Calvar del Teniente Coronel Gómez, le dijo: "diga usted al compañero que yo quedo encargado de enviarle el refuerzo; que marcho al efecto á Oriente, y que descanse en mi buena fe en el asunto y en el afecto que á él y la causa de Cuba profeso."

Una vez en conocimiento del General Gómez la noticia de que en breve recibiría los refuerzos pedidos, ya no pensó sino en el incremento que sus operaciones habrían de tomar: llegó hasta acariciar la idea de que la República de Cuba era un hecho, y que dos meses después de la llegada del contingente esperado, se pondría la lápida sobre la fosa que encerraría eternamente los restos del coloniaje español en este lado del Atlántico.

* * *

Mientras esto sucedía en el campo cubano, los españoles se alarmaban del carácter que iba tomando la situación. Entonces fué cuando el General Conde de Valmaseda, sustituyendo al Capitán General D. José de la Concha, se hizo cargo, por segunda vez, del mando de la Isla. Entonces fué cuando Máximo Gómez, aprovechando la estación, inició la guerra á sangre y fuego en las Villas, sucediéndose diariamente el incendio de los ingenios desde Sancti Spíritus y Remedios hasta Colón. Entonces fué cuando alarmado el *Diario de la Marina*, el

órgano del Gobierno de la Colonia, llevó la desmoralización á sus filas, y lanzando un aullido desesperado, confesando lo crítico de la situación, exclamó: "Los insurrectos están tocando con el pomo de sus machetes á la puerta de la Capital." *Entonces fué cuando el Casino Español de la Habana, el dictador de la Isla,* pidió una entrevista á Máximo Gómez, á la cual debía asistir, entre otros, el señor Zulueta. Entonces fué cuando Máximo Gómez, el dominicano, el mulato, el extranjero infame,—epítetos con que lo honraban los españoles,—recibió una carta de su paisano el Brigadier Valera ofreciéndole, con autorización competente, el grado de Mariscal de Campo del Ejército español con tal que abandonase su posición en el ejército cubano; y entonces fué cuando Máximo Gómez, que se hacía la ilusión de que podía contar con el contingente que el Gobierno, oficialmente, y Calvar, como amigo y compañero, le habían ofrecido, y que se imaginaba que ya tenía á su lado los ochocientos hombres de refuerzo, concibió el proyecto de intentar un golpe maestro que, dada la situación del partido español, que conocía íntimamente, le habría de poner en posesión de la llave que le abriría las puertas de la Libertad de Cuba. Gómez, observador astuto, tenía noticias, con detalles, de la vida del Capitán General Conde de Valmaseda en su campamento de "Las Cruces," en Cienfuegos, y se prometía, aprovechando una ocasión propicia, lanzarse á la cabeza de los quinientos orientales contra las trincheras del Cuartel General enemigo, asaltarlo á viva fuerza, sacrificando el número de hombres que fuera preciso, y apoderarse de la persona del General Valmaseda que como un ogro, permanecía echado sobre una cama de hielo en su cueva de "Las Cruces." Gómez aprovecharía el pánico que la captura llevara al campo enemigo, y al frente de todo su ejército, marcharía á Matanzas, á las puertas de la capital, á ofrecer batalla campal á los españoles, resuelto á que nuestro Ayacucho se celebrara en esos días, repitiéndose las escenas de Naranjo y las Guásimas. Gómez era matemático en sus planes y él veía que éste era tan hacedero como seguro en su éxito: llegó en su entusiasmo al extremo de comunicarlo en reserva á algunos de sus amigos, anunciando el triunfo definitivo de las armas cubanas para la entrada de la Primavera ó fines del mes de Mayo.

* * *

El Gobierno de la República, por el conducto regular de la Secretaría de la Guerra, comunicó al Mayor General Vicente García lo que se había resuelto acerca de su queja. Asimismo se le comunicó la división territorial y su nombramiento de Jefe del Segundo Cuerpo de Ejército. El General, no satisfecho con la superior resolución, no obstante indicársele que era un corte que á la cuestión se daba, en obsequio al interés general, al refuerzo de las Villas, ante cuya necesidad, que era la de la Patria, toda *pasión* debía desaparecer, acudió en queja á la Cámara de Representantes, la que oyó de labios del Presidente de la República el estado de la cuestión, posponiendo su resolución para cuando llegara su turno, y preparándose para contestar al General García de una manera conciliatoria, exigiendo de él su cooperación, valiosa por cierto, al bien común, cuando un suceso, desgraciado y triste, vino á interrumpir sus deseos.

Pero no adelantemos los acontecimientos, y sigamos al General Calvar en su vuelta á Oriente.

* * *

Después de haber sido nombrado el Mayor General Calvar Jefe en Comisión del Primer Cuerpo de Ejército, marchó á ocupar su puesto, llegando á mediados de Marzo á "La Soledad de Flores," en las Tunas, donde residía de momento el Cuartel General del Jefe de Oriente, Mayor General V. García, de quien, según órdenes del Gobierno, debía recibir el archivo y demás pertenencias del Primer Cuerpo. Yo temía esta entrevista: conocía el carácter de mi Jefe y los antecedentes que existían, y dudaba que pudiera resultar nada bueno de la conferencia entre dos hombres que, fatalmente, se hallaban en oposición. Cuando llegábamos al campamento, Calvar, hablándonos al Teniente Coronel Salvador Rosado y á mí, protestó que no tenía resentimiento alguno con el General García: que siempre habían sido amigos; pero que éste le había faltado como Jefe, y como ya había dejado de ser su superior, declaraba entrar en aquel lugar como amigo del General García y en cumplimiento de su deber y de los buenos deseos del Gobierno en pro de la harmonía, para favorecer los intereses patrios. Mas temiendo, como temía, un desaire del General García, tanto más injustificado é incalificable cuanto que venía á su campamento, exigía de nosotros cumpliésemos como caballeros, prestándole nuestro apoyo moral.

Penetramos en el Campamento, y aunque el General se hizo anunciar, según costumbre, García se sorprendió cuando llegamos á su presencia. Recibió á Calvar cortésmente, en términos idénticos á los empleados por éste al desmontarse, y terminó una entrevista, fría por demás, por la súplica de Calvar de que se le indicara sitio para acampar. Entregó la correspondencia del Gobierno en que se trasladaba á García de Oriente para Camagüey, participándole, además, haberle sustituído Calvar en el mando de Oriente, y ordenándole la entrega del archivo. En otra comunicación entraba el Gobierno en pormenores acerca de las Villas, excitando su patriotismo y moralidad reconocidos en favor del refuerzo, dándole instrucciones respecto á la porción con que habían de contribuir las Tunas para el honroso contingente, y designándole para qué época, de acuerdo con Calvar, debía estar listo é incorporarse á las otras fuerzas de Oriente que marcharían. García significó quedar á disposición de Calvar para la entrega del archivo. Aplazóse la entrega para la mañana siguiente, á fin de que el que tiene el gusto de hablaros, que había sido nombrado Jefe del Despacho del primer Cuerpo de Ejército,—nombramiento que sustituyó al de Jefe de Estado Mayor, pues este Cuerpo fué suprimido por la Cámara,—recibiese del Teniente Coronel Modesto Fonseca, que ejercía igual cargo en el Cuartel General del segundo Cuerpo, todo lo concerniente al archivo de Oriente. Esta operación se efectuó sin el más leve inconveniente, cambiándonos Fonseca y yo los recibos é inventarios del caso.

Al siguiente día, á las tres de la tarde, marchaba Calvar, y ya al montar, ordenó me acercase al General García y le pidiese órdenes para Oriente y le sig-

nificase, además, quedar allí á su disposición. Yo me apresuré á cumplir una misión que estaba tan de acuerdo con mi carácter y sentimientos, mucho más considerando la necesidad de la Patria, que era el refuerzo á Gómez, por lo que me alegraba de influir, aunque indirectamente, por aunar los pensamientos y voluntades de aquellos dos hombres. Me prometí, estimando al General García en cuanto sus virtudes lo hacían acreedor, á exagerar mi papel, y extralimitándome de las instrucciones recibidas, trabajar porque desapareciera de su mente toda idea de predisposición contra Calvar. Contaba con el valioso apoyo del Coronel Fonseca, cuyo pensamiento había explorado, encontrándolo de acuerdo con el mío. En el trayecto á la tienda del General, me encontré con Fonseca. Este joven y yo, amigos desde la niñez, nos tratábamos con intimidad, y me participó, lleno de gozo, que iba á despedir al General Calvar en nombre de García y á ofrecerle su amistad y sus servicios como compañero. Calcúlese el efecto que tales palabras producirían en mi ánimo, tan dispuesto como estaba en favor de la harmonía de ambos Jefes: me prometía sembrar en terreno fértil y recoger una cosecha de abundantes y benéficos resultados para la causa de la Patria. Estimaba que se había obtenido un triunfo más positivo que el que hubiera producido una gran batalla, pues obrando ambos Jefes de acuerdo, marcharían en breve los refuerzos pedidos para llegar á Matanzas con la Revolución.

Mi visita al General García fué todo lo cordial que aquella propicia situación demandaba, y cuando estrechando su mano me despedía, repitió: "Signifique V. al General mi deseo de ayudarle con los recursos de que yo pueda disponer; que, como le digo por Fonseca, pongo á sus órdenes alguna caballería de la de mi mando, para si lleva á cabo la operación que yo tenía en proyecto y que le he indicado por mi Ayudante." Nos despedimos, pues, llenos de gozo, hacia Oriente.

El General García, empero, había participado ya á algunos amigos de Bayamo lo que pasaba, lo que él estimaba como una injusticia del Gobierno ante la cual la Cámara, enterada por él, había enmudecido.

Mientras nosotros todos, García y Calvar, Fonseca y yo, triunfábamos de la situación, permítaseme una digresión y trasladémonos á Bayamo.

En este territorio existían varios individuos, sin destino, que por razones especiales habían venido á formar una especie de foco de opinión contraria á la administración Cisneros. El Jefe de esta agrupación era el Sr. Miguel Bravo Sentíes, Doctor en Medicina, hombre de vasta inteligencia y de una instrucción no común, que había sido Ministro durante la administración Céspedes, por algunos años, quedando cesante cuando la deposición del ilustre héroe de Yara. Era natural que Bravo no tuviera simpatías por la Administración que sucediera á la en que él había servido, y comentaba amargamente, cuando y donde lo tenía por conveniente, las medidas de Cisneros, con el derecho que todo ciudadano tiene; pero donde sí la erró el distinguido Doctor fué al negarse á prestar sus servicios á la causa de Cuba durante aquel estado de cosas, pretextando simplemente que después de la deposición de Céspedes había figurado, aunque con el carácter de interino, como Jefe de Sanidad del Ejército y no era posible, decía él, echando por tierra el principio de la República democrática, que después descendiera á un destino de menor categoría, no obstante haber desempeñado el primero por pocos días.

El mismo Vicente García, como Secretario de la Guerra, primero, y como

Jefe de Oriente después, le había dado repetidas veces la orden de que marchase á ocupar el destino de Médico de la 2ª División del 2º Cuerpo de Ejército, Camagüey, de cuyo territorio era Jefe de Sanidad el dignísimo patriota Doctor Antonio L. Luaces. La marcha de Figueroa á las Villas, exigía la presencia de Bravo en Camagüey. No bastaron observaciones de amigos para que desconduciera Bravo de la actitud inconveniente en que estaba colocado, más punible aún cuando había dejado de ser Gobierno, cuando como Secretario de la Guerra había ordenado la prisión del Dr. Collado que enfermo en Cambute eludía el cumplimiento de su orden de marchar á Holguín, cerca del General Calixto García, obligándolo á que se le condujera en una camilla.—El Dr. Collado reside hoy en Matanzas,—(1884).—Bravo, por sus antecedentes, por sus condiciones, debía figurar más tarde, quizás con qué cargo, en la República definitivamente constituída, y debía dar ejemplo. Lo cierto es que después de un pugilato desgraciado, y hasta ridículo, entre el Gobierno de la República y el ex-Ministro, se resuelve el primero á ordenar la prisión del segundo y su conducción á la residencia del Ejecutivo. En este estado de cosas, llega á Bayamo la nota del General García denunciando la conducta del Gobierno de la República y su queja, sin resultado, á la Cámara de Representantes, y pide á algunos amigos, entre los cuales no contó por cierto al Dr. Bravo, sus opiniones sobre el asunto. El Doctor, por desgracia, se entera de lo que pasa, se ase fuertemente á aquella tabla de salvación, se avista con el General Barreto, el venezolano, su amigo y compañero de Administración, que se hallaba sin destino desde la visita del Gobierno á Oriente, y que nacido y educado en las revueltas de la desgraciada política de su país, sabía cómo se fabricaban esas evoluciones que se llaman *movimientos políticos*, que enervan á los países constituídos; y uniéndose á otros individuos descontentos de la Administración, logran atraer á su lado al Mayor General Francisco Javier Céspedes, hermano del inmortal Carlos Manuel. A este individuo, justamente estimado en el campo, le exageran los sucesos, le hacen ver la necesidad de llenar un deber vengando lo que califican una afrenta hecha al ilustre caudillo de Yara, y consiguen que acepte la invitación que le hacen para formar parte de la coalición, representando en ella lo que se llamó el partido "Cespedista," como si Carlos Manuel no estuviera por encima de todas las pasiones; como si su recuerdo no fuera sagrado para todos, amigos y desafectos, para que viniera en aquellos momentos á servir de bandera de motines; él, que elevándose á envidiable altura fué el primero en acatar la ley que lo hiriera profundamente y que había dado un noble ejemplo, que no seguían ahora en su torcido proceder, los que se llamaban sus amigos y vengadores.

Reunidos estos individuos, fué fácil convencer al Brigadier Juan Ruz, que mandaba las fuerzas de Bayamo, para que desobedeciera las órdenes é instrucciones que acababa de recibir del General Calvar, como Jefe del Cuerpo, que era el suyo inmediato, pues que las fuerzas de Bayamo formaban en él, y marchase acompañado de ellas á las Tunas en apoyo del General García, que acababa de ser objeto de la mayor injusticia por parte de la administración Cisneros. Ruz hubiera resistido á la deserción, pero encontró al Coronel Antonio Bello, su subalterno, que se encontraba al mando del Regimiento de Yara nº 1 desde hacía algunos meses, con disgusto general; encontró á Bello, repito, formando junto á Bravo y Barreto, el que le exigió en nombre de la justicia y de la libertad holla-

das, etc., abandonase su territorio, desobedeciendo las órdenes de Calvar, desatendiendo las instrucciones que ya tenía en su poder de extraer 100 hombres de Bayamo para mandar á las Villas, amenazándole, caso de que se resistiese á hacerlo, con ponerse al frente de la Brigada y marchar á su cabeza á las Tunas, para lo cual, afirmaba Bello á fin de arrastrar á su Jefe, contaba con la aquiescencia de la fuerza. Al cabo, dominaron al Brigadier Ruz, quien accedió á dar las órdenes consiguientes y marchar á las Tunas. Bravo, Barreto y Bello, las tres B del movimiento, como se les llamaba, agitaban la opinión por donde quiera que pasaban, incorporándosele, sin esfuerzo alguno, el incauto pueblo que era arrastrado por la corriente, ignorando en su mayor número el objeto de la marcha. Ruz, comprometido á marchar, no tenía que dar explicaciones sino ordenar á sus subalternos, los que al frente de los respectivos Cuerpos se incorporaban en cumplimiento de órdenes superiores.

La marcha se emprendió en la primera decena del mes de Abril: uno de los últimos que se incorporó fué el señor Lucas del Castillo, abogado bayamés de talento y grande instrucción: se le habló sobre el asunto, y dispuesto siempre á bromas por el estilo, se unió á la *parranda*.

Mientras esta columna, guiada por la pasión más exaltada, se movía en dirección de las Tunas, trasladémonos al Cuartel General de Oriente.

* * *

Cuatro días después de haber abandonado el Cuartel General del Jefe del 2º Cuerpo en las Tunas, penetraba el General Calvar en el territorio cuyo mando se le acababa de confiar, é inmediatamente después de dado á conocer como tal por la circular del que acababa de mandar el Departamento á los jefes que habían de ser en lo sucesivo sus subalternos, empezó á dar plazos para cumplir la orden recibida y el compromiso contraído con el Gobierno y el General Máximo Gómez.

Desde el campamento "La Matea," en la línea limítrofe entre las Tunas y Holguín, escribió al Brigadier Ruz, Jefe de Bayamo, instruyéndole respecto de la extracción del contingente, que había de marchar á las órdenes del heroico Teniente Coronel Mariano Domínguez, jefe del batallón Luz de Yara. Al mismo tiempo que se daban órdenes é instrucciones oficiales, se escribieron cartas particulares pintando la situación y excitando el patriotismo y valor de los bayameses para que contribuyeran al pensamiento salvador. Pocas veces ha trabajado el que os habla tanto y con más ardor que en aquellos días en que se despachó el correo de Bayamo en el que se escribieron distintas notas oficiales y un gran número de cartas particulares, todas sobre el mismo tema, unas firmadas por el Jefe y otras por él á sus amigos.

Al terminar su misión en la parte occidental de Holguín, donde verbalmente instruyó al Coronel Belisario Grave de Peralta, que debía mandar 250 hombres del contingente, marchó Calvar á Cuba. Peralta y los suyos acogieron con pretendida alegría la noticia de marchar, y recuerdo que nuestro entusiasmo llegó á su colmo cuando para demostrar una aceptación franca de lo dispuesto, se entonaba por todas partes, con el mayor alborozo, el arrebatador himno de las Villas.

En Cuba, en Jiguaní y en Holguín oriental se dieron iguales órdenes y se emprendió el mismo trabajo de hacer una atmósfera simpática á la idea de reforzar el ejército de Occidente. El Brigadier Maceo, sobre todos, recibió la noticia con entusiasmo y en seguida se prestó á trabajar por extraer los 200 hombres que se le designaban en la 2ª División que venía mandando desde la visita del Gobierno. Se nombró al Coronel Francisco F. Borrero,—*Paquito*,—para que mandase los otros 250 hombres que con los de Peralta formarían los 500 que de Oriente y las Tunas habrían de marchar. Para hacer á Calvar toda la justicia que se merece, debemos consignar aquí el hecho de haberse movido en esos días de la mejor buena fe y con una actividad digna de la causa que defendía, haciéndose por todos conceptos acreedor á la confianza que en él acababa de depositar el Gobierno.

Convencido de la integridad de Maceo, y confiado en que allí las cosas habrían de hacerse en un todo conforme á las instrucciones dadas, marchó á Holguín para extraer los 100 hombres de dicha Brigada, y hecho, dirigirse á marchas forzadas á Bayamo y activar á Ruz en el cumplimiento de las órdenes enviadas.

El 15 de Abril nos hallábamos acampados en Dos Ríos, lugar donde el Contramaestre cae en el Cauto, jurisdicción de Jiguaní, después de haber visitado á Holguín y ya con rumbo á Bayamo, cuando un vecino nos comunicó que las fuerzas de ese lugar con todos los jefes á la cabeza, habían marchado con rumbo á las Tunas; noticia inesperada y que no tenía explicación, á menos que Ruz, adelantándose á todo lo posible, hubiese alistado los 100 hombres que le correspondían y estuviese ya en marcha para esperar á Borrero en la línea occidental de Holguín, según las instrucciones, hacia donde debía moverse éste con los de Cuba; pero este juicio quedaba destruído cuando con las fuerzas se anunciaba la marcha del mismo Brigadier, que tenía órdenes de aguardar al Cuartel General en Humilladeros, cerca del camino de Bayamo á Manzanillo, con el resto de las fuerzas, así como la marcha también del General Céspedes, Dr. Bravo, General Barreto, Bello, Santiesteban, etc.

Formábamos mil conjeturas con motivo del suceso é imagínese nuestro asombro cuando el Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes recibe una carta de su tío, el General Céspedes, en que le participaba que con ideas de tomar medidas salvadoras marchaban á las Tunas á reunirse al General García. La carta del General terminaba manifestándole á su sobrino que allí se encontrarían todos los Céspedes, menos él, y que urgía por el buen nombre de Carlos Manuel, que inmediatamente se pusiera en marcha al frente del 2º batallón de Jiguaní cuyo mando le estaba confiado. El General no exageraba: todos los Céspedes estaban presentes, menos el Teniente Coronel Enrique, el sordo, cuñado y primo de Carlos Manuel, que se negó á marchar, acusando á los que lo hicieron de sediciosos.

Al siguiente día llegaron nuevas cartas, fechadas ya en las Tunas, en Lagunas de Varona, ingenio demolido perteneciente al Coronel Francisco de Varona, cuñado del General García, y situado á dos leguas ó poco más de las Tunas.

El Coronel Arcadio Leyte Vidal, Jefe de la Brigada de Holguín, el Coronel Peralta que mandaba el Regimiento Jiguaní nº 4, y algunos otros jefes y oficiales fueron los honrados con la correspondencia. Nadie explicaba terminantemente el objeto de la reunión.

¿Qué se proponían aquellos hombres con paso tan extemporáneo y tan desacertado? ¿Por qué se había escogido las Tunas para centro de aquella extraña

reunión? Nadie lo sabía: no nos constaba otra cosa sino que, según informes de un paisano y la carta del General Céspedes que invitaba á su sobrino á la deserción y á la desobediencia á su Jefe legal, la Brigada de Bayamo había desertado, contrariando órdenes de la autoridad legítima.

El 17 por la noche llega una nueva carta del Teniente Ismael Mena, joven bayamés de carácter alegre, incapaz de tomar nada en serio, oficial que había sido degradado poco antes por el General Vicente García, arbitrariamente según Mena personalmente y en todas partes aseguraba. Escribía no recuerdo á qué oficial, á quien trataba de amigo y compañero, pero sí recuerdo que éste protestaba del tratamiento al mostrarnos la carta, en la cual, aunque en conceptos muy confusos, le decía el de las Tunas, lleno de alborozo, que allí se habían reunido para deponer al Presidente de la República con cuya Administración estaba descontento todo el país; que iban á pedir reformas de las que estaba ávido el pueblo, y que tenían 1,000 rifles en que apoyar su pretensión. Esta carta terminaba anunciando, como una cosa muy natural, que la Brigada de Bayamo y el contingente que con Borrero marchaba de Cuba se encontraban allí y participaban de sus opiniones; y que ya el contingente no marchaba porque el General García pensaba reforzar á Gómez personalmente y de otra manera. La carta terminaba con el lema: "Patria, Libertad y Reformas." "Ese es un crimen de lesa patria!" exclamamos cuando en vista de las noticias comprendimos que se había estorbado la marcha de los refuerzos á Gómez, y que las fuerzas que se encontraban ultratrocha estaban llamadas á sacrificarse por falta de apoyo, ó á retroceder á Camagüey, lo que equivalía á la muerte de la Revolución: públicamente acusamos de malos patriotas á los que habían motivado aquella inconveniente situación, declarando que se acababa de sancionar el triunfo de España sobre las armas cubanas.

Con el permiso competente nos reunimos todos los jefes del campamento con idea de estudiar lo poco que habíamos sabido y deliberar para tomar una medida que pusiera á salvo nuestro nombre y el del cuerpo á que pertenecíamos. Esa reunión, que presidió el Coronel Arcadio Leyte Vidal y en que actuó de Secretario el que habla, se efectuó la noche del 17 de Abril de 1875. Se acordó nombrar una Comisión compuesta de tres jefes para que en representación de la Brigada de Holguín se trasladase á las Lagunas de Varona á indagar lo que allí pasaba, las causas que motivaban aquella reunión, su objeto, etc. Fueron nombrados en dicha Comisión el Coronel Leyte Vidal, el Teniente Coronel Juan Rius Rivera, que mandaba hacía poco el Regimiento de caballería Céspedes, y el Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes, Jefe del 2º batallón del Regimiento Jiguaní nº 4. A la vez se designó al Teniente Coronel Pablo Beola, Ayudante del Cuartel General, y al que os habla para que marchando á Oriente se dirigiera, el primero á la Brigada del Sur, Cuba, y el segundo á Guantánamo, á fin de anunciar lo poco que sabíamos y de preparar los ánimos para que no se dejaran sorprender por versiones agitadoras que vinieran á perturbar el orden en Oriente. Se resolvió asimismo que los jefes presentes quedaban solemnemente comprometidos á no abandonar sus puestos y á influir en sus respectivos cuerpos á fin de que el orden no se alterara hasta que volviera nuestra comisión y entonces, con datos fidedignos, pudiera cada cual tomar el partido que á la causa de Cuba creyera más conveniente. A esta reunión no asistieron sino los jefes de Comandante arriba. Nos

disolvimos juramentados á cumplir como hombres de honor los acuerdos tomados.

El General Calvar suspendió toda operación y resolvió, mientras la comisión de las Lagunas de Varona se dirigía á occidente, y Beola y el que habla á oriente, marchar á Holguín para donde saldría el 19 por la mañana. Al amanecer este día, se dió cuenta al General de que el Comandante Ferrer, español, segundo de Rius Rivera, en el mando del Regimiento Céspedes, había desertado al frente de su Regimiento y que su tropa, al marchar furtivamente á las Tunas, había tratado á los patriotas que allí quedaron como si fueran enemigos, saqueándoles sus ropas, sus comidas, y llevándose las frazadas y las hamacas de los que estaban de guardia; además se habían robado varios caballos pertenecientes á los Jefes y á los Ayudantes, y el magnífico alazán que montaba el General Calvar.

Calvar levantó el campamento y emprendió la marcha con fuerzas de Holguín y el 1er. Batallón de Jiguaní, cuyo Jefe, el Teniente Coronel Miguel Ruíz, español, actuaba como Jefe de día.

Serían las ocho de la mañana, al pasar un río, cuando Ruíz, que recorriendo la marcha se encontraba á vanguardia, fué avisado de que la retaguardia se había retrasado, cosa común en nuestras marchas, y en cuyo caso se hacía alto hasta su incorporación. Ruíz detuvo la marcha y se vió, con sorpresa, que el Batallón de Jiguaní, que era el que cubría la retaguardia, se demoraba. Se esperó en vano una media hora, hasta que se envió una exploración que participó, después de un rato de ausencia, que el Comandante Jesús Rabit, 2º Jefe del Batallón, había desertado al frente del Cuerpo, abandonando el lugar que se le había confiado y que había dejado descubierto. Sólo el Teniente Coronel Ruíz, 1er. Jefe del Batallón, y el Capitán Vicente Pujals, 1er. Ayudante de dicho Cuerpo, quedaron en sus puestos: el resto había marchado á unirse á lo que ya públicamente se apellidaba "sedición."

Los Comandantes Ferrer y Rabit, que marcharon al frente de sus Cuerpos, se habían juramentado con todos los demás jefes en la reunión de "Dos Ríos," á no tomar ninguna resolución sin oir primero el informe de nuestra comisión. El General Calvar cubrió la retaguardia y siguió la marcha.

* * *

Cinco días después de haber salido nuestra Comisión de Dos Ríos, llegó á Las Lagunas de Varona, lugar que se había escogido para la "evolución política." Nuestros comisionados encontraron aquella extraña reunión sin orden, ni concierto, y después de una semana de congregados, no se sabía lo que se iba á hacer ni por dónde principiar la obra emprendida.

Allí estaban reunidos los cuerpos militares siguientes: la Brigada de Bayamo con su Jefe el Brigadier Juan Ruz y todos sus jefes subalternos; el Regimiento Tunas núm. 3, mandado por el Coronel Francisco Varona; el Regimiento de caballería Río Blanco; el Contingente de la 2ª División del 1er. Cuerpo destinado á las Villas, mandado por el Coronel Francisco J. Borrero; el Regimiento Jiguaní núm. 4, con su Jefe el Coronel Belisario G. de Peralta, uno de cuyos

batallones, el 1º, abandonó su delicado puesto, la retaguardia del General Calvar en marcha, y desertó al mando de su 2º Jefe el 1er. Comandante Jesús Rabit, y una fracción del Regimiento de caballería Céspedes, desertado también á instigación de su 2º Jefe, el Comandante Ferrer, que compondrían, á lo sumo, un total de cinco regimientos completos, ascendentes en nuestra organización á mil hombres, poco más ó menos. El Teniente Mena no exageraba la situación, cuando hacía llegar á mil el número de rifles dispuestos á sostener sus pretensiones.

Quedaron sin moverse en Oriente: toda la División del General Maceo, honor que debe hacerse á este distinguido Jefe, y el Regimiento Holguín núm. 5, que formaban unos mil quinientos hombres. El Camagüey permaneció tranquilo, y con las Villas, como era natural, no se contó. Se encontraban allí, entre los sediciosos, además, las siguientes personas de alguna respetabilidad en el campo de la Revolución: Mayores Generales Vicente García, Francisco Javier de Céspedes y José Miguel Barreto; Coroneles Ricardo é Ismael Céspedes, Jaime Santisteban y Francisco Guevara; Diputado á la Cámara por Oriente, C. Jesús Rodríguez, de Holguín, Lcdos. Lucas del Castillo y Joaquín Acosta, abogados de Bayamo, y Dr. Miguel Bravo Sentíes, y algún pueblo de Bayamo y de las Tunas. Entre los presentes había algunos como el Diputado Rodríguez y el Lcdo. Acosta que eran hostiles á la evolución; otros, como Guevara, á quienes era indiferente: la inmensa mayoría la apoyaba sin convicciones, automáticamente.

Aunque á la llegada de nuestros comisionados no habían aún comenzado á organizarse, ya empezaba á significarse el descontento de aquellos que, sin saber el verdadero objeto de la marcha de las distintas columnas, se habían incorporado en la creencia de que irían á una operación militar. Nuestra Comisión manifestó su extrañeza por el desconcierto que se notaba, y amenazó con abandonar el lugar é informar del estado de cosas en Las Lagunas de Varona.

De la misma manera que á Oriente había llegado la noticia del suceso á Camagüey, causando en aquel pueblo y ejército, acostumbrados al orden y á la disciplina, una verdadera consternación. Se preveía, no sin razón, la consecuencia del funesto paso, y todos con sobrado motivo se llenaron de alarma. La Cámara diputó su comisión al Representante por Oriente, Coronel Bartolomé Masó, para que marchase á Las Lagunas de Varona y estudiase lo que acontecía.

El Presidente de la República, no obstante la convicción que abrigaba de que el movimiento habría de herirlo de muerte, quiso arrostrar las consecuencias, y desoyendo los consejos de sus amigos, se puso en marcha para el teatro del suceso, resuelto á probar, siquiera en cumplimiento de su deber y de los intereses de la Revolución tan seriamente comprometidos, si podía arrancar para las Villas el refuerzo que había salido de Oriente. Le acompañaban solamente el Coronel Mariano Pollhamus, Vicesecretario de la Guerra, y su Ayudante el Teniente Santiago Dellundé, de Oriente: no quiso que lo acompañara su escolta, temiendo establecer comunicación entre las Lagunas de Varona y la tropa del Camagüey.

Mientras llega el Presidente, hagamos algunas aclaraciones para el mejor entendimiento del cuadro.

El contingente de la 2ª División, enviado por el Brigadier Maceo, compuesto de 200 hombres de Cuba y 50 de Holguín, marchaba, como ya hemos explicado, á las órdenes del Coronel Francisco J. Borrero, oficial pundonoroso, de orden y valiente, que espontáneamente se había ofrecido para marchar á Occidente:

debía reunirse en la parte occidental de Holguín con los 100 hombres de Bayamo y 50 de Jiguaní, y todos juntos proseguir á Camagüey. Cuando llegó al lugar de la cita se encontró, en vez de las fuerzas que habían de incorporársele, con la noticia de la extraña concentración, por lo que resolvió continuar á Camagüey y ponerse á disposición del Presidente de la República. Había pasado de la latitud de las Lagunas de Varona cuando lo alcanzó una comisión en la que figuraba alguien que tenía influencia sobre Paquito Borrero, que lo convenció del deber en que estaba de llegar al campamento, desviando su camino, aun á riesgo de perder algún tiempo en su marcha, aunque no fuera más que para que su gente, parte del pueblo cubano, diese su opinión en las delicadísimas materias que allí habrían de ventilarse. Borrero, hombre de buen fondo y de sano juicio, no comprendió el lazo que se le tendía, mucho más cuando se le habló del derecho constitucional del pueblo, y de la responsabilidad que contraía resistiendo á que los que le acompañaban tomaran parte en el asunto: se le prometió que quedaría expedito para marchar al siguiente día, no ya con su gente, sino con el resto del contingente, con todos los 500 hombres que habrían de reforzar á Gómez. Esta promesa lo decidió á volver rumbo, y se presentó en las Lagunas de Varona, donde fué recibido con las más ardientes felicitaciones.

Creo de mi deber como narrador, manifestar que el Teniente Coronel Mariano Torres, que mandaba un batallón de los del contingente, protestó de la marcha de Borrero, haciendo á su Jefe responsable de las consecuencias del paso. Pero Paquito se ilusionó con la promesa de que dentro de dos días marcharía con los 500 hombres, y de la mejor buena fe entró en el campamento. Una vez allí, fácil fué desmoralizarle la gente, haciéndole comprender que su ida á las Villas era la mayor de las injusticias, lo que encontró cabida, como era natural, en la sencillez de la tropa. Así se desmoronaron en un momento fatal aquellos castillos ilusorios forjados en la patriótica imaginación de Máximo Gómez, cuando contando con el refuerzo, prometía para fines de Mayo el triunfo de la Revolución de Cuba.

Por fin, á instancias y exigencias del Teniente Coronel Rius Rivera, se reunieron en la noche del 26 de Abril para resolver la situación. Se nombró como Presidente de aquella memorable reunión al Diputado por Oriente Sr. Jesús Rodríguez, quien al aceptar lo que él llamaba un honor que le hacía el pueblo, protestó no estar en absoluto de acuerdo con la forma que el movimiento había tomado, pero que aceptaba la Presidencia esperanzado de que se habían de tener en cuenta sus indicaciones para terminar la situación con la conciliación de los extremos. Actuó como Secretario el Dr. Miguel Bravo Sentíes.

Una vez constituída la reunión, hizo uso de la palabra su Presidente, Diputado Rodríguez, quien empezó su discurso desaprobando aquella reunión y todos los pasos que para llegar á ella se habían dado, censurando amargamente la deserción en masa de la Brigada de Bayamo y las de los Cuerpos Caballería de Holguín y 1er. Batallón de Jiguaní, denunciando con calificativo de *robo* y como una acción indigna en hombres que sabían derramar su sangre por una causa tan sagrada como la que defendían, el saqueo á las fuerzas del General Calvar la noche de la deserción, y terminó aconsejando la inmediata disolución de aquella concentración, ofreciéndose él, como Diputado por Oriente, para hacer valer las pretensiones de su pueblo ante la Cámara, siempre que se amoldaran al orden y

á la ley. Rodríguez no terminó su peroración sin ser interrumpido tan pronto vieron los congregados que opinaba en la forma expuesta, por gritos de ¡fuera! ¡abajo! que, al fin, lo obligaron á callar. Pidió luego la palabra el Ledo. Joaquín Acosta, abogado bayamés, y apenas dió á comprender con sus primeras palabras que no simpatizaba con la reunión, se le obligó también á callar, abandonando la tribuna. El Teniente Coronel Ríus Rivera, nuestro comisionado, hizo uso en seguida de la palabra y con una energía indecible, más, con un valor y una entereza dignos de la elevación de espíritu de aquel noble extranjero, empezó denunciando los abusos que se habían cometido: continuó por declarar aquello una sedición sin precedente en la historia de la Revolución; evocó el recuerdo sagrado para todos del Mártir de San Lorenzo cuya memoria se había usado allí como lema de banderías, tratando, en medio de la improvisación, con la dureza que el caso requería, algunos puntos. "Cuánto más noble y más grandioso no sería," dijo el joven orador, "que en vez de estar vosotros en este lugar funesto donde quizás va á decretarse la muerte de la Revolución de Cuba, con vuestros machetes así ociosos, pendientes negligentemente de vuestras cinturas, dispuestos á esgrimirlos sabe Dios por quién y por qué causa, os encontrárais allá,—señalando el poniente,—del otro lado de la Trocha, dispuestos á desenvainarlos contra el único enemigo de los cubanos y su causa, allí donde el honor nos llama á todos, donde la gloria nos espera para conducirnos amistosamente á la más dulce de las victorias." Terminó su discurso, atrevido en demasía, en medio de aquellas gentes sediciosas, dispuestas, según me participó el Sr. Lucas del Castillo, á asesinarlo,—acción á que Castillo se opuso, y yo declaro exagerado el aserto—con un incidente que hizo á Ríus el verdadero héroe de la situación.

Mientras Ríus hablaba, el Coronel Santisteban hubo de interrumpirlo con idea de comprometerlo, interrogándole del siguiente modo: "Es decir, Teniente Coronel, que á usted no lo veremos por aquí al frente de su Cuerpo?" A lo que contestó él, casi sin meditar la respuesta; "Nó, porque yo no soy capaz de manchar mi hoja de servicios con un hecho indigno." "Ah!," exclamó Santisteban, comprometiendo al joven portorriqueño en presencia de aquellos 1,000 rifles, "es decir que, según usted, los Generales García, Barreto, Céspedes, Brigadier Ruz y todos los presentes hemos cometido un acto indigno y manchado nuestras hojas de servicios?"—"En mi concepto sí," exclamó con entereza el Teniente Coronel Ríus. Esta frase vulgarizándose pasó después á ser popular, haciéndose una contestación á situaciones adecuadas, agregándose: "como dijo Ríus en las Lagunas de Varona."

Lo extraño fué que á Ríus, que habló con tanta acritud, que les aplicó todos los calificativos que estimó oportunos, se le permitió hablar cuanto quiso, hasta mortificarlos y herirlos, sin que una voz se levantara en su contra para hacerlo callar. "Era la razón, decían algunos, que se hacía paso apoyada por el machete que pendía de su cintura."

Por último, el Dr. Bravo hizo uso de la palabra, leyendo un Manifiesto que se lanzó al pueblo, en que, como en otro escrito que daré á conocer, se exponían las causas que habían provocado aquella situación, entre las que recuerdo la siguiente: "Pretenden,—sin decir quién pretendía,—engañar al pueblo haciéndole creer que no hay hombres y que por eso es necesario el Sr. Cisneros, cuando tenemos entre otros al ilustre Doctor en Medicina Sr. Antonio L. Luaces

y al distinguido y popular bayamés Tomás Estrada Palma, patriotas ambos con todas las virtudes de Cisneros, y dotados de otras que él no posee."

El Dr. Bravo leyó en seguida el siguiente documento, manifestación, según él decía, de aquel grupo, que á la vez representaba la mayoría del pueblo cubano, y que iba dirigido á la Cámara de Representantes, cuya autoridad pretendían acatar, pero que fué la primera que se pisoteó. He aquí el documento:

A LA CÁMARA DE REPRESENTANTES.

Los que suscriben, representando el pueblo de Cuba, haciendo hoy uso del derecho de petición, elevan su voz á la Representación Nacional, para manifestarle sus aspiraciones patrióticas, significarle su voluntad y recabar el cumplimiento de disposiciones que salven el país, evitando males que pudieran acarrear trascendentales trastornos. No pueden olvidar los que firman que se dirigen á patriotas que cual vosotros, desean el bien de la patria; no debe ocultarse tampoco á los actuales Diputados que el pedimento que establecen es la mayor prueba de su respeto á la Constitución, por más que crean que los pueblos pueden un día, cuando lo crítico de las circunstancias lo exije, hacer uso de su soberanía y recoger la parte de ella que hayan delegado; quieren todavía, por más que en ese caso pudieran hallarse, agotar todos los medios legales, llenar todas las formas y ceñirse á lo establecido y consignado en nuestra legislación. Animados por este patriótico deseo, han tomado determinaciones y celebrado acuerdos, han resuelto la línea de conducta que ha de trazar en la historia la verdadera naturaleza del cambio que en la dirección de los asuntos públicos piden. Que no se olvide ni por un momento ese respecto, esa prudencia y ese patriotismo. Que no se olvide ni un instante que, ni quieren procurar trastornos en el país, ni escisión alguna entre los patriotas; que rechazan toda idea de banderías y de partidos; que en manera alguna les anima mira ambiciosa, personalidad, ni odio de ninguna especie.

Desempeñada la Presidencia de la República interinamente por un ciudadano, cuyas cualidades de honradez y patriotismo son los primeros en reconocer, esa interinatura sin ejemplo, por su duración, en ningún país regido por instituciones democráticas, copia sólo de las regencias establecidas en las monarquías hereditarias, sería por sí sola causa abonada para que careciese la administración del país de la estabilidad, de la firmeza, de la energía, de la fuerza moral, del prestigio necesario, tanto en el Interior como en el Exterior, condiciones sin las cuales no se concibe la existencia de un Gobierno; no puede moverse éste sino en un círculo exiguo, es impotente, y la impotencia en los gobiernos es la muerte.

Disposiciones poco acertadas de ese Gobierno, resoluciones de él emanadas en evidente y palpable contradicción con las doctrinas democráticas, con los principios republicanos tan arraigados ya en el pueblo cubano; órdenes en las que va impresa, á guisa de amenaza, la imposibilidad en que se encuentra de hacer efectivos sus desaciertos; una política de personalidad, favorable y amplia por los que aparecen como amigos de la actual administración, de persecución y vejamen para los que disienten de su opinión; sensibles y deplorables muertes de ciudadanos de cuyo patriotismo nunca se dudó y sobre cuyos acontecimientos se han hecho mil comentarios que desprestigian al Gobierno, máxime cuando éste no ha dado ninguna explicación pública que satisfaga la suspicacia del pueblo; la falta de recursos que del Exterior se prometían, á pesar de la influencia, del prestigio y de los elementos con que cuentan los hombres que en el Extranjero asumen la representación del Gobierno; las noticias recibidas de la emigración cubana, en que esplícitamente se manifiesta no deben esperarse esos recursos mientras rija los destinos de la patria el actual ejecutivo.

Todas estas razones habían impelido hace tiempo á algunos patriotas á hacer uso de un derecho inalienable é imprescindible del pueblo, el derecho de asociación. Se reunieron y formaron sociedades ó clubs patrióticos. Por todos los medios indirectos de que un Gobierno puede echar mano, trató el Ejecutivo de invalidar esas reuniones, y la persecución de los principales miembros que constituían tales sociedades se hizo tenaz é incesante.

Como si no bastaran tantos males, y con esos actos no se hubieran atacado bastante los derechos del ciudadano, y quebrantado los principios liberales en que se basa nuestra organización política, establece el Gobierno una división lastimosa entre servidores de la patria, con motivo del contingente que ha de reforzar el Ejército de las Villas y Occidente, calificando á los que ordena queden en sus respectivos territorios de *indispensables*. Esto aja la dignidad, lastima la honra é infiere grave ofensa á dignísimos patriotas, que, llenos de valor y entusiasmo volarían á favorecer á sus hermanos, retrayéndose muchos de aceptar los destinos que se les ofrecen, porque puede por esa malhadada

calificación aparecer como un destierro ó un castigo lo que ellos creen un deber, ya no sea un acto meritorio.

El disgusto, el malestar de los patriotas aumenta y llega á su colmo, cuando el Gobierno nombra para determinados mandos á ciudadanos que habían sido separados de otros análogos por los males que habían ocasionado, ó, en otros casos, porque los agraviados se imponen al Gobierno, y le obligan á otorgar su nombramiento. Debilidad, criminal condescendencia por una parte, amenazas, medidas violentas por la otra. Débil con quien amenaza; soberbio, tirano con quien no levanta su voz. Déspota con unos; sin energía, sin acción, sin poder para los otros.

En esa situación eleva el Mayor General García á la Cámara de Representantes una razonada protesta contra los abusos y desaciertos del Gobierno; pasa sobrado tiempo para obtenerse una respuesta ó una decisión que no llega: envía posteriormente al Ejecutivo y á la Cámara comunicaciones en que manifiesta que, considerando expuestas suficientes razones en el documento-protesta, declina desde luego toda responsabilidad política militar. Bastante tiempo ha pasado desde el envío de esas comunicaciones y nada aún ha decidido el Gobierno.

El Mayor General García hace un llamamiento al país, invocando su ayuda y apoyo, pide un consejo, demanda su opinión, y en Bayamo, como en otros puntos, se decide apoyarle, formar á su lado, unirse á él, y con él contribuir á pedir á la Cámara de Representantes lo que es objeto de esta exposición.

Con este fin, reunidos en las Tunas, punto denominado "Lagunas de Varona," gran número de patriotas, como simples ciudadanos, por más que la mayor parte pertenezca al Ejército, se acordó: 1º pedir á la actual Cámara la deposición del Presidente interino de la República, C. Salvador Cisneros; 2º que la Cámara de Representantes nombre un Gobierno Provisorio compuesto de cinco miembros, en los que estén representados los cuatro Estados: Oriente, Camagüey, Villas y Occidente, funcionando el quinto como Presidente de dicho Gobierno Provisional; 3º que este Gobierno no podrá durar más que cuatro meses en el ejercicio de sus funciones; 4º que durante esos cuatro meses dictará las medidas necesarias para que el pueblo elija cuatro diputados y dos senadores por cada Estado, cuyos últimos funcionarios quiere el pueblo, para que estén mejor garantidos sus derechos; 5º que reunidas las Cámaras de Representantes y el Senado en Asamblea soberana, deberá proceder inmediatamente al nombramiento en propiedad de Presidente de la República; 6º que durante ese período fatal de existencia política que se le señala al Gobierno Provisional, éste no podrá variar nada de lo subsistente antes del nombramiento de Jefes de Departamentos, últimamente hechos, y de las órdenes expedidas para el contingente de Oriente que debe reforzar el Ejército de las Villas, cambiar personal alguno, hacer nombramientos de altos funcionarios, modificar, en fin, nada que pueda afectar el bienestar ó empleos que ejerzan los ciudadanos, perseguir ni separar á ninguno por actitud favorable ó contraria al movimiento patriótico, causa de estas resoluciones, limitándose, por el contrario, sus funciones á dar las órdenes para las elecciones de los individuos que han de formar la asamblea y el despacho diario y ordinario de los negocios públicos, sujetándose para ello á las órdenes y disposiciones vigentes; 7º que la asamblea legislativa deberá inmediatamente proceder á la revisión y enmienda de la Constitución en todos los demás puntos que la experiencia ha demostrado ser imprescindiblemente necesarios; 8º finalmente, que no bien la Cámara de Representantes haya nombrado el Gobierno Provisional debe disolverse, para dar lugar á la formación de la Asamblea soberana, y dejar expedita la acción del Gobierno Provisorio de la Nación.

No es lo que se expone la irracional expresión del deseo de unos pocos; es, sí, la manifestación de la voluntad de la mayoría del pueblo cubano.

Al patriotismo de los ciudadanos que componen la actual Cámara de Representantes ocurrimos hoy pacíficamente, haciendo uso de un derecho constitucional. Fiamos en que ese patriotismo ha de hacer acceder en todas sus partes á nuestras demandas; y como urge toda dilación en que la patria queda en suspenso, en que es de tanta trascendencia toda resolución, porque pueden afectarse los intereses materiales, morales y políticos de la Nación, pedimos una respuesta categórica y decisiva, en el término de veinte días, contados desde la fecha en que por el Presidente de la Cámara se reciba este documento.

No finalizarémos este escrito sin protestar una y mil veces nuestra sumisión y respeto á las leyes del país, con las cuales continuarémos rigiándonos. Mientras tenga efecto lo que hoy pedimos, nuestra actitud será pacífica y legal, aunque representamos la voluntad del pueblo.

Diputados: el pueblo os habla: cumplid con vuestro deber.

Lagunas de Varona, Abril 26 de 1875.—*(Multitud de firmas)*.

Ambos documentos fueron puestos á votación aprobándose por una inmensa mayoría, pues sólo hicieron constar sus votos en contrario, como una solemne protesta, el Diputado por Oriente señor Rodríguez, el Lcdo. Acosta, el Teniente Coronel Mariano Torres, quien manifestó que él no había salido de Oriente para desórdenes sino para cumplir con su deber marchando á las Villas, y el Teniente Coronel Rius Rivera. De los miembros de nuestra Comisión, el Coronel Vidal se abstuvo de votar, y el Teniente Coronel Estrada Céspedes votó á favor de la manifestación. En seguida se recogieron las firmas y se sacaron copias de los documentos, las que se repartieron con la profusión que el caso exigía.

* * *

Al siguiente día, Abril 27, llegó al lugar el Presidente de la República, que al ser anunciado en el campamento produjo una sensación extraordinaria tocándose á formación y preparándose todos á recibirle, no con los honores á que su elevada jerarquía lo hacía acreedor, sino..... ¡doloroso es confesarlo! para resistir caso de que él pretendiera hacer valer sus derechos. Supóngase el efecto que produciría cuando apareció en medio de la multitud que se disputaría la gloria de desnirarlo, acompañado sólo de dos amigos, él, un anciano desarmado.

El Presidente hizo pasar á su Ayudante el Teniente Dellundé á donde estaba Vicente García para que le entregara una comunicación del Secretario de la Guerra, en que le ordenaba se presentara á recibir órdenes. Regresó el oficial manifestando que el General contestaría inmediatamente.

No transcurrió media hora, cuando se presentaron ante el Presidente los señores Dr. Miguel Bravo Sentíes, Mayor General Miguel Barreto, Lcdo. Lucas del Castillo y Coronel Antonio Bello, en representación de aquella agrupación, manifestándole que los patriotas allí reunidos, por su conducto, tenían por conveniente manifestarle que sería bien recibido por todos como particular, pues por todos era altamente estimado; pero que no acatarían sus órdenes como Presidente de la República, hasta que la Cámara de Representantes no resolviera una razonada Exposición que habrían de dirigirle. El Presidente Cisneros, elevándose á una gran altura, exclamó con altivez: "Yo soy el Presidente de la República, y sólo la Cámara de Representantes tiene la facultad de deponerme, y, ó ustedes se someten á mi autoridad, acatando mis órdenes, ó se declaran inmediatamente fuera de la Ley." El Dr. Bravo hubo de replicarle que se declaraban antes fuera de la Ley á obedecerle, á lo que él agregó: "Yo sé, señores, cómo debiera y pudiera terminar esto, porque tengo á Macco en Oriente, á Reeve en Camagüey, y á Gómez en las Villas, que me obedecen; pero ante casos extremos que vinieran á acusarme como al autor de las desgracias de mi Patria, prefiero el sacrificio de mi personalidad; si ella estorbase para la buena marcha de la Revolución, el estorbo desaparecerá para que aquélla no se interrumpa."

La Comisión se despidió del Presidente Cisneros, quien ofició en el acto á los Coroneles Borrero y Grave de Peralta, comisionados, según sus instrucciones, para conducir el contingente de Oriente á las Villas, á fin de que le dieran cuenta

de su conducta. Borrero se excusó de acudir al llamamiento por hallarse indispuesto, y Grave de Peralta contestó resueltamente que el C. Cisneros no tenía que ordenarle á él.

Nuestra Comisión se presentó al Presidente, explicándole su presencia en el lugar, como lo hizo el Teniente Coronel Mariano Torres, protestando de lo que pasaba y poniéndose á sus órdenes.

A poco de esta escena y como para verse libres de aquel huésped inoportuno, se pusieron en movimiento, levantaron el campamento, y aquellos mil soldados del Ejército de la República, desfilaron por delante del venerable anciano, exagerando su desprecio por la alta dignidad que representaba. Ellos marcharon á otro lugar no distante, y el Presidente volvió á Camagüey, dispuesto á que su persona no fuera obstáculo para la solución de aquel difícil problema.

Para terminar este doloroso cuadro, llenemos nuestro deber haciendo justicia á quien la merece.

El Mayor General Vicente García ha cargado siempre con la responsabilidad de lo acaecido en las Lagunas de Varona; pero el General en ese desgraciado drama, no fué sino una víctima de las pasiones de los que lo rodeaban. Él no excitó las fuerzas de Bayamo á la deserción, él no las llamó á su lado; tan sólo escribió á algún amigo lo que pasaba y en petición de consejo. Él deseaba sí la remoción de Cisneros como la deseaba todo el país, no por Cisneros, sino por la interinatura de la Presidencia de la República, y ante la imposibilidad de que Aguilera ocupase su puesto, se pedía por todos cesase aquella anormal situación, nombrándose en propiedad á quien había de dirigir los destinos de la Patria. García no quería medios violentos que no estaban, por cierto, de acuerdo con su carácter: deseaba se hiciese opinión y se exigiese de la Cámara el cambio de Administración. Él se sorprendió cuando vió á Ruz en su presencia con las fuerzas de Bayamo, y cometió la falta que rayó después en crimen, si se quiere, de no tener el valor suficiente para protestar de aquella deserción, y obligándolos á que retrocedieran á sus puestos, haberse ganado la consideración de todo el país. Pero el General, no obstante la extrañeza que le causó la actitud de las fuerzas de Bayamo, á pesar de no estar de acuerdo con su conducta, se llenó de una debilidad incomprensible, se echó en brazos del crimen, prestando su nombre simpático, su reconocida reputación y todo su valer, como bandera á la sedición que lo arrastró en sus funestas consecuencias. Bien sabemos que el General García era responsable con Cisneros, al menos moralmente, de todos los actos de la Administración, puesto que acababa de ser su ministro, y el único paso que dió el Gobierno, después de su renuncia, fué el nombramiento del General Calvar para mandar el primer Cuerpo de Ejército, lo que se tomó como pretexto para lo de las Lagunas de Varona; y no se habrá olvidado que García y Calvar quedaron reconciliados, por conducto de Fonseca y el que habla, la tarde que se separaron en la Soledad de Flores. Que él estaba dispuesto á obedecer las órdenes del Gobierno lo prueba la oferta, que por conducto del Coronel Fonseca y mío, hizo á Calvar de la caballería del Camagüey para que realizara la operación que él tenía en proyecto en la línea occidental de Holguín. Sólo ocupando él el Camagüey, obedeciendo, por tanto, la orden superior, habría podido disponer de la caballería, y sólo desprendiéndose de Oriente podía Calvar realizar la operación que él llegó á confiarle. No puede, pues, pensarse que García estuvo de acuerdo

en la iniciación del movimiento, sin considerarlo falso, doble y de mala fe, cualidades que no formaban el carácter del General García.

El Mayor General Francisco Javier Céspedes, á quien debemos hacer también toda la justicia que se merece, entró en la coalición, sabemos tambien por qué, permitiendo que se abusara de su nombre y respetabilidad; pero estuvo siempre á su altura desaprobando la detención del contingente, más aún, pretendiendo que una vez firmada la exposición, se disolviera aquella reunión y se aprovechara la presencia de todas las fuerzas, para extraer el refuerzo completo que debía marchar á las Villas. Pero su voz se perdió en aquella inmensidad, y se hicieron las cosas, por desgracia, de otra manera. Su hijo el Coronel Ricardo Céspedes, el héroe de Naranjo y las Guásimas, sólo prestó su nombre y apoyo moral al movimiento, ausentándose del lugar, como lo hicieron el Teniente Coronel Mariano Domínguez, Jefe del Batallón "Luz de Yara" de Bayamo, y algunos otros.

* * *

Yo podría pulverizar, como lo hizo el Teniente Coronel Juan Rius Rivera en aquella solemne ocasión, el documento leído y firmado en las Lagunas de Varona, y que fué elevado á la Cámara de Representantes como la genuina expresión de la voluntad de la mayoría del pueblo cubano, y que acabamos de leer; pero quiero conservar mi simple carácter de narrador y no el de crítico.

No pasaré por alto, sin embargo, el deber en que estoy de llamar vuestra atención sobre algunos particulares, y terminaré con cortas observaciones.

El documento leído, obra de la hábil pluma del Dr. Miguel Bravo Sentíes, escrito nada menos que para los patriotas militantes, está basado en la más notoria falsedad, y es extraño que el doctor se permitiera incurrir en una falta que echó á rodar por tierra en seguida la decantada legalidad del titulado movimiento político.

Haciéndole mucho favor y con toda intención, he aceptado el número de mil á que se hace ascender el de los congregados en las Lagunas de Varona, y que el doctor llama la mayoría del pueblo cubano, ó, en otras palabras, que en la Revolución no existían siquiera dos mil hombres. Pronto tendré ocasión de demostrar con hechos sublimes y por demás elocuentes, que ni siquiera en el Departamento oriental tuvieron mayoría.

Obsérvese que en toda la acusación á que se ha dado lectura, no aparece un fundamento basado sólidamente, al extremo que de él pudiera desprenderse no ya el violento rompimiento con lo existente, con el orden y la legalidad, sino que siquiera justifique formalmente una acusación contra el Primer Magistrado de una Nación. No pudo acusarse á Cisneros de una falta que pudiera llamarse tal, y fué necesario apelar á nimiedades, exagerándose muy mucho sus resultados, tales como la palabra usada, inconveniente quizás por Cisneros, de *indispensables* al designar los individuos que no debieran moverse de sus puestos. Bien sabían los que de dicha palabra echaron mano, que Cisneros no tuvo la menor intención de ofender y que indispensables eran, por más que la palabra pudiera ser escuchada con disgusto por muchos, aquellos individuos que por gran número de ra-

zones y por las circunstancias que los rodeaban, habían venido á ser *indispensables* en algunas localidades. Dígalo si no las Tunas, tan pronto como le faltó el heroico Brigadier Pancho Vega; dígalo Bayamo cuando removieron á Ruz á Guantánamo, y dígase por qué tuvo que volar Flor Crombet á la Brigada de Cuba, cortándose sus aspiraciones de marchar á Occidente.

Los asesinatos que se denuncian fueron desgracias de la Revolución;—se refiere á la muerte del Brigadier Acosta y del Teniente Coronel Castellanos,—en los que tuvo tanta culpabilidad el Presidente Cisneros como cualquiera de mis oyentes. Y se acusaba al Presidente por tales desgracias nada menos que en las mismas Tunas, donde durante la Presidencia de Céspedes y bajo el mando del General Vicente García, apareció la banda de asesinos conocida con el nombre de "Los máscaras de cuero," que llenó de consternación la localidad y de vergüenza á la Revolución por las depredaciones que cometían, arrasando con familias enteras, incendiando sus casas y robándolas etc., etc,; y todos estimaron tales sucesos como una fatalidad, hija del estado de perturbación de aquella sociedad: á nadie se le ocurrió hacer responsable al Presidente Céspedes de los asesinatos de las familias de Samarra, Flores, el Capitán Diego Milanés, etc. etc., muertos vilmente por la banda de asesinos que asolaban el territorio, al mando del General García. Bien sabían todos los que conocían aquellos repugnantes hechos, que tan inocentes eran Céspedes y García entonces, como lo fué Cisneros después.

En cuanto á que del extranjero avisaran que no irían recursos mientras estuviera Cisneros al frente de la Revolución, es una ofensa, en mi concepto, más que gratuita á los patriotas de la emigración, á la cual vosotros con más títulos y mejor informados que yo podríais responder.

Lo cierto es que en las Tunas, en las Lagunas de Varona, el funesto día 27 de Abril de 1875, se desconoció al Presidente Cisneros, pisoteando así la obra de esa misma Cámara con quien se pretendía aparecer en perfecta harmonía, y con la que en realidad no lo estaban, á pesar de las repetidas protestas de que contaban con ella y con la ley, y no obstante decantarse que la actitud era pacífica. Allí se apadrinó, por decirlo así, el robo, la deserción, el mayor de los delitos militares; se holló la disciplina, se relajó la harmonía en el ejército, se mofó de la justicia y la verdad, y se dió el espectáculo, la inmoralidad mayor que puede conocerse en política, que la minoría se imponga á la mayoría del país, que sólo por evitar escisiones en los patriotas militantes, transigió con lo dictado en las Lagunas de Varona. ¡Se había corrido un velo sobre la estatua de la Justicia!

* * *

Nuestra Comisión regresó á Oriente á dar cuenta de su encargo. En vista de lo manifestado por ella, la tropa del Departamento Oriental, en su mayoría, se apresuró á reunirse y acordar protestar contra el nefasto movimiento. Recuerdo una reunión en que actué como Secretario, en que se elevó una manifestación al Presidente de la República, dándole un voto de confianza; copias de los acuerdos tomados se enviaron también al General García como representante del movimiento, y á la Cámara de Representantes. El Camagüey y las Villas protestaron

en masa: éste último con mayor razón, puesto que era el más seriamente lastimado por aquel doloroso acontecimiento.

Mientras tanto, el General Vicente García quedó al frente de aquella agrupación: el contingente de Oriente, ni marchó á su destino, ni regresó á incorporarse á su legítimo Cuerpo, quedando así casi acéfalo, porque los hombres, cubriéndose con el manto del movimiento político, vagaban por el territorio sin querer reconocer otra autoridad que la del Jefe del movimiento, aunque se encontraran á gran distancia del Centro y fuera de su acción.

La Cámara, por su parte, rehusó atender la petición, excepto en lo que se refería al cambio de Administración, siempre que el Presidente Cisneros se prestara espontáneamente á presentar su renuncia y á declarar constitucionales, como un acto de dignidad para ella, las elecciones generales para Diputados, con idea de que una nueva Cámara relevase la que desde Abril de 1869 había existido. Las elecciones generales fueron decretadas y promulgadas por el Presidente Cisneros.

¡Injusticia inaudita! Ni Camagüey, ni las Villas, ni Occidente tuvieron un solo hombre en las Lagunas de Varona, y sin embargo se les obligaba á que los Diputados en quienes tenían depositada su confianza, se retirasen de la Representación nacional.

Las reformas pedidas en la manifestación, es decir, la formación del Gobierno Provisorio, la elección de un Senado, etc., fueron desatendidas por anticonstitucionales. Se aguardó á que la nueva Diputación asumiese el Poder Legislativo para que procediera en el asunto como lo juzgase más conveniente á los intereses patrios.

Para terminar este asunto, debo advertir que el C. Tomás Estrada Palma se apresuró á protestar contra el movimiento, y de hecho contra la candidatura que á su favor se había lanzado para la Presidencia de la República. El Dr. Antonio L. Luaces, el otro indicado, una de las figuras más conspicuas de la Revolución cubana, que de seguro hubiera sido electo á la Primer Magistratura, cayó en esos días en poder de los españoles, quienes, no obstante la noble conducta de todos los elementos que componían la población de Puerto Príncipe, que en masa trató de interceder en favor del prisionero, fué inhumanamente fusilado en su ciudad natal por el feroz Brigadier D. Juan Ampudia. Le sucedió en el cargo de Jefe de Sanidad del Centro, el valiente Coronel del Instituto Dr. Emilio L. Luaces, su digno hermano.

El Gobierno ordenó al Mayor General Calvar entregase el mando al Jefe de la 2ª División Brigadier Macco, y que pasara á la Residencia del Ejecutivo. Ya Calvar había hecho renuncia de su destino, como la hicieron de la Representación que ostentaban por Oriente, Tomás Estrada Palma, Jesús Rodríguez y Bartolomé Masó.

Calvar salió de Oriente para Camagüey á fines de Mayo, acompañado de los Jefes siguientes que bajo ningún concepto quisieron permanecer en un Departamento donde se había relajado la disciplina y el orden militar, y donde algunos de ellos habían sido ofendidos por los Cuerpos de sus respectivos mandos: Teniente Coronel Juan Rius Rivera, Jefe del Regimiento caballería Céspedes, y el otro Miguel Ruíz, el andaluz, Jefe del 1r. batallón del Regimiento Jiguaní nº 4, unidos á la sedición; Coroneles Benjamín Ramírez y Félix Figueredo, Jefe de

Sanidad militar de Oriente; Teniente Coronel Salvador Rosado; Comandante José Joaquín Garcés, oficial dignísimo y de reputación y fama en las fuerzas de Guantánamo; su hermano el Capitán Javier Garcés, el Capitán V. Pujals y el que habla, todos los cuales resolvieron marchar individualmente al ejército de las Villas, ya que no se había logrado llegase el Contingente, sacrificio que á favor de la causa común hacía el Departamento Oriental.

El General Vicente García, una vez desconocida la autoridad del Presidente de la República, sin duda con idea de aprovechar los elementos que tenía á su disposición, pretendió tomar por asalto el poblado de Cauto Embarradero, apoderándose además del vapor *Valmaseda*, surto en el río, cargado con provisiones y elementos de guerra; operación que llevada á feliz término hubiera ejercido gran influencia moral en favor del movimiento, pero que fracasó por no haber encontrado debido apoyo el batallón "Luz de Yara," que al mando de su heroico Jefe, Teniente Coronel Mariano Domínguez, se apoderó resueltamente de la fortaleza principal. Pero las órdenes, ó se dieron torcidas, ó se demoraron en su cumplimiento, lo cierto es que se dejó á Domínguez sin apoyo, los españoles volvieron de la sorpresa, se organizaron y desalojaron á nuestras tropas de la posición que habían ocupado.

En esos días y á la vez que se recibían noticias de Gómez apremiando por la marcha de los refuerzos, se tuvo la muy infausta, por cierto, de haber perecido en las Villas occidentales, de resultas de una herida que se estimó de carácter leve, el denodado Jefe de la 2ª División de Occidente, el heroico hijo del pueblo, Brigadier José González Guerra, que se había hecho acreedor á la confianza del General Gómez, por su bravura, y de cuyas operaciones, glorias y muerte nos ocuparemos en la siguiente lectura.

El Presidente de la República ofició al General Gómez poniendo en su conocimiento cuanto ocurría y ordenándole, en virtud de estimarse necesaria su presencia para que influyese con su nombre y su moralidad á vendar la herida que la Patria había recibido; que se trasladase al Camagüey, entregando accidentalmente el mando del 3r. Cuerpo de Ejército al 2º Jefe, Mayor General Julio Sanguilí, Jefe de la 1ª División. El Mayor General Carlos Roloff había sido nombrado Jefe de la 2ª División, sustituyendo al malogrado Brigadier José González Guerra.

Inconcebible fué el efecto que la nueva del pronunciamiento militar produjo en el General Gómez, el hombre que á vanguardia, en el puesto más comprometido del ejército, con el grueso del enemigo al frente, contaba con el refuerzo que había de hacer triunfar definitivamente las armas de Cuba; imagínese, repito, cuál sería el efecto, cuando se le notificó la sedición, que no debía contar con refuerzos de momento, y que era necesaria, para dar término á aquella anómala situación, su presencia en Camagüey.

A mediados de Junio, época en que había prometido librar batalla campal á los españoles en las puertas de la Habana, llegó el General Gómez á San José de Guaicanámar, asiento del Gobierno de la República. Calvar, Jefe de Oriente, había llegado pocos días antes.

El General Gómez, resuelto á que aquel sensible estado de cosas terminase, se prestó, siempre dispuesto á apoyar al Gobierno constituído, á celebrar una entrevista con el Jefe del pronunciamiento, saliendo hacia las Tunas el 22 de Ju-

nio, á donde había regresado el General García, después de su fracaso en Cauto Embarcadero. Acompañaron á Gómez en su excursión el Brigadier Manuel Suárez, el Coronel Manuel Sanguily, el Dr. Félix Figueredo, hijo político del Ldo. Lucas del Castillo, uno de los elementos discordantes, el Teniente Coronel Julio Díaz, Ayudante Secretario del General Gómez, y otros Jefes de reputada moralidad y nombre.

La entrevista se efectuó en las márgenes del Sevilla, jurisdicción de las Tunas, negándose en absoluto el General García á deponer su actitud mientras Cisneros funcionase al frente de los destinos de la Patria, cuando Gómez pretendía, justamente y con razón, lo contrario, es decir, que García se sometiera incondicionalmente á la autoridad legítima. A lo único que se prestó, después de todas las observaciones que el patriotismo pudo sugerir á aquellos amigos del orden, fué á enviar al Gobierno de la República la renuncia del cargo de Jefe del 2º Cuerpo de Ejército, lo que aceptó el General Gómez, dándole la estimación pretendida de una sumisión de hecho.

Esta nota, aunque llevada por Máximo Gómez, apareció subrepticiamente en la mesa del Presidente Cisneros, quien impulsado por los consejos de sus amigos y aun más por el deseo de que se resolviese el difícil problema, la aceptó como tal sumisión.

Al día siguiente presentó su renuncia del cargo de Presidente interino de la República. La Cámara aceptó dicha renuncia, acordando por unanimidad un voto de gracias á favor del C. Salvador de Cisneros Betancourt, y declarando quedar satisfecha de sus esfuerzos y sus servicios como Presidente de la República de Cuba.

El Coronel del Ejército, Diputado á la Cámara de Representantes por el territorio de las Villas, C. Juan B. Spotorno, natural de Trinidad, Presidente á la sazón del Cuerpo Legislativo, asumió, según el precepto de la Ley, el cargo de Presidente interino de la República, prestando en seguida el debido juramento.

Era el día 29 de Junio de 1875.

# QUINTA CONFERENCIA

El Coronel Spotorno.—Carta de un tránsfuga.—Quién era éste.—Devolución de un emisario.—Tomás Estrada Palma, Secretario de Estado.—Condenación á muerte.—Vicente García nombrado Jefe de Oriente y Camaguey.—Lo que resultó.—Acusaciones contra el Brigadier Maceo.—Gloriosa toma del campamento "La Demajagua."—Oposición al General García.—Elección de la Cámara de Representantes.—Brillante ataque á Uñas y Auras.—Renuncia de García.—Lo sustituye el General Modesto Díaz. Sus antecedentes.—Díaz salva la Revolución.—El valiente Brigadier González Guerra.—Su heroísmo, sus triunfos y su muerte.—El General Roloff.—Pase de la Trocha por el General Gómez.—Informe del General Sanguily.—Gómez vuela en auxilio de Roloff.—En las Villas.—Los titulados "patriotas."—Mal que hacían.—El Teniente Coronel Cecilio González es derrotado.—Renuncia de Roloff.—Lo sustituye el Coronel Rafael Rodríguez.—Programa del Presidente Spotorno.—Marcha triunfal del Brigadier Maceo.—Nuestra bandera.—En marcha. Los nuevos Representantes.—Asalto á Yabazón.—Combate reñido.—¡Triunfamos!—Reunión de la Cámara.—Elección de Estrada Palma para Presidente.—Por qué fué elegido.—Sanción unánime del pueblo.

EL CORONEL Juan B. Spotorno, una de las figuras más simpáticas y conspicuas de la Revolución, tendría unos 48 años de edad en los momentos en que, por renuncia del Presidente interino C. Salvador de Cisneros, ocupaba la Primera Magistratura de la República.

Spotorno, hijo de la señora Elena Geroviche y Juan Spotorno, oriundos de Italia, nació en Trinidad, donde su padre ocupaba una desahogada posición. Muy joven aún fué enviado á Europa con idea de que estudiara las lenguas vivas, y completara luego en los Estados Unidos su educación comercial. Regresó á su ciudad natal después de algunos años de provechosa ausencia, poseyendo un caudal de conocimientos y de práctica de la vida obtenidos en sus relaciones sociales, los que habrían de serle muy provechosos cuando la Patria lo llamara á su servicio.

Tomó parte en los movimientos políticos del año 1851, que tan trágicamente ensangrentaron su ciudad natal, viéndose obligado á emigrar á los Estados Unidos.

Vuelto á Trinidad, sin que pudieran conformarse con la situación de la infeliz colonia ni su ardiente imaginación, ni su carácter independiente, se afilió al partido que en toda la Isla se consideraba como antiespañol, resuelto á llenar sus deberes patrióticos cuando el momento llegara. Antes del glorioso alzamiento de Yara, Spotorno era Comandante del 1er. Escuadrón de caballería de las milicias disciplinadas de la localidad, situación que aceptó para ligarse en la paz con aquellos á quienes debía utilizar en la guerra, acostumbrándolos á obedecer su voz, ó como medio de aleccionarse en el arte militar, tan desconocido por el pueblo cubano.

Esta circunstancia hizo que cuando en Febrero de 1869 se lanzó Spotorno al campo en unión de los hermanos Cavada, O'Bourke y otros conocidos patriotas, pudiera arrastrar un buen número de hombres armados, disciplinados y hechos ya á su mando. Los primeros servicios de Spotorno como hombre de acción, como revolucionario, como militar de orden y brío, fueron eminentísimos. Como era natural, quedó proclamado jefe de la gente que arrastró y á la que, con facilidad, condujo, con el mejor éxito, al combate, cuando otros fracasaban por falta de experiencia. En 1871, á causa de haber sido atacado del cólera morbus, de cuya enfermedad se le creyó víctima durante algún tiempo, pasó de las Villas al Camagüey, donde algo restablecido, prestó muy buenos servicios como Jefe de la Brigada del Sur, á las órdenes del General Agramonte, con el grado de Coronel, que le había sido reconocido por el Presidente Céspedes y la Cámara de Representantes. En 1873 fué electo Representante por el Estado de las Villas, desde cuya época se retiró del ejército. En la Cámara se distinguió siempre por lo avanzado de sus ideas y por el radicalismo de su pensamiento. Los abusos, los actos tiránicos y el desorden encontraron en Spotorno un adversario vigoroso que con denuedo se les oponía, frente á frente, quienquiera que los ejecutara. Spotorno es valiente, resuelto, enérgico, de carácter altivo é independiente, sin dejar de ser afable y bondadoso, resaltando en él la envidiable cualidad de ser un amigo leal y un enemigo franco. Es alto, esbelto y bien constituído. Agramonte se felicitaba de su adquisición cuando pasó al Camagüey, en aquella época en que azotado por la desgracia el ejército de las Villas, abandonó su territorio.

En las elecciones anuales del Cuerpo Legislativo, Enero de 1875, se nombró á Spotorno Presidente de la Cámara, cargo que desempeñaba cuando la renuncia de Cisneros, que lo llevó, por ministerio de la ley, á la Presidencia de la República. En el momento mismo de jurar el cargo, ocurrió un incidente que no debo pasar por alto por la resonancia que más tarde tuvo. Desde las primeras horas de la mañana de ese día, se tuvo noticia de que un emisario de los españoles se dirigía á la residencia del Ejecutivo con pliegos de la línea enemiga. Sería la una de la tarde cuando llegó á nuestro campamento el joven camagüeyano señor Francisco Varona Prieto, que traía una carta dirigida al Presidente Cisneros. Cuando llegó á la presencia de éste, lo saludó respetuosamente dándole el tratamiento de Marqués y presentándole un pliego le dijo: "El Sr. D. Pedro Agüero le envía á usted esta carta." Cisneros, arrebatado por la emoción que le causara el recuerdo agradable que despertó en su alma el nombre de un amigo querido, lleno de gozo y extendiendo la mano, exclamó: "¡Ah! Perico: ¿dónde está Perico?"—"En Puerto Príncipe," contestó Varona. Cisneros entonces, como

dominado por amarga decepción, rechazando la carta próxima ya á sus manos, dijo: "Entonces, ¡nada tengo que hacer con él.....!"

Spotorno había jurado ya y el ex-Presidente Cisneros, cumpliendo con su deber, puso al joven y al documento á disposición de aquél. Inmediatamente se tuvo conocimiento del escrito. Era una carta del Sr. Pedro Agüero, cubano que junto á nuestros enemigos no hizo otra cosa que halagar á los españoles, ayudándoles con la influencia que su posición le había creado en Puerto Príncipe y aun en la misma Habana, mientras su Patria gemía en un mar de desventuras y se desangraba en la lucha, sin igual, que venimos relatando: hombre que en un tiempo con Cisneros pareció que sufría con su pueblo, pero que al tomar en la hora de la prueba cada cual su camino, se apartó por entero de los suyos, en ideas é intereses.

En el documento de que hablo significaba, nada menos que en los momentos en que Máximo Gómez con el pomo de su machete tocaba á las puertas de la Habana, que era necesario deponer las armas atendiendo al deber en que se hallaban todos los cubanos de salvar á Cuba de la ruina inminente, pues España, que estaba dispuesta á vencer, echaría mano, en último caso, de los 400,000 negros de que disponía, y lanzándolos contra los blancos, produciría no sólo las horrorosas escenas de Haití, sino que cruzaría el Atlántico, después de abandonar á Cuba convertida en un mar de cenizas, sembrada de escombros, en manos de los negros triunfantes. Este documento fué objeto entre nosotros de un profundo desprecio, que desde ese momento acompañó al nombre de su desdichado autor.

El joven Varona Prieto fué sometido á la acción de un tribunal militar que, no obstante sus protestas para que se le aceptase como soldado del ejército de la República, lo condenó, por toda pena, harto infamante por cierto, á que se le pusiese nuevamente en la línea enemiga, demostrando así que nuestro ejército no reclutaba soldados en las filas del miedo, ni se prevalía de la situación en que un paso impremeditado colocó al joven Varona.

Spotorno nombró Secretario de Estado, encargado interinamente de las Carteras de Guerra y Relaciones Exteriores, al egregio bayamés Tomás Estrada Palma, que se hallaba á la sazón en la Residencia del Ejecutivo; y honró al que os habla con el cargo de Secretario de su Consejo de Gabinete y Canciller de la República. Prestamos juramento inmediatamente y, á la vez que Spotorno, tomamos posesión de nuestros cargos.

La primera medida gubernativa que tomó el Presidente Spotorno, muy de acuerdo con la energía de su carácter y rectitud de principios, fué declarar como correo del enemigo, condenado á muerte por nuestras Ordenanzas militares, á todo emisario del campo español portador de correspondencia en que se hicieran proposiciones de paz que no estuvieran basadas en el principio de la independencia de Cuba. Este decreto se envió al enemigo con el mismo joven Varona Prieto que, según acuerdo del Consejo de Guerra, fué puesto en libertad.

El Presidente de la República dirigió un Manifiesto al Ejército y al Pueblo exponiendo que seguiría la misma marcha política que había emprendido Cisneros guiado por sus principios políticos, que eran los que él sustentaba, y que su Administración tendría dos objetivos principales: la conservación del orden y las Villas.

Al tomar Spotorno la dirección de los asuntos, se encontró por resolver el delicado problema, dada la situación creada por las Lagunas de Varona, del

nombramiento de los Jefes de ejército de Oriente y Camagüey, vacantes por la renuncia de los Generales García y Calvar que los servían. Después de un concienzado estudio de la situación, y con sorpresa general, el Gobierno ratificó el nombramiento hecho por Cisneros en la persona del General Vicente García para el mando en Camagüey, dándole en comisión, además, la jefatura de Oriente. Quedó, pues, nombrado el General Vicente García Jefe de Oriente y Camagüey, honor que no se había dispensado á ningún jefe, y que se comentó desfavorablemente por todo el ejército. ¿Qué se proponía el nuevo Presidente al distinguir tan señaladamente á un jefe que acababa de ser objeto de la censura de todo el país? ¿No habían él y su Secretario de Estado, á quien se atribuía esta última resolución, protestado resuelta y enérgicamente contra el hombre que había tendido, desorganizando el ejército, á matar la Revolución? ¡Ah! decían muchos que pretendieron dar una explicación á la medida, es el principio homeopático "*similia similibus curantur*" aplicado á la política: es que se quiere destruir la ambición naciente de ese hombre, que pudiera tomar colosales dimensiones, con perjuicio de la obra común llevada á cabo á costa de tantos sacrificios, con la ambición misma á que se daba alas, cuyo vuelo se encargaría de entorpecer y cortar á tiempo el pueblo de la Revolución.

Máximo Gómez marchó nuevamente á las Villas, acompañado de los siguientes Jefes y Oficiales: Tenientes Coroneles Juan Rius Rivera y Mariano Torres, los protestantes, en pleno motín, de las Lagunas de Varona, y Miguel Ruíz, ex-Jefe del batallón de Jiguaní; Comandante José Joaquín Garcés, el bravo de Guantánamo, su hermano el Capitán Javier Garsés, y el de igual graduación Vicente Pujals, y algún otro oficial de Oriente y su Estado Mayor. El Teniente Coronel Rafael Rosado fué destinado á Camagüey; el Dr. Félix Figueredo volvió á Oriente á ocupar su puesto de Jefe de Sanidad, y el que os habla quedó, como se ha dicho, de Canciller de la República en el Gobierno de Spotorno. El Mayor General Manuel Calvar marchó á Oriente en situación de cuartel, á esperar órdenes del Gobierno.

* * *

¿Cuál fué el resultado del nombramiento recaído en el General Vicente García para el mando de los dos Cuerpos de Ejército?

El se apresuró á ocupar sus destinos, visitando primero el Camagüey. En los comienzos del mes de Julio se presentó á tomar posesión del 2º Cuerpo, y fué recibido por el ejército del Centro, que al efecto se hallaba concentrado en la parte Este del Camagüey, con marcada indiferencia. Los oficiales se presentaban á ofrecerle sus servicios, pero al hacerlo demostraban que iban obligados por el deber de cumplir lo mandado. Todos llegaban á su tienda, se cuadraban militarmente y haciendo la venia se retiraban después de haber pronunciado la frase de ordenanza: "A sus órdenes, Mayor General." En aquella escogida agrupación de patriotas ni oyó una voz que lo felicitara por su destino, ni hubo uno que le tendiera la mano del amigo: todo fué rigor; todo severidad.

El ex-Presidente Cisneros era un hombre justamente popular entre sus pai-

sanos, y los camagüeyanos, en general, estimaron como si hubiera sido á ellos, el desaire inferido al anciano en las Lagunas de Varona. La generalidad, sin embargo, determinó no presentar obstáculos al Gobierno de la República, y Vicente García empezó á ejercer sus funciones como Jefe del Camagüey.

García, después de una serie de conferencias con el Ejecutivo, resolvió desarrollar el plan que tenía en proyecto para una operación sobre la zona occidental de Holguín, la misma que había indicado á Calvar cuando éste fué nombrado Jefe de Oriente. Para llevar á cabo esta operación, envió órdenes al General Macco, Jefe de la 2ª División de Oriente, y á las Brigadas de Bayamo y Holguín, para que se le incorporasen en La Manteca, adonde acudiría él con fuerzas del regimiento Tunas nº 3.

Ya he manifestado que el nombramiento recaído en el General García había sido aceptado con disgusto en el Camagüey, y que la mayor parte de sus Jefes se resolvió á aceptarlo con ideas de ayudar al Gobierno á salvar la difícil situación creada. Entre otros jefes, el que os habla, uno de los más ardientes opositores á cuanto se realizó en las Lagunas de Varona, indicado para el mando del Regimiento Holguín nº 5, se apresuró á ponerse á las órdenes del Jefe y para demostrar sus buenos propósitos, le acompañó en la operación sobre la zona occidental.

A fines del mes de Julio salió el General García de Guaicanamar con rumbo á Oriente, llegando á La Manteca á principios de Agosto. A nuestra llegada supimos con sorpresa que la Brigada de Bayamo y el Regimiento Jiguaní nº 4, los mismos Cuerpos que de Oriente apoyaron al General García en el movimiento sedicioso, habían sido los únicos en obedecer la orden de marcha: ni la 2ª División al mando del Brigadier Maceo, ni el Regimiento Holguín nº 5 habían marchado á la concentración. Todos los presentes acusaban al Brigadier Maceo como sedicioso: la única voz que se levantó allí para rogar que se suspendiera todo juicio hasta obtenerse noticias de él fué la mía.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué el Brigadier Maceo, el primero siempre en el cumplimiento del deber, el hombre de orden por excelencia, no se encontraba en el lugar que el Jefe le había señalado? He aquí la historia:

Cuando Calvar marchó á Camagüey, quedó el Brigadier Maceo, accidentalmente, al mando de las fuerzas de su División y las del Regimiento Holguín nº 5 que, como se ha explicado, fueron las únicas que permanecieron en sus puestos cuando la sedición. Aprovechando aquella buena oportunidad y disposición, marchó á Holguín donde efectuó una brillantísima operación en la zona del Este, tomando por asalto el bien fortificado campamento La Demajagua y derrotando al enemigo dos veces en campo abierto, en momentos en que éste pretendió cortarle la retirada. En esta violenta y gloriosa operación se distinguieron mucho por su valor los Coroneles Leonardo del Mármol y Emilio Noguera, que mandaban respectivamente las Brigadas de Guantánamo y Cuba, y puso á prueba el Brigadier Maceo, una vez más, su pericia y talentos militares.

Al salir triunfante de aquella operación lo alcanzó un correo de las Tunas con la orden para la concentración en La Manteca. Pronto se propaló en aquella fuerza la nueva del nombramiento del General Vicente García como Jefe del Departamento Oriental, y un grito de indignación se escapó de todos los pechos. Al Brigadier Maceo se le presentaban los grupos de Jefes y Oficiales pidiéndole

se levantara una protesta y se suplicara al Gobierno el inmediato relevo de aquel Jefe. La situación de Maceo era por demás crítica ante la actitud de aquellas fuerzas y la orden del General Jefe del Departamento. Temeroso de exasperar los ánimos y de provocar un serio conflicto, aceptó que se redactara una Manifestación al Gobierno, en la que se hacía resaltar la injusticia que se cometía con ellos, hombres de orden, que en los días de prueba permanecieron al lado de la ley, defendiendo la Constitución y la disciplina del ejército; y pidiendo la destitución del General Vicente García, quien debía ser sustituído, según se recomendaba, por el Mayor General Modesto Díaz, bravo extranjero que tantos servicios había prestado á la causa de Cuba, y que en Oriente gozaba de justa popularidad.

Al enterarse el Cuartel General de que Maceo no había concurrido á la concentración, supuso que algo grave ocurriría por Oriente, y aunque nada oficial supo, llegó la noticia de lo que pasaba, trasmitida por el pueblo. El General García se apresuró á manifestárselo al Gobierno, dándole una interpretación desfavorable para Maceo, resolviendo efectuar la operación proyectada sin el concurso de la 2ª División y el Regimiento Holguín.

Ya por esta época se venía preparando la opinión popular para el acto importantísimo de la elección de Representantes á la Cámara.

Oriente, como los otros Departamentos, debía elegir cuatro Diputados, según lo acordado por el Cuerpo legislativo. Las Lagunas de Varona, antes de disolverse, habían formado su candidatura, escogiendo á los Sres. Dr. Miguel Bravo Sentíes, Ldo. Lucas del Castillo y Coroneles Antonio Bello y Jaime Santiesteban. Los opuestos al movimiento habían lanzado la siguiente: Ldo. Joaquín Acosta, Dr. José Enríquez Collado, Tenientes Coroneles Pablo Beola y Fernando Figueredo Socarrás. La opinión estaba completamente dividida: los dos partidos eran intransigentes en sus hombres y sus ideas: todos se aprestaban á la lucha resueltos á triunfar y, desde luego, se esperaban unas elecciones reñidísimas. Faltaba todavía sobre un mes para el día fijado por la Ley para ese acto.

* * *

El General Vicente García se internó en la zona occidental de Holguín con una bonita columna compuesta de mil ó más infantes, de los Regimientos Tunas No. 3, Jiguaní No. 4 y la Brigada de Bayamo, y sobre ciento cincuenta caballos de los Regimientos Río Blanco y Céspedes. Ya hemos dicho que Vicente García era matemático en sus operaciones, debido á su sistema de combinación, á su práctica y perseverancia. Su plan era entrar por la parte occidental del territorio; asaltar, tomar y destruir cuantos campamentos encontrara á su paso, y salir por la parte oriental; pero le faltó la ayuda de la segunda División y del Regimiento Holguín No. 5, lo que hizo que se tuviera que limitar al ataque de dos campamentos de importancia, "Uñas" y "Auras," de los que extrajo un buen botín y armas y municiones de guerra en abundancia. Después aguardó en el ingenio "Mano" á que el enemigo lo atacara dos ocasiones con caballería, siendo en ambas rechazado y derrotado á la vista del poblado de Uñas. El Ge-

neral se retiró, y la concentración se disolvió. Cuando llegó á Tunas supo la petición de Oriente, y se apresuró á elevar al Gobierno la renuncia del cargo en comisión de Jefe del primer Cuerpo de ejército, la que le fué en el acto aceptada.

El Gobierno nombró para sustituirle al Mayor General Modesto Díaz que, como dejamos dicho, gozaba de merecida popularidad en Oriente, principalmente entre los bayameses. Su nombramiento para sustituir á García fué acogido con indecible contento. El General García quedó limitado en su mando al Camagüey, en la misma situación en que lo encontró el suceso de las Lagunas de Varona, teniendo en su contra la impopularidad en el Departamento que mandaba. Comprendiendo lo falso y lo violento de su posición trató de renunciar; pero el gobierno de Spotorno no accedió á sus deseos, exigiéndole continuase en el destino.

El Mayor General Modesto Díaz, natural de Santo Domingo, Brigadier de las Reservas españolas antes del diez de Octubre de 1868, defendía la cárcel de Bayamo al frente de un reducido número de hombres, cuando los patriotas al mando de Céspedes, invadieron esta ciudad. Durante la conspiración que preparó el grito de Yara, Modesto Díaz fué invitado á unirse al proyecto contra España, pero siempre se excusó alegando su compromiso con los españoles; mas agregaba: "si algún día cesa éste, demostraré cuánto estimo á los cubanos y á su causa." Díaz defendió con denuedo y bizarría, secundado por Heredia, dominicano también, el puesto que se le confiara; pero habiéndose unido á los asaltantes la milicia de color de Bayamo, que guardaba una de las entradas de la plaza donde se hallaba la cárcel, á los primeros tiros se vió ésta invadida por Marcano, dominicano al servicio de la Revolución, quien sorprendió á sus paisanos obligándolos á rendirse incondicionalmente.

Céspedes ocupó la cárcel, cuidando, antes que nada, de recordar á Díaz su promesa, y como éste era prisionero de los cubanos, estimó que estaba ya desligado de todo compromiso con España. "Cuente usted, dijo al vencedor, que la causa de Cuba tendrá en mí un fiel servidor, y en prueba de mi buena fe, permítame estrechar su mano." Las armas de Cuba acababan de hacer una gran adquisición en la persona del insigne guerrillero dominicano, á quien pronto veremos dando pruebas de un valor extraordinario y de una pericia que le valió el aprecio y estimación de sus compañeros de armas. Céspedes lo nombró Teniente General, y aprovechando los elementos adquiridos en Bayamo, formó una columna que bajo las órdenes de Díaz y apoyada por Mármol y sus oficiales, salió á esperar al Coronel Campillo que, á marchas forzadas, se dirigía sobre la plaza recién invadida.

Los cubanos encontraron á Campillo entre Barrancas y Bayamo, al pasar el río Babatuaba, donde se rompieron los fuegos entre el improvisado ejército y las fuerzas españolas. Los nuestros sostuvieron su posición con bastante lucidez; pero hubo momentos en que á no ser el esfuerzo personal de Modesto Díaz, no se hubiera podido resistir al enemigo. El General, atrincherado detrás de una frondosa ceiba, disparaba sin interrupción varias armas de fuego que se hacía cargar por sus soldados, y con su robusta voz atronaba el espacio ordenando enérgicas cargas al machete,—á machetes imaginarios que no existían en los flancos,—logrando así amedrentar á Campillo, que se creyó envuelto por potente ejército, y mandó tocar alto, retirándose á Manzanillo. Vuelta la espalda el enemigo, se animaron un tanto los bisoños, que picaron la retirada. El esfuerzo

de aquel solo hombre salvó en sus primeros momentos á la Revolución, evitando que Campillo, llegando á Bayamo después de derrotar á los cubanos, se hubiera unido á la tropa que defendía la plaza, atrincherada en el Cuartel de infantería, dando tiempo á la llegada de Quirós que venía de Santiago de Cuba. Si tal hubiera sucedido, la Revolución queda aplastada en Bayamo. Modesto Díaz la salvó, y con este solo rasgo se captó el respeto de todos y adquirió el buen nombre, que mantuvo siempre durante la guerra de los diez años.

El General Díaz desempeñó distintos cargos en la Revolución; pero generalmente ocupaba la jefatura de Bayamo, donde era muy estimado y popular. Los españoles trabajaron mucho por atraerlo, pues lo conocían de Santo Domingo y apreciaban sus méritos; pero él se mantuvo siempre á la altura que sostuvieron esos bravos hijos de la heroica Quisqueya, aun en aquellos días de espantosas pruebas en el cumplimiento de la honrosa misión que se impusieron de coadyuvar á la Independencia de su patria adoptiva. Desempeñaba Díaz el cargo de Inspector general del Ejército cuando fué nombrado para sustituir al General García en la Jefatura del primer Cuerpo.

Modesto Díaz es alto, de constitución robusta, de carácter bondadoso, de educación descuidada, valiente, enérgico, de talento militar, astuto é inimitable en el sistema de guerrillas, y muy ágil, no obstante rayar en obesidad su corpulencia. Es un amigo leal, dispuesto siempre á perdonar faltas y ofensas. Bayamo era como su ciudad natal, y estimaba que este cariño á Bayamo lo autorizaba para tratar á los bayameses como á sus hijos. Empezó á mandar el Departamento de Oriente con general aplauso.

* * *

En la lectura anterior, al daros cuenta de la muerte del heroico Brigadier José González Guerra, os ofrecí completar su historia, refiriéndoos además sus operaciones, su herida y su fallecimiento.

González Guerra era de humilde cuna; pertenecía á la clase del pueblo: nació en Cienfuegos, donde se había formado una buena reputación por su honradez y laboriosidad. Fué uno de los primeros que apoyó enérgicamente el movimiento revolucionario á que se lanzaron las Villas en los primeros días de Febrero de 1869. Como Spotorno, era oficial de voluntarios, y como él arrastró un buen número de hombres, armados y disciplinados, que le sirvió como núcleo para moralizar y adiestrar una buena partida. Desde los primeros momentos se hizo notar por su orden y sobre todo por su valor en el combate. Operó en Cienfuegos hasta que en los aciagos días de 1871 tuvo que refugiarse con las tropas de las Villas, al mando del distinguido extranjero General Salomé Hernández, en territorio camagüeyano. González Guerra siguió la peregrinación hasta Oriente con parte de sus tropas. Se batió en Bayamo, Cuba, Guantánamo y Holguín, siempre con aplauso general.

En 1872 retornó á Camagüey con su columna notablemente reducida por las enfermedades, el hambre y las balas, dejando por detrás, entre otros, á los Generales Salomé Hernández y Adolfo Cavada, que sucumbieron en Guantánamo.

Agramonte se felicitó por la llegada de González con las fuerzas al territorio de su mando, y tuvo éste la fortuna de ayudar de manera notoria en las operaciones más brillantes que realizara el héroe camagüeyano. A poco de su vuelta al Centro, y sediendo á las repetidas instancias del Jefe del Departamento, fué ascendido á Brigadier. El General Gómez lo había nombrado Jefe de las fuerzas de las Villas cuando atacó detodadamente y tomó á San Jerónimo. Apoyó con gran empeño el paso de la Trocha y justificó el acierto de su Jefe en el nombramiento para que mandara la fuerza de las Villas. El General Gómez, para operación tan delicada como la que le confió, no pudo entregarle más que doscientos hombres de infantería y caballería; pero la falta de número estaba suplida por su valor, inquebrantable actividad y buen deseo que, salvando todos los obstáculos, lo hacían capaz de cualquier empresa, mucho más operando en la jurisdicción de Cienfuegos, lugar de sus simpatías.

En los primeros días de Mayo no sólo había ocupado el distcito de Cienfuegos, sino gran parte del de Trinidad, necesitando para lograr esto derrotar á los españoles donde quiera que los encontraba. El paso del Zaza, de vado forzoso, fué una operación que pudo realizar gracias á su pericia y astucia. Estas operaciones dieron por resultado que el enemigo, amedrentado, se replegó á sus atrincheramientos, ofreciendo oportunidad á González para desplegar todas sus actividades, conociendo, como conocía, aquella localidad. Emprendió una notable serie de operaciones, multiplicándose en sus movimientos, atacando, tomando los convoyes en el campo y posesionándose de los campamentos, quedando dueño absoluto de aquellas comarcas. Una de sus acciones más notables fué la de Manaquita, Cienfuegos, en la que dejó el enemigo sobre el campo más de doscientos cadáveres. Atacó á Potrerillo, en Villaclara, y á Guanabo, en Trinidad. Estas fortificaciones fueron tomadas á viva fuerza, dando por resultado la completa desmoralización del enemigo.

Los asaltos de Nacimiento, Charco Azul, La Cana, Yaguanabo, Macagua, El Sitio, Tamarindo, Plato de Palo, Barajagua, Biajacas, Caonaito, El Negrito, La Jutía y Lomas Grandes, de cuyas trincheras fueron desalojados los españoles á costa de mares de sangre de sus soldados, cierran brillantemente la honrosa carrera del bravo militar cuyos hechos relatamos. Su plan se acababa de completar provocando una reacción que no tuvo igual en los anales de nuestra lucha.

En un mes de operaciones constantes llevadas á cabo con éxito extraordinario, el nombre de José González Guerra, el denodado hijo del pueblo, había arrastrado á su lado á más de dos mil hombres armados, de los que tenía montados en los mejores caballos de la isla de Cuba sobre setecientos. Su gente estaba perfectamente municionada y equipada. Sus armas todas, que en el momento de la invasión eran *de percusión*, se habían transformado en *de precisión*, contándose los magníficos rifles sistema Remington por el número de soldados, esto es, tenía más de dos mil. Pocas veces la fortuna ha acompañado tan de cerca á un arrojado.

Apenas organizado, destacó al Teniente Coronel Cecilio González sobre Colón, en cuyo territorio se hizo sentir favorablemente á la causa de Cuba el estruendo de sus armas: la Revolución avanzó hasta Alacranes: "los patriotas tocaban con sus machetes á las puertas de la capital."

Pero como si aquello fuese demasiado, como si fuera preciso cortar el vuelo al Angel de la Independencia de Cuba que parecía cerner sus alas sobre nuestras

valientes tropas, coronando de laureles á Máximo Gómez y á José González Guerra, he aquí que dos acontecimientos igualmente funestos vinieron á detener el curso de tanta heroicidad, de gloria tanta: las Lagunas de Varona y la prematura muerte del héroe de las Villas occidentales, Brigadier José González Guerra.

En uno de los combates de menos importancia, recibió una insignificante herida, de la cual, cosa rara en la guerra de Cuba, le sobrevino el tétano, desconocido entre nosotros, de cuya enfermedad murió presa de angustias y dolores, rodeado de sus amigos, sus subalternos, sus admiradores, perdiendo Cuba un hijo que tanto y tanto hizo por sacar airoso el débil esquife de la Independencia patria del mar proceloso que tan heroicamente venía surcando desde el diez de Octubre de 1868.

Ya he dicho en mi última conferencia que el Mayor General Carlos Roloff, el decidido amigo de Cuba, el Polaco, sustituyó al Brigadier González Guerra en el mando de las Villas occidentales. El General Gómez había sido llamado con urgencia al Camagüey, donde permaneció, como queda ya dicho, unos veinte días, estando sobre un mes fuera del territorio de su mando.

* * *

Serían las siete de la noche del catorce de Julio de 1875 cuando el Mayor General Máximo Gómez, mandando el Regimiento caballería Expedicionario, del Camagüey, su Coronel Gabriel González, la Escolta del General, su Capitán Varona, y varios Jefes y oficiales orientales, que habían solicitado del Gobierno de la República ser destinados al tercer Cuerpo de Ejército, franqueaba la línea militar conocida por La Trocha. Un total de ciento cincuenta jinetes á lo más componían ese grupo. La señora del General Gómez, con una niña de tres ó cuatro años de edad (Clemencia) y dos señoras más, formaban parte de la impedimenta. Los fortines inmediatos dieron la señal de alarma disparando sus rifles sobre el grupo, disparos que les fueron contestados sin detener la marcha y sin lamentar accidente desgraciado.

A la misma hora, poco más ó menos, cruzaba también la Trocha el Comandante Carrillo, con algunos infantes y bastante impedimenta, á pocas millas más al sur del lugar escogido por el General Gómez para su paso. Carrillo no fué notado por los españoles y se incorporó unos días después en el Rincón del Guano. Pasada la Trocha por Gómez, marchó cuatro ó cinco millas, pernoctando en el Pasto. A la mañana siguiente continuó su marcha, haciendo una jornada de cinco leguas y acampando en un potrero cuyo nombre no recuerdo. De allí envió un correo al General Sanguily, que en la misma tarde se le reunió acompañado de dos Ayudantes y algunos números de su Escolta. El General Sanguily puso inmediatamente en conocimiento de Gómez, que la suerte no había sido nada propicia con el digno General Roloff, y que todo el edificio levantado por los esfuerzos del Brigadier González Guerra en las Villas occidentales, se había desmoronado, arrastrando en su caída la brillante reacción que se operara en los últimos días de vida del héroe del pueblo. El General Gómez, ante aquel triste

relato, determinó volar en auxilio de Roloff, casi sin detenerse en las Villas orientales.

El diecisiete por la mañana se puso el General en movimiento con el Regimiento de caballería Expedicionario y las Escoltas de ambos Cuarteles Generales, encontrando á su paso por Río Grande al enemigo, con una columna fuerte de mil doscientos hombres de las tres armas. El General dispuso en el acto su gente, trabándose un reñido combate que terminó con la retirada del enemigo hacia Arroyo Blanco, dejando algunos cadáveres insepultos. El Coronel Enrique Mola con cincuenta jinetes hostilizó su retaguardia en un largo trecho. Los patriotas continuaron marcha hasta Rincón del Guano, residencia del Cuartel General de la primera División. Allí se descansó de las fatigas de la continuada marcha emprendida en San José de Guaicanamar, Camagüey.

Pocos días después continuó marcha el General Gómez, rumbo á Remedios, llegando el diez de Agosto al campamento El Manguito, que sobre la margen derecha del Zaza había formado el jefe de aquella zona, Brigadier Angel Maestre. El General revisó unos cuatrocientos hombres de infantería y caballería pertenecientes á dicho Cuerpo, los que encontró en satisfactorio estado.

El día once se despidió del Brigadier Maestre, dirigiéndose á Villaclara. Tres días de marchas forzadas, siempre por zonas enemigas, los llevaron al Cuartel General del Jefe de las Villas occidentales, General Carlos Roloff, á quien se incorporaron el quince en el cafetal González. Una vez reunidos conferenciaron y para tomar las medidas conducentes á la reorganización del territorio, se situó el General Gómez en Las Minas, y Roloff con la infantería, en Sitio de Maya, distante una legua del Cuartel General.

El Jefe del Departamento puso á disposición del de la segunda División, ó séase las Villas occidentales, á los Tenientes Coroneles Miguel Ruíz y Mariano Torres, Comandante José Joaquín Garcés y Capitanes Javier Garcés y Santiago Dellundé. El Teniente Coronel Rius Rivera fué incorporado á la caballería y el Capitán Pujals, que en Guantánamo había sido Ayudante del General Gómez, figuró otra vez en su Estado Mayor. Estos fueron los Jefes que pidieron pasar de Oriente á Occidente con motivo de los desórdenes que fatalmente se operaron en aquel Departamento.

¿Cuáles fueron las causas que motivaron la repentina desorganización de las fuerzas de la segunda División? Son varias y debemos exponerlas con toda la precisión que el caso exige.

El General Carlos Roloff, que se había distinguido por su orden y moralidad y que por su calidad de extranjero y por las demostraciones de amor á la causa que había abrazado, se captó el respeto y afecto de todos los cubanos, tropezó con dificultades tan serias, que terminaron su mando de manera desgraciada.

El Teniente Coronel Cecilio González había invadido la jurisdicción de Colón con éxito extraordinario. El General Roloff hizo otro tanto en Sagua la Grande, donde emprendió una serie de operaciones con resultado brillantísimo, destruyendo valiosas fincas azucareras, ocupando caseríos de importancia, y presentando combates á los españoles, en campo abierto. Sus fuerzas, en el mayor número, la componían hombres procedentes del campo enemigo que habían venido á cobijarse en nuestra bandera, atraídos unos por la popularidad del nombre del Brigadier González Guerra, otros por el temor de que un cercano

triunfo los sorprendiera en las filas enemigas, y, los más, por la necesidad sentida de llenar sus deberes de cubanos.

El General Roloff se paseaba triunfante por la jurisdicción de Sagua y debía terminar su carrera victoriosa con el asalto y toma de la ciudad cabecera, coronando así una de las operaciones más brillantes que se llevara á cabo en la Revolución; pero en los momentos en que se dirigía hacia la ciudad de Sagua, ya casi á su vista, recibe un aviso de los seudo patriotas que desde la ciudad prestaban el servicio de confidentes, en que se manifestaba la imposibilidad de realizar el asalto sin contar con un descalabro seguro, en que se perjudicarían en grado superlativo los intereses de la Patria. La plaza, según el aviso *patriótico*, había sido reforzada, y miles de hombres aguardaban á los asaltantes para obtener sobre ellos una victoria sencilla con su completa derrota.

He aquí lo que pasaba. Apenas se tuvo conocimiento de que los separatistas al mando del consecuente polaco habían invadido la zona de ingenios, se pusieron en movimiento cuantas columnas enemigas había en la jurisdicción; los españoles, atemorizados, no salían al encuentro del General Roloff, que impasible avanzaba destruyendo cuantas fincas encontraba á su paso y engrosando sus filas con hombres que la reacción quitaba al enemigo. El pánico crecía en todas partes en proporción con las marchas de los cubanos: los españoles en operaciones, ya á vanguardia, ya á espaldas de Roloff, no lo encontraban nunca, pretextando que éste rehuía los encuentros: los cuerpos de voluntarios se descomponían sin que ningún jefe lograra formar venticinco hombres. Próximos los invasores á Sagua la Grande, se tocó llamada durante muchas horas sin lograr que se formaran las fuerzas suficientes para oponer la debida resistencia al posible asalto. No valió ni la orden terminante del Gobernador, ni el empleo de comisiones que fueron de casa en casa haciendo patrióticas excitaciones. La respuesta de que no *eran carnada para tiburones* y otras por el estilo, se daban franca y resueltamente á las comisiones. La opinión general estaba por un arreglo con los patriotas sobre cualquier base.

En este estado de pusilanimidad por parte de los vecinos de la ciudad, recibe el General Roloff el aviso de los titulados patriotas, de hombres corrompidos que con fines bastardos, de sórdido interés personal, venían, al parecer, sirviendo la causa de su patria, cuando lo que hacían en su mayoría era medrar y enriquecerse á su sombra, y que temerosos de que el asalto á la ciudad secara de una vez las fuentes de explotación para ellos abiertas, quisieron evitarlo engañando, miserables, al Jefe de la operación, que confiado, no pudiendo creer en la mala fe de sus confidentes, suspendió el asalto que hizo desmoronar el edificio levantado, perjudicando en gran manera el buen nombre del polaco.

No fué sólo el General Roloff la víctima de los *soidisant* patriotas. El General Calixto García tuvo que abandonar el proyecto de asaltar la Demajagua, Holguín, en Mayo de 1873, retirándose después de estar sobre el poblado, porque los *comunicantes*, como se llamaban en Oriente, le salieron al encuentro y le relataron las mismas fábulas que los de Sagua á Roloff. Igual proceder se observó con el Brigadier Ruz, en Bayamo, cuando pretendió asaltar esta ciudad y otra vez en Cauto Embarcadero; del mismo modo se procedió con Máximo Gómez á principios de 1872 cuando asaltó á Jamaica, en Guantánamo, y con el Brigadier Maceo en igual operación sobre la Demajagua y que hemos relatado al principio

de esta lectura, con la diferencia de que Gómez y Maceo desatendieron las indicaciones ó *oportuno aviso* de los de dentro, y contra sus consejos y voluntad se fueron encima de los lugares designados, obteniendo ambos completo triunfo. En la Demajagua, cuando la asaltó Maceo, murieron dos de los mismos que habían salido al encuentro para evitar el asalto, y que ante la resolución del asaltante volaron á ocupar sus puestos con los españoles, dándoles antes el correspondiente aviso y encontrando los patriotas al enemigo preparado para recibirlos.

El General Roloff se retiró ya en las puertas de la ciudad produciendo malísimo efecto en las tropas, principalmente en la veterana, que desconociendo el motivo de la brusca retirada del General, lo interpretó cada uno á su antojo.

Roloff se marchó á la zona de la Revolución y algunos espíritus avisos, de esos que no faltan en ninguna parte, se aprovecharon de aquel incidente que no tenía gran importancia, ni podía desdecir del buen nombre conquistado por el digno extranjero, para hacerle una atmósfera tal, que principió á reflejarse en la indisciplina de las fuerzas. Los españoles por su parte, estimando como cobardía la conducta del Jefe, se envalentonaron y aceptaron combates en los que la fortuna no acompañó á los cubanos.

Muchos veteranos desertaron de nuestros campamentos, introduciéndose, unos en las zonas enemigas, donde vivían, haciendo la guerra al *detalle* sin obedecer á jefe alguno; otros se internaban en nuestras propias zonas, donde esquivaban las comisiones de reclutamiento que destacaba el Cuartel General.

Otro acontecimiento desgraciado vino á coincidir con la triste situación que se iba creando en las Villas occidentales. El Teniente Coronel Cecilio González, que después de haber recorrido triunfante el territorio de Colón, sembrando, como Roloff en Sagua, el desconcierto y el espanto entre los españoles, debía asistir á una cita con el Jefe de la División; marchaba rumbo á la Siguanea con una impedimenta de más de seiscientos hombres y trescientos caballos cargados de ropas, viandas, víveres, etc. Inmediato á Las Cruces, punto donde corta la línea férrea de Santa Clara á Cienfuegos la del ferrocarril de Sagua, no tomando todas las precauciones necesarias, que siempre son pocas en situaciones semejantes, embriagado con sus triunfos recientes, cometió una imprudencia que pagó muy cara.

En marcha para la Siguanea, como hemos dicho, distante ya de los montes de la Caldera que le brindaban seguridad y que como punto estratégico no tenían rival, pernocta á una milla de Las Cruces, donde el Conde de Valmaseda tenía su Cuartel General y concentraba sobre ocho mil hombres de las tres armas; y al amanecer emprende la marcha cruzando la vía férrea á la vista del campamento español de Palma Sola.

Los españoles hicieron un reconocimiento, y así que se convencieron de que la mayoría de aquella columna era impedimenta compuesta de morenos y asiáticos, se resuelven á batirlos, y al efecto mandan en su persecución una fuerte columna de las tres armas que ataca al Teniente Coronel González. La situación no podía ser más desventajosa para nuestras armas, en medio de aquel despoblado y á presencia del Cuartel General enemigo que disponía lujosamente de cuantos recursos pudieran necesitarse. Se trabó un combate muy reñido donde se hizo por parte de González lo que humanamente fué posible. Cuéntanse rasgos de valor extraordinarios. Entre otros el del Capitán Crespo, de caballería, que salvó á dos infantes batiéndose denodadamente en retirada contra un grupo de

veinticinco enemigos por espacio de quince minutos, hasta conseguir montar á la grupa á uno de los dos mientras que, arrastrando al otro, escapaba velozmente. El resultado de aquel combate fué funesto para la Revolución. El enemigo se cebó en nuestra impedimenta, destrozándola de una manera horrorosa y apoderándose de todos los caballos cargados de víveres y ropas.

El Teniente Coronel logró retirarse dejando aquel campo, á la vista de Las Cruces, sembrado de cadáveres de aquellos que acababa de extraer de los ingenios. Esta derrota influyó de una manera funesta en las fuerzas del General Roloff, en las que cundió la desmoralización, desertando al enemigo gran parte de aquel núcleo que había traído la reacción provocada por González Guerra y que hizo concebir á los patriotas tantas esperanzas como temores á los enemigos.

El General Roloff, en vista de los acontecimientos, presentó la renuncia de su cargo de Jefe de la segunda División; pero el Cuartel General, convencido de que distaba mucho de ser el General el culpable de aquella situación que era más que nada una alternativa natural de la Revolución, y por la que pasaba aquella comarca, como habían pasado las otras del territorio revolucionado, no dió curso a la renuncia hasta después de muchas y reiteradas instancias del Jefe renunciante. El General Roloff fué sustituído accidentalmente por el Coronel Rafael Rodríguez, del Ejército del Centro, que ya tenía un nombre esclarecido conquistado en Camagüey á fuerza de distinguirse como soldado valiente y entendido. El Teniente Coronel Cecilio González regresó al territorio de Colón después de la derrota de Palma Sola.

* * *

El Coronel Spotorno empezó á llevar á término su programa de gobierno tan pronto se hizo cargo de la Presidencia de la República.

Gómez marchó á ocupar su destino como hemos visto; Vicente García quedó en su nueva situación de Jefe del Centro, y el Gobierno pasó á Oriente á extraer, él mismo, el contingente que había de reforzar el ejército de las Villas, tercer intento que hacía aquel Departamento para poner una digna representación de la flor de su ejército del otro lado de la Trocha.

En los primeros días de Diciembre se anunció la presencia del Ejecutivo en el Departamento oriental, acampando en Tacajó, jurisdicción de Holguín. Allí, llamó al Brigadier Maceo, Jefe de la División de Cuba y Guantánamo, que al frente de parte de sus fuerzas acudió presuroso al llamamiento del Gobierno. Este con idea de alentar el espíritu de la tropa algo decaído por cierto con motivo de los acontecimientos explicados anteriormente, dispuso un paseo militar por la zona del Holguín. Había confianza ilimitada en la pericia del Brigadier Maceo, y contando con el nunca desmentido valor de la tropa de Oriente, se organizó una operación que consistió en sorprender la zona, asaltando los campamentos de Jesús María, Guajabales y Pedernales, pasando por las puertas de la ciudad. Todo se efectuó con el mayor éxito.

Maceo al frente de la columna, compuesta de unos quinientos hombres de infantería y cien caballos del Regimiento Santiago á las órdenes del bravo Te-

niente Coronel Pablo Amábile, y acompañado del Gobierno, entró en la zona occidental sorprendiendo á los poblados dichos, que cayeron en nuestro poder, proveyéndonos de un buen botín y municiones de guerra. Las ocho de la mañana serían cuando después de haber ocupado á Pedernales presentábamos nuestra hermosa bandera á las puertas de Holguín, más gallarda que nunca, sostenida por el robusto brazo del Comandante Esteban Arias, joven simpático que se había hecho notable por su valor. La charanga de la Brigada de Holguín lanzaba al aire sus harmoniosos acordes, amenizando la escena con el popular himno de las Villas, mientras que en medio de los vítores de nuestra tropa, nos recibían los españoles con descargas cerradas de fusilería é incesante fuego de cañón. Tomaron nuestra presencia por un asalto, y alarmados defendían tenazmente la entrada.

Pero nuestro objeto fué llenar un deber de cortesía saludándolos nada más y hacer ostentación de nuestras fuerzas y valor. ¡Mañana de escenas sublimes que no se borrarán jamás de la mente de cuantos tuvimos la honra de ser actores de drama tan encantador! ¡Cuán orgullosa lucía nuestra bandera, cuando arrebatada por la brisa, se desplegaba frente á aquel enemigo que nos acosaba con su metralla, escondido en sus trincheras! Tomás Estrada Palma, el popular bayamés, el Secretario de Estado, junto á Arias el portaestandarte, y casi sobre la trinchera enemiga, envuelto en el humo de las descargas, arengaba con ardor nuestras huestes, inclinando su espíritu hacia el refuerzo de las Villas. Las tropas se dejaban arrebatar por las elevadas y entusiastas palabras de aquel hombre, pequeño de cuerpo, pero de talla incomensurable en el instante en que frente al enemigo llenaba su misión como patriota y como gobernante. Es que el pueblo siempre se deja arrebatar y arrastrar por la verdad, y ningún doctrinario pudo nunca apoyarse de una manera más sublime que lo hiciera en aquellos momentos Estrada Palma para llevar á su ánimo el convencimiento de la necesidad de reforzar con fuerzas orientales á los hermanos que peleaban en las Villas. Las tropas acogieron con entusiasmo extraordinario las palabras del Secretario de Estado, y allí, al compás del himno invasor de las Villas, bajo los pliegues de nuestra bandera y la metralla del enemigo, se selló el compromiso entre el Gobierno y el Ejército de Oriente, de reforzar la Revolución en el tercer Cuerpo.

Cuando regresamos al campamento de Tacajó, ordenó el Gobierno la extracción de doscientos hombres de las fuerzas presentes, organizando así parte de los que habían de marchar. En la línea occidental lo aguardarían las correspondientes á Bayamo y el segundo Batallón de Jiguaní.

En la segunda decena de Diciembre emprendió marcha el Gobierno con aquellos doscientos hombres, abandonando á Tacajó en medio de entusiastas aclamaciones de los que partían y de los que se quedaban, á los acordes del aire del día, del himno de las Villas, tocado por la música de Holguín. La escena era conmovedora: los amigos, los hermanos se despedían, quizás para siempre, y sus frases y sus protestas de cariño eran interrumpidas por la constante harmonía de la música y por el coro de los que partían, que tomaban para ellos la bella estrofa que dice:

¡Hurra! á las Villas, porque nos llama
La voz de un pueblo que gime allí,
En las riberas del Agabama
Y en las orillas del Damují.

Aquel grupo de hombres marchaba contento y satisfecho de haber cumplido con su deber.

Spotorno y Estrada también estaban alegres y satisfechos; también ellos habían cumplido el suyo. El Mayor General Manuel Calvar, designado para pasar á Occidente, los acompañaba, marchando en el contingente.

El momento deseado por muchos de que se efectuaran las elecciones de Diputados que habían de componer el nuevo Cuerpo Legislativo, llegó por fin, después de algunos días de verdadera campaña preparatoria, en la cual se hizo atmósfera y opinión favorable á cada candidatura por sus simpatizadores, particularmente en Oriente. Las elecciones se efectuaron uno de los últimos días de Diciembre, simultaneamente en todo el territorio de la República como estaba prevenido por la Ley, y quedó explicado en la primera conferencia.

Recogidas que fueron por el Ejecutivo las actas de elecciones en todo el territorio, resultaron electos, por Oriente: los señores Dr. Miguel Bravo Sentíes, José Enríquez Collado, Teniente Coronel Pablo Beola y el que tiene el honor de hablaros. Por Camagüey: Salvador Cisneros Betancourt, Miguel Betancourt Guerra, Francisco Sánchez Betancourt y Antonio Aguilar. Por las Villas: Juan B. Spotorno, á la sazón Presidente de la República, Eduardo Machado, Doctor Manuel Pina y Coronel Marcos García. Por Occidente: Luis Victoriano Betancourt, Federico Betancourt, José A. Pérez y Francisco La Rua. Antes de abandonar este asunto para volver á tratarlo el día de la reunión de la Cámara, voy á permitirme hacer unas ligeras observaciones.

Sólo en Oriente hubo dos candidaturas: una que brotó en las mismas Lagunas de Varona, y se prometía llevar al Congreso cubano los principios y doctrinas del motín; y otra que la componían hombres que se habían distinguido por su oposición á aquel movimiento político. Los primeros eran casi todos hombres esclarecidos por su talento é ilustración: los segundos, entre los que figuraba el que os habla, no habían conquistado otro nombre que el que ganaran en aquellos días de revuelta como hombres de orden. Pertenecían al partido que las Lagunas de Varona calificaron de *conservador*, aplicándose ellos el de *reformista*. Nosotros, si algún nombre nos hubiéramos dado, habría sido el de *partido del orden*.

En Camagüey, las Villas y Occidente no hubo sino una sola candidatura. La opinión popular designaba á aquellos mismos que habían figurado anteriormente en la Cámara. Sólo en Oriente hubo lucha, lucha reñida y pertinaz, donde los agraciados por el voto popular triunfamos por una pequeña mayoría. En Oriente triunfó el partido conservador, eligiendo tres de cuatro Diputados que debía mandar á la Representación Nacional. Los reformistas lograron elegir al ilustrado Dr. en Medicina Miguel Bravo Sentíes que, á pesar de su directa é inmediata participación en los funestos sucesos de las Lagunas de Varona, conservó siempre su popularidad entre las masas orientales. Esta es la verdad: algunos pretendían, sin embargo, que había sido favorecido con tal distinción, la más honrosa que pudiera conferirse en la Revolución cubana, por temor de que si quedaba *sin destino* podía dar origen á nuevos disgustos y trastornos. Esta fué la protesta más enérgica del pueblo cubano contra los acontecimientos de las Lagunas de Varona. Oriente no pudo mandar sino una sola voz al Congreso de la República, única que defendería las reformas pedidas en aquella funesta reunión:

los otros tres Departamentos mandaron precisamente los mismos hombres que, al parecer, querían eliminar los llamados reformistas.

El contingente de Bayamo se incorporó en la línea occidental de Holguín, y todas las tropas, á las órdenes del Teniente Coronel, ascendido á Coronel, Mariano Domínguez, el valiente jefe del Batallón Luz de Yara, salvó la Trocha, sin novedad alguna, días después.

El Gobierno volvió en el acto á Oriente á extraer el resto hasta 500 hombres. La primera operación se había llevado á cabo con una actividad y éxito tales que hacían honor á Spotorno y á Tomás Estrada Palma. El Brigadier Maceo, avisado de antemano, nos esperó en Holguín, y como toda reunión de tropas era pretexto para un asalto al enemigo, se acordó que Maceo invadiese la zona y efectuase un movimiento.

Los cubanos que por temor ó por necesidad se cobijaban con la bandera española, estaban siempre listos para traicionar á sus pretendidos amigos. Bastaba un aviso con horas de anticipación, y todo se arreglaba en forma que nuestras fuerzas encontraban el paso franco por alguna avanzada cuya costodia se confiara á los cubanos. Se concertó el asalto á Yabazón Abajo, poblado enclavado en el corazón de la zona enemiga.

Maceo emprendió la marcha con unos 500 hombres de las dos armas; pero por un accidente imprevisto, en vez de llegar á las trincheras enemigas á la una de la madrugada, la hora convenida, llegó á las dos, una hora más tarde, y la combinación se había perdido con el relevo de la guardia cubana. El tuvo el aviso á tiempo; pero temeroso de una celada y cediendo á la inquebrantable impetuosidad de su carácter, asaltó el poblado. El día nos sorprendió batiéndonos y pugnando por entrar, y si exceptuamos algunos pelotones del primer batallón de Holguín, al mando de su joven y valiente Comandante Pedro Vázquez,—hoy en los presidios de Ceuta (1884),—que ocupó algunas casas y establecimientos de comercio, ningún Cuerpo pudo avanzar de manera provechosa. Cuando amaneció, la caballería, Regimiento Santiago, á las órdenes de su Teniente Coronel Pablo Amábile y Céspedes, y á las del Comandante Lañislao de Feria, y el Cuartel General, ocupaban el cementerio, protegidos por tiradores de Holguín y Jiguaní.

Yabazón había pedido auxilio por medio de su telégrafo óptico y en los mismos instantes en que empezaba el sol á iluminar aquella escena, presentóse el enemigo fuertemente reforzado, coronando una pequeña eminencia delante del poblado en peligro. La lucha iba á ser reñida, teniendo un cementerio por campo de batalla. El enemigo no disponía sino de infantería; nosotros contábamos con infantería y caballería, pero el campo no era el más apropiado para operaciones de esta arma: un largo y estrecho callejón de mayas que terminaba en el cementerio, á la derecha; el poblado al frente, y un campo abierto sembrado de palmas en dirección contraria, á lo lejos, era el escenario para aquel sangriento drama. El Brigadier Maceo con una mirada de águila inspeccionó el campo y concibió su plan de combate con la velocidad que el caso requería. Tocó su clarín *retirada* con idea de buscar campo á su espalda para que la caballería pudiera maniobrar libremente, dejando la infantería sobre el cementerio.

Nuestra retirada comenzó ordenadamente por aquel reducido callejón de mayas, primero al paso, luego al trote, y por último á galope: los españoles to-

maron, como era natural, por fuga lo que era una evolución: algunos jinetes, entre los que recuerdo al Teniente Coronel Amábile, Teniente Saavedra, Tomás Maceo, joven hermano del Brigadier, y yo, cerrábamos la marcha en la retirada. El enemigo, envalentonado por nuestra fuga, abandona la pequeña colina; deja pelotones que sostuvieran el fuego de su flanco izquierdo con los holguineros y fuerzas de Jiguaní, que ocupaban el cementerio, y se desborda sobre nosotros cargándonos á paso largo y haciéndonos un fuego que resultaba mortífero en nuestra compacta masa de jinetes y caballos que se retiraba hacia el campo abierto. Acosados así tenazmente por nuestros perseguidores, se oye de repente la voz "*á la carga,*" como tocados por un resorte volvemos todos grupas.... y toca el clarín *á degüello*. ¡Cuadro magnífico y horroroso á la vez! Los españoles, perdidos, se resuelven á no volver la espalda y nos esperan formando grupos contra caballería. Los jinetes que cerraban la retirada quedamos en la carga á extrema vanguardia. Fuimos los primeros en hacer uso del mortífero machete. No puede concebirse lucha más feroz. En el primer empuje quedaron fuera de combate el heroico Pablo Amábile, Jefe del Regimiento Santiago, cuyo caballo clavado en una bayoneta enemiga, cayó sobre las patas delanteras: extrae el español la bayoneta con toda rapidez, y Amábile, impulsado hacia adelante por la violenta caída del bruto, es atravesado á su vez, disparando su rifle el enemigo en momentos en que el cubano, ya fuera de sentido, divide en dos á su matador con un tremendo machetazo, rodando confundidos por el suelo, en grupo sangriento, los valientes adversarios y el noble corcel del cubano.

Mi doble papel de actor y espectador me obligó á presenciar aquella terrible lucha entre cubanos y españoles. Escenas iguales á la descrita se sucedieron á mi alrededor en todos los grupos, y yo habría sido víctima también de la bayoneta enemiga si mi buen compañero y nunca bien sentido amigo, Teniente Coronel José Medina Prudentes, no matara de un machetazo al enemigo que iba á herirme con su arma.

La figura más sobresaliente del cuadro, el Brigadier Maceo, aparecía y desaparecía dentro del humo y el polvo, montado sobre su gigante caballo *Concha*, que obedecía, no ya el freno, sino el pensamiento de su heroico dueño que, machete en mano, jadeante, magnífico, como el Angel del exterminio, luchaba en aquel combate que para todos se había hecho singular.

Allí quedaron, de los nuestros, Pablo Amábile y dos ó tres subalternos y soldados; saliendo gravemente heridos, todos de bayoneta, Ladislao de Feria, el Teniente Saavedra,—que murieron aquella misma mañana,—el capitán Infanzón y otros varios: además muchos caballos.

En cambio, toda aquella valiente infantería que se atrevió á cargarnos, sucumbió al golpe de nuestro machete. Pocos sobrevivieron á aquella trágica escena, alumbrada por el templado sol de uno de los primeros días de Enero de 1876. Maceo se retiró saliendo airoso de su operación. El Teniente Coronel Pablo Amábile fué sepultado en el palmar, á la vista del poblado, sobre la margen de un arroyo que atravesaba aquel campo. Joven popular y querido de todos, su muerte hizo derramar muchas lágrimas á los compañeros. Por la tarde tuvimos una pequeña escaramuza al pasar la línea enemiga, al abandonar la zona. Los españoles eran mandados por el Teniente Coronel Casimiro Custardoy, joven habanero.

De vuelta á Tacajó se extrajo el resto de la fuerza que, con Paquito Borrero, el engañado Coronel que mandaba el primer contingente perdido en las Lagunas de Varona, pasó poco después la Trocha, también sin novedad.

* * *

La actividad desplegada por los individuos que formaban el Gobierno en el delicado particular de reforzar las Villas, aumentó el buen concepto que se tenía del Presidente Spotorno, y especialmente de su Consejero Tomás Estrada Palma, á cuya dirección estuvo encomendada, casi en absoluto, tan ardua empresa. Llegaba el momento de abandonar sus puestos, y Spotorno podía vanagloriarse, con sobrada razón, de haber llenado cumplidamente sus deberes durante su corta administración. La nueva Cámara debía reunirse en breve, y el primer asunto que ocuparía su atención sería la elección del Presidente en propiedad que habría de sustituir á Spotorno.

Ya por esos días, Febrero de 1876, se tuvo conocimiento en el campo de cuantos esfuerzos había hecho el distinguido Mayor General Francisco Vicente Aguilera para venir á ocupar su puesto de Presidente de la República. Con verdadera ansiedad se le estuvo aguardando desde fines de 1873. Todos los individuos electos para la Cámara llegaban á Najaza, Camagüey, residencia del Ejecutivo.

El Coronel Spotorno, satisfecho, se preparaba para entregar las riendas de la administración á su sucesor, dejando á Oriente bajo las órdenes del Mayor General Modesto Díaz, en perfecto estado de moralidad y disciplina; el Camagüey continuaba á las del Mayor General Vicente García, en aparente armonía, y las Villas, reforzadas con el nuevo contingente, ofrecían reverdecidas esperanzas. Además, del contingente que acababa de engrosar al ejército de las Villas á las órdenes del Mayor General Máximo Gómez, marchó poco después el denodado Brigadier H. M. Reeve, *Enrique el americano*, que no encontrando en Camagüey campo suficiente para saciar su inextinguible sed de gloria, solicitó del Gobierno de la República se le destinase á las Villas, con motivo de estar la guerra en completo estado de paralización en el Centro. Aquel joven extranjero, mutilado, sin poder siquiera caminar, ambicionaba marchar á Occidente, pues, decía él, "no había desembarcado en Cuba para encontrar una muerte obscura en Camagüey: necesitaba morir en Occidente, rodeado de la gloria que acompañaba á los patriotas que caían más allá de la Trocha." El Gobierno, dadas las condiciones del ilustre norte-americano, se negaba á acceder á sus deseos, pero ante las exigencias del bravo caudillo, accedió á otorgarle el permiso, y pasó la Trocha poco después del contingente oriental.

El Brigadier Gregorio Benítez, que acababa de ser ascendido, asumió el mando de la 1ª División del Camagüey en sustitución del *Inglesito*, como más familiarmente era conocido el Brigadier Reeve.

* * *

El día veinte de Marzo, por fin, se reunió la nueva Cámara con asistencia de los Diputados Beola, Collado y Figueredo, por Oriente; Aguilar, Cisneros, Sánchez y Betancourt (Miguel), por Camagüey; Machado y García, por las Villas, y los dos hermanos Betancourt, (Luis Victoriano y Federico), Francisco La Rua, y Pérez, por Occidente. Faltaban Bravo, por Oriente, y Pina, por las Villas, que no habían llegado á ocupar sus puestos; y Spotorno, por las Villas también, que ocupaba la silla presidencial.

El primer paso de la Cámara fué la elección de los individuos que habían de componer su Mesa, resultando electos: Presidente, Machado; Vicepresidente, Betancourt (Luis Victoriano); Primer Secretario, La Rua; Segundo Secretario, Figueredo. La Cámara efectuó su primera sesión, conocida en todos sus detalles por la emigración, ante un numeroso concurso de fuerzas y pueblo del Camagüey, en la magnífica hacienda *La Matilde*, de Simoni, en la Prefectura de Najaza. En la primera sesión, como era consiguiente, leyó un bien redactado Mensaje el Presidente de la República, dando á conocer al nuevo Cuerpo Legislativo la risueña situación en que se hallaba en aquellos días la Revolución.

La tercera sesión fué la designada para la elección presidencial.

Nunca como desaire á la egregia figura de uno de los cubanos más notables, á Francisco Vicente Aguilera, sino obedeciendo á instrucciones de sus electores, se vió la Cámara precisada á votar la proposición del Diputado La Rua, de que se declarase vacante la Presidencia.

Francisco Vicente Aguilera, cubano distinguidísimo, conspirador que se lanzó al campo en Octubre de 1868, sacrificando una cuantiosa fortuna, era muy popular y muy querido en el país. Desde algún tiempo en el extranjero, fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo para venir á ocupar su puesto de Presidente de la República, y mucha era la necesidad sentida de que tan alto puesto fuera ocupado en propiedad. A fines de 1873 debió Aguilera ocupar su puesto, y se le había esperado en vano hasta entonces, habiéndose sabido en esos días que á consecuencia de la última intentona realizada para marchar á Cuba, su salud se había quebrantado seriamente. Era opinión general que la Presidencia debía ser ocupada por un propietario, dando fin á las interinaturas que, por buenas que sean, resultan deficientes. Estas y otras razones adujo el Diputado La Rua antes de presentar su proposición, en un largo y meditado preámbulo. La proposición fué acordada por mayoría, absteniéndose de votar el Diputado Cisneros. Al votarse la proposición La Rua, se acordó un voto de gracias al Mayor General Francisco Vicente Aguilera. Se anunció que en la siguiente sesión se procedería á la elección de Presidente. La opinión del país designaba, desde hacía tiempo, al distinguido patriota Tomás Estrada Palma. Algunos Diputados habíamos llevado instrucciones terminantes de votar á favor del esclarecido bayamés.

Al Diputado Luis Victoriano Betancourt le cupo el placer de presentar la moción, precedida de un laudatorio preámbulo; moción que fué apoyada por el que os habla. El Diputado Miguel Betancourt, apoyado por Aguilar, propuso al Coronel del Instituto de Sanidad Emilio L. Luaces. Puestas á votación las proposiciones, fué electo por once votos contra dos, el C. Tomás Estrada Palma para el cargo de Presidente de la República. Una comisión de la Cámara condujo á Estrada Palma ante el altar de la Patria, donde se hallaba extendida nuestra ban-

dera y sobre ella la Constitución, y prestó solemne juramento con aplauso de todos los concurrentes. Acto seguido pronunció el Presidente electo un concienzudo discurso, que fué contestado por el ilustre Presidente de la Cámara, Diputado Machado. Pocos días después nos cupo la satisfacción de recibir de todas partes manifestaciones de aplauso por la elección. El pueblo sancionó el juicio de la Cámara.

# SEXTA CONFERENCIA

Tomás Estrada Palma.—Sus Antecedentes.—Su ingreso en la Revolución.—Prisión y muerte de su señora madre.—El regionalismo de las provincias.—Sus funestos efectos.—Rivalidad entre Camaguey, Oriente y Villas.—Invasión de Occidente.—Táctica previsora y temores del General Gómez.—Oposición al General Sanguily.—Incidente del Dr. Figueroa y los hermanos Sanguily.—Consejo de guerra.—Embarazosa situación del General Gómez.—Los enemigos dan por segura la prisión del General Gómez y su conducción á la Habana.—Combate del Jíbaro.—Derrota de Jovellar.—Marcha á Sancti Spiritus.—Un parte oficial.—Muerte del Brigadier Reeve.—El General V. García en Camaguey.—Maceo en Oriente.—Ataque á Sagua de Tánamo.—¿Dónde está Maceo?—Operación gigantesca.—*Baracoa! Baracoa!*—El Brigadier Borbón en precipitada fuga.—Reñidos combates.—Organización del Gobierno.—Buena administración del Presidente Estrada.

EL C. Tomás Estrada Palma, elegido por la Cámara de Representantes para desempeñar el cargo de Presidente de la República, tendría sobre unos 45 años de edad en los días en que era exaltado á tan honrosa dignidad. Nació en Bayamo, de padres pertenecientes á familias antiguas y acomodadas de la localidad. Siendo aún muy niño perdió á su padre, quedando al exclusivo cuidado de la madre dirigir los pasos del huérfano; trabajo que echó sobre sus hombros la virtuosa Sra. Candelaria Palma, con la resignación y el esmero que es de suponerse. El niño, formada su alma al abrigo de la piadosa dama, abandonó el lugar de su nacimiento en busca del pan intelectual que alimentándolo convenientemente, dadas sus aptitudes, formaría de él un hombre útil á la sociedad y á la patria. De los colegios elementales de la capital de Cuba pasó Estrada Palma á cursar Leyes en la Universidad, más por complacer á *Yaya*, como él llamaba á su adorada madre, y como cariñosamente la nombraban sus convecinos, que por afición á esa clase de estudios. Bastante adelantado en la carrera marchó á la Universidad de Sevilla, y cuando ya tocaba al fin de sus estudios facultativos, bien por arranque de su carácter, bien por dar rienda á sus aficiones que no eran, como ya hemos dicho, el estudio de las Pandectas, bien

por alguna otra causa que desconocemos, abandonó á Sevilla y pasó á Francia, de donde, perfeccionado ya en el idioma, vino á Bayamo á ponerse al frente de sus cuantiosos intereses.

Pocos han apurado con más ventajas que Tomás Estrada Palma las delicias del hogar. En unión de su anciana madre dejaba correr los días de una vida verdaderamente patriarcal, en el pequeño paraíso en que su gusto había transformado su magnífica hacienda de crianza "La Punta," situada poéticamente sobre el río Cauto. Allí dividía su tiempo entre el estudio y las atenciones de la finca. Estrada, abolicionista por principio, se complacía en comprar cuantos esclavos de ambos sexos se le presentaban con esas pretensiones, y después de educarlos en la más severa moral, y enseñarlos á leer y escribir, los unía en matrimonio, les daba trabajo y habitación, y allí vivían en familia. Todos, como era consiguiente, lo respetaban y querían como á un padre al que daban el nombre de *Tomasico*, como era conocido generalmente por cuantos tenían el placer de tratarle.

Con tal sistema de vida, Estrada no podía menos que hacerse sospechoso á los ojos del gobierno español, como Céspedes, Aguilera y otros prohombres de la comarca, que habían tenido ya la honra de verse inscriptos en la lista de desafectos al Gobierno.

Su carácter bondadoso y afable, su educación esmerada, su trato refinado y la generosidad y desprendimiento de sus acciones, le habían captado la amistad y simpatías de la buena sociedad y una popularidad ilimitada en las clases inferiores. Había solicitado y obtenido el nombramiento de Teniente de Partido, último rango de la escala administrativa, único que en la Isla de Cuba se ponía en manos de los cubanos, porque no tiene sueldo y porque es servido por la clase ignorante y rústica y vienen á ser como instrumentos en manos de los inicuos Capitanes de Partido. Estrada, Teniente del Cuartón "El Guamo," en que estaba enclavada su finca "La Punta," era no solamente un faro que irradiando luz en aquel territorio, había extinguido la vagancia y los vicios tan inherentes á la condición de nuestros indolentes campesinos, sino que por su carácter y educación se había hecho la barrera en que se estrellaban los inicuos planes y la perfidia del Capitán del Partido de Cauto Embarcadero, su jefe inmediato. Estrada, por otro lado, apoyado en su cargo público, siempre temido por la sencillez del campesino, supo guiar aquel rebaño cariñoso, cuyo cuidado se había impuesto, al extremo de conducirlo, aun contra los deseos del Capitán, por la vía ó camino que estimara más conveniente. Frecuentemente reunía al pueblo en su casa, que escuchaba con avidez y gusto las palabras que le dirigía. Así llevaba una vida, aunque aislada y de montuno, envidiable; rodeado del afecto de su familia, del cariño de un pueblo que lo idolatraba, y dirigiendo la marcha de sus intereses.

Cuando ya el efecto moral se hubo producido en las masas populares; cuando ya por su educación y la posición que se había creado dominó la situación, renunció el cargo de Teniente Pedáneo, convencido de que no necesitaba ataviarse con un ropaje ficticio para hacerse el único jefe de aquel pueblo. Más tarde fué electo miembro del Municipio de Bayamo, cuyo cargo desempeñaba en Octubre de 1868.

Estrada era miembro de la Logia masónica de Bayamo, y además del Club revolucionario que dependía de aquel Cuerpo. En éste se había distinguido por

sus ideas, en unión de otros hombres de respeto, opuestos á un movimiento revolucionario antes de tener debidamente preparadas las masas, y nunca sin los elementos de guerra necesarios en dinero, armas y municiones en que afianzar una sublevación. El distinguido patriota Aguilera, en consonancia con estas ideas, había ofrecido las zafras de sus ingenios *Jucaibama* y *Santa Gertrudis* para que unidas á otras cantidades que se subscribieran, marchar personalmente, en barco propio, á los Estados Unidos, y hacer un buen alijo de armas y municiones en sus haciendas de Birama, por la costa de Vertientes, junto á Santa Cruz del Sur, donde contaban hasta con las autoridades rurales. Otros, exaltados, discurrían que no debía perderse tiempo y lanzarse á la lucha, para la que decían, estaba el pueblo suficientemente preparado. El Club se había inclinado á enviar á Aguilera á los Estados Unidos, para lo cual se esperaría la terminación de la zafra de 1868, con cuyo producto se levantarían los fondos para realizar el proyecto; pero el reloj de la Historia marcó el 10 de Octubre, resonando en los campos de la *Demajagua* el glorioso grito de Independencia.

La actitud de Céspedes sorprendió á la generalidad, pues ya hemos dicho que se adelantó á todo compromiso, á todo aplazamiento de la Revolución. El Comité de Bayamo resolvió apoyar el movimiento incondicionalmente; pero la opinión del mismo Club revolucionario y la de la población se dividió, estimando una parte que el movimiento era más que prematuro, imprudente. Tomás Estrada fué de los que con sobrado fundamento dudó de todo éxito y, lejos de ofrecerle su apoyo, se mantuvo en espectativa. Cuando el Teniente Gobernador Udaeta, ofreció en nombre del Gobierno indultar á los Jefes de la Revolución en Bayamo y consentir que Céspedes y sus compañeros más comprometidos marcharan al extranjero, Estrada fué de los que más empeño tomó en que el problema se resolviera de ese modo, terminando así lo que él y otros muchos estimaban una intentona descabellada. El aceptó en unión de otras personas distinguidas la misión de inducir á Mármol y Pedro Figueredo, que aparecían los más intransigentes; él confiaba que, dado el pensamiento de Aguilera, la revolución renacería en breve potente y capaz de triunfar en un plazo dado; pero desesperaba de que Céspedes, aun apoyado por Bayamo, trajera otra cosa que un inútil derramamiento de sangre y aplazar indefinidamente la ocasión para dar comienzo á la lucha formal. Aceptó, pues, su situación de la mejor buena fe, de acuerdo con sus convicciones; pero cuando al llenar su cometido se encontró á Pedro Figueredo resuelto á acompañar á Céspedes *"á la victoria ó al cadalso,"* (palabras textuales) Estrada, lleno de amor propio, prometió también acompañarlos en la cruzada, y vencer ó morir en la contienda. Dos ó tres días después se le vió confundirse con aquel pueblo que, armado de piedras y palos, libró en las calles de Bayamo, el histórico combate que, obligando á la guarnición española á capitular, afianzó en sólidas bases la Revolución de nuestra patria. La suerte de Cuba estaba echada, y Estrada había jurado seguirla en la obra de su redención.

Su primer cargo en el Ejército fué el de Secretario del General Donato Mármol, Jefe del Distrito de Cuba. En Abril fué enviado á la Convención de Guáimaro en representación de uno de los distritos en que se dividió Oriente. Desde entonces figuró en la Cámara de Representantes, en cuyo Cuerpo prestó sus servicios con patriotismo y celo, desempeñando en el Cuerpo Legislativo, entre otros cargos, el de Presidente.

Uno de los rasgos más característicos de Tomás Estrada es la actividad. Se le ve concebir una idea y estudiarla, y si la cree buena la llevará á cabo con una perseverancia y energía de que parece incapaz su espíritu apacible: en la Revolución, en esa larga escuela en que tanto se puso á prueba la rectitud de principios y la moralidad de los hombres, se vió siempre á Estrada satisfecho, sonriente. No había situación, por penosa que fuera, que su carácter indomable no resistiera: sólo una vez se llegó á abatir hasta el extremo de que sus amigos y allegados desesperaban de su salvación, cuando se dejó dominar por un acontecimiento cuyo relato llenará de indignación á los que me escuchan.

Encontrándose Estrada en la Residencia de la Cámara desempeñando sus atenciones cuotidianas, recibe la infausta noticia de que los españoles habían asaltado el retiro en que guardaba su reliquia adorada, su amada *Yaya*, que no obstante sus ochenta años había persistido y logrado acompañarle durante tres años de ruda contienda. El rancho en que habitaba su anciana madre fué objeto de un brutal asalto por parte de los españoles, quienes, después de robar ó incendiar cuanto había, asesinaron á dos ó tres hombres, llevándose á la Sra. Palma de Estrada. La noticia cundió con una velocidad extraordinaria, y cuando el hijo, desesperado llegó al lugar, encontró sólo escombros y cadáveres. Regresó al campamento donde, seis días después, recibe la nueva inesperada de que su madre había sido encontrada, después de abandonada por los españoles. Vuela el hijo á buscarla, y, efectivamente, aquella heroica anciana había sido abandonada por los españoles á consecuencia de haberse ella negado, con una energía inconcebible en una mujer de tantos años, á seguirlos: fué abandonada después de tres días de constantes fatigosas jornadas, bajo una lluvia torrencial. La anciana vagó sin rumbo por los bosques, manteniéndose con las frutas silvestres que encontraba al paso, hasta que extenuada por el hambre y la fatiga resolvió no caminar más y esperar sus últimos momentos sentada sobre una roca. La casualidad hizo que un pasajero amigo la encontrase y la devolviese á su hijo. ¡Infeliz anciana! No tuvo fuerzas para resistir la emoción del encuentro y en los momentos de estrechar á su idolatrado Tomás en los brazos, murió con la misma santa tranquilidad con que había vivido. Después se supo que el jefe de las fuerzas españolas, cansado de la *insolencia* de aquella mujer, ordenó á un criollo que metiera á *aquella vieja* en el bosque y la *despachara*.

El hombre era conocido de Estrada y no quiso cumplir la orden, abandonando en el bosque á la infeliz señora.

Nuestro amigo, el ilustre corresponsal del *Herald*, de New York, James J. O'Kelly, hoy miembro de la Cámara de los Comunes del Reino de Inglaterra, en su obra *The Mambiland*, ó séase, la relación de su visita á la Revolución de Cuba, al hablar de Tomás Estrada, dice: "en la experiencia que de los hombres "he adquirido en mis largos viajes, he encontrado pocos individuos tan distin- "guidos como Tomás Estrada. Educado en Europa, hablando con perfección "el francés y conociendo el inglés; después de haber poseído una vasta fortuna, "se jacta hoy de ser Representante del pueblo en la Cámara mambí y luce con "orgullo sus piés sin medias, á través de sus zapatos rotos, cocidos con cuerdas "de majagua."

Estrada permaneció en la Cámara de Representantes hasta el funesto movimiento de Las Lagunas de Varona, en que creyendo su dignidad ofendida como

Representante del pueblo, hizo dimisión de su cargo, protestando enérgicamente contra el movimiento. Y á pesar de esto, en aquella ilícita asamblea fué donde primero se le hizo justicia presentándose su nombre como candidato para la Presidencia de la República. Cuando Spotorno sustituyó á Cisneros, llamó á Estrada á su lado, encargándole el desempeño de la Cartera de Relaciones Exteriores. En éste, como en los demás cargos que había servido, se mostró Estrada infatigable: auxilió con energía al Presidente Spotorno, logrando en difíciles circunstancias reforzar con fuerzas de Oriente el ejército al mando de Máximo Gómez en las Villas; dió decretos, como el célebre de considerar fuera de la Ley á todo individuo portador al campo de la Revolución de proposiciones de paz que no estuvieran basadas en la independencia de Cuba, que de tanta energía y poder revistió á la Administración Spotorno, y capaz de hacer la apología de cualquier gobernante.

Tomás Estrada, no obstante la bondad de su carácter y lo apacible de su genio, es un hombre de energía y de pensamientos atrevidos y elevados. El pueblo, lo hemos dicho ya, acogió con entusiasmo su elección. Se le estimaba como al hombre capaz de aunar todos los pensamientos, como el único que podría hacer que desaparecieran las hondas divisiones que ya empezaban á echar fuertes raíces en el campo de la lucha, y el llamado á cicatrizar las heridas que á la patria infeliz acababan de inferírsele. La Cámara fué colmada de felicitaciones por su acertada elección.

Tomás Estrada Palma es de pequeña estatura, delgado, de facciones diminutas, de frente ancha y despejada y de mirada penetrante: es de temperamento nervioso. Aunque de no fácil palabra, escribe en estilo correcto y elevado.

* * *

Pocas causas influyeron en la suerte de la Revolución de Cuba de una manera más extraordinariamente fatal, que la abatiera de un modo más positivo y alarmante en sus fuerzas físicas y morales, que el espíritu de localidad ó provincialismo. Es muy sensible al que refiere hechos detenerse en algunos que afecten de manera desagradable á los oyentes; pero ni deben silenciarse, pues que han de ser luego la explicación de sucesos de verdadera importancia, y que sin su conocimiento no sería posible dárselas, ni debe dejar de decirse la verdad aunque ésta sea origen de escándalo. Además, hay dos razones para que no calle algo que se pensará que pudiera excusarme de referir; son: primera, que de esta relación puede nacer el convencimiento de lo necesario que es cortar de raíz un mal que tanto ha costado á la patria; y segunda, que estos sucesos son ya conocidos y andan impresos en folletos que firma nada menos que el Mayor General Máximo Gómez, que no sólo es hombre verídico, sino incapaz de exagerar siquiera los hechos ocurridos en la Revolución. De manera que, aunque me pese, á fuer de cubano y de conferencista honrado, diré algo desagradable, cuidando, sí, de referir tan sólo, sin hacer comentarios por mi parte.

El provincialismo, ó mejor dicho, el regionalismo más exagerado se manifestó desde los primeros días de la Revolución. Es más, dentro de las mismas regiones se notaba el celo y la desconfianza y el amor propio de los hijos de un

municipio respecto de los del otro limítrofe ó más inmediato. Este sentimiento inexplicable entre individuos de un mismo país, se hacía verdaderamente incomprensible tratándose de individuos de la misma provincia ó de los pueblos más cercanos. Debía esperarse que al comenzar la guerra, frente al enemigo común, unidos todos por el noble sentimiento predominante, convencidos de que mientras más unidos se encontraran mayor resistencia habían de ofrecer á los contrarios, cesaran todas aquellas rivalidades, todos aquellos celos infundados, todos aquellos egoísmos sin excusa, todo aquel afán de glorias parciales, y compactos marcharan como un solo hombre á la consecución del laudable propósito que los había llevado á la campaña, dejando por detrás riquezas, comodidades, halagos, tranquilidad; que el sentimiento del deber y el amor á la patria esclava que los dominaba hasta el punto de realizar gustosos y con verdadero entusiasmo tantos y tantos sacrificios, no les diera tiempo á sentir rencores ni envidias; que el más noble de los sentimientos matara los sentimientos bastardos ó pequeños.

Pero no fué así, por desgracia, y aquel sentimiento que se inició al comienzo de la Revolución, fué tomando cada día más y mayor cuerpo, llegando á ser el que todo lo abarcaba, sobreponiéndose á generosas iniciativas y á los más enérgicos empeños, por nobles que fueran, y terminando, ¿por qué no decirlo? por ahogar y enterrar aquella gloriosa Revolución que debió terminar con la redención de la patria esclava. No he de entrar en detalles que parecerían ficciones y que, después de todo, no harían más que entristeceros, cuando mi propósito, como ya os he dicho al hablar de estos particulares, no es otro que evitar el mal en lo sucesivo, y que conozcáis los hechos para que os expliquéis más tarde algunas rarísimas situaciones que se crearon.

Entre Oriente y Camagüey, y Camagüey y las Villas, la rivalidad se manifestaba de tal manera, que hubo escenas y momentos en que parecían sus hijos, no digamos ciudadanos de un mismo país, sino individuos de distintas razas con gustos y aspiraciones diametralmente opuestos y para cuya consecución parecía como que se estorbaban. La estancia de las fuerzas de un Departamento en el otro Departamento despertaba pasiones que se traducían en hechos verdaderamente repugnantes, que llegaban al extremo de negar los residentes del Departamento visitado toda ayuda, toda atención, todo consuelo á los visitantes. Esto se notaba entre Camagüey y Oriente y entre las Villas y Camagüey, pues que los villareños y los orientales se encontraban perfectamente unidos y compartían sus penalidades y repartían sus auxilios, y se trataban fraternalmente.

Y ¿qué explicación tenía este hecho de que la rivalidad más apasionada existiera entre camagüeyanos y orientales y no entre éstos y villareños? Sin duda sería porque ambos sufrieron las consecuencias de la enemiga del Camagüey, que fué donde desde muy temprano se manifestaron esas rivalidades, cuando Céspedes visitó á Camagüey en Diciembre de 1868. Desde entonces, á los dos meses de comenzada la guerra, en la primera ocasión en que se reunían orientales y camagüeyanos, procedieron éstos en forma censurable. No sé si sería porque Céspedes, que se llamaba Capitán General Jefe del Ejército y del movimiento revolucionario, no gustó á los de Puerto Príncipe, que se daban una organización más democrática; pero es lo cierto que no lo aceptaban como Jefe, rechazando sus principios y su bandera, cuando el resto de la Isla lo acataba como tal y era reconocido en el exterior también por todos.

Al volver los orientales á su territorio, se sentían lastimados y quedaron resentidos, á más del triste convencimiento que formaron de que había de concluír fatalmente lo que comenzaba de tan mala manera. Igual creencia llevaban los villareños, después de la Constituyente, pues su estancia en territorio camagüeyano los hizo objeto, en los individuos del ejército, de medidas verdaderamente arbitrarias por parte del General en Jefe Manuel de Quesada, que dictó órdenes y las hizo cumplir, completamente caprichosas, reñidas con toda idea de derecho y justicia, y hasta atentatorias á la propiedad de los individuos del ejército que, como voluntarios que eran, llevaban armamentos y equipos propios. De tal manera estimaban los camagüeyanos al territorio oriental; tan cuesta arriba se les hacía abandonar su Departamento, que los médicos nombrados para atender las fuerzas se negaron á prestar los servicios profesionales fuera de su zona. Y no fué sólo una rivalidad en el ejército, pues cuando las familias de Bayamo, Holguín y Tunas se refugiaron en territorio camagüeyano en 1869, huyendo á la fiera persecución del Conde de Valmaseda, fueron tratadas con el mismo desvío y con igual enemiga. Ignoro cuál habría sido la conducta de los orientales si hubieran tenido que refugiarse los camagüeyanos en su territorio; pero sí puedo asegurar que en las Tunas eran rechazados los camagüeyanos con verdadera fiereza. Cuando los villareños fueron á Oriente se les recibió cortesmente y se les auxilió con cariño desde las Tunas á Guantánamo.

Esta conducta de unos y otros era agriamente censurada por muchos, y de Salvador Cisneros, de Miguel Betancourt y de Francisco Sánchez y Betancourt, tres camagüeyanos verdaderamente populares entre los suyos, puedo afirmar que se condolían de que esas cosas ocurrieran, y lloraban de antemano las consecuencias funestísimas que pudieran originarse de tal proceder.

Cuando los villareños operaban en territorio del Centro, llegaron á ahondarse á tal punto estas diferencias, estos rozamientos, estas divisiones, que las fuerzas de las Villas crearon una sociedad secreta titulada "Unidad Republicana," cuyos miembros habían de ser nacidos en las Villas y cuyo principal objeto era resistirse á ser mandados por otros jefes que los naturales de su territorio. Así lo explica el General Gómez en su opúsculo *Convenio del Zanjón*.

Con tales contrariedades tenía que luchar el General Gómez cuando al frente de fuerzas de Camagüey y Villas, efectuó su atrevida invasión á Occidente. Necesitando jefes y oficiales de Camagüey y Occidente para la buena organización y operaciones en el territorio invadido, se hacía el ignorante de lo que pasaba, y que poco después se manifestó, en la atmósfera que se hacía á los jefes, sin descontar á los de talla, como Julio Sanguily y Rafael Rodríguez, cuya supresión hubiera sido bastante para desorganizar todos sus proyectos, y apoyaba á los jefes aludidos con idea, además, de salvar el principio de disciplina en el ejército.

« A mi regreso á Sancti Spiritus, – después de visitar las Villas occidentales « con motivo de la muerte del Brigadier González Guerra,—dice el General « Gómez en su citado folleto,—comprendí la sorda oposición que algunos jefes de « las Villas hacían al General Sanguily y á algunos jefes camagüeyanos que, á « mi juicio, no había con quien reponer de momento y que sin éstos no era rea« lizable la organización que debía darse al Cuerpo de ejército invasor.

« Preveía que mi situación sería complicada y difícil, que los villareños, « con su sistemático provincialismo, repetirían las mismas escenas que al prin-

« cipio de la Revolución,—se refiere á la deposición ó expulsión de los jefes mi-
« litares,—y que me encontraría en un destino erizado de inconvenientes que
« neutralizarían por completo mis esfuerzos: me resolví, pues, y pretextando
« motivos de salud, hice mi renuncia al Gobierno. Sucedía esto en Agosto del 75
« y el Presidente me contestó negando mi solicitud por razones de prudencia y
« ser indispensable mi presencia en aquel Departamento, al frente de las fuerzas
« de la invasión. Volví á repetir mi renuncia, contestándome en igual sentido;
« necedad habría sido insistir de nuevo y me resolví á continuar en el mando. »

Esta relación demuestra bien claramente cuál era el estado en que se encontraban ya los ánimos y que los temores del General Gómez eran fundados. Deseoso, por su parte, de distraer la atención de la tropa, y que moviéndose el ejército, sus oficiales no se ocuparan sino de las atenciones del servicio, resolvió marchar de nuevo hacia Occidente. Al efecto, se incorpora al Teniente Coronel Luis Morejón, bravo y entendido jefe, natural de Matanzas, que había desplegado dotes extraordinarias como Jefe de operaciones de Sagua, cuando el mismo día de la marcha y ya formada la tropa en el campamento "Limpios de Tahuasco," el Dr. Figueroa, Jefe de Sanidad Militar de las Villas, apostrofa agriamente en presencia de aquella formación al General Sanguily. Para que se conozca este hecho, y quede demostrado hasta qué punto había llegado la excitación de los ánimos, damos lectura á la comunicación oficial en que el Jefe del 3er. Cuerpo de Ejército, Mayor General Máximo Gómez, da cuenta al Gobierno del acontecimiento y sus consecuencias:

« Cuartel General del 3er. Cuerpo, en La Reforma, Marzo 31 de 1876.—
« N.º 952.—Al C. Secretario de la Guerra.—Acampado el 5 de Noviembre del
« pasado año en "Límpios de Tahuasco," en cuyo punto había concentrado cer-
« ca de mil hombres en el mismo campamento, con todas las tropas formadas y
« en mi presencia, el Coronel Jefe de Sanidad Militar, Dr. José Figueroa, se
« insubordinó en contra del Jefe de la 1ª División, Mayor General Julio Sangui-
« ly, infiriéndole insultos de palabra que aquel Jefe devuelve, y después, dispa-
« rándole un tiro con su revólver. Sucedió también que al insultar Figueroa á
« Sanguily, se lanzó el Teniente Coronel Manuel Sanguily sobre Figueroa, y
« descargole un golpe con su machete, no sé si de plano ó de filo. Inmediata-
« mente restablecí el orden entre los contendientes, pues las tropas por fortuna,
« se conservaron en actitud tranquila. Constituídos en arresto Figueroa y San-
« guily (Manuel), se nombró aquél mismo día un Consejo de Guerra que cono-
« ciese y juzgase en el asunto; así lo hace, y pasada que fué la causa, sustanciada
« y fallada, examinada debidamente, se vió que el Consejo, separándose de las
« prescripciones de la ley judicial y de las ordenanzas y reglamentos militares,
« dejaba impune el grave delito que se había cometido. Se nombró entonces
« en virtud de lo que dispone la ley judicial, artículo 31, un Consejo de Revisión
« para juzgar á los miembros del de 1ª instancia y falló condenando á aquellos á
« una reprensión por el Jefe del Departamento, anulando el fallo, y ordenando
« la formación de otro Consejo. Se cumplió inmediatamente lo dispuesto por el
« Tribunal, nombrándose otro Consejo que juzgó nuevamente á los jefes Figue-
« roa y Sanguily, en primera instancia.

« Ahora bien: elevo á ese centro el expediente formado, del que se servirá
« enterarse detenidamente, pues aunque ya este asunto debía pertenecer á cosas

« juzgadas, yo tengo formado mi criterio sobre él como un hecho que ofende « hondamente la disciplina y el decoro militar de todo el ejército de Cuba, al « respeto que se debe á los hombres en sociedad, en fin, á las leyes en general, y « por lo tanto deseo que el Gobierno, que debe con mayor razón participar de « los mismos sentimientos, se informe de este hecho y como ha sido tratado por « los jefes y oficiales que formaron el primer Consejo anulado, y por los del últi- « mo, dejando en suspenso la ejecución de la sentencia de éste mientras tanto « ese Centro se sirva determinar lo que sea procedente en el caso. Llamo muy « mucho la atención sobre los escritos de defensa que aparecen en el proceso, « suscritos por el Comandante Manuel Barrera y Alférez Río Entero. No sé « si el carácter de defensor despoje á un jefe ú oficial del deber y la obligación « de respetarse á sí mismo, á sus superiores, y olvidar que en cualquiera circuns- « tancia en que se encuentre, en todos sus actos, debe manifestarse siempre con « la más exquisita subordinación, pues de otro modo lastima la disciplina. Cum- « pliendo con mi deber quiero que ese Centro esté al corriente de todo lo que « aquí pasa, para que apreciando con su elevado criterio, pueda tomar sus dis- « posiciones y evitar los males que por consecuencia deben sobrevenir, y que « como verá, á mí no me es dado evitar sin facultades extraordinarias que tam- « poco, por motivos que me reservo, estoy dispuesto á aceptar, caso que el Go- « bierno juzgase oportuno y conveniente darlas. Los acontecimientos que dejo « enumerados en ésta y otras más por su extensión y circunstancias que « en ellos concurren, no pueden reducirse á las formas y límites de un ofi- « cio; no siendo, además, prudente por su naturaleza, confiarlas al papel, ha- « cen que signifique á usted la importancia de que me acerque á ese Centro á la « mayor brevedad posible. Como la relación que tienen entre sí todos estos « acontecimientos, afectan directamente los planes de este Cuartel General y « pueden ser una rémora á las operaciones militares, he creído conveniente sus- « penderlas por este motivo hasta informar detalladamente al Gobierno de lo « que ocurre, y que con conocimiento de los hechos resuelva lo que estime con- « veniente. En este concepto, me complazco en esperar que á vuelta de correo « ese Centro se dignará enviarme la autorización para pasar á la residencia del « Ejecutivo para la conferencia que solicito y que creo indispensable. Para « obviar las dificultades en que pensará el Gobierno respecto del Jefe que deba « quedar al frente del Departamento durante mi ausencia, me permito indicarle « que se puede nombrar al Mayor General Carlos Roloff, conservando las tropas « en el mismo lugar en que se encuentran colocadas, á no ser que mi separación « se prolongase por alguna circunstancia y mientras tanto estuviese indicado « algún movimiento de importancia y para el que fuese indispensable removerlas « de sus respectivos lugares. La violenta situación en que me encuentro colo- « cado y que será debidamente apreciada por el Gobierno, me hace reiterar la « urgencia de la entrevista que solicito.—Con sentimientos de consideración y « estima soy de usted.—M. Gómez, Mayor General. »

Después de la lectura de la anterior comunicación puede calcularse cuál sería la situación del General Gómez cuando se veía precisado á luchar no solamente con el enemigo común, sino vivir en un constante afán harmonizando tantos elementos encontrados.

Coincide esta situación con la llegada del primer contingente de Oriente, de

que anteriormente hemos hablado, debido á la enérgica actividad del Presidente Spotorno, y Gómez aprovechó la oportunidad, no sólo para disipar la atmósfera caliginosa de que estaba impregnado el territorio de las Villas orientales, sino el momento propicio para marchar sobre Occidente. Su objeto era unirse al General H. M. Reeve, que había sido nombrado Jefe de Colón, sustituyendo al Coronel Cecilio González.

Los españoles, por su parte, venían estudiando cuidadosamente los movimientos de Máximo Gómez, y al comprender que preparaba su marcha á Occidente, resuelven llevar á cabo su plan, que consistía en tomar todas las avenidas del campamento Lomas Malas, en Cienfuegos, donde Gómez había detenido su marcha por algunos días. Cuando el Jefe español hubo colocado de una manera maestra dos ó tres mil hombres; cuando estuvo convencido de que ya no se necesitaba sino un pequeño movimiento para apurar la situación, y que Máximo Gómez y sus trescientos jinetes cayeran en su poder, sorprende al General Jovellar, Gobernador y Capitán General de Cuba, anunciándole que el intrépido Jefe cubano estaba en su poder, y que viniera para que él mismo lo condujese á la Habana. El General Jovellar parte para Cienfuegos en tren expreso, dejando en la capital y en son de secreto, la noticia de que dentro de tres días estaría de vuelta con Máximo Gómez prisionero, y triunfante de la Revolución.

Jovellar, en unión de su Cuerpo de Ingenieros y su Estado Mayor, aceptó en todas sus partes el plan de ataque, y frotándose las manos dió por hecho consumado la captura del caudillo cubano. Se adelantó hasta telegrafiar que Gómez estaría al siguiente día por ferrocarril en la Habana.

Mientras tanto Gómez reconocía por medio de sus exploradores las posiciones enemigas, y no dejó de convencerse de que no debía fiar su salvación y la de su caballería sino al valor de sus soldados y á la pericia de sus subalternos, para la pronta y fiel ejecución de los movimientos que tendría que ordenar.

El General Jovellar marchó hasta el cafetal González, desde donde, como lugar céntrico, habría de dar el golpe de gracia. El día 29 de Febrero á las 5 de la mañana comenzó á maniobrar, empezando por destacar un cuerpo de caballería compuesto de 600 jinetes que iría á ocupar la única escapada de Gómez, una serventía que daba salida á las Minas, por donde debía tomar éste el sólo paso vadeable del Arimao y desaparecer en el valle de Manicaragua. La caballería, para efectuar este movimiento, tenía que atravesar la loma del Jíbaro. Hecho lo indicado por Jovellar, Gómez hubiera perdido su caballería y tenido que hacerse paso con grandes esfuerzos, machete en mano, á través de las líneas enemigas, pie en tierra. Estaba completamente circunvalado por una línea de bayonetas españolas; no había sino hacer un pequeño esfuerzo, estirar el brazo y cogerlo prisionero.

Conocido lo crítico de la situación por el Jefe cubano, resuelve no consentir que los españoles con sus 600 jinetes llegasen á estorbarle el paso del Arimao; se pone en marcha para encontrar la caballería enemiga y atacarla y derrotarla en el primer encuentro. Destaca fuerzas del Regimiento Narciso á vanguardia; luego el Cuartel General y Escolta, y cubre la retaguardia con fuerzas de los Regimientos *Honorato* y *Expedicionario*. Gómez preveía sin duda el lugar en que debía encontrar al enemigo, pues así que empezó á andar dió orden al Coronel Enrique L. de Mola que, al divisarlo, disparase un tiro y cargase al machete.

No bien se le hubo incorporado su Ayudante Elpidio Mola, como impaciente, abandona su sitio, y haciéndose seguir de su Estado Mayor, marchó á ponerse al frente de la vanguardia. Esta llegaba á la sazón á la loma del Jíbaro.

El territorio que se atravesaba era sumamente accidentado y como la yerba de Guinea estaba muy crecida, no era posible distinguir nada pocos metros más allá del lugar que se ocupara. Momentos después de haber tomado sitio en la vanguardia se divisan, á un tiempo, ambas caballerías. Los españoles dan el *¿quién vive?* y Gómez contesta *¡España!* A la repetida voz de *¿qué Regimiento?* Gómez seguía contestando la para ellos poco satisfactoria palabra de *¡España!*, por no existir ningún Regimiento de caballería de este nombre en la zona; pero Gómez logra su intento, se hace preguntar distintas veces la consigna para ganar tiempo y dar, quizás por medio de una señal, su última disposición. Gómez ordena á su Centro y Retaguardia que flanquearan por su izquierda, orden que se ejecutó con la precisión y sigilo dignos del caso. El enemigo no observó este movimiento. Al terminar el interrogatorio se oye la voz de Gómez que ordena *á la carga*, cayendo él con la vanguardia sobre el enemigo. Este simultáneamente, sable en mano, carga á los nuestros, que fueron arrollados por superior fuerza, retirándose Gómez á paso corto. En este primer choque hubo algunas bajas de ambas partes.

Mientras tanto, el Coronel Gabriel González, que mandaba las fuerzas que flanqueaban, esperaba un momento propicio para caer á su vez sobre el enemigo. Este, envalentonado con la retirada de "Honorato," lanza el grueso de su fuerza, presentándole la ocasión á González para caer sobre ellos de una manera resuelta. Primero hace un movimiento en dirección paralela á la del enemigo, y de repente se desploma sobre aquella masa que es sorprendida por la carga y detiene sus corceles en la persecución de "Honorato." Este, que sólo esperaba el movimiento de González, después de haber perdido algunos jinetes en la falsa retirada, vuelve grupas, y el enemigo se vé completamente envuelto por flanco izquierdo y vanguardia por los nuestros, que hacían un no interrumpido uso de sus machetes sobre la caballería de Jovellar. Los españoles trataron de defenderse haciendo uso del arma blanca también; pero acosados, fueron echados sobre su derecha logrando alcanzar la cima de la loma del Jíbaro.

Entonces empezó un combate de fusilería. Hostilizados los españoles de cerca en la posición que con desventaja ocupaban, y creyendo dicha posición más que comprometida, resuelven romper nuestra línea simulando repetidas cargas de arma blanca. Pero no bien se desprendía un grupo del grueso de la fuerza que coronaba la cima del Jíbaro, era acometido por los nuestros obligándolos, con pérdidas de hombres y caballos, á reincorporarse al Cuerpo. Eran ya como las diez de la mañana y, como no podía dudarse, el enemigo esperaba pronto auxilio, que debía estar próximo. Gómez se resolvió á dar fin á aquella situación con una carga decisiva, no obstante lo desventajoso de la posición para nuestros jinetes. Cargaban los españoles por tercera vez y por tercera vez eran rechazados por los cubanos, cuando Enrique Mola y Gabriel González, en medio de lo más reñido del combate, se ponen de acuerdo y resuelven cargar por los dos flancos. Ambos Coroneles, al frente de sus respectivas fuerzas, dan la voz de *á la carga*. Enrique Mola arrebatando al porta-estandarte la bandera del Regimiento lanza el grito "*el que ame esta enseña que me siga*," y con sus fuerzas colo-

na también la loma del Jíbaro, dando una nueva y formidable carga. Gómez tiene noticia por sus exploradores de la proximidad del refuerzo enemigo, y dispuso la retirada, tocando al efecto su clarín de órdenes.

La retirada se efectuó vadeando tranquilamente el Arimao y una vez en su ribera izquierda, á tiro de rifle del campo de batalla, dió órdenes el General de descansar, para curar los heridos, enterrar los muertos y bañar las caballerías. No obstante la algazara de nuestra gente y el reto que hacían al enemigo, no se atrevió éste á moverse de su elevación hasta que llegada la infantería regresaron al Cafetal González. El enemigo tuvo unas 300 bajas, la mayor parte muertos al arma blanca. Nosotros también tuvimos que lamentar algunos muertos y heridos; entre estos últimos se contaron el Brigadier Rafael Rodríguez y el Teniente Ovia, español, que acababa de pasarse á nuestras filas con alguna gente de Sagua la Grande. El Teniente Ovia, ascendido en el acto á Capitán por la conducta observada en el combate, murió pocos días después á consecuencia de la herida.

En el mismo día, la ciudad de la Habana, que poseía el secreto de la prisión de Máximo Gómez, recibió detalles de la acción anunciada por Jovellar, en aquel pavoroso telegrama que empezaba con estas palabras: "Sin tiempo apenas para desenvainar nuestras espadas etc."

* * *

Con objeto de dar descanso á las caballerías y, sobre todo, para sacarlas de aquel territorio donde lo accidentado del terreno favorecía los planes del enemigo con perjuicio de dicho Cuerpo, destacó el General Gómez al Mayor General Julio Sanguily al frente de las fuerzas de caballería para el territorio de Sancti Spiritus, prometiéndose terminar la organización de la 2ª División, ó sean las Villas occidentales.

No bien hubo principiado ésta, nombrando al General Manuel Calvar, que había marchado con el primer contingente de Oriente y que había merecido una especial distinción por su comportamiento en el reñido combate de la loma del Jíbaro que acabamos de describir, se vé el General Gómez obligado á abandonar también á Occidente y marchar sobre Sancti Spiritus con motivo de la reiterada renuncia que de su cargo de 2º Jefe del Cuerpo y 1º de la 1ª División presentaba el Mayor General Julio Sanguily. Es el hecho, que á la llegada del General Sanguily de vuelta de Occidente, se encuentra la nueva de que los españoles habían publicado en sus periódicos una carta que el Teniente Coronel Serafín Sánchez, Jefe de un Regimiento de infantería, dirigía al Coronel Jiménez, que lo era de la 1ª Brigada, ambos subalternos del General Sanguily, en que deponía de la conducta del Jefe común.

Para explicar aquella situación se me permitirá leer aquí el parte oficial del Cuartel General, en que el Jefe del 3er Cuerpo de Ejército da cuenta al Gobierno de la República de lo que pasaba y las consecuencias que preveía:

« Cuartel General del 3er Cuerpo, en La Reforma, Marzo 28 de 1876.—Nº « 940.—C. Secretario de la Guerra.—El Mayor General Julio Sanguily, 2º Jefe de

« este Cuerpo de Ejército y Jefe que manda la 1ª División del mismo, hace re-
« nuncia formal de ambos destinos, fundado en razones de grave peso, que están
« al alcance de este Cuartel General y que me apresuro á poner en conocimiento
« de ese Centro para que apreciándolas pueda formarse un juicio exacto de la
« situación en que se encuentra el General Sanguily y en la misma en que estoy
« colocado en la actualidad y que, sin duda, será más difícil cada día. Sin re-
« montarme á tomar datos en la historia de las conspiraciones en las Villas, de
« épocas más atrasadas, me ocuparé solamente de los acontecimientos que han
« tenido lugar desde que fuí nombrado Jefe del 2º Cuerpo, Camagüey; y desde
« cuya fecha vengo mandando las fuerzas de las Villas. El Gobierno sabe lo
« que pasó en Camagüey, primero con el Brigadier José González, luego con el
« Coronel Gabriel González y más tarde con el Brigadier Antonio Maceo; pues
« bien, las mismas tendencias existen hoy, pero que se manifiestan cada día de
« un modo más terminante, y sin escrúpulo alguno de la publicidad, las practi-
« can y vienen desarrollándolas. Los Jefes más caracterizados de las Villas son
« los primeros en alentar y sostener el antipatriótico, antimilitar y crónico siste-
« ma de hacer la oposición á cualquier jefe que inmediatamente los mande, sin
« fundamento ni causa justificada y empleando, por consecuencia, para conseguir
« su propósito, los medios más indecorosos, barrenando por completo la disciplí-
« na y el orden y empañando por lo tanto el brillo de este Cuerpo de Ejército
« que, en vano, me tomo interés y me desvelo por presentar como el más sobre-
« saliente, bajo cualquier punto de vista, con relación á los otros Cuerpos de la
« República. La corrupción mina por su base al Ejército, porque donde no hay
« disciplina no puede existir fuerza ni tropa alguna organizada, pues la organi-
« zación empieza á hacerse efectiva cuando el respeto del inferior al superior es
« positivo.—Amante y entusiasta decidido por la carrera militar, sin faltarme la
« energía nedesaria para sostener el orden y la disciplina, sin que me acuse del
« más ligero descuído en el cumplimiento de mi deber, antes por el contrario,
« quizás alguna vez se me haya tachado de demasiado exigente, severo y hasta
« violento, todos mis esfuerzos se estrellan, sin embargo, muchas veces en lo
« deficiente de nuestras Leyes y la funesta influencia de una sociedad secreta
« que existe aquí y que juzgándose á cubierto con su Reglamento practica actos
« que atacan la disciplina y hacen desaparecer la jerarquía militar con la íntima y
« fraternal confusión de jefes y subalternos, de lo que no se puede prescindir,
« sin que se pretenda convertir el Ejército en una partida de hombres sin res-
« ponsabilidad en el cumplimiento del deber que les exigen las extrictas y severas
« ordenanzas militares. La reputación del más experimentado General muy fá-
« cilmente peligra ante el modo con que la mayor parte de los Jefes de las Villas
« ven y tratan las cuestiones que jamás pueden ni deben salir de la órbita oficial
« y éste, sin duda, será motivo muy razonable para que el Jefe que no quiera
« desprestigiarse no desee permanecer en destino alguno en este Cuerpo de Ejér-
« cito.—Estas son las causas que motivan la renuncia del General Sanguily,
« aparte de lo demás que él mismo podrá informar á ese Centro verbalmente, y
« no queriendo ó no debiendo este Cuartel General asumir la responsabilidad
« que puede caberle, admitiendo la separación de ocho Jefes, mucho más en las
« actuales circunstancias, que no tiene á sus órdenes otro que reuna las condicio-
« nes para cubrir la vacante que ocurra, dispone pase el General Sanguily al

« Gobierno para que éste resuelva lo que crea más conveniente; y en obsequio, « al mismo tiempo, de la justicia, debo manifestar que este Cuartel General creyó « conveniente dar al General Sanguily, tanto por su carácter de 2º Jefe del Cuer- « po de Ejército, como de Jefe de la 2ª División, facultades amplias,—dentro de « los límites que me concede la Ley de organización,—para la reorganización y « demás asuntos del servicio de la División de su mando.—Dicho Jefe, sin em- « bargo, nunca ha hecho uso de sus facultades, pues jamás tomó resolución algu- « na, hasta en los asuntos más insignificantes, y que eran exclusivamente de sus « atribuciones, sin previa consulta á este Cuartel General, por lo que en todo « caso que hubiese algún motivo de queja por alguna orden de la Jefatura de la « División, la responsabilidad es sólo de este Cuartel General que la aprobó y « autorizó. Por lo demás, el General Sanguily en todo el tiempo que ha estado « á las órdenes de esta Jefatura, ha desempeñado su cometido satisfactoriamen- « te, cumpliendo con los deberes de su cargo, como militar pundonoroso de reco- « nocidas disposiciones y como patriota distinguido.—El Gobierno se servirá « honrarme con su indulgencia si he sido demasiado extenso en este espontáneo « informe, que quizás traspase los límites oficiales; pero es tal la índole del « asunto que se trata, que me era imprescindible hacerlo así, celoso del prestigio « y moralidad de este Cuerpo, que veo á mi pesar constantemente amenazado. « Acompañan al General Sanguily, el Coronel Manuel Sanguily, Teniente Coro- « nel Ramón Roa, Comandante A. Castellanos, Teniente P. Marín, Alférez Ra- « món Jiménez y Eladio Hernández.—Soy de V. &.—M. Gómez. »

El disgusto natural que esta situación tenía que producir al General Gómez, se aumentó con una noticia tristísima que, pocos días después de su llegada á la 1ª División, le comunicó el General Calvar desde las Villas occidentales. El heroico Brigadier H. M. Reeve, el denodado Jefe de la Brigada de Colón, la vanguardia del Ejército Libertador, acababa de caer en Yaguaramás rindiendo una de las jornadas más gloriosas que registra la Historia, sellando con la vida su amor á la libertad y felicidad de Cuba. ¡Noble extranjero, descansa en paz lejos de su patrio suelo! Heroico siempre, arrojado en todas circunstancias, no obstante encontrarse tan mutilado que apenas podía tenerse á caballo, aceptó combate en Yaguaramas. Su caballo fué muerto de un balazo, cayendo sobre él el ilustre veterano para exhalar su último suspiro, confundido con el que tantas veces lo llevara encima y lo condujera á la victoria en los días más gloriosos. Los compañeros del Brigadier Reeve lucharon á su lado como buenos, pugnaron por recoger, siquiera, su cadáver; pero fué en vano. Discípulo, compañero y amigo de Ignacio Agramonte, sufrió la misma suerte por parte de los enemigos: los verdugos quemaron su cuerpo y las cenizas fueron aventadas por los bárbaros defensores de la iniquidad y la explotación. La muerte de Reeve, que fué lamentada por cuantos lo queríamos y lo admirábamos, produjo un efecto extraordinario en el ánimo del General Gómez, que estimaba á aquel distinguido Jefe cuanto sus méritos y su grandeza de alma lo hacían apreciar.

Ya por esta época ocupaba la silla Presidencial el C. Tomás Estrada Palma; ya había cruzado la Trocha el segundo contingente oriental de que hemos hablado detalladamente; así es que el nuevo Presidente se encontraba en necesidad de resolver problemas de no muy fácil solución.

Como el General Sanguily llevó la reiterada manifestación de la necesidad

que había de que el Jefe del 3er Cuerpo y el Ejecutivo celebrasen una entrevista, el Presidente Estrada al significar su asentimiento, le manifestó que para ahorrarle días de ausencia en el territorio de su mando, el Gobierno marcharía hacia el Oeste de Camagüey y se aproximaría á la Trocha, á fin de que el General Gómez volviese cuanto antes á su destino.

El General, en su folleto ya citado, se expresa respecto de esta entrevista, en los siguientes términos: « En Cuba siempre se tachó á los gobiernos de poco « enérgicos, de tener poco tino en sus medidas, y se concluía diciendo que la « ineptitud era la falta más marcada que caracterizaba á los hombres que lo « componían, y es sabido que esa es la costumbre de todos los pueblos. Pero sea « que la Administración Estrada escarmentase estudiando la historia de los go- « biernos anteriores, ó que inspirado verdaderamente de sentimientos de orden, « justicia y energía, una vez enterado de los asuntos de las Villas, no sólo no « quiso aceptar mi renuncia, en que insistí, sino que dispuso volviese á ocupar « su puesto el General Sanguily, siquiera por unos días, salvando así el princi- « pio de disciplina y que, más tarde, según el plan de organización que me or- « denó, pasara dicho General á mandar las fuerzas de vanguardia, que debían « componer los contingentes de Oriente. Me autoriza para crearme recursos « pecuniarios y con ellos elementos de guerra, enviando al efecto comisionados « al extranjero; me alienta en fin con su valiosísimo apoyo para hacer avanzar « la Revolución á Occidente. No necesitaba de tanto para sentirme animado « de nuevo y confieso que me formé demasiadas ilusiones: en 48 horas de marcha « volví á repasar la línea militar del Júcaro. El General Sanguily lo hizo poco « después y muy pronto principió á cumplir las órdenes del Gobierno organizán- « dolo todo de modo que diese por resultado la invasión de Occidente. »

Ya empezaban á hablar los periódicos españoles del nombramiento del General Martínez Campos para el mando del ejército de Cuba.

* * *

Abandonemos á Máximo Gómez acariciando sus nuevos proyectos de gloria y volvamos á Camagüey, donde nos encontraremos en los primeros días del mes de Mayo al General Vicente García preparando una operación sobre la zona de Puerto Príncipe. El General llevaba poca fuerza de caballería del Camagüey; pero marchaba el Regimiento de caballería de las Tunas "Río Blanco" mandado por su valiente Jefe el Teniente Coronel Francisco Estrada Céspedes, y la escolta del Cuartel General. El 11 de Mayo, aniversario de la muerte de Ignacio Agramonte, día mirado en la Revolución como fatídico, encontró el General al enemigo en las cercanías de Puerto Príncipe. El combate trabóse inmediatamente con caballería por ambas partes. Los nuestros ejecutan un enérgico movimiento de ataque yendo al frente "Río Blanco," flanqueando el Cuartel General y Escolta, cuando se advierte cierta oscilación en el centro y que los españoles se deciden á cargar impetuosamente. Los nuestros vuelven grupas y dispersándose en aquellas sabanas, son objeto de una persecución tenaz por parte del enemigo. Sucedió que en los primeros tiros de los españoles y cuando "Río Blanco" se disponía

á cargar, fué gravemente herido el Teniente Coronel Estrada Céspedes, á quien acudió su escolta de confianza, produciendo cierta incertidumbre y confusión en nuestras filas, que aprovechada por el enemigo, convirtió en derrota lo que pudo ser fácil victoria. Estrada Céspedes fué herido en la pierna izquierda: una bala de Remington le fracturó la tibia. Tuvimos además en la carga algunos muertos y varios heridos. Ya he dicho que el Teniente Coronel gozaba de una popularidad justificada: pronto se vió rodeado de sus amigos y compañeros, que le prodigaban sus atenciones y muestras de cariño.

Mientras tanto el intrépido Maceo, en Oriente, con las fuerzas de su División, 2ª del Primer Cuerpo, emprende una operación difícil y atrevida, digna de aquel Jefe, que había adquirido en la localidad las proporciones de un gigante. El Brigadier concentró fuerzas de las Brigadas de Holguín y Cuba, y con unos 1,300 infantes emprende marcha, rumbo al Norte, cayendo sobre la villa de Sagua de Tánamo. Su objeto fué divertir al enemigo para llamar su atención sobre aquel lugar. Sin embargo, las fuerzas que no estaban en el secreto de la operación, fueron más allá de lo ideado por su Jefe, asaltando la trinchera y apoderándose por completo de la ciudad, que saquearon después de dos horas de ocupación. Al retirarse, comprendió el Brigadier que el botín tomado en la ciudad y los heridos de la operación podrían interrumpir sus planes si no se resolvía á dividir su columna en dos partes, aunque se debilitara; una de las cuales marcharía á las zonas mambisas de Cuba y Guantánamo, conduciendo los heridos que requerían algún cuidado ó no pudieran marchar y el gran convoy de efectos ocupados. Despidió 300 hombres y con los 1,000 restantes emprendió marcha rumbo al Este.

Los españoles notaron la vuelta de la pequeña columna hacia los llanos de Cuba, pero no pudieron darse cuenta de lo que se había hecho Maceo con la otra columna de 1,000 hombres y, mucho menos, qué pretendería hacer. Lo cierto era, que Sagua de Tánamo había sido saqueada por 1,300 hombres, de los cuales 300 habían regresado y 1,000 desaparecido. Causaba risa leer los partes oficiales españoles en aquellos días, y las consideraciones de la prensa acerca de la desaparición ó evaporación de Maceo; y lo peor era que temían mucho su reaparición. Más de diez días estuviéronse haciéndose unos á otros, la clásica burlesca pregunta: ¿Dónde está Maceo? ¿Qué es de Maceo? Y la verdad era que Maceo había desaparecido. He aquí el misterio:

Después del ataque á Sagua de Tánamo y cuando, siguiendo las mismas huellas de la columna que contramarchó, llegó al río Sagua ó á alguno de sus afluentes, en vez de vadearlo, se corrió por él hacia arriba y cuando hubo andado dos ó tres millas internándose en la montaña, abandonó su húmedo piso y se salió del lecho del río que no había podido dejar huella de su paso. Entre Sagua, á la parte Norte de Guantánamo, y Santiago de Cuba y la Punta de Maisí, término Oriental de la Isla, se extiende una montaña inculta, inhabitada, donde la naturaleza de Cuba hace ostentación de toda su soberbia grandeza. El Brigadier, guiado por el sol y ayudado por su práctica campesina en materia de rumbos, ordenó la apertura de una especie de túnel á través de aquella inmensa mole vegetal. Los árboles gigantes, los más altos, corpulentos y frondosos de todo el país, se elevan allí, majestuosos, hasta las nubes, disputando el paso á los rayos del sol que pretenden cruzar á través de tan espléndido follaje. Los bos-

ques, donde el radio visual alcanza sólo unas pocas yardas, desprovistos de pájaros, presentan un aspecto triste y sombrío; los arroyos, que no llevan en sus corrientes siquiera un pecesillo, despeñándose con vertiginosa rapidez, con su ruido salvaje, sobrecogen el espíritu. La naturaleza, á pesar de tanta vitalidad y tanta fuerza, aparece como muerta en aquellas agrestes regiones, donde el sepulcral silencio, que duraba tal vez desde la época de los primeros pobladores, era interrumpido ahora por la planta dura del infante oriental, destruyendo la hojarasca, ó por el golpe seco del cortante machete de los encargados de abrir camino á la fantástica columna. ¿A dónde iban? Nadie lo sabía, ni nadie lo preguntaba. En ocasiones extremas de la vida, en circunstancias extrañas, cuando seguimos á un hombre en quien tenemos depositada así nuestra confianza como nuestras esperanzas, nos dejamos guiar ¿quién sabe á dónde? pero seguros de llegar al fin satisfactoriamente. Así sucedía á aquellos hombres: acostumbrados á ser conducidos á la victoria por aquel que empezaba á ser considerado como un genio, y que era el primero en dar ejemplo de fortaleza en medio de tantas penalidades, marchaban seguros. Dos ó tres días después de haberse internado en la montaña se concluyeron los víveres que cada uno había podido traer á cuestas, y considérese la situación de la columna en una selva virgen tan desprovista de recursos, que ni siquiera la palma ó la naranja agria, tan abundantes en los bosques de Cuba, ofrecían su ayuda y su consuelo á aquellos valerosos aventureros. La marcha no se interrumpía; había la esperanza de que aquella situación no se prolongaría, y la convicción de que su término ofrecería abundante cosecha de laureles y recursos con que atender á las exigencias de la vida material. ¿Qué es de Maceo y sus mil harapos?, preguntaban sin cesar los periódicos españoles; y mientras tanto el machete no cesaba de desgajar añosos árboles para abrir camino, ni dejaba de avanzar la columna hacia su objetivo, hacia el Este.

A los diez días de una marcha sobrenatural, soportable sólo para la infantería oriental, los ardientes rayos del sol rompieron la impenetrable bóveda de esmeralda que los había cubierto durante la penosa jornada, inundando de luz, de luz que á penas podían tolerar los ojos de aquellos atrevidos exploradores de la selva, los terrenos que mucho más al Este del cruzado lecho del Sagua veían los desaparecidos soldados de Maceo. Con la luz vinieron las aves con sus cantos, los árboles con sus frutos, los animales en abundancia, la vida en fin, con sus ruidos, con sus encantos, con sus alegrías; y todos los corazones que latían contentos y satisfechos, se sobrecogieron de súbito por el asombro que causara la voz de algún conocedor del terreno que exclamó: ¡Baracoa! ¡Baracoa!

Efectivamente, este grito que hizo sorprender á aquella multitud, llevó el convencimiento á todos los ánimos de que habían llegado al virgen y rico territorio al extremo Nordeste de la Isla, al distrito de Baracoa, donde aún no se había escuchado un solo tiro, donde la Revolución no había hecho sentir todavía su paso de luto y exterminio.

El Brigadier acampó en aquella llanura, y la tropa, siguiendo la costumbre poco militar por cierto, pero impuesta por la necesidad en Oriente, se diseminó en grupos más ó menos numerosos, en radio de una legua, en busca de recursos de boca que por todas partes le brindaba aquella desconocida región. Pronto la gente regresó al campamento provista de carnes, aves y viandas; se hizo fuego

por primera vez después de muchos días, y los placeres de un regalado rancho y los que deberían esperarse en los próximos combates que se libraran, disiparon en breve tiempo la mala impresión y el ingrato recuerdo que en todos había dejado la más ruda de las marchas, aquella especie de viaje subterráneo al territorio de Baracoa.

La noticia de la invasión cundió rápidamente, llegando al siguiente día á la ciudad. Mandaba en Baracoa el Brigadier Borbón, miembro de la familia Real de España, joven imberbe que en busca de grados y fortuna, había sido enviado á la Isla de Cuba, sin duda con el encargo de que cuidara mucho de su Real persona, pues el Príncipe, que comenzó mandando uno de los Regimientos de caballería que encontró Máximo Gómez en la loma del Jíbaro, fué recorriendo el campo de la guerra de Occidente á Oriente, y disgustado en todas partes, optó por Baracoa, retiro apacible, donde la hidra no había asomado su cabeza, y donde se permitía pasar una vida asaz tranquila y regalada. Conocía á Maceo, pues días antes se lo había presentado el Comandante General del Departamento, General Sabás Marín, en un reñido combate en el territorio de Santiago de Cuba, uno de los escalones de su marcha por la Isla. Enterado Borbón de la presencia del enemigo en el territorio, concentró sus tropas y salió á su encuentro, batiéndolo, según parte español, á dos leguas de la ciudad, derrotándolo y dispersándolo, obligándolo á contramarchar hacia Guantánamo. A su vuelta á la ciudad fué recibido con arcos y fiestas que en el instante se improvisaron, aclamándolo como al héroe de los héroes. Maceo había sido dispersado, según los partes y los boletines de aquel día. El orden se restableció, desapareciendo la alarma y reinando la confianza interrumpida por un momento. Pero ¡oh fatalidad! dos días más tarde, cuando la ciudad se entregaba á las delicias de aquella tranquilidad, he aquí que nuestros mismos exploradores avisan, como si tocasen á la puerta, que Maceo con su columna marchaba sobre la confiada esclava. Supóngase la alarma, y más que nada, la confusión. Eran las dos de la tarde: las cornetas llamaban por todas partes, las campanas á vuelo tocaban el desesperante somatén, se corría por todos lados, se iba y se venía sin entenderse nadie, y el joven infante de Borbón, mientras tanto, discutía con sus subalternos, veteranos encanecidos en los campos de batalla, con sus bigotes quemados por la pólvora, si debieran ó no resistir al invasor. Por fin, lo montan en un caballo y aquel *heroe por fuerza* marcha á encontrar á Maceo, que ya se disponía á penetrar en la ciudad. La lucha se trabó, los nuestros arrollaron dos veces al enemigo, y cuando se presentó por tercera vez, entonces el Príncipe á vanguardia, un nuevo y vigoroso empuje los obliga á meterse en la ciudad en confusión, dejando el Príncipe en nuestro poder, en aquella retirada vergonzosa, su caballo y su sombrero y, lo que es más triste todavía, su espada, que como llovida del cielo utilizó por muchos días *un negro de los de Maceo*, sirviéndose de ella como de asador.

Maceo, aprovechándose de aquellos momentos, en la convicción de que el enemigo pediría refuerzos por mar para atacarle nuevamente, desplegó sus tropas en pequeñas columnas á las órdenes de los Tenientes Coroneles José Maceo, Pedro Martínez Freire y Juan Rius Rivera, que en distintas direcciones recorrieron aquella jurisdicción, llevando la guerra hasta sus más recónditos límites. Es de advertir que en Baracoa no había sino un muy reducido número de tropa

de línea, quedando el cuidado de su defensa á los criollos que, disciplinados bajo el nombre de las Escuadras, prestaron en Baracoa y en Guantánamo un servicio inestimable á la causa de España. ¡Traidores infames que heroicamente ayudaron á matar la Revolución que ofrecía á su patria independencia y libertad!

Maceo, después de concentrar sus fuerzas, esperó al enemigo en las márgenes del Toa, la corriente de alguna importancia más oriental de la Isla, donde libró combates reñidísimos con las tropas que desde Guantánamo y Sagua habían marchado en auxilio del maltrecho Príncipe de Borbón. Asimismo lo esperó en el estratégico Negrito, donde también tuvo encuentros muy reñidos. Después de unos quince días de ocupación, abandonó aquella región, dejando en ella como de guarnición constante al Teniente Coronel Martínez Freire, al mando de su Regimiento "Guantánamo" Nº 9.

* * *

El Presidente Tomás Estrada organizó su Gabinete como sigue: Carteras de la Guerra é Interior, Comandante Francisco La Rua, el ilustre Secretario de la Cámara, que había renunciado su honroso cargo de Diputado para aceptar las carteras indicadas. Joven de gran talento y vasta instrucción, se había hecho notable, sobre todo, por su acrisolado patriotismo, por la pureza de sus pensamientos y la nobleza de sus sentimientos. Fué uno de los pocos constantes y adictos compañeros de Ignacio Agramonte en los obscuros días de prueba en que no quedaba á los patriotas, según la proverbial frase del héroe camagüeyano, otra arma para triunfar del enemigo, que la vergüenza. ¡Cuántos buenos servicios prestó á la causa de Cuba este joven habanero con su ilustración, su moralidad y su buen ejemplo de orden y perseverancia! Francisco La Rua, que continuó después de la muerte de Agramonte como Ayudante de órdenes del Cuartel General, se encontró en el desempeño de sus funciones en la gloriosa acción de Naranjo, en la que una bala le fracturó la mano derecha. Cuando las elecciones generales para la nueva Cámara de Representantes, fué electo por los occidentales para su representación. Las Carteras de Hacienda y Relaciones Exteriores fueron encomendadas al instruído joven villareño Ramón Roa, Teniente Coronel, al que hemos visto regresar á Camagüey de las Villas. La Secretaría del Consejo y Subsecretaría de Estado al Licenciado en leyes Juan Miguel Ferrer y Picabia, miembro de una distinguida familia habanera. Todo era nuevo en la nueva Administración; más aún, todo era joven y potente, haciendo concebir las esperanzas más risueñas en el importante papel que estaba llamada á desempeñar.

El Presidente Estrada entró de lleno en el ejercicio de sus funciones. Principió por introducir reformas en la organización del sistema de correos; regularizó, de manera que pudiéramos llamar perfecta, la comunicación con el exterior que hasta allí había sido encomendada casi á la casualidad. Organizó los centros secretos patrióticos en todas las ciudades, villas y aldeas, no quedando una sola en que no hubiese un Centro con el que se entendiera el Gobierno de la República, ó los Jefes de Departamento ó Brigadas, en su representación. Estos Centros prestaron en el acto un servicio cuya falta había sido causa de que las epidemias

se propagaran en las fuerzas; porque desde entonces se enviaron al campo medicinas de todas clases, principalmente quinina, que repartida con profusión por todas partes, hizo desaparecer las fiebres intermitentes que como un azote constante venían diezmando á los habitantes de Cuba libre, casi desde el principio de la lucha; las úlceras y la lepra, también de carácter epidémico, desaparecieron con los tratamientos adecuados. La comunicación entre la vecina isla de Jamaica y la costa Sur de Cuba por medio de expediciones pequeñas, que en reducidos botes de remo y vela, conducían intrépidamente los Coroneles Juan Luis Pacheco y Enrique Canals, hoy residente en Cayo Hueso, y otros atrevidos patriotas, hicieron dar una organización perfecta á la correspondencia del exterior, cuyo servicio se practicaba también con regularidad por la Habana bajo la dirección del eminente y activo patriota *Mísmismo*. Y no era sólo la correspondencia lo que nos llegaba por las confidencias; sino también los periódicos de toda la Isla, leyéndose en muchos campamentos los del día; medicinas de todas clases, efectos de escritorio é imprenta, libros, ropa para los heridos, &. &.

El Presidente Estrada cortó miles de abusos á que este servicio se prestaba en la Revolución.

La comunicación con Jamaica nos traía, además de la correspondencia, armas y municiones en reducida cantidad. Estrada organizó los hospitales de sangre y los talleres, creando ambos institutos donde no los había. La fabricación de la *pólvora* llegó en sus días á la perfección, y los talleres de monturas, curtidos, calzados, herrerías, armerías y salinas artificiales se multiplicaron por todas partes, y en Guá, jurisdicción de Manzanillo, se llegó á plantear por el Comandante Miguel Suástegui, un telar que hizo frazadas y driles dignos de figurar en cualquier exposición. Se usaba para los tejidos, además del algodón, la malva peluda, la guaracoa, y otros téxtiles preciosos que abundan en Cuba por todas partes. La sal en el interior de la Isla se fabricaba de la ceniza del tronco de la palma de manaca ó yarey hediondo, con el procedimiento químico para extraer el nitro, que en la Revolución se puso al alcance del más ignorante; se obtenía de dichos árboles una sal blanca, brillante, que en gusto y condiciones competía con la natural.

Tomás Estrada no ordenaba, sino marchaba él mismo al lugar, y plantaba la institución, la dotaba con la fuerza que estimaba conveniente, y hacía responsable de su existencia y cuidado al Prefecto ó Jefe militar más inmediato.

Después de la entrevista con el General Máximo Gómez, volvió al Este del Camagüey, donde reunido á la Cámara, emprendió marcha para el Departamento Oriental. Corría ya el mes de Agosto de 1876.

# SEPTIMA CONFERENCIA

archa del Presidente Estrada á Oriente.—La invasión á Occidente.—El diez de Octubre en Bijarú. —Celebridad de las Tunas.—El heroico Comandante Vega.—Derrotas del batallón de San Quintín.—Conducta del General Quesada.—Ataque y toma de las Tunas.—Devolución de los prisioneros españoles.—Triste incidente.—El Teniente Rivero.—Fusilamientos indebidos.—Digresión histórica.—El General Calvar en Villaclara.—El botín de guerra.—Incidentes cómicos.—Confianza del General Gómez en el Presidente Estrada.—Martínez Campos á la vista.—Preparativos del General Gómez para recibirlo.—Conducta de los Villareños.—Gómez resigna el mando.—Precipitada marcha del Gobierno á Camaguey.—Entrevista con Gómez.—Estado anárquico.—Vicente García Jefe de las Villas.—Esfuerzos titánicos de la Administración Estrada Palma.—García rebacio.—Deserción de los tuneros.—Comunicación amenazante.—Merecida contestación.—Prisión del Coronel R. Céspedes.—Situación desesperante.—El General Barreto.—Actitud patriótica de Oriente.—Un club demagógico.—Las Reformas.—Juicio del General Gómez.—Famosa carta del Comandante La Rua.—Un episodio del General Calvar.—Llamamiento al General García.—Gómez á Oriente.—Entrada del General Martínez Campos en Camaguey.

EL Presidente Estrada, con ideas de apoyar eficazmente el nuevo plan de operaciones que acababa de acordar en su conferencia con el Mayor General Máximo Gómez, marchó al Departamento Oriental, haciéndose compañar de la Cámara de Representantes. El General Gómez repasó la Trocha ara organizar la invasión á Occidente, apoyándose en la infantería de Oriente ue había reforzado al Ejército invasor y en un magnífico cuerpo de caballería rmado por los Regimientos Narciso, Expedicionario y Honorato. El General anía como de reserva unos mil caballos, descansados y frescos, depositados en extenso potrero La Reforma, en Sancti Spiritus, y con tales elementos y ayudo por fuerzas de infantería de las Villas, se proponía, no solamente realizar importante operación, sino provocar una reacción formidable.

El Presidente de la República al marchar á Oriente dejaba este plan en vía e practicarse, pues no dudaba que el General Gómez lo realizaría secundado or el General Calvar, que mandaba la 2ª División, por el General Sanguily, que

mandaría la División invasora, y por el General Roloff, que debía ponerse al frente de la 1ª División, en reemplazo del General Sanguily. Estrada marchó, pues, tranquilo, en la convicción que á él no le quedaba otra cosa que hacer que apoyar esta combinación de éxito seguro.

El Gobierno llegó á Tacajó, en Holguín, en los primeros días del mes de Septiembre, ocupándose desde luego en preparar las cosas de manera que se obtuviera un nuevo refuerzo para el ejército de las Villas. La Secretaría de la Guerra dió órdenes para una concentración de las fuerzas del Primer Cuerpo, que habría de tener lugar á mediado del mes de Octubre, en la hacienda de Báguano, Oriente de Holguín, dando un plazo relativamente largo por la necesidad que había de aguardar á las tropas que bajo el mando del Teniente Coronel Martínez Freire operaban en el apartado territorio de Baracoa, así como las de Bayamo que á la sazón se encontraban diseminadas en guerrillas, en operaciones varias.

La escasez de recursos hacía mover constantemente al Gobierno en la jurisdicción de Holguín. El diez de Octubre de aquel año lo pasó en Bijarú, donde se celebró el aniversario del gran día de nuestra historia, no sólo con la expansión natural con que late ese día todo corazón cubano, sino dominado por las halagadoras nuevas de dos importantes hechos de armas, de dos triunfos obtenidos recientemente. El uno, la toma de las Tunas por el General Vicente García al frente de su legión de hierro, y el otro, el asalto de la ciudad de Villa Clara, llevado á cabo por el Jefe de la 2ª División de Occidente, General Manuel Calvar. Hubo motivo para regocijarnos en aquel aniversario que el Presidente Estrada celebró con toda la pompa que la situación le permitió. Por la tarde hubo una revista de tropas y por la noche una reunión popular, donde hicieron uso de la palabra todos los individuos de alguna representación que se hallaban en el campamento. La música de Holguín, que amenizaba aquella reunión, anunció con sus toques especiales la seductora danza criolla y que la reunión había terminado para dar comienzo al baile popular que duraría toda la noche. La diana del día once puso término á la danza, concluyendo así uno de los días más dichosos que pasáramos en los campos de Cuba. Y sin embargo, cuán lejos estábamos los allí congregados, que hacíamos latir nuestros corazones al compás de nuestro más puro patriotismo, á impulsos del entusiasmo más justificado, que en otro lugar se producían escenas diametralmente opuestas, y que la Revolución de Cuba acababa de sufrir una herida de la que con dificultad podría reponerse. Pero no adelantemos los sucesos, y seamos consecuentes con la cronología.

* * *

La ciudad de las Tunas, en el Departamento Oriental de la Isla, había adquirido ya cierta celebridad histórica y militar en la sangrienta lucha que venimos describiendo. En los primeros días del pronunciamiento de Oriente, fué atacada por los jefes de la sublevación en la localidad, que fueron: Vicente García, hijo predilecto de aquel pueblo, que denodadamente se puso á su frente, para alzarse en armas contra la tiranía española; Francisco Muñoz Rubalcaba, joven de apreciables dotes, hombre de bello corazón, poeta de sentimiento, quien por sus

cualidades se había encontrado frente á frente de los opresores de su patria, y Ramón Ortuño, joven de color, artesano, que prestó un valioso apoyo en aquellos momentos de prueba. Los patriotas tuneros, acaudillados por estos tres distinguidos cubanos, asaltaron la ciudad, estrellándose sus buenos deseos y sus esfuerzos contra la disciplina de la poca fuerza que defendía la plaza. Los cubanos fueron rechazados, y el enemigo reforzando las Tunas, dominó por completo en la ciudad. Las familias de los caudillos del movimiento se encontraban encerradas dentro de los muros de la plaza, y compréndase los sufrimientos morales á que esta circunstancia sometió á unas y otros.

Las Tunas se encuentran enclavadas en el centro de una extensa comarca y rodeada de sabanas, completamente aislada; así es que la guerra, desde su nacimiento, tomó allí cierto carácter salvaje y arrojado. Los españoles con mucha dificultad podían atender al sostenimiento de la guarnición y de la hambrienta y extenuada población cubana que, por sistema, mantenían dentro de los muros. La necesidad de allegar recursos para su sostenimiento exigió la no menos imperiosa de conducir convoyes de municiones de guerra y boca, que dos veces á la semana recorrían el trayecto entre Guamo, campamento enemigo sobre el Cauto, y las Tunas y Puerto Padre, al norte de la jurisdicción y la ciudad. Las tropas que conducían los convoyes tenían que atravesar las continuadas y extensas sabanas que se extienden entre el río Cauto y las Tunas, á través de las cuales pasa el camino central de la Isla; y nuestros soldados al mando del Páez cubano, el hombre del pueblo que adquirió mayor celebridad en aquella época, el entonces Comandante Francisco Vega, adiestrados por su heroico jefe en el ataque de convoyes, hicieron un estudio tan perfecto de este sistema de operaciones que, con una tenacidad, arrojo y resultado que no tienen precedente en la historia de la independencia de América, hostilizaban al enemigo desde el instante mismo en que emprendía la marcha á la salida del Guamo, hasta su entrada en las Tunas; en un trayecto que los españoles hacían en no menos de tres días. Días funestos para ellos, que se repetían periódicamente en aquella comarca, en la que á pesar de la disciplina y valor de las tropas españolas, el estudio de la localidad y el sistema de guerra, pusieron todas las ventajas de parte de nuestros soldados. Es sabido que en ese corto trayecto de veinte leguas se han abierto más fosas bajo las plantas de los soldados españoles, que en ningún otro territorio de Cuba. San Quintín, el renombrado San Quintín, el cuerpo del ejército español más distinguido en este lado del Atlántico, fué necesario reponerlo en hombres, por tres ocasiones, durante su servicio de convoyes en la jurisdicción de las Tunas. Sirvan estas líneas como de apología al heroico, al incansable Brigadier Pancho Vega, que herido gravemente en la cara, en Abril de 1871, en el célebre y reñido combate que libró el Coronel Rafael de Quesada al frente de los expedicionarios del «Virginius», en la sabana del Ciego, donde heroicamente sucumbió, entre otros, Domingo Lamadriz, fué necesario darlo de baja por consecuencia de dicha herida de la que quedó sin vista, muriendo asesinado, más tarde, en 1874, por los españoles en la jurisdicción de Holguín.

En Agosto de 1869, deseoso el General Vicente García, Jefe de las Tunas, de aprovechar la oportunidad que le ofrecía la triste situación por que el hambre hacía pasar á los habitantes de la ciudad, concibió la idea de asaltarla. Al efecto puso en conocimiento del General Manuel Quesada, General en Jefe del Ejército,

sus proyectos; pero este Jefe, dando muestras de una ambición desmedida, comprendiendo la facilidad de obtener un laurel á poca costa, previene á García de que se abstuviera de llevar á cabo la operación sin estar él presente, y con ideas de realizar el plan que concibiera aquél, se mueve al frente de un verdadero ejército de las tres armas, rompiendo los fuegos de artillería sobre la hambrienta ciudad, al amanecer del 16 de Agosto. Los españoles, no asustados, sino despavoridos, abandonan la ciudad al invasor, retirándose á sus fortificaciones, y los cubanos, aprovechando esta circunstancia la ocupan, sacando de ella á los escuálidos habitantes, famélicos, cuyos rostros se alegraban á la vista de nuestros soldados, que dominaban la situación.

Lejos de hacerse un movimiento enérgico y brusco sobre el enemigo, como atacar sus trincheras ó amagarlas siquiera, el General en Jefe, á las siete de la mañana, dos horas después de haberse roto el fuego, anuncia al Presidente Céspedes, que ocupaba una eminencia á la vista de la ciudad, que el movimiento había fracasado y que era necesario retirarse. El Presidente con el mismo Ayudante, Comandante Horacio Simoni, exige al General que intente un asalto, con el siguiente recado que perfectamente conservo en la memoria: "Diga Vd. al General que espero de su pericia y su valor, me entregue aquella bandera enemiga que aún flota sobre la aguja de la torre." Los fuegos nuestros se avivaron un poco, mientras que los del enemigo se iban debilitando. A las diez volvió el mismo Ayudante Simoni á conferenciar con el Presidente á nombre del General, y lo despachó con igual contestación. Todos los Ayudantes del General Quesada estaban fuera de combate, hasta su médico el Dr. Serapio Arteaga, quien, como una burla, se encuentra hoy afiliado al Partido Conservador de la Habana. El Presidente envió sus Ayudantes á disposición del Cuartel General. A las tres de la tarde, dadas las exigencias del General en Jefe, se acallaron nuestros fuegos y empezó el General Quesada á ordenar el desfile. El Teniente Coronel Boniche, defensor de la plaza, en el mismo instante en que le sorprendía el silencio de nuestras armas, rogaba á las esposas de los Generales García y Rubalcaba, que sirvieran de intermediarias entre sus enfermos y heridos y el vencedor cubano, pues él, al frente de los que pudieran marchar, rompería el sitio y á fuego y sangre se dirigiría al campamento de Puerto Padre. Tal era su situación en los momentos en que el General en Jefe se retiraba, cediendo á los españoles el derecho de titular á la ciudad, poco después, "Victoria de las Tunas."

En Octubre de 1876, en los días que narramos, estaba ya el General Vicente García en posesión del secreto para asaltar la ciudad de Victoria de las Tunas. Con una tenacidad paciente, sin igual en la Revolución, y que era, como ya he dicho antes, el rasgo más saliente del carácter de Vicente García, había entablado relaciones con dos individuos que ocupaban una posición de confianza en la plaza enemiga; uno, el Sr. Carlos, (Mons Carlos,) francés al servicio de España, hombre de instrucción y capacidad, que desempeñaba el destino de Secretario del Gobernador de la ciudad; y otro, el Sr. Romero, bayamés, que ocupaba un destino en la Administración militar. Estos señores, en su deseo de servir á la causa cubana, habían resuelto traicionar á su Gobierno, haciendo entrega de la plaza al enemigo.

Madurado debidamente el plan, concentra el General García fuerzas de infantería pertenecientes á los Regimientos Tunas nº 3, Jiguaní nº 4 y Jacinto

nº 10, de Camagüey, y fuerzas de caballería del Regimiento "Río Blanco," de las Tunas, y la Escolta del Cuartel General, y allá para el cinco de Octubre marcha sobre la ciudad, punto objetivo de la operación. A las doce de la noche se puso en marcha, haciendo una parada para organizar el asalto á las inmediaciones de la ciudad, y divide sus fuerzas de la manera siguiente:

1er. Batallón del Regimiento Tunas, al mando de su Jefe José Sacramento León—(*Pajito* León)—había de marchar resueltamente y asaltar el cuartel de infantería, situado en la Iglesia y defendido por trincheras, fosos, etc.

2º Batallón del mismo Regimiento Tunas, al mando de su jefe el Teniente Coronel Juan Ramírez Romagosa, asaltaría de la misma manera la casa de Gobierno, también fuertemente defendida.

Fuerzas del Regimiento Jiguaní, al mando del Comandante Jesús Rabit, se apoderarían del Cuartelillo, defendido por un retén.

Fuerzas del Regimiento Jacinto, al mando de su Coronel Gonzalo Moreno, cortaría la comunicación entre el fuerte de entrada y el resto de los puestos militares.

El Cuartel General quedaría al frente de la caballería, cuyo Regimiento Río Blanco estaba al mando de su jefe el Coronel Francisco Estrada Céspedes, y la Escolta á la del Comandante Carlos L. Tristá.

El punto culminante de la operación consistía en la entrada, evadiendo las avanzadas, que guardaban la ciudad, á cuyo efecto había que perforar la pared ó muro de una casa amiga, por donde tendría entrada la infantería. La operación se efectuó con el mayor sigilo, entrando todos los infantes, armados y desarmados, por una pequeña abertura que, puede decirse, fué la puerta de salvación y de libertad de aquella ciudad de cautivos. Cada Cuerpo marchó velozmente al lugar que de antemano le estaba designado, rompiendo todos los fuegos á la vez, y realizándose la mejor y más verdadera sorpresa que puede imaginarse.

Los fuegos se sostuvieron con energía por ambas partes, al principio. Dos horas de combate bastaron para que se rindieran las fuerzas que defendían la casa de Gobierno, atacada por el Teniente Coronel Ramírez Romagosa, quien enviando en calidad de prisioneros á los rendidos al Cuartel General, así como todo lo que en los almacenes ocupara, marchó á reforzar al Teniente Coronel León que atacaba la plaza, la que se rindió poco después. Asimismo se rindió el Cuartelillo, que ocupó el Comandante Rabit, quedando vivos solamente los fuegos del fuerte de la entrada que dejaba escuchar el incesante ruido de la fusilería y la artillería.

Al amanecer, el Cuartel General dirigió un mensaje, por escrito, al Gobernador y demás jefes que habían logrado acogerse á dicho fuerte, exigiéndoles se rindiesen. La contestación fué inmediata y afirmativa, cesando por completo los fuegos del enemigo. A las seis de la mañana del seis de Octubre el General Vicente García se apoderó de su ciudad natal, después de una resistencia verdadera, rindiéndose sobre 150 hombres entre jefes, oficiales y tropa. Los heridos ascendían á cincuenta, y se contaban otros tantos muertos. Un botín inmenso, gran cantidad de armas, parque de toda clase, dos piezas de artillería de montaña, dos de plaza, y todas las riquezas que una ciudad antigua puede encerrar.

El General envió inmediatamente un correo al Gobierno de la República anunciando su victoria, nueva que nos sorprendió cuatro días después, el 10 de

Octubre, cuando acababa de recibirse otro correo procedente del Camagüey, trayéndonos noticias de Occidente. Imagínese el alborozo que tal sorpresa nos causaría. Los vivas al General García y á los tuneros atronaron el espacio, y el nombre, para muchos execrable del jefe del movimiento de las Lagunas de Varona, apareció radiante, disipándose las nubes que pudieran envolverlo, y su frente rodeada por los laureles de una victoria hija de su pericia y talento militares. Se abrió una fosa para sepultar los tristes recuerdos de las Lagunas de Varona, pues ya nadie pensó en el bravo y heroico caudillo sino para ensalzarlo por la conquista de una de las páginas más gloriosas de la historia de la Revolución.

El General ofició al Jefe español de Puerto Padre enviándole la comunicación con una pareja de los prisioneros, en la que le anunciaba el triunfo obtenido sobre sus compañeros y exigiéndole enviase una escolta de 40 hombres para que custodiara hasta dicho lugar á los jefes y oficiales prisioneros y al pueblo que quisiera seguir al Gobierno español, y á los heridos de la acción. Se prevenía que no viniese un solo hombre más de los 40 de la orden, ni un solo guerrillero cubano que con su presencia insultara aquella victoria: en uno y otro caso pasaría por las armas á la escolta que se enviase. Al siguiente día, como á las doce, desfilaba delante de una avanzada nuestra, terciándose mútuamente las armas en señal de respeto, la escolta pedida. Se había cumplido estrictamente lo ordenado: 40 hombres de infantería contando dos oficiales, todos españoles, constituían aquella escolta.

Preciso es relatar, pues que referimos todo lo que sea exacto, un triste incidente. El General García hizo formar en dos distintas agrupaciones todos los españoles rendidos en la acción. Una, compuesta de 50 ó más hombres, que con la escolta que acababa de llegar marcharía para el campamento enemigo de Puerto Padre; la otra, compuesta de la tropa rendida, 102 hombres, que en calidad de prisioneros serían internados en nuestro territorio. Aquellos dos grupos partieron en distintas direcciones, y en el instante de la partida un Sargento 1º que debiera marchar para Puerto Padre, equivocando el fin de la otra agrupación, se separó del que se le había designado y se incorporó al otro. El Cuartel General encomendó el cuidado del grupo que debía ser internado, al Teniente de nuestro ejército Joaquín Rivero, á quien se le entregaron por lista nominal los 102 prisioneros haciéndolo responsable de sus vidas y seguridad. Ninguno notó la incorporación del Sargento 1º en el grupo de los prisioneros, y todos se separaron, como hemos dicho, para marchar en distintos rumbos. Los de Puerto Padre llegaron sanos y salvos á su destino al siguiente día.

Los 102 hombres que marcharon con el Teniente Rivero y unos 25 de su compañía como escolta, eran portadores de una gran cantidad de parque del ocupado en el asalto, colocado en pequeños sacos que contenían de 500 á 1000 tiros de Remington. El convoy marchó seis horas sin novedad. El Teniente Rivero, bravo oficial de nuestro ejército, era un hijo de Bayamo á quien, como á Cabrera, le habían muerto su madre los españoles, y, como era natural, conservaba en su corazón un espíritu de venganza inagotable contra los que tan inicuamente lo habían dejado huérfano.

Seis horas después de comenzada la marcha, un soldado de la escolta que custodiaba á los prisioneros, advierte al Teniente que éstos iban arrojando al bosque el parque que conducían. El mismo Oficial había recogido gran número

de cápsulas que creía caídas casualmente, y como se repitiera el hecho, hace alto, arenga á los prisioneros y les advierte que castigaría severamente el acto de arrojar el parque. Muévese de nuevo la columna, y poco después recoge el Teniente del suelo una gran cantidad de cápsulas que en son de desafío, al parecer, acababan de arrojar algunos soldados. El Teniente Rivero se resuelve á escarmentar á los prisioneros, hace alto y pasa por las armas á 50 de los 102 hombres que recibiera.

La noticia de esta hecatombe llega inmediatamente á conocimiento del General García, quien manda á comparecer en el Cuartel General al Teniente Rivero, é indignado le hace responsable de su conducta é insubordinación, anunciándole que sería sometido á un Tribunal militar para que juzgase y castigase su proceder. Algunos, que aplaudían lo hecho por el Teniente, le advierten que sería castigado por su falta, y él, acordándose de los asesinos de su madre, y considerando que por la falta cometida se le pasaría por las armas, quizás, ó por lo menos, se le degradaría, voló al campamento Guaramanao, donde había dejado el resto de los prisioneros en número de 53, incluyendo al Sargento de la equivocación, y los pasa á todos por las armas, dejando en aquel campo los cadáveres de 103 individuos, en lugar de 102 que había recibido según lista nominal. Del interrogatorio ante el Tribunal resultaba el hecho raro de constar, según documento, que había recibido 102 prisioneros; pero por confesión propia é insistente del Teniente procesado, existían en el campo 103 cadáveres. La casualidad hizo que más tarde se aclarara el enigma de cómo resultaban 103 cadáveres cuando eran sólo 102 los prisioneros entregados al Teniente Rivero.

Permítasenos una digresión: la historia de la Revolución colombiana nos recuerda el hecho de haber el Libertador encomendado al General Cedeño "el héroe entre los héroes, el bravo entre los bravos de Colombia," como lo tituló el Congreso Colombiano, un gran número de prisioneros españoles; Cedeño, descubriendo una conspiración entre ellos, los hizo pasar por las armas á todos, que ascendían á cerca de cuatrocientos. Noticioso el Libertador de lo que ocurría, hizo comparecer al General á su presencia y colérico, al reprenderle, exclama: —¿Cómo ha sido Vd. capaz de matar á tantos hombres á sangre fría? A lo que Cedeño contestó con su habitual calma:—¿Y quién le ha dicho al General que yo soy capaz de conservar mi sangre fría en presencia de los españoles? El héroe americano que se captó la gracia y confianza de Simón Bolívar, que murió en Junín, después de haber conquistado un nombre gloriosísimo y llenado de orgullo á todo un mundo, era natural de Bayamo. ¡Coincidencia singular! ¿Será un capricho de la historia el haber concedido á dos hijos de aquel modesto pueblo, el triste privilegio de haber muerto por sus manos el mayor número de españoles, en el rudo combate del Derecho contra la Tiranía, de la vieja España contra la joven América? Por horrorosos, por detestables que estos hechos sean, conste que no son sino dignos ejemplos de los muchos que en Colombia, en Cuba y en todas partes nos han dado los españoles.

La ciudad de Villaclara, la más importante de las que el ejército libertador asaltó, fué sorprendida por el General Calvar al frente de su división, á mediados del mes de Julio. El General Calvar, deseoso de distraer sus fuerzas del febril espíritu de insubordinación que partiendo de las Villas orientales iba paulatinamente apoderándose de las fuerzas de su mando, resolvió efectuar un movimiento

brusco sobre la capital de la comarca, asaltándola quizas sin contar con los necesarios elementos para tan atrevida operación.

El 19 de Julio, acampado en Corojito, formó el General las tropas de su mando distribuyendo el pertrecho de que disponía. El hecho de haberse distribuído á quince tiros por barba, hizo pensar á aquellos que todo lo observaban para deducir consecuencias, que la operación era de importancia, que había que pelear con tenacidad. Rara vez el soldado cubano salió á campaña tan lujosamente parqueado: regularmente se le proveía de sólo diez tiros, ¡diez tiros para arrostrar todas las emergencias en que una operación desconocida pudiera lanzarlos! Y sin embargo, cuando el defensor de las libertades cubanas marchaba á encontrar un enemigo que llevaba en su canana diez veces ese número de tiros y cuantos más necesitara en su convoy de reserva, marchaba satisfecho, en la convicción de que triunfaría. Hubo operaciones, atrevidas por demás, en que la tropa se lanzó á la pelea sin cápsulas suficientes para sostener el más débil tiroteo. Flor Crombet en su excursión por la zona de Limones, á las puertas de Santiago de Cuba en 1873, erizada como estaba de campamentos enemigos, llevaba 300 hombres y por todo parque 600 cartuchos, dos por plaza; y sin embargo Crombet, uno de los mejores guerrilleros en esa contienda en que todos eran sobresalientes, marchó y contando con la sorpresa, su pericia y el valor de sus *cambuteros*, —que se llamaban así porque sus campamentos se fijaban siempre en la zona de Cambute, al Sur de Santiago de Cuba, —paseó durante quince días la zona enemiga, iniciando un sistema de hostilizar á los españoles, quizás desconocido para la Revolución, proveyéndose abundantemente en aquel paseo militar de ropas, comestibles y municiones de guerra. Nada estimaba tanto el soldado cubano como el parque que llevaba en su canana; de él dependía su vida y lo escatimaba y economizaba tanto como un avaro su dinero. Tenía para la tropa un valor tal, que al mejor amigo ó compañero á quien se regalaba generosamente una onza de oro, se le negaba, aun en calidad de préstamo, aunque fueran cinco tiros. Bien sabían ellos que su provisión de parque era no solamente la garantía de su vida, sino el único medio de poder arrancar una mayor cantidad al enemigo, ese arsenal de donde únicamente podía proveerse el soldado que luchaba en el campo defendiendo la causa santa de la libertad de su patria. El dinero no tenía gran valor en la Revolución: nada valía tanto como el parque que servía para la compra de ropas, comestibles, etc., á los mismos soldados, y que ventajosamente había sustituído al dinero, cuando alrededor del indispensable tapete verde y burlando la vigilancia de los jefes ó la responsabilidad de las leyes militares, se agrupaban algunos soldados á jugar el histórico *monte* ó los *dados*, á que tan aficionados son nuestros campesinos.

A las cuatro de la tarde del 20 de Julio, bajo una lluvia torrencial, se puso en marcha la columna á cuyo frente iba el General Calvar. ¿Hacia dónde? Este era el secreto: hacia el lugar de la operación, ignorado por todos. Al anochecer se había abandonado la montuña y engolfaba la columna patriota en una extensa llanura sembrada de pequeñas colinas. La caballería, como era natural, marchaba cubriendo vanguardia y retaguardia de la infantería que ocupaba el centro. A las nueve de la noche hizo alto la fuerza, y poco después conferenciaban con el Cuartel General los comunicantes, como se decía en Oriente, ó pacíficos como llamaban en las Villas á los patriotas residentes en las ciudades que se

ponían en relación con los militantes. En Camagüey se les llamaba *cuandos*, voz genérica con que se designó á todo el que junto al enemigo nos favorecía con su amistad, por ser la palabra *cuando* la primera que pronunciaban siempre al encontrarse con un patriota que merodeaba cerca del campamento enemigo y á quien, avergonzados, trataban de explicar su presencia entre los españoles. *Cuando* yo fuí hecho prisionero...; *cuando* enfermo mi familia me arrastró... etc.; motivo forzado del discurso del compungido cubano que precisamente tenía que comenzar con la palabra *cuando*. La voz se generalizó y se aplicó á cuanto se relacionaba con la zona enemiga. Los *cuandos* eran los cubanos al servicio de nuestra causa en el campamento enemigo. *Cuandiar* era marchar en comisión á la zona, y ese verbo se usaba en todos sus tiempos: Mañana estaré *cuandiando;* cuando yo *cuandiaba*, *etcatera*.

Por los confidentes se supo que estaban cerca de la ciudad de Santa Clara, y que no obstante su importancia, sería asaltada esa noche por las fuerzas que allí se encontraban. Poco más que avanzaron se distinguió la ciudad tranquila é ignorante de que sus hijos se encontraban tocando á sus puertas en nombre de la libertad. Allí estaba Villaclara con sus luces y sus danzas, ajena que sus pobladores iban á presenciar en breve una escena trágica y sangrienta.

El General dividió sus tropas de la manera siguiente: parte de la infantería á las órdenes del Teniente Coronel Rafael Rodríguez, conocido por el *Mocho*, y otra á la del Teniente Coronel Mariano Torres, al que os presenté protestando dignamente en la funesta concentración de las Lagunas de Varona, secundado por el valiente Comandante José Joaquín Garcés. La fuerza de caballería desplegada en pequeñas guerrillas protegería la retirada de la infantería. El Cuartel General al frente de unos 30 hombres ocupó uno de los caminos que comunicaban con el campamento español hacia el Sur, de donde se pudiera esperar algún refuerzo. El Teniente Coronel Rodríguez avanzó por la Pastora mientras el de igual grado Torres lo hizo por la fábrica del gas. El primero se lanzó sobre un cuartel que contaría 100 hombres de retén, mientras los otros se dirigían hacia la Plaza de Armas, donde estaba el cuartel principal. Rodríguez asaltó primero su posición, y cuando los de Torres llegaron al lugar que se les había designado, encontraron á los españoles avisados por los tiros que con Rodríguez cruzaban los del Cuartel. El fuego se generalizó inmediatamente que se comprendió la situación. Rodríguez logró desalojar la fuerza del cuartel, la que batiéndose en retirada hubo de replegarse sobre la plaza, incorporados á los que eran atacados por Torres y Garcés que resistieron valientemente. Mientras tanto, todos los establecimientos de comercio situados á espaldas de los invasores, eran saqueados por los *convoyeros* y fuerzas destinadas al efecto. A la una de la madrugada se abandonó la ciudad, después de haberse incendiado algunos *almacenes*.

El resultado de esta operación fué un buen botín de ropas, prendas y dinero, además de cien armas de precisión y gran cantidad de parque. En un establecimiento se ocuparon, á más de otras muchas en distintos lugares que *ascendieron* á veinte cajas de cápsulas, 20,000 tiros. A ese establecimiento, incendiado y reedificado más tarde, se le bautizó con el nombre de "20 de Julio." En esta intrépida operación tuvieron nuestras fuerzas catorce bajas: cinco muertos y nueve heridos.

La aurora del 21 sorprendió al General Calvara travesando la serie de saba-

nas de que hablamos en su marcha sobre la ciudad. Poco después descansaba protegido por la montaña donde curaba sus heridos, y donde se repetía la interesante escena que seguía siempre al asalto de una ciudad y que se efectuaba inmediatamente después de rendida la primera jornada: el descubrimiento de los efectos saqueados y su valorización. Los objetos saqueados se llevaban en un saco ajustado perfectamente á la espalda por dos correas que, partiendo de sus lados superior é inferior, se cruzaban en el pecho, pasando por debajo de los brazos, de manera que no quitaran libertad al movimiento de los brazos. El soldado usaba perfectamente de sus armas, sin que por eso se lo impidiera el volumen del saco, que á veces era colosal. Muchas veces el enemigo perseguía á los nuestros en su retirada, después de un saqueo, y ¡cómo se peleaba en ese instante! Era necesario defender á todo trance la prenda aún ignorada que á la espalda se conducía; y digo ignorada, porque haciéndose la presa de noche, siempre á obscuras para evitar la puntería, ya en establecimientos de comercio, ya en casas particulares, se introducía en el saco con la premura del caso, y contestando á los tiros que se recibían alrededor y por todas partes se escuchaban, todo cuanto á la mano se venía. El *mambí* lo que más estimaba era la ropa y en busca de ella se internaba en los lugares más recónditos, de los cuales muchas veces no lograba salir. Y ¡cuántos chascos ocurrían á veces! En el Dátil, jurisdicción de Bayamo, logró un soldado apoderarse de un gran saco que por su bulto y lo que del tacto pudiera conjeturarse, debía contener objetos de gran valor, y cuando ávido descubrió su contenido, encontró que era un saco de corchos. Otro, en Yeguitas, á tientas, introdujo en el saco cuanta ropa encontró en una cama, y al salir de la casa fué sorprendido por los agudos gritos que del fondo lanzaba un recién nacido. Por fortuna la madre, despreciando los riesgos del combate y guiada por los gritos del infante, se llega al soldado que rindió alegre su preciosa é inútil carga. En Manzanillo, cuando el General García asaltó la ciudad, las tropas, entre otras cosas, invadieron una casa, donde la familia velaba, según las costumbres del país, el cadáver de un niño de pocos meses que yacía en el sarcófago colocado en la sala. A los primeros tiros se dispersaron los dolientes, y alguno apagó las velas que en honor del difunto rodeaban el ataúd. Llegó el momento del saqueo, que era señalado por un toque de corneta, y un soldado que á tientas tropezó con el pequeño sarcófago, lo tomó y sumergió en el fondo de su saco, donde quizás antes guardara algunos comestibles. El soldado llevó á sus espaldas durante seis horas los tiernos despojos, creyendo, sin duda, que conducía valiosísima carga. Al acampar y escudriñar, vió su error. Al retirarse el Brigadier Maceo, después de asaltar á Jamaica, jurisdicción de Cuba, fué inmediatamente perseguido y se trabó reñido combate. Creyendo que la carga de la tropa pudiera comprometer la situación, trató de despojarla de ella, y al ordenar á un soldado que lanzara el saco, éste para demostrar el error del Jefe, haciendo uso con toda libertad de su arma, dice:—Ah! mi General, no me lo ordenéis porque ¿de qué sirve la vida de un mambí sin el saco?

* * *

Habíamos dicho que al separarse el General Máximo Gómez del Presidente Estrada para marchar en opuestas direcciones, se encontraba aquél animado por las más risueñas esperanzas. Creía haber hallado en el Presidente de la República al hombre que por su energía, su inteligencia y su patriotismo era el llamado á ocupar aquel alto puesto tan erizado de contrariedades, en medio de las anormalidades que rodeaban la perturbada sociedad de la Revolución de Cuba. Gómez creyó que Estrada, justiciero antes que todo, podría secundar con tino y habilidad la operación que debiera iniciar después de cruzada nuevamente la Trocha: él sabía que el Presidente reforzaría el ejército de las Villas, inmediatamente, con orientales, y que, si le era dable, trasladaría la Revolución á los campos de Occidente. Estrada no había consentido en la renuncia del General Sanguily, que impulsado por la situación que á orientales y camagüeyanos se había creado en las Villas orientales, marchara á Camagüey. Sanguily regresó poco después que Gómez á las Villas.

Hemos dicho ya que los periódicos españoles anunciaban que el General Arsenio Martínez de Campos, Capitán General de los Ejércitos Españoles, había sido nombrado por el Gobierno para mandar en Jefe el Ejército de Cuba. El General Campos se encontraba en Santander listo para embarcar, cuando el telégrafo anunció en Europa que Vicente García había tomado la ciudad de las Tunas. El General en Jefe del Ejército español de Cuba, ante la gravedad de la noticia, voló á Barcelona, donde se encontraba el Rey Alfonso XII, para celebrar con él su última entrevista, lo que efectuado, volvió á Santander, de donde embarcó con el último resto de un ejército de 25,000 que á sus órdenes enviaba España para sofocar la Revolución de Cuba.

Gómez, por su parte, con la nueva de los refuerzos españoles, combinaba sus planes para marchitar en Occidente, á las puertas de la Capital, los lauros del vencedor del carlismo en el Centro y Cataluña. Disponía para lanzarse rumbo á la Habana de mil soberbios caballos, frescos y lozanos, con que formar un magnífico cuerpo de caballería, montando los inimitables jinetes de Camagüey y Villas, y con dos mil infantes de Oriente, Camagüey y Villas, creyó su plan tan seguro y el triunfo tan matemático, que rodeado por sus oficiales de confianza se inclinaba un día sobre el mapa de la Isla, y trataba, solícito, de encontrar, ya en Matanzas, ya en Güines, el nombre de un lugar que, por su sonoridad, fuera digno de corresponder al Ayacucho americano, y allí, atrayendo al Gran Capitán Español, librar batallas tales que dieran por resultado la Independencia de la Isla de Cuba.

Al efecto, el General Sanguily marcharía al frente de la infantería Oriental, según acuerdo con el Presidente Estrada, á ocupar á Colón, donde el Coronel Ricardo Céspedes había sustituído al malogrado Brigadier H. M. Reeve.

Para mejor sentar los hechos que vamos á conocer, basémonos en los datos del mismo General Máximo Gómez y copiemos de su folleto ya citado, lo que sigue:

«Se anunciaba la llegada del General Martínez Campos con sus refuerzos y «mi bello ideal era encontrarme con él en las puertas de Colón, por lo menos; «mas en esos momentos hé aquí lo que acontece.

«Los Villareños, obedeciendo siempre á la funesta tendencia de no admitir «jefes que no fueran de las Villas, ó que pertenecían á una sociedad bastante

«perjudicial que allí se estableció, denominada "Unión Republicana," princi-
«piaron secretamente á minar las masas, y á consecuencia de sus predicaciones é
«influencias, se desertaron la mayor parte de los soldados de los distintos Cuer-
«pos, concluyendo por traer un estado completo de desorden. Por último, el Co-
«mandante Angel Mayo, Capitán Miguel Alayón y Teniente Felipe Rodríguez
«que, colocándose fuera de la ley, se ponen al frente del motín, para encauzarlo,
«según decían ellos, no siendo suficientemente hábiles y careciendo de significa-
«ción alguna, creí, como sucedió, que el resultado sería un completo desborda-
«miento.»

Previendo el General las consecuencias del inoportuno atentado de aquel grupo contra el orden en los instantes de crisis patriótica en que la suerte de la Revolución dependía de un paso desacertado de cualquier oficialillo *con cascos á la jineta,* prueba á detener la corriente del mal que en su carrera pretendía arrastrar todo el glorioso pasado de nuestra lucha, y lanza una proclama indultando á todos aquellos que se encontraran en abierta oposición con las leyes y el orden. He aquí el documento:

«Cuartel General "El Remate," Septiembre 10 de 1876.—Para solemnizar
«el octavo aniversario de nuestra gloriosa Independencia el 10 de Octubre, en
«cuyo día debemos todos estrecharnos por los santos lazos de la unión, recordar
«ante el altar de la Patria el sagrado juramento que en aquel día hicimos de con-
«quistar nuestra Independencia á toda costa; y resultando que algunos, mal
«guiados y mal aconsejados, se encuentran separados de la masa común que for-
«ma la unión, siendo ésta la que constituye la fuerza y con la que se obtiene la
«victoria, he tenido á bien disponer lo siguiente:

«Art. 1º—Quedan indultados, desde esta fecha, todos los individuos que
«pertenecientes á este Cuerpo de Ejército, se hayan desertado de sus filas.

«Art. 2º—Los que hubiesen cometido robo ú otro delito común y los presen-
«tados al enemigo, quedarán sujetos á la acción de los tribunales.

«Art. 3º—Todos los que se acojan á este indulto deberán presentarse á cual-
«quier Autoridad civil ó militar, quienes les facilitarán un salvo conducto para
«que puedan incorporarse á sus respectivos Cuerpos.

«Art. 4º—El presente indulto se comprende desde esta fecha hasta el 10 de
«Octubre próximo venidero. Después de ese día se castigará á todo desertor que
«fuese aprehendido, conforme á la ley.

«Art. 5º—Los que se desertasen después de promulgado este indulto, serán
«perseguidos y castigados con arreglo á la ley.

«Lo que tengo el honor de comunicarle para la mayor publicidad.—MÁXIMO
«GÓMEZ, General en Jefe.»

Esta disposición fué acogida con desprecio por aquellos que deliberadamente se habían puesto en actitud sediciosa. El Comandante Mayo y oficiales subalternos que en Sancti-Spiritus se encontraban al frente del motín, contestaron que no eran desertores, que con ellos no podía hablar una ley que sólo comprendía á los criminales, y que ellos no eran sino unos dignos servidores de la patria y su santa causa, según podrían demostrar cuando el caso lo exigiera.

Continúa el General Gómez: «Sabiendo por fin que el pretexto de tan grave
«acontecimiento era el que no los mandaran los jefes Mayor General Julio San-
«guily, Brigadier Rafael Rodríguez, Coroneles Gabriel González y Enrique Mola

«y Tenientes Coroneles Julio Díaz y Manuel Lechuga, hice que éstos presentaran «sus renuncias y marcharan á Camagüey.

«Mi situación era completamente falsa, continúa el General, como es fácil «comprender, pues desde el momento que me ví obligado á tomar ciertas medidas «que llevaban el sello de la presión de los acontecimientos, se perdió el orden y «la disciplina. No obstante, continué en el mando, dando parte al Gobierno de «lo acontecido.

«El 10 de Octubre, y sin haber recibido contestación á mis últimas comuni-«caciones al Gobierno, se me presenta el Mayor General Carlos Roloff y me par-«ticipa que la generalidad de los Jefes villareños deseaban que yo también deja-«se el mando: lo hice así inmediatamente, resignando en dicho General sin dete-«nerme á indagar la causa de aquella injustificable conducta que, cualquiera que «fuese, satisfacía mis deseos, proporcionándome el modo de dejar el mando de «aquel Departamento.»

¡10 de Octubre de 1876! Día aciago para la Revolución de Cuba, en que los cubanos, después de ocho años de abnegación, después de haber afrontado con un valor y constancia desconocidos en la historia, todas las vicisitudes, contrariedades y desgracias con que pudiera ser azotado un pueblo, no fueron capaces de refrenar los arranques de su carácter, sellando, justamente el día del aniversario de su acto más glorioso, el triunfo de las armas de España contra la Revolución.

Mientras el Gobierno y los holguineros batían palmas en Oriente y elevaban sus preces al cielo por la Independencia de Cuba, celebrando con música y saraos el octavo aniversario del grito lanzado en Yara, he aquí, que en rumbo opuesto, sin prever las consecuencias, se lanzaba á Máximo Gómez de las Villas; al indómito caudillo que tantos días de gloria había dado á nuestras armas; que, con lágrimas en los ojos, pedía á los cubanos refrenaran sus pasiones y su carácter en cambio de la libertad de su patria, que casi con seguridad matemática les ofrecía.

Pero aquellos cubanos á nada atendían sino á dar rienda suelta á los arranques de sus fogosos caracteres, y Máximo Gómez, el único Jefe que en el campo de la lucha podía detener la formidable avalancha que ya se desprendía arrasando con las campiñas de Occidente y amenazando barrer con la Revolución, si á tiempo no se le oponía formidable dique, fué expulsado como un inútil ó como un inconveniente, del mando del 3er. Cuerpo de ejército. ¡Caiga, pues, la responsabilidad del desastre que se aproximaba sobre quienes deba caer!

El General Máximo Gómez acató la voluntad de aquel pueblo, que se le hacía conocer por conducto del General Carlos Roloff. Entregó el mando al mismo Roloff, el polaco, el extranjero digno, que hasta aquel momento dió siempre ejemplo del mayor orden, de ser un militar disciplinado; pero que, doloroso es confesarlo, se prestó á servir, quizás de buena fe, de ciego instrumento á un ejército que expulsando á su Jefe natural y legítimo, mataba la Revolución de Cuba. ¡Triste papel el que, sin pensarlo, aceptaba el General Roloff, al sustituir, ordenado por un ejército sedicioso, ó por un pueblo que pisoteaba la ley, al heroico General Máximo Gómez!

En nuestra humilde opinión, el deber de Roloff hubiera sido protestar contra la voluntad de ese ejército ó ese pueblo, puesto que su proceder no tenía an-

tecedentes ni justificación, y haciendo causa común con el ilustre Jefe depuesto ó expulsado, no proporcionar con su aceptación del cargo de que era lanzado Gómez, el medio de que el paso se realizara sencillamente. El General Calvar se hallaba en Occidente con mando de fuerzas, y tan pronto tuvo noticias del suceso, lo resignó en el Teniente Coronel Mariano Torres, y se incorporó al General Gómez.

Gómez en sus últimas comunicaciones exigía al Gobierno de la República su pronta marcha al teatro de estos acontecimientos, donde él lo esperaría; pero el Gobierno se encontraba en Oriente, acampado en Baguano, Holguín, cuando la funesta nueva nos alcanza, produciendo un efecto desgarrador.

Durante los pocos días que permaneció el General en Sancti-Spíritus, tuvo el indecible dolor de ver desaparecer aquella caballería soberbia que apotrerada en La Reforma, tenía dispuesta para librar las batallas definitivas á las puertas de la Habana. Cada cual se juzgó autorizado para disponer de los caballos á su antojo, y en breve tiempo el potrero se vió limpio de animales. Los mil caballos desaparecieron.

El General aguardó en las Villas la resolución del Gobierno; pero por más prontitud que éste imprimiera á sus actos,—y conste que era Gobierno Tomás Estrada que no descansaba y de cuya actividad ya hemos hecho mérito,—la distancia que lo separaba de Gómez era tan grande que ella sola anulaba los efectos de una disposición por rápidamente que se tomara. El Gobierno, desconociendo en detalles la situación del General, le ordena que, por lo pronto, asuma nuevamente el mando del 3er. Cuerpo de Ejército, lo que pareció al General Gómez una broma hija de la ignorancia en que el Presidente Estrada se encontraba de lo que al otro lado de la Trocha acontecía.

Estrada convocó, en presencia de aquellas alarmantes noticias, su Consejo de Gabinete para tomar acuerdo sobre la resolución que se imponía. El Secretario de Relaciones Exteriores, Ramón Roa, opinó que prescindiendo de toda impedimenta, marchara el Gobierno, á *revienta cinchas*, á restaurar el orden, y como se le objetase que eso podía dar lugar á un grandísimo conflicto, contestó que la Revolución, por causa de aquellos sucesos, estaba fatalmente herida de muerte y que si de todos modos había de hundirse, era preferible que lo hiciera *con estrépito*. Su proposición fué desechada y su salida del Gobierno fué inevitable.

El Gobierno de la República se puso en precipitada marcha para Camagüey, á la vez que partía para el mismo lugar el vencedor en las Guásimas y en la Loma del Jíbaro, encontrándose ambos el 10 de Diciembre, en Guaicanamar, al Sur del Camagüey.

* * *

Al encontrarse el Gobierno con el General Gómez, supo el Presidente Estrada con toda su desconsoladora desnudez, la verdad de lo que había pasado ultra Trocha. Hubo una circunstancia que empeoró la situación de una manera desmoralizadora. La tropa de Oriente que en calidad de refuerzos había marchado á las Villas y que á la salida del General Gómez quedó en aquel territorio bajo la

formal promesa de que éste volvería, fué por grados convenciéndose de lo que acontecía, y aprovechando el desorden que por todas partes se extendió, resuelven abandonar á sus jefes inmediatos y desertar marchándose rumbo á Oriente. Así, aquellos 500 hombres que poco hacía vinieron contentos á Occidente en la convicción de que al hacerlo cumplían su deber como soldados y como patriotas, retornaron en grupos más ó menos numerosos, infringiendo la ley, abandonando á sus Jefes legítimos y desobedeciendo las órdenes que de ellos recibieran. El contingente oriental desapareció de las Villas, perdiéndose así una de las bases de apoyo para cualquier operación que se intentase. Ante la situación que con este acto se creó, el Gobierno ordenó la marcha de los Jefes y Oficiales de Oriente á su Departamento. Al otro lado de la Trocha todo parecía concurrir á la formación de un verdadero caos, y lo más grave era que el General Roloff, colocado por la fuerza de las circunstancias á la cabeza de aquel Departamento, no obstante estar dotado de cualidades relevantes, era un Jefe que carecía de la firmeza de carácter y de la enérgica voluntad indispensables, no sólo para afrontar aquella anormal situación, sino la más delicada aún que el maquiavelismo de algunos subalternos había de presentarle.

Atendiendo á esta razón, sin duda, y á la necesidad de remediar en cuanto fuera dable los males que afligían á aquel desventurado territorio, acogió el Presidente Estrada la indicación que desde las Villas mismas hacían algunos Jefes que midieron la gravedad de los acontecimientos y que sin duda lamentaban lo ocurrido, de nombrar para el mando del Departamento al Mayor General Vicente García.

El General García, por otra parte, era quizás el único jefe del ejército llamado á sustituir al General Gómez, ya por sus especiales dotes militares que apreciaban los cubanos, ya como una medida política para los españoles. García era simpático á los villareños: su carácter apacible lo ponía en mejores condiciones que á ningún otro para hacer que desaparecieran los trabajos mezquinos que constantemente se urdían allí, en desprestigio de las armas de la Revolución y de los mismos Jefes; y sobre todo y como razón principal, su reciente triunfo sobre el enemigo en Victoria de las Tunas. Era un digno sustituto del vencedor de Naranjo y las Guásimas.

Como medida preventiva pide el Presidente Estrada á la Cámara de Representantes, enviara una Comisión de dos Diputados á las Villas, á fin de que con su influencia tratasen de ayudar al encauzamiento de los asuntos en aquel Departamento. La Cámara nombró á los Representantes villareños Spotorno y Marcos García que, en desempeño de tan delicada comisión, marcharon inmediatamente, cruzando la Trocha, sin novedad, cuatro días después. Además, el Presidente envió al Diputado Eduardo Machado, esclarecido Representante de las Villas, á celebrar en su nombre una conferencia con el Mayor General Vicente García, que habitualmente fijaba su Cuartel General en Guaramanao, Tunas. Deseaba el Presidente evitar disgustos al General, y prefirió esta muestra de debilidad ó condescendencia, antes que aquel Jefe, que tan gloriosamente había vuelto á la consideración de todos, se estimase lastimado ó sorprendido por una orden brusca para misión tan delicada y de consecuencias tan trascendentales. El objeto de la conferencia era anunciar al General García todo lo ocurrido, y el deseo de los villareños y la necesidad de la patria, de que él asumiera el mando

del 3er. Cuerpo de Ejército. El Diputado villareño esperaba salir airoso en la comisión á su cargo.

* * *

La nueva y espinosa situación creada á la Administración Estrada, casi en los momentos de comenzar sus trabajos patrióticos, hicieron pensar al Presidente en la necesidad de arbitrarse medios para contrarrestar el movimiento de avance que de Occidente á Oriente había iniciado el General Martínez Campos, acabado de desembarcar en la Isla. Nadie se alarmó por el desembarco del General Campos y su ejército, no se le dió importancia alguna, y á no haber sido por los sucesos que venimos relatando y otros que le sirvieron para coronar con el éxito sus proyectos, Martínez Campos, como todos los Generales españoles, habría efectuado su paseo militar, su batida de Occidente á Oriente, sin otro resultado que demostrar una vez más que no había ciencia bastante, ni esfuerzos humanos, que contrarrestando la inquebrantable fe y voluntad del pueblo cubano, pudieran sofocar la Revolución. El habría terminado su plan de ocupación militar y sus operaciones y, como los demás, se habría gastado y la Revolución hubiera triunfado al cabo. Pero los cubanos, no el destino, se opusieron entre Cuba y su felicidad, y las cosas marcharon en opuesta dirección.

No había más plan que oponer á la invasión española de Occidente á Oriente, que la invasión cubana de Oriente á Occidente, y no consentir que Martínez Campos pasara la Trocha hacia Camagüey. Al efecto, era preciso que el General Gómez ayudara al General Vicente García, y que el primero, apoyado por el segundo, llevara á cabo sus proyectos de invasión á Occidente y los de encontrar á Martínez Campos en Colón, si no en Güines; pero para todo esto era preciso moverse rápidamente, por lo que Estrada dió principio á su combinación llamando al General Gómez á la Secretaría de la Guerra, cargo que con alguna repugnancia aceptó el General; repugnancia que se transformó en alegría y placer cuando Estrada le comunicó que pediría á la Cámara facultades para ponerse al frente del Ejército, como su Generalísimo nato, en cuyo caso ocuparía el Secretario de la Guerra el cargo de Jefe de Estado Mayor General, y de hecho dirigiría las operaciones. Con este objeto se darían órdenes en Oriente y Camagüey, á fin de que el Presidente de la República invadiese los campos de Occidente, mandando la mayor parte del ejército. Pero para desarrollar este plan, quizás el único remedio, heroico por cierto, que pudiera aplicársele á la Revolución para salvarla, era preciso que el General García marchase á las Villas y asumiera el mando del 3er. Cuerpo de Ejército. Lo demás quedaba á cargo de la actividad de Tomás Estrada y talento y dotes militares de Máximo Gómez, unidas al ardiente deseo de este último de encontrarse con Martínez Campos.

El General Vicente García se apresuró á tener una conferencia con el Presidente Estrada, á quien significó el placer que experimentaba al aceptar el honor que se le confería dándole el mando del Departamento de las Villas, agregando, (palabras textuales) «que se le hacía el favor de quitarle de encima al Camagüey, en cuyo mando era imposible para su dignidad y prestigio militar que continuase

por más tiempo.» Los camagüeyanos, á pesar de su reciente victoria en las Tunas, aún le miraban con señalada repulsión. El General García abandonó la Residencia del Ejecutivo comprometiéndose con el Presidente, una vez que efectuara la pequeña operación sobre el Cauto, de la toma del vapor *Conde de Valmaseda*, para la que había dejado á la tropa aguardándole, á reunir 100 hombres de infantería de las Tunas, el Regimiento de caballería Río Blanco y su Escolta, y marchar á las Villas, donde debería encontrarse en la segunda quincena de Enero de 1877.

El Presidente Estrada, previa facultad del Cuerpo Legislativo, se pone al frente del ejército con el carácter de Generalísimo, prestando juramento conforme al precepto constitucional y nombra para el desempeño de la Cartera de Relaciones Exteriores, que había renunciado el Teniente Coronel Ramón Roa, al Mayor General Francisco Javier Céspedes, hermano del malogrado Carlos Manuel, el que mereció, además, de la Cámara el honor de que se le nombrase Vicepresidente de la República. Este puesto había permanecido vacante desde que el Mayor General Francisco V. Aguilera subió á la Presidencia por deposición de Carlos Manuel Céspedes. La República de Cuba lloraba ya la muerte en el extranjero del intachable y ejemplar patriota Francisco V. Aguilera.

El General Francisco J. Céspedes es un hombre de maneras cultivadas, de trato fino y agradable, y por más de un concepto merecía el aprecio y consideración de los patriotas combatientes. Fué un elemento nuevo que reforzó moralmente, de una manera poderosa, al Gabinete del Presidente Tomás Estrada.

* * *

Corría ya el mes de Enero y, con general sorpresa, el nuevo Jefe de las Villas no daba señales de vida. Terminaba el plazo, no de marchar, sino de encontrarse desempeñando sus funciones más allá de la Trocha. Impaciente Estrada, dado que este era el paso primero, previo, como si dijéramos, para desarrollar sus proyectos, vuela á las Tunas y se encuentra con que al expirar el mes de Enero y cuando ya el General García debía estar en las Villas, éste, no sólo no se encontraba listo para emprender la marcha, sino que habiendo fracasado en su intentona contra el vapor *Conde de Valmaseda*, que conducía los convoyes de municiones de guerra y boca para los campamentos de Bayamo, Jiguaní, Cauto, etc., se preparaba para otra operación, asaltando el campamento enemigo de Puerto Padre, en la costa norte de las Tunas, sin tener en cuenta su compromiso de marchar á las Villas.

No valieron observaciones de parte del Presidente Estrada para que desistiera de esta segunda operación; ni la invocación del nombre de la patria y sus intereses tan seriamente amenazados en las Villas bastaron ni sirvieron para que atendiera las indicaciones que le hacían Estrada y el Diputado Machado, de que aprovechara la presencia de todas las fuerzas en el campamento y que inmediata y resueltamente marchara á ocupar su destino. Ante tanta resistencia, preciso fué aceptar su promesa de no disolver la concentración é incorporarse en Sao-Nuevo, sobre el río Sevilla, al Presidente Estrada al frente de 100 infantes y los Cuerpos de caballería de las Tunas.

El General atacó á Puerto Padre, donde no obstante la heroicidad del Teniente Coronel Juan Ramírez Romagosa, Jefe del Batallón Cabanigúan, 2º del Regimiento Tunas, que con denuedo admirable asaltó un fuerte ocupando la artillería y haciendo prisioneros á sus defensores, ni el valor proverbial de los tuneros, logró el General hacer nada que no se tradujese por un descalabro.

Corría Febrero y con él las esperanzas cifradas en el General García. El Gobierno, ante tal actitud, creyó infructuosas nuevas diligencias, y abandonó al General á su propia suerte.

«Sería largo y enojoso historiar aquí minuciosamente,—dice el General Gómez en su ya citado folleto, página 18,—las diferencias entre el General García y «el Gobierno; las repetidas conferencias, la ridícula situación, en fin, en que uno «y otro se colocaron en una cuestión puramente de obediencia al poder constituído.»

Por fin, el 12 de Marzo, dos meses después del plazo marcado para el paso de la Trocha, llega el General Vicente García á la Residencia del Ejecutivo, sobre el Sevilla, en Sao-Nuevo. Le acompañaban su Estado Mayor y Escolta. Según informó, no le fué posible aguardar la infantería que, diseminada, debía reunirse para marchar al mando del Jefe del Regimiento Tunas, Coronel Francisco Varona. Dos días después nos sorprendió el Coronel al frente de la infantería.

«Traía,—dice el General Gómez, refiriéndose al General García,—sobre 200 «hombres de infantería, gente toda escogida de las fuerzas de las Tunas. Aun«que tarde y arrastrándose ó arrastrado por la paciente tenacidad del Presidente «Estrada, llega como para cumplir la orden y marchar á las Villas, cuyo paso «en mi concepto, era ya cuestión de honor, por razones que á nadie se le ocultan: «me sentí arrepentido de la duda que había tenido de que no fuese capaz de cru«zar la línea del Júcaro que yo había cruzado siete veces con mi señora y mis «hijos.»

Aquí hay un error que me apresuro á salvar. El General Gómez no pasó dicha línea sino seis veces: una al invadir, retornando al ser llamado por el Presidente Cisneros cuando el movimiento de las Lagunas de Varona, pasándola en seguida con los oficiales de Oriente; luego, cuando solicitó la conferencia con el Presidente Estrada, que retornó en seguida: después, la última, cuando definitivamente abandonó el Departamento de las Villas. Hallándose el General en territorio Camagüeyano en los momentos de los hechos que describe, no podía haber pasado la Trocha un número impar de veces. Suponemos esto un error de imprenta.

«Por fortuna,—continúa el General,—para tranquilidad de mi conciencia, «dos horas después en una conferencia que tuvo el General con el Gobierno, á la «cual asistí con mi carácter oficial, comprendí de un modo positivo que no estaba «dispuesto á marchar y que no marcharía. Pedía al Gobierno lo que no se le «había ofrecido, lo que sabía era imposible dársele porque no lo había: pedía «nuevamente lo que se le había dado y que él podía tomar del 2º Cuerpo, cuyo «mando aún tenía.»

Por fin, ante la exigente y tenaz actitud del Presidente Estrada para que marchara al frente de 100 hombres de las Tunas que se le habían designado y que voluntariamente quisieran marchar, en la convicción de que no habría un tunero que no hubiera estado siempre dispuesto á seguir al General García á lo

bueno y á lo malo, siempre que él lo ordenara, comparece ante la tropa de infantería, la que resueltamente manifestó su negativa á marchar al otro lado de la Trocha. El General informa al Gobierno que no había un solo voluntario, y el Gobierno le ordena que personalmente designara 100 hombres del Regimiento. El General cumple esta disposición, separando del campamento los cien escogidos para seguirle.

Al siguiente día, apenas amanecido, cunde la nueva en el campamento, de que toda la tropa de infantería de las Tunas había desertado dejando solos á los jefes y oficiales y unos 40 hombres de caballería, incluso la escolta. El General García se apresura á poner en conocimiento del Gobierno esta desagradable ocurrencia, el que contestó lamentando la conducta de los desertores, que, «á la verdad,—dice el General Gómez, página 19,—no le hacían favor á aquel á cuyas órdenes siempre habían militado.» Se le intimó, no obstante, se pusiera en marcha con la tropa que hubiese quedado.

Ante tal exigencia, el General, sin más réplica, se prepara y se mueve del campamento Sao Nuevo, allá para el 15 de Marzo, acompañado tan sólo de un pequeño grupo de caballería y oficiales de su Estado Mayor y Escolta. Aún algunos Ayudantes en el instante de arrancar le pidieron su separación. Recuerdo, entre otros, dos oficiales, Valdivia y Cruz, jóvenes, privados del General, que habían hecho á sus órdenes una campaña de ocho años, que lo estimaban y respetaban como á un padre, y en aquel momento de prueba, justamente cuando los parciales del General traducían la conducta del Gobierno como injusta y que, al parecer, García estaba abatido, no pudiendo seguir la corriente que arrastraba á la tropa á la deserción y al desorden, porque su graduación no lo consentía, piden al General su separación, quien, quizás lastimado por tan indigna conducta, accede á la solicitud. Algunos creyeron que esto fuera un plan premeditado entre los Ayudantes y su Jefe; pero declaro incapaz á Vicente García de tamaña inmoralidad.

En los momentos del incidente que acabamos de narrar, hacían su entrada en el mismo campamento los Diputados villareños Spotorno y García, procedentes de las Villas, los que, ante la situación que encontraron, tuvieron una conferencia con el General García explicándole cuán distante era la de las Villas de ser desesperada. Allí se le aguardaba con impaciencia para marchar á sus órdenes á encontrar y detener á Martínez Campos que ya invadía las Villas occidentales, y no puedo olvidar la levantada actitud del Coronel Spotorno ante la conducta de los Ayudantes del General que se negaban á acompañarle, cuando, dejándose arrastrar fogosamente por la energía de su carácter, en medio de una alocución acalorada, exclamó: «General, si sus jóvenes ayudantes le abandonan en un instante supremo, porque creen que se va á afrontar una situación difícil, aquí tiene usted un anciano que á su lado sabrá morir heroicamente cumpliendo con su deber.»

El General marchó al fin, abandonando el campamento Sao Nuevo en medio de las felicitaciones de todos los que sinceramente deseaban terminase aquella lucha entre el Gobierno y el General. «Cuando le ví tan dispuesto,—dice el General Gómez,—presentí que aquel hombre iba dominado por una idea siniestra, «me hallaba alarmado con la calma y sangre fría así de él como de todos los je- «fes y oficiales que le acompañaban y con la que todos miraron la deserción de «las tropas: yo sé lo que esas cosas abruman y afectan al hombre pundonoroso

«que ha emprendido la carrera de las armas, que es de honores y de gloria, siendo «más dolorosa y lamentable la desmoralización de aquella tropa por la situación «en que se hallaba el General García y por la que atravesaba la Revolución; pre- «ciso era sentirse desposeido de espíritu militar y de patriotismo para no suble- «varse contra la criminal conducta de aquella gente.»

El deseo de todos se había realizado y se hacían fervientes votos por la próspera marcha y futuro éxito de las operaciones que el héroe de las Tunas emprendiera. Una vez en las Villas, y cuando ya el Ejecutivo pudiera desprenderse de las serias atenciones que de él reclamaba la delicada situación del 3er. Cuerpo de Ejército, volaría á Oriente, donde ya se había avisado á Maceo y al General Díaz á fin de extraer cuanta gente fuera dable, y con el resto de la de Tunas y parte del Camagüey, cruzaría la Trocha una vez más el General Gómez, acompañado del Gobierno de la República. Se suponía que el General García podría detener la marcha de Martínez Campos, y que, en último caso, la nueva invasión lo encontraría en Villas orientales, Remedios y Sancti Spiritus, cuya situación favorecía considerablemente el plan, pues debilitados Colón y Cárdenas la columna invasora, esquivando combates y á marcha forzada, se lanzaría sobre Occidente donde provocaría al Capitán General español, quien vería sus proyectos y marcha triunfal rodando por tierra y tendría que aceptar el reto á las puertas de la Capital, á las que llegaría con su fogosa columna asaz cansada y mermada, dejando todas las probabilidades del éxito de nuestra parte.

Todos se encontraban alentados por la marcha del General García. Yo, desgraciadamente, pensaba como el General Gómez: tenía la presunción de que Vicente García no pasaría la Trocha y que este hecho desmoronaría los cimientos en que el Presidente levantara sus ilusorios castillos. Deseoso de conocer cómo pensaba el Presidente Estrada en asunto tan delicado, lo visité poco después. Lo encontré como si se hubiera quitado de encima un peso enorme: creía sinceramente en la honradez y patriotismo del General García y la buena fe de los que lo rodeaban, y cuando, haciéndose ilusiones, desplegaba ante mi vista en toda su grandeza el futuro plan en el que, decía él, contaba con mi humilde cooperación, refiriéndose á la amistad que me unía á los orientales, no pude menos que interrumpirle y quizás imprudentemente preguntarle:—¿Cree Vd. que el General obedezca la orden y pase la Trocha?—¡Oh! sin duda, me contestó, conozco á Vicente García y dependo de su honradez é integridad patrióticas y sé que marchará á ocupar su destino.

—Yo quisiera pensar así también, le interrumpí; pero siento disentir de su modo de apreciar al hombre y los acontecimientos. El General no solamente no marchará, sino que retornará á las Tunas, y apoyado en su gente se pronunciará, no ya contra el Gobierno, como en 1875, sino contra el Gobierno y la Cámara de Representantes. Desconocerá todo lo existente: quizás para hacer su actitud más imponente, escoja el ya trillado campo de las Lagunas de Varona para pronunciarse.

El Presidente sufrió con paciencia todo mi discurso, cuyas palabras caían sobre su espíritu como gotas de plomo derretido, experimentando un sacudimiento nervioso que hizo extremecer todo su sistema. Después de un momento de silencio, mirándome fijamente, exclamó, recalcando cada una de sus palabras: —Entonces ¡qué Dios tenga misericordia de la Revolución de Cuba!

La Secretaría de la Guerra se apresuró á comunicar al Brigadier Manuel Suárez, Jefe de la Brigada de las Tunas, el desgraciado suceso de la deserción de las tropas correspondientes al Cuerpo de su mando, acaecida en Sao Nuevo. Se le daban instrucciones para que con toda eficacia tratase de recoger los desertores, hiciera por moralizarlos y esperase órdenes del Gobierno.

Empezaba á correr el mes de Abril y aún no se había recibido ninguna noticia que viniera á desvanecer la agradable ilusión que halagaba á la generalidad, de que las cosas marchaban tal como se deseaba, cuando llega á la residencia del Ejecutivo, en Sierrecita de Viaya, Sur de Camagüey, un correo portador de pliegos de Vicente García en que, entre otras comunicaciones, dirigía al Cuerpo Legislativo la siguiente:

«A la Cámara de Representantes:

«Ciudadanos Representantes: Con fecha 19 del corriente elevé á la consideración de la Cámara una exposición aquejando abusos de Autoridad é injusticias perpetradas por el Ejecutivo con perjuicio de los intereses de la patria y agravio de mi dignidad como ciudadano y como militar. Han transcurrido once días y nada ha resuelto ese Respetable Cuerpo á pesar de la importancia del asunto que demandaba una urgente decisión, y ni siquiera se me ha acusado recibo.

«Generalmente he oido decir que la Cámara de Representantes no resuelve exposición alguna, citándose á comprobación las que distintos ciudadanos y el pueblo le han dirigido en diferentes ocasiones; pero negándome á creer por amor á Cuba tan desconsoladora afirmación, le dirigí la exposición á que me refiero y cuyo despacho suplico por la presente.

«Si la justicia y la dignidad de los ciudadanos de la República son palabras vanas para la Representación Nacional, me lo evidenciará su silencio, y en caso tal no debe extrañarse que esos mismos ciudadanos, no encontrando á quien reclamar, tomen las medidas oportunas para evitar las arbitrariedades que tan fatales consecuencias vienen causando apoyadas ó toleradas por los que al representar al pueblo soberano, tienen la misión de no consentir la opresión de sus comitentes, la obligación de sostener sus derechos y su honra. Las Guásimas, Marzo 30 de 1877.—C. C. R. R.—VICENTE GARCÍA.»

Indescriptible fué el efecto que la lectura de este documento produjo en la Cámara de Representantes, reunida en sesión ordinaria el día 6 de Abril. Por más que se leyera una y otra vez; por más que se estudiara y meditara sobre ella, no se obtenía otra consecuencia, sino que el hombre que evocaba el amor á Cuba al no creer en un mal paso de la Representación nacional, amenazaba á esa misma adorada patria por conducto de su legítima representación, á ser lanzada nuevamente en el mar de las discordias, si ellos no accedían á su petición del 19 que en resumen no era otra, sino que se derogara por el Cuerpo Legislativo la orden natural, legal y justa emanada del Presidente de la República, de que obedeciera las instrucciones recibidas para ocupar la Jefatura del 3er. Cuerpo de Ejército, para la que había merecido la honra de ser designado por el Presidente Estrada. Anunciaba á la Cámara, envuelto el anuncio en amenazas, que repetiría otro descabellado y antipatriótico movimiento como el que acaudilló en 1875 en las Lagunas de Varona, justamente dos años antes, con diferencia del resultado; pues si aquél había detenido de una manera criminal el curso de la revolu-

ción que con el pomo de su machete tocaba á las puertas de la Habana, en éste, á no dudarlo, se entonaría el *De profundis* á la extenuada causa de Cuba.

La Cámara había atendido y tomado en cuenta la exposición que, acusando abuso de autoridad é injusticias, había elevado el General García contra el Presidente de la República C. Tomás Estrada Palma, fecha Abril 19, y no obstante haber sido testigo presencial de todo lo ocurrido, pasó el asunto al Comité correspondiente para que informara. La Cámara, una vez obtenido el informe de su Comité, se abstuvo de momento de contestar al General García, por el respeto y la consideración que como Mayor General del Ejército le mereciera; además, estaban muy recientes los aplausos que ese mismo Cuerpo le había prodigado, el eco de los cuales debiera estar resonando aún en los oídos del General, y la Cámara prefirió aparecer descortés y esperar una mejor oportunidad para satisfacer al General peticionario.

Acusar á Estrada de injusto y arbitrario porque le obligaba á obedecer su orden de marchar, y á marchar nada menos que al lugar más honroso y delicado del ejército, á mandar las fuerzas de la vanguardia que ya se batían con el jefe de más prestigio del ejército español; arbitrariedad, cuando el Presidente de la República era el Jefe nato del ejército y estaba de hecho y de derecho facultado para proveer los destinos del mismo, cuando no se había extralimitado un punto en el cumplimiento de sus deberes, y cuando, si es cierto que los villareños estaban divididos y debilitados por sus discordias y por su actitud reciente, también lo era que clamaban por el General querellante como el único que pudiera terminar sus diferencias, como el llamado á conducirlos al combate y á la victoria, clamor que en vano apeló á la conciencia, al patriotismo y al valor que como militar habían acompañado siempre al General Vicente García!

Nuestro Comité, indagando el caso que entrañaba la acusación del General contra el Presidente de la República, no encontró que éste hubiera obrado fuera de los límites que la Ley Fundamental y Reglamentos militares le marcaran. Así lo informó al Cuerpo Legislativo, el que desechó la instancia.

Acusaba á la Cámara de mantener en su poder exposiciones del pueblo sin resolverlas, y era cierto. Durante el pugilato bochornoso entre el Ejecutivo y el General García, en que el primero ordenaba y el otro resistía, los tuneros elevaron dos exposiciones; una pidiendo se segregase su territorio del Estado del Camagüey á que pertenecía y se les permitiese incorporarse al de Oriente, clavo de que se agarraban siempre que se quería embrollar; la otra, pidiendo se nombrase al General García, General en Jefe del Ejército; exposiciones que encerrando ideas que favorecían al General García en los momentos en que se mostraba desobediente á las órdenes del Gobierno, envolvían agria censura para éste y redundarían en su desprestigio caso de accederse á ellas. La Cámara, cumpliendo elementales deberes, ni resolvió, ni las tomó siquiera en consideración, dejándolas, después de leídas, sobre el tapete, para ser tratadas en circunstancia oportuna.

Como se ve por la comunicación del General, no se limitaba ya á imponerse con su resistencia al Gobierno constituído, sino amenazaba, exigiendo á la Cámara la inmediata resolución de un asunto que á él convenía. La Cámara se hizo cargo de su amenazadora actitud, pues bien claro daba á entender que si no se accedía á su petición se apelaría al pueblo, y por amarga y triste experiencia

estábamos enterados de lo que eso quería decir en los labios del caudillo de las Lagunas de Varona.

La Cámara no discutió la comunicación del General y, por unanimidad, acordó pasar la siguiente:

«República de Cuba.—Cámara de Representantes.

«Al Mayor General Vicente García.

«En sesión ordinaria del día de hoy, se dió cuenta de su instancia fecha 30 «de Marzo próximo pasado, acordándose, por unanimidad, lo siguiente: Que se «devuelva al Mayor General Vicente García la presente instancia, con manifes- «tación de que la Cámara ha visto con desagrado el tono irrespetuoso, exigente «y amenazador de ella y le previene que en lo sucesivo se abstenga de dirigirse «á esta Corporación en la forma que lo ha hecho.—Lo que se comunica á usted «para su conocimiento, adjuntándole el documento mencionado.—P. y L. La «Sierrecita de Viaya, Abril 6 de 1877.—El Presidente, SALVADOR DE CISNEROS. — «El Secretario, FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS.»

Mientras tanto, y sin tenerse noticias del Brigadier Manuel Suárez, Jefe de la Brigada de las Tunas, corre fundadamente el rumor de que los tuneros, acaudillados por sus Jefes y oficiales, se habían amotinado, desconociendo la autoridad del Brigadier y, aun más, que se habían apoderado del parque en depósito, extraído en gran cantidad cuando la toma de las Tunas, y que protestaban no deponer su actitud sediciosa mientras no volviera á mandarlos el General Vicente García.

Con tales nuevas se mueve el Gobierno precipitadamente hacia las Tunas, teniendo combate con el enemigo el día catorce, justamente en momentos en que se entraba en territorio insubordinado. Nada de importancia aconteció en aquel ligero encuentro, pues el enemigo nos abandonó el campo á un amago de la caballería, si exceptuamos el haber sido gravemente herido en un costado el bravo corcel de batalla que montaba el Secretario de la Guerra, General Gómez, el fogoso «Cinco», de cuya herida murió en presencia del héroe cubano á quien había ayudado á conquistar un nombre gloriosísimo.

Esa tarde acampamos el Gobierno y la Cámara sobre el río Birama, en el Jagüey, y apenas nos preparábamos á descansar, fuimos sorprendidos por una descarga que á quema-ropa nos hicieron del cercano monte unos 25 hombres. Como siguiera el mayor silencio de parte de los asaltantes, se exploró el lugar sin encontrar más que la huella de los tiradores. Se estimó como un error de nuestra gente que nos tomaría, sin duda, por enemigos. Pero ¿fué aquello verdaderamente un error? Preferimos aceptarlo así, antes que suponer que los tuneros fueran capaces de fusilar al Gobierno y á la Cámara por el sólo delito de entrar en su territorio, á pesar de la convicción que tenemos de que en la Revolución era muy difícil que los cubanos no distinguieran, por mucha que fuera la distancia, cuando eran cubanos ó españoles los que marchaban ó acampaban en nuestro territorio.

Esa misma tarde recibimos por conducto de nuestras confidencias con la ciudad de Santa Cruz del Sur, la noticia de que el Coronel Ricardo Céspedes, hijo del Vice-Presidente de la República, Jefe de la Brigada de Colón, oficial distinguido y de nombre en nuestro ejército, había sido hecho prisionero por las

fuerzas españolas en operaciones en Villas occidentales, y ¡cosa extraña! que el prisionero en vez de ser fusilado, como la costumbre y la ferocidad de nuestra guerra reclamaban, era objeto de las mayores atenciones, cortesías y consideraciones por parte del enemigo. Síntoma fatal, por cierto, que en aquellos instantes de desgracias, venía á pesar de una manera muy sensible en contra de los intereses patrios. Ricardo Céspedes indultado, es decir la guerra de Cuba conducida por los españoles con las reglas y etiquetas prescriptas por la civilización, equivalía á nuestra ruína, porque en la seguridad de que nuestros prisioneros serían tratados con consideración por el enemigo, desaparecería aquella heroica resistencia que en un momento supremo hacía el soldado cubano, que prefería morir antes que caer prisionero de su adversario, contando, como contaría ahora, con la caballerosidad que el enemigo, como política, imprimiría á sus actos.

Así nos lo demostró la experiencia más tarde; cuando se multiplicaban los prisioneros, que nunca existieron en la salvaje guerra de Cuba; cuando se descubrió que Martínez Campos no sólo no los fusilaba, sino que los Jefes eran puestos en libertad y hasta enviados al extranjero, y que la tropa era devuelta al campo, con sus armas, provista de ropas, comestibles y medicinas en abundancia; propagador que, inconscientemente, predicaba la clemencia del enemigo. Había desaparecido el sistema horroroso del exterminio iniciado en Bayamo por Valmaseda y continuado durante ocho años por todos sus sucesores, hasta que el vencedor del carlismo vino á Cuba dispuesto á triunfar del cubano ensayando todos los sistemas.

El mismo día catorce se nos incorporó el Brigadier Suárez, refiriéndonos con todos sus lastimosos detalles la sublevación de las fuerzas de la Brigada: no sólo no había reunido un solo hombre de los desertores en Sao Nuevo, sino que los que hasta allí le prestaron obediencia, lo habían desconocido como Jefe. Nos acompañaba el Coronel Félix Francisco Borrero, *Paquito*, que había residido algún tiempo en las Tunas, y que entre aquella gente gozaba de popularidad. El Gobierno quiso probar, y sustituyó al Brigadier Suárez con el Coronel Borrero, quien de momento fué recibido con agrado por los sublevados, en la creencia de que *Paquito* iba á engrosar las filas del desorden,—sin duda por su conducta en las Lagunas de Varona;—pero repelido tan pronto les notificó que era el representante oficial del Gobierno de la República. Nada les obligaría á deponer su actitud, excepto la vuelta del General García, estando resueltos á sostener su pretensión hasta haciendo uso de las armas.

* * *

Ante la desesperante situación que con toda la viveza de sus colores y amargura de sus detalles acabamos de referir, resuélvese el Gobierno á tomar las medidas oportunas para que la antipatriótica conducta de los tuneros no encontrase eco en Oriente; que aquel voraz incendio que amenazaba consumir el edificio de nuestra Revolución, minando el orden y disciplina de nuestro ejército, no lanzase una chispa sobre Holguín, y, al efecto, pide á la Cámara de Representantes

destacase algunos de los Diputados orientales, en calidad de inspectores, á fin de que diesen á conocer allí la verdad de los sucesos, y predicando la moralidad en las masas de la Revolución, lograran destruir cualquier propaganda que pudiera establecer simpatías entre tuneros y holguineros occidentales que en las Lagunas de Varona habían hecho causa común. La Cámara comisionó con tal objeto á los Diputados Collado, Beola y al que os habla, que abandonamos los poderes de la República el 20 de Abril de 1877. El Gobierno, antes de tener conocimiento de lo que sucedía á Paquito Borrero, vuelve á Camagüey.

Allí, en Camagüey, no se tenían noticias del General García, lo que indicaba que él, desmintiendo todos los malos juicios, había marchado resueltamente y cruzado la Trocha. El General en su marcha era acompañado de los Jefes siguientes: Mayor General José Miguel Barreto, el venezolano que tan activamente trabajó en las Lagunas de Varona para enseñar á los cubanos á hacer "movimientos políticos," como se denominan en las Repúblicas latino-americanas, y que no son otra cosa que sediciones militares que enervan á aquellos países de exuberante naturaleza, dignos de una suerte venturosa, semilla que le cupo la suerte de importar á nuestra patria, virus con que inoculó al pueblo cubano, hasta entonces unido y feliz, sin más ambición que luchar y vencer á su enemigo; y que asociado al Dr. Bravo y Sentíes y Antonio Bello, produjo el motín acaudillado por el General García en 1875, en el que pidiéndose "reformas políticas" no se tuvo otro objeto que la violenta y vejaminosa deposición del C. Salvador de Cisneros y Betancourt del elevado cargo de Presidente de la República.

Además del General Barreto, le acompañaban el Coronel Modesto Fonseca, su Secretario y Jefe de Estado Mayor; el Teniente Coronel Juan Ramírez Romagosa y Mons. Carlos, el francés que estando desde su destino oficial en las Tunas en relaciones con el General García, había hecho á la República el servicio de entregarle la ciudad, produciendo el hecho de armas que coronara de laureles las sienes del General García. Mons. Carlos, á quien se había reconocido el grado de Capitán por sus importantes servicios, era un hombre de talento, enérgico, de ideas avanzadas, ideas que predicaba constante y ardientemente y que encontraban simpática acogida en las masas, principalmente en todos los que rodeaban al General García. Amigo de la República universal, no obstante haber luchado en México bajo la bandera de Maximiliano y en Cuba junto á los españoles; demagogo que con calor defendía sus irrealizables utopías, sus sueños de socialismo y hasta de comunismo. Se le creía por la generalidad un hombre altamente inconveniente, y mucho más junto al General García. Además de los mencionados, marchaban á las Villas otros Jefes y oficiales de su Estado Mayor y de las fuerzas de las Tunas.

El Presidente Estrada, no obstante lo que acontecía en las Tunas, esperaba impaciente la noticia oficial del paso de la Trocha por el General García, para trasladarse á Oriente, terreno que nos habíamos encargado de preparar sus Diputados. Al llegar nosotros á nuestro Estado, dejando á la espalda el Distrito de Tunas en situación bochornosa creada por la sedición, donde las pasiones políticas se desenfrenaban sin dique, encontramos la tranquilidad y el orden en Holguín, en cuya parte occidental acampaba el Brigadier Maceo después de una operación realizada con éxito. Aguardaba al Gobierno de la República con unos

800 hombres de infantería y caballería y con el resto de sus fuerzas, así como las del General Díaz, convenientemente escalonadas hacia Oriente, en Holguín oriental, Bayamo y Guantánamo, dispuestas á atender con rapidez cualquiera disposición que se les diera.

Todo respiraba allí sosiego, disciplina y contento, lo que siempre reinó en toda fuerza que mandara este invicto caudillo, á quien nunca elogiará bastante la historia de Cuba, en atención á sus honrosas cualidades de subordinación, valor y orden, y por su talento y pericia militares. Allí se tenía noticia, aunque incompleta, de lo que pasaba en las Tunas, se sabía la marcha del General á las Villas, y se había formado una idea incompleta del pugilato entre dicho Jefe y el Gobierno. Los amigos de García, los que lo acompañaron en su rebelde movimiento de 1875, aplaudían que hubieran terminado las diferencias entre él y el Presidente Estrada, y se hizo por todos coro á las protestas é indignación del Coronel Bartolomé Masó, Jefe del Regimiento Jiguaní nº 4, hombre de orden, valiente, instruído, enérgico, que se exasperaba ante la consideración de que el General García pudiera promover otra vez disturbios en el país. El Coronel Masó era Diputado por Oriente cuando las Lagunas de Varona, y recordaréis que os dije que fué allí en comisión del Cuerpo Legislativo, desempeñando digna y honrosamente el encargo que se le confió.

Por todos se censuraba amargamente que el General pudiera pensar en pronunciarse contra la Administración en momentos en que cualquier amago de insubordinación sería estimado como atentatorio á la causa de la libertad de Cuba. Los Diputados conferenciamos con los Jefes Macco y Masó, y se creyó prudente que continuásemos nuestra marcha, dado el buen espíritu que reinaba allí, y la permanencia en aquella zona del Coronel Masó, jefe merecedor de la confianza que en él se depositara. Marchamos, pues, conviniendo en que Beola se dirigiera á la Brigada del Sur, Collado hacia Holguín oriental, y el que os habla á Guantánamo.

* * *

Llega el mes de Mayo, el fatídico mes de Mayo, y en verdad que no pudo encontrarnos en más desgraciada situación. Tal parece, como hemos dicho al registrar este mes en años anteriores, que era un tributo que la patria tenía que rendir á la memoria de Ignacio Agramonte, muerto en Jimaguayú el 11 de Mayo de 1873.

El General Vicente García había seguido su marcha hacia las Villas, hasta llegar casi á verlas: un poco más hacia Occidente, y salta la Trocha. El día 10 de Mayo acampa en Santa Rita, Occidente de Camagüey, y en la tarde de aquel nefasto día resuelve, aconsejado y apoyado por los que le rodeaban, terminar allí su jornada de orden y con ella su obediencia á las Instituciones de la República, decretándose un pronunciamiento contra todo lo existente.

El día *once de Mayo de 1877*, quizás en el mismo instante en que cumplía su cuarto aniversario la gloriosa caída del mártir camagüeyano, una junta, un club revolucionario, como se tituló el grupo formado por los Jefes y Oficiales que en

su marcha rodeaban al General Vicente García, presidido por el Mayor General del Ejército José Miguel Barreto, acuerda desconocer los Poderes constitucionales de la República, y hacer un llamamiento al pueblo y al ejército en armas contra España, en apoyo de la idea de expulsar de la Presidencia de la República al C. Tomás Estrada Palma y que desapareciera la Cámara de Representantes. Se lanzó á la circulación, acompañado de calurosos manifiestos, un Programa de Reformas políticas en que se dejaba existente la misma forma de gobierno, con la creación de un Senado que contrabalanceara el poder que hasta entonces había residido en la Cámara de Representantes, y sirviera como intermediario entre ésta y el Ejecutivo; poder que radicaba en el Presidente de la República. Se creaba nuevamente el Poder militar que ejercería un General en Jefe, y no se decía una palabra del Poder judicial que forzosamente debiera culminar la belleza y la armonía de este Programa, con la creación de la indispensable Corte Suprema de Justicia. La Isla de Cuba se declaraba en *República democrática-federal-social etc., etc.* Manifiestos, programas y reglamentos fueron distribuídos con profusión, terminando todos con la frase terrible de aquellos días: ¡Vivan las Reformas!

Mi memoria no quisiera recordar tales acontecimientos, ni escenas semejantes. Mientras Martínez Campos avanzaba paulatinamente cavando á cada paso la profunda fosa en que pensaba enterrar á la Revolución de Cuba, los cubanos le secundaban, perdiendo miserablemente un tiempo preciosísimo, único, en reformas imaginarias y complicadas, en un país y en momentos de una guerra en que se habían palpado á cada paso todos los inconvenientes de la forma de Gobierno relativamente sencilla, acordada en Guáimaro al proclamarse la República, al sancionarse la Constitución. Agregar ruedas nuevas, hacer más complicada aquella máquina que por exceso de piezas no podía ya funcionar! Crear un Senado, un nuevo Cuerpo legislativo, cuando para formar la simple Cámara con dieciseis Diputados fué preciso apelar á individuos que carecían, no ya de instrucción bastante y suficiente, sino de aquellos conocimientos rudimentarios que constituyen una mediana educación, era ilógico é improcedente, y esa improcedencia en aquellos instantes de crisis solemne y pavorosa constituían una gravísima falta de patriotismo. Allí no había hombres de gobierno, sino muy contados; porque ya quedaban muy pocos de los que tuvieron la dicha de recibir una mediana instrucción. ¡Y se pretendía duplicar el número de legisladores, y, más aún, se pedía el nombramiento de un General en jefe, cuando se acababa de demostrar en la Cámara la imposibilidad de revestir á uno de nuestros jefes con esa dignidad, porque se sabía, de fijo, que no habría de servir de otra cosa que de manantial de celos, disgustos é interminables discordias: porque no había entre los Mayores Generales sino uno, el General Gómez, que pudiera merecer tal distinción, y éste, como se sabe, estaba inutilizado por los mismos combatientes; y el que se pretendía indicar, el General Vicente García, no supo obedecer, no quiso acatar las órdenes de su Jefe, y estaba inhabilitado para mandar. Estaba indicado por una exigua minoría; la mayoría, la gente de orden, lo rechazaba.

Se pedían reformas, y consistían éstas en crear nuevos organismos y empleos que serían otros tantos obstáculos que encontraría en su insegura marcha aquel Cuerpo débil y anémico, próximo á caer desfallecido. Ni siquiera se pensó, ya

que se causaba el mal destruyendo lo existente; ya que el General García echaba sobre sus hombros la inmensa responsabilidad de su torcida é injustificada conducta, en hacer algo completamente nuevo y distinto, pues que lo ensayado no había dado resultado y ofrecía tantos inconvenientes: algo fuerte, enérgico, capaz de barrer con todos los obstáculos que se presentaban y consumirían á la Revolución: el Poder militar único: la Dictadura.

Ah! Pero es que las dictaduras no se preparan, ni se hacen dictadores los que quieren. Las dictaduras surgen en momentos y circunstancias excepcionales, y los dictadores se erigen, y se imponen no por ellos, sino por el poder incontrastable que les han creado sus dotes especiales y sus triunfos y sus glorias y sus talentos y su valor, y en Cuba, si había existido el hombre de estas condiciones y circunstancias, si hubo un posible Dictador, había muerto prematuramente, el once de Mayo de 1873, en Jimaguayú.

Pero allí, en aquel Programa, se pedía solamente el cambio de los hombres que componían el Gobierno, es decir, la política personal del *quítate tú para ponerme yo*, de lanzar á Estrada para poner á García, y nada más ¡Y así se enterraba la aspiración sublime que en los campos de batalla hiciera sucumbir á centenares de heroicos cubanos!

El movimiento de Santa Rita, en Camagüey, en Mayo de 1877, era idéntico en sus formas al de Abril de 1875 en las Lagunas de Varona; era el mismo drama y los mismos actores; sólo se cambiaba la escena y el acto final. El uno detuvo el curso de la Revolución: el otro proclamaba el triunfo de los españoles. Y ¡cosa extraña! á pesar de haberse hecho en el campamento de Vicente García, en sus barbas, como vulgarmente se dice, él aparentó seguir acatando á ese Gobierno cuya existencia amenazaban sus Ayudantes y allegados. El país, ya lo hemos dicho, empezando por Camagüey, se inundó de proclamas, manifiestos y programas sediciosos pidiendo ayuda, invocando el patriotismo y hasta el orden, para derrocar el Gobierno del C. Estrada.

Oigamos lo que dice el General Gómez en la página 20 de su folleto, tantas veces citado:

«El 20 de Mayo, y cuando todos creían que el General García había cruzado «la Trocha, llegan al Gobierno, simultáneamente, aviso de los Jefes de los dis- «tintos Cuerpos de Camagüey, de que sus tropas todas se habían sublevado;—en «honor del Camagüey debe constar que de sus Jefes y Oficiales, sólo dos abandona- «ron sus puestos,—y según informe se le unieron al General Vicente García que «estaba hacia la parte noroeste de Camagüey y que iniciaba un movimiento de «reformas políticas para el país: dos días después llegaron al Gobierno las pro- «clamas y manifiestos del levantamiento de once de Mayo en Santa Rita.»

Yo debo dar los nombres de los dos únicos oficiales del Camagüey que abandonaron sus puestos, y á que se alude en el párrafo á que acabo de dar lectura. Uno fué un joven de color, capitán, á quien apellidaban *Bombero*, y el otro un alférez, niño entonces, Carlos Agüero y Fundora.

«Por mi parte, añade el General Gómez, quedé abismado, mas sin embargo, «como creía que Cuba necesitaba de reformas y aunque no era el momento opor- «tuno para eso, deseaba ver el programa, y al leerlo comprendí que se trataba «de quitar á Tomás Estrada, es decir, cambiar al Presidente, sin justificar la ne- «cesidad causa de aquella medida.

« Como todos los hombres sensatos del Camagüey protestaron en contra del « movimiento, el *Gobierno se vió apoyado por ese elemento moral y trató* de con- « trarrestarlo, valiéndose para ello de una política conciliadora; y no de otro mo- « do podía ser dado el carácter de Tomás Estrada, demasiado benévolo y hombre « ajeno á pasiones personales; todo fué en vano, el daño estaba hecho, el desorden « se había entronizado, la disciplina no existía. Como el General García diese « cita á las tropas sublevadas para el Ciego de Najasa, donde los aguardaría él « con los suyos y en vez de hacerlo así marchó para las Tunas, quedaron vagando « por el territorio aquellas partidas, de las que muchos soldados, desengañados « pero temerosos por su conducta, se presentaron al enemigo y otros se ocultaban « en los montes, prevaleciéndose de aquellas circunstancias trastornadoras para « no volver á sus filas. En fin, la División camagüeyana, que hasta entonces ha- « bía sido un ejemplo honroso, se corrompió, perdió su buen espíritu, quedando « solamente exento de tan funesto contagio el Regimiento de infantería *Jacinto*, « que siempre se mantuvo en el mejor estado. Gracias al interés que se tomaron « los Diputados Salvador de Cisneros, Juan Spotorno, Miguel Betancourt y Anto- « nio Aguilar, que personalmente salieron á predicar el orden y la obediencia al « Gobierno, se logró recoger algunos grupos. »

Damos lectura también á la relación que de este nefasto acontecimiento hace el Teniente Coronel Ramón Roa, en su carta dirigida á J. M. Macías, referente á los asuntos del Zanjón.

« Todo hacía esperar que el enemigo no obtendría grandes ventajas; porque « sus tropas, después de una campaña ruidísima, debían resentirse de las fatigas « consiguientes. Así es que el espíritu público era levantado y la confianza en el « éxito tambien se encontraba á buena altura. Pero el once de Mayo, día funes- « to, aniversario de la caída de nuestro gran repúblico Agramonte, debía ser una « fecha más funesta todavía. El once de Mayo de 1877 se dió á la circulación un « programa político que servía de escudo á una sublevación militar. ¿Quién po- « día en aquellas circunstancias, frente al enemigo común, proyectar atentado se- « mejante? ¿Quién podía volver contra la República las armas de la República?.... « El Mayor General Vicente García era el eje principal de la conspiración, el mis- « mo que se había pronunciado en las Lagunas de Varona el año de 75. Sus « agentes y los del *Club Revolucionario* se *introdujeron en* nuestros campamentos; « nuestros Regimientos de caballería é infantería, exceptuando el de Jacinto, en « cuyo honor sea dicho, se vieron en cuadro por las deserciones con armas, caba- « llos y pertrechos, y sus Jefes y Oficiales, reducidos á la impotencia, para hacer « frente á un enemigo que con toda calma ponía en ejecución sus meditados pla- « nes! Mientras esto acontecía en Camagüey, se pronunciaban las Tunas, descono- « ciendo al Gobierno y á los Jefes delegados de éste que no apoyaban la rebelión. »

Y vamos á terminar las citas, leyendo ahora, que es oportuno, algunos párrafos de la profética y valiosa carta que en los primeros días del disturbio escribió el Comandante Francisco La Rua al Coronel Fonseca, y que tan gráficamente describe la situación:

« Consuegra, Camagüey, Mayo 25 de 1877.— *Coronel Modesto Fonseca*, Tunas.

« Amigo Fonseca: sé que arriesgo mi vida en esta carta, que tan expuesto es « decir las verdades al tirano, como á los caudillos de turbas desenfrenadas é in-

« conscientes; pero no importa: *tanto monta* la muerte por la libertad frente al « enemigo, como la muerte por esa misma libertad á manos del amigo.

« Y Vd. es sobrado inteligente para haber comprendido que al hablar de la posi- « bilidad de mi muerte por los conceptos que exprese en esta carta, me fundo en « aquella experiencia de que cuando falta la razón se acude á la fuerza y de que « siempre fué recurso de conspiradores la muerte de aquellos que se oponen á « su paso.

« Ya en otra ocasión parecida dirigí á Vd. dos extensas cartas, que ni siquie- « ra tuvieron la honra de que se me acusara su recibo, lo cual no hubo de extra- « ñarme porque frente á la persuasión, al convencimiento, al despertar de la con- « ciencia, no cabe otro proceder que el de confesar franca y lealmente el error ó « enmudecer y seguir adelante en nuestro propósito, sin cuidarnos de las ajenas « censuras ni de las nuestras propias.

« *Pero entonces*, cuando el movimiento político de las Lagunas de Varona, « yo no conocía la actitud de Vd. en el asunto, ni tenía otros antecedentes de su « conducta que los muy buenos servicios que, como militar, había Vd. prestado « junto al Mayor General Vicente García. Por eso fué que mis quejas, aunque « amargas, no lo fueron tanto como debía esperarse de la indignación del militar « y de la alarma del patriota. Me sentía, además, inclinado hacia Vd. por nues- « tro compañerismo en el ejército, por nuestro compañerismo en la Revolución, « por la edad, por el carácter, por las opiniones que había Vd. emitido en público, « por su permanencia en la Habana, por la clase de la sociedad á que ambos per- « teneciamos, por su inteligencia, por su educación, por su honradez patriótica y « por todas aquellas circunstancias que atraen y estrechan á los hombres. Des- « pués de aquel trastorno funestísimo, continué apreciándole como individuo; y « como patriota, fuerza será confesarlo, le miraba con escrúpulos, porque si bien « nadie pudo designar á los verdaderos culpables de aquel atentado, pues cada « uno de los que en él tomaron parte, echaba sobre hombres ajenos el peso de la « culpa, y al decir del Dr. Bravo no fué Vd., como generalmente se pensaba, el « que de más directo modo influyó en el ánimo del General para la aparición del « trastorno; entendía yo que como militar, amante de su prestigio, debía Vd. se- « pararse, aun de su mismo padre, si su padre propendía con sus actos al despres- « tigio de las armas, y que, como patriota, al pesar Vd. las consecuencias de « aquel movimiento, estaba obligado no digo á retirarle la honra de su apoyo, « sino aun más, á hacer propaganda en contra y ofrecer una protesta digna y « enérgica que le haría aparecer mañana en la historia con timbres y renombre, « mil veces más codiciables que los puestos, honores, mando, popularidad y dis- « tinciones que de momento le prometiera su participación favorable en aquellos « actos. Esto, no obstante, y considerando con una candidez que no debo ocul- « tar, borrada la última huella de aquel suceso y al General García vuelto para « siempre al camino de su honra y al de la conveniencia de la patria, eché en ol- « vido cuanto había pasado, y esperé ver cerradas por sus propias manos las he- « ridas que él había abierto en momentos de error y ofuscación. Así, pues, co- « mencé á devolver mi estimación y respeto á cuantos en el movimiento de las « Lagunas de Varona tomaron una parte activa, exceptuando aquellos á quienes « conozco de antaño y que siempre fueron ganosos del trastorno y de la turbulen- « cia, como medios para alcanzar el logro de sus particulares fines.

«Cuando la victoria de las Tunas, arrostré las censuras de algunos extremis-«tas y felicité ardientemente al General por el triunfo que acababa de obtener, y «por lo meritorio de sus esfuerzos para conseguirlo. Yo creía sinceramente que «entonces, más que nunca, se encontraba él en aptitud de elevarse más y más «hasta el punto de borrar, aun en los más intransigentes, el recuerdo de sus fal-«tas y confiaba en su resolución de cobrar un noble ascendiente sobre sus compa-«triotas.

«Y al mismo tiempo que le hacía justicia, en mi concepto, pensando de «aquel modo, no pude nunca destruir mi prevención, mi asco, mis terrores, hacia «algunos individuos que sin puestos en la República, porque en ninguna parte «caben, honrada y legítimamente, se entiende, se arrastraban á su lado para «arrastrarlo á una nueva falta y á la pérdida de una gloria á tanta costa ad-«quirida.

«Porque cuando Vd. recobre la vista habrá de convenir conmigo en que el «General García podrá ser por medios más ó menos violentos, hoy General en «Jefe y mañana ó tal vez hoy mismo el Jefe Supremo de la República; pero ¿po-«drá el General sentir orgullo de ocupar tales puestos cuando recuerde la clase «de gradas por donde llegó hasta ellos? ¿No hay, allá en la historia, la distri-«bución del elogio y la censura? ¿Acaso puede evitarse la indignación de los que «le juzguen mañana, y que habrán de ser tan severos en sus juicios como lo fué «Vd. cuando junto á Roa y Díaz oía leer en la Herradura la vida de Bolívar y á «cada episodio de un motín, de una rebelión, de una conspiración, de una suble-«vación como esa que autoriza Vd. ahora con su firma, exclamaba Vd.: "Son los «mismos: los descendientes de españoles;" y se condolía Vd. del descenso de «Páez que tan alto había Vd. contemplado siempre? Pues lo mismo que Páez «aparecerá en lo futuro el General García cuando se mezclen con los lauros que «ha conquistado en los campos de batalla las conmociones que, á presencia del «enemigo, ha hecho sufrir á su país, y que, como todas ellas, llevan consigo «medios y apoyos que en sus momentos de reconcentración sentirá el General «que le abrasan la frente, aunque sus labios pronuncien un áspero y forzado «*no me arrepiento.*

«Por eso es que me duele el extravío de ustedes, porque veo que seguramente «tendrán que aparecer sus nombres en el porvenir manchados con el contacto de «otros que lo están desde hace tiempo. Esa firma á la que usted ha asociado la «suya es la de un hombre á quien ustedes mismos han despreciado, (refiérese al «General Barreto) de quien se han mofado á mi presencia y á la de otros compa-«ñeros: es la de un hombre de quien el Comandante Zayas nos decía en Oriente «que era tan repulsivo al General que éste se fingía dormido cuando aquél se «acercaba para no verse en el duro trance de hablarle ó escucharle; es la de un «hombre que, ustedes mismos nos lo informaron, observó una conducta indigna «cuando el botín de las Tunas; es la de un hombre señalado en todas partes por «su proceder vergonzante; es la de un hombre que trajo aquí el virus de las re-«vueltas de su patria para inocularlo en la nuestra; es la de un extranjero, en «fin, contraste marcado de aquel héroe que murió á vanguardia (el *Brigadier H.* «M. Reeve) y que no tiene título alguno para la consideración de los hombres «honrados y patriotas.

«Y junto á él aparecen otros hombres que es imposible ustedes desconozcan,

« y cuya cooperación debiera serles un insulto: pero á tal extremo llevan el furor « de las pasiones y del extravío.

« Por desgracia, ya es tarde para la reparación y se encuentran ustedes colo- « cados en una pendiente de la cual no pueden retroceder. Ustedes continuarán « avanzando hasta el abismo, porque la embriaguez conduce á ese término, y aun- « que crean elevarse y glorificarse, estarán descendiendo dolorosamente; y aunque « logren su objeto llegará un día en que como á los que acompañaron á Páez en « sus atentados contra la patria, se les mirará pequeños y odiosos.

« No es extraño que se sientan ustedes alentados en su camino: la impunidad « sirve de aliento muchas veces, y ustedes la tendrán por completa mientras du- « re la guerra. Y ¿cómo no?..... Por grande que sea el delito que ustedes co- « meten; por hondas que sean las perturbaciones que ocasionan; por criminal que « sea el hecho de causar la división en los momentos que más se necesita estar « unidos; por escandalosas que sean esas deserciones en masa que ustedes dirigen, « esa inmolación de soldados fuera del cuartel, que ustedes ocasionan; por atroz, « por ruinoso, por asesino que sea todo eso, los hombres de orden, los que quieren « la legalidad, la calma, el juicio, lo impersonal en todas las cuestiones, no se « equipararían jamás á ustedes provocando una resistencia á sus ambiciones que « sería mil veces funesta para Cuba. Ellos sufrirán, desesperarán, contemplarán « la agonía de la Patria, pero soportarán inmóviles todo el furor de la tempestad « que ustedes desencadenan, porque allí, enfrente, está un enemigo que sólo pue- « de triunfar si lo olvidamos aunque sea por corto tiempo, para entregarnos á la « lucha entre nosotros mismos, y la victoria de ese enemigo sería siempre la des- « dicha de Cuba y el más infame baldón que cayera sobre nuestras frentes.

« Cuando el movimiento político (¡y qué bien me duele escribir estas pala- « bras á pocos pasos de las tropas españolas!), de las Lagunas, se quebró la dis- « ciplina del ejército; pero aún podía ser unida y servible: hoy ya la ruptura no « admite composición alguna, y la suerte de Cuba está á merced del destino. « Entonces, un resentimiento particular, las ambiciones de unos cuantos, la irre- « flexión de algunos, la ignorancia de muchos, hicieron retroceder la Revolución « y enseñaron la fuente de futuros males: se estableció la desobediencia como « base del "movimiento," y se detuvo en el camino á una fuerza que con su « marcha á otros lugares habría evitado la muerte de muchos valientes y gene- « rosos soldados, y quizás hubiese asegurado el triunfo definitivo. Y esto ¿por « qué? Porque el General García había sido objeto de agravios é injusticias de « parte de la Administración Cisneros; porque se quitaban al General García « elementos que él quería utilizar en determinado territorio; porque de la caída « de Cisneros se prometían unos no cumplir las órdenes que habían recibido y « otros alcanzar puestos que sin este medio no habrían podido obtener.

« Y cerrándose los ojos á las consecuencias de aquel paso, sin pensar en el « precedente que quedaría sentado; sin meditar en los males inmediatos y en los « males futuros; sin recordar que había un enemigo á quien únicamente el orden, « la unión y la constancia podían destruir; sin volver la cara á los que se habían « sacrificado y á los que estaban dispuestos á sacrificarse todavía; sin atender más « que al *yo y á mis fines*, se hizo de la patria una propiedad, y á su costa quedaron « satisfechos el deseo de la venganza y las ambiciones ilegítimas.

« Para lograrlo se acudió al engaño, á la seducción, á la mentira, y un méri-

«to y un renombre conseguidos, después de seis años de trabajos y de penas, fué «el escudo con que se cubrió lo inmoble y lo personal.

«Hoy, en esa circular que he visto y que ustedes han firmado, se condena al «pueblo de Cuba á nuevos y mayores tormentos y á más tristes incertidumbres «acerca del porvenir que le está reservado.

«Para dar á usted una idea de los efectos de ese escrito, que lleva su firma, «voy á hablarle, aunque ligeramente, de lo ocurrido en la 1ª Brigada de la 1ª «División del 2º Cuerpo de Ejército. Los Jefes respectivos de las fuerzas que «componen aquéllas, y á quienes nadie puede tildar de haber estado ociosos du«rante los ocho años de guerra, ni de haber trabajado en contra del orden y la «disciplina del ejército, ni con perjuicio de la tranquilidad y prosperidad del «país: que llevan con orgullo sus insignias; que no han descendido jamás de sus «puestos; que han sido solicitados siempre, aun por el mismo General García; que «no han alcanzado por medio de malos manejos el respeto y consideración con «que se les mira en el círculo de personas sensatas; que han sido educados en la «escuela del Mayor Agramonte; y que ven en la profesión de las armas una «profesión honrosa y decente, esos jefes, digo, se ocupaban como era su deber «en adelantar y organizar sus fuerzas de vuelta de la última concentración, y de «contrarrestar, en lo posible, los primeros esfuerzos que un enemigo fuerte y «alentado hacía palpables en esta campaña que debiera ser la decisiva.

«No se ocupaban ellos de política, de constitución de república-democrático-«social: su única tarea consistía en burlar y desengañar al enemigo; y su empeño «exclusivo, en que nuestras tropas no fueran una horda de sediciosos, sino una «reunión de hombres ansiosos de trabajar por Cuba y de que Cuba triunfe.

«En esta tarea y en medio de este empeño, cuando sus soldados estaban bien «alimentados y obtenían graduatmente el permiso que las operaciones del enemi«migo no permitían que fuera más extenso ni más frecuente, les sorprende la «deserción de unos pocos individuos. Más tarde ocurre la de otro número mayor, «y al mismo tiempo susúrrase en el campamento que el General García se prepa«raba á hacer un *movimiento político* y aguardaba la presencia de estas fuerzas. «Poco después aparece en el cuartel un oficial sospechoso de haber aceptado una «misión poco digna, y al día siguiente al de su marcha se descubre en el pabellón «de uno de los jefes, y del mismo modo que son presentados los anónimos, el pa«quete de la circular de ustedes, un programa y otros escritos que confirmaban la «verdad de los referidos rumores. Usted conocerá por los que se separaron del «orden para concurrir á ese lugar, la conducta del Jefe de la Brigada, después «de la vergonzosa deserción de los grupos que siguieron á los primeros.

«Y decían después los que acudían de aquella manera al *patriótico* llama«miento de ustedes, que ellos no sabían por qué ni para qué iban, que no querían «cambio de Gobierno: pero que iban á ver lo que quería el General que capita«neaba el movimiento. ¡Pobre patria! Se les había ofrecido la licencia y la «corrupción, y esa era la *reforma política* que los malos buscaban y que los «buenos seguían engañados.

«Sólo han quedado en el campamento unos pocos hombres á quienes el desfile «de sus compañeros no pudo hacer que incurrieran en la falta, y los jefes y ofi«ciales incapaces de manchar sus nombres; y en un día, el memorable de esta «fecha, queda destruído el trabajo de ocho largos años de martirios y de afanes,

« y á los verdaderos patriotas no les queda ante la conducta de ustedes otro re-
« curso que bajar la cabeza y pedir á la tierra que se abra á sus plantas.

« Páez aguardó á que el español se sintiera débil: ustedes han esperado á que
« el español se sienta fuerte, y la responsabilidad que pesa sobre sus conciencias
« no la deseo ni aun para mi mayor enemigo.

«Ustedes pueden halagar á esas tropas con promesas de ascensos, premios,
« permisos, desbandamientos, merodeos y cuanto más las halaguen; ustedes pue-
« den engañarlas hablándolas de anexión, de paz, de grandes proyectos: ustedes
« pueden llegar hasta á presentarles al Gobierno actual como un déspota porque
« confió al General García la honra de acudir al punto más importante y peligro-
« so; como un tirano, porque no contempló á los que preferían las dulzuras de un
« rincón á la gloria del peligro y del trabajo; y aun habrán de señalar á la Admi-
« nistración de hoy como partidaria de la Autonomía y entregada á tratos con el
« enemigo. Conozco esa clase de manejos: es la misma de todos los agitadores y
« con especialidad de los de raza española.

« Y esa pobre gente ignorante y cándida, y gustosa, además, de los placeres
« que brinda la licencia, acudirá donde ustedes la llamen y gritará lo que ustedes
« griten, y firmarán lo que ustedes firmen, y aplaudirán, celebrarán su obra y se-
« rán ustedes figuras notables en la Revolución; pero ¡qué tristes figuras! ¡qué
« triste notabilidad!

« Y ¿después?—Después, las fuerzas habrán desaparecido, porque esos hom-
« bres, esos rifles, esos caballos que salieron de aquí, irán al monte sin orden ni
« concierto y allí serán fáciles y cómodas presas para el enemigo; y cuando éste
« se pasee por el territorio no será hostilizado y habrá de enseñorearse y se ven-
« gará con placer de las derrotas que sufrió en otro tiempo, y.....todo lo que tal
« vez ustedes no quisieron, pero ocasionaron.

« Y cuando hayan ustedes constituído su Gobierno; satisfechos sus odios, am-
« biciones y vanidades, y autorizado la dispersión de esos hombres que antes esta-
« ban reunidos ordenadamente, pretenderán volver á hacer el orden, y entonces el
« orden huirá delante de ustedes y encontrarán al frente las mismas armas que
» ahora esgrimen sus brazos. Las víctimas de todo esto serán, como lo fueron
« siempre, aquellos que cumplieron sus deberes bajo todos conceptos y que al
« aceptar el sacrificio de la guerra fueron hasta el extremo de morir el año 71 por
« hacerle Patria á los traidores, y aquellos que en el año 77 morirán por hacerle
« Patria á los asesinos de su Patria:

« Mucho habría de alegrarme si no viera sobre ustedes el más merecido de los
« castigos: el de la deserción en masa de las fuerzas á sus órdenes á otro *movi-*
« *miento político* iniciado por los enemigos del orden de cosas que ustedes esta-
« blezcan. Este castigo redundaría en perjuicio de Cuba, y lo que á Cuba perju-
« dica no podrá serme grato nunca, ni aun como castigo para los culpables.

« En cuanto á las razones y fundamentos de su Programa, nada habré de de-
» cirles; estamos en distintos terrenos y la discusión no es posible. Ustedes se
« encuentran fuera del orden, y yo he jurado no separarme de la legalidad sea
« cual fuese su representación. Si ustedes llegan á constituirse, que no lo dudo,
« dada la clase de medios de que se han valido, y el orden se restablece, que sí lo
« dudo dado el fatal ejemplo que ustedes mismos han ofrecido, cuando ustedes
« sean el Gobierno que acata y obedece la mayoría, me encontraré al lado de esa

« mayoría, cuyo proceder me repugna; pero que siendo la única que puede con-
« batir al enemigo, es la única que puedo seguir hasta que, consolidado el triunfo,
« me retire muy lejos de donde la contemplación de los males de la Patria me
« desgarre el alma.

« Dos títulos de honra conservo en estos ocho años de vida revolucionaria:
« consiste el primero, en no habérseme llamado nunca á traicionar á mi patria:
« fúndase el segundo, en no haberse pensado que yo pudiera formar entre otra
« clase de sublevados que los sublevados contra España. Una y otra cosa me li-
« songean al extremo. Yo habría tomado como un insulto que en el año 71 cuan-
« do parecía extinguirse nuestro aliento, se me hubiese propuesto, aun por mi
« más íntimo y querido compañero, la sumisión á un enemigo vil y despreciable,
« del mismo modo que habría tomado por ultraje el llamamiento al desorden, al
« motín, á la desobediencia, á la ruína de nuestra obra. Tanto me hubiera indig-
« nado contra el que me invitara á promover la caída del Presidente Céspedes,
« por medios ilegales, turbulentos y que mi conciencia rechaza, como contra el
« que me hubiese considerado capaz de seguirle en tales trabajos contra la Admi-
« nistración Cisneros, Spotorno, Estrada, y contra el mismo General Vicente Gar-
« cía, si ocupa mañana la Presidencia de la República, aunque llegue hasta ella
« en hombros del desorden y del escándalo.

« Tanto en el caso de la traición como en el del motín, se me ha respetado,
« se me ha hecho justicia, y repito, que de ello me encuentro orgulloso. Hay una
« notable diferencia entre el "*ese viene*" que pronuncian ustedes que se han hecho
« ayudar de la deserción, cuando se refieren á algún individuo de nuestro ejército,
« y el "*ese no vá*" de nosotros que condenamos la deserción, al aludir á individuos
« del mismo ejército.

« Por eso en medio de las angustias de nuestro espíritu el día en que sus es-
« critos, emisarios y otros manejos deslucieron el fruto de tanta constancia y tan-
« to sufrimiento, sentimos un grato consuelo, un motivo de orgullo, al contemplar
« la resistencia que Jefes y Oficiales de "Agramonte" y "Caonao" presentaron al
« Brigadier Rodríguez, cuando éste recomendaba la necesidad de un sacrificio en
« los que para retardar el desorden y la disolución, debían conducir á los conquis-
« tados hasta el mismo lugar de la cita, y volver á nuestro grupo cuando el Jefe
« del movimiento hubiese recibido aquel contingente de tan distinto objeto al de
« aquel otro detenido en las Lagunas de Varona, hace dos años. Los Jefes y
« Oficiales á que he hecho referencia, multiplicaban sus argumentos para rehuir
« una misión que les causaba enojos y al fin hubo de acudirse á un solo oficial
« que probablemente será el que entregue al General las fuerzas que él necesitaba.
« Si entre aquel grupo de antiguos subalternos de Ignacio Agramonte, hubo algu-
« no que estaba en el secreto de la conspiración y pensaba unirse á los sublева-
« dos, bien puede ser; pero el ejemplo de sus compañeros, por una parte, y un
« oportuno reclamo del pundonor olvidado, por otra, le hizo arrepentirse y for-
« mar entre los buenos. Y no extrañe Vd. que hable de sublevados y motín
« cuando un Programa que lleva la firma de un Mayor General y un Coronel del
« ejército, muestra en su primer artículo el compromiso de no respetar ni obede-
« cer lo existente, por más que ellos mismos lo hayan respetado y obedecido hasta
« ahora.

« Y ya que de obediencia se trata, recuerdo en estos momentos la indignación

«del General García contra el Teniente Rivero y su insistencia porque se aplica-«ra un severo castigo á aquel oficial que desobedeció sus órdenes, cuando recor-«dando agravios, que guardaba en su pecho, libró á Cuba de un número conside-«rable de verdugos. El General García desobedece hoy, después de haber ofre-«cido marchar á las Villas, y desobedece también por agravios que guarda en su «pecho, sólo que sus agravios no son iguales á los del Teniente Rivero, y ojalá lo «fueran! y fueran también iguales en resultado sus venganzas!

«Volviendo á la cuestión de las razones y fundamentos de sus pretensiones, «diré á Vd. lo mismo que en época pasada: si en vez del medio escogido por us-«tedes para atraerse prosélitos, hubiese visto el pacífico empleo de la discusión y «la propaganda y por los mismos medios que se forma la Cámara de Representan-«tes, se hubiesen encaminado á su anulación sin alterar el orden, sin destruir el «ejército, sin regocijar al enemigo; si utilizando el sufragio hubiesen dirigido sus «esfuerzos á un cambio en la forma de gobierno, y aun á la colocación en él de «sus candidatos, yo habría convenido en la razón de alguno de sus pareceres; «pero yo no podré nunca unirme al desorden y á la intriga que hacen pensar en «la ausencia de todo interés noble y patriótico, aun cuando se renueven vulgares «protestas de que sólo el interés de la patria mueve aquellos actos.

«Y ahora he de concluir; bien sé cuánto habrá de decir Vd. al leer esta «carta y también sé lo que habrá de pensar. Dirá Vd.: es un visionario, un loco, «un necio; pero me importa poco que tal diga si ahora y á cada día que pase ex-«clama Vd. interiormente: tiene razón.—De Vd. con toda consideración, FRAN-»CISCO LA RUA.»

Como los que me escuchan comprenderán, esta carta, cuyo contenido selló más tarde su noble autor con la vida, y de la que sólo hemos omitido alguno que otro párrafo, por tratar en particular de asuntos ajenos á la generalidad del pensamiento que la inspiró, no tiene precio: ella por sí explica, sin necesidad de comentarios, la verdadera situación que tan fatalmente se iniciaba.

El General Vicente García, que según dice en su folleto el General Gómez, había dado cita á las fuerzas á que el Club Revolucionario que autorizaba todas las proclamas, manifiestos y reglamentos, llamaba á que se cobijaran con la bandera que ellos desplegaban para el Ciego de Najasa, donde, sin duda, pensaba consolidar su movimiento y quizás formalizar el pronunciamiento que una media docena de individuos á su vista y con su sanción habían llevado á cabo en Santa Rita de Camagüey; en lugar de concurrir al lugar de la cita, á recoger el fruto de su tarea, vuelve grupas y retorna á su territorio predilecto: á las Tunas. Pocos días después envía al Alférez Federico Ramírez, niño venezolano, que, quizás por sus pocos años no gozaba allí del mejor concepto, en calidad de correo con una comunicación á la Secretaría de la Guerra, en la que exponía no haberle sido posible cumplimentar la orden del Gobierno de pasar á las Villas por motivos de salud, y que se dirigía á las Tunas, donde pensaba reponerse: terminaba, dice el General Gómez, quien debe saberlo porque desempeñaba la cartera de la Guerra, manifestando que no se encontraba animado á prestar más sus servicios mientras no cambiara el orden de cosas existentes.

A cuántos comentarios se presta la conducta de un Mayor General que acababa de tomar, desplegando sus dotes de actividad, talento y valor, una ciudad fortificada y bien defendida como las Tunas, que le dice á su Gobierno: no

he cumplido tu orden por falta de salud; cuando tenía la suficiente para contramarchar, desde las cercanías del lugar objeto de aquella orden hasta las Tunas, á una distancia considerable. El General no espera restablecerse sobre el lugar objetivo de su marcha conforme á la orden que desobedece, para cumplirla así que sus fuerzas físicas se lo hubieran permitido, sino contramarcha resueltamente sin renunciar un grado militar que se le otorgó en atención á circunstancias especiales, y hasta advierte que no prestaría más servicios á la patria sino cuando hubieran cesado aquellas circunstancias especiales. Oh! á cuantos extravíos conducen las pasiones á los hombres!

Permítaseme interrumpir el relato para referiros un episodio de nuestra Revolución digno de ser conocido.

Cuando el Gobierno de la República presidido por Spotorno se esforzaba por enviar un contingente de tropas de Oriente á las Villas, creyó conveniente que entre otros jefes marchase el Mayor General Manuel Calvar, que estaba de cuartel con motivo de los acontecimientos de las Lagunas de Varona. Se dió á Calvar la orden de que se pusiera á la disposición del General Gómez, y como estimara que aquella orden era una injusticia de Tomás Estrada, Secretario de la Guerra, á quien, juzgando torcidamente, creía él en relacions secretas con el movimiento que le había quitado el mando de Oriente, significó, clara y enérgicamente, que no marcharía á las Villas. Yo era amigo de Calvar y ocupaba un puesto en la Administración, y Estrada juzgó oportuno darme facultades para que mediara en el asunto y aconsejara al Jefe que intentaba desobedecer; manifestándome seriamente, que sabiéndose, como se sabía, que el General Calvar estaba indicado para marchar, era necesario, para que el Gobierno se viera apoyado con toda la fuerza moral que requería para que el contingente marchara, que Calvar cumpliera la orden, añadiendo: y puedo asegurar á Vd. que si el Gobierno le pasa la orden oficial y él desobedece, por la patria, por el contingente y por dignidad y prestigio de la Administración, fusilaré al General Calvar. Este recibió el mensaje con la mayor sangre fría; lo encontré resuelto á no marchar, á consentir en que terminara su historia revolucionaria con un drama sangriento, pero á no permitir, decía él, ser objeto de una injusticia. Estrada, por su parte, aplazaba el asunto para el momento de darle la orden oficialmente. Ambos se encontraban resueltos. Llegó por fin el momento supremo, el de enviarle la orden oficial, después de lo que, según entendía el Gobierno y según entendía yo también, no cabía más respuesta sino la obediencia ó la muerte.

Personalmente entregué el fatal documento á mi amigo, después de hacerle una vez más cuantas observaciones me sugirieron el patriotismo, el deber, la razón y la amistad. Calvar tomó el oficio y sin leerlo se separó para ir á descansar, pues nuestra última conferencia duró hasta hora muy avanzada de la noche; prometiéndome contestar al Gobierno por mi conducto. Al siguiente día, temprano, puso en mis manos su contestación, exigiéndome pasase la vista por ella. Con satisfacción y orgullo leí dos líneas que decían: «Mañana estaré en ese campamento á recibir instrucciones del Gobierno y pedir sus órdenes para las Villas.»

Calvar era estimado como hombre peligroso por la fogosidad de su carácter y lo apasionado de su temperamento, pero los renglones dirigidos á la Secretaría de la Guerra causaron placer al Gobierno, que comprendió que aquel era un hombre de orden y, por consiguiente, de esperanzas.

Los que me escuchan recordarán el paso de la Trocha por el General Calvar, su participación en el reñido combate de la Loma del Jíbaro, y su ataque á Villaclara. Un amigo oportuno salvó á un buen servidor de la patria, y quedé complacido por ello.

Compárese la conducta del uno y del otro General, justamente por la misma causa, y comente el que quiera hasta dónde se presta la conducta de un Mayor General de las condiciones y prestigio de Vicente García; que yo, que me declaré su enemigo político en aquella época, como lo fuí de todos los revoltosos, cumplo con mi deber de conferencista dando á conocer los acontecimientos.

La comunicación entregada al Gobierno por el alférez Ramírez, venía fechada en la parte occidental de Camagüey; pero el alférez la había recibido en las Tunas, en Santa Rita, donde acampaba el General García. Estaba, como todo lo que procedía de él, redactada por el Coronel Fonseca, su Secretario, uno de los individuos que con Barreto componían el Comité Revolucionario que lanzaba al país en un nuevo movimiento político que había de acelerar los días de la Revolución.

El Gobierno, sin darse por aludido de la segunda parte de la comunicación del General García, le ordena se presentara á recibir instrucciones, lo que él se apresuró á cumplir, con tanta mayor razón, cuanto que el llamamiento del Gobierno le daba cierto carácter de legalidad.

Mientras tanto se oficia al General Roloff á las Villas, anunciándole que García no marcharía á ocupar aquella Jefatura, y que él continuara al frente del Departamento hasta nueva orden.

Imposibilitado el Gobierno para marchar á Oriente, cortadas sus alas para la acción por la necesidad que había de reparar todos los males que se acababan de ocasionar y que hemos relatado; no pudiendo Estrada volver la espalda al Camagüey en la situación lamentable en que aquel huracán había dejado el Centro, resuelve enviar al General Gómez á Oriente, á estudiar y conocer la verdadera situación de aquel Estado, y dar solución á diferentes problemas que las escenas relatadas habían dejado pendientes.

Entraba el mes de Junio de 1877, y el General Martínez Campos, después de haber atravesado, barrido, decía él, el Departamento de las Villas, desde Colón á Sancti Spiritus y Remedios, entraba en Camagüey, donde desplegando un lujo extraordinario de fuerzas, iniciaba con suerte propicia una activa campaña en el Centro del territorio revolucionado.

# OCTAVA CONFERENCIA

## I

Los Diputados de Oriente.—Conducta punible del Diputado Collado.—La sedición en Holguín.—Inutilidad de un curso explicativo.—Limbano Sánchez y Jesús Rodríguez.—Situación anárquica. Deserción completa.—Semblanza del Diputado J. Rodríguez.—El coronel Fonseca y el T. Coronel Cardet.—Cartas notables entre el General García y el Brigadier J. A. Maceo.—"El León holguinero."—El cuartel de los rebeldes.—Curioso incidente.—Llegada de Maceo.—Su enérgica actitud en el campamento de los sediciosos.—Mis impresiones.—Arresto del Coronel L. Sánchez. Su deserción.—Aparición del General Gómez.—Cómo relata lo que pasó.—En Baguano.—El Coronel Ríus Rivera y el General Gómez en el campamento de los insurreccionados.—Transacción forzada.—Conflicto personal.—Un oportuno *¡Viva Cuba!*—Ojeada sobre las Villas.

LOS Diputados de Oriente habíamos llegado al lugar de nuestra misión. Dos días después de haber abandonado el Cuartel General del Jefe de la División, Brigadier Antonio Maceo, en la Línea Occidental, y aún sobre el rio Cauto, nos separamos de Beola, que se dirigió hacia Cambute, Brigada Sur de Cuba, y Collado y el que os habla hacia el Norte, Brigada de Holguín.

Yo me preparaba, después de haber descansado lo necesario de una fatigosa jornada, para emprender mi marcha hacia Guantánamo, donde ya Maceo, avisado, me aguardaba, cuando me ví obligado á cambiar de pensamiento por la llegada á mi alojamiento de un correo procedente del Coronel A. L. Vidal, Jefe de la Brigada de Holguín. El Coronel exigía mi pronta presencia en su campamento. Acudí presuroso á su llamamiento, dispuesto á continuar más tarde para Guantánamo como era mi intención; pero todos los proyectos fueron cambiados por los acontecimientos que se sucedieron en aquella localidad y que me propongo dar á conocer en esta conferencia. Allí me enteré, con sorpresa, que el Doctor José Enríquez Collado, Diputado por Oriente, que debía acompañar al Jefe de la Brigada de Holguín, no había acudido al repetido llamamiento del

Coronel Vidal, cuyas fuerzas se encontraban seriamente amenazadas por los trabajos disolventes que ya habían lanzado á las Tunas y al Camagüey en el mar tempestuoso del desorden y la desmoralización. Vidal y yo solicitamos en vano ante aquel peligro, que Collado fuera en nuestro auxilio.

Ya los trabajos del Comité Revolucionario, de que he hablado en la anterior conferencia, habían producido sus efectos en las dos secciones de Holguín, Occidental y Oriental. Ya habían llegado á ambas localidades los documentos en que el *patriótico movimiento* invitaba al pueblo y al ejército á unírseles en su *justificada* tarea de lanzar al país en una perturbación contra los poderes de la República, y á la sombra de un programa reformista existente en la imaginación de los cabecillas, elevar al General Vicente García al puesto de General en Jefe del Ejército.

A mi llegada al Cuartel de la Brigada los documentos no eran conocidos aún de la generalidad; la tropa los ignoraba en absoluto, y hasta aquel momento sólo se tenía un vago conocimiento de lo que pasaba, contra cuyas ideas y propósitos se hacían públicas protestas. Nos propusimos adoptar un plan para contrarrestar cualesquiera medios que se pusieran en ejecución, para alterar el orden en aquella Brigada, previniendo á la tropa para que en el momento fatal estuviese moralizada y dispuesta á resistir el choque. Al efecto comencé una especie de curso explicativo de nuestras leyes, enseñando el articulado de la Constitución y de las ordenanzas militares, comentándolos, y deteniéndome mucho en su examen, acentuando las explicaciones en cuanto á los funestos resultados de las medidas anárquicas, y demostrando cuán fácil resultaba en los países como el nuestro, regido por instituciones democráticas, alcanzar cuantas reformas se pretendieran por medio de los recursos que la misma Constitución ofrecía. Mis conferencias al aire libre eran escuchadas por todas las fuerzas, incluso los oficiales, que con su ejemplo prestaban eficaz ayuda á mis trabajos. Creíamos, después de un curso de diez días, haber logrado nuestros propósitos, cuando súbitamente, una mañana á mediados del mes de Julio, vimos nuestro trabajo deshacerse como castillo de naipes, ante la nueva circulada en el campamento de que el Teniente Coronel Lindano Sánchez y el ex-Diputado por Oriente á la Cámara de Representantes, C. Jesús Rodríguez, hacían un llamamiento al pueblo y al ejército para tratar sobre Reformas que debían introducirse en el sistema de Gobierno y que afectaban á ambos poderes, ejecutivo y legislativo, y para el inmediato nombramiento del General Vicente García para el cargo de General en Jefe del Ejército.

Pero detallemos los sucesos.

* * *

Inmediatamente después de nuestro paso por el campamento del Coronel Masó, en la Línea occidental de Holguín, recibió órdenes del Gobierno el Brigadier Maceo para que regresara á su territorio con las fuerzas de su mando, ya que el Gobierno se hallaba como clavado en el Centro, obligado por las circunstancias. Quedó el Coronel Masó, después de la marcha del Jefe de la División, solo con el Batallón nº 2 del Regimiento Jiguaní, que generalmente se acuarte-

laba en aquella zona. El 1er. Batallón con su Jefe Comandante Jesús Rabil, marchó á ocupar su zona, cerca de Jiguaní, sobre el río Cauto.

Los documentos sediciosos fueron, sin duda, llevados allí inmediatamente después de la marcha del Brigadier, por una comisión compuesta del Coronel Modesto Fonseca, Teniente Coronel Guillermo Cardet y ex-Diputado Jesús Rodríguez. Una vez en el campamento del Coronel Masó este triunvirato revolucionario, celebró clandestinamente una conferencia con el Coronel Belisario Grave de Peralta, hermano del malogrado y distinguido patriota General Julio Grave de Peralta, natural de Holguín, que siempre había mandado las fuerzas bajo la autoridad entonces de Masó, y sobre quien tenía el C. Rodríguez una gran influencia. Ningún trabajo costó á Rodríguez convencer á Peralta, hombre inculto y de escasa inteligencia, que era su deber apoyar al General Vicente García, que secundado por Camagüey y Villas, dependría á Estrada y desconocería á la Cámara de Representantes, para una vez nombrado General en Jefe del Ejército, proceder á la elección de hombres que desempeñaran los nuevos Poderes, y que fueran capaces de conducir la guerra con acierto y tacto, administrar justicia, etc. Peralta se hallaba de Cuartel, pues la primer medida de Tomás Estrada, siendo Secretario de la Administración Spotorno, fué barrer la incompetencia, donde quiera que se encontrara. Una vez ganado Peralta, resorte para mover las masas fácilmente, la oficialidad se prestó gustosa á ayudarlo, con tanta más razón cuanto que Masó no gozaba entre ellos de las mayores simpatías por su exigente rectitud y su estricto proceder para con la fuerza.

En uno de los últimos días del mes de Junio, después del toque de silencio, se quedó dormido el Coronel Masó, siendo Jefe de su Regimiento, y despertó al siguiente día sin un soldado, sin un oficial del Regimiento de Jiguaní nº 4, que mandaba. Toda su fuerza había abandonado el campamento durante la noche, pasándose al que en seguida se estableció á las órdenes del Coronel Belisario Grave de Peralta, quien bajo la activa dirección del C. Jesús Rodríguez y al grito de ¡Vivan las Reformas! ¡Viva el General en Jefe Vicente García!, secundaba á las Tunas en su movimiento para derrocar lo constituído.

Haremos un paréntesis para presentar al C. Jesús Rodríguez. Es natural de Holguín: tendría unos 50 años en los momentos en que adquirió justa celebridad por sus esfuerzos en combatir la Revolución de Cuba. Fué uno de los que más activamente trabajó para lanzar á su pueblo á la Revolución contra España en Octubre de 1868. Hombre honrado y popular, de nobles sentimientos, inteligente y discreto, se captó la confianza y aprecio de sus compatriotas dirigiendo los asuntos públicos y de carácter delicado en la comarca holguinera. Cuando en los primeros días del 69, Holguín descontento con la dictadura de Céspedes resolvió segregarse de Oriente, y contra lo natural, pasando por encima de las Tunas, unirse á Camagüey, marchó con el C. Antonio Alcalá, al Centro con ideas de engrosar el Comité de Camagüey como Representante de Holguín. Los camagüeyanos, si bien no estaban de acuerdo con el carácter que Céspedes había asumido en Oriente, ni aceptaron la segregación de Holguín, ni se atrevieron á cargar con la responsabilidad de admitir sus Representantes en el Comité, antes bien exigieron á aquellos dos ciudadanos se volviesen á su territorio é indujesen á Céspedes á tener un acuerdo con el Centro y unificar la Revolución. Poco después, el seis de Abril, llegó Céspedes á Camagüey, naciendo el día 10 del mismo mes la Repú-

blica de Cuba en el pueblo de Guáimaro. Rodríguez y Alcalá formaron parte de la Constituyente como miembros de la Diputación de Oriente, representando á Holguín. Continuaron ambos en la Cámara, hasta que en 1870 Alcalá se pasó á los españoles.

Jesús Rodríguez, constante y asiduo, continuó en su puesto. En 1871 recibió un golpe terrible: sus dos hijos, jóvenes de 15 y 18 años, fueron asesinados, no por los españoles, sino por la banda de malhechores que con el nombre de *Máscaras de cuero* infestaba el territorio de las Tunas.

Rodríguez se encontró en la célebre sesión que depuso á Carlos M. de Céspedes del cargo de Presidente de la República, y en las Lagunas de Varona, contra cuyo movimiento protestó, por más que ahora acaudillaba el que era repetición de aquel que tan enérgicamente desautorizó. Abandonó la Cámara de Representantes cuando en las Lagunas de Varona se exigió la renovación del Cuerpo legislativo. Ignoramos dónde se hallaba, ni qué hacía, cuando sorprendiendo á todos, apareció trabajando con ahínco en unión de Vicente García para derrocar á Tomás Estrada, de quien había sido un constante y buen compañero de trabajos y á quien lo ligaba ese lazo simpático que une á los hombres honrados y de inteligencia; trabajando por derribar á algo más que á Estrada Palma, á aquel edificio santo que él había ayudado á levantar y ahora pisoteaba: la Constitución de Guáimaro.

El hecho es que este hombre de carácter apacible y dulce, de educación esmerada é ilustrado, querido y respetado de todos, brotó de la obscuridad en que se hallaba sumido, armado de una fuerza y energía desconocidas, conspirando y trabajando por cuantos medios tenía á su alcance en contra de la Cámara y de Tomás Estrada. El que en las Lagunas había protestado contra todo lo que allí se hizo, que no fué sino un ensayo ó simulacro de lo de ahora, era hoy su ardiente defensor y el agitador más decidido.

Una vez conseguida la metamórfosis en la Línea occidental, marchó el triunvirato revolucionario, Rodríguez, Cardet y Fonseca, hacia Oriente, separándose en la Canoa, tomando Rodríguez rumbo hacia Holguín oriental, y Fonseca y Cardet por la ribera izquierda del Cauto, hacia Cuba y Guantánamo. Su objeto ¡insensatos! era conmover el país entero. Sigamos á los comisionados que se dirigen por el Cauto, mientras dejamos al C. Jesús Rodríguez alojado cómodamente en la morada del Teniente Coronel Limbano Sánchez, que muy ajeno de la visita de su amigo, residía tranquilamente en Baguano, en una finca, donde dedicado al cultivo de una verdadera hacienda que con gran laboriosidad había formado, pasaba una vida patriarcal, olvidado de todo el ejército, pues hacía tiempo se hallaba de cuartel.

De los otros dos de la comisión, sólo el Coronel Fonseca nos es conocido. El otro, Teniente Coronel Guillermo Cardet, era un joven holguinero de inteligencia no común, fino y culto, educado en las Escuelas Pías de Guanabacoa. Al romper la Revolución de 1868 desempeñaba la plaza de profesor en el colegio municipal de su pueblo natal. Era de conducta intachable, moderado y valiente: ignoramos qué causas lo obligaron á engrosar las filas de la rebelión, pues según confesión de Fonseca fué Cardet quien lo indujo á marchar donde Maceo, á cuyo Cuartel General llegaron el día 3 de Julio.

Maceo se encontraba en San Agustín, sobre el Cauto, campamento avanzado

de Cuba y Guantánamo, donde, como un cancerbero, guardaba inflexible las puertas de sus dominios. Una vez enterado del objeto de la comisión, los apostrofó con energía, les pidió sus pasaportes, y cuando le declararon que desconociendo la Administración Estrada, mal podían traer un documento que para ellos nada valía, y que el objeto de su visita era sólo entregarle una carta del Mayor General Vicente García y participar al pueblo de Oriente lo que se había hecho en los demás Departamentos, Maceo indignado les significó enérgicamente que no consentiría su paso para el interior del territorio de su mando, y como Cardet protestara que no había ley ni razón para oponerse á su paso, Maceo con altanería les replicó: "Ustedes no pasarán á mi territorio y les doy veinticuatro horas de término para que se pongan fuera del límite de mi jurisdicción, de lo contrario, los someteré á un consejo de guerra por atentar contra las instituciones que nos rigen." Despidió la comisión, recibiendo la siguiente carta de manos del Coronel Modesto Fonseca:

«Naranjal, las Tunas, Junio 3 de 1877.—C. Brigadier José Antonio Maceo. - Oriente.

«Estimado amigo: La peligrosa situación por que atraviesa el país en estos «momentos, me hace tomar la libertad de dirigirle la presente como el patriota «interesado, cual el que más, en despejar todo obstáculo que se oponga al logro «del sumo bien de nuestra independencia y libertad.

«Todo el pueblo cubano estuvo de conformidad en las peticiones progresivas «que se hicieron en las Lagunas de Varona, pues aunque algunos no estuvieron «de acuerdo en la forma, sí lo demostraron estar en el fondo, ya por medio de «peticiones, ya por medio de sus individuos más caracterizados.

«Aquella era, pues, la circunstancia de entrar en la legalidad política en que «no habíamos estado nunca, satisfaciendo las legítimas aspiraciones del pueblo, «alejando motivos de disensiones ulteriores y uniendo el espíritu de los patriotas «para combatir el enemigo común. Pero por una fatalidad inconcebible, los «sostenedores del monopolio lograron burlar el deseo general y se vió el extraño «espectáculo de una Administración y de una Cámara que surgiendo por virtud «del movimiento, tenía el deber de satisfacer las exigencias de la justicia y que, «sin embargo, se mostró á su vez tan intransigente y tan injusta en su mayoría «como la Administración anterior, cometiendo mayores desaciertos aún y dic- «tando disposiciones tendentes á extinguir el espíritu vivificador de la Revolución!

«Tantos males y tantas injusticias naturalmente debían exasperar al pueblo «y así ha sucedido. En todos los Estados el malestar ha venido sintiéndose, las «insubordinaciones militares multiplicándose y, por último término, van dibu- «jándose los pronunciamientos de las fuerzas, precisamente en las circunstancias «críticas en que el enemigo, con grandes fuerzas, se propone concluir con la «existencia de la República. Cada día va cundiendo el mal, porque desgracia- «damente reconoce una causa justa, y no creo que de él se pueda librar ese Dis- «trito si no se encarrila el movimiento, poniéndose usted á su frente para que «las fuerzas no se fraccionen y desorganicen y sean satisfechas las exigencias del «derecho y la justicia.

«En el movimiento del 75 se me tachó que lo hacía por ambición, siendo «así que sólo me inspiró la idea de la felicidad de la Patria como han justificado «los hechos. Se me hizo el cargo imaginario de pretender la exclusión de deter-

«minadas personalidades cuando en mi Manifiesto llamaba á todos los patriotas «de buena voluntad. Ahora me consuela y me anima la esperanza de que no «siendo yo, sino el pueblo, quien ha promovido la presente situación, ninguno «dudará de tomar parte en el asunto para que se arregle el país prontamente de «un modo legal y definitivo, que haga desaparecer los motivos de disgusto existen- «tes, cuyo resultado no puede lograrse sino por el concurso de todos los patriotas, «á fin de que el nuevo orden de cosas que se establezca, siendo la obra de la ma- «yoría, pueda ser respetado y apoyado por todo el país.

«La conferencia que tuvimos en Alcalá debía ser para usted una prueba de «mi sinceridad y buena voluntad. Siempre le he considerado como un patriota «de mérito, por quien experimento las más vivas simpatías, y siento verdadera- «mente ese refraimiento de usted, tanto por lo dicho, cuanto porque unidos po- «dríamos hacer mucho en pro de la patria, objeto de nuestros esfuerzos.

«La situación, amigo mío, es grave: atravesamos un momento que puede «hundirnos ó salvarnos para siempre. Lo primero sucederá indudablemente si «seguimos divididos por no conceder al pueblo lo que justa y legalmente ha ve- «nido pidiendo hasta aquí, porque la desorganización continuará y no podremos «sostener una ofensiva eficaz contra los españoles; pero si unidos todos hacemos «que tenga cumplida satisfacción el derecho y la justicia, desaparecerán las cau- «sas del mal y el enemigo común no obtendrá mejor resultado que otras veces.

«Yo estaba decidido á no tomar más parte en asuntos políticos; pero á mi «regreso á este territorio encontré sublevadas, acéfalas y dispersas sus fuerzas y «en tal situación incapaces de oponerse al enemigo, y preciso me ha sido, como «patriota, ponerme al frente de ellas provisionalmente, para reorganizarlas y «llevarlas á la pelea. Quizás se me haga un cargo por esto; pero mi conciencia «patriótica está tranquila, porque el indicado es el único fin que me guía y mal «podía permanecer indiferente á tanto mal.

«Ruego á usted que medite bien sobre la situación y cuanto más le expongo, «alejando de su espíritu suspicacias que, conocido mi carácter, no tienen razón «de ser, y que trabajando con los demás hombres de buena voluntad de ese terri- «torio y de aquellos en que tan justa influencia goza usted, contribuya á la sal- «vación de la patria, que es el primero de nuestros deberes.

«Si usted considera conveniente una entrevista, no tendré inconveniente en «concurrir á ella, pues además de tratar más detenidamente que puede suceder «en una carta, de los asuntos públicos, ella me proporcionará el gusto de estre- «char su mano.

«Espero me honrará con su contestación y que no dudará de la sincera «amistad que le profesa su afmo. y s. s. VICENTE GARCÍA.»

Los comisionados del General García, ante la actitud tomada por el Brigadier Maceo, resolvieron retirarse de su campamento. Vencida una jornada se separaron, dirigiéndose Fonseca por la costa del Cauto hacia las Tunas, y Cardet, contraviniendo la orden del Jefe de la División, tomó rumbo hacia Holguín, á secundar, sin duda, los movimientos de Jesús Rodríguez. El Brigadier comisionó al Capitán Julio Céspedes, joven bayamés instruído é inteligente, oficial distinguido que había perdido su mano derecha en reñido combate, para que marchara al Gobierno, y á su paso por las Tunas entregara al General García la contestación á su carta, cuyo tenor era el siguiente:

«San Agustín. Oriente. Julio 5 de 1877.—Mayor General Vicente García. —Tunas.

«Estimado amigo: Es en mi poder su carta fechada en el Naranjal el 3 de «Junio del que rige, la que paso á contestarle. Efectivamente soy interesado. «como el que más, por la causa de la libertad; pero en mi concepto la situación «no es mala, y si lo fuere, lo que más la perjudica es la *actitud de usted*, la de «las fuerzas de las Tunas y de la línea occidental de Holguín.

«*Usted* se equivoca al decir que todo el pueblo de Cuba estuvo de acuerdo «con el movimiento de las Lagunas de Varona, pues estoy persuadido que era la «minoría la que pedía reformas progresistas, y conste que estuve de acuerdo con «algunas de ellas, y que aún lo estoy; pero nunca apelaré á la rebelión y al des- «orden para hacer uso de mis derechos.—No es por cierto el mejor camino el que «usted ha tomado para unir á los patriotas, porque si existen disensiones entre «éstos, no son tales que haya sido necesario apelar á tan reprochables medios «como aquellos de que se vale usted para el *reclamo* de los *suyos*; pues para «satisfacer las aspiraciones del pueblo no es necesario autorizar la desobediencia «al Gobierno constituído y á las Leyes, como sucedió en las Lagunas de Varona, «y como sucede con lo que usted me participa. Así, lejos de haber unión para «combatir al enemigo común, resulta que los hombres amantes del orden y obe- «dientes al Gobierno legítimo y á las Leyes, se indignan contra usted y sus «adeptos.

«Verdad es que la presente Administración y la Cámara han surgido de la «pasada rebelión; pero no es á mí á quien toca juzgar esos respetables Cuerpos, «puesto que para *el Gobierno está la Cámara y para ella el pueblo que puede* y «debe juzgar de sus actos; pero como antes he dicho, en el terreno de la Ley. Si «desgraciadamente no sucediese así, será un extravío como el que ha sufrido usted «y los que le han secundado en los pasados y presentes acontecimientos.

«Yo no tengo conocimiento de esos tantos males é injusticias que manifiesta «usted han exasperado al pueblo, y dado caso que así fuera, debió usted, permí- «tame se lo diga, formular una acusación contra el Presidente de la República, «y en caso de no ser oído por quien correspondía, hacerla contra la Representa- «ción nacional ante el pueblo; pero siempre su obediencia á las Leyes y al Gobierno «hasta que aquél respondiera por efecto de las injusticias que se le *pusieran* de «manifiesto, en cuyo caso, personas bien autorizadas pusieran al corriente á los «ignorantes de lo ocurrido.

«Doloroso es para mí manifestarle que las consecuencias del malestar que «usted indica, son debidas únicamente á los pronunciamientos que usted ha auto- «rizado y repetido, que por consecuencia han traído la insubordinación y pronun- «ciamiento de las fuerzas, como usted dice, en circunstancias críticas, por cuya «razón son más imperdonables los medios que ha escogido usted para satisfacer «sus ideas políticas.

«Ya es tarde que *usted* vea que los españoles *pueden* concluir con la exis- «tencia de la República: no obstante, sométase al Gobierno constituído, y desde «luego verá desaparecer la situación que usted advierte y teme.

«Al mismo tiempo que indignación, desprecio me produce su invitación al «desorden y desobediencia á mis superiores, rogándole se abstenga en lo sucesivo «de proponerme asuntos tan degradantes, que sólo son propios de hombres que no

«conocen los intereses patrios y personales. Al hacerme esta manifestación debió «comprender que antes que todo soy militar. Para mí nada implica la amenaza «que hace á este Distrito, porque siempre apoyaré al Gobierno legítimo y no estaré «donde no puedan estar el orden y la disciplina, porque vivir de esa manera sería «llevar la vida de un perfecto bandolerismo.

«Cumpla usted con el deber que le imponen su grado y obligaciones hacia la «Patria y verá que ni las fuerzas se fraccionan, ni se desorganizan, como usted «dice, pudiendo siempre reclamar el derecho y la justicia.

«Siendo repetidos por usted los actos de desobediencia al Gobierno, á las «leyes del país y á lo que pide la mayoría, resultará ahora lo que resultó en «1875, y aun creo más, que el pueblo, con el derecho que le asiste, se verá en el «caso de exigir á usted estrecha responsabilidad de sus actos inconvenientes á los «intereses patrios.

«Después del terrible juez—el pueblo—vendrá la historia, que juzgará imparcialmente de sus hechos pasados.

«Era y es de suponer que á usted no le guíe otro móvil que el de la ambición «personal, puesto que detuvo la marcha del contingente con destino á las Villas, «dando lugar con ello á que aquel Cuerpo de ejército y su Jefe no llevaran la «revolución á Occidente. No me ocupa la idea de que se tratara de separar «personalidades como la mía.

«Supuesto que cuando se verificó el movimiento del 75 usted figuró con el «carácter de simple ciudadano y no tuvo aceptación en la mayoría, es de suponer «que hoy que no figuran personas influyentes y de representación en el asunto se «verán aislados por completo; pero me es extraño que no estando usted compren-«dido en el caso, haya abandonado el puesto que el Gobierno de la República le «había señalado y se haya colocado al frente de las fuerzas sublevadas, tratando «de seducir á los que jamás se separarán de la senda que les impone el deber. «Siempre que haga uso de los medios que indica, no encontrará mayoría que «coadyuve á sus planes.

«Doy á usted infinitas gracias por la deferencia que me dispensa, sintiendo «como usted que no podamos unirnos para salvar el país; pero como está usted «separado del camino del deber, me es imposible seguir su conducta.

«Repito á usted, amigo mío, si la situación es grave, está en sus manos ayu-«dar á salvarla poniéndose bajo la acción del Gobierno, puesto que usted y las «fuerzas ya mencionadas se encuentran substraídas de aquel único medio que veo «para la unificación que usted desea.

«Me sorprende que usted, abandonando su puesto, según se deja comprender «en su carta, de Jefe del Tercer Cuerpo, se encuentre de regreso y al frente de «los amotinados de las Tunas y la faja (línea occidental) cuando esto obra en «desprestigio suyo.

«Ahora bien: realizado el objeto que usted se proponía de organizar y llevar «á la pelea las fuerzas en cuestión, ¿por qué á esta fecha para vindicarse no se «ha sometido á la acción del Gobierno? A esto no podrá decirme que le falta in-«fluencia cuando la tiene para organizarla y llevarla á la pelea.

«Nada tengo que meditar porque no estoy separado de la Ley para ocuparme «de asuntos que no me corresponden, debiendo significarle que me ha herido «profundamente la falta de respeto al hacerme las proposiciones de que ejerza mi

«influencia en las personas que me son adictas para hacerme solidario de una «idea que rechazo, y sabiendo usted que para servir á mi patria no necesito hacer «uso de medios tan degradantes.

«La entrevista de Alcalá debiera ser para usted un desengaño, pues recuerdo «perfectamente que allí le desaprobé cuanto se hizo en las Lagunas de Varona, y «que le dije que no contara conmigo para llevar á cabo sus ideas políticas.

«No puedo tener entrevista alguna con usted, por la circunstancia de encon-«trarse fuera de la Ley, sintiendo esto porque me privo del placer de estrechar «su mano en devolución de su deseo.

«Para dar á usted una prueba de mi sincera amistad, concluyo mi carta «diciéndole que aún no es tarde para que los hombres como usted se salven de un «fracaso, aconsejándole en uso de la franqueza que usted me brinda que se separe «de sus ideas políticas y de esos hombres que le sirven de consejeros, pues lejos «de hacerle bien, terminan con su reputación que á fuerza de sacrificios y priva-«ciones ha logrado alcanzar.—Acepte usted el testimonio de mi sincera y leal «amistad.—A. Maceo.»

* * *

El Teniente Coronel Limbano Sánchez, el León holguinero como se le apellidaba, es bondadoso y dúctil como la cera, de escasa inteligencia y limitada instrucción, perspicaz é impetuoso. Había conquistado un nombre envidiable en el ejército y se encontraba de cuartel en los momentos en que Rodríguez le honró con su presencia. En tal terreno Rodríguez sembró con ópimo resultado. Al siguiente día marchaban hacia el campamento del Coronel Arcadio Leyte Vidal, de cuyas fuerzas debía ser jefe Sánchez, si no hubiera sido la injustificada conducta del Presidente Estrada, dejándolo de cuartel. Al menos, así se lo explicó y demostró el C. Jesús Rodríguez.

Nos encontrábamos acampados cerca de Bijarú, donde ya Martínez Campos, que lentamente invadía el territorio, tenía un campamento, cuando nos sorprende la nueva de que el Teniente Coronel Limbano Sánchez y Don Jesús Rodríguez, quien en Holguín mantenía su respetuoso Don, se encontraban en una estancia inmediata de la propiedad del Comandante Luis de Feria y llamaban al Regimiento y al pueblo en nombre de las Reformas, tan necesarias en el país. En nuestro campamento se repitió la misma escena que hemos dicho aconteció en el del Coronel Masó, en la línea occidental. La mayor parte de la tropa desertó á la bandera de la sedición y la licencia, que en aquellos momentos era sostenida por el robusto y valiente brazo del Teniente Coronel Limbano Sánchez. En nuestro lado no quedó sino la oficialidad, brillante y magnífica, de aquel Cuerpo incapaz de corromperse, y alguna tropa; todo lo demás, tropa, pueblo, etc. voló á la novedad, á las Reformas, sin darse cuenta la mayor parte de lo que hacían.

El Cuartel General de la sedición se situó, como hemos dicho, en el predio del Comandante Luis de Feria. En el centro de un campo ricamente cultivado se levantaba la casa de vivienda, limpia y artísticamente engalanada por flores y guirnaldas naturales. En el centro de esta casa, y sobre una mesa colocada al

efecto, se extendía una magnífica bandera cubana, fabricada con el más exquisito gusto y adornada con letras y flecos de hilos de oro. En aquel altar sencillo y á la vez imponente, prestaba juramento cada uno de los adeptos, militar ó paisano, de "Desobedecer en lo sucesivo la autoridad del C. Tomás Estrada Palma, que pretendía imponer su voluntad como Presidente de la República, y la de la Cámara de Representantes que se había abrogado el Poder del Pueblo Soberano." Se juraba obediencia á la nueva situación, no obstante no poderla nadie definir, y principalmente á la autoridad, sancionada por el voto popular del General en Jefe del Ejército, Vicente García.

Séanos permitido separarnos un instante del asunto que venimos tratando y digamos dos palabras acerca de la rica bandera que cubría el tosco altar, donde se prestaba obediencia á la anarquía y al desorden, donde se protestaba solemnemente matar la Revolución de Cuba, como decíamos los que no jurábamos.

Cuando el General Máximo Gómez mandaba la División de Cuba, con motivo de su reñido combate en la "Loma de la Galleta," recibió el exquisito regalo de la bandera que nos ocupa, como una respetuosa ofrenda de admiración de la distinguida matrona cubana señora Emilia C. de Villaverde. La bandera, como se comprenderá, era una obra de arte, acabada, de rica y brillante seda, ostentando en el triángulo rojo y al rededor de la estrella esta dedicatoria en letras bordadas de oro: "Al invicto General Máximo Gómez." El General, orgulloso de este regalo, guardaba cuidadoso su bandera perfectamente conservada en su funda, sin usarla, temeroso de que la seda perdiera la belleza de sus colores ó que la intemperie la descompusiera. En marcha y en las operaciones la conducía en la maleta de la ropa de uso su asistente de confianza, el viejo Eduá.

Calixto García asalta á Holguín el 19 de Diciembre de 1872 y en la retirada, acampado en las cabezadas del Jíbaro, á corta distancia de la ciudad, es sorprendido por el Coronel Gómez Diéguez, el *Chato*, con quien se trabó reñido combate. El negro viejo Eduá debió hallarse en algún trance muy apurado, pues á los primeros tiros abandonó la maleta de la ropa con la preciosa reliquia tan cuidadosamente preservada por su dueño.

Este incidente mortificó extraordinariamente al General, pues como la bandera llevaba escrito su nombre, el enemigo la presentaría como trofeo de guerra arrancado á él mismo en el ardor del combate. Todos lamentábamos la pérdida del precioso estandarte y esperábamos ver publicado de un modo ú otro, en la prensa periódica, los ascensos, condecoraciones y demás honores con que se hubiera premiado al ó á los valientes que la arrancaran de las manos de su insigne supuesto defensor. Pero el tiempo pasó: se habló hasta la saciedad de Holguín, de las cabezadas del Jíbaro, del *Chato* y sus combates, y ni una palabra de la bandera. El estandarte y el incidente fueron olvidados de todos, excepto del dueño de la reliquia, que nunca se conformó con su pérdida.

A mediados de Julio de 1875, dos años largos del suceso referido, el Teniente Coronel Limbano Sánchez asalta á Yabazón Abajo, y como era la costumbre y la orden, á los primeros tiros los habitantes abandonaron el poblado y se refugiaron en las trincheras. Los asaltantes pudieron registrar á su antojo todas las casas, ocupando cuanto de interés ó valor encontraron en ellas. Un oficial recogió sobre una mesa, donde no había absolutamente otro objeto, por lo que es de suponerse fué dejado allí de exprofeso, un pequeño bulto de hule que al parecer

contenía un abrigo de señora. Al efectuar el inventario de lo ocupado, y al extraer el contenido de aquella funda, encontraron, con sorpresa y júbilo para todos, la magnífica bandera del General Gómez. ¡Sublime rasgo del patriotismo y fe de algún cubano que tuvo la felicidad de recogerla el día del combate, en que se extravió, y que, después de haber expuesto su vida por más de dos años conservándola religiosamente, la devuelve á su campo en la primera oportunidad!

Esta bandera, que conservaba Limbano Sánchez para presentarla al General Gómez, fué sobre la que se juró desconocer todo lo existente y lanzar á Holguín en el proceloso mar de la anarquía al grito de ¡Reformas y Vicente García!

Situación penosa, por demás insostenible para aquellos que cuando el grito de "¡Vivan las Reformas!" hería sus oídos, exclamaban con orgullo, aunque lánguidamente: "¡Viva la Constitución!" De un lado Limbano Sánchez con toda la tropa y el *desorden;* del otro los oficiales de la Brigada, tan solos que hasta el servicio de guardias nos lo habíamos distribuído, y el *orden*. Teníamos una esperanza; como el náufrago en la inmensidad del océano, suspirábamos por el puerto de salvación: Maceo.

Sabíamos que conociendo nuestra situación, pues se la habíamos descrito, no nos olvidaría; que volaría en nuestro auxilio tan pronto le fuera dable. Una semana, lo menos, después que la tropa nos había abandonado, recibió el que os habla una nota del Brigadier Maceo tan lacónica como expresiva: "Pronto estaré con ustedes, y terminaré *eso* de cualquier manera." Esta esquela nos reanimó á todos: era como una vela descubierta en el horizonte que venía á salvarnos en momentos en que nos hundíamos en un mar de corrupción y de vergüenza!

Otro día en que lamentábamos nuestra situación y aquella en que se había lanzado al territorio, sin conocer nada más que lo que á nuestro alrededor pasaba, fuimos sorprendidos por un toque de corneta sobre nuestras mismas tiendas, que nos hizo saltar á todos como tocados por un resorte, y empuñar nuestras armas. Pronto se presentó á nuestra vista, seguido de toda la fuerza, el Coronel Sánchez, que al aproximarse gritó: "¡Viva el General en Jefe Vicente García, vivan las Reformas," y al extinguirse el eco de aquella atronadora algazara se escuchó el nuestro débil pero imperioso de "¡Viva el *orden*!" El Coronel Rius se preparaba á hacer fuego sobre Limbano; pero yo volé, é interponiéndome entre su arma y el intruso, lo detuve en la acción.

El Coronel Sánchez se destacó del grupo principal y dirigiéndose al Jefe de la Brigada le significó deseos de hablarnos. "No consentiré, dijo el Coronel Vidal, que usted se entreviste con nosotros hasta que esa tropa que insulta nuestro campamento, no se ponga fuera de las avanzadas." El Coronel Sánchez obedeció; hizo salir su gente fuera de las avanzadas, y regresó solo con el C. Rodríguez y algún oficial.

Deseaban conferenciar con el Jefe de la Brigada y conmigo, y cuando estuvimos solos, con sorpresa para nosotros, trataron de convencernos de que ya que el Coronel Vidal era Jefe sólo *in nómine* de la Brigada, puesto que no tenía tropas que mandar, creían que debía entregarles el archivo y el parque del Cuerpo. "No tengo la tropa, contestó Vidal, pero me resta la vergüenza; á ustedes les falta poco, arrebátenme el archivo por la fuerza, pues yo no lo rendiré sin una orden del General Jefe de la División, C. Antonio Maceo." Por mi parte recuerdo haber apostrofado agria y quizás imprudentemente al C. Rodríguez; le

hice notar la inconsecuencia de su proceder pisoteando unas leyes que en nombre del pueblo de Oriente había él elaborado. Por fin Sánchez se escurrió de nuestro campamento.

Pasaron algunos días y un correo nos anunció la proximidad del Brigadier Maceo. Pocas veces la fe y la perseverancia han tenido un premio más merecido. La llegada de Maceo era la salvación de Holguín. Al incorporársenos el Jefe de la División se enteró de todo cuanto había ocurrido, y por él nos enteramos á nuestra vez de la comisión de las Tunas y más aun, que habiendo el Teniente Coronel Cardet desobedecido su orden de abandonar el territorio, y persistir, por el contrario, en continuar su misión de revolver el país, dirigiéndose con este fin sobre Holguín oriental, lo había perseguido y reducido á prisión en cuya calidad quedaba detrás. Se resolvió, como había ofrecido, á terminar lo de Limbano *de cualquier manera*. Se dirigió con la fuerza que traía, unos cien hombres, y la oficialidad de Holguín hacia el rumbo del Cuartel de Limbano. Al Doctor Félix Figueredo, Jefe de Sanidad militar, y al que os habla, nos cupo en suerte acompañar aquella expedición que en busca de un fantasma que huía ante nosotros, *el orden*, emprendía el Brigadier Antonio Maceo. Ambos creíamos y en ese sentido apoyábamos moralmente al Jefe de la División, que el mal debía cortarse de raíz fusilando á Limbano Sánchez.

Llegado al lugar en que él acampaba, supimos que había partido; se buscó su rumbo y pronto nos colocamos sobre el rastro. Serían las tres de la tarde cuando pasamos un campamento abandonado por la mañana. Empezamos á marchar sobre la huella estampada durante el día por los que nos precedían. La tarde estaba lluviosa; de vez en cuando éramos favorecidos con una rociada que venía á aumentar el disgusto de aquella jornada, emprendida y continuada con el desasosiego de quienes, por más que se proponían realizar una obra beneficiosa, no podían libertarse del temor que embargaba sus ánimos, considerando hasta dónde serían tristes y horribles las consecuencias de una imprudencia que se cometiera, bien por parte de los perseguidos, bien por la de los perseguidores. ¡Cuántos sacrificios, cuánto escándalo y cuánta vergüenza, si por cualquier evento ocurría una colisión sangrienta entre aquellas dos fuerzas del ejército libertador! Ah! y todo ¿por qué? Por la criminal y desmedida ambición de un hombre que ni siquiera tenía el carácter y la energía necesarias para afrontar la situación franca y resueltamente, y declarar que su crimen y su ambición eran las únicas causas productoras de todo aquel desconcierto, de todas las dudas, de todos los males, que él remediaría luego con sus condiciones personales que lo hacían capaz y suficiente para haber emprendido la obra y consumarla en tiempo y sazón. Pero no: no se había atrevido á afrontarla. Y lo que es peor, después de comenzada de una manera oblicua, sin dar el rostro, se había espantado de ella, y faltándole aquel valor hasta para detenerla; no teniendo tampoco honradez política, dejó que el mal continuara, que en su marcha devastadora se posesionara de todo y amenazara acabar con todo, y mientras Limbano y Belisario hundían la patria y mataban el ejército en nombre de Vicente García, Vicente García protestaba no tener nada que hacer con aquel movimiento, y marchaba á la residencia del Ejecutivo, por consecuencia de orden que recibiera, sometiéndose de hecho á la Autoridad legítima, que pretendían desconocer los que habían aceptado y seguido el movimiento.

La marcha no se interrumpía por nada: á la caída de la tarde un oficial de la vanguardia vuelve al centro y conferencia con el Brigadier Maceo. Este manda hacer alto, ordena que nadie abandonase las filas, y se destaca del grupo que venía mandando. Nos encontrábamos sobre un terreno ligeramente accidentado, justamente en el vértice de un ángulo formado por los dos ramales en que se dividía el camino que habíamos traído: uno iba hacia el Nordeste y se perdía en las estancias de Vallejo y el otro hacia el Este, formando lo que pudiéramos llamar una horqueta ó una Y. El Brigadier, solo, tomó el ramal derecho de la Y, ó sea hacia el Este. El Doctor Figueredo y yo, sin ponernos de acuerdo y como impulsados por el mismo sentimiento, abandonamos el lugar que ocupábamos y contraviniendo la orden dada por el Brigadier, marchamos á alguna distancia detrás de él. ¡Cuántas reflexiones asaltaron nuestra mente en aquellos cortos, pero para nosotros interminables momentos de verdadero conflicto! Figueredo y yo, sin hablarnos una palabra, nos entendíamos perfectamente por medio del elocuente lenguaje de los ojos, y nos comunicábamos nuestras impresiones y angustiosos pensamientos! ¡Cuánto sufrimos en aquellos momentos de triste recordación, en que se iba á jugar el todo por el todo! Maceo impasible, con paso corto, marchaba á poca distancia de nosotros. Nos advierte y con una señal ordena que nos detengamos. Pronto se perdió en una ondulación del camino. Hubo un momento de sepulcral silencio, interrumpido sólo por el crujido de los árboles, cuyas elevadas copas se mecían á impulso del viento. Figueredo y yo nos mirábamos sin atrevernos á articular palabra. Ambos teníamos nuestras armas listas: yo pensaba correr en pos de Maceo al primer grito ó tiro que sonara, y estaba seguro que el Doctor haría lo mismo. Hay momentos en que nos abandona la idea del propio peligro, embargada en absoluto la mente por el peligro ajeno. Un "¿Quién va?" resonó en aquella montaña, interrumpiendo el silencio que rodeaba la escena: y antes que pudiéramos pensar en nada, oímos que el Brigadier contestó "¡Cuba!"—"¿Qué fuerza?"—replicó la voz, y el Jefe contestó: —"El General Maceo, Jefe de la División."—"¡Alto al Jefe de la División!"— volvió á articular el centinela, que fué contestado con serenidad por el Jefe:— "¡En el territorio de mi mando nadie tiene derecho á detenerme!" Figueredo y yo, al escuchar aquel coloquio, nos miramos significativamente y nuestros rostros, animándose por una sonrisa en señal de esperanza, expresaron el sentimiento de nuestros pechos: nuestra mirada y nuestra sonrisa podían traducirse por la palabra ¡triunfo! Pero el celoso centinela da la voz de alarma y llama con palabras que se atropellaban unas á las otras, al cabo de guardia y al Coronel Sánchez. Se oye un toque de clarín procedente del campamento y las voces de "¡Vivan las Reformas! ¡Viva el General en Jefe Mayor General Vicente García!" atronaron el espacio, perdiéndose en la inmensidad de aquella montaña. Figueredo y yo nos miramos y leímos en nuestros respectivos semblantes la frase: "¡Todo se ha perdido!" Súbitamente la voz clara y penetrante del Teniente Coronel Sánchez, acallando el eco de los vítores, dijo: "¡Alto, General Maceo! ¡Si usted no hace alto,...!"—apuntando con su magnífico revólver de sistema moderno á la cabeza del General Maceo—"le hago fuego." Figueredo y yo corrimos hacia el grupo... Mientras tanto las cornetas en el interior del campamento tocaban *llamada y tropa*, y los vítores se sucedían con insistencia. "¡Vivan las Reformas! ¡Viva Vicente García!" repetía el eco perdiéndose lentamente en el espacio.

La situación era espantosa: todo parecía perdido. A mí no me quedaba otra esperanza y hasta era mi deseo, ¿por qué no confesarlo?, que caer acribillado á balazos junto á Maceo que, con los brazos abiertos, quizás para hacer un blanco más seguro, permanecía inmóvil delante del cañón del revólver de Limbano Sánchez. ¡Un movimiento involuntario de la nerviosa mano de Limbano, y todo estaba perdido.....!

—"¡Haz fuego, cobarde!"—exclama el Brigadier. "¡Haz fuego, que vas á matar un hombre!"—decía con sus brazos en cruz. Y como Limbano perdiese un tiempo, que el *boa* debía aprovechar para caer sobre el *pajarillo*, ya fascinado por su mirada, le ordena brusca y enérgicamente: "¡Deponga usted esa arma!" Y el brazo que acababa de herir de muerte á la Patria, y que iba á ser homicida además, cae, como dominado por el peso de aquella arma, á la orden del adversario. Maceo abraza á Limbano Sánchez. En aquel momento Figueredo y yo alcanzábamos el lugar de la escena.....

"¡No tema Vd!, dice el Jefe al subalterno, me esforzaré por salvarle de la ruina que le amenaza; entréguenme su gente y ayúdeme á volverla á la obediencia."

Entramos en el campamento, y en el momento que fuímos advertidos, la tropa, á las órdenes de Sánchez, que sin duda obedecía á un plan de resistencia, se preparaba detrás de los árboles y en las sinuosidades del terreno con sus armas dirigidas á nosotros y dispuestos á hacernos fuego. Recuerdo que en un instante de indignación me adelanté hacia el grupo amenazador, increpándolos agriamente por su conducta y ordenándoles, en nombre de la patria, depusieran su actitud. Allí estaba Rodríguez, el inspirador de aquella escena desgarradora, que milagrosamente no había sido trágica: allí estaba como el genio del mal recogiendo el fruto de sus afanes. Era un hecho que por todas partes pugnaban por matar la Revolución, honor que nadie puede disputar en Holguín al C. Rodríguez, tal vez por haber sido uno de los más ardientes conspiradores contra los españoles cuando Cuba se lanzó á la lucha. La revolución era su hija; le había dado el ser, y tal vez por eso se creía con derecho á quitarle aquella misma vida que le diera.

Y debemos hacer aquí una explicación amplia, contestando ó aclarando la mala interpretación que á la conducta de este y otros hombres funestos se dió en el extranjero. Ni Vicente García, ni Bravo Sentíes, ni Rodríguez, obraban en consonancia con los españoles, por más que sus reprobables actos tendían á favorecer los planes del enemigo: ellos obraban ebrios con su ideal, buscando un bien imaginario, y marchando para conseguirlo por la vía más tortuosa, por la senda más escabrosa. Avisad á Jesús Rodríguez, en Vallejo, que los españoles estaban al frente y lo habríais visto acudir á Maceo y junto á él resistir al enemigo común. Aquello era una especie de vértigo que dominaba sus febriles cerebros.

Maceo arrestó á Limbano Sánchez dándole los límites de su mismo campamento como prisión: relevó las avanzadas con su propia gente, y se disponía á descansar en el mismo lugar. Todos los oficiales que mandaba Limbano, la mayor parte extraños á la Brigada, aceptaron la nueva situación, y todo habría terminado allí si un nuevo suceso, que refleja poco crédito sobre el carácter del desgraciado Teniente Coronel Limbano Sánchez, no hubiera acontecido.

Como el Brigadier pusiera en él una confianza ilimitada, inmerecida por

cierto, se le permitió vagar por todo el campamento con sus armas á la cintura. Yo mismo lo he escuchado lamentándose entre sus oficiales de las ofensas é injusticias de que había sido objeto por parte de Estrada y hasta de Macco. Quise comprender por su lenguaje que su sumisión á Macco no era ingenua; creí traducir por su actitud que aquel hombre, dominado por sus subalternos, quebrantaría el arresto que se le había impuesto y pisoteando su palabra empeñada nos iba á exponer, fugándose como un criminal, á otra prueba desgarradora como aquella á que acababa de someternos. Trasmití mis sospechas á Macco; le advertí que Sánchez se fugaría. Regularmente se juzga el corazón ajeno por el propio, y el Brigadier no creía á Limbano capaz de semejante villanía. Traté de volver al grupo de los descontentos, y cuando llegué al lugar habían desaparecido. Sólo Rodríguez no había emprendido la fuga: sus años le obligaron á ser fiel á su palabra. El Brigadier lo constituyó en arresto y movió su campamento.

La conducta falsa y criminal de Limbano Sánchez nos dió un rato harto desagradable. Este pobre joven se había colocado en una pendiente hacia el mal; era ya un caso perdido, y lo peor de todo que su caída arrastraba también á las fuerzas de la Brigada, perdiendo al territorio.

Sánchez acaudillaba unos 300 hombres que en lo sucesivo ya no pensarían sino en esquivar á Macco y llegarían, si necesario fuera, á ofrecerle resistencia. Mientras tanto, nos llegaban noticias de la red de campamentos que en toda la jurisdicción iba extendiendo Martínez Campos, así como que sus guerrillas se introducían en los bosques en persecución de nuestras familias, sin ninguna oposición. Por otra parte, Macco, cuya presencia era solicitada en distintos lugares, perdía lastimosamente el tiempo en la persecución de Limbano Sánchez y sus parciales.

Macco resolvió escarmentar al Teniente Coronel Sánchez. Yo representaba al Cuerpo Legislativo en Oriente; era Inspector de la Cámara: junto á él representaba la Ley, y en nombre de esta Ley, en nombre de la patria, perseguía también á los amotinados. Era indispensable cortar aquello de raíz y terminar la escena de una manera desastrosa y sangrienta.

Dos días después de la fuga de Sánchez, nos preparábamos para hacer un movimiento brusco sobre los amotinados. Ya se había despachado á Rodríguez con una escolta para Guantánamo, cuando nuestro movimiento fué detenido por una comunicación de la Secretaría de la Guerra, dando instrucciones para una cita en un lugar cercano. La presencia inmediata del General Gómez nos sorprendió á todos, y nos halagó la idea de robustecer nuestras fuerzas con un contingente moral de tanta valía é importancia.

* * *

Copiamos del folleto del General Gómez, páginas 21 y 22, lo siguiente:

«Era ya entrado el mes de Junio, y como se ignoraba cuál sería la actitud «de las Villas y Oriente, se oficia al primer punto, dando á conocer los trastor- «nos ocurridos y que no se contase con la presencia del General Vicente García, «como Jefe del tercer Cuerpo; debiendo pasar yo á Oriente á conocer la verda-

«dera situación de aquel territorio, con facultades que me dió el Presidente para «implantar algunas reformas en la organización, así como resolver algunos asun«tos del servicio, allí pendientes. Al indicarme él esta determinación, pensé «haber hecho mi renuncia y retirarme de los asuntos públicos, pues era difícil la «situación para mí que nunca quise ingerirme en la política que se había forma«do en los campos de Cuba: pero á poco que reflexioné me pareció mi determina«ción quizás fuera importuna, pues sería crearle nuevos embarazos al Presidente «que ya apenas podía moverse en medio de los que se encontraba. El 25 de Ju«lio, después de recibir instrucciones por escrito, me puse en marcha: tanto por «lo que me indicó el Presidente, como por creerlo más conveniente, me dirigí «hacia donde creía hallar al General Antonio Maceo, oficiando al General Díaz «para convenir el día y lugar en que debíamos vernos. Pasé el territorio de las «Tunas con algún recelo, encontrando guerrillas enemigas que cruzaban el terri«torio en todas direcciones. Pensaba encontrar en la línea occidental de Holguín «al Coronel Bartolomé Masó que mandaba uno de los Regimientos de aquella «División; mas sé con sorpresa que había tenido que abandonar el puesto porque «se había negado á apoyar el movimiento iniciado por el General Vicente García: «la tropa le negó obediencia habiéndose puesto á su frente el Coronel Belisario «G. de Peralta; la totalidad de la fuerza se componía ya de unos cincuenta hom«bres, pues el resto se había desertado ó presentado al enemigo. No me pareció «prudente ni decoroso presentarme en el campamento de Peralta, cuando no «contaba con fuerza moral ni material para hacer entrar aquel grupo en la lega«lidad: acampé, pues, á dos leguas de él y le mandé una esquela pidiéndole un «práctico ó indicándole que pasase á mi Cuartel, pues deseaba hablarle: me con«testó no podía disponer de práctico alguno sin decirme por qué, y que no podía «venir á verme pues su campamento se encontraba amenazado del enemigo que «se hallaba cerca, y concluía diciendo, palabras textuales, "que sentía difiriése«mos en modo de pensar."

«Comprendí la evasiva y seguí hacia Cuba donde debía encontrar al General «Maceo: en las orillas del Cauto encontré al Capitán Julio Céspedes que iba al «Gobierno con pliegos de este General, informando de los sucesos. Así por los «pliegos que leí como por la relación verbal que me hizo el Capitán Céspedes, me «enteré de todo, sabiendo acababan de llegar al Cuartel del General Maceo el «Coronel Modesto Fonseca y Teniente Coronel Guillermo Cardet, comisionados «por el General Vicente García para iniciar el movimiento que ya en Camagüey «y las Tunas había concluído con la moralidad y disciplina del ejército. Maceo «rechazó con energía la invitación y siento se haya extraviado la copia de la «carta contestación al General García, pues es un documento que convendría «insertar aquí.» (Mis oyentes conocen esta carta que con la del mismo General García leí al comienzo de esta conferencia.)

«Mientras tanto, en la parte oriental de Holguín,—misión que le tocó al C. «Jesús Rodríguez,—se habían sublevado las fuerzas desconociendo á sus jefes, «Coroneles Arcadio L. Vidal y Rius Rivera, poniéndose á las órdenes del Te«niente Coronel Limbano Sánchez. Cuando me reuní á Maceo, nos ocupamos de «ver el modo como restablecíamos el orden: pusimos en arresto á Fonseca, Jesús «Rodríguez y Cardet y tratamos de que Limbano Sánchez depusiese la actitud «que había tomado; todo fué inútil, la tropa, á quien se le habían imbuído estas

« ideas anárquicas, se desbandó, sin que fuese posible atraerlas á las filas: el te-
« rritorio de Holguín quedó á merced del enemigo sucediendo lo natural y lógico,
« las presentaciones. »

Efectivamente, cuando el General Gómez pasó por la línea occidental de Holguín ya la patriótica y levantada misión de Rodríguez y compañeros había terminado y aquellas fuerzas se encontraban dominadas por sus efectos destructores. El Coronel Masó, desconocido, desautorizado, abandonó la localidad, marchando para Bayamo. El General, no encontrando á la Autoridad legítima en la zona, quiso, sin darse por entendido de lo que allí acontecía, atraerse á Belisario Peralta, á quien dirigió una esquela en los términos más cordiales, deponiendo su carácter oficial y aprovechando la circunstancia de recordarle ciertas atenciones de que él, Gómez, era deudor á la familia de Peralta. El Coronel sin embargo, como hemos visto, rehuyó el compromiso de la entrevista y hasta le negó el auxilio, que no se niega á ningún viandante, de un guía que le indicase el camino por donde había de marchar. Tal era la conducta que por lo general observaba esa gente, como tendré oportunidad de demostrar más tarde.

El General continuó su marcha, sin embargo, encontrándose sobre la costa del Cauto al Capitán Céspedes con correspondencia para él y el Presidente Estrada. El Capitán le detalló lo acontecido entre Maceo y la Comisión del General García, procedente de las Tunas, y que ya hemos referido. Una ó dos jornadas más hacia Oriente encontró al Coronel Fonseca; lo detiene y lo hace permanecer á su lado en calidad de arrestado.

Cuando el General llegó á San Agustín, sobre el Cauto, ya Maceo había partido hacia Holguín, encontrando un pequeño pelotón procedente de este lugar que mantenía á Jesús Rodríguez preso. El General deja allí á Fonseca, encargando su custodia al mismo pelotón y se dirige al encuentro de Maceo, destacando un correo con el que citaba al Jefe de la División para Báguano. El Teniente Coronel Cardet, el otro miembro de la Comisión, logró fugarse de su custodia y después de muchas vueltas, cayó en poder de una columna enemiga al mando del Brigadier Quesada que operaba por la zona. El correo del General Gómez encuentra á Maceo en momentos en que preparaba un asalto á Limbano Sánchez. Al siguiente día, después de habernos batido con columna enemiga en el trayecto, llegamos á Báguano, incorporándonos al General.

Por él nos enteramos de cuanto había sucedido desde las Villas hasta Holguín; allí supimos la vuelta de Vicente García con sus detalles todos, y su permanencia al frente de los amotinados de las Tunas, los desórdenes de la Línea occidental y, lo más doloroso todavía, que tal conducta, envalentonando al enemigo, nos había costado la vida de muchos compañeros, entre otros el Coronel Francisco Estrada Céspedes, asesinado en las Tunas por los españoles, después de haber librado reñido combate personal, terminando heroicamente su vida de proezas. También habían asesinado á Mons Carlos, el francés, uno de los autores de la situación que se lamentaba, quien habiendo sido reconocido después de muerto, fué objeto de la acción salvaje del descuartizamiento, llevando su cuerpo á las Tunas dividido en pequeñas fracciones.

El General llegaba á tiempo: llegaba á Oriente, dejando á sus espaldas todo el territorio revolucionado en un lastimoso estado de indisciplina é inmoralidad, en cumplimiento de una misión del Gobierno, en momentos tan solemnes y tan

tristes, que se iba á ofrecer el bochornoso, inicuo y desgarrador espectáculo de que se batieran entre sí distintas fuerzas del ejército libertador cubano. En tal estado las cosas, habiéndose arraigado el mal con tanta violencia, ya no había esperanzas de salvación para aquel pobre y debilitado cuerpo. Lo demás, hasta el fin, había de ser una especie de estertor, una agonía dilatada, pero que, con seguridad, llevaría á la tumba al extenuado enfermo.

Martínez Campos, mientras tanto, no recibía un solo tiro. Allí donde pocos meses antes se le retaba para que fuese con todas sus tropas á ser derrotado por los holguineros solamente, ya no había confianza; habían muerto la esperanza y la fe, y preciso era abandonar el territorio á merced del desorden y la inmoralidad, ó derramar á torrentes sangre de hermanos! Nosotros nos sorprendimos de cuanto refirió el General Gómez; no así él, que habituado ya á sus diarias decepciones, no extrañaba lo que sucedía á su alrededor.

Enterado el General de la conducta de Limbano, que había sido su subalterno y ayudante de campo en Oriente, que había merecido siempre justos elogios de su parte por su conducta frente al enemigo, resolvió, aprovechando tales coyunturas, dirigirle una carta particular, y, al efecto, honró al que os habla con la misión de redactar un documento en que, al dirigirse á un subalterno fuera de la ley, había de mantenerse en su contenido la altiva dignidad del Jefe, unida á la buena disposición del amigo á olvidar toda ofensa cometida y á vendar las heridas. La carta que, entre otras cosas, recordaba al Teniente Coronel Sánchez sus días de gloria y su brillante conducta en tiempos pasados, fué encomendada al Comandante Ildefonso Guillot, joven holguinero, oficial de maneras distinguidas, y que atraía la atención de todos por su educación y buenos principios, para que personalmente la pusiera en manos del destinatario.

Dos días después se movió el General Gómez, y en Bijarú se nos unió el Comandante Guillot, sin haber logrado el objeto de su misión. Habiéndose ofrecido el Teniente Coronel Rius Rivera para servir de correo y llevar la carta al sublevado, salió en seguida para cumplir su comisión. Nosotros nos moveríamos al día siguiente. Rius era Jefe del Regimiento Holguín; sus fuerzas lo habían abandonado agrupándose alrededor de Limbano Sánchez; era uno de los que más se interesaban por terminar aquel estado de cosas y que los culpables fueran castigados. Salió del campamento acompañándolo un soldado de la escolta del Jefe de la Brigada.

Pasados dos días sin haberse obtenido noticia del vecindario acerca de las fuerzas de Limbano Sánchez, pues simpatizando la comarca con los amotinados se encerraban sus habitantes en absoluta reserva, cuando eran perseguidores los que preguntaban; pasados dos días, repito, dió Rius al fin con el campamento del Jefe del motín, situado en el centro de una espesa montaña á unas cuatro leguas de Bijarú. Para llegar al campamento era necesario, primero, atrevesar unas antiguas estancias demolidas, detrás de las cuales estaba el Cuerpo avanzado, oculto en la montaña, y que observando toda la extensión que delante dominaba, expiaba al que se aventuraba á atrevesar el limpio: había además destacados algunos escuchas, en la misma montaña, vigilantes del camino. A algunos cordeles después de la avanzada, sobre un arroyo, seco en la estación, y de un lecho pedregoso, se encontraba el campamento del Teniente Coronel Sánchez.

El Teniente Coronel Rius fué detenido en la avanzada y al anunciarse su

nombre en el campamento, causó una verdadera consternación: se le admitió solo, no pasando el soldado hasta más luego. Rius explicó la misión diplomática de que era portador; pero como el pobre Limbano Sánchez clavado á aquella situación por la debilidad de su carácter y por la influencia que sobre él ejercían sus subalternos, nada podía disponer por sí, reunió el Consejo para saber si se recibiría ó nó una carta del General Gómez. Compungido compareció el jefe del motín ante el Teniente Coronel Rius para manifestarle su sentimiento, pero se había resuelto no aceptar aquella correspondencia por venir del Secretario de la Guerra. "Y yo—exclamó casi interrumpiéndole el Teniente Coronel Rius, que como ya sabemos tenía muy buenas contestaciones,—no consentiré que Vd., Coronel Sánchez, haga un desaire á mi amigo el General Máximo Gómez que, privadamente y sin carácter alguno, le dirige á Vd. una carta." Resolvióse, sin aceptar la correspondencia, reunir nuevamente el Consejo y deliberar, y aceptada la carta se leyó, no mereciendo los honores de una contestación.

Cerrada la noche se hizo pasar á Limbano por otra prueba: la de comunicar á Rius que el Consejo había acordado arrestarlo y despojarlo de su caballo y sus armas. Se acercó á nuestro correo y preciso fué que éste se declarase arrestado para que el pobre Limbano cesase en tantos rodeos como empleaba; pero dijo el Teniente Coronel Rius: "Estoy arrestado, acepto, porque así se me priva del trabajo de volver á unirme al General Gómez; lo esperaré con ustedes, pues él viene por mí y por ustedes; pero conste que sólo por orden del General me moveré de este lugar, y mis armas sólo muerto las rindo." Se accedió á cuanto el preso dispuso. Por la noche el soldado que acompañaba á Rius se fugó refiriéndonos todos los detalles de las escenas que había presenciado.

Por fin, llegamos al lugar del campamento. Antes de entrar en las estancias demolidas, al término de las cuales se hallaba la guardia, tuvo noticia el General de que la avanzada tenía la consigna de permitir su entrada pero solo. El General, de acuerdo con este aviso, hizo detener á toda la fuerza, ordenándome á mí en calidad de Diputado por Oriente, que le acompañase. Nos separamos de la fuerza, y apenas entrados en el limpio y divisados por el centinela, fuímos detenido por la voz de "Alto." Al ¿quién vive? el General contestó: "El General Gómez," — "Avance el General, solo," replicó el centinela, y como yo, desatendiendo la advertencia pretendiera seguir al General, me exigió que me detuviera. "Soy —le dije— Diputado por Oriente y tengo el derecho de avanzar," y como mis palabras fueran seguidas por la acción, el centinela me amenaza con hacer fuego. Yo desatendí su actitud, y me eché encima de él, desviando la puntería de su rifle Remington con un ligero golpe de la flexible vara de que me servía para estimular mi caballo. No bien hube tocado su arma salió el tiro, perdiéndose el mortífero proyectil en el espacio.

Las voces del centinela, la detonación del arma y el nombre del General Gómez escuchados en el campamento produjeron un pánico espantoso en la tropa. A pesar de las protestas del centinela, penetramos en el campamento, guiados por el sargento de la avanzada que en presencia de aquel desorden, apostrofó á sus compañeros, que escapaban, en los términos más enérgicos. Pero el campamento estaba vacío. Ah! aquellos soldados que huían ante el nombre del General Máximo Gómez, eran los mismos que al escuchar un tiro en la avanzada anunciando al enemigo, volaban á encontrarlo y batirlo en nombre de la patria!

Sólo el prisionero de guerra, nuestro Teniente Coronel Rius Rivera, tan fácilmente rescatado, permanecía allí, tranquilamente sentado sobre una roca en el lecho del arroyo, teniendo su caballo por la brida. En dos palabras nos refirió lo que había acontecido. Ante tal explicación, el General empezó á llamar al Teniente Coronel Sánchez. A sus voces repetidas de "Limbano. ¿Dónde está Limbano?", apareció Sánchez abochornado, agobiado quizás por el peso de su conciencia. Me pareció que padecía por remordimientos espantosos; había materialmente envejecido en días. "Aquí estoy, General," dijo con voz entrecortada, guardando cierta distancia como temeroso de acercarse. El General terminó la escena abriéndole los brazos en los que se dejó caer el desgraciado Limbano. Creí notar que el Teniente Coronel Sánchez lloraba en el momento de confundirse en estrecho abrazo con su perseguidor.

"¡Llame Vd. su gente!" exclamó el General, interrumpiendo aquella escena muda, y él, maquinalmente, trasmitió la orden á su corneta que hizo resonar el clarín, perdiéndose el sonido en la inmensidad de aquella montaña. ¡Triunfamos! exclamé yo que con Rius y el corneta habíamos sido testigos de aquella tierna representación.

El toque fué escuchado por los nuestros que habían quedado á poca distancia del campamento, los que se pusieron en marcha tomando el toque por un aviso. Los de Limbano también oyeron la llamada, pero recelosos, llenos de cautela, aparecían en pequeños grupos por distintos rumbos, siendo preciso exigir á los primeros que llegaban que lo hicieran sin temor. Por fin se reunieron unos cincuenta hombres á lo más y á petición del General formaron en fila, dando el frente á la entrada del campamento. El General daba la espalda á la misma entrada. Pidió se le escuchara un momento, logrando con mucho trabajo mantener tranquila á aquella gente temerosa de una celada. El General para dominar el terreno, se colocó de pie sobre el tronco de un árbol. Sánchez, de pie también, ocupaba su derecha.

El General empezó su peroración desaprobando cuanto se estaba haciendo; pintándoles la ruinosa situación en que habían lanzado al país, y cuando más empeñado estaba en el desenvolvimiento de su tesis, súbitamente se conmueve la fila, y un movimiento brusco, desordenado, como si se hubiera experimentado un choque eléctrico, dispersó la tropa, interrumpiendo al orador. Limbano abandonó la derecha del General y de un salto alcanzó el lugar de los suyos. Inexplicable era aquel movimiento que tan inesperadamente había hecho rodar por tierra todas las esperanzas de sumisión, y menos explicable aún cuando cada un individuo, oficial ó tropa, calzando su rifle y montándolo, tomaba posición como para resistir, detrás de una roca ó tronco de árbol. ¿Qué sucedía?

El Brigadier Maceo, seguido de su gente, que aguardaba órdenes fuera de la avanzada y que tomó como un aviso el toque de llamada del corneta, acababa de ser descubierto entrando en el campamento, y lo que nosotros, vueltos de espaldas, no podíamos notar, lo vieron ellos perfectamente por estar de frente. Ante el brusco movimiento, Maceo, que comprendió la situación, temeroso de matar en su nacimiento la política de atracción iniciada por el General Gómez y para demostrar una actitud pacífica, se arroja al suelo, reclinándose sobre la yerba, lo que fué imitado por el Coronel Vidal y los demás oficiales. El orden se restableció: la tropa volvió á ocupar su puesto en la formación, terminando, después

de escuchar al General Gómez, por someterse á su autoridad: pero protestando no aceptar como Jefes ni á Rius ni á Maceo; y allí, aquel hombre de rígida figura, erecto sobre su pedestal como la estatua de la Ley, tuvo que cerrar los ojos y transigir con los amotinados. ¡Todo era violencia, desconfianza y mala fe.....!

Se aceptó al fin por los de Limbano que el territorio de Holguín quedase dividido en dos zonas, limitadas al centro por el camino real llamado de Barajagua, una sobre la ciudad de Holguín, otra sobre el poblado de Mayarí. La primera la mandaría Limbano y tendría á sus órdenes la gente que rechazaba á Rius; la segunda la mandaría el Teniente Coronel Rius y tendría á su disposición toda la oficialidad de Holguín y alguna gente que no había seguido la bandera del motín; ambos dependientes, por el momento, de la autoridad de la Secretaría de la Guerra.

No se había dado la última pincelada á este cuadro que representaba un simulacro de sumisión, cuando el Brigadier Maceo, que permanecía reclinado sobre el césped, abandonando su mutismo, interrumpió la escena dirigiéndose al Secretario de la Guerra. "General Gómez,—le dice,—si usted como una autoridad respetable quiere que sus órdenes sean debidamente cumplidas, no se entienda Vd. con el Coronel Sánchez, pues no es un hombre de palabra; dé Vd. esa comisión á cualquier oficial ó sargento si quiere asegurar quien responda á un compromiso." — "¿Qué dice Vd., General?" interrumpe Limbano Sánchez. "¡Que Vd. no es un hombre ni un jefe en quien se deba depositar confianza! Ha pisoteado Vd. su palabra de caballero y militar al fugarse de mi campamento, atentando contra el arresto que le impuse." "¡Eso no es verdad!" exclama Limbano. Y como si esto fuera demasiado para el Brigadier Maceo, se pone de pie como impulsado por un resorte, y tira de su machete. Limbano monta su revólver Smith & Weson, que había mantenido en su mano durante las escenas ya descritas, y coloca su cañón sobre el pecho de Maceo. Por segunda vez aquel hombre se colocaba bajo la acción del arma que parecía predestinada á ser doblemente criminal. Gómez se lanzó sobre Maceo: yo me arrojé sobre Limbano. Aún el arma apuntaba sobre su seguro blanco: no los separaba ni seis pies. Yo me apresuré á interponer uno de mis dedos entre el rastrillo levantado del arma y la cápsula, y me esforcé por variar la dirección en que Sánchez apuntaba.

En aquel supremo momento advierto que por alrededor del cuadro que acabo de describir se cruzaban las armas de ambos bandos, los de Maceo y los de Limbano, cubriéndonos casi bajo una bóveda de acero. Por fortuna aquel cuadro terrible, espantoso, donde estuvimos á punto de perecer todos inútil é inútilmente, había terminado. Un grito de ¡Viva Cuba! volvió el juicio á aquellos dementes que, deponiendo su actitud, volvieron las armas á su lugar, terminando aquella escena violenta por demás, separándose las dos fuerzas cada una rumbo á su zona.

Si alguno de los presentes hubiera tenido su ánimo dispuesto para ocuparse de otro; si alguno se hubiera fijado en mí, habría notado que de mi pupila se desprendió una lágrima que rodó silenciosamente por la mejilla..... ¡Me acababa de convencer que los cubanos no querían ser libres!

* * *

Ya por esta época que venimos describiendo, las Villas, interceptadas del resto de la República, por la actividad de las operaciones de un enemigo astuto y envalentonado por nuestra funesta situación, se había organizado en forma especial llenando, al parecer, las aspiraciones de 3er. Cuerpo de ejército. Al menos es presumible que la obra estuviera terminada para ellos y que con la expulsión de Máximo Gómez, los camagüeyanos y habaneros, y la evacuación del territorio por las fuerzas de Oriente, se había llevado á cabo el programa político que, parodiando la doctrina de Monroe, se contenía en las palabras: "Las Villas para los villareños." La gran mayoría aceptaba esta fórmula: una exigua minoría, midiendo sus consecuencias, se opuso á todo lo que se hacía. Echemos un velo sobre el teatro de aquellas escenas, de provincialismo, raquíticas: olvidemos todo el mal qué allí se hizo por los que estaban llamados á mirar y defender los intereses, no de las Villas sino de Cuba entera y que tanto daño causaron á la Revolución cuya muerte aceleraron, y prosigamos nuestra narración.

# OCTAVA CONFERENCIA

(CONTINUA)

## II

Roloff en Las Villas.—Dispersión en Camagüey.—La visita misteriosa de Mr. Pope.—Maceo y Crombet en Oriente.—Varios Jefes notables.—El Dr. Bravo y Sentíes.—Muerte del Brigadier Jesús Pérez.—¿Qué era del Dr. Collado?—Captura de un convoy.—Rius Rivera herido.—Las Bravo.—Sánchez contra Gómez.—Una emboscada.—Heroísmo de Maceo.—¡Estaba muerto!—Relación del General Gómez.—Plan fracasado del General Martínez Campos.—Su juicio sobre Maceo.—Mayía Rodríguez.—Situación pavorosa.—El Dr. Collado y su cantón de Holguín.—Entrevista.—El meeting de los cantonales.—Contra mí.—Ojeada sobre algunos hombres.—Carta notable de Estrada Palma desde su prisión.—Comentarios.—La traición de Antonio Bello y sus cómplices.—Consejo de guerra.—Las cosas en Holguín.—La Autonomía en el cantón.—Nuestra separación.

EL General Roloff ocupaba la Jefatura del 3er. Cuerpo de Ejército. Las dos Divisiones estaban mandadas, la 1ª por el Brigadier Francisco Jiménez, que sustituyó á Sanguily, y la 2ª por el Brigadier Angel Maestre, único oriental aceptado con agrado por los villareños, en sustitución del General Calvar. El estado del Departamento era doloroso, y Martínez Campos, comprendiendo la situación, se esforzaba en no consentir que fuera reorganizado. Las deserciones al enemigo fueron numerosas y los patriotas, resentidos en su organización y disciplina, con motivo de los golpes ya conocidos, poca ó ninguna resistencia efectiva podían hacer, salvo en casos muy contados.

Camagüey, el departamento del orden por excelencia, donde cada un oficial rendía culto á la memoria imperecedera de Ignacio Agramonte, había sucumbido á impulsos de la formidable tempestad que desatándose en Santa Rita el 11 de Mayo, había envuelto á todo el Departamento. Su ejército estaba disperso, desmoralizado, y gracias á la actitud de los Diputados Cisneros, Sánchez, Aguilar y Spotorno, se lograron reunir algunos grupos que regularmente organizados pre-

tendían ofrecer alguna resistencia al enemigo, que bajo la diligente dirección de Martínez Campos, recorría el territorio en todas direcciones.

Por la época á que nos referimos sorprendió al Gobierno y á la Cámara, en Camagüey, la inesperada visita del Reverendo Mr. Pope, Arzobispo electo de los Cayos (*aux Cayes*) en la República de Haití, como él se tituló. El Reverendo Pope, americano, dependía de una diócesis de los Estados Unidos en cuanto á sus funciones religiosas. Su objeto era hacer una visita al ejército cubano, con el carácter y aun derecho de Pastor evangélico, y ofrecerle sus servicios como Ministro de Cristo. Nada se había prescrito contra las misiones, y á pesar de ser aceptado con gran desconfianza y la mayor reserva, se le franquearon todas las puertas para el mejor desempeño de su visita apostólica. Mr. Pope entró en relaciones con el Presidente y los miembros de la Cámara, en cuya compañía aparentaba gozar extraordinariamente. Se le expiaba de cerca, esperando que soltase alguna prenda que pudiera hacerlo responsable de contravenir nuestras leyes sobre emisarios del enemigo. Habló sí en general de la suposición ó caso en que ambos beligerantes viniesen á un convenio, y se encontró siempre con una respuesta elevada que le hizo confesar, más de una ocasión, su respeto y admiración hacia los cubanos. Se le autorizó para que visitase los campamentos y se maravillaba, al entrar en conversación con la tropa, de encontrar, sin embargo de la situación por que se atravesaba, la única é inquebrantable voluntad de aquel pueblo de ser libre ó perecer en la contienda. El Reverendo Pope manifestaba que por nada hubiera permutado el placer que le causaba haber conocido á fondo las instituciones cubanas, sus hombres y sus soldados. En fin, en conferencias íntimas con el Presidente Estrada, dió señales de la verdadera misión que allí lo llevaba, pretendiendo que si le aseguraban la Mitra de Santiago de Cuba, en cambio de sus trabajos, trabajaría por el triunfo de la República Cubana por medio de la asociación religiosa de que era importante miembro. Las noches se pasaban en sencillas y entretenidas veladas en que el Reverendo desplegaba, ante una numerosa concurrencia, su habilidad en el arte de la prestidigitación, y sus instructivas narraciones de sus viajes alrededor del mundo. Marchó á Santa Cruz después de cuatro días de permanencia entre los patriotas, de cuyo lugar había sido conducido por el Coronel Urioste, que había sustituído al Teniente Coronel Duque de Estrada, prisionero del enemigo, en las confidencias con Santa Cruz del Sur.

¿Quién era Mr. Pope? Nadie lo supo en el campo. Séase que realmente representaba el papel con que apareció en escena, ó que una vez allí, conociendo nuestras leyes sobre emisarios del enemigo ó no encontrando la menor coyuntura para desplegar su plan no lo hiciera, es lo cierto que no dió el más ligero motivo para que, desconfiando de él como se desconfiaba, no se le aceptase como tal Mr. Pope, Reverendo Ministro de la Iglesia, y que su fugaz estancia entre los patriotas no dejase el más agradable de los recuerdos.

En Camagüey y Villas no había acontecido nada de importancia, si se exceptúa la visita que el General Vicente García hizo al Gobierno con motivo de habérsele llamado á recibir órdenes, no obstante su declaración de no encontrarse dispuesto á aceptar ningún cargo mientras las circunstancias no variaran.

El enemigo desplegaba gran lujo de fuerzas y actividad por todas partes. En los momentos á que hacemos referencia, los más angustiosos de la Revolución de Cuba, sólo el Brigadier Antonio Maceo y Flor Crombet podían vanagloriarse

de conservar sus fuerzas incorruptibles. Maceo tenía á sus órdenes en Guantánamo al Coronel Prado, venerable octogenario, cuya nevada barba se vió más de una vez ennegrecida por la pólvora y el humo de los combates. El Coronel Prado, el modelo de los hombres virtuosos, poseía un valor y una energía sorprendentes, cualidades que regularmente abandonan al hombre cuando su cuerpo comienza á agobiarse por el implacable peso de los años. Se le vió siempre el primero en el combate dando en todas circunstancias el mejor ejemplo á sus jóvenes oficiales, que lo idolatraban como á un padre. Contaba varias heridas, una de ellas de arma blanca, que le había dividido el cráneo.

El Teniente Coronel José Maceo, hermano del Brigadier, uno de los oficiales más valientes del ejército de Oriente, tirador insigne que en una noche obscura se hacía sentir por un centinela español para dirigir la puntería por el sonido del ¿quién vive?, dejándolo muerto antes que aquella voz espirara en la garganta, mandaba el Regimiento Santiago, que ya en estos días se encontraba en cuadro por la incesante y tenaz persecución del enemigo que poco á poco había aniquilado gran número de caballos. Contaba José Maceo gran número de heridas.

El Teniente Coronel Pedro Martínez Freire era la figura más simpática del ejército cubano. Joven culto, delicado, de una presencia arrogante, instruído y de expresión fácil y escogida, había llevado al terreno de la práctica el adagio francés, "querer es poder." Oficial de Estado Mayor, joven de salón, poeta que aun en los trances más aflictivos de su vida hizo resonar en dulces acordes su bien templado y sentimental laud, y que aspirando un día, resolvió hacerse un jefe, y arrojando á un lado sus botines se calzó la *cutara de majagua* del rudo cazador de jabalíes de las erizadas crestas de Guantánamo, y despojándose de su pluma se ciñó el machete del esforzado guerrero, para asombrar con su valor, con su pujanza y con sus dotes de Jefe á todo el que conoció sus delicadísimas cualidades; tal era Martínez Freire. Quiso ser jefe, y lo fué con aplauso de cuantos tuvieron la fortuna de conocerlo. Mandaba con gran acierto y energía el Regimiento de Guantánamo nº 9, cuya tropa se enorgullecía al entrar en combate ó dar una carga al machete á las órdenes de Martínez Freire. No fué herido nunca.

El Teniente Coronel Laffit, hombre recto, honrado, silencioso como una tumba, valeroso como un león y de un orden exquisito, mandaba el Regimiento Cuba nº 8. Fué herido varias veces.

Tal Jefe, Brigadier Maceo, para tales subalternos: no en vano el orden y la disciplina estaban asegurados en aquel Cuerpo que componía la Brigada de Guantánamo, y que, con la de Holguín, á las órdenes del Coronel Vidal, formaban la 2ª División del 1er. Cuerpo, mandada por Maceo.

El Coronel Flor Crombet era el Jefe accidental de la Brigada de Cuba, y propietario del Regimiento "Guaninao nº 7;" este regimiento con el de Baire nº 6, mandado por el Coronel Benjamín Ramírez, componían aquella Brigada de la 1ª División que, en comisión, estaba á las órdenes del Jefe del Cuerpo, General Modesto Díaz. "Guaninao ó Cambute" como se le llamaba, estaba completo. Crombet con tacto especial había sabido conservar sus fuerzas aisladas del contagio que había invadido al resto del ejército. El otro Regimiento, Baire, en unión del Jiguaní, había sido lanzado al desorden por el Dr. Bravo Sentíes, cumpliendo así su sagrada misión de Diputado y usando de la confianza que la

Cámara depositó en él. En una de sus excursiones para revolver el país, en unión del Brigadier Jesús Pérez, á quien parece había iniciado en su sistema agitador, tuvo encuentro con el enemigo, en el cual el Brigadier Pérez trató de cubrir la retirada del Doctor, cayendo atravesado por diez balazos, mientras el Doctor se rendía prisionero del enemigo, terminando así su larga carrera de perturbaciones reformistas.

En Bayamo le cupo la dicha al Mayor General Luis Figueredo, pariente inmediato del que os habla, de representar las doctrinas disolventes, logrando atraer muchos prosélitos, según asegura el General Gómez en la página 23 de su opúsculo.

El Diputado Collado no daba señales de vida. Se tenían noticias de su existencia porque de vez en cuando eran encontrados sus asistentes, merodeando por nuestra zona. Por lo demás, parece que como buen médico se cuidaba poco de las dolencias de la Patria.

* * *

El Secretario de la Guerra, deseoso de rodear al Teniente Coronel Ríus de la mayor suma de fuerza moral, le ordena un movimiento en la zona de Mayarí, que se le había designado, apoyándolo con fuerzas de Guaninao. Se le ordenó ocupara uno de los convoyes que con frecuencia marchaban de la bahía de Nipe á los campamentos recién instalados en la que antes era nuestra zona de Barajagua. Ríus logró apoderarse con las mayores ventajas del convoy. Los españoles cayeron en una emboscada, colocada con maestría, y los nuestros, aprovechando la sorpresa, se lanzan y ocupan el convoy. El enemigo vuelve de su sorpresa, trata de recuperar el convoy y, al efecto, carga furioso sobre nuestra tropa, que retrocede ante su formidable empuje. Casi en poder del enemigo el convoy, Ríus se arroja sobre él ordenando una carga al machete, con la energía y disposición que le caracterizan. Al dar la orden levantando su machete, se le vió tambalear mientras el arma, silbando como una saeta al hender el aire, era arrojada á diez varas de distancia. Los cubanos recuperaron el convoy; pero esta carga costó á Ríus su mano derecha, que fué desbaratada por una bala. Hubo bajas de ambas partes, retirándose por fin los españoles.

El Teniente Coronel herido quedó á cargo de Caridad Bravo y sus hijas, verdaderas hermanas de la Caridad, mujeres de color, de Holguín, que, ansiosas de prestar sus servicios á los patriotas cubanos, husmeaban, por decirlo así, el lugar de los combates. Las Bravo supieron enjugar más de una lágrima, y con riesgo de su vida vendar muchas heridas. Esa misma noche, mientras Ríus padecía de agudos dolores y la sangre había corrido de su herida por muchas horas, resolvieron madre é hijas, ayudadas del Teniente Pedro Calás, operar al herido, y con una *magnífica* bolsa de cirujía cuyos instrumentos se reducían á una tijera de costuras y una horquilla de peinado, lograron extraer la bala implantada en la palma de la mano, librando al herido de dolores agudísimos, de la hemorragia y, tal vez, de la muerte. ¡Sirva este recuerdo como ofrenda de gratitud á aquellas buenas y piadosas mujeres!

El Teniente Coronel *Rius fué* conducido en camilla á los montes de los Aguaceros, cerca de la costa del Norte, donde *fatigado*, desfallecido y lleno de pesadumbres me había retirado yo en unión de mis amigos y compañeros los oficiales Calás. Este nuevo percance vino á arrebatarnos en *Holguín* el único brazo que pudiera sostener la bandera del orden. Sin él, todo estaba perdido.

El Teniente Coronel Limbano Sánchez debió tener conocimiento de este incidente desgraciado, pues aprovechando el momento de la confusión, dirigió al General Gómez un mensaje, ordenándole abandonase el territorio, pues su presencia estorbaba para la organización, ó de lo contrario daría órdenes de que se le hiciera fuego donde quiera que lo encontraran. Por fortuna, creo que el General no llegó á tener conocimiento de tanta procacidad, porque ya en unión de Maceo había marchado para las sabanas de *Bio*, en la jurisdicción de Cuba, donde generalmente acampaba éste. Gómez debía avistarse con el General *Díaz*, á quien había citado para la jurisdicción de Jiguaní.

Llegando al vasto potrero de Mejía, cerca de Barajagua, la descubierta caballería cae en una emboscada enemiga. La vanguardia retrocede, y antes que se pudiera *pensar* en desplegarse, el brigadier Maceo clava su soberbio caballo Concha, y revolver en mano, se lanza sobre el grupo enemigo oculto en unas malezas. Los españoles podían hacer en él muy fácil blanco y trataban de desmontarlo con certera puntería. Gómez dirigía un movimiento flanqueando para desalojar al enemigo de su posición, cuando se ve al Brigadier Maceo hacer un esfuerzo y arrojarse contra la emboscada. Quedó de momento envuelto en una espesa nube del humo de la descarga que toda la línea había hecho, y luego, de repente, se le ve saltar por encima de la emboscada enemiga, y su caballo se desboca por la inmensidad de aquel potrero. Sus compañeros, sorprendidos de lo que parecía su fuga, lo siguen con la vista. El caballo no cesaba de correr. Por fin se ve que el cuerpo tambalea, cae y *rueda* por tierra. Todos corrieron presurosos en la convicción que estaba herido, y cuando llegaron al lugar en que había caído, retrocedieron espantados..... ¡estaba muerto!

Su cuerpo inanimado lanzaba ríos de sangre por diferentes partes. En el pecho tenía una herida, por la cual podía introducirse el puño; una mano la tenía despedazada; sangraba por los oídos, por la nariz y por la boca. ¡Oh! Aquel cuadro, para los que habían llegado á amarlo, admirándolo, era horroroso. Hubo alguno de los presentes que contristado exclamó: ¡Murió la Revolución de Cuba! ¡Esta era su alma!.....

La residencia del *Dr. Figueredo estaba* inmediata, y como se advirtiera alguna señal de vida en aquel ensangrentado cuerpo, se le llevó allí por pronta providencia. Poco á poco, con el auxilio del agua fresca fueron animándose las facciones del héroe, hasta que por fin se logró que volviera en sí; pero sin concebirse una remota esperanza de salvación. Mas contra el pronóstico de todos, aquel hombre de hierro en pocos días dió á comprender que estaba fuera de peligro, aunque sus heridas le obligaban á permanecer confinado en una camilla que como medida precautoria tenía siempre preparada la gente para suspenderla y marchar con ella.

El General Gómez en su folleto, páginas 22 y 23, dice: « En este estado cae « gravemente herido el General Maceo en combate que sostuvimos en Barajagua « y tuve que quedar al frente de las reducidas fuerzas que había, ínterin llegase

« el General M. Díaz, á quien había enviado correo llamándolo: dicho General « se me reunió el 15 de Agosto de 1877, informándome que el estado de Bayamo « no era nada halagüeño, no tan sólo por las activas operaciones del enemigo, « sino porque allí había alcanzado la idea reformista y una parte de las fuerzas « que mandaba el Coronel Francisco Guevara se le había desertado, uniéndose al « General Luis Figueredo, que capitaneaba el movimiento en la zona de Mijial y « riberas del Cauto. De acuerdo con el parecer del General Díaz y mientras el « General Macco se diera de alta ó el Gobierno dispusiese, caso que desgraciada- « mente muriese, determiné encargar del mando al General M. Calvar; pero al dar- « lo á conocer como tal, se sublevó el regimiento Jiguaní, uno de los más enteros « que había en aquellos momentos. » (Debe hacer Gómez alusión al primer Bata- llón de este Regimiento; el otro lo capitaneaba Peralta en la Línea occidental.) « Comprendí desde luego que no era más que el espíritu de indisciplina que había « cundido en el ejército, cuyos soldados buscaban, bajo cualquier pretexto, aban- « donar las filas y vagar por las viviendas de las familias, concluyendo por pre- « sentarse al enemigo, como estaba demostrado por la experiencia. No quise, por « lo tanto, que fuese á dar este resultado la persistencia en hacer cumplir la orden « y se dejó sin efecto, quedando impune el delito de insubordinación ó, peor aun, « sancionado y aprobado por el Secretario de la Guerra, que en la situación en « que se encontraba no le era posible hacer cumplir sus disposiciones. Situación « terrible, ridícula, para el que tenga nociones de mando y gobierno. Visto que « mi comisión á Oriente había sido infructuosa, que no era posible organizar « aquello; que no se podía emprender ningún movimiento ofensivo; que faltaban « sus principales Jefes, pues los Macco tenían que estar exclusivamente al cuidado « del herido, y Leite Vidal y Rius,—herido éste gravemente también como ya « sabemos,—repudiados por sus respectivos Regimientos, » (respectivas fuerzas, debía decir, pues Rius mandaba el Regimiento Holguín núm. 5 y Leite Vidal era Jefe de la Brigada Holguín, compuesta de dos regimientos, Holguín y Jigua- ní, todos en la mayor anarquía en aquellos momentos) « determiné dejar al « General Díaz que se sostuviese como pudiera y regresé al Camagüey á dar « cuenta de lo ocurrido, que á mi juicio reclamaba medidas radicales y enérgicas « para remediar el mal. Los detenidos políticos,—si así pueden llamarse,— « Modesto Fonseca, Jesús Rodríguez y Gui llermo Cardet, fugado y prisionero « del enemigo este último, y los dos primeros convencidos, parece, de que había « fracasado el movimiento iniciado por ellos y palpando ya sus funestas conse- « cuencias, pudieron, el primero, pasar á las Tunas á informar á sus comitentes « y disuadirlos de su empeño, quedando sometidos al Gobierno, y el segundo lo « haría en el mismo sentido con Belisario Peralta, protestando contra la política « del General Vicente García, que calificaban de personal, haciéndole graves in- « culpaciones por la ineptitud y apatía con que, á juicio de ellos, había marchado « el asunto que había dado por resultado crear aquella situación: les exigí me hi- « cieran aquella manifestación por escrito para cubrir mi responsabilidad y los de- « jé en libertad de obrar. »

Nada deberíamos agregar á lo expuesto por el General Gómez para describir el estado de nuestros asuntos en los momentos que refiere; sin embargo, un dato más para terminar la relación, una pincelada más para concluir el pavoroso cua- dro que tenemos en el caballete.

Quince días habrían transcurrido desde aquel en que fué herido el caudillo de Oriente, cuando es avisado el enemigo por un paisano que se le presentó, del estado de gravedad en que se encontraba y la zona donde se le podría apresar. Martínez Campos, á la sazón en Santiago de Cuba, destaca en el acto una columna de 3,000 hombres á las órdenes del Brigadier González Muñoz, cubano, cuyo único y exclusivo objeto era apoderarse de la importante persona del distinguido herido.

A la vez destacó otra columna que operando directamente sobre la caballería cubana, Regimiento Santiago, á las órdenes del Teniente Coronel José María Rodríguez, *Magía*, y que tenía una zona muy limitada por la escasez de forrajes y campo abierto, había de dar por preciso resultado el aniquilamiento de aquel Cuerpo, que ya por esos días estaba en cuadro.

González Muñoz rompió sus operaciones con vigor sobre el herido, que contaba para su defensa con una pequeña escolta; ¡pero con el valor de sus hermanos y el más elevado y decidido de su tierna esposa, la simpática María, que como el ángel del bien, velaba cerca de la camilla del moribundo! Desde aquel momento ya no habría esperanzas de tranquilidad, los asaltos del enemigo se repetían por horas; los cubanos, haciendo fuego unas veces, rehuyendo el encuentro otras, pugnaban por salvar aquella preciosa carga, la inestimable reliquia que el deber había confiado á sus cuidados. El Coronel José Maceo, su hermano, y la delicada María, volaban á interponerse entre el enemigo y la camilla siempre que sonaba un tiro, á disputar aquella presa que los españoles hacían ya cuestión de dignidad ocupar, y los pocos, pero escogidos cubanos que le acompañaban, salvar. Lo más grandioso de todo es que el herido, con el valor que le es innato, casi desfallecido, dirigía las operaciones de su reducida escolta, disponiendo con la inteligencia que le caracteriza todos los movimientos, tanto en la defensa como en la dirección que habría de tomarse. González Muñoz había dividido su columna al extremo de lograr una completa ocupación del reducido territorio á que estaban circunscriptos los movimientos de la camilla. Por fin llegó el momento de la batida general y que el herido cayera en poder del enemigo. Hacía ya como diez días que se había iniciado aquella operación tan especial como terrible y era llegado el instante en que terminase con el triunfo del enemigo. Maceo así lo comprende y se resuelve, á todo trance, á evadirse de la zona y ponerse fuera del alcance del persistente González Muñoz. Ordena que se le colocara su caballo en una vereda conocida, y á la vez instruye á los suyos que se dirigieran al lugar. Los españoles descubrieron el movimiento, y ponen una emboscada cerca del caballo, la que debería apoderarse del herido en los momentos en que su gente lo colocara sobre su cabalgadura. Llega aquel instante, el enemigo se precipita y antes que Maceo fuera extraído de la litera se le echan encima. El General, perdido, haciendo un esfuerzo sobrehumano en aquel supremo instante de vida ó muerte, á su vez se lanza fuera de la camilla, se apodera del caballo, de un salto se coloca sobre el animal, y desaparece á lo largo de la vereda, envuelto en el humo de las descargas que por todas partes le hacían las emboscadas españolas. El herido se había salvado, sus compañeros, incluso su esposa, se evaporaron, y González Muñoz, después de quince días de constantes y pertinaces operaciones, tuvo que conformarse con ocupar la camilla que había quedado en el lugar donde pensó apoderarse del General Maceo. Pocas horas después estaban todos reuni-

dos, teniendo cómo baluarte para su resguardo, la inmensa montaña de Barajagua.

Conocida es la carta del General Martínez Campos, escrita en esos días á un personaje de la Corte, en la que, abogando porque se satisfacieran las aspiraciones de los cubanos respecto á los destinos administrativos de la Isla, al hablar, entre otras cosas, de los Jefes de la Revolución, dice refiriéndose á Maceo: «Creí ha-«bérmelas con un mulato estúpido, con un rudo arriero; pero me lo encuentro «transformado no sólo en un verdadero general capaz de dirigir sus movimientos «con tino y precisión, sino en un atleta que en momentos de hallarse moribundo «en una camilla, es asaltado por mis tropas, y abandonando su lecho se apodera «de su caballo, poniéndose fuera del alcance de los que lo perseguían.»

La caballería, Regimiento Santiago, á las órdenes del Teniente Coronel Mayía Rodríguez, había desaparecido: imposibilitada de esquivar una persecución activa y pertinaz, fué gradualmente perdiendo su ganado hasta que reducido á un número insignificante, se unieron los que habían sido jinetes á un cuerpo de infantería. El Teniente Coronel Rodríguez marchó á la zona de Cambute, donde podría encontrar la seguridad relativa que exigía la imposibilidad de hacer uso de *su pierna*. *Fué uno de los heridos en la acción de Naranjo, en Camagüey*, donde perdió la pierna derecha.

* * *

Pavorosa situación la que atravesaba en estos momentos que describimos la Revolución: Agosto de 1877. La anarquía se enseñoreaba por todas partes, el orden, la disciplina, el valor, la moralidad habían huído para siempre de aquel heroico y sufrido ejército, y á los verdaderos patriotas no les quedaba otra aspiración *"que pedir á la tierra se abriera á sus plantas."* Por fortuna, la desgracia nos había proporcionado la envidiable sociedad de mi amigo el Teniente Coronel Ríus Rivera, que al cuidado de las familias de los oficiales Calás, adelantaba paulatinamente en la curación de su mano.

Allí, en aquella reunión de los hombres que habrían de salvarse del vendabal en que el desorden había sumido al territorio de Holguín, no nos cansábamos de medir la delicadeza de la situación y mutuamente nos proporcionábamos consuelos, de que estaban bien necesitados nuestros ánimos abatidos. Protestábamos con orgullo no rendir homenaje á otra cosa que no fuera orden y legalidad. Así pasábamos aquella vida angustiosa, completamente aislados del resto del mundo. La noticia de la supuesta muerte de Maceo había llegado hasta nosotros, y, fatalmente, ni el más ligero aviso vino á sacarnos del error en que estábamos. Lo dimos ya por muerto. Tal parece que el cielo se negó á concedernos el placer de que la nueva de su mejoría, atravesando la nebulosa atmósfera que nos rodeaba, llevara un rayo de consuelo á nuestros agobiados espíritus.

Cierto día, quizás á principios de Septiembre, cuando lamentábamos la situación de la Patria, recibo un correo de mi amigo el doctor Enríquez Collado, rogándome asistiera á una conferencia al lugar que me señalaba. En nuestro aislamiento, algún que otro amigo se atrevió á llegar en aquellos días, y nos participa que el doctor Collado se había movido y hacía un llamamiento al pueblo y

ejército de aquel Distrito: que habría una gran concentración de todas las tropas, á la que asistiría el Coronel Belisario Grave de Peralta con las fuerzas de la línea occidental de Holguín, y que había fundadas esperanzas de innovaciones y de orden. "Ya es tiempo," exclamé, formándome la ilusión de que el orden se restablecería, sin considerar que aquel cuerpo estaba perdido ya. La tropa vagaba sin concierto por el territorio: divididos como estaban en dos distintos bandos, rehuían fácilmente el cumplimiento de todo deber. Las comisiones de ambas partes rondaban el territorio reclutando ó recogiendo la tropa: pero la tropa esquivaba encontrarlas, y en último caso se hacían como de Ríus si la comisión era de Limbano y por pertenecer á Limbano si aquélla era de Ríus. Nadie se entendía en aquel caos. Aquel territorio, tan grandioso en dias pasados, era un buque sin brújula ni timón, azotado por la tempestad y á merced de las olas.

Asistí al llamamiento de Collado acompañado de los oficiales Calás y Comandante Guillot. La cita era para los Lajiales, á una legua de nuestro campamento.

Aquel espectáculo me animó sobremanera: mi espíritu tan abatido sufrió cierta reacción con la esperanza de que terminaran todos los males. Allí supe la mejoría del general Maceo: todas eran buenas noticias y confieso que me sentí renacer. Presumí, desde luego, que el llamamiento de mi compañero era para que le ayudase á allanar las dificultades que pudieran presentarse para que aquella gente entrase de nuevo en el redil; para que aquel brillante Cuerpo con su oficialidad tan distinguida pudiera fácilmente volver á la legalidad, echándose un velo sobre el pasado. Limbano Sánchez se apresuró, en unión del Coronel Peralta, á darme la bienvenida. La mayor parte de los presentes se felicitaban de vernos allí á los hermanos Calás y á mí que, olvidados de todos, nos habíamos echado á un lado, para dar paso al desorden. Me apresuro á ver á Collado, que se paseaba con cierto aire de triunfo,—de qué debía vanagloriarse, pensaba yo,—en medio de aquella multitud. "Deseaba que nos entendiéramos," me dijo cuando estuvimos solos, "pues *sólo nosotros podemos* salvar el territorio, y evoco su buen deseo hacia la causa del orden para que secunde mis miras en este sentido." Comprendiendo que Peralta y Limbano no aceptarían nada sin Vicente García y que mientras este Jefe no terminara la desordenada situación á que el país en su nombre se había lanzado, el deber me apartaba de él, interrumpí á Collado preguntándole: "¿Está V. dispuesto á entrar en relaciones con Peralta y Limbano Sánchez?" "Sí," me contestó, "esa es la rueda motora de mi proyecto." "Entonces," le repliqué, "está V. en camino de ponerse fuera de la legalidad y hundiéndose con ellos, arrastrar á la Patria en su caída." "No," me dijo, "protesto que no abandonaré el orden." Entonces tuvo necesidad de franquearse y me expuso todo su plan político.

Collado, el hombre que prefería la buena vida y comodidades de su hogar á la felicidad de la Patria: que ensordeció ante su justo y perentorio llamamiento para que la librase de las garras del desorden en que se la arrojaba: que imposible había visto desmoronarse el edificio de la legalidad y entronizarse la anarquía, me llamaba para conferenciar, y me hablaba de orden y de legalidad junto á Peralta y á Limbano. Preciso me fué esperarlo con reserva y retirarle mi confianza.

He aquí el plan político que sometió á mi consideración:

1º—Desconocer en absoluto los Poderes existentes en la República.

2º—Declarar á Holguín en cantón independiente.

3º—Constituir un Gobierno provisional compuesto de cuatro individuos electos por sufragio, y

4º—Nombrar un Jefe que mande las fuerzas de la Brigada.

"Sublime idea para traicionar un principio!" exclamé, y como me ofreciera que se esforzaría porque me diesen la Presidencia del Gobierno, le repliqué: "Ciudadano Collado: permítame que le advierta que mi mayor orgullo consiste en ser inflexible en lo que respecta á mis principios. Nada, ni la salvación de la Patria, me hará aceptar nunca lo que yo estimo indecoroso, lo que no es orden. Ni á la Gloria deseo subir en brazos de lo que no sea Legalidad."

Ambos comprendimos que no podíamos entendernos: estábamos completamente separados por ideas, y así debía ser en todo lo demás. Terminamos nuestra entrevista.

Hemos dicho que toda la oficialidad de la Brigada estaba presente. Pedro Vázquez, Francisco Leyte Vidal, Antonio Portuondo, Marrero, Feria y otros oficiales incapaces de manchar sus hojas de servicio, protestaban que aceptarían aquel estado de cosas para salvar el territorio, y porque desconocidos por sus soldados se exponían en sus moradas ó vagando por el territorio, á ser inútiles víctimas del enemigo; agregando que esa aceptación duraría hasta que se presentase en el Distrito la oportunidad de colocarse junto al orden y la legitimidad que reconocían representada por el C. Tomás Estrada, como Presidente de la República, y por el General Macco, como Jefe de la División.

El momento anunciado para el gran *meeting* en que el Dr. Collado desenvolvería su bello ideal para salvar el territorio y quizás la Revolución, había llegado. Yo ansiaba este momento, pues deseaba la oportunidad de rebatir las disolventes teorías del pretenso caudillo, y que fuera castigado con el desprecio á que, *por su conducta*, se había hecho acreedor. Ya en nuestro pequeño grupo de cinco individuos, únicos que no aceptaríamos aquello, se tenía noticia de lo que se iba á hacer. Collado llama la reunión al orden y al ocupar aquella tribuna levantada de exprofeso en medio del campamento en que había como quinientas personas ávidas por escucharle, se me acerca uno de mis compañeros, el Comandante Ildefonso Guillot, y me interroga acerca de mis intenciones. "Yo, le contesté, espero que Collado desocupe la tribuna para combatir todo lo que está haciendo y esforzarme porque esta gente entre en la legalidad." "Vengo, me dice Guillot, precisamente á exigir de usted lo contrario. Se me acaba de participar que siendo usted el único obstáculo á la marcha de este plan, no se le permitirá hablar, que se le interrumpirá, se le callará y más aún... *se le tumbará frío.*"—Palabras textuales.—Comprendí desde luego la obra de Collado: quería á todo trance plantear su proyecto, y como había encontrado oposición en mí, previno á sus adeptos para que echando mano hasta del crimen, se evitara que yo hiciera luz. "Temo y hasta comprendo todo eso," repliqué al Comandante Guillot; "pero creo mi deber sacrificar la vida por defender el principio que he abrazado y que he jurado sustentar." "Convenido, insiste Guillot, comprendo el deber en que está usted hasta de sacrificarse por un principio, si principio es tratar de convencer á hombres ébrios por el desorden y que no se convencerán; pero vuelva usted la vista á su alrededor y comprenda que usted muerto decreta la muerte de sus cuatro compañeros que no consentirémos un cobarde asesinato en su persona, y terminarán por asesinarnos á todos, sin la menor utilidad para la Patria."

Los que habían tratado de hacernos fuego en más de una ocasión, los que se habían juramentado para no someterse al partido que allí representábamos aquellos cinco individuos, eran capaces de todo. Escuché á Guillot, llamé á mis compañeros, y salimos huyendo, materialmente, de un campamento donde el desorden de hoy habría de ser reemplazado mañana por la traición, no sin evitar un altercado entre el Teniente Coronel Limbano Sánchez y el Capitán Manuel Calás, al acusar éste los procedimientos de Collado como traición á la Patria; altercado que pudo haber terminado de una manera trágica, pues Limbano pretendió hacer uso de su arma si no se hubiera interrumpido bruscamente.

El Gobierno del Cantón se constituyó bajo los aplausos de la multitud, ébria de *licencia*. La Presidencia, como era natural, le fué adjudicada al director de aquella comedia, Dr. José Enríquez Collado. Los demás cargos les cupieron en suerte al Comandante Pedro Vázquez, traído expresamente á aquella administración como representante del elemento militar; á Francisco Grave de Peralta y á un joven llamado *Ñiñi* Sierra.

No nos detendremos en reseñar la historia y servicios patrióticos de estos cuatro individuos; baste decir que el único que merecía respeto y consideración era el Comandante Pedro Vázquez, joven holguinero, heroico, que inspiró un rasgo digno de él á la hábil pluma del reporter del *Herald*, Mr. James J. O'Kelly, cuando lo describe, más *orgulloso que un romano* llevado en hombros sobre su escudo, después de un triunfo; valiente, reclinado con descuido sobre su camilla, cuando apenas contaba diecisiete años y en momentos en que una bala le había casi segado una pierna por el muslo. Los que no aceptábamos aquel desorden mirábamos con placer la presencia de Vázquez en la farsa, pues sabíamos que era un oficial de confianza y dominaría la situación.

Francisco Grave de Peralta, hermano del General Julio y del Coronel Belisario del mismo apellido, necesitaría volúmenes para presentarlo y darlo á conocer con todas las censurables veleidades que siempre rodearon su vida en la Revolución de Cuba. *Hombre díscolo y embrollador*, tuvo la *suerte* de encontrarse en todo lo malo y en nada bueno de lo que en Cuba se hiciera. Desembarcó en Holguín, como expedicionario del *Perit*, en Abril de 1869. Había permanecido más de ocho años en la Revolución y jamás desempeñó un cargo ni empuñó un arma. Se hablaba muy mal de él con referencia á los sucesos de 1851, cuando el movimiento de los Agüero, en los cuales se le hacía jugar un papel nada honroso. Se daba el título de Coronel.

El otro miembro, *Ñiñi* Sierra, era un joven bondadoso y estimado por la generalidad.

El Presidente Collado, sin tener condiciones morales, ni *facultades* intelectuales que justificaran su elevación al cargo, comenzó las espinosas funciones del *destino*, al parecer, con ímpetu y pretendida energía. Trató de organizar; pero sin el carácter, la autoridad ni la inteligencia para llevar á cabo este primer é indispensable requisito de toda administración, le fué imposible imponer el respeto consiguiente, y la obra de la organización falló por su base. Para dar algún viso de seriedad á su Gobierno, se rodeó de una escolta, celebró algunos consejos y dictó algunas disposiciones, que desautorizadas por la misma forma del Poder de que emanaban, quedaban en seguida sin efecto, redundando en desdoro del Gobierno improvisado.

Poco después, y como si ya se hubiera logrado el fin para que se constituyeron, el Presidente tomó su escolta y marchó á su *rancho*. El vocal Peralta se puso al frente de otra y de una corte de servidores y se dirigió á la costa, á la bahía de Nipe, á tomar baños y refrescar. Sólo Vázquez y Sierra con alguna tropa trataron de hostilizar al enemigo, que en aquella barahunda era el único ganancioso.

Al organizarse habían levantado un acta-manifiesto, exponiendo las causas de su declaración de independencia. Copias de este Manifiesto, firmadas por un gran número de individuos, se enviaron al Gobierno de la República de Cuba que residía en el Camagüey. Ignoro si enviaron Ministro Representante, aunque es de suponerse que sí.

Collado necesitaba poco para ser feliz. Acostumbrado á reirse de los dolores de la humanidad, le importaba poco lo que á su lado pudiera acontecer. Llevaba lo que allí se decía, una vida patriarcal. Con buenas y constantes relaciones en el campo enemigo, estaba bien provisto de cuanto pudiera necesitar para sostener una mesa regalada, digna del Jefe de un Estado. Además, correspondencias y periódicos. Disponiendo á su antojo de las confidencias, estaba enterado de cuanto ocurría en el campo enemigo y aun en el nuestro mismo á gran distancia. Con toda intención y de una manera disimulada, hacía llegar hasta nosotros todas las noticias adversas á la Revolución, todo lo que sabía que habría de afectarnos ó que pudiera sernos sensible: noticias que sus emisarios trataban de aumentar á fin de que sus efectos produjeran un resultado más positivo en nuestro ánimo.

Habíamos llegado á fines de Octubre. Ya Collado llevaba dos meses de Gobierno y el territorio continuaba aún en pésimas condiciones. Una tarde nos llega uno de los casuales correos, y nos endilga la nueva de que el Presidente Estrada se había presentado al enemigo, y se encontraba en Holguín en íntimo consorcio con los españoles. *Lo vimos venir*, como suele decirse. Bien sabía Collado cómo estimábamos allí á Estrada: bien sabía él que dado el estado de extenuación en que yo me encontraba, la noticia de la traición de Tomás Estrada me habría de costar la vida, pues le constaba que para mí el alma de la Revolución estaba vinculada en aquel espíritu de la verdad y del patriotismo que se llamaba Tomás Estrada Palma. No le dimos crédito al mensajero. La noticia de la presentación estaba por sí misma refutada, dado que se hallaba en la ciudad de Holguín. Si fuera posible que en el temple del alma de Tomás Estrada cupiera, después de diez años de prueba, la posibilidad de una vulgar presentación al enemigo, hallándose, como nos constaba, en Camagüey, ¿á qué aparecer en Holguín? Lo natural, lo lógico era que esa presentación la efectuara en Puerto Príncipe, la ciudad principal de la comarca en que residía; pero si quería cambiar de lugar por alguna razón oculta, era lógico también que escogiera su pueblo natal, donde su traición podría estimarse en razón directa á la influencia que ejercía allí, y al respeto que rodeaba su nombre en aquella jurisdicción. Pero marchar desde Camagüey á Holguín sólo por el gusto de hacer una jornada penosa y dilatada para terminar con la traición, era absurdo y no tenía, por tanto, explicación satisfactoria. Pero la noticia de su permanencia en Holguín fué adquiriendo proporciones, hasta que nos llegaron periódicos de aquella localidad en que se daban pormenores y detalles de la prisión del C. Tomás Estrada Palma, Presidente de la República.

Procedía ahora que hiciéramos una ligera reseña del estado de Bayamo por estos días á que nos referimos: pero transcribiendo aquí la interesante carta del C. Tomás Estrada Palma, en que hace una relación minuciosa y exacta de su prisión y cautiverio, omitimos la que pudiéramos hacer, pues en la referida carta se hace esa reseña sobre Bayamo con más datos y mayor autoridad que la nuestra:

«Castillo del Morro, Noviembre 3 de 1877.—Sr. José A. Echevarría.—Mi «distinguido amigo: me dirijo á usted desde la fortaleza del Morro, de donde «saldré el 5 para ser conducido directamente á Madrid, según orden del Gobier«no de Don Alfonso, comunicada por telégrafo.—Referiré á usted brevemente «los hechos y las causas que me han traído á poder de los españoles.—Un cuba«no, Esteban Varona, que observó desde el principio de la Revolución una con«ducta dudosa, conservándose al lado del enemigo, hasta el año de 1874, en que «pasó al campo de la contienda, después de haber sido causa directa ó indirecta «de que el General Calixto García Iñiguez cayera prisionero: Esteban de Varo«na, repito, en unión del Teniente Coronel Duque de Estrada, fué conducido el «25 de Agosto á Santa Cruz en calidad de prisionero de guerra. Mas por los «informes y datos que pude recoger, adquirí muy pronto la convicción de que «Varona, al menos, si no Duque de Estrada, se había puesto de acuerdo con el «Brigadier Bonanza, Jefe de Santa Cruz, para cubrir su presentación en las lí«neas enemigas con apariencias honrosas. El caso es que Varona, conociendo «á fondo el carácter débil, vano y superficial del Coronel Antonio Bello, Jefe del «Regimiento Yara, en Manzanillo, se dirigió inmediatamente á él, invitándolo á «que celebrase conferencia con el Brigadier Dabán. Bello, no obstante tener «conocimiento de una circular del Gobierno, por la cual se prohibía, bajo la pe«na de incurrir en el delito de traición, celebrar conferencias con individuos del «campo enemigo, aceptó lo que se le proponía y, en unión de otros Jefes y algu«nos oficiales, tuvo entrevista el 20 de Septiembre en el caserío "El Congo," á «dos leguas de Manzanillo, con el General Alfonso de Cortijo y Brigadieres Da«bán y Bonanza. Varona asistió á la conferencia. Con la misma fecha me dirigió «Bello una carta, por conducto del Brigadier Bonanza, en la que se me decía poco «más ó menos lo siguiente: "Razones que no puedo consignar por escrito me han «obligado á tener en "El Congo" una conferencia con jefes españoles, y me acon«sejan pedir á Vd. autorización para pasar por las líneas enemigas á la residen«cia del Gobierno en unión del Coronel Santiesteban, el C. Esteban de Varona y «otros, con el fin de celebrar nuevas conferencias, que exigen, como Vd. verá, los «más caros intereses de la patria, y aun del Regimiento de mi mando. Asistirán «también, el General Cortijo y los brigadieres Bonanza y Dabán. Debo advertirle «que nada habrá que amengüe la rectitud de mis principios, después de nueve «años de sacrificios; y en tal concepto si no se aceptaren las indicaciones que de«bo hacerle cuente Vd. que volveré á ocupar mi puesto frente al Regimiento Ya«ra, con la misma decisión que me ha caracterizado siempre."—El contenido de «semejante carta y el exacto conocimiento que poseía de las condiciones morales «del Coronel Antonio Bello me hicieron comprender que éste se había colocado en «el camino de la traición y que no era imposible arrastrase con él una parte de la «tropa de su mando, causando grave daño tal defección en el Distrito militar de «Bayamo y Manzanillo. Era indispensable acudir allí con urgencia y mientras «tanto, trato de que Bello no concibiese el menor recelo ni desconfianza. En con-

«secuencia, tomé algunas medidas para que el Brigadier Bonanza mantuviese «la creencia de que no me habían sido entregadas, por encontrarme distante, su «carta y la de Bello. Preparaba mi viaje á Bayamo, cuando llegó el General Gó- «mez de regreso del extremo oriental de Holguín. Le impuse de lo que ocurría, «determinando quedase en el Camagüey, donde su presencia hacía falta, le dí ins- «trucciones por escrito, entre otras, sobre el procedimiento que debía seguir en el «caso de que Bello, Varona, etc. llevaran á cabo la audacia de dirigirse al Cama- «güey por las líneas españolas; y le recordé el Decreto del 30 de Julio de 1875, por «el cual se prescribe que sean juzgados como espías, en consejo de guerra verbal, «los que lleven al campo cubano proposiciones de paz que no se funden en la «Independencia de Cuba. El cinco de Octubre por la mañana se separó de mí el «General Gómez. Yo debía emprender marcha por la tarde en unión del General «Vicente García que debía acompañarme dos ó tres jornadas. Como á las once «de la mañana se me presentó un expreso enviado por el General Gómez, con «una comunicación de éste en que me dalla cuenta de haberse encontrado en el «lugar denominado "Jobo Dulce" con los coroneles Bello, Santiesteban, Varona, «José del Carmen Castellanos y dos individuos más, todos los cuales procedían «del campo enemigo: añadía, que los había reducido á prisión y esperaba órde- «nes. Dispuse en el acto que el General Gómez condujese los presos con toda «seguridad al lugar en que yo me encontraba. Llegaron al caer la tarde. Reuní «en seguida bajo mi presidencia los miembros del Gabinete, compuesto del Gene- «ral Gómez, Secretario de la Guerra é Interior, General Francisco J. de Céspe- «des, Secretario de Relaciones Exteriores y Hacienda, y del Teniente José N. «Hernández, Secretario del Consejo. Hice comparecer separadamente á los co- «roneles Bello y Santiesteban, al capitán José Alonso Rivero y á Esteban Varo- «na. Mandé á cada uno que refiriese las causas y sucesos que le habían con- «ducido á aquella situación. Bello y Santiesteban estuvieron de acuerdo en «manifestar, que fuertemente amenazada por el enemigo la zona de Guá, cuya «defensa estaba á cargo del Regimiento Yara, careciendo éste de municiones, y «compuesto, además, en gran parte, de individuos correspondientes á la reacción «de los años 73 y 74, consideraban graves tales circunstancias reunidas, que po- «dían ocasionar defecciones en la tropa; por cuya razón habían estimado conve- «niente, para ganar tiempo,—supuesto que se había ofrecido, por parte de los «Jefes españoles, suspender las hostilidades durante algunos días,—en cuanto á «Bello aceptar la conferencia del "Congo," y respecto del mismo y Santiesteban, «aventurarse á dirigirse por las líneas enemigas á la Residencia del Gobierno para «imponerle de sus temores y que considerando ambos apremiante el motivo que «los impulsaba á dar este paso, creyeron absolutamente necesario no retardarlo «aguardando mi autorización. El capitán José Alonso Rivero expuso que más «bien había obedecido á una orden del Coronel Bello, y de ningún modo á inten- «ción propia en el hecho de pasar por las líneas enemigas para dirigirse á la Re- «sidencia del Gobierno. Esteban Varona comenzó diciendo que había sido hecho «prisionero en la zona de Santa Cruz: que se le había perdonado la vida y aun «ofrecídosele pasaporte; que sabiendo que el Regimiento Yara carecía de muni- «ciones se le había ocurrido provocar al Coronel Bello á una conferencia para «tratar sobre los medios de que este Jefe adquiriese aquéllas. Que después de «haber tenido lugar la conferencia en el "Congo," el 20 de Septiembre, había

«marchado en unión del Brigadier Dabán, á Cárdenas, en donde se avistaron «ambos con los Generales Martínez Campos y Jovellar: el primero de éstos le «dijo: "Usted puede hacer un gran beneficio á su país: yo estoy dispuesto á po- «ner á Cuba en condiciones de que alcance su independencia, en menos tiempo «que tardaría en conseguirla por la fuerza de las armas, caso de que por medio «de ésta llegara á obtenerla. Estoy pronto á dar á Cuba la mayor suma posible «de derechos y libertades, á reconocer los grados de todos los individuos así cu- «banos como extranjeros que figuran en el ejército de la insurrección y á pagar «los sueldos devengados en nueve años de todos los empleados civiles y militares «de la misma." Varona añadió: "Amante en alto grado del bien de mi país, y «estimando que podía hacerlo feliz, he venido, no á presentar proposiciones sino «á referir simplemente lo que se me ha comunicado." En virtud de lo expuesto por «Bello, Varona, etc., casi con las mismas frases empleadas en la anterior relación, «hice uso de la palabra,—después de mandar retirar al último de los interroga- «dos,—para emitir mi opinión sobre el particular. Dije que Esteban Varona «estaba desde luego comprendido en el Decreto de 30 de Julio de 1875, y que «por lo tanto debía ser juzgado como espía en consejo de guerra verbal. Que «respecto de todos los otros detenidos encontraba que había en cada uno de ellos «diverso grado de responsabilidad, que no me atrevía á calificar; por cuya razón «creía prudente, para dar la mayor prueba de rectitud é imparcialidad, que se «nombrase un tribunal, con el carácter de consultivo, el cual, examinando á Be- «llo, á Santiesteban, á Rivero y demás, pudiera determinar qué clase de respon- «sabilidad había contraído cada uno de ellos, si era que no se les considerara «cómplices de Varona por haber venido en unión de él, y á qué juicio, ordinario «ó verbal, debía sometérseles. Haciendo uso de la palabra sucesivamente los «demás miembros del Gabinete, entablóse una discusión razonada, que terminó al «fin aceptándose lo que yo había propuesto. Cerrada la sesión como á las nue- «ve de la noche, me dediqué inmediatamente á extender las autorizaciones com- «petentes á favor del General Máximo Gómez, Secretario de la Guerra, para que «nombrase los miembros del Tribunal consultivo, acordado en el Consejo de Ga- «binete, y para que pusiese desde luego á Varona á disposición del Jefe de la «División del Camagüey y á los demás presuntos reos una vez que fuese evacua- «da la consulta del Tribunal citado. Al almanecer del seis el General Gómez «marchó con los presos hacia el Cuartel del Regimiento "Jacinto," División del «Camagüey, y yo tomé con el General Vicente García el camino de las Tunas «para seguir marcha hacia Bayamo. Las circunstancias de encontrarse las «fuerzas del Camagüey á largas distancias unas de otras, en las diferentes zonas «del Distrito, y la de hallarse en la parte Norte el mayor número de las tropas «de las Tunas, así como la urgente necesidad de llegar cuanto antes á Ba- «yamo, me hicieron aceptar el grave riesgo de atravesar extensos territorios, «cruzados por columnas enemigas, llevando conmigo una escolta en extremo re- «ducida. Por otra parte, no quería distraer fuerzas de Camagüey, donde debía «llevarse á cabo una operación inmediata, con esperanzas de éxito notable. El «diez atravesé el camino de las Tunas al Guamo y el doce me encontraba en «el potrero Las Bocas, margen derecha del Canto y á corta distancia de Canto «el Paso. Ese mismo día hubiera cruzado el río, siguiendo en dirección á Ba- «yamo, si el práctico que debía conducirme hubiese llegado oportunamente.

«El trece á la hora de marchar, y á caballo ya, se oyeron cinco disparos, que «anunciaban la presencia del enemigo, compuesto, según supe más adelante, de «dos columnas, procedentes de Holguín la una y la otra de las Tunas. Dispuse «que la mayor parte de la Escolta se emboscase convenientemente, con orden de «que causase al enemigo todo el daño posible. A poco se rompió el fuego, teniendo «que retirarme, porque la Escolta no era suficiente para resistir el empuje de los «contrarios. Al día siguiente me alcanzó el enemigo en las Tasajeras. Allí se le «hizo fuego en emboscada, teniendo orden el oficial que mandaba ésta de seguir «mi huella hasta incorporárseme. Le aguardé en la cañada de Yarey, á tres «leguas de las Tasajeras; pero en vez del oficial y de los números de la Escolta, «llegó el enemigo, como á las cinco de la tarde. Siete hombres armados que me «quedaban sostuvieron el fuego, mientras yo, con el General Céspedes, José «Nicolás Hernández, mi secretario particular y del Consejo, dos Ayudantes y los «asistentes, emprendimos la retirada. Traté de acercarme de nuevo á las Bocas, «con la esperanza de reunir la Escolta que suponía dispersa por aquel rumbo y «también porque los prácticos que conservaba á mi lado me significaron no «conocer el terreno desde la cañada del Yarey en adelante. El quince á mediodía «me encontraba cerca de las Bocas y al obscurecer tenía conmigo algunos números «armados, no de la Escolta, sino de una pequeña guerrilla que operaba sobre el «Cauto. El dieciseis por la mañana se presentaron de repente los españoles «sobre nuestra avanzada, lanzándose á carrera sobre el campamento, á pesar del «fuego que se les hacía, y no dándonos tiempo, apenas, para tomar nuestros «caballos. Hicimos una retirada penosísima, perseguidos por el enemigo, el cual, «además, había destacado oportunamente una guerrilla de caballería, que tomando «en cuenta la dirección que llevábamos, debía cortarnos la retirada, saliendo «á nuestro paso. Así fué en efecto; dicha guerrilla nos dió alcance cerca de una «sabana, apoderándose de las acémilas de los asistentes que las abandonaron «internándose en el bosque. Lo mismo hicieron, poco después, el General Céspe- «des y mi ayudante el Capitán Rodríguez, cuyos caballos, según parece, estaban «en extremo fatigados. El Comandante Castellanos se había separado de nosotros «desde el primer encuentro que tuvimos aquel día con los españoles. Quedaba «sólo conmigo José Nicolás Hernández. Habiendo recorrido una extensión como «de legua y media por una vereda que ignorábamos á donde conducía, determi- «namos ocultar los caballos en el bosque y aguardar á cierta distancia. Permane- «cimos allí el resto del día y de la noche. El diecisiete quisimos salir á la «vereda que habíamos tomado la víspera; nos extraviamos á través del bosque «sin encontrar los caballos y dimos al fin con la vereda al mediodía. La segui- «mos con muchas precauciones, en dirección inversa de la que habíamos llevado «el día anterior. Nos sorprendió la noche, y hubimos de pasarla en el bosque. «El dieciocho volvimos á emprender nuestra marcha, aun con mayor recelo «que el día antes, porque nos acercábamos á las Tasajeras, punto en que suele «acampar el enemigo. Como á las once descansábamos dentro del bosque cerca «del camino, cuando vimos pasar á un Subprefecto, llamado Emilio Cabrales, á «uno de mis asistentes y otro individuo. Iban en busca nuestra. Salimos á su «encuentro, y disponiendo que fuesen por nuestros caballos, aguardamos en el «mismo sitio su regreso. Reunidos de nuevo, tomamos el camino de la subpre- «fectura. A media legua de ésta, dejamos los caballos ocultos en un pequeño

«potrero y seguimos á pie hasta la casa del Subprefecto, á donde llegamos al «obscurecer. El diecinueve al ser de día, cuando disponía que saliese un prác- «tico con comunicaciones para el Prefecto y que dos números armados que había «en la Subprefectura se dirigieran hacia la hacienda de los Pozos, con el objeto «de explorar aquel sitio, donde las columnas españolas solían también acampar, «y cuando me preparaba á dejar el rancho de la Subprefectura para colocarme á «cierta distancia, por temor á un asalto, uno de los números que iban á explorar, «volvió apenas había salido, diciendo: "aquí está el enemigo, no me queda duda." «Me apresuré á tomar la cartera del Archivo y dije al Subprefecto: "Quíeme Vd." «Marchó delante de mí algunos pasos; pero en seguida emprendió *rápida carrera*, «desapareciendo á mi vista. A otro individuo de apellido Perdomo, que encontré «á mi paso, le entregué la cartera del Archivo y seguí tras él; mas no tardó en «desaparecer, tirando la cartera, que encontré en mi camino. Cuando me inclina- «ba á cogerla, divisé una emboscada enemiga, á cortísima distancia, mientras «que un guerrillero, hijo del país, y á quien confundí en primer momento con uno «de los números armados que había visto antes en la Subprefectura, se me echaba «encima, *no dándome tiempo de tirar* del revolver que llevaba á la cintura. Mi «secretario Hernández, fué igualmente hecho prisionero por dos guerrilleros, hijos «también del país, quienes se apoderaron de él en el suelo donde había caído. «Fuímos atados como mallechores, facilitando las cuerdas uno ó dos de los gue- «rrilleros cubanos. Inmediatamente se nos condujo al lugar donde estaba acampa- «do el grueso de la columna, mandada por el Coronel Agustín Mozoviejo, y per- «teneciente al Distrito de Holguín. La de las Tunas se había retirado ya. Debo «advertir que la columna de Holguín había pasado á Canto Embarcadero el día die- «ciseis, después del encuentro que tuvo con nosotros, con el fin de racionarse, y «que el dieciocho volvió á la zona comprendida entre los ríos Cauto y Salado, con «objeto de hacer reconocimientos en busca de ranchos de familias, y ajena por com- «pleto á la idea de perseguirnos, porque suponía que yo me encontraba distante con «motivo de la *pérdida* de las acémilas. Así, *pues*, el hecho de haber caído prisio- «neros Hernández y yo, no fué resultado de combinación, ni de cálculos por parte «del enemigo, sino el cumplimiento de un decreto de la fatalidad. La guerrilla en «cuyo poder caímos, no tenía noticias de que nos encontrásemos en el rancho de la «Subprefectura, al cual se dirigió en la madrugada del diecinueve, á consecuencia «de haber reconocido los exploradores de la columna, en la tarde del día ante- «rior, algunas huellas que hicieron sospechar habitaban familias por aquel lugar. «De esta manera se explica que la guerrilla española no hubiera ocupado nues- «tros caballos.—Referiré con pormenores, aun á riesgo de causar á usted, cuanto «nos ha ocurrido á Hernández y á mí, desde que llegamos al lugar en donde es- «taba acampada la columna hasta la fecha.—El Coronel Agustín Mozoviejo, Jefe «de aquella, me interrogó sobre mi nombre y el destino que ejercía en la insu- «rrección. *Díjele cómo me llamaba y que ejercía* el destino de Presidente de la «República de Cuba. A esta respuesta se desató en groseros insultos, tratando «de bandidos á los patriotas cubanos. En seguida añadió: "y su partida ¿dónde «está?" Le dije: "Si hubiese tenido tropas conmigo no sería prisionero de us- «ted." Tal contestación le irritó en extremo, hasta el punto de lanzarme la «amenaza de fusilarme en el acto. Repliquéle: "Usted *puede hacer lo que guste*; «y aprovecho esta oportunidad para hacerle esta declaración. Ni usted, ni na-

« die, me hará contestar preguntas á que no deba responder, debiendo saber, por « otra parte, que jamás he tenido la debilidad de mentir.''— En este instante el « capitán Ramón Domingo Ibarra, oficial de Estado Mayor, se acercó al Coronel, « le habló al oído, y me llamó á su pabellón. Hízome sentar y me rogó disimu- « lase la forma empleada por el Coronel Mozoviejo, quien, bajo aquella apariencia « grosera, poseía un buen fondo.—Volví á ocupar, después de esto, el sitio que se « me había señalado, sufriendo de nuevo algunas impertinencias del Jefe de la « columna, quien, *desconfiando, sin duda, del grado de tirantez de nuestras ata-* « duras, mandó á uno de sus asistentes que las requiriese y apretase. A la hora « de almuerzo el capitán Ibarra y el teniente Morales de los Ríos, hijo del Gene- « ral de este apellido, nos hicieron servir sopa, tanto á Hernández como á mí, « rehusándola ambos, si bien aquél aceptó al fin, cediendo á las instancias de los « dos oficiales. Estos habían encontrado la ocasión de aflojar nuestras ligaduras. « Apenas terminó el rancho de la tropa, se puso en marcha la columna en direc- « ción de Holguín. Hernández y yo íbamos á pie y al lado de cada uno de noso- « tros marchaba un soldado, llevando el extremo de la cuerda con que estaban « *atados nuestros* brazos. Los ríos Salado y Rioja se encontraban crecidos, y se « nos hizo pasarlos á pie, con el agua al pecho.—Acampó la columna como á las « cinco de la tarde, á orillas de este último río. El Coronel dispuso que la guar- « dia que nos custodiaba encendiese una hoguera y secase al fuego nuestra ropa: « le hizo dar un par de zapatos á Hernández, que iba descalzo, porque se le habían « roto completamente los que llevaba al comenzar la marcha.—Secas nuestras ro- « pas nos llamó el Coronel á su pabellón, hizo que se nos sirviese allí la comida y « que se nos preparasen camas en el mismo pabellón, lo mejor que fué posible. « Como continuábamos con los brazos atados, y junto á cada uno de nosotros un « centinela que mantenía el extremo de la cuerda; además, como el Coronel no « durmió en toda la noche, de lo que podemos dar fe Hernández y yo, porque nos « sucedió otro tanto, debemos considerar que el Jefe de la columna no trató de « proporcionarnos comodidades, sino de tenernos cerca de él para ejercer mejor « su vigilancia. El veinte como á las cuatro de la madrugada se puso en camino « la columna, marchando Hernández y yo en el mismo orden que el anterior. Se « hizo alto para almorzar entre diez y once, y como á las doce se emprendió de « nuevo la marcha, acampando la columna á las ocho de la noche en Las Calaba- « zas. La jornada pasó de trece leguas, estando la mayor parte del camino lleno « de barro resbaladizo, que hacía la marcha en extremo penosa. Tenía Hernán- « dez los piés llagados y dió varias caídas, así que hubo entrado la noche, dando « lugar aquella circunstancia á que el capitán Ibarra hiciese que un corneta que « iba á caballo llevase con él á Hernández. Por mi parte tuve que hacer un es- « fuerzo sobrehumano para rendir la jornada, no queriendo demostrar, siquiera « físicamente, la menor flaqueza en presencia de los españoles. No obstante, « comprendiendo el Coronel Mozoviejo, que podía extenuarme la fatiga si conti- « nuaba marchando al paso precipitado que llevaba la columna, dispuso que la « vanguardia se adelantase y me recomendó fuese poco á poco. Del mismo modo « que la noche anterior, se hicieron secar nuestras ropas al fuego, y se me alojó « en el pabellón del Coronel.—El veintiuno nos facilitó caballo á cada uno de los « dos. Se detuvo la columna en Cabezuelas para hacer el almuerzo. Allí, cuatro « leguas de Holguín, recibió Mozoviejo pliegos del General Morales de los Ríos,

«en contestación á los que aquél había enviado la noche anterior. Ciertas de-
«mostraciones que notamos en el Coronel y otros Jefes que estaban á su lado,
«cuando leían entre sí los pliegos y la circunstancia de haberse formado después
«un doble piquete de guardias junto á nosotros, nos hizo entender á Hernández
«y á mí que Mozoviejo había recibido órdenes de fusilarnos. Simultáneamente
«nos comunicamos los dos nuestra sorpresa y recíprocamente nos animamos á
«morir con la entereza y dignidad que cumple á los obreros de la más noble, la
«más santa de las causas, la del Derecho y la Libertad. El capitán Domingo
«Ibarra me había ofrecido entregarme los retratos y cartas de familia que con
«otros papeles me habían sido ocupados y que se encontraban dentro de la pe-
«queña cartera de mi uso. Como aún no me habían sido devueltos y no que-
«riendo quedasen á mi muerte en poder de persona que por muy decente y digna
«que fuese, no tenía títulos bastantes á mi confianza y amistad para conservar
«aquellas prendas de familia, llamé á Ibarra, y le dije: "espero de usted un do-
«ble servicio: deseo haga quemar los retratos y las cartas que debía usted devol-
«verme, y le ruego haga todo lo posible para que ningún guerrillero hijo del
«país forme en el piquete encargado de fusilarnos." Al mismo tiempo Her-
«nández, que tenía cerca de sí al Coronel Mozoviejo, le dirigía también esta últi-
«ma recomendación, pidiéndole, á la vez, le permitiese escribir una carta de des-
«pedida á sus hijos. Ibarra y Mozoviejo nos significaron entonces que habíamos
«padecido profundo error: que lejos de ser cierto lo que habíamos sospechado,
«había recibido órdenes el Coronel de llevarnos inmediatamente á Holguín, pre-
«sentándome dicho Jefe, para mayor seguridad de lo que decía, uno de los plie-
«gos, que yo rehusé leer, á pesar de las instancias repetidas de aquél.—Mozoviejo,
«acompañado de los oficiales de Estado Mayor y de algunos otros, se puso en
«marcha, después de almuerzo, con dirección á Holguín, llevándonos en el cen-
«tro de la guardia formada por ellos. En el Yareyal, á dos leguas de aquella
«cabecera, tomó Mozoviejo una escolta de caballería. A las tres llegamos á la
«Comandancia general, en Holguín. Inmediatamente se nos quitaron las cuer-
«das y no puedo menos de consignar que el oficial que se ocupó de librar mis
«brazos de las ataduras, me dijo, mientras practicaba esta operación: "Yo soy
«íntimo amigo de Rosales: él me hablaba mucho de usted." Comprendí que
«semejantes palabras no tenían otro objeto que el de inspirarme una confianza
«afectuosa, pues ellas equivalían á decirme: "Está usted entre amigos." Agra-
«decí en el fondo de mi alma aquel acto de delicada generosidad. El oficial es
«de apellido Catalá; no tuve el gusto de volverle á ver. Debo advertir que Ro-
«sales es un capitán del Ejército español, que pertenecía á la columna del Coro-
«nel Gómez Díeguez copada por el General Calixto García Iñíguez. Dicho
«oficial fué puesto en libertad juntamente con otros, y escribió, tan pronto
«llegó á Madrid, un folleto sobre la Insurrección.—Añadiré que yo fuí uno
«de los que menos trató al Capitán Rosales mientras permaneció en el
«campo cubano.—Fuímos llamados separadamente Hernández y yo, á pre-
«sencia del General R. Morales de los Ríos. Este me dijo que esperaba órdenes
«relativas á nosotros del General Martínez Campos y que trataría por su parte,
«mientras recibía aquéllas, de hacernos menos pesado nuestro infortunio. No
«me dirigió entonces ni después ninguna pregunta ofensiva á mi dignidad. Se
«me colocó en uno de los cuartos de su propia casa; me señaló asiento á su mesa

«y trató de rodearme de todas las comodidades compatibles con mi calidad de «preso.—A Hernández se le puso en la sala de distinción de la Cárcel, dispen- «sándole como á mí manifiestas atenciones.—Habiendo comunicado Martínez «Campos, por telégrafo, la orden de que se nos enviase á la Habana, fuímos con- «ducidos á Gibara el veintisiete, bajo custodia de una sección de caballería, man- «dada por el capitán Ramón Domingo Ibarra, oficial de Estado Mayor, de que «he hablado varias veces en el curso de esta narración.—Se nos hizo embarcar «en el cañonero *Dardo*, que á las dos y media de la tarde levó ancla. Su Co- «mandante, Capitán de fragata D. Luis Bayo, se portó con nosotros decente- «mente en todo el tiempo que duró la travesía. Entramos en el puerto de la «Habana como á las diez de la mañana del treinta y uno, y fuímos conducidos «inmediatamente á esta fortaleza. Dos horas después de estar en ella nos visitó «á nombre del General Jovellar un ayudante suyo, coronel Santiago Cuesta. «Nos manifestó que el General deseaba que disfrutásemos de todas las comodi- «dades posibles dentro de los límites de una prisión y que podíamos expresar con «franqueza lo que nos hiciera falta, indicándonos al propio tiempo, por recomen- «dación del mismo General, que el día cinco debíamos partir para España en el «vapor correo, debiendo llegar hasta Madrid, donde se nos llamaba por el Go- «bierno del Rey D. Alfonso. Le contesté rogándole diese las gracias en nuestro «nombre al General Jovellar, por aquella nuestra deferencia que se dig- «naba dispensarnos, con cuanta más razón cuanto que Hernández y yo no care- «ciamos de nada y estábamos perfectamente bien. El Sr. Cuesta insistió en «manifestar la buena voluntad del Capitán General repitiendo su ofrecimiento y «llamándonos la atención sobre la falta de asientos, camas y otras cosas indis- «pensables de que absolutamente carecíamos. Le contesté que la costumbre de «pasar durante nueve años sin tales objetos, nos hacía no echarlos de menos. «Habiéndonos indicado que las personas de nuestra amistad podían visitarnos, «le dije que, por mi parte, no tenía conocimientos en la Habana; pero que mi «compañero Hernández poseía familia y amigos aquí y que con placer vería á «algunos de éstos y á miembros de aquélla. Tomó entonces el Sr. Cuesta nota «de los individuos que le nombró Hernández, prometió pasarles aviso y proveer- «les de autorización para que viniesen á visitarle.—No tardó mucho, después de «haberse despedido de nosotros el Ayudante del Capitán General, en que nos «trajesen camas, asientos y recado de escribir, encargándose desde el día si- «guiente el Gobernador del Castillo de atender á nuestras subsistencias. El «Coronel Cuesta cumplió fielmente lo que ofreció á Hernández. Pasó aviso á «todas las personas que éste le indicó, proveyéndolas de la papeleta indispensa- «ble para entrar en nuestra prisión.—Ayer se me presentó un Comandante de «Artillería de apellido Pozo y me repitió lo que había expuesto á nombre del «General Jovellar el Coronel Cuesta. Me instó para que le manifestase con fran- «queza mis necesidades, haciéndome presente que marchaba á España en la es- «tación del invierno. Mi situación verdaderamente era apurada, pues yo en «realidad no conozco en esta capital persona de quien tenga derecho á esperar «que me facilite lo indispensable en el obligado viaje á España. En tal virtud, «le contesté que no poseía más ropa que la puesta, y que ciertamente me hacía «sufrir la idea de llegar á presencia de los miembros del Gobierno español con «mi traje sucio y ridículo; pero que al mismo tiempo se me hacía muy duro

«aceptar prendas de ropa ú otras cosas por el estilo de quien no tenía para con-
«migo ninguna clase de obligaciones. —El Sr. Pozo me repitió varias veces que
«debía desechar semejante consideración ante la urgente necesidad que me apre-
«miaba. Se despidió diciéndome que él manejaría ese asunto de tal manera que
«no se lastimaría mi delicadeza. Apenas hubo salido Pozo, entró el Escribano
«de Gobierno Francisco Castro, que fué condiscípulo mío en esta Universidad.—
«Me refirió que conociendo el Coronel Cuesta tal circunstancia, se había dirigido
«á él para que viniese á verme é interpusiese la influencia que pudiera tener con-
«migo como antiguo compañero de estudio, á fin de que aceptase los espontáneos
«ofrecimientos del Capitán General. Me expresé con Castro como lo había he-
«cho con Pozo, decidiéndome al fin á tomar dos mudas de ropa, no tanto por mi
«decoro personal,—aunque esta razón fuera de bastante fuerza,—como por el papel
«que he venido representando en la Revolución cubana.—Ni al Comandante Po-
«zo ni á Francisco Castro revelé las amargas reflexiones que han afligido mi
«mente en estos días. ¡Cuán doloroso desengaño! me he dicho á mí mismo.
«¡Nueve años de sacrificios, de abnegación y de constantes peligros no han sido
«bastantes para que algunos de mis compatriotas se hayan ofrecido espontánea-
«mente á librarme de la vergüenza de admitir la limosna que me presenta el
«Capitán General de Cuba española!—Dejo á un lado estas ideas que abruman
«mi espíritu, y lo despojan de la fuerza que necesita para ocuparse de la Patria.—
«..... Ignoro quién me habrá sustituido; pero tengo fe profunda en que cualquiera
«que sea la solución que hayan dado á este asunto, ha de producir el resultado
«apetecido, cual es el de demostrar á España que las individualidades no signi-
«fican nada en el campo cubano: que la Revolución es un ente moral que mar-
«cha fatalmente en cumplimiento de su destino, con fuerza propia, de valor in-
«contrastable, y que mientras exista en cada Departamento un núcleo de
«resistencia, aunque sea pequeño, no habrá poder capaz de poner término á la
«guerra por la fuerza de las armas....

«He interrumpido por algunas horas la redacción de esta carta.—La continúo
«en medio de la más dolorosa emoción.—Desde el segundo día de hallarnos en esta
«fortaleza, habíamos sabido que algunos españoles de la Habana decían que des-
«confiaban de que hubiéramos sido hechos prisioneros, y que se inclinaban á
«sospechar que nos habíamos presentado á las tropas enemigas; consideré que
«se trataba de hacer por el elemento español semejante propaganda con el fin de
«desacreditar la Revolución. No me alarmó por tanto el rumor.—Mas hoy he
«tenido ocasión de saber que ya no se sospecha, sino se afirma por españoles y
«cubanos, que Hernández y yo hemos hecho traición á nuestra Patria, desertan-
«do vilmente al campo enemigo.—Nunca abatieron mi espíritu en el territorio
«de la República los padecimientos corporales ni ciertos sufrimientos en el or-
«den moral, que son propios de los destinos públicos. Mis conciudadanos abri-
«gaban entera confianza en mi patriotismo; y con ella me sentía fuerte para
«combatir los disgustos de cualquier género.—Pero al saber que se me lanza tan
«gratuitamente la más negra de las calumnias, no bastando á ponerme á cubierto
«de ella el hecho notorio de haber consagrado mi vida al triunfo de la causa de
«la Patria; cuando pienso que muchos, quizás, acogen con interior satisfacción
«tan infame propaganda, encontrando en ella el "pretexto honroso" que busca-
«ban para eludir el deber de auxiliar en su infortunio á dos compatriotas, siento

« el alma desgarrada, y á no ser porque la misma intensidad del dolor me dá « fuerza para combatirlo, tal vez me expondría á que se rindiera mi espíritu al « peso de tanta maldad! ¡Con cuánta razón repetía Lord Byron: "mientras más « conozco á los hombres, más quiero á mi perro!"—Aunque había ofrecido á « Francisco Castro aceptar la ropa que se me ofrecía por el Gobierno español, he « tomado la determinación de llamar al Coronel Cuesta para hablar con él sobre « este particular.

« Día cuatro.—Acaba de despedirse Cuesta. Referiré á usted los pormeno- « res de nuestra entrevista.—Comencé diciéndole: "Pertenezco á una causa cu- « yos principios he alimentado desde que puse en ejercicio mi razón, sin embargo « en estos últimos años de guerra he repetido muchas veces: la cuestión no es ya « sólo de principios, sino de honor. A pesar de esto, en los actuales momentos, « estoy siendo víctima de una calumnia que me hace sufrir horriblemente. Se « propaga la idea de que Hernández y yo no hemos caído prisioneros, sino que « hemos desertado del campo cubano. Semejante afirmación atenta contra mi « honor, que prefiero á la vida, y tengo por lo mismo el imprescindible deber de « evitar todo acto que pueda alimentar la calumnia. Así, pues, me atrevo á ro- « gar á usted se sirva significar al Capitán General, que me es absolutamente « imposible, por la razón que ya usted conoce, aceptar la ropa que se me ha en- « viado. Espero que usted interpretará lealmente en su calidad de caballero y « hombre de honor, el sentimiento que me impele á tomar tal determinación, pro- « curando llevar al ánimo del General Jovellar la seguridad de que no entra en « aquella, para nada, un espíritu de soberbia censurable, ante el delicado com- « portamiento observado por el Capitán General de la Isla."—El Sr. Cuesta me « contestó que sentía mucho no acceder á mis deseos, que reconocía hasta cierto « punto la razón de mi proceder; pero que yo debía tener presente que el Gene- « ral Jovellar al enviar á Madrid, por orden del Gobierno Supremo, dos prisio- « neros de guerra de la significación nuestra, no podía permitir que llegásemos « allí malamente vestidos, sobre todo cuando íbamos á pasar de una temperatu- « ra elevada á otra fría. Me dijo que yo debía comprender, en tal concepto, que « él no podía encargarse de la misión que le recomendaba y que antes bien creía « ser absolutamente preciso que yo tomara siquiera una muda de ropa de paño « para llegar á Madrid. Hernández se había adherido á las manifestaciones he- « chas por mí.—Despidióse el Sr. Cuesta, quedando nosotros en medio de una « cruel incertidumbre, de la que hemos de salir forzosamente de hoy á mañana, « que es el día señalado para nuestra partida.—Día cinco.—A las once seremos « conducidos al vapor *Comillas*.—A última hora hemos tomado una muda de ropa « de paño.—Su afectísimo amigo y s. s.—T. Estrada.—P. D.—Redactada á la « carrera esta carta con los inconvenientes naturales á nuestra condición de pre- « sos políticos, está llena de incorrecciones que le suplico disimule. Si usted « considera que debe publicarse, le dejo en libertad de hacerlo, rogándole se sirva « revisarla y omitir en su publicación toda frase que sea de carácter confidencial, « por ejemplo..... etc. etc.—Otra.—A bordo del vapor correo *Comillas* no me fué « posible entregar esta carta á persona segura á mi salida de la Habana. Tal « vez seré más afortunado en España. Siendo ya demasiado voluminosa, reservo « para otra ocasión dar á usted pormenores de nuestro viaje. —Estrada.»

Con toda intención hemos leído este precioso documento, sin omitir una idea ni una palabra. Esto no es una narración: es Tomás Estrada hablando con el corazón en la mano; está retratado tal cual es, en toda la pureza de su alma, en toda la grandeza de su espíritu. Mis esfuerzos por delinear su carácter, su valor y todo su ser, hubieran sido vanos. La dicha de haber conseguido el importante documento que os acabo de dar á conocer, me han proporcionado la manera de que resulte el retrato moral de Tomás Estrada Palma hecho por él mismo.

Su actividad, de la que habíamos dado ya una idea, se evidencia cuando en menos de veinticuatro horas después de haber tenido noticia del riesgo en que la traición de Bello colocaba á Bayamo, se pone en camino para el lugar del conflicto, recibe los presos, resuelve lo conducente para el juicio criminal, señalando con la rectitud que le caracteriza el procedimiento que en aquel difícil y complicado caso, imprevisto en nuestra legislación, debía adoptarse, sin que sea óbice para tomar esas medidas enérgicas, ni la amistad, ni el compañerismo, ni cierto lazo espiritual que lo unía á Bello. Se pone en seguida en marcha, y sin considerar los obstáculos que necesariamente había de encontrar en su larga excursión, trata de llegar directamente al objeto de su jornada. ¡Ah! pero la estrella de Cuba se vela por la fatalidad y sus esfuerzos se nulificaron. Su valor nunca desmentido, así como la elevación de sus principios tan arraigados en su conciencia, se pusieron á prueba en presencia del déspota Mozoviejo, quien no tuvo en cuenta que hablaba á hombres vencidos por el infortunio y que atados codo con codo no podían hacer otra cosa que esperar tranquilos á que aquél, encolerizado por alguna de las frases que de sus labios escuchara, los hiciera víctimas de su enojo ó de su barbaridad; que no tuvo en cuenta esta circunstancia para insultarlos procazmente, cuando la contestación de Estrada á la pregunta de quién era y qué hacía en la Revolución, lo exasperó hasta el punto de amenazarlo con el fusilamiento inmediato. Aquella contestación de Estrada que hace su apología como la de un varón de alma templada al calor de la virtud y del más puro patriotismo: "Me llamo Tomás Estrada Palma y soy Presidente de la República de Cuba; y debo advertir que ni usted ni nadie me hará contestar preguntas que no deba responder; debiendo saber, por otra parte, que jamás he tenido la debilidad de mentir."

Después lo vemos haciendo esfuerzos sobrehumanos para no desfallecer al peso de unas fatigas que es maravilla que su débil cuerpo pudiera soportar; pero que soportó para no parecer pequeño á los ojos de sus enemigos. Su santa resignación cuando, acordándose quizás de los sanos principios que le inculcara su respetable y llorada *Yaya*, su madre, se disponía á morir "con la entereza y dignidad que cumple á los obreros de la más noble, la más santa de las causas, la del Derecho y la Libertad!"

Pero donde más resalta la nobleza de sus sentimientos es cuando agobiado por el peso enorme de la más negra de las calumnias, poco le faltó para rendirse, al saber en el calabozo que no sólo los españoles, sino los cubanos,—los cubanos miserables y cobardes que á la sombra de la bandera española, impasibles, habían presenciado por espacio de nueve largos años el desangre de su patria,—para eludir tal vez el cumplimiento de un sencillo deber, lanzaban sobre él el estigma de traidor. ¡Como si allí en Cuba española y con los españoles, hubiera un cubano con títulos bastantes para juzgar á quien después de tantos esfuerzos

y de una moralidad patriótica indiscutible, tenía la desgracia de caer en poder del enemigo!

¡Ah! y cuán pocos saben el secreto por qué Tomás Estrada no fué fusilado, aun en medio de aquella conducta noble que como sistema implantó en Cuba el General Martínez Campos. Pero aún viven este caudillo español y el que os habla para que diciendo la verdad se hiciera justicia, si aclaraciones necesitara la conducta de Tomás Estrada Palma.

"Yo no he querido verle—me decía á fines de Mayo de 1878 el jefe del pronunciamiento de Sagunto,—por no fusilarlo, por más que me lo han pintado un hombre de eminentes cualidades. Me fusiló mi práctico,—se refiere á Castellanos, al infortunado compañero de Varona,—y yo en represalia debía fusilarlo á él." A pesar de mi insistencia por defender á Estrada, el General Martínez Campos repetía como un estribillo: "me fusiló mi práctico, tan inocente como el caballo que usted monta." El General Campos es monárquico y no comprende que por encima del poder de los hombres, sea cual fuere el papel que la Fortuna les haga representar, hay algo más grandioso, más sublime y que nos está vedado tocar..... ¡la Ley!

Pero no somos nosotros, pequeños é insignificantes, los que tal vez con apasionamiento ó parcialidad debemos pintar y defender á Estrada Palma. Cedamos la palabra al invicto General Máximo Gómez, que en la página 28 de su folleto, dice: « A mi regreso para el Sur encontré en las márgenes del río Se-« villa, un correo con la triste noticia de que el Presidente de la República había « caído prisionero; desconsoladora fué para mí la noticia, pues perdía un amigo, « mas Cuba perdía su celoso defensor y para hacerlo más meritorio, no faltó entre « los cubanos quien le hiciera sufrir el martirio de su honra, no teniendo en cuen-« ta para calumniarlo infamemente, ni el respeto que debía infundir por el puesto « en que el pueblo militante de Cuba lo había colocado. De nada sirvieron sus « nueve años de abnegación y sacrificios, de nada la honradez de toda su vida; « mas el tiempo ha hecho ver palpable su inocencia y Estrada tendrá siempre en-« tre los cubanos el puesto á que sus virtudes lo han hecho acreedor.»

Y otra voz más autorizada aun que la del General Gómez, si cabe: la del pueblo, que noticioso de la desgracia de la prisión, levantó el acta siguiente; « En « la Prefectura del Caureje, Bayamo, á veintidós de Octubre de mil ochocientos « setenta y siete, se reunieron los Mayores Generales Francisco Javier de Cóspe-« des, Vice-presidente de la República, y Luis Figueredo; Comandante Agustín « Castellanos, Capitán Pedro N. Rodríguez, Teniente Federico Castellanos, Pre-« fecto Salvador Zamora y otros individuos del pueblo, con el objeto de manifes-« tar á la Cámara de Representantes el desgraciado acontecimiento de la prisión « hecha por los españoles en la persona del benemérito patriota Tomás Estrada « Palma. El día dieciseis como á las diez del día, estando acampado el Ejecuti-« vo en el sitio de Noy, se presentó el enemigo como en número de cien hombres « de caballería y sorprendió la vigilancia de la guardia, atacó decididamente, « pudiéndose tomar solamente los caballos que permanecían ensillados cerca de « los pabellones, cargándonos más de dos leguas, en cuyo tránsito fué necesario « abandonar las cabalgaduras del convoy. El Presidente y el Canciller Nicolás « Hernández se extraviaron, siendo encontrados por el Subprefecto Emilio Cabra-« les, C. Juan de Dios Perdomo y asistente Fernando Estrada, conduciéndolos á

«casa del Subprefecto el dieciocho. El diecinueve fué asaltada esta residencia «improvisadamente, dando por resultado el desgraciado acontecimiento á que se «hace referencia. En el ataque del diecinueve, todos dieron pruebas de querer «salvar al Primer Magistrado de la Nación, desplegando el vecindario verdadera «actividad en busca de Estrada, cesando dicha exploración al presentarse la ciu«dadana María de la C. Alvarez, prisionera de los españoles, manifestando ser «cierta la prisión del Presidente y Canciller y de otras personas del vecindario «de esta Prefectura. Todos, según la misma, fueron conducidos á Holguín. La «Patria y los firmantes sentirán eternamente la pérdida de tan benemérito pa«triota, y para constancia firman la presente acta.»

«Ignoro quién me habrá sustituído,—pensaba en el calabozo,—pero tengo fe «profunda en que cualquiera que sea la solución que hayan dado á este asunto, «ha de producir el resultado apetecido, cual es el de demostrar á España que las «individualidades no significan nada en el campo &.»

Tu inquebrantable fe te engañó: lo que hasta allí había sido una verdad axiomática, se vió convertido en un mito: la cuestión ya se hizo de hombres. ¡Desgraciado! Has caído, y sin piedad has desquiciado el escudo de la República que hasta hace poco se ostentaba orgulloso en su firme pedestal; has rasgado el precioso lema *Independencia ó Muerte*. ¿Quién te había de suceder? Después de tí.....nadie; el cataclismo, el caos, la cobardía: fuera tú de la escena, se cubrió la estatua del Patriotismo y la República de Cuba, esa patria, cuyo bajel tanto te esforzaste por sacar airoso en medio de la tempestad que lo azotaba, se hunde lastimosamente al faltarle su hábil piloto!.....

* * *

Antonio Bello y Rendón, Coronel del Ejército de Cuba, nació en Bayamo y tendría unos treinta y siete años en los instantes en que la Historia de Cuba debió adjudicarle el premio de haber sido el primero que ocupando una posición distinguida en la Revolución, rompía con toda suerte de consideraciones y se colocaba resueltamente del lado de la traición. No nos detendremos á hacer una minuciosa historia de este hombre y sólo daremos á conocer los datos principales de su vida revolucionaria, para que se tenga una exacta idea del individuo.

Bello recibió una esmerada educación, graduándose de maestro en la Escuela Normal de Guanabacoa. Era Director del Colegio de primera enseñanza de Bayamo, titulado *El Salvador*, que abandonó para unirse á la Revolución cuando ésta se posesionó de su pueblo natal el 18 de Octubre de 1868. Observó una conducta tan dudosa á los principios de la lucha, que se le acusaba, aunque nunca se comprobó, que tomó cerveza con el Conde de Valmaseda sobre los humeantes escombros de Bayamo. Pero si eso fué cierto, Bello, con su astucia y talento borró toda huella de este cargo. Logró llegar hasta obtener el mando del Regimiento Yara nº 1, para lo cual se anuló á uno de los jefes más prestigiosos y de más confianza, al heroico coronel Guevara. Llegó á ejercer tal influencia en Bayamo que arrastró á la Brigada al escándalo de las Lagunas de Varona, en Mayo de 1875. Sin duda logró esta preponderancia valiéndose de sus cualidades de hombre de instrucción, inteligencia, astucia y fácil y simpática palabra.

El veinte de Septiembre de 1877 arrastró á la mayor parte de los Jefes de Bayamo á una conferencia con el enemigo, que se celebró en el Congo, á dos leguas de Manzanillo, con el General Cortijo y los Brigadieres Bonanza y Dabán. Este fué el primer paso de la nefasta obra que había de contrarrestar los esfuerzos de los cubanos para el logro de la Independencia. Hasta allí habían sido motines, sediciones, pronunciamientos y defecciones en el campo cubano: era como una enfermedad endémica. A Bello le cupo la gloria de saltar la barrera respetada por todos, y hacer que el enemigo se aprovechase de la desordenada situación nuestra: él abrió la brecha por donde había de penetrar la traición.

Bello conocía la Circular del Presidente Estrada expedida por la Secretaría de la Guerra el veintiuno de Junio y marcada con el número seiscientos cincuenta y cinco, en que se declaraba reos de alta traición á todos los que celebrasen conferencias con el enemigo, y, por consiguiente, su conducta no podía justificarse. Aun más: su resolución, después de la entrevista del Congo, era traicionar la causa cubana, cuando con pretendida candidez, después de manifestar al Presidente que si sus indicaciones no tenían aceptación, volvería con la constancia de siempre á ocupar su puesto frente al Regimiento Yara. Recuérdese que aquella carta terminaba anunciando que asistirían á la conferencia los Brigadieres Bonanza y Dabán, que no habían de comparecer por cierto á tratar de reforzar el Regimiento Yara,—pretexto del proceder de Bello,—para continuar la lucha, sino que vendrían con su presencia y su palabra, de una manera directa, á influir en favor del triunfo de España sobre la Revolución!

El Coronel Jaime Santisteban, natural de Manzanillo, desempeñó un papel importante en el levantamiento de Octubre de 1868, figurando junto á Céspedes con el cargo de Jefe de Estado Mayor General y con el grado de Teniente General. En Bayamo se le formó una magnífica columna con las armas del rendido enemigo, y asistió al frente de unos seiscientos hombres á las operaciones contra Quirós en la jurisdicción de Cuba, en los primeros días de la Revolución. Poco después dimitió su cargo, quedando desde esa época sin destino en la República. Asistió al motín de las Lagunas de Varona, figurando, como Bello, en la candidatura que allí se lanzó para formar la Cámara, representando los principio de la sedición. Es un hombre bien educado y de modales extremadamente finos.

El C. Esteban de Varona, el comunicante *Marqueta*, que cuando la infausta prisión del General Calixto García Iñíguez jugó un papel tan importante, se encontraba en el campo desde aquella memorable fecha, Octubre de 1874, y hasta el momento que describimos, no había hecho nada que pudiera estimarse como un servicio á la Revolución. Poco antes de haber reaparecido en escena con Antonio Bello, se le había anunciado como prisionero del enemigo en Santa Cruz del Sur, cuya prisión, rodeada de circunstancias dudosas y desfavorables á Varona, se tradujo como una traición.

El Capitán José Alonso Rivero, de las fuerzas de Bayamo, era un oficial distinguido por su valor, y tenía un nombre acreditado en la Brigada de Bayamo.

José del Carmen Castellanos, era un práctico del enemigo, conocedor de aquella zona por sus muchos servicios á los españoles persiguiendo á los cubanos.

Antes de proseguir debemos dar á conocer la Circular del Presidente Estrada, sobre conferencias con el enemigo:

«República de Cuba.—Secretaría de la Guerra.—A los Jefes de Departa-«mento y División.—Circular número 655.—Residencia del Ejecutivo, Junio 21 «de 1877.—Es un hecho indudable que desde la llegada á la Isla del General «Martínez Campos, Jefe en ella de las tropas españolas, ha venido circulándose «maliciosamente el rumor de que los patriotas en armas están dispuestos á ajus-«tar la paz con el Gobierno de España sobre base que no es la Independencia de «Cuba.—Con el fin ciertamente de que adquieran valor los expresados rumores, «algunos Jefes del Ejército enemigo han solicitado, más de una vez, desde la fe-«cha citada, celebrar entrevistas con individuos del campo cubano. En tal con-«cepto, el C. Presidente ha dispuesto lo que sigue: Primero: Cualquier Jefe, «oficial, clase ó soldado y en general todo C. de la República que sea invitado «por persona que resida dentro de las líneas españolas para celebrar conferencias, «sea cual fuere el objeto de ellas, rechazará enérgicamente la invitación, y dará «cuenta en el acto, por conducto regular, á la Secretaría de la Guerra, acompa-«ñando los documentos que hubiese recibido.—Segundo: Todo el que faltase á «lo prescrito en el artículo anterior ó mantenga relaciones, sin estar autorizado «para ello, con individuo ó individuos residentes en el campo enemigo, será so-«metido por quien corresponda á la acción de un tribunal militar que juzgará al «acusado como reo de traición.—Tercero: durante el primer mes de la promul-«gación de esta Circular se le dará lectura en la orden del día, una vez por se-«mana.—Lo que comunico á usted para su inteligencia, circulación y exacto «cumplimiento.—MÁXIMO GÓMEZ, Secretario de la Guerra.»

Fiel Bello á su anuncio al Presidente Estrada, se presentó el cinco de Octubre seguido de los individuos ya dichos, en Jobo Dulce, al sur del Camagüey. Conocemos las dudas que de momento asaltaron al Presidente de la República acerca del procedimiento que habría de observarse con los reos, dado el distinto grado de culpabilidad que afectaba á cada uno en el grave paso que todos habían dado.

Esteban de Varona, que aunque no venía á hacer proposiciones las traía en nombre del General Martínez Campos, desenvueltas al Presidente en la manifestación que á nombre del Jefe español hiciera, y José del Carmen Castellanos, práctico del enemigo, estaban, desde luego, comprendidos en el Decreto Spotorno de 30 de Junio de 1875, y debían de ser sometidos á la acción de un Consejo de guerra verbal.

Sometidos á un Consejo consultivo, los otros tres reos fueron entregados también á un Consejo de guerra verbal, que condenó á Bello á ser pasado por las armas; á Santiesteban, á degradación, y á Rivero, á suspensión de empleo.

El día ocho de Octubre por la mañana fueran ejecutados Varona y Castellanos.

El Consejo sobre los demás no pronunció su fallo hasta tarde, el mismo día ocho, y el defensor interpuso recurso de nulidad contra el Tribunal por haberse faltado á cierta formalidad, y se suspendió la sentencia hasta que se evacuara una consulta que fué elevada al Presidente de la República. Mientras tanto llega la noche, y el astuto Bello, sobornando al oficial de la guardia, lo induce á que se fugara junto con ellos, lo que efectúan en la misma noche del ocho de Octubre, presentándose dos días después en Puerto Príncipe.

* * *

Tiempo es ya de que terminemos esta Conferencia; pero volvamos antes al Distrito de Holguín, donde *nuestro amigo* el Presidente cantonal, Collado, continuaba rigiendo á su modo los destinos de su liliputiense Estado. Allí las cosas seguían en el mismo desbarajuste *incomprensible* que conocemos. Sólo los individuos de aquel Gobierno, Comandantes Vázquez y Antonio Portuondo, con alguna gente, daban señales de vida, haciendo resonar sus armas de vez en cuando contra el enemigo. El Coronel Belisario G. de Peralta, con las fuerzas de Holguín occidental, marchó hacia sus lares y no se volvió á tener noticias de él. Limbano Sánchez operaba poco ó nada: su gente se le había desertado casi toda, y mucha se había presentado al enemigo. El grupo de los descontentos, como nos llamaban á Ríus, los Calás y á mí, seguíamos en nuestro aislamiento de costumbre. Del General Maceo se había obtenido alguna que otra razón y seguía progresando en su convalescencia: Ríus estaba ya casi de alta.

Un día nos sorprende la visita del Teniente Modesto Fornaris y nos anuncia que había visto por distintos rumbos á dos oficiales de la Brigada, procedentes del campamento de Collado, con una manifestación escrita, al pie de la cual había ya estampadas varias firmas, adhiriéndose á un cambio de ideas políticas y solicitando la Autonomía. Ya aquello no podíamos consentirlo impasiblemente. Me hice acompañar de mis amigos: hice una visita á Vidal, Jefe de la Brigada, le referí lo que pasaba y tomando algunos números de su escolta, unos ocho hombres, componiendo catorce entre todos, marchamos y acampamos fuera de las avanzadas del Gobierno del Cantón. Nuestra presencia los alarmó al extremo de ponerse sobre las armas; más aun, de que un oficial distinguido pidiera al Presidente su venia para *caernos á tiros y desalojarnos*, lo que Collado, con buen juicio, desatendió. Poco á poco llegaron varios oficiales en son de visita, y como descubriésemos que era un hecho que se recogían tales firmas adhiriéndose á la Autonomía, es más, que Collado públicamente daba lecciones sobre las ventajas y bellezas del sistema autonómico, y que el Comandante Portuondo, para representar la bandera que Cuba autonómica, según la relación de Collado, debía adoptar, había dibujado un estandarte en que aparecía un triángulo rojo con su estrella en el centro y dos campos amarillos separados por uno azul; protestamos contra tales trabajos, denunciándolos como atentatorios á la causa que habíamos venido defendiendo por nueve años, y, por consiguiente, traidores á nuestros principios á todos los que se adhirieran á aquéllos. Levantamos un acta y expedimos en ese sentido un Manifiesto que, firmado por todos, hicimos circular en el campamento del Gobierno cantonal. Nuestra actitud los desarmó, se recogieron las peticiones, y el mismo Presidente del Cantón honró al que os habla con una carta en que manifestaba haber sido una mala interpretación el rumor de la Autonomía. Recuerdo que el individuo del Gobierno C. Francisco Grave de Peralta, estuvo en nuestro campamento, y cuando le leímos nuestra Protesta y nuestro Manifiesto sustentando los principios que Céspedes había proclamado en Yara, creyó que era un documento acabado; pero se resistió á estampar su firma al lado de las nuestras: ya había firmado el autonómico. Evaporados los trabajos á favor de la Autonomía, nos retiramos.

La falta de recursos en la zona en que nosotros residíamos nos hizo mudar nuestro campamento, separándonos todos. Los oficiales Calás y el Teniente Coronel Ríus, sano ya de su mano, se internaron en la zona de Holguín, sobre los

campamentos enemigos. Yo, enfermo y abatido, marché á la costa sobre la bahía de Nipe, donde residía ya el C. Peralta, miembro del Gobierno cantonal. Entraba el mes de Enero de 1878. Cuando marchaba hacia aquel lugar por lo que podía llamar *mi vía dolorosa*, recibí la triste noticia de que Eduardo Machado, Presidente de la Cámara de Representantes, y Francisco La Rua, acababan de aumentar el ya extenso Martirologio cubano, muriendo en Camagüey, en combate con el enemigo. Un periódico español publicado en la ciudad de Holguín y dejado como al acaso para que yo lo recogiera en mi camino, me trasmitió la triste noticia. Bien sé que dicho periódico lo dejaron allí con la deliberada intención de que me enterara del nuevo golpe que la Fatalidad descargaba sobre la pobre Cuba; y si se hizo para convencerme de la inutilidad de nuestros esfuerzos, se obtuvo lo que se pretendió, pues la muerte de aquellos dos distinguidísimos patriotas era otro muy rudo golpe que recibía la causa de la Independencia de Cuba.

# NOVENA CONFERENCIA

Aislamiento.—Una comisión de Maceo.—Esperanzas halagadoras.—Testimonio del General Gómez y Teniente Coronel Roa.—El Pacto del Zanjón.—Consideraciones.—*Mirada á Oriente.*—*Llegada* de un amigo.—Proximidad de Maceo.—Plan de Martínez Campos.—Combate reñido y captura de dos convoyes.—Muerte del Teniente Coronel español R. Cabezas.—Prisioneros y muertos.—Sitio excepcional.—Derrota del batallón de San Quintín.—Nuestras bajas.—Aparición de una mujer.—La infausta noticia.—Comisión del Zanjón ante Maceo.—Actitud de éste.—Traición inaudita del Dr. Collado.—Mi aislamiento y mis angustias.—La comisión del niño Marcos.—Peregrinación á Guantánamo.—Maceo! mi única esperanza!—En el campamento.—*Interview* dolorosa.—Una carta.—En marcha.

EN LOS primeros días del mes de Enero de 1878 acampaba yo, en unión de algunos amigos, en la playa de Vallejo, sobre la hermosa bahía de Nipe, cerca de la entrada ó cañón del Ramón. Qué tiempo habría de permanecer allí y cuál era el verdadero objeto de ese viaje, no lo sabía á punto fijo. Probablemente no era otro que la necesidad que tenía mi espíritu de libertarse de aquella atmósfera putrefacta que lo rodeaba, y la apremiante de reponer mis fuerzas físicas casi agotadas después de tan largos como crueles padecimientos corporales y morales. Fuí, pues, á *tomar baños*.

Días de espera y angustia inexplicables en que, aislado de cuantos no pertenecieran á mi familia, tenía cortada toda comunicación con el mundo exterior. De vez en cuando era honrado con la visita del señor Peralta, miembro del Gobierno de Holguín, que residía inmediato á mi campamento, donde llevaba una vida regalada con elementos y gente á su disposición que proveyeran de pescado y viandas su rica despensa: mientras que los míos y yo nos alimentábamos con mariscos y desperdicios del mar. A tal extremo habían llegado las cosas en aquella revolución de la Revolución cubana!

Pero el adagio de "no hay mal que dure cien años" se vió, una vez más, confirmado en aquellos días, para que terminaran todos mis sinsabores y angustias, y mi espíritu renaciera al calor del patriotismo. En mi destierro me sorprende

una comisión directa del General Maceo, con la que este amigo me anunciaba la plausible noticia de estar de alta, y que pronto marcharía en mi socorro á librarme de la muerte cierta á que me habían condenado los acontecimientos. Volaría pronto en mi auxilio y en el de Holguín. Pocas veces me he sentido más feliz: mi perseverancia y mi fe iban á tener su premio merecido. Llegué á formarme la ilusión de que tendríamos Patria. Cierto que faltaban Estrada, Machado, La Rua, el Coronel Betancourt Guerra, Panchito Estrada y otros Jefes de importancia arrebatados á nuestro respeto y nuestro cariño por el huracán del desorden desatado en todo el territorio de la Revolución; pero, pensaba yo, mientras tengamos un Maceo en Oriente y un Gómez en el Centro, mientras haya un grupo que sostenga enhiesta allá y acá la bandera de la Revolución, no hay por qué desesperar. En ese sentido contesté al General Maceo al exigirle, en nombre de nuestra causa, que volara á Holguín. Comprendí que ya Collado había dado de sí cuanto podía esperarse; sabía que los Jefes principales y aun la tropa, después de la efervescencia del desorden clamaban por Maceo, y me constaba que triunfaríamos. El semblante de todos los habitantes de la pequeña Colonia,—Fernando Póo, como decía uno de los humorísticos compañeros,—se animó, y todo en lo sucesivo fué esperanza y buen deseo. Dábamos por bien empleados todos nuestros sinsabores al pensar que los dolores de la patria infortunada también habían de tener pronto y seguro término.

* * *

Nos creemos completamente desautorizados para relatar los sucesos objeto de la presente Conferencia. Confinado á mi destierro de Holguín oriental; alejado del teatro de los acontecimientos, sin haber logrado obtener una relación detallada de cuanto allí pasó, y sin ser míos exclusivamente míos, los datos que pudiera ofrecer, *séame permitido declinar* el *honor* de esta narración de sucesos importantísimos á los testigos presenciales y acreditadísimos General Máximo Gómez y Teniente Coronel Ramón Roa, personas que me merecen la mayor respetabilidad y crédito, copiando alternativamente párrafos de sus escritos sobre la *materia*.

Dice Roa en su carta á J. M. Macías, *Convento del Zanjón*, folio 7: «En «el mes de Octubre, cuando la campaña era sostenida en el Centro sólo por el «Regimiento Jacinto, por grupos á las órdenes del Brigadier Benítez y Coronel «Mola, y por otras fracciones casi insignificantes en número, ocurrió la llegada «de Esteban de Varona, Antonio Bello y sus secuaces, quienes venían con indi«caciones de paz el primero, con no sé qué pretextos los demás; pero todos proce«dentes de las líneas enemigas. La Ley los condenaba y ya Vd. conoce el fallo de «la *Comisión*. Por esta época sucedió la separación de Holguín, erigido en Can«tón aparte bajo los auspicios del Diputado doctor Collado. En Bayamo la de«fección de Bello fué seguida de la de otros muchos, que se convirtieron en «instrumentos eficaces de nuestros adversarios.—En Noviembre y Diciembre la «persecución contra el Camagüey fué tan tenaz y de resultado para el perseguí«dor, especialmente en el Territorio del Este, donde se había "localizado" la

«guerra. "Jacinto," única fuerza que se conservó en el orden, se vió diezmado, «y el Gobierno y la Cámara, á quienes custodiaba, tuvieron que fraccionarse «después de varios percances. En las operaciones desde Agosto en el Centro, «habíamos perdido en la clase de Jefes, al Coronel Urioste, Teniente Coronel «Duque de Estrada, Teniente Coronel Carlos Agüero, de *Jacinto*, Teniente «Coronel Cosío; y los Comandantes A. Valdés y Pablo Díaz, prisioneros; el Di- «putado Machado, Coronel G. Betancourt Guerra, Teniente Coronel Sorí y Co- «mandante La Rua, muertos en acción, y, por último, al Presidente de la Repú- «blica que cayó en poder del enemigo.»

El General Gómez dice, folio 28: «El trece de Diciembre llegó el Vicepresi- «dente al punto en que me hallaba reunido á la Cámara con una escolta de in- «fantería como de sesenta hombres, casi puede decirse que la mejor que quedaba «en el Camagüey y que ocupada casi siempre en su custodia no podía siquiera «molestar al enemigo. Puse inmediatamente en manos de Céspedes mi renuncia, «que aceptó, presentando á su vez él la suya á la Cámara. Casi inmediatamente «nombró éste nuevo Presidente, siendo electo el General V. García. Jamás podré «creer que en ninguna parte se despachen asuntos de tanta trascendencia con tal «celeridad: para todos fué una sorpresa y hasta los mismos que lo nombraron de- «bieron asombrarse al consumar el hecho. Era de esperar que al elegir al que «iba á ocupar la Presidencia de la República tratasen de buscar al hombre que á «su inteligencia, actividad y valor, reuniese la condición de ser el que pudiese «aunar las voluntades de todos ó de la mayor parte, puesto que la falta de unión «era el principal enemigo que teníamos que combatir; mas el General García, «aunque posee parte de las primeras, carecía tanto de la segunda que nadie espe- «raba su elección, pues era mal querido en Cuba, parte de Holguín y Bayamo, «completamente desprestigiado en Camagüey por su conducta política, é impo- «pular en las Villas desde que se negó á hacerse cargo del mando de aquel Cuer- «po de ejército; solamente tenía algún partido en Holguín y Bayamo y sobre todo «en las Tunas, donde ha sido siempre querido; mas la conducta de su tropa en Sao «Nuevo deja lugar á dudar de su ascendiente, cuando en momentos tan críticos «lo abandonaban. La sorpresa fué general y se comprende cuando hasta á él le «sorprendió, pues en una de sus cartas publicada en *La Independencia* de New «York dice: "parece que al nombrarme fué para que la República muriese en «mis manos."»

Y sin embargo, yo me explico este último paso de la Cámara, y la creo al obrar así de la mejor buena fe, según la explicación que me dió más tarde en el extranjero uno de los Diputados. Nadie puede dudar que en los momentos de vida ó muerte por que se atravesaba, la cuestión no era ya de inteligencia sino de acción, y ningún ciudadano de la República se encontraba en situación más ventajosa para emprender un movimiento brusco que hubiera desorientado al [illegible] y dado calor á la Revolución, que Vicente García. Contaba con las Tunas entera, que le obedecerían en ese sentido y con las fuerzas de Jacinto y escolta del Gobierno. De momento podría haber dispuesto de 500 ó más hombres, que sólo él podía mover; luego es indudable que Peralta se le habría unido en Holguín así como las fuerzas de Bayamo. No hay que dudar que Maceo y Crombet habrían coadyuvado gustosos, y que puestas todas esas fuerzas en acción de Oriente á Camagüey, unos 1,500 hombres, habría habido esperanzas de resistencia

y quizás de triunfo. Pero faltó la acción, el tiempo se perdió en comentarios, y el nuevo Presidente se entregó en brazos de la situación sin pretender detener el mal en la pendiente vertiginosa que arrastraba á Cuba á un abismo.

Continúa Roa, fólio 7: «Sólo el General Maceo podía ofrecer y ofrecía resis-« tencia que merezca mencionarse. El enemigo se había reconcentrado sobre el « Centro y redoblado allí su actividad. En Sancti Spíritus y Remedios había es-« caramuzas: entre Cienfuegos, Villaclara y Sagua, nada. El Brigadier Maestre, « al decir de los españoles, andaba en *conferencias* y es lo cierto que sus armas re-« sonaban poco, al paso que el Coronel Cecilio González se encontraba en la Cié-« naga de Zapata, aunque el General Martínez Campos ni nuestro Gobierno lo « sabían entonces. No operaba. Y no estará de más advertir aquí, que el Cauca-« güey, en donde estaba el Gobierno, contaba por meses el tiempo trascurrido sin « comunicarse con los demás Departamentos. En el último tercio de Diciembre, « por solicitud del General Javier Céspedes, encargado del Poder Ejecutivo, la « Cámara de Representantes eligió Presidente, recayendo la elección en el General « Vicente García, el de "Las Lagunas," el del "once de Mayo," el del "movi-« miento político." No sé si el mismo día, ó dentro de las veinticuatro horas « subsiguientes tuvo lugar una reunión de Diputados, Jefes y Oficiales para *pulsar* « la situación y buscarle algún remedio. Si se le juzgó grave ó no, dígalo el Pre-« sidente de la Cámara, Salvador de Cisneros y Betancourt, que indicó al Teniente « Coronel A. D. de Estrada la necesidad de que viera al Teniente Coronel Esteban « D. de Estrada, tío de éste, prisionero residente en Santa Cruz, para que á su vez « dijera al Jefe español que hiciera proposiciones.»

El General Gómez refiere, fólio 29: «El Vicepresidente Céspedes nos dijo « haberse establecido en Holguín un titulado Gobierno Provisional, al frente del « cual figuraba el doctor José Enríquez Collado; de Bayamo y Cuba, las noticias « no eran tampoco nada satisfactorias. Aquel mismo día se me acercaron el Di-« putado Antonio Aguilar y Teniente Coronel Aurelio D. de Estrada, pidiéndome « mi opinión sobre el estado de la Revolución. Les hablé con franqueza, dicién-« doles que estábamos atravesando una época difícil; me contestaron que opinaban « del mismo modo y me indicaron si creía posible un arreglo ventajoso con Espa-« ña: les dije que esa era cuestión muy seria y que debía pensarse; que era preciso « conocer la opinión del pueblo y que creía difícil conseguir la independencia con « los elementos que contábamos; ambos me significaron que todos allí estaban in-« clinados á la paz y que Salvador Cisneros, que era de los que podía dirigir la « opinión, hacía siete meses—esto dijo Antonio Aguilar,—le había confesado su « inclinación á ella: ambos se retiraron y no volví á ocuparme más de ese asunto. « Pero después vi que la Cámara celebraba una sesión, á la que fué llamado el Te-« niente Coronel Aurelio D. de Estrada, lo que me llamó la atención; supe más « tarde que había revocado el Decreto Sportono sobre los portadores de proposi-« ciones de paz que no fueran bajo bases de independencia y que se había indica-« do ó pedido,—no estoy seguro,—que el pueblo allí reunido hiciera una manifes-« tación para poder obrar en su nombre. En las primeras horas de la noche hubo « una reunión á la que asistieron los Jefes y oficiales que estaban en el Campa-« mento: el objeto de ella era, que no pudiendo tomar la Cámara la iniciativa en « el asunto, pues era inconstitucional hacerlo bajo bases que no fueran la Inde-« pendencia, se trataba de que el pueblo lo hiciera, presentando una manifestación

«que autorizase á ese Cuerpo para ello: todos acogieron agradablemente la idea, «sólo que no hubo francas manifestaciones, contenidas en unos por un sentimiento «de amor propio, y en otros porque cautos, aunque la deseaban, no querían car- «gar con la responsabilidad de tan grave paso: se trabajaba por conseguir ese fin- «pero se ocultaban: no es fácil encontrar en los hombres la fuerza de convicción «suficiente para hacer aquello que las circunstancias reclamen como necesario a, «país, arrostrando el peligro de frente, esperando que el tiempo y la justicia de «su causa hagan ver la verdad. La situación de la Revolución era tal que «pedía esa medida: se veía la necesidad; pero se temía el juicio de los que desde «lejos contemplaban la lucha y no conocían la situación: debido á esto es que ha «aparecido el hecho envuelto en el misterio, pues sus autores le han negado la «paternidad.»

Roa continúa, página 8: «El Jefe contrario, sin el preliminar de convenio «alguno, suspendió, desde luego, las hostilidades, en el Este y Sur de Camagüey, «y envió al campo insurrecto al mencionado Duque de Estrada para poner su «determinación en conocimiento del Brigadier Benítez. Este quiso reducir á «prisión al emisario; pero aconsejado por varios diputados, jefes y oficiales, en- «tre los primeros Cisneros Betancourt, se convenció, conforme le dijeron, de que «tenía derecho á aceptar la suspensión de hostilidades, en virtud de haber acor- «dado la Cámara, después de la ejecución de Varona y antes de la salida del Te- «niente Coronel Estrada para Santa Cruz, que recibirían comisionados para tra- «tar de suspensión, cange y regularización, cuyo acuerdo fué promovido por el «susodicho antes mencionado y ya referido Presidente de la Cámara, Salvador «de Cisneros Betancourt.»

Sigue el General Gómez, página 30: «El Comandante Agustín Castellanos «era el encargado de indicar el objeto y suplicó al Brigadier González lo sustitu- «yera. Este rehusó, pero instado nuevamente por Castellanos y otros oficiales, «aceptó y dijo: "Deseando la Cámara tomar una medida en vista del estado de «la Revolución, deseaba saber el espíritu de los que allí se encontraban para po- «der obrar con desembarazo." Como á la verdad esto no explicaba con clari- «dad lo que se quería hacer, hubo un momento de silencio, pidiéndose luego «que hablase yo; así lo hice y dije: "Atravesamos por un período peligroso, la «falta de unidad nos ha debilitado completamente: Holguín acaba de erigirse «en Cantón. Separándose de todo lo existente ha nombrado un Gobierno, cuyo «programa existe allí en el bufete del Vicepresidente y que todos han leído. La «Cámara ha nombrado Presidente al General Vicente García y se duda sea acep- «tada esta determinación. Por otra parte, el General Martínez Campos, ensa- «yando una política completamente nueva en Cuba, y aprovechándose de nues- «tras discordias, va aniquilando la Revolución y nutriendo su ejército con «nuestros despojos. Creo, pues, necesario tomar una determinación. He aquí «mi plan: Oficialmente y por los poderes supremos pásesele una comunicación «al General Campos diciéndole, que deseando una parte del pueblo la paz,—sin «decirle bajo qué bases,—suspenda las hostilidades en toda la Isla por un plazo «determinado, para que, reunido el pueblo en una asamblea, pueda deliberar li- «bremente sobre sus destinos: mientras tanto se mandará una Comisión al ex- «tranjero. Una vez reunidos, si quieren la paz, se estudie bajo qué bases y con- «diciones pueda hacerse, y si se quiere seguir la guerra, se consiguen grandes

« ventajas, se ganaría tiempo, se unificarían los cubanos, nombrando un Gobier-
« no por el voto popular, que sería por esta razón fuerte y con verdadera exis-
« tencia moral, y lo que es más, que dada esta solución, indudablemente decaería
« el prestigio del General Campos, quedando quizás asegurada la Revolución,
« porque gastado él, á España no le queda otro hombre que mandar á Cuba.'"
« Esto dije: fué aprobado con entusiasmo, quedando resuelto se pasaría al si-
« guiente día la manifestación á la Cámara. »

Roa continúa, folio 9: « El ocho de Enero recibió el General Gómez, en mi
« presencia, un expreso del Brigadier Benítez. Este le daba cuenta de la sus-
« pensión de hostilidades que hasta entonces ignorábamos, y le suplicaba mar-
« chase con los diputados Spotorno y Betancourt para que le ayudásemos todos á
« salir del *berengenal* en que estaba metido, pues él había aceptado, por su parte,
« la suspensión. Nos pusimos en marcha dudando aún, no de la exactitud de la
« noticia, sino de que se cumpliera el convenio tácito habido entre los jefes de
« ambos mandos, por no haber mediado trámite alguno oficial y legítimo. Una
« proclama del Comandante General Cassola, hallada al paso, nos sacó de dudas,
« pues anunciaba que se reanudarían las hostilidades el trece. »

Y el General Gómez continúa al folio 31: « Ese mismo día,—el once,—me
« dirigí á la zona de Najasa y desde allí empecé á tratar de embarcarme para
« Jamaica, tan pronto como el Presidente me lo permitiera. Preocupado con
« mis propios negocios, pues la salida no era fácil entonces, no me ocupé más de
« lo sucedido en la loma de Sevilla,—refiérese á la reunión popular,—pero sí
« pensé que el resultado sería la presentación de muchos soldados. Así estuvi-
« mos sin noticias hasta el día ocho de Enero, día en que recibo una carta del
« Brigadier Benítez, concebida en los términos siguientes: "El Pocito, Enero 9
« de 1878.—Mayor General Máximo Gómez.—Apreciable amigo: ayer llgué á
« este lugar, y sentí infinito no haberlo encontrado, pues lo deseo para que me
« ayude á salir del *berengenal* en que estoy metido. A consecuencia de la junta
« de Sevilla y de la ida de los diputados y el Teniente Coronel Aurelio D. de
« Estrada á Santa Cruz, parece que hablaron con Esteban Duque de Estrada y
« lo pusieron al corriente de lo que pasó allí, el resultado es que el dos del co-
« rriente se me incorporaron los dichos diputados y el Teniente Coronel Aurelio
« Duque de Estrada y con ellos Esteban; éste me manifestó, que amparado con
« el último Decreto de la Cámara pasaban á tener una conferencia con el Gobier-
« no, Cámara y jefes militares, autorizados por el General Martínez Campos: que
« éste había hecho cesar las hostilidades entre el camino de Santa Cruz, hasta
« Contramaestre, desde aquí al Brazo y el río de Sevilla hasta su desembocadura,
« para que tuviera efecto la entrevista. Le contesté no podía aceptar nada, y
« que si se presentaba el enemigo haría fuego: así es que espero su llegada para
« que me ayude á salir.—Si el Coronel Spotorno está por allá, lo mismo que Roa,
« el Brigadier González y los diputados Sánchez y Betancourt, que vengan tam-
« bién: tengo comisiones buscando al Presidente y diputados que faltan. Mis
« recuerdos á todos, y usted reciba el buen afecto de su amigo, G. Benítez.—
« P. D. Lo espero con ansia, pues en estos lugares hay muchos con miedo y es
« preciso hacerle comprender á nuestra gente que el honor no debe perderse y
« que en todo caso debemos saber morir: algunos diputados están con mucho mie-
« do y ahora es cuando es nuestro deber ver lo que somos: yo estoy dispuesto á

« morir ó ver el fin que me he propuesto. Llevamos diez años de una guerra te-
« rrible, y no es posible que uno abandone así su ideal.—BENITEZ."

« Inmediatamente, -dice el General Gómez,—pasé aviso al Coronel Juan B.
« Spotorno y Teniente Coronel Ramón Roa que se hallaban cerca, para que vinie-
« sen á mi campamento, les enteré de todo, y al día siguiente salimos para el
« Cuartel de la División.—Casi estaba vencido el plazo que el General Campos
« había concedido para la suspensión de hostilidades, así fué que encontramos
« por las veredas la orden impresa del General Cassola, Comandante General del
« Centro, avisando que al día siguiente se romperían las hostilidades: forcé la
« marcha llegando el mismo día al campamento. »

Dice Roa, folio 9: « Llegamos al campamento del Brigadier Benítez á mar-
« cha forzada, creo que el día doce. El Brigadier, que yo sepa ó recuerde, no se
« consultó con nosotros, como expresaba desearlo en su carta, sino con Cisneros
« Betancourt y demás diputados de Camagüey, resolviendo que el Dr. Luaces y
« yo saliésemos para el Chorrillo, donde debía haber llegado el General Martínez
« Campos, para conferenciar con éste y acordar una prórroga definida del estado
« de suspensión, que había prometido prorrogar el General Cassola, sin fijar tér-
« mino en la entrevista con el Comandante Collazo. Conforme á instrucciones
« conferenciamos, *sin que se tocase un punto acerca de paz*, y se convino, no sin al-
« gún trabajo, en extender el plazo al día diez de Febrero próximo, fundándonos
« nosotros en que el Presidente electo no había llegado todavía al campamento, á
« pesar de haberse marchado en su busca *hacía ya semanas, sin que pudiera encon-*
« *trársele*. Tal era el estado de incomunicación.- El jefe español expidió volantes
« para facilitar el tránsito de nuestras fuerzas, fuera del territorio neutralizado,
« hacia el campamento del Brigadier Benítez, acordándose un aviso previo de al-
« gunos días para romper las hostilidades en su caso. El Brigadier despachó
« para Oriente á los Comandantes Collazo y Castellanos para que se vieran con el
« General Marco y para ponerse con él al habla. El Diputado Marcos García
« salió para las Villas, tanto para cerciorarse de lo que allí pasaba como para in-
« formar del estado de las cosas que dejaba á retaguardia, y otro oficial se dirigió
« en pos del electo Presidente. Ni Luaces ni yo, ni ningún otro jefe ú oficial del
« Ejército cubano en el Centro, había infundido aún con sus palabras esperanzas
« de paz al enemigo. »

El General Gómez, página 31, dice: « Encontré allí,—campamento del
« Brigadier Benítez, -á uno de nuestros prisioneros: al Teniente Coronel Esteban
« Duque de Estrada, portador de comunicaciones para la Cámara y el Gobierno,
« y que, públicamente, no conocía nadie aún. Había salido de Santa Cruz del
« Sur reuniéndose al Teniente Coronel Aurelio Duque de Estrada, que en unión
« de algunos diputados lo habían venido á ver después de la reunión de la loma
« de Sevilla. No se había podido reunir la Cámara, ni tampoco los jefes, y se
« venía ya el plazo, mas Benítez mandó al Comandante Enrique Collazo en co-
« misión cerca del General Cassola pidiendo prórroga de la suspensión de hostili-
« dades; Collazo retornó el mismo día obteniéndose lo que se pidió. Benítez me
« había llamado para que lo ayudase á salir airoso de aquel asunto, mas ¿qué po-
« día hacer yo? Al hacerle la observación de que no debió haber admitido la
« suspensión de hostilidades sin la autorización del Gobierno, me contestó que en
« una junta de jefes, á la que asistió el Diputado Salvador Cisneros, éste le dijo

« que podía hacerlo sin incurrir en responsabilidad, y que en todo caso él la asu-
« miría como Presidente de la Cámara.

« Fíjense en las anomalías que tuvieron lugar allí: el Brigadier Benítez era
« intransigente rojo, expresaba sus sentimientos enérgicamente, y sus palabras
« eran de Independencia ó Muerte; mas inducido por otros, acepta la suspensión
« de hostilidades, envía comisiones pidiendo prórroga y reune la Cámara y fuer-
« zas á su mando; Salvador Cisneros aparece también como intransigente; sin
« embargo, admite la paz momentanea que le brinda el enemigo; induce á Beni-
« tez aprovechando el prestigio del puesto que ocupa, para que acepte la suspen-
« sión de hostilidades,—lo que no hubiera hecho yo, aunque hubiese estado por
« ella,—sin la autorización del Presidente, no teniendo aun el cuidado de salvar
« la responsabilidad oficial. Más aún, se reune la Cámara y allí donde debían
« pensar lo que hacían, pues encomendado estaba á ella la salvación de la Repú-
« blica, trasmiten la orden al Presidente para pasar á aquel campamento á tratar
« del asunto, sabiendo que no iban á hacer la independencia del país: y ese Cuer-
« po lo presidía quien quería pasar por intransigente. »

Roa continúa al folio 10: « Collazo y Castellanos llegaron á Holguín y has-
« ta Cuba y no pudieron avistarse con el General Maceo, *ni con ningún otro cubano*,
« á pesar de los conocimientos del terreno que poseía el segundo. El Diputado
« García sentó sus reales en las Villas, campamento insurrecto del Coronel Sera-
« fín Sánchez, cerca de Iguará, cuyo Coronel Sánchez *estaba ya comunicándose con*
« *la autoridad de España*. —El Presidente Vicente García vino al campamento del
« Brigadier Benítez muy pocos días antes del diez;—paréceme que el cinco,—
« había conferenciado con el General Prendergast en las Tunas, por medio del
« Coronel Fonseca y del ex-Diputado Trujillo y había recibido un pliego de pro-
« posiciones referente á la paz. Dió cuenta á la Cámara, se hizo público el plie-
« go *ó billete amoroso* como sardónicamente algunos lo llamaron, y esta fué la señal
« para que por *primera vez* se hablase, sin embozo, de la paz en el Cuartel de
« nuestra fuerza. Hasta entonces, si todos ó algunos se sentían inclinados á *ella*
« ó de *ella* hablaban en privado, ninguno se había declarado abiertamente. Y allí
« también *por primera vez* se habló de *paz* con el caudillo español, clara, extensa
« y patéticamente. Tan complacido quedó el General Campos, que su semblante
« hubo de animarse después de la duda que hasta entonces tuviera respecto del
« resultado de la suspensión de hostilidades.—El General Gómez y el Brigadier
« González, por ser extranjeros, sin colocación, y yo, por enfermedad,—reuma-
« tismo articular,—hicimos petición de pasaportes para el exterior, lo cual nos
« fué denegado el cinco de Febrero.—Llegó el momento fatal, la fuerza armada
« se formó y casi unánimemente hecha la manifestación de que vencía el plazo,
« aclamó la *paz*. Deshecha la formación como soldados, la pidieron también co-
« mo ciudadanos, tomándose la votación por escrito y ratificándose de varias
« maneras. En este estado renunció la Cámara de Representantes y quedó di-
« suelta, nombrándose un Comité de siete para ajustar la paz con el General
« Martínez Campos sobre bases honrosas. Ya en Sancti Spiritus se habían hecho
« *manifestaciones* terminantes, favorables á ese fin, las que decidieron al Represen-
« tante de las Villas, Coronel Spotorno, á renunciar sus poderes. No asistían á
« las sesiones hacía meses los diputados por Oriente.—Los de Camagüey creo
« que todos, exceptuando Salvador Cisneros Betancourt, que tuvo á bien protes-

« tar, como no era de esperarse dada su conducta de esos días, se resolvieron á « votar con los de Occidente la disolución del Cuerpo Legislativo. »

El General Gómez dice, página 32: « Había terminado yo ya en Cuba, no « tenía puesto alguno y mi ocupación era comentar los hechos; hablando con al- « gunos amigos les decía: traten de arreglar esto de cualquier modo, pero pronto. « pues insensiblemente y gracias á la política del General Campos, que secundó « refinadamente el General Cassola, nos estábamos codeando con los españoles, « sin que se definiera la situación y temía formaran una triste idea de nosotros; « colocados en este terreno les decía, la paz ó la guerra, pero pronto.—Sentía que « mis amigos de Oriente ignorasen lo que pasaba, pero no tenía medios de avi- « sarles; mas en aquellos momentos me consulta Benítez la conveniencia de par- « ticipar los sucesos á los otros Estados: aplaudí la idea y ese mismo día salió pa- « ra las Villas el Diputado Marcos García y para Oriente el Comandante Enrique « Collazo al que dí cartas para los Generales Díaz, Calvar y Maceo; me concreté « á decirles sin detalles lo que sucedía, me abstuve de manifestar mi opinión in- « clinada á la paz, y concluía diciendo esperaba la licencia, que ya había pedido, « para dejar el país: no quise dar mi opinión no se pensase que quería pensasen « todos como yo: me era eso indiferente; mi resolución estaba hecha, pensaba de- « jar á Cuba aunque fuera independiente.—Desgraciadamente, el Comandante « Collazo, regresó después de una marcha terrible, sin haber encontrado á nadie. « Se recibe contestación del General García diciendo se pondría en marcha tan « pronto como volviesen el Coronel Modesto Fonseca y Ramón Pérez Trujillo, á « quienes había enviado á tener una conferencia con el General Prendergast, pa- « ra oir proposiciones que también se hacían por allá. Esta noticia disipó los « temores que algunos tenían de que el General García fuese intransigente y no « sólo no acudiese al llamamiento de la Cámara, sino que diese una contestación « resuelta en la idea de independencia ó muerte, condenando la conducta de los « inclinados á la paz.—El día cinco de Febrero llega el General García al cam- « pamento de la Calilla, escoltado por ciento y pico de infantes y como treinta « jinetes de las fuerzas de las Tunas, trasladándose al siguiente día á San Agustín. »

Continúa Roa, folio 11: « El Comité se sirvió nombrar á Luaces y á mí pa- « ra cerrar el convenio, y el día diez, después de algunas diferencias que se zanja- « ron con *instrucciones directas* del pueblo, el cual había modificado las proposiciones « recibidas por el Presidente García, se acordó el Tratado del Zanjón.—Para el « caso de desavenencias se había convenido en que la Cámara y el Presidente se- « rían restituídos á sus puestos para continuar la lucha, quedando mientras tan- « to como Jefe del Estado el Presidente García, que aceptó el nuevo orden de « cosas, según consta en actas del Comité y según nota del Presidente García al « General Martínez Campos, participándole la salida de los comisionados del Co- « mité Luaces y Roa para el Cuartel General español, á negociar la paz. »

En la página 12, dice: « Se fijó el dieciocho de Febrero para efectuar la ca- « pitulación. Mientras tanto el Comité despachó comisiones para informar á los « demás é invitarlos al movimiento, á fin de que fuese simultáneo en caso de « asentimiento. En las Villas todos se adhirieron, como lo comprueban los he- « chos. En Oriente, aunque no se admitió de pronto la suspensión de hostilida- « des, se entablaron por último negociaciones, que despnés de varios incidentes, « trajeron el resultado que todos conocemos. Verdad es que Oriente, una vez

«aislado, único objetivo del contrario, no podía ya razonablemente resistir con «buenas esperanzas.»

En la página 13, dice: «Del diez al veintiocho de Febrero, desde el día del «convenio hasta el de la capitulación, las comisiones desprendidas del Comité «recorrieron casi todo el territorio insurrecto, informando favorablemente al «Centro respecto del espíritu de paz que reinaba en todas partes, excepto en las «fuerzas del General Maceo,—Guantánamo y Cuba.—que no estaban reunidas, «y cuya inclinación se ignoraba, sospechándose desde luego que dicho General y «algunos jefes estaban decididos á continuar la guerra.—En la tarde del vein- «tiocho de Febrero las fuerzas del Centro, —400 hombres armados,—entraron «por su voluntad en la ciudad de Puerto Príncipe, capitulando en el Cuartel de «la Vigía, al mismo tiempo que en la jurisdicción de Sancti Spíritus lo hacían «las fuerzas de aquella Brigada. Oportuno paréceme observar, para que se vea «si era espontáneo el movimiento de la paz, que á pesar de haberse convenido «en que la capitulación fuese en despoblado, las fuerzas armadas, después de dos «meses de armisticio, decidieron por sí mismas que tuviera lugar el acto de la «manera como se efectuó!.....»

Refiere el General Gómez, folio 33: «Enterado, Vicente García, minu- «ciosamente de todo por el Brigadier Benítez, celebró una conferencia con la «Cámara, y al día siguiente sale con su Escolta, Estado Mayor y algunos jefes «más, invitados por él, á tener una conferencia con el General Martínez Campos «á quien había dado cita. Esta tuvo lugar en el Chorrillo, sin que pueda decir «las instrucciones que le diera la Cámara, así como tampoco la actitud que pen- «saba adoptar, ó qué fuera lo que iba á tratar con el General en Jefe del Ejérci- «to enemigo: nada pudo saber sobre estos particulares, pues ni él ni ninguno «de los diputados me dijo una palabra, y aunque pudiera hablar por referencias, «no quiero hacerlo.—Regresa el General García al campamento y participa ha- «ber ofrecido al General Martínez Campos se le mandarían las proposiciones ó «condiciones en que debía hacerse el arreglo: mas no pudiendo los Supremos «Poderes de la República entender en el asunto por ser inconstitucional debían «volver al pueblo sus facultades, para que, como soberano, resolviese su destino. «Se hizo así, redactándose una manifestación á la Cámara, que firmaron varios, «y desapareció aquella entidad moral que vivió nueve años agonizando: en esa «hora perdió Cuba el fruto de nueve años de sacrificios. El General García que- «dó como Jefe del Departamento.—El Brigadier Rafael Rodríguez, que había «permanecido allí, sin tomar parte en los sucesos, fué llamado por el General «Vicente García, primero, para que interviniera en la manifestación del pueblo «á la Cámara, y aunque me consta que rehusó en vista de aquel desbarajuste, «tuvo que aceptar; y segundo, puesto que el pueblo estaba en aptitud de resol- «ver la cuestión, procediese á nombrar un Comité, al que dándole sus poderes «terminase las negociaciones de paz ya empezadas.—El Brigadier Rafael Rodrí- «guez, Coronel Spotorno y Dr. Luaces, hacen formar en cuadro toda la gente «que allí había. Frente á la tienda del General García, les explican minuciosa- «mente lo que había de hacerse y les preguntan si estaban por la paz; para más «claridad dijeron, y por si alguno no hubiese entendido, se formaran en dos «grupos; los que deseasen la guerra marcharían á formar debajo de un árbol allí «inmediato, y los que pensasen de un modo distinto, permaneciesen en sus pues-

«tos: nadie fué á formar el otro grupo. A los oficiales se les había pedido su «voto por escrito, habiendo sólo dos por la guerra.—Se procedió después al «nombramiento del Comité por votación, y salieron electos por mayoría de vo- «tos, como Presidente Dr. Emilio Luaces; Secretario, Brigadier Rafael Rodrí- «guez; vocales: Brigadier Manuel Suárez, Coronel Juan B. Spotorno, Teniente «Coronel Ramón Roa, Comandante Enrique Collazo y C. Ramón Pérez Trujillo. «—Como el General Campos había exigido se resolviera la cuestión prontamen- «te, puesto que habían transcurrido ya muchos días, prorrogándose siempre los «plazos, salió una comisión á participarle lo ocurrido y que debía entenderse «con el Comité, el que se ocupaba de redactar las proposiciones.—El día nueve «estaba terminado todo, saliendo los comisionados Dr. Luaces y Coronel Roa. «Al presentarlas al General Martínez Campos, quedando en todo conforme, fijó- «se el día veintiocho para efectuar la capitulación en la forma convenida. —Aquí «creemos conveniente transcribir el acta del Comité, referente á las Bases de la «Capitulación, según acuerdo del diez de Febrero de 1878.— «Constituídos en «junta el pueblo y fuerza armada del Departamento del Centro y agrupaciones «parciales de los otros Departamentos: Como único medio hábil de poner térmi- «no á las negociaciones pendientes en uno ú otro sentido, y teniendo en cuenta «el pliego de proposiciones autorizado por el General en Jefe del Ejército espa- «ñol; resolvieron, por su parte, modificar aquéllas, presentando los siguientes «artículos como Bases de una Capitulación.—Artículo primero: Concesión á la «Isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas «de que disfruta la isla de Puerto Rico.—Segundo: Olvido de lo pasado respecto «de los delitos políticos cometidos desde 1868 hasta el presente y libertad de los «encausados ó que se hallen cumpliendo condena dentro ó fuera de la isla. In- «dulto general á los desertores del ejército español, sin distinción de naciona li- «dad, haciendo extensiva esta cláusula á cuantos hubiesen tomado parte directa «ó indirectamente en el movimiento revolucionario.—Tercero: Libertad á los «colonos asiáticos y esclavos que se hallen hoy en las filas insurrectas.—Cuarto: «Ningún individuo que, en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo «la acción del Gobierno español, podrá ser compelido á prestar ningún servicio de «guerra mientras no se establezca la paz en todo el territorio.—Quinto: Todo «individuo que en virtud de esta capitulación desee marchar fuera de la isla «queda facultado y le proporcionará el Gobierno español los medios de hacerlo «sin tocar en poblaciones, si así lo desea re.—Sexto: La capitulación de cada fuer- «za se hará en despoblado donde con antelación se depositarán las armas y de- «más elementos de guerra.—Sétimo: El General en Jefe del Ejército español á «fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás Departamentos, «franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.—Octavo: «Consideran lo pactado con el Comité del Centro como general y sin restricciones «particulares, todos los Departamentos de la isla que acepten estas condiciones. «Campamento de San Agustín, Febrero 10 de 1878.—Emilio L. Luaces.—Rafael «Rodríguez, Secretario.»— Mientras tanto convino el General Vicente García con «el Comité en pasar á las Tunas para recoger alguna gente que quedaba allí, y «volvería el 25, pues deseaba abrazar á sus hermanas que estaban en el Camagüey. «Para conservar el orden y evitar que la gente antes de tiempo se fuese á los «puestos enemigos circunvecinos, pues se ve que cuando después de una cruda

« guerra viene la paz, en los primeros momentos hay un no sé qué de simpático « entre los que ayer se querían devorar, dispuso el Comité que nadie saliese del « campamento, sólo por imperiosa necesidad ó con permiso por escrito. Dispuso « también salieran distintas comisiones, haciéndolo para las Villas el Coronel « Enrique Mola y Ramón Pérez Trujillo; otra con igual objeto para Bayamo y « Holguín, cerca del General Modesto Díaz, y para Oriente directamente al Ge- « neral Antonio Maceo otra compuesta de dos de sus miembros, Brigadier Rafael « Rodríguez y Enrique Collazo: también salió comisionado al extranjero, cerca de « los Representantes de Cuba, el Brigadier Gabriel González, hijo de la República « mejicana. El Comité me pidió acompañase á los Comisionados Rodríguez y « Collazo, y accedí á ello, pues deseaba despedirme de mis amigos de Oriente. « Como se nos habían franqueado las vías de comunicación y trasportes salimos « hacia el Junco, donde nos aguardaba el cañonero "Vigía," que nos condujo á « Santa Cruz, aquella misma tarde, trasbordándonos inmediatamente al vapor « "Cienfuegos" que á las doce de la noche salió de aquel puerto, tocando al si- « guiente día en Manzanillo: allí supimos por el Comandante General señor Zea, « que pasó á bordo á saludarnos, que las fuerzas insurrectas de aquel territorio « estaban dispuestas á la paz. Bello trabajaba en ese sentido. El vapor continuó « viaje, atracando al muelle de Santiago de Cuba el catorce á las ocho de la maña- « na. Durante el viaje nos acompañó el señor Eugenio A. Flores, á quien le me- « recimos muchas atenciones y que nos fué muy útil, facilitándonos así la pronti- « tud en nuestra comisión. Ya en puerto pasó á bordo el Comandante General « señor Dabán, brindándonos bajásemos á tierra; rehusamos cortésmente la invi- « tación, permaneciendo en el vapor hasta el día siguiente que tomamos el tren « que nos condujo á San Luis. Necesario fué poner una pareja en el muelle para « que sólo permitiera la entrada á las personas que indicásemos: la curiosidad del « pueblo era tal, que la marina estuvo llena casi completamente de curiosos por « algunas horas: triste y dolorosa impresión me causó la vista de aquellas masas; « allí había más de 3,000 hombres útiles para las armas; allí estaban sordos hacía « ya nueve años á la voz del patriotismo y sólo una curiosidad pueril les traía á « vernos: poco después oímos una música militar, y no tardamos mucho en ver « desfilar los heridos del batallón San Quintín, tenidos en un encuentro con fuer- « zas del General Maceo: iban custodiados por hijos del país con uniformes de « voluntarios: cuántos pensamientos se agolparon á mi imaginación, y no pude me- « nos de exclamar, volviéndome hacia mis compañeros: "Cuba no puede ser libre!" « En San Luis nos esperaba el Brigadier señor Polavieja, recibiendo tanto de él « como de los Jefes y Oficiales que lo acompañaban un esmerado trato del que « conservo gratos recuerdos. Se nos facilitó un práctico que pusiera en manos de « Maceo una carta en que se le pedía dijese el punto en que debía verse con noso- « tros; pronto tuvimos contestación, indicándonos el Asiento de Piloto Arriba. El « dieciocho llegamos al campamento de Maceo y allí le informaron de lo sucedido « los Comisionados: el General los oyó con la calma propia de su carácter y con- « testó no estaba de acuerdo con lo pactado en Camagüey porque le parecía poco « ventajoso ya que no era posible la independencia; pero que no obstante reuniría « sus subordinados y la mayoría resolvería el asunto. Más tarde hablé con él, « ratifiqué lo dicho por los miembros del Comité y preguntándome mi opinión se « la dije con entera franqueza, dándole mis razones porqué pensaba de ese modo,

«es decir, que estaba por que se arreglase la cuestión de Cuba, no obstante que «yo de todos modos saldría del país. El General Maceo, en cuya amistad tengo «fe y confianza, pues es difícil que el que posee un valor poco común deje de te- «ner otras virtudes que le hagan un hombre digno bajo todos conceptos, me «contestó que no era posible lo dejara solo en el campo en que juntos habíamos «combatido; poco más hablamos sobre el asunto y poco después oía con mezcla «de satisfacción y tristeza la relación de sus últimos triunfos. Nos invitó á pasar «la noche en el punto en que estaba su esposa y demás familia, separándonos al «día siguiente. Debo hacer constar una circunstancia que he venido á aclarar «aquí: en los momentos en que hablábamos con Maceo, llegó una Comisión del «General García, que la componían los Capitanes Luis Deimier y Luciano Caba- «llero, con quienes mandaba á decir al General Maceo nos fusilase: Luciano Caba- «llero me debe bastante; Luis Deimier me debe la vida y el honor por un asunto «que muchos conocen. Al día siguiente nos separamos del General Maceo retor- «nando por Miranda á Cauto Abajo, donde encontramos al General Prendergast. «Pasamos allí la noche, siendo bien atendidos: hablando con el General me ma- «nifestó que el General Campos deseaba verme, conviniendo en vernos el veinti- «siete en Vista Hermosa, Camagüey: el veintidós llegamos á San Luis haciendo «allí noche y al siguiente día salimos para Santiago de Cuba, pasando del tren al «vapor "Manzanillo" que nos condujo á Santa Cruz. Desde aquí nos dirigimos «á San Andrés, donde se hallaban las fuerzas cubanas, dando cuenta de la comi- «sión los encargados de ella. Mientras permanecimos fuera se había variado la «forma de la capitulación; en vez de hacerlo en el despoblado, como se decía en «el convenio, se efectuaría en el Camagüey; fuímos invitados para este acto, excu- «sándonos, pues teníamos necesidad de arreglar nuestra salida del país. El «veintisiete fuí á Vista Hermosa, donde según habíamos convenido, encontré al «General Campos con el que hablé y le pedí pusiese á nuestra disposición un «barco que nos condujese á la costa de Jamaica, según lo estipulado en el Convc- «nio; dió la orden, y tanto él como el General Cassola, que se hallaba presente, «nos ofrecieron los recursos que pudiéramos necesitar, que tanto mis compañeros «como yo rehusamos. Una hora después marchaba hacia Santa Cruz en unión «de mis dignos compañeros de viaje, Brigadier Rafael Rodríguez, Teniente Coro- «nel Salvador Rosado, Comandante Enrique Collazo, Tenientes Enrique Canales, «Grocio Prado y José Bonilla, estos dos últimos hijos de la generosa República «del Perú. A las doce del día tres de Marzo nos embarcamos en el cañonero «"Vigía," que era el destinado á alejarnos de las costas de Cuba, saliendo el «mismo día de Santa Cruz y llegando el siguiente á Manzanillo. Pocas horas des- «pués se recibió el telegrama del General Martínez Campos desde Yara diciendo: «"El General Modesto Díaz, Coronel B. Masó y otros Jefes que se hallaban «conferenciando deseaban ardientemente pasase allí, pues les interesaba hablar «conmigo." Se mandaba detener el cañonero hasta segunda orden, esperando «mi resolución. Contesté sentía no complacer á Díaz, Masó y demás compañe- «ros, por creer mi presencia innecesaria, y suplicaba al General Campos ordenase «que el cañonero continuase su viaje. A las dos de la tarde pasaron á bordo el «Brigadier Ruz y Coronel Masó, acompañados de los Brigadieres Quesada y Va- «rela, del ejército español. Ambos Jefes insurrectos insistieron en que los acom- «pañase, les dí mis excusas, dándose por satisfechos, pidiéndome detalles de lo

« ocurrido en Camagüey: les conté lo sucedido, concluyendo por pedirme mi opi-
« nión sobre la cuestión de paz; me expresé en los mismos términos que lo había
« hecho con el General Maceo: diciéndome ellos que la gente que estaba reunida
« estaba por la paz; les interrumpí preguntándoles, ¿y el General Díaz? El dice
« que se atiene á lo que resuelva la mayoría de los cubanos. Poco después nos
« despedimos marchando ellos nuevamente al campo. El cinco continuamos viaje;
« el tiempo no estaba sereno, sobre todo para hacer la travesía en aquella clase de
« buque que por su construcción sólo debe prestar sus servicios en las costas. El
« Capitán resolvió aguardar á que calmase, en Niquero. A las dos de la tarde
« del siguiente día salimos nuevamente y ya al obscurecer pasábamos por el cabo
« Cruz disputándose la noche y la distancia el robarnos la vista de Cuba. No me
« es posible expresar las impresiones que experimenté al abandonar aquella tierra
« en que había forjado tantos sueños de gloria y teatro de tantas amarguras y do-
« lores; mis compañeros, impresionados del mismo modo, iban tristes y silenciosos;
« no había un pensamiento halagüeño que aminorase nuestra pena. El porvenir
« se nos presentaba obscuro y misterioso con los harapientos adornos de la miseria;
« ya presentíamos que la calumnia se cebaría en nosotros y que ese sería el pago
« de nuestros desvelos; mas no pudimos nunca imaginarnos la realidad; no creí-
« mos que la envidia avivase tanto las malas pasiones de los hombres: no creímos
« se dudase de aquellos para quienes su vida anterior era una garantía de honra-
« dez; mas hemos sido calumniados por muchos de aquellos á quienes hemos esta-
« do dando un ejemplo, durante nueve años, que no se atrevieron á imitar. »

Y tomamos, por último, de la página 14, del opúsculo de Roa, las siguientes líneas, con que nos encontramos en perfecta conformidad: « Por penoso que sea,
« debemos expurgar las causas de la decadencia y desmoronamiento de la Revolu-
« ción, haciendo caso omiso del temor vulgar de comprometer la vida ó de perder
« la última jornada; porque cualquiera que haya servido en una campaña tan
« azarosa y tan especial como la nuestra, sabe perfectamente que las victorias
« cuestan tanta ó más sangre que las retiradas y derrotas. Si mientras no tuvimos
« otro enemigo que España con la traición desembozada, aunque estuviera lóbrego
« el porvenir, resistimos y luchamos, rechazando todo conato de negociación con
« la Metrópoli, lógico y natural es que exista alguna causa interna, extraordina-
« ria, capaz de producir tan violenta metamórfosis: de la irreconciliación á la
« capitulación. He aquí la causa en mi humilde concepto: la *indisciplina* que cundió
« en nuestro ejército como consecuencia fatal y necesaria de las cábalas políticas,
« de las falsas doctrinas *democráticas*, de los motines y de las sublevaciones, que
« comenzaron desde el año 74 con un Brigadier Acosta y un Comandante León;
« reproduciéndose el 75 con un General García, en los momentos más preciosos;
« el 76 con Jefes de las Villas á la llegada del General Martínez Campos, y el 77
« con el mismo García, en el Camagüey, en las Tunas y en una parte de Oriente.
« Por eso el sentimiento del honor militar casi se desvaneció como una sombra;
« nuestro pequeño ejército fraccionado é inconexo careció de unidad, se multipli-
« caron las decepciones; hubo que tolerar abusos y la ambición sedujo á muchos
« superiores y á no pocos subalternos. Por eso unos se disputaban mandos em-
« cumbrados; otros el mando de guerrillas, no por la senda del honor y de los
« méritos, sino desobedeciendo, á veces con sordas amenazas, si era necesario, y
« con la tendencia invariable á desligarse en todo lo posible. Si aún se buscaba

«la independencia patria, se sobreponía *la independencia personal*. Por eso no pudo «organizarse nunca un Gobierno duradero y respetable, ni designarse un General «en Jefe al ejército desde el año 69. De este abismo surgió la *desconfianza mutua* «entre todos los hombres: la fuerza moral colectiva se redujo á cero: no había «tacto de codos: la burla y el descrédito sucedieron á la cortesanía y al respeto: «la calumnia encendió los cerebros y enfrió los corazones: los más amantes del «orden fueron tildados de arbitrarios; resultando, al fin, de tan raros elementos «un *fantasma* sin pie y sin cabeza que no tardó en desvanecerse ante la actividad «y la fuerza de un enemigo *que supo aprovecharse del terreno*. "Independencia ó «muerte:" ese era nuestro lema porque ese fué el que se grabó en la bandera de «la Revolución y todos los acogimos con el amor y decisión de que son testigos «nueve años; *pero sin soñar siquiera que* tendríamos que luchar con *nosotros mis-* «*mos;* no digo con la inmensa mayoría de los cubanos, que era indiferente, estaba «con España, ó no atinaba á socorrernos, sino con nosotros mismos, los que en «un mismo vivac y á la lumbre de una misma hoguera nos consolábamos de «nuestra desnudez y los que respondíamos al mismo clarín en la hora del comba- «te. Este poderosísimo elemento en combinación con *todos los demás que* tuvi- «mos que combatir, nos lanzó al mar de la desesperación, en el cual hubiéramos «perecido estérilmente, en lentas agonías, si la capitulación no nos hubiera ofre- «cido una *tabla en que salvar lo que* nos quedaba ya de nuestra honra..... Y si «tal era nuestra situación, si la experiencia de diez años había traído el conven- «cimiento de que no vendrían nuevos elementos favorables á reformar aquella «sociedad, á aumentar nuestro número, reducido cada día por las deserciones, «sobre todo; si la emigración estaba desde antes dividida por la discordia en frac- «ciones que no se disputaban por cierto el honor de habernos enviado *grandes* «recursos, á trueque del mal ejemplo que sentaban; tales condiciones ¿no justifi- «can la Capitulación? ¿No merecen los capitulados del Zanjón el respeto de sus «*compatriotas siquiera por los sacrificios* de todo género á que voluntariamente «se prestaron tantos años? Si nos hubiéramos rendido sin combate á la fuerza «*material* de un enemigo altanero, yo me arrepentiría de haber tomado parte en «el Convenio del Zanjón; pero rendidos á un enemigo que observó las leyes del «decoro militar y que contaba en su apoyo la fuerza moral incontrastable de «nuestras desavenencias y de nuestra desorganización *completa*, yo *no puedo* «arrepentirme de haber seguido la corriente de aquel pueblo del Centro extenuado «por la fatiga y enflaquecido por la desesperación. Si Agramonte, salvador de «*una época*, había caído *para siempre*, era en vano llamarle: la roca misma que «se había opuesto á la nave del Estado, cuando aparecían impulsarla las brisas «de la suerte, estaba ahora transformada en su piloto! Su alma era de piedra: «era Vicente García!..... Jefes de reconocida habilidad y de inequívoca honradez, «condenados á cruzarse de brazos por los acontecimientos anteriores, presenciaron «con forzada paciencia la catástrofe, sin poderla remediar, *porque* ¡triste es de- «cirlo! se había perdido la esperanza, ya era tarde..... Estaban allí, como las «luces fosfóricas, para hacer más horripilante la obscuridad del Cementerio!»

* * *

Al terminar nuestra tarea creemos haber conseguido los dos objetos que nos inspiraron para realizarla. Uno, hacer luz sobre la obscuridad que siempre rodeó los asuntos de Cuba, sobre todo en los últimos años, y refiriendo los sucesos en sus detalles, hasta el punto de haberos cansado en ocasiones, dejar la verdad en su lugar, sin comentarios de mi parte, á fin de que el que me escuchase pudiera formar juicio propio; y otro, pagar una deuda de gratitud y de respeto á aquellos individuos que figurando de manera conspicua en el trágico desenlace que acabamos de narrar, han sido injustamente calumniados por la generalidad. Al decir la verdad de lo que allí pasó, al exponer, sin rodeos, los hechos, he pretendido, con tan poderosa palanca, levantar de encima de sus nombres esclarecidos la insoportable losa que tan terriblemente ha pesado sobre ellos al ser acusados como tránsfugas miserables y como infames traidores!

Escrito estaba en nuestro estandarte el lema "Independencia ó muerte," lema sostenido durante nueve largos años con nuestra abnegación, con nuestros sacrificios y con nuestro patriotismo. Nadie, durante ese dilatado período de casi dos lustros, escuchó que articuláramos una queja. Se veía desaparecer á amigos y compañeros en el campo de batalla, sin que ésta fuera una causa para que al siguiente no se lanzasen, los que quedaban en condiciones de hacerlo, sobre el enemigo, con tanto ó más ardor. El hambre, la desnudez, la intemperie, las enfermedades, azotaron despiadadamente nuestras huestes, sin que el espíritu de los patriotas flaqueara en lo más mínimo, sin que la desgracia dejara de encontrar siempre sus risueños semblantes, sufridos y confiados, en espera de días más venturosos.

"Independencia ó muerte," exclamaban todos y en todas circunstancias; lema que no ya en nuestra bandera, en nuestros corazones estaba grabado con caracteres indelebles, y que, como dijo Estrada, era no ya cuestión de principios, sino de honor.

En los momentos en que el General más hábil del ejército español se colocaba frente al ejército libertador, nuestras filas no contaban arriba de 4,000 combatientes. El que os habla obtuvo ese dato con vista de los retornos de todos los Departamentos, cuando formaba parte de la Administración Spotorno. Oriente y Villas contaban poco más de 1,500 hombres cada uno, mientras Camagüey apenas pasaba de 800 entre infantes y jinetes. Y, sin embargo, nos preparábamos á recibir al vencedor en Cataluña con la decisión y el arrojo que siempre caracterizó al soldado de la Libertad! ¡4,000 hombres para soportar el empuje de un ejército aguerrido de más de 100,000 hombres! ¡4,000 hombres encargados de mantener airoso el sagrado lábaro, símbolo de la redención de la Patria, que estaba llamado á cobijar á todo el pueblo cubano!

Y mientras tanto, ¿qué hacía ese pueblo, que ya acostumbrado al heroísmo de un puñado de compatriotas, se había vuelto insensible á sus penas y sus torturas? Un reducido número de él se concretaba á admirarlo platónicamente, y á aplaudir, á hurtadillas, sus triunfos, y á llorar, en silencio, sus desgracias! El resto, una parte numerosa por cierto, nos combatía, pugnando por matar, junto á nuestro fuerte adversario, esa misma Patria que de nuestras manos esperaban. Necesitaría volúmenes para poder describir las atrocidades cometidas por los voluntarios cubanos contra los patriotas; temerosos de que los españoles dudasen de su lealtad, exageraban su papel y se convirtieron en verdaderas fieras

contra sus hermanos. Los cuerpos principales, por los inapreciables servicios prestados á la causa de España, fueron las Escuadras de Guantánamo, los voluntarios de Bicana y de Buecito; aquellos en Manzanillo, éstos en Bayamo, en Oriente. Estos cuerpos se movilizaban y tan pronto prestaban sus servicios en una jurisdicción ó departamento como en otro: llegaron á ser los verdaderos cuerpos de confianza del enemigo. Los jíbaros, en Camagüey, se hicieron notables por sus terribles fechurías: para ellos lo mismo era matar al anciano, como proceder de la manera más brutal contra el pudor de la doncella, no respetando para saciar sus instintos salvajes ni á las de edad más tierna. Los jíbaros arrasaban con cuanto encontraban y daban muerte á todo sér humano con que tropezaban, cualquiera que fuera el sexo, la edad ó la condición. Su solo nombre era suficiente para llenar de consternación una comarca entera; eran hechura del soez Brigadier Ampudia, cuyos principios seguían y cuyas prescripciones ejecutaban, procurando exagerarlas. No había en toda la Isla un poblado, por insignificante que fuera, que no contara con su Sección de voluntarios, todos cubanos, con jefes y oficiales cubanos también. Imagínese el poder en manos de un pueblo ignorante, á quien se aplaudían sus barbaridades siempre que las víctimas fueran los patriotas ó sus familiares. En algunas jurisdicciones, en Bayamo y Holguín, así como en las Villas, se pasaban á las fuerzas libertadoras en grandes partidas, pero á la larga los voluntarios eran perjudiciales en nuestras filas: eran una fuente constante de disturbios y disgustos, pues lo primero que exigían era una alimentación igual á la que tenían con los españoles, y algunos pretendieron que se les pagaran sus servicios; no eran capaces de soportar las marchas que nuestros veteranos emprendían y con gran facilidad se rendían á las fatigas, y cansados, por último, de nuestro género de vida, de nuestras privaciones y de nuestros sacrificios, se marchaban de nuevo al campo enemigo. Entonces necesitaban buscar algo con que desimpresionar á los españoles por haber estado con nosotros, y en ese caso eran temibles. Asesinaban al jefe procurando llevar su cabeza como trofeo para ser bien recibidos; ó cargaban con nuestras armas además de las de ellos, y á veces seducían á nuestros soldados, causando tales actos efectos de espantosa desmoralización en el ejército. Era necesario aceptarlos con desconfianza, y el tenerlos que vigilar desviaba la atención necesaria á nuestras fuerzas: ni siquiera resultaban un alivio para nuestros soldados, sino una carga de que, en más de una ocasión, se alegraron de verse libres.

El General Máximo Gómez, folio 40, dice: «Al recibirse la noticia del Con-«venio del Zanjón, se ha tratado de buscar una víctima á quien hacer responsa-«ble, mas no se ha procurado estudiar los hechos, conocer el estado del ejército «y los recursos de que podía disponer, el más ó menos auxilio que ha recibido de «la emigración y el cómo ha respondido en general el pueblo de Cuba á la lla-«mada de sus libertadores. Durante la guerra, en su época más brillante, que «fué del 74 al 75, el ejército pudo alcanzar á 7,000 hombres listos para el com-«bate; en su mayoría eran gente de color, y los blancos que había eran del «campo: había desaparecido la juventud cubana de la madera del resuelto Luis «Ayesterán, de Antonio Luaces y de Félix Tejada y nadie venía á reemplazar-«los: ya eran escasos los hombres de cierta inteligencia, pues se habían muerto «los iniciadores y no había quien los sustituyese: el resto de los cubanos, 30,000, «—Martínez Campos me aseguró que tenía 50,000, —con las armas en la mano

«y formados en las filas españoles, probaban su amor á la independencia dando «muerte á la República: una gran mayoría permanecía inactiva en las poblacio- «nes, dando recursos á los españoles y esperando que con sus buenos deseos «triunfara la libertad, y los menos desempeñaban la difícil y arriesgada tarea «del laborante; otra parte en la emigración sacrificada estérilmente por torpezas «ó desgracias que hacían insuficientes sus esfuerzos, pues á Cuba jamás llegó lo «suficiente para cubrir nuestras necesidades.»

Y es que no quiero yo, por cierto, hacer inculpaciones ajenas á mi carácter y al objeto que me inspira hacer este trabajo: es que exijo que la responsabilidad se divida entre todos, que la culpa sea del pueblo cubano y no de la minoría heroica, que era la que más directamente se afanaba por llegar al resultado por todos apetecido, minoría que, día por día, luchó por sacar triunfantes sus principios allí en el campo de los hechos, donde al gritar "Independencia ó muerte" podría alcanzarse la muerte ó la independencia, y donde un grandísimo número, la mayor parte, encontró la primera.

Si creo estar en el derecho de hacer un cargo á la emigración. Para mí es pueril la acusación de que no pudo ó no acertó á socorrernos, y que sus elementos se invertían en atizar las discordias. No; nosotros, para hacer la guerra á España, para triunfar de España, no necesitábamos de recursos exteriores: nos habíamos acostumbrado dentro de nuestra desgracia é infortunio á arrebatar al enemigo las armas y las cápsulas que habían de oponerse á los actos de sus disciplinadas huestes. Pruébalo que no habiendo recibido ninguna expedición después de Mayo de 1873, cinco años antes de la capitulación, llevamos á cabo en ese último lustro el desenvolvimiento de problemas de tanta magnitud que asombraron al mundo entero.

Pero la emigración, ó los cubanos en general, pudieron haber auxiliado poderosamente á los combatientes moral é intelectualmente. Conocida era nuestra situación en ese sentido: los prohombres, los iniciadores de la lucha, habían desaparecido: la guerra había barrido con nuestras inteligencias. Ya en los últimos años no quedaban hombres que pudieran desempeñar los cargos constitucionales. En las últimas elecciones para Diputados, trillando cuidadosamente el campo, se habían arrancado al ejército oficiales de orden y moralidad, que luego le hicieron mucha falta: los hombres de saber, los respetables por su inteligencia, habían sucumbido unos tras otros en aquella lucha sin ejemplo, sin que hubiera quien los reemplazara, según hemos dicho ya. ¡La falta de inteligencia, de saber y de ciencia, degeneró en falta de harmonía!

Los cubanos pudieron habernos mandado cada año cincuenta ó cien hombres que con su inteligencia, su saber y sus provechosas lecciones, hubieran servido de fuerza coercitiva á aquellas moléculas que tendían, por un movimiento natural á separarse. Y no se oponga el argumento de que todos estaban dispuestos á ir, pero no había los medios. No; nuestra vía estaba franca: de Cuba salían mensualmente, ó quizás con más frecuencia, botes conduciendo individuos como comisionados al extranjero, sobre todo durante los últimos años de la administración Céspedes, que rayó en abuso el de los comisionados que abandonaron nuestro campo. Ancianos como los señores Ramón y Pedro Céspedes, Francisco y Manuel Aguilera; mutilados como Sanguily y centenares más de patriotas, salieron por esa vía. El Brigadier Jesús Pérez hizo construir un bote de

piezas cuya fabricación tardó meses: en él salieron de Cuba su madre y su tía, octogenarias, su esposa y sus niñas y las familias de Beatón y Medina Prudentes y hasta treinta y seis en número, contándose entre ellos quince hombres que salían huyendo de la Revolución. Por esa vía llegaron á Cuba el Coronel F. López de Queralta y Comandante M. Morey cuando la Cámara expidió la Ley degradando á aquellos jefes y oficiales del Ejército que no comparecieran en un término dado á ocupar sus puestos, así como un niño, Mauricio Montejo, sobrino del que os habla, que residiendo en New York pudo burlar la vigilancia de sus padres, y alistándose en una expedición del Coronel Pacheco, se apareció en el campo manifestando al Presidente Estrada que, á pesar de sus doce años, había marchado para abochornar á los hombres de New York. Este niño sentó plaza de soldado y se distinguió desde el primer combate en la caballería del Camagüey. Hemos dicho en otra parte que Juan Luis Pacheco y Enrique Canales llegaron, según expresión de uno de ellos, á hacer rastro en las aguas del mar: tal era la continuidad de sus viajes.

¡Ah! pero se salía y no se entraba: en aquel libro de caja sólo se anotaban cantidades en el Haber; consecuencia precisa: la bancarrota. Desde 1871 hasta la capitulación habían llegado en calidad de refuerzo intelectual los doctores Bravo Sentíes y Agustín Cisneros, hijo del Presidente de la Cámara; el licenciado Manuel Mendigutia, el General Barreto y Comandante Collazo, y quizás algún otro que se escape á mi recuerdo. ¡No había esperanzas! Preciso era que los que se impusieron el deber de hacer la Patria, la hicieran por su cuenta y riesgo.

Creo que he demostrado con mis relatos en anteriores conferencias, nuestra imposibilidad de triunfar de los españoles. La idea de Independencia había desaparecido de la mente de los que se tomaban el trabajo de pensar y medir nuestra situación, empezando por Colón, en Occidente, y terminando con el Cantón independiente de Holguín, en el Departamento oriental: Gómez lo confiesa, cuando al llegar á Santiago de Cuba exclamó: "Cuba no puede ser libre"; lo confiesa La Rua en su carta á Fonseca, que conocemos; lo confiesa Antonio Aguilar cuando así lo expresó en nombre de Cisneros y otros patriotas al General Gómez, y hasta yo, humilde y sin condiciones de observador y crítico, lo afirmé en aquellos días en que, junto á Máximo Gómez, ví mi sueño dorado rodar por tierra, apreciando la grave situación creada por Maceo y Limbano Sánchez, cuando asumiendo ambos una actitud amenazadora, por poco hacen víctimas de los desaciertos de aquellos días á todos los jefes de Holguín. Nadie se hacía la ilusión de que con los elementos desafines que produjeron nuestras desgraciadas desavenencias, pudiésemos llevar á cabo uno de los términos de nuestro lema: la Independencia; había, pues, que optar por la Muerte....

Sí; pero la muerte obscura y más que obscura, estéril; más que estéril, inapreciada. Se muere cuando hay una causa; cuando una razón justifica la desaparición del hombre de la sociedad en que alienta, en que tiene derecho á moverse y aspirar; pero morir sin causa y sin razón, no más que por morir, ó por consecuencia de una causa ilegítima, es un error, es un absurdo. Y no es así como habrán de apreciarse los términos de nuestro lema. Machado y La Rua, mártires que llorará siempre la patria agradecida como los lloran cuantos tuvieron ocasión de conocer la pureza de sus almas, fueron víctimas sacrificadas en

balde. La Rua murió convencido de que no habría de triunfar el principio á que su vida fué sacrificada: doble martirio!

El triunfo de las huestes de Martínez Campos era irremisible: ya no había medios morales ni materiales para resistirlas: el fin estaba cercano y previsto. Nuestro ejército desatado ya del lazo simpático, no de la disciplina que se había de atrás relajado, sino de esa fuerza de atracción que une á las masas ante un peligro común, estaba pronto á desbandarse, á rodar como las cuentas de un collar, á merced del débil influjo de la mano de un niño, cuanto más ante la fuerza de un adversario que le oponía, no ya todo el ejército fresco y disciplinado, sino la política de atracción que con tan brillantes resultados había llevado á cabo su hábil director. Los hombres de responsabilidad, los que á la sazón componían la Cámara y algunos jefes del Ejército sin destinos, arrastrados por la situación, se verían pronto vagando por los bosques, esquivando como bandidos la persecución del vencedor, sin una voz que escuchar, sin una bandera que seguir, para terminar parcial y aisladamente, sin morir siquiera, porque Martínez Campos cuidó de borrar ese extremo de nuestro lema, sabiendo que nosotros ya no creíamos en el otro, sino cayendo prisioneros en poder de un adversario á quien había que agradecer su generosidad. De ahí la necesidad de la capitulación. De dos ejércitos que combaten, uno tiene que rendirse al otro. Y ¿quién habría de ordenar este paso supremo é imponente? Los que hasta entonces habían dirigido la marcha de los acontecimientos.

Salvador de Cisneros, Juan B. Spotorno, Emilio Luaces, Rafael Rodríguez, Enrique Collazo y otros patriotas de nombre y de prestigio, debieron cargar con la responsabilidad y aceptar la exceración de sus compatriotas por un hecho que estaba indicado, hijo de la conducta de todos los cubanos. Ellos, cuyos nombres se mantuvieron siempre ligados al orden, á la moralidad y á todo lo grande y bello de la Revolución; á quienes se apelaba en el momento del disturbio para devolver la tranquilidad, fueron el blanco de las acusaciones y las víctimas de la exaltación sólo porque les cupo en suerte, ya que una vez más no podían guiar aquel pueblo á la gloria, conducirlo ahora á lo pequeño, impulsado por la desgracia.

¡Traición, infamia, maldición!.... Se gritó en todos los tonos por todos los ámbitos del mundo, y esa terrible é injusta acusación acompaña aún, pronunciada por aquellos que desconocen los hechos, á esos insignes y beneméritos varones!

"El que hace la guerra es el que está facultado para hacer la paz." No deben olvidar este principio los que, cómodamente sentados en el círculo de la familia, junto á la lumbre del hogar, acusan á hombres que luchan con la muerte; no es ciertamente desde el lugar seguro á que no alcanzan las balas, donde el alimento diario reconstituye, la higiene preserva, el sueño tranquilo repara, y hasta los gustos caprichosos se satisfacen, desde donde debe exigirse á los menos que sacrifiquen sus vidas y las de sus familiares por obtener un bien de que están ansiosos los que en medio de tantas comodidades no se tienen que esforzar para ser exigentes.

Convenzámonos de una verdad: capitulemos ante la razón: todos fuímos culpables de los pasados errores, y por consiguiente, no hay que buscar responsables determinados. En nuestras manos está que no se repitan esos hechos cuando de nuevo luchemos por nuestra Independencia; y está en nuestras manos, porque

todo nuestro fracaso no fué más que el resultado de un vicio de educación: las malas pasiones. Eduquémonos y aprendamos que no puede ser libre el pueblo que no merece serlo: que el que no tiene virtudes será siempre esclavo, bien de esas mismas pasiones ¡horrorosa tiranía!: bien del primero que sepa ponerlas en juego para dominarnos.

* * *

Pero volvamos á Oriente, donde aún nos esperan el General Maceo al frente de su brillante División; el Presidente Collado rigiendo los destinos de su Estado independiente, y nuestros pobres amigos confinados en *Fernando Poo*, en la costa Norte de Holguín.

Corría el mes de Enero y nada de importancia había acontecido en mi pequeña colonia de Bahía de Nipe, á no ser el incidente de haber sido visitado por un amigo cuyo nombre debo callar. El objeto de aquella visita fué tener una entrevista conmigo. Así que estuvimos solos, me expuso la situación por que atravesaba la Revolución, que por cierto desconocía en absoluto, y la muy particular y excepcional en que las circunstancias me habían colocado: se fijó mucho en el estado delicadísimo de mi salud, y terminó por desarrollar el siguiente plan. El mantenía relaciones con la ciudad de Gibara, donde residían varios parientes que atenderían una orden suya: el fuerte enemigo de Punta Lucrecia distaba tan sólo dos horas del lugar en que nos encontrábamos: ese mismo día avisaría á sus amigos y dentro de cuarenta y ocho horas podrían pasar por nuestra colonia con un bote de velas, tomarnos á *él* y á *mí*, y trasbordarnos á un buque americano de los surtos en el puerto. No costaría sino una pequeña cantidad de dinero que sus amigos adelantarían. Yo escuché con atención: comprendí que aquel era un plan premeditado de muy fácil ejecución, puesto que sus amigos gozaban de la mejor posición y en esos momentos había buques que anclaban á una distancia considerable de los muelles: *pensé que era una magnífica oportunidad* para terminar en una noche mi cadena de sufrimientos sin arriesgar nuestros nombres. Confieso que por un momento acaricié el proyecto: que la idea de decir "adiós" á Collado y á Limbano y á tanto desorden me halagó por un instante. Aplacé á mi amigo para una contestación al día siguiente. Aquella noche fué terrible para mí: estudiaba *los dos lados* de la cuestión, el pro y el contra. Luché toda la noche conmigo mismo, y por fin me resolví á no aceptar y dar las gracias á mi amigo. Necesitaba cumplir á Maceo mi palabra empeñada. Holguín aún podía reclamar mi presencia, y no debía negarle mis servicios. Después consideré que como quiera que se mirara la cuestión, si marchaba, lo hacía sin permiso de nadie, que eso en el Ejército se llama deserción, y mi nombre y categoría militar no podían consentir una acusación por semejante causa. Ofrecí mi discreción al amigo y lo facilité para que él se salvara, lo que generosamente rehusó, resolviendo quedarse en Holguín.

Maceo estaba ya próximo á darse de alta. Su tropa continuaba en su ejemplar y envidiable estado en cuanto á disciplina y moralidad. Aquel edificio no se conmovió siquiera ante el espantoso huracán, y mientras todos á su alrededor

sucumbieron por la fuerza de la tormenta, aquel castillo inexpugnable, soberbio, se erguía orgulloso ostentando en sus elevadas almenas las banderas del orden y la subordinación.

Martínez Campos había invadido aquel territorio como los demás; allí había acumulado gran parte de su ejército, con la diferencia que en aquel Distrito no se había permitido subdividir sus fuerzas en guerrillas, dada la resistencia que por todas partes encontró, y sus operaciones se efectuaban en gran escala. Acampaba con gruesas columnas en un lugar, y después lanzaba secciones de 300 hombres ó más que en todas direcciones recorrían el territorio, destruyendo, incendiando, talando cuanto á su paso encontraban.

Una de las primeras órdenes que dió fué prohibir el uso del caballo en campaña y, comenzando por él, todos los Jefes de fuerzas de infantería marchaban á pie cuando salían á operaciones. Los patriotas, á su vez, se habían diseminado en guerrillas y el enemigo encontraba formal resistencia por todas partes en el accidentado terreno de Guantánamo. Lo mismo acontecía con Crombet en la zona de Cambute. Así se pasaba el tiempo sin que de una parte y otra se hiciera más que marchar y contramarchar por los españoles, y hostilizarlos por nuestras guerrillas. Ya era tiempo que esta monotonía cesara.

El Teniente Coronel Martínez Freire, por órdenes del Cuartel General, concentra su Regimiento Guantánamo nº 9, y se esfuerza por arrebatar al enemigo parte ó el todo del convoy que procedente de Palma Soriano venía á Florida Blanca. Con este objeto se coloca en el paso y aguarda uno, dos, tres días. Llegó el veintidós de Enero y sus escuchas anuncian el convoy á la vista. Martínez había escogido para su sorpresa la cúspide de una montaña; quería lanzarse sobre su presa cuando el convoy hubiese llegado á la cima para aprovechar la situación de la vanguardia que se encontraría descendiendo la cuesta por un lado, mientras que la retaguardia lo haría en sentido inverso, ascendiendo por el otro. Su plan era dividir bruscamente las dos secciones y, aislada una de otra, apoderarse del convoy. La custodia del convoy era de 300 hombres. En el momento dado avanzó denodadamente sobre el enemigo, obteniéndose el resultado previsto: ambos cuerpos españoles se apresuraron en el lugar de la sorpresa á tomar posiciones en sentido inverso, hacia ambos planos de la loma, resistiendo, no obstante sus malas posiciones, tenazmente. Martínez vió su plan coronado por el éxito. La vanguardia y retaguardia aisladas, el convoy quedó abandonado, trabándose un rudo combate, divididos también los patriotas. La vanguardia próxima á Florida Blanca, después de haber pugnado por recuperar el convoy, fué arrollada por los nuestros. Los convoyeros de la fuerza cubana, avisados de antemano, se ocupaban en internar en la montaña las acémilas cargadas. Por fin, la vanguardia, cediendo á un empuje de nuestros soldados, emprende su retirada hacia Florida Blanca, dejando en el campo seis cadáveres, después de una resistencia tenaz y altamente honrosa. El Teniente Coronel Martínez voló en auxilio del Comandante Prado, que al frente de su Sección luchaba con la retaguardia enemiga que, más feliz que la otra, arrolla á los nuestros cuesta arriba, y ya había recuperado algunas acémilas. El Teniente Coronel llega á tiempo en que Prado necesita auxilio, dado que el contrario era superior en número. Entonces el enemigo fué desalojado y arrollado loma abajo, abandonó las acémilas recuperadas y ganando la falda de la loma opuesta, tomó posición para resis-

tir. Todo el convoy estaba en nuestras manos. Por fin, dada una carga general, los españoles se pronunciaron en retirada, dejando en el campo cinco muertos. El Teniente Coronel ocupó todo el convoy, las armas y parque de los cadáveres y gran cantidad de municiones que de reserva llevaban en sus acémilas. Por nuestra parte, un muerto.

El Brigadier Maceo, que en esos días había sido ascendido á Mayor General, completamente restablecido, se puso sobre el campo á dirigir en persona las operaciones.

A fines de Enero resuelve con fuerzas de los Regimientos Guantánamo y Cuba apoderarse del convoy que debía marchar entre Palma Soriano y Victoria y, al efecto, tomó posiciones convenientes en dicho trayecto. Dividió sus fuerzas en vanguardia, á las órdenes del Teniente Coronel Martínez Freire; centro, órdenes del Teniente Coronel Laflit, y retaguardia, órdenes del Teniente Coronel José Maceo. Los patriotas aguardaron impacientes en acecho tres largos días;—no hay tiempo que corra más despacio que el que se pasa en una emboscada.—Se habían apostado el 26, día señalado para el paso del convoy, y nadie se ocupó de recursos de boca. Pasó el 26, y el 27 se aseguraba su presencia; pero no sucedió así. El 28 ya nuestra gente, después de más de cincuenta horas de acecho, no podía resistir. Los hombres desfallecían en sus puestos. Por fin el 28, á las diez del día, se anunció la presencia del convoy. El General ocupaba la vanguardia con el Coronel Martínez Freire, y nadie debía romper el fuego hasta que él no lo hiciera una vez que el convoy hubiera caído en la emboscada. Pero por una mala interpretación, Laflit, que mandaba el centro, rompió sus fuegos, previniendo al enemigo. A pesar de este incidente, los cubanos se arrojaron sobre los españoles, machete en mano, sosteniéndose un reñidísimo combate. Los españoles resistieron con ardor por más de dos horas, abandonando luego el campo y el convoy, convencidos de que sus esfuerzos eran inútiles. Dejaron en el campo 24 cadáveres con sus armas, un convoy de valor y unos 50,000 tiros. Nuestras bajas consistieron en el Teniente José del Carmen Jiménez, herido leve y casualmente por una arma nuestra. El General se retiró á *Lajitas*, donde acampó.

El 1º de Febrero se situó al Cuartel General sobre el camino de Palma Soriano y Florida Blanca, en la Llanada de Juan Mulato, donde resolvió presentar combate á la primera columna enemiga que hacia aquel lugar atravesara. El 4 de Febrero, después de tres días de inútil espera, dispuso que el Comandante Ramón González marchase con la mayor parte de la fuerza á hacer viandas á nuestra zona de "Pueblo Nuevo," dejando debidamente cubierto el campamento con sus avanzadas y por toda guarnición unos 32 hombres, todos Jefes y oficiales. No habrían pasado dos horas de la marcha del Comandante González cuando súbitamente se rompen los fuegos en la avanzada. La columna enemiga, fuerte de 300 hombres, se arrojó sobre nuestro cuerpo avanzado, al que desalojó fácilmente, incorporándose al Cuartel General, que esperaba convenientemente apostado. Jamás las aguerridas fuerzas de Oriente tuvieron necesidad de pelear con tanto ardimiento como esa mañana: la lucha se trabó con furia por parte del enemigo, que aprovechando su superioridad numérica, pretendía envolver aquella reducida pero indomable fuerza. Hubo distintas cargas al machete, hasta que el enemigo concentrándose, ocupó la cima de una loma, cesando el combate como á las doce del día. El General esperaba que el Comandante González hubiera escu-

chado el fuego y lo reforzase, y aceptó gustoso aquella suspensión del combate. Nuestras bajas habían consistido en los Sargentos Castañeda y Echeverría, heridos de gravedad, y el Teniente Rafael Vega, contuso. El enemigo retiró á su posición sus cadáveres y heridos. El General aguardó en vano tres horas el refuerzo del Comandante González y se determinó cargar al enemigo en su altura. A las tres se rompieron nuevamente los fuegos. Los españoles defendían su posición con tenacidad, pues una retirada por aquel campo tan queirado, con heridos, habría sido dar la victoria al adversario. Esperaban quizás la noche para emprenderla. El fuego continuaba sostenido por ambas partes. Después de dos horas de combate, una carga de los cubanos confunde á los unos y los otros haciéndose la lucha personal, y entonces el enemigo emprende la retirada, lenta y penosa, abandonando sus cadáveres y bagajes. Un nuevo impulso de los nuestros los desbanda, cayendo todos, todos, en poder del General Maceo. El Capitán Valentín Consuegra en lucha con el Teniente Coronel español Ramón Cabezas, tuvo la suerte de parar una estocada que éste le asestara, y al blandir su terrible machete para descargarlo sobre el adversario, Cabezas exclamó: *"Si eres cristiano no me mates;"* confundiéndose esta expresión con el rudo golpe del arma mortífera, que hizo rodar por el suelo al Teniente Coronel español con el cráneo dividido. Los prisioneros enemigos ascendieron á 27, entre éstos el Teniente Coronel Gregorio Goroño y Hacha, quedando aquel campo literalmente sembrado de cadáveres, contándose 260 entre jefes, oficiales y tropa. Las nuestras consistieron en el Teniente Coronel Teodoro Lafflte, herido gravemente en la ingle, de cuya herida murió horas después. Algunos de los prisioneros fueron enviados al campo enemigo conduciendo sus heridos.

El 5 se incorporó el Comandante González con las fuerzas, y el General, esperanzado de que el enemigo volviese por su honor, pues su campamento de San Pedro no distaba sino dos millas y su fuerte Cuartel de operaciones en Caoba también estaba próximo, aguardó inútilmente el 5 y el 6 de Febrero. El 7 diseminó sus tropas á fin de que se dispusiese de la parte de botín que cada uno había alcanzado en los convoyes apresados. El, sin embargo, permaneció sobre aquel campo, donde acababa de conquistar un laurel más. Contaba con unos 20 jefes y oficiales y su pequeña escolta.

A las cuatro de la tarde recibió aviso del Capitán Wenceslao García, Prefecto de Jutinicún, de que el enemigo andaba por Naranjo recogiendo las familias de la zona. A pesar del exiguo número de gente que lo acompañaba, marchó al lugar indicado, encontrando al Batallón de San Quintín á las seis de la tarde, en la Aguada de la Ceiba. En la cima de aquella loma ostenta airoso su follaje soberbio, destacándose por encima de los demás árboles, el jigante de nuestros bosques que da nombre al lugar, teniendo apresada con sus raíces á una cristalina fuente de dos pies de diámetro y un metro de profundidad, nivel que no disminuye ni en verano ni en invierno. En la Aguada de la Ceiba encontró el General Maceo á San Quintín, y en el acto mismo se trabó el combate, tan desigual como reñido. San Quintín estaba mandado por el Coronel Don Eusebio Sanz, que en aquella campaña se había distinguido como Jefe de orden, enérgico y valiente.

Apenas roto el fuego cae gravemente herido el Comandante Elías Pérez, de las fuerzas de Guantánamo, cuyo cuerpo pasa sucesivamente ocho veces de las

manos del enemigo á las nuestras, y de las nuestras á las del enemigo, hasta expirar en brazos de sus hermanos. Cansadas las fuerzas combatientes, se acampó al abrigo de las sombras de la noche, separados ambos beligerantes por una distancia de sólo cincuenta metros. El General ordenó lo conducente para que aquel enemigo fuese hostilizado durante toda la noche, relevándose las guerrillas mientras el resto de la fuerza descansaba. Afortunadamente, el General se apodera del correo enemigo Antonio Brandrich, despachado por el Coronel Sanz con un parte para el Comandante General de Cuba. El parte estaba fechado á las 11 de la noche del 7 de Febrero, y significaba en él la necesidad de refuerzo para salir de la apurada situación en que se encontraba. Manifestaba haber perdido 30 hombres, tener una gran impedimenta en que se contaban muchos heridos, estar muy escaso de parque y encontrarse sitiado por fuerzas numerosas. Con perfecto conocimiento de lo que en el campo enemigo pasaba, el General resolvió derrotarlo al siguiente día.

Aquella fué una noche terrible para ambas fuerzas. Los que lograron descansar de nuestro lado, el más favorecido sin duda, encontraron agujereados por las balas algunos sombreros de los que se pusieron sobre la cara para dormir. Al Comandante Santa Cruz Pacheco una bala le llevó el tacón de uno de sus zapatos, y guarda el Comandante Lacret como preciosa reliquia una bala que se aplastó en el pomo de su machete. El 8 y el 9 continuó aquel sitio excepcional en que la Providencia favoreció á nuestros reducidos combatientes. El Coronel Sanz, que había comenzado el 7 su combate con 400 hombres, no tenía el 9 de Febrero para defender su posición sino unos 70. El resto estaba fuera de combate, muertos, heridos, inhabilitados para la pelea, y, sin embargo, aquel hombre de un valor á prueba, á cada intimación de nuestra parte exigiendo la rendición, contestaba como Cambronne, tan admirable y heroico: "*El San Quintín muere, pero no se rinde.*" En efecto, estaba ya casi muerto, y no se rendía. Era ya tiempo que aquella columna saliera de su penosa situación, de la que la sacó el Brigadier Salcedo, que llegó en su auxilio al amanecer del 10, con numerosos refuerzos.

El 9 de Febrero de 1878, mientras el General Antonio Maceo vencía al Batallón de San Quintín, el cuerpo más renombrado del ejército español en Cuba, mientras la revolución triunfaba en las crestas de Guantánamo, en el Camagüey se acababa de firmar la paz entre cubanos y españoles! Allí donde había reinado el orden y la disciplina en el ejército, se vencía á los españoles; mientras que donde el orden y la disciplina desaparecieron, moría la revolución vencida por los españoles.

Los restos del Batallón de San Quintín fueron recibidos en Santiago de Cuba con altos y justos honores. El General en Jefe le adjudicó á su bandera la corbata de San Fernando, la distinción más honrosa que puede conferirse á un cuerpo militar según las leyes del Ejército en España. Sanz fué ascendido á Brigadier, y recuerdo que uno de nuestros oficiales al encontrarlo, antes de la capitulación de Oriente, le manifestó que si enviaba su diploma á nuestro campo, se le pondría gustoso el Visto Bueno.

Nuestras bajas consistieron en el Comandante Elías Pérez, Capitán Valentín Consuegra, el que en combate personal había dado muerte en Juan Mulato al Teniente Coronel Cabezas, y un soldado llamado Agramonte, muertos: los heridos fueron muy pocos.

El mismo día 10 de Febrero tuvo noticia el Cuartel General de que el Teniente Coronel José Maceo con un corto número de hombres había sostenido el día anterior reñido combate en el Tibisí, tres leguas de donde el General Antonio, su hermano, se batía con San Quintín, habiendo quedado en el campo español á más de un crecido número de individuos de tropa, el Jefe de la columna Teniente Coronel Hermógenes Gonzalo. Además se adquirió para nuestros soldados gran cantidad de parque.

El Cuartel General se incorporó el 11 al Teniente Coronel Maceo, después de haber restituído gran número de prisioneros á su campo. Ese día, 11 de Febrero, se presentó en el campamento una mujer procedente de las filas enemigas, —regularmente el enemigo siempre echó mano de la mujer para servir sus fines y desempeñar el papel de espía.—En 1871, en el Camagüey, Agramonte hizo ahorcar una mujer, á quien se le encontraron documentos del enemigo. Fué ahorcada por el entonces Capitán José Aurelio Pérez, de Matanzas, la que, entre otros documentos, traía una copia impresa de todos los procedimientos del Camagüey y las bases aceptadas por los cubanos en su capitulación. Imagínese el efecto que tal noticia causaría en un pueblo que triunfaba del enemigo. No se quería dar crédito á lo que aquella mujer relataba y sus documentos comprobaban. El General la hizo arrestar y la sometió como correo del enemigo á la acción de un Tribunal militar. En trabajos el tribunal y acaso próximo á fallar en contra del correo, llegó la Comisión del Cuartel General de los alrededores de Cuba, y todos los corresponsales participaban la infausta nueva y remitían idénticos documentos que los traídos por aquella mujer. El Consejo suspendió sus trabajos dejando á la procesada en arresto. De todas partes remitían nuestros Jefes de operaciones iguales documentos que por do quiera hacían circular los españoles, ya regándolos en los caminos y veredas, ya fijándolos en los árboles. Muchos de los papeles terminaban con las palabras ¡Viva la paz! ¡Viva la unión!, escritas con lápiz después del contexto del documento.

El 16 se recibió aviso del General Gómez y Comisionados de Camagüey, y el 18 recibía el General Maceo á estos señores en el "Asiento de Piloto." Conocemos la historia de esta entrevista descrita por el General Gómez. Maceo no aceptó, por sí, lo que se había hecho en el Camagüey; pero no queriendo cargar con la responsabilidad de resolver el asunto en pro ó en contra, determinó concentrar á todos los jefes y oficiales de Oriente para que en asamblea y con amplia y libre discusión, resolvieran lo que se tuviera por más convehiente. Al efecto, se dirigió á Bayamo invitando al General Díaz y la oficialidad de la Brigada; á Cuba para invitar al General Calvar, que residía en Cambute, y á los oficiales de aquel cuerpo, y personalmente, según me había prometido, marchó á Holguín en busca de Ríus, demás jefes y oficiales de la Brigada y del que habla. La cita era para el día 14 de Marzo en la sabana de Barigua. Llegó á las estancias de Solís, cerca de Bijarú, en Holguín, el día primero de Marzo de 1878.

* * *

Terminaba el mes de Enero y yo, impaciente por la dilación de Maceo, de quien esperaba noticias en mi confinamiento, había resuelto abandonar la costa de Nipe en los primeros días de Febrero. Una tarde, quizás la correspondiente al primero de este mes, me sorprende la visita de dos Jefes de las fuerzas de Holguín, Comandantes Pedro Vázquez, Vocal del Gobierno del Cantón, y Francisco L. Vidal, ambos oficiales muy estimados en el Ejército por sus cualidades, ambos hombres de principios rectos, de orden y de acción. Solicitaron una entrevista y ya en lugar reservado hicieron las siguientes explicaciones y expusieron el plan que se escuchará.

El Presidente Collado había dado cita á todos sus parciales para efectuar una concentración el día 10 de Febrero en los Lajiales. Ellos, Vázquez y Vidal, así como la mayor parte de los oficiales, estaban ya cansados de Collado y sus desórdenes y más aún de sus doctrinas que habían hundido al Distrito de Holguín, permitiendo de manera bochornosa que el enemigo hubiera invadido nuestra zona y cargado con nuestras familias. Ellos todos asistirían á la concentración el día 10 y harían que las fuerzas estuvieran presentes. Mientras tanto, mis amigos y yo nos acercaríamos á ocupar un lugar fuera de las avanzadas del campamento y tan luego como el Presidente con su estilo doctoral ocupase la tribuna para arengar á su pueblo, Vázquez daría un viva á Cuba y al orden y gritaría "¡abajo Collado!" gritos que serían repetidos y apoyados por Vidal y otros oficiales, haciéndose resueltamente dueños de la situación, y en nombre de la República de Cuba y de la Ley, prender al impostor. Entonces entraría yo, y en mi carácter de Representante por Oriente, asumiría el mando de las fuerzas y la dirección de todos los asuntos hasta la llegada de Maceo. Encontré el plan soberbio, comprendí que con grandísima facilidad íbamos á posesionarnos del Poder en nombre del orden, y que resultaría precisamente lo que pocos días antes había yo predicho por escrito al mismo Collado. Ya me consideraba yo rigiendo los destinos de aquel pedazo del pueblo de Cuba, hasta cierto punto arbitrariamente, pues mi primer decreto sería ordenando la prisión de Collado en nombre de las Leyes que había pisoteado, en nombre de Cuba á quien había hundido. Yo no consentiría que las tropas volviesen de su sorpresa, y para distraer la atención me lanzaría sobre el enemigo cuantas veces pudiera, y quedarían moralizadas después de algunos triunfos. En cuanto á Limbano Sánchez lo conocía á fondo y estaba seguro que en aquella altura me lo había de atraer. Ya me forjaba la esperanza de dar al Jefe de la División el parte más glorioso que se diera en la Revolución. Vázquez y Vidal se retiraron á preparar su plan, y nadie se enteró de lo que se había tratado en aquella conferencia. Dos días después fuímos acosados en nuestro tranquilo campamento por las bombas de un cañonero que equivocando sin duda algún vestido de vivos colores, de señora, puesto á la acción del sol en la playa, por una bandera cubana, nos tomó por una expedición desembarcada, publicando más tarde la historia en sus periódicos. Yo he visto en *El Periquero* de Holguín la relación de las cajas de parque y paquetes de armas ocupadas á la imaginaria expedición.

Me retiré á los montes de los Aguaceros á esperar el día diez para secundar la operación de Vázquez y Vidal. Con cuánta impaciencia contaba los días que iban pasando!; hacía tiempo que no llevaba cuenta del día de la semana y para no concluir en un estado de salvajismo perdiendo los del mes, computaba

el tiempo como los indios, que rayan con una piedra en la corteza de un árbol ó en una roca siempre que el sol asomaba por Oriente; con la diferencia que yo lo hacía en mi cartera con un lápiz que ya no medía dos pulgadas; objetos ambos salvados en medio de los vendavales que me habían azotado.

El nueve de Febrero se presentó radiante con su magnífico sol tropical: yo esperaba con impaciencia el diez, para terminar de una vez con todos los abusos que por tanto tiempo me habían rodeado. Serían las diez de la mañana cuando me pareció notar voces en las inmediaciones de mi retiro; fijando la atención advertí que pronunciaban distintamente mi nombre, y que después seguían las palabras ¡traición! ¡infame traición! Las voces se repetían y el que las daba parecía como que se aproximaba por momentos al lugar en que me encontraba. De un salto me puse fuera de la covacha que me abrigaba de la intemperie, con el arma en la mano. El sargento Manuel Gutiérrez, mi compañero de reclusión, se colocó sobre el tronco de un árbol para alcanzar á más larga distancia con la vista, descubriendo por entre el monte al Teniente Modesto Fornaris, quien ascendiendo la cuesta, jadeante, continuaba dando sus alarmantes voces de ¡traición! ¡traición! ¡infame traición! Fornaris era un ave de mal agüero; fué el que nos comunicó la noticia que Collado se había pronunciado á favor de la Autonomía. ¿Qué traería ahora? Pronto se me incorporó y dominado por la emoción que embargaba sus sentidos, casi en términos incomprensibles, me dijo: ¡Collado ha traicionado, ha arrastrado á la Brigada al campo enemigo!

Repuesto Fornaris de su emoción, me relató detalladamente el acto incalificable del Presidente Collado, según se lo acababan de referir los Comandantes Vázquez y Vidal, (*) que no pudiendo perder tiempo entrando en mi campamento, habían marchado hacia Guantánamo en solicitud de auxilio para detener la acción de los traidores.

Collado al traicionar quiso hacer todo el mayor daño á la Revolución: su objeto fué matarla, después de haberla llevado al estado de extenuación en que se encontraba. Vió venir el castigo que por su conducta merecía y no pudiendo escapar sino junto al enemigo, allá se fué; pero con la deliberada intención de que nadie pudiera encaminar por la senda del bien á aquel Cuerpo que postrado ya en tierra por su culpa, debía recibir allí el golpe último que le diera muerte. Collado presentándose al enemigo solo, habría sido aplaudido por los buenos, puesto que en el campo producía daño y perjuicio; pero para que su traición se hiciera notable, y más que notable, funesta, arrastró gran parte de la Brigada de Holguín.

Collado había patrocinado el desorden, lo había encauzado poniéndose á su cabeza, y traicionó luego su causa, sin probar siquiera á combatir, sin hacer el más insignificante esfuerzo por salvarla. Tenía dos caminos indicados: uno, volver al orden, acatar á Maceo y con la falsa preponderancia que se había creado, ayudar al bien y salvar el territorio; otro, el de permitir que todo se perdiera, y traicionando, marcharse á la tienda del enemigo. Uno era el de la patria, el del

(*) Al recibir Maceo por el Comandante Francisco L. Vidal la noticia de la traición de Collado, hizo que éste saliese á perseguirlo, si era posible, al frente de algunos hombres escogidos de su escolta, para que lo fusilara donde quiera que lo encontrara.—Vidal se esforzó por llenar la comisión, sin resultado alguno.—(Declaración del mismo Leite Vidal.)

honor: otro, el de los españoles, el de la traición y la deshonra. No titubeó, y resueltamente se decidió por el más fácil: el de la traición.

Collado se había pasado al enemigo, llevándose á los jefes y oficiales siguientes: Teniente Coronel Angel Guerra, Comandantes Antonio Portuondo y Camacho y José Antonio Molina; Capitanes José Castillo, los dos hermanos Silva, Sierra, Torres y Villarreal, gran número de oficiales subalternos y como ochenta hombres del segundo batallón de Holguín.

¿Qué hacer ante tan angustiosa situación? Me resolví á obrar instantáneamente. En el acto dirigí distintas comunicaciones, una especie de circular denunciando la escandalosa conducta del Doctor Collado é invitando á todos á que se me unieran en nombre de nuestros principios para detener la obra de la traición. A todos los citaba para un lugar y día señalado. Mi objeto era formar un núcleo moralizado y solicitar á Limbano Sánchez, que ante circunstancias tan apremiantes no nos había de negar su auxilio. Fornaris marchó inmediatamente para donde estaban Ríus y los hermanos Calás, que se encontraban en una zona apartada, y mientras tanto Gutiérrez y algún asistente mío, salieron con el resto de la correspondencia. De todos aquellos á quienes me dirigí, sólo el Comandante Luis de Feria, que se encontraba enfermo, y los Capitanes Solís y Cartagena, no nos habían traicionado; todos los que residían en una zona inmediata, muchos de los cuales estaban incluídos en mi correspondencia, habían marchado con el enemigo. Solís y algún otro oficial acudieron á mi llamamiento. Desde el lugar en que nos reunimos para esperar á algunos más, se dilata la vista hasta perderse en la línea de aparente unión del cielo y el mar: se domina una gran parte de la extensa bahía de Nipe: desde nuestra observación pudimos distinguir dos cañoneros españoles surtos en la bahía que embarcaban gran número de familias, como doscientas personas. Solís se explicó el hecho en seguida: debían ser las familias de Collado y de los que por él fueron arrastrados. Solís se me separó con protestas de auxiliarme en mi confinamiento con todas las noticias que sobre la situación obtuviera.

Collado traicionó la Revolución de Cuba el nueve de Febrero, día en que entró en la ciudad de Holguín. Cuando atravesaba las calles fué sorprendido por la fiesta á que se entregaba la población, por los acordes de las músicas y los vivas á España que atronaban el espacio. Al interrogar al primero que encontró á su paso por la causa de tanto júbilo, le contestaron: "Celebramos la paz de Cuba que en el día de hoy, nos dice el telégrafo, se ha iniciado en las conferencias celebradas por Martínez Campos y el Gobierno Cubano." ¡Ah, sí!, exclamó Collado, asiendo la ocasión por un cabello: "yo, de acuerdo también con ese Gobierno, vengo á capitular." Eso no era así: él lo ignoraba todo; había marchado como un traidor, y gracias á Morse y á su invento, llegó como un capitulado. Yo he visto después los documentos en que dándose toda la importancia de un diplomático y en representación de los pueblos que le habían conferido sus poderes, hacía la paz con el Gobierno español. He visto también los documentos en que, desde Holguín, ordenaba á Limbano Sánchez que capitulara al frente de su gente.

Después de la traición de Collado quedó aquel territorio en una tranquilidad inexplicable. Durante algunos días mis exploradores no me informaban del paso del enemigo por uno de los caminos inmediatos que antes corretcaban fre-

cuentemente. No supe de nadie más: parecía que yo era el único habitante de la República de Cuba. ¡Si habrá hecho traición todo el ejército!—me decía yo, —y estaré condenado á morir en este solitario y apartado retiro, olvidado de todos. No había vuelto á saber de Rius, ni de Vázquez, ni de Solís. Este había ofrecido ponerme al corriente de cuanto pasara y como tenía confianza en él, estaba convencido de que nada nuevo ocurría. Mi situación era angustiosa: yo, que tantos deseos tenía de servir mi causa, casi postrado como estaba hubiera marchado á donde me llamara, me veía, por el cúmulo de circunstancias que me rodeaban, reducido á la impotencia, á la inacción. A veces me quedaba solo en aquella montaña, y para que mi situación fuera más crítica, para que moralmente me viera más firmemente atado á aquella roca, me encontraba en medio de mi infortunio acompañado de la firme voluntad de mi esposa y de las gracias de mi tierno hijo, que no me habían abandonado. Desconfiaba de todo: me consideraba rodeado por la traición y me esforzaba por no caer en un lazo. Los pocos hombres que me acompañaban, de color todos, á excepción del sargento Gutiérrez, salían cada dos días en busca de recursos de boca, que allí se habían reducido á boniatos. Otras veces salían á practicar reconocimientos. Mientras ellos estaban ausentes, yo mudaba de lugar, y me apostaba en dirección opuesta al lugar en que colocaba á mi mujer y mi niño, en acecho del que pudiera aproximarse. El vuelo de un pájaro, la caída de una hoja, ó el ruído producido por la más ligera brisa, era notado por mis oídos, acostumbrados á la angustia, dándome la voz de ¡alerta! Dormía poco de noche, y de día no gozaba de tranquilidad: fiaba en Solís y en Maceo para salir de esa situación: sabía que no habrían de dejarme abandonado en mi reclusión. Solís era un hombre de color, mestizo, que había sido esclavo antes de la guerra: callado, bondadoso y valiente hasta la tenacidad, tenía todas las cualidades de un hombre honrado. Era un oficial de mucho orden y de confianza. Cuando la noche envolvía con su manto de tristeza aquellos lugares, entonces abandonaba mi acecho y me reunía en campamento con mis compañeros, protegidos por la obscuridad. ¿Qué tiempo habría de durar aquella incertidumbre, aquella vida en que se vivía muriendo? No podía pensarlo: comprendía sí, que la muerte era preferible.

La idea de que habían hecho imposible el triunfo de la Revolución, y que debía pensar en que lo más risueño de mi porvenir estaba en los presidios del norte de Africa ó Fernando Poo, era suficiente para que mi naturaleza desfalleciera al peso de tan horribles pensamientos. Ignoraba como habían resuelto en Camagüey la cuestión Presidencia después de la captura de Tomás Estrada, aun más, después de la muerte de Machado y La Rua, que en justicia podían sucederle en el cargo. Así pasaba yo mi tiempo, sucumbiendo á la par que la Revolución, agobiado por los más acerbos dolores, apesadumbrado por las más siniestras contemplaciones.....

Una tarde, la del 20 de Febrero, según me indicaba mi salvaje almanaque, y estando ya todos en el campamento, fuímos sacados de la tranquilidad que siempre rodeaba la colonia, por un sonido extraño, que participaba de la expresión de la voz humana y del silvido de un pájaro; algo semejante al graznido del cuervo: se escuchaba también el ruído que produce, y que se oye á gran distancia en el silencio del bosque, de la hoja seca al quebrarse bajo la presión del pie. Nos pusimos en acecho y pronto divisamos un niño como de 14 años de edad,

que olfateando, trataba de orientarse por el olor de la candela: venía armado. A pesar de esta circunstancia, el hecho de venir solo nos hizo perder todo recelo; además sus años no consentían que fuera un traidor. Alguno del grupo lo conoció y dijo: "*Correo del Capitán Solís, es Marcos.*" Pocos momentos después un niño de constitución débil, de pálido y dulce rostro, se presentaba ante mí y haciendo un saludo militar me participaba que venía de parte de su Capitán. El exquisito respeto de aquel niño debía traducirse por la frase, "soy un amigo, tenga Vd. confianza en mí." Grande fué la emoción que me produjo la muestra de respeto que acababa de darme aquel niño: y puede comprenderse cuánta sería ella si se considera que desde hacía bastante tiempo veía á los hombres despreciándolo todo y mofarse de las cosas más sagradas.

El Capitán Solís me daba á conocer por conducto de su imberbe correo la peor de las noticias: "La gente de Collado," me dijo, "acompañada de tropas españolas, divididos en guerrillas, lo perseguirán á Vd. El Capitán se lo advierte para que se esfuerce por no caer prisionero: mientras tanto él velará sobre Vd.; le aconseja que, por ahora, no abandone esta montaña."

A pesar de este último encargo de que no abandonase el lugar, con lo que se me quería dar á entender que allí se me estimaba seguro, figuraos la angustia y el dolor que me causaría esta noticia, y la triste situación en que estaba al verme perseguido, no ya de los españoles, que era muy natural; sino de aquellos que hasta el día anterior me habían estimado y respetado, y de cuya persecución no me escaparía, pues el que menos de ellos, conocía mejor que el que más de nosotros aquella montaña que me alojaba. Lo comprendí todo: ví la mano de Collado en esa disposición; sin duda se quería castigar de la manera más cobarde é infame mi proceder para con él y los suyos. Acaté la orden de Marquitos y me proponía volverme un pájaro, ó quemar mi último cartucho antes que consentir que el ilustre Presidente del Cantón independiente de Holguín, el traidor á los principios que *juraba* y á su *Patria*, se gozara presenciando mi ejecución en la plaza pública de Holguín.....

Marcos marchó y, como se comprenderá, yo redoblé mi vigilancia. Ya dormíamos á la intemperie con la inmensidad del firmamento por toda techumbre. Más de una ocasión, al despertar en medio del silencio de la noche, interrumpido sólo por el silvido de algún insecto, ó el monótono canto de un ave nocturna, ví á mi esposa, alumbrado su rostro por la pálida luz de las estrellas, como una sombra misteriosa, delante de mi hamaca, bañada en lágrimas! ¡Ah! es que no había ya esperanzas de escapar de aquella terrible situación! Abusaría de la paciencia de los que me escuchan, si fuera á relatar con todos sus dolorosos detalles, los sinsabores todos, todas las amarguras que rodearon mi permanencia en aquella lóbrega montaña. Todas mis esperanzas se cifraban en las visitas de Marcos que venía diariamente, después de caminar cuatro leguas, á la hora del medio día. Jamás fué portador de una noticia que me hiciera respirar libremente. Más tarde he llegado á pensar que hubo exageración en el aviso del Capitán Solís. Indudablemente que la gente de Collado merodeaba por aquellas montañas, buscando á sus familias ó á sus adeptos. No sé si alguno de ellos, excepto Collado, habría sido capaz de maltratarme. Solís, desconfiando de todo, llenó su deber exagerando la situación. En este estado de tortura en que á medias nos alimentábamos, pasarían unos diez días.

Una tarde que debía corresponder á la del último día de Febrero, casi al obscurecer, en momentos en que una lluvia menuda y penetrante aumentaba la tristeza de nuestros ánimos, lanzó Marcos su graznido de costumbre y orientándose por el olfato, como un sabueso, apareció á lo lejos, á través de la montaña. Al escucharlo no pude menos que alarmarme, pues ya me había visitado durante el día. Me produjo el efecto que hace la visita inesperada del médico al enfermo querido que se nos vá. Siempre se me acercaba con exquisito respeto, á que yo correspondía con muestras de afecto. "El Capitán le previene, me dijo, que á la hora en que yo llegue á su presencia se mueva; que no pierda un minuto, de lo contrario está perdido." Pretendí que me prestara el valioso servicio de sus conocimientos como práctico; pero me contestó que tenía que dar el mismo aviso á distintas personas que dependían del Capitán Solís, y desapareció.

Pronto reuní en Consejo á la poca gente que me rodeaba, y resolvimos ponernos en marcha rumbo á Guantánamo, en busca del orden, á donde debían guiarnos el instinto, el buen deseo y el sol. En el momento en que recibí aviso tan alarmante no tenía allí sino dos asistentes. Emprendimos nuestra peregrinación: la caravana se componía del Sargento Gutiérrez, armado, otro joven cuyo nombre no recuerdo, mi esposa y mi niño, dos morenos que me servían de asistentes y yo, armado también. Total: cinco hombres y dos armas. Nos vimos precisados á abandonar la mayor parte de nuestros intereses que nos eran todos indispensables, pues ya de antes se habían reducido á su última y más precisa expresión. Hasta parte de nuestra ropa quedó por detrás. Nos pusimos en marcha descendiendo una loma y en dirección á la estancia del Capitán Esteban García, que sospechábamos estuviera allí, siendo tan afortunados que lo encontramos. Joven bondadoso, inmutable ante el peligro, sin afecciones que lo apegaran á determinado territorio, aceptó la invitación y se incorporó con dos asistentes á la caravana. Hicimos allí dos adquisiciones de extraordinario valor en aquellas circunstancias. El Capitán García, armado, y uno de sus asistentes, medio práctico, que con ese tino natural en los hombres de raza africana, nos aseguró que siguiendo la dirección del sol llegaríamos hasta Guantánamo.

Recuérdese que me encontraba en la parte norte de Holguín, y que para llegar á Guantánamo tenía que atravesar aquel vasto territorio en toda su extensión hacia el Sur, y además parte del de Cuba: que esta marcha tenía que hacerla en unión de una señora y un niño muy tierno, y que para llegar á aquel puerto de salvación que se llamaba *Macco* tenía que hacerlo evadiendo no ya la natural persecución de los españoles, sino la de los cubanos y españoles combinados. Y aunque sea adelantar una idea, no se olvide que esta expedición se emprendía el último día de Febrero, cuando ya las tropas del Centro y las Villas habían capitulado y cuando había una suspensión de hostilidades en toda la Isla, excepto en Holguín, por un capricho quizás de mi mala estrella. Estímense ahora en su justo valor mis sufrimientos y mis sacrificios. Pensaba en Guantánamo, suspiraba por Macco. Ah! pero Macco y Guantánamo equivalían en aquella situación casi á un imposible. Sin embargo, en camino estaba, lo que prueba que no me rendiría sin antes probar si podía llegar allá. A las ocho de la noche emprendimos marcha. Cada uno de los que marchaba, según la necesidad y la costumbre de Oriente llevaba una vela encendida. Estas velas eran más ó menos largas: las había hasta del alto de un hombre: era un artículo indispensable del patriota:

junto al avío de hacer fuego, se encontraba la vela de cera. Los que hacían el servicio de correos usaban unos sombreros fabricados de manera que podía ajustárseles, como á los de los mineros, una vela en la parte delantera y superior de la copa. Yo marchaba delante de mi esposa alumbrándole el camino. Ella me seguía con el niño en los brazos. Algunas veces tomaba yo al niño, y ella mi vela y mi rifle. Marchábamos por una vereda estrecha, ascendiendo unas veces, otras descendiendo cuestas, que hacían la jornada embarazosa. Mi infeliz compañera había tenido que abandonar sus zapatos, que le molestaban mucho, lo que constituía para ella un verdadero sacrificio: pero resignada y sufrida marchaba en aquella procesión, que, á cierta distancia, debía parecer el acompañamiento de un cadáver. Sería quizás la una de la madrugada, habríamos andado unas cinco leguas, cuando nuestro práctico nos dijo que estábamos á la altura del rancho del Sargento Avelino, de las fuerzas de la Brigada, quien en ocasiones anteriores me había significado sus deseos de verse libre de los desórdenes de Holguín. Nos dirigimos á su habitación, siendo á poco anunciados por los ladridos de un perro que nos dió la bienvenida.

Avelino se agregó á nuestra caravana en unión de su esposa, lo que vino á darnos fuerza moral y material. Hicimos también allí otra valiosa adquisición en la persona de un francés, armero, Teniente de Guantánamo, llamado Mons. José, que era conocedor del camino y además estaba armado. Yo saltaba de gozo: ya había abandonado la idea de un asalto y de ser prisionero sin resistencia; ya teníamos cinco armas, las suficientes para sostener un combate y proteger nuestra retirada; teníamos prácticos, y Rosa, la esposa del Sargento, se entendería con mi señora en los cuidados del niño. Al día siguiente, al rayar el alba del 1º de Marzo, emprendimos de nuevo nuestra marcha.

La mañana estaba hermosa. Una brisa tropical, perfumada con el aroma de la flora silvestre de nuestros bosques, nos bañaba el rostro, según íbamos atravesando aquella montaña, pues la necesidad de excusar un encuentro con cubanos ó españoles, nos aconsejaba abandonar la estrecha y casi desconocida vereda que habíamos traído la noche anterior, con mayor razón cuanto que el Sargento Avelino nos manifestó ser posible que el Teniente Coronel Guerra, de los de Collado, con alguna gente merodeara por aquella montaña. Esto hacía nuestra marcha aun más penosa, pues teníamos que abrirnos paso á través de aquella espesa y agreste selva, donde en más de una ocasión tuvimos necesidad de cortar bejucos y ramajes que se oponían á nuestro paso. Mi esposa, sobre todo, marchando con sus piés desnudos por aquella montaña virgen, era víctima de las espinas, cuyas punzadas sufría con increible resignación. Nuestra marcha se efectuaba en perfecto orden militar, para prevenir cualquier accidente en el camino, en la forma siguiente: descubierta, Capitán García y Sargento Gutiérrez, luego, á cierta distancia, el Teniente Mons. José y yo, armados, y por último, la impedimenta, las dos señoras y el niño, y los asistentes al mando del Sargento Avelino, cerrando la columna.

Como á las diez hicimos nuestra primera etapa para tomar el frugal desayuno, continuando la marcha una hora más tarde, siempre á través de la montaña. Nuestro plan era aproximarnos todo lo posible á las estancias de Solís y hacer viandas por la noche, pasando por las inmediaciones del campamento enemigo de Bijarú.

Sería la una de la tarde cuando al llegar nuestros exploradores al río Bijará hubieron de dar la voz de ¡alto! trabándose en seguida un altercado con persona que se expresaba muy en alta voz para ser de los nuestros. De momento me pareció aquello muy sospechoso. Los exploradores me presentaron un moreno que decía ser de las fuerzas del Capitán Solís y con la mayor naturalidad nos sorprende con la noticia de que hacía como dos horas que el General Maceo, con fuerzas de Guantánamo, había acampado en las estancias de Solís, media legua del lugar donde nos encontrábamos..... Aquello era demasiado grande, demasiado bueno para que pudiéramos creerlo. Fué necesario aceptar al moreno con reserva. Le ordené se quedara á mi lado mientras los exploradores García y Gutiérrez marchaban á reconocer las estancias de Solís. Les advertí se aproximaran cuanto pudieran, y que no permitieran que nadie los viera: que trataran de ver la gente, y si eran blancos no esperaran más detalles y vinieran á incorporárseme, pues era la fuerza de Holguín ojeando la montaña y recogiendo las familias; y, si por el contrario, eran negros, se aproximaran hasta oirlos hablar y si hablaban en francés, entrasen sin desconfianza, que era la tropa de Maceo. ¡A tal extremo habíamos llegado en aquel paréntesis de la Revolución, que el patriotismo se medía por el color de la piel! Oh! caprichos de la Revolución de Cuba!..... Dos horas estarían ausentes mis exploradores, dos horas que nos parecieron una eternidad, dado lo violento de mi situación y la ansiedad de nuestros ánimos..... Volvieron al fin, llenando nuestra alma de alborozo, dando gritos de alegría y abrazándonos..... ¡Era Maceo!, y su tropa, nuestros amigos que venían á salvarnos, á terminar nuestro martirio!..... ¡Ah! si yo no hubiera sido cristiano; si hasta entonces no hubiera creído en la existencia de un Ser Supremo que premia ó castiga á los hombres, según sus acciones en esta vida terrena; allí, en aquel instante, el más crítico de mi vida, en medio de aquella montaña, me hubiera postrado de rodillas y hubiera entonado mi acto de contrición! ¡Todas mis penas, todos mis sinsabores habían cesado! Allí estaba el premio de esa fe que nunca me abandonó; allí estaba el faro luminoso que habría de guiar en lo sucesivo mi débil esquife azotado hasta entonces sin piedad por todas las tempestades, para que en lo sucesivo, zarcando bonancible el mar de las esperanzas, me condujera adelante, siempre adelante, en busca de la felicidad de la Patria!

Con Maceo se salvaba la situación. En el acto nos colocaríamos sobre el camino real, provocaríamos al enemigo, lo batiríamos, y con un par de triunfos Holguín estaba salvado. La gente arrastrada por Collado volvería otra vez á nuestro lado, y el desorden y las Reformas y el Cantón, todo, todo desaparecería ante la imperiosa necesidad de salvar nuestros principios. Y cuando consideraba que una hora antes venía rompiendo breñas y bejucos, sin pensar que el puerto de salvación estaba á la mano. ¡Allí estaba Maceo! No necesitamos agregar una palabra más!

Así pasaban por mi mente como por la de la infortunada lechera de la fábula, miles y miles de pensamientos color de rosa. Algunos dicen que hablaba á solas. ¿Estaría loco? Sí: loco de gozo: era feliz!

Llegamos al campamento. Desde los primeros grupos empecé á recibir halagüeñas felicitaciones. Llegué, por fin, al Cuartel General donde estaban los oficiales, materialmente fuera de sentido: daba vivas á la Patria, á Maceo, á los salvadores de Holguín. Maceo se adelantó á recibirme, y cuando me abrazó,

quedé desmayado. ¡No fuí bastante fuerte para resistir tan intensa emoción!...

.....

Se me excusará que haya molestado tanto tiempo vuestra atención, con el relato de un pasaje de mi historia particular, tan minuciosamente referido. Aunque mio, explica una situación de la guerra por aquellos días; la de aquellos que pensaban y sentían como cubanos dignos; la de la Revolución en Holguín; y no está, por tanto, desprovista de interés. Es una página del diario de mi vida: la más dolorosa, unida á la no menos dolorosa de nuestra patria. Aquellos días me costaron muchas lágrimas, muchos sinsabores y muchas angustias, para que no los deje consignados en forma que mis hijos mañana puedan conocerlos, y llorar con el recuerdo de su padre, las desdichas de la patria.

.....

Pronto mis compañeros me colmaron de atenciones. Lacret regaló un par de botines á mi señora.

Yo descansaba, respiraba entre mis amigos: hablaba á la vez á todos y todos á la vez me contestaban. Allí empecé á conocer tantas cosas que ignoraba. Recuerdo que fué el Comandante Pacheco quien, al escuchar la relación de mi marcha nocturna y mi viaje á través de las montañas y de todas mis penas y vicisitudes, exclamó: "¡Tonto! Hubieras tomado el camino real y llegado al Campamento de Bijarú, donde te habrían proporcionado cabalgadura." Tomé aquello por una broma; pero como me hablasen de otra cosa por el estilo, que acepté como chanza, todos, admirados de mi ignorancia, casi á la vez, exclamaron: "Pues qué, ¿no sabes que las hostilidades están suspensas en toda la Isla? ¿ignoras que el Camagüey y las Villas están fuera de combate? ¿no sabes que se ha firmado un tratado de capitulación entre la Cámara y el Gobierno y Martínez Campos? ¿ignoras que...." "¡Yo lo ignoro todo!—exclamé cuando ya mi admiración había traspasado los límites del juicio;—¡yo no sé nada!,—dije ya fuera de sentido:—no sé sino que ustedes me asesinan!" Pedí por compasión no se me dijera nada más, mientras me llevaba las manos á las sienes y evitaba que mi cerebro, haciendo explosión, saltase de su bóveda natural!....

Me marché de aquel lugar sin saber lo que hacía, y cuando llegué donde estaba mi familia, me dejé caer en mi hamaca y lloré como un niño!....

Aquellos que son padres y han experimentado todo el dolor de perder un hijo en quien cifraban una esperanza justificada y lo ven desaparecer robado por la muerte á su cariño, dejando sensible vacío en el hogar, pueden formarse una idea aproximada de lo que por mí pasó; y digo aproximada, porque los padres que hemos perdido uno de esos pedazos de nuestro corazón á quien en el lecho del dolor hemos seguido angustiosamente hasta que, perdiendo toda esperanza de salvación, nos preparamos para verlo desaparecer y nos resignamos luego, cuando el golpe terrible del incomparable dolor era esperado y llega paulatinamente, no experimentan el mayor dolor de aquellos padres más desgraciados, que tienen el doble sufrimiento de que su hijo muera por accidente inesperado, lejos del calor paternal, sin que se le haya podido atender con cariñoso cuidado, y viene súbitamente la noticia de la tremenda desgracia.... Estos son los comprendidos en mi caso!

* * *

No era posible llevar á mi espíritu toda la tranquilidad que necesitaba, siquiera para distraer mi atención un instante de la idea que la dominaba. Más de una ocasión pretendí acometer la empresa de leer una voluminosa correspondencia, la mayor parte de ella de mi familia y que en aquellos momentos me entregaron, sin que me fuera dable; y como mientras más pensaba, más inconexas eran mis ideas acerca de tantos sucesos nuevos que se me hicieron conocer de momento y en conjunto, resolví volver donde se encontraba el General, para que me explicara sencilla y claramente lo que acontecía en la Revolución de Cuba. El General me ofreció un lugar en su hamaca y allí, con la calma que le es peculiar, me refirió todo, todo lo que había pasado.

"Y usted, ¿qué piensa hacer?"—le pregunté así que hubo terminado su dolorosa narración.

"Eso le toca á ustedes resolver," me contestó. "He citado para el día catorce de Marzo á todas las fuerzas, para una reunión en Barigua, á la que asistirán por lo menos los jefes y oficiales de aquellas que estuviesen más distantes y, si como se me asegura, las Tunas no se han rendido á estas horas, mi correo debe haber alcanzado al General Vicente García, á quien también he citado. Mi principal objeto al acudir á Holguín, ha sido cumplir con usted el compromiso de venir á buscarle: me imaginaba sus sufrimientos y he venido á librarle de ellos tan pronto me ha sido posible. Además, he mandado aviso á Ríus, á Vidal y á Limbano, y espero que todos se me han de incorporar con los demás jefes y oficiales de Holguín, dentro de breves días. Necesito de la cooperación de todos para la difícil solución del problema que tengo delante. He escrito una carta al General Martínez Campos pidiéndole una entrevista para el mismo Barigua, cuya entrevista, según telegrama que he recibido ya, se celebrará el día quince del corriente, á las ocho de la mañana. Deseo, y así se lo digo en mi carta, me explique las ventajas que reportará á Cuba la paz con España, sin el reconocimiento de su Independencia. Yo, por lo pronto, no he aceptado la suspensión de las hostilidades, y siempre me he excusado de darle una contestación categórica sobre el particular, no obstante habérmelo exigido. Mientras ellos han declarado un armisticio para toda la Isla, yo he venido picando el telégrafo y hubiera batido cualquier columna que hubiese encontrado á mi paso."

Le referí las operaciones en Holguín y la prisión de aquellos individuos y el número grande de familias que por Marquitos supe que habían capturado los españoles.

El General, no obstante saber que el Coronel Marcos García había marchado á las Villas á prevenir á sus amigos de lo que pasaba en Camagüey y que era natural ejerciera su influencia para que allí se hiciera lo mismo, tenía esperanzas de que ese Departamento no se rendiría. Contaba con Bayamo, y comprendí por cuanto decía, que él se inclinaba á romper nuevamente las hostilidades y luchar por la salvación de nuestros principios si las Villas nos acompañaban, y esforzarnos por revivir la Revolución, y caso de que nos viéramos aislados, luchar hasta convencernos que no se nos secundaba, ó que materialmente caíamos postrados por la adversidad de nuestra suerte. Yo estimaba todo esto altamente digno y honroso; pero lo aceptaba sólo en el caso de que las Villas nos secundaran. Entonces entendía que nuestro deber era luchar hasta que nos agobiara

la carga con la inmensidad de su peso; pero esforzarnos por salvar el principio que tanta sangre nos había costado, dando vida á esa Revolución que parecía que iba á lanzar su último suspiro en nuestros brazos. Pero si las Villas no nos acompañaban, optaba por resolver nuestro problema sin quemar un cartucho más, en la convicción de que ya no existía una causa suficientemente justificada, desvanecida la idea de independencia, que mereciera la pena, no digo del sacrificio de la preciosa vida de uno solo de nuestros veteranos, ni siquiera una gota de su sangre. Estaba convencido que Oriente solo no sería secundado por nadie: comprendía que los ánimos estaban postrados: que tal vez se necesitaba respirar, y que los que habían depuesto sus armas no volverían al campo inmediatamente, pues de hacerlo así no las hubieran depuesto. Y si ellos no volaban en nuestro auxilio ¿lo harían, acaso aquellos que inspirando adversión á Mr. O'Kelly lo obligan á confesar que eran ramas degeneradas del mismo tronco, que no pertenecían á la misma familia de los que luchaban por la libertad de la patria? No; los que insensibles, cobijados por la bandera que nos tiranizaba á todos, habían permanecido indiferentes por cerca de diez años, no se dispondrían por cierto á dejarse arrastrar por sus ímpetus patrióticos, justamente cuando débiles, estábamos llamados á sucumbir. ¿Lo harían los que *al lado* de los españoles nos habían combatido, que, réprobos, habían pugnado por matar la Revolución? ¿Podían hacerlo los emigrados en un número suficiente que su refuerzo pudiera salvarnos? No; era necesario confesarlo: estábamos ya solos, y no teniendo que dar cuenta á nadie de nuestros actos, debíamos honrada y concienzudamente resolver el problema que la fatalidad nos había legado.

Todos habían presenciado nuestra titánica lucha en tiempo que se extendía la Revolución desde Maisí hasta las puertas de la Habana, y nadie nos reforzó, y ¿lo harían ahora limitada como estaba al Departamento Oriental, en la expectativa de que tendría que rendirse? No, no había esperanzas y, por tanto, Oriente aislado no haría sino sacrificar víctimas estérilmente. Convencido de esto, mi conciencia me ordenaba que *termináse*mos *allí*. Prefería rendirnos como prisioneros de guerra y terminar en Fernando Poo ó en Ceuta, antes que romper las hostilidades. ¡Quizás cuántos jefes, compañeros heroicos, iban á caer en el desigual combate! Ah!, me decía, y si fueran sólo los jefes los del peligro, pero tan expuestos estaban los infelices soldados que no dando su voto en una cuestión en que les iba la vida, habrían de exponerla tanto como el que de ella disponía. Pedía á Dios luz, luz para los que habíamos de tomar parte en la deliberación; más aun, pedía que las Villas nos secundaran para salir del difícil trance en que nos encontrábamos.

El día 3 llegaron Ríus y los Calás, quienes conocían lo que pasaba por sus relaciones con los comunicantes de la ciudad de Holguín. Ese mismo día levantamos el campamento, moviéndonos hacia Guantánamo.

El 4, acampados cerca de Baguano, se nos incorporó el Teniente Coronel Limbano Sánchez con unos 80 hombres del Regimiento Holguín. Era la primera vez que se encontraban él y Maceo después del drama que referimos en la anterior conferencia, ocurrido en Junio ó Julio. Al entrar en nuestro campamento formó su gente con el mayor orden, dió un viva á Cuba, otro al General Vicente García y otro al General Antonio Maceo; vivas que fueron contestados frenéticamente por su tropa. ¡Ya es tarde! me dije, si hubieras hecho esto en Vallejo,

no tendrías hoy de qué arrepentirte: ya ha muerto la Revolución, y no nos queda más que hacer que acompañar á la fosa su cadáver.

Poco después de habérsenos incorporado Limbano, llegó al mismo campamento un oficial del ejército español con un práctico. Traía una carta del Brigadier González Muñoz, Jefe de la zona de Mayarí, dirigida al "Sr. D. Limbano Sánchez, Jefe del Regimiento de Holguín nº 5." La carta del Brigadier español se reducía á incluirle una del Dr. Collado, que no satisfecho aún de su traición, ordenaba á Sánchez marchase á Holguín con el Regimiento, anunciando que, según las facultades de que estaba revestido, —citando las fechas de los acuerdos, —había hecho la paz con los españoles.

A mí se me confió por el General Maceo la misión de contestar al Brigadier González Muñoz, y al Dr. Collado en nombre de Limbano Sánchez. Al Brigadier se le echaba en cara su conducta durante la suspensión de hostilidades ordenada por el General en Jefe, pues saltando por encima de la orden del superior había emprendido operaciones en el Distrito, y hecho prisioneros algunos oficiales nuestros, y conduciendo además familias á las líneas españolas. Terminaba anunciándole que se participaría su proceder al General Campos é invitándolo, ya que era cubano, á que pasara á nuestro ejército para que tomara una lección del modo de cumplir las disposiciones de un Jefe superior. Collado brindaba ancho campo donde extenderse, y mi carta debió hacerle salir los colores á la cara. Se le incluyó al Brigadier González Muñoz y con toda intención no se cerró.

Emprendimos marcha después de haber despachado el correo enemigo, acampando como á las tres de la tarde en Baguano. Apenas habíamos llegado nos sorprende el anuncio del Brigadier González Muñoz, que personalmente quería explicar lo que había acontecido. La culpa de su conducta, decía él, la tenía Collado que había ordenado aquellas operaciones en Holguín; pero él estaba dispuesto á devolver todos los prisioneros y las familias. Maceo le interrumpió: "Tengo motivos, le dijo, para formarme una idea triste del orden y disciplina en el ejército español; pero ésta no habría llegado nunca á creer que fueran Vds. capaces de desobedecer una orden de su Jefe superior, para atender la de un hombre tan despreciable como para nosotros es el Dr. Collado." El Brigadier español se deshizo en explicaciones y terminó por ofrecer sus servicios al General; deseaba que á él, como cubano, le cupiera la dicha, de que quería vanagloriarse, de presentarlo al General Martínez Campos, ó, al menos, que le permitiera dirigir una carta al General en Jefe presentándoselo. Maceo le contestó: "Ya llegará el momento en que el General Campos me conozca, y para ello no habrá necesidad de presentación y, en cuanto á cartas, yo me entiendo directamente con él y quizás con más rapidez y seguridad por mi conducto que por el de Vd."

Desairado el Brigadier español se marchó, no sin insistir en que se disculpara su ligereza en haber roto las hostilidades.

El 5 de Marzo nos movimos hacia Guantánamo. El 6 se incorporaron el Coronel Vidal, Comandante Vázquez y Vidal y algunos subalternos de la Brigada de Holguín. El 8 acampábamos en Barigua, sobre el río de este nombre, extenso potrero de la jurisdicción de Cuba en el límite de las dilatadas sabanas de Baraguá y Cayo del Rey.

Y ha llegado el momento de cerrar esta conferencia é invitar para la próxima, la última, en que daré fin á mi tarea, ofreciéndoos el cuadro con que cerró su obra aquel legendario Ejército y que ha dado en llamarse "La Protesta de Baraguá," en cuyo acto pusieron á tan alta elevación el heroico caudillo oriental, General José Antonio Maceo y sus irreductibles huestes, el sagrado nombre de la Patria y el honor de Ejército Cubano.

# EPÍLOGO

## LA PROTESTA DE BARAGUÁ [1]

LA ENTREVISTA próxima á celebrarse entre el Capitán General y General en Jefe del Ejército español, D. Arsenio Martínez Campos, y el Mayor General José Antonio Maceo, representante de la situación por demás precaria en que el Pacto del Zanjón dejara á los patriotas cubanos combatientes, había venido á ser el tópico de las conversaciones en todos los círculos militares desde un extremo á otro de la Isla. Maceo, como una creación fantástica, era el objeto que ocupaba todos los cerebros, el asunto de todos los cuchicheos, el tema de todos los artículos de la prensa, desde que á raíz del Pacto se dudó primero, y se aseguró después, que no se rendiría. Aquella gigantesca revolución que como un coloso se extendía desde Maisí hasta Alacranes, que ya tocaba con el pomo de su machete á la puerta de la capital, acababa de ser reducida por un rudo golpe de la fatalidad al pequeño territorio comprendido entre el extremo Oriental y el río Jobabo, límite de las Tunas y el Camagüey. Allí estaban aquellos patriotas, cuyo número no llegaba á un millar, desafiando arrogantes todo el poder de España presto á desbordarse como una avalancha sobre ellos. El 15 de Marzo de 1878, más de un mes después del Zanjón, era el día señalado para la entrevista. La prensa española, que no se ocupaba de otro asunto, puesto que en aquella figura, Maceo, se concentraban todas sus miras y pensamientos, nos suministraba diariamente las variadas apreciaciones de la Isla, y todas contestes en que Maceo no se rendiría.

(1) Este cuadro final de la gloriosa epopeya fué publicado independiente, sin contar con que algún día se diera á luz el trabajo que le precede, ni que de él formase parte. Por esta razón, en más de un pasaje, se observarán repeticiones de detalles que figuran en el cuerpo de la obra.

EL AUTOR.

Maceo, por su parte, aprovechando la suspensión de hostilidades, que dicho sea de paso, nunca aceptó oficialmente, pues siempre contestó con evasivas á las exigencias del enemigo sobre el particular, mientras que por su parte lo hostilizó de cuantas maneras pudo, reunió en la extensa sabana de Baraguá todas las oficialidades y alguna tropa de los distritos que aún no se habían rendido. En la primera decena de Mayo ya se encontraban en Baraguá las oficialidades de Holguín, Cuba, Guantánamo, Jiguaní y Tunas. Sólo Bayamo no tenía allí su representación. Maceo no quería resolver aquel problema por sí solo: quería someter á la consideración de los jefes y oficiales de Oriente la solución de aquella intrincada situación y acatar su decisión.

Antes de terminar la quincena primera de Marzo, ya se encontraban presentes, alrededor de Maceo, el Mayor General Calvar, Coroneles Vidal, Mármol, Crombet, Prado y Moncada; Tenientes Coroneles Martínez Freyre, José Maceo, Limbano Sánchez, Ríus Rivera, Emiliano Crombet; Comandantes Prado, Lacret, Urquiza, Pacheco, Ramón González, Bandera, Feria, Ortiz, Vidal, Vázquez, Cebreco, A. Portuondo, Soria y Prado; los Diputados por Oriente, únicos restos en el campo de la Revolución de la disuelta Cámara, Tenientes Coroneles Pablo Beola y Figueredo Socarrás; además los Doctores Félix Figueredo, Brioso y Rosas y muchos subalternos de Holguín, Cuba, Guantánamo y Jiguaní, entre los que figuraban los tres hermanos Calás, Manuel, Eduardo y Pedro, mis queridos y constantes compañeros de infortunio.

El 14 nos sorprendió el Mayor General Vicente García con fuerzas de las Tunas, acompañado del Coronel Modesto Fonseca; Teniente Coronel José Sacramento León *(Pajito)*; Comandantes Carlos L. Tristá, Ortiz; Capitanes Tamayo, Riera y otros oficiales de las Tunas, y el Coronel Belisario Grave de Peralta con oficialidad y fuerzas de la parte Occidental de Holguín. La fatalidad nos unía á todos en los supremos momentos de la desgracia. Todos confraternizábamos sin evocar siquiera el más ligero recuerdo del pasado (1); ante el lecho de la muerte del tronco de una familia se olvidan las pasadas desavenencias: todos mezclamos nuestras lágrimas impulsados por la desgracia y el dolor.

Allí nos congregábamos todos, atribulados, impulsados por el mismo sentimiento, confundidos, agobiados por idéntico pesar, derramando copioso llanto sobre el cadáver de nuestra madre común, la República de Cuba.....!

Amaneció por fin el día 15 de Marzo de 1878. ¡Cómo se vislumbraba la alegría en aquellos rostros! La impaciencia dominaba todos los cerebros. Por fin nos pusimos en marcha hacia Baraguá, antigua hacienda de crianza, de la cual nos separada una corta distancia. Un orden perfecto reinó en aquella marcha que se efectuó en medio de un silencio sepulcral. Hemos llegado al lugar excogitado en que habría de tirarse nuestra suerte. Una dilatada y caprichosa arboleda de gigantescos mangos nos servía de techumbre. La carrera de árboles se extendía á gran distancia, perdiéndose los últimos en la oscuridad de sus sombras. La oficialidad se dividió en distintos grupos alrededor de los seculares troncos de aquellos representantes de la exuberante vegetación de nuestros bosques. Nuestras hamacas pendían de las ramas al tronco de los árboles, como radios de otros

(1) Refiérese á la línea divisoria que entre las fuerzas orientales y las de las Tunas trazó la conducta de Vicente García y los suyos en las Lagunas de Varona.

tantos círculos. Comprendíamos que trayendo el General en Jefe sesenta oficiales de su ejército, gente ducha en la política que en Cuba sirvió de norma al titulado *Pacificador*, debíamos confundirnos los Jefes con nuestros subalternos y soldados para hacer frente á sus teorías disolventes. A la cabeza de la carrera de árboles se encontraban las hamacas de los Generales Maceo y Calvar, del Dr. Figueredo y del Coronel Ríus. Frente á la hamaca de Maceo, y separada por unos tres pies, se hallaba la que se ofrecería al General en Jefe enemigo. Eran las dos poltronas en que se iba á celebrar la entrevista entre los Jefes de aquellos dos ejércitos que por diez años habían luchado con tanto encarnizamiento.

Las miradas de todos se dirigían hacia el oriente de aquella inmensa sabana que hacia horizonte, por donde habría de aparecer la lujosa y escogida comitiva que precedía el Capitán General D. Arsenio Martínez Campos.

La sabana estaba envuelta por una densa capa de vapor que, en forma de neblina, imposibilitaba el paso á los rayos del sol que asomaba por Oriente. ¡Cómo se dibujaba la impaciencia en todos los rostros! un solo tópico corría de boca en boca: la entrevista!

De repente, una exclamación brotó de todos los labios: "Ya vienen!" En efecto, á alguna distancia, envueltos en la neblina que los hacía aparecer, y como sombras fantásticas los ocultaba caprichosamente á nuestra vista, se dibujaba la misteriosa silueta de un número de hombres á caballo con dirección á nuestro campamento. En algunos de nuestros grupos se discutía con el mayor interés si se recibiría al Capitán General con los honores correspondientes. Uno de nuestros Jefes más distinguidos negaba el derecho á tal honor: otros, por el contrario, creían un deber de cortesía que nuestra tropa (la Escolta del Cuartel General) se formara al aproximarse la comitiva. Esta discusión fué cortada por el Teniente Coronel Pacheco, Ayudante del Cuartel General, ordenando al Capitán de la Escolta que recibiese al General en Jefe del Ejército español con los honores consiguientes. El Capitán formó su pequeña fuerza que, al pasar el General Martínez Campos presentó correctamente sus armas, mientras que él, quitándose su ros, saludó á la tropa que le recibía. Igual conducta siguieron sus acompañantes.

Pero, ¿y no eran sesenta los de la comitiva? Contestemos esta pregunta con una explicación. En los arreglos de la entrevista tocó al General Martínez Campos señalar el día, fijando el 15 de Marzo, á las seis de la mañana; á Maceo el lugar y número de los asistentes por ambas partes. Este escogió el ya citado Baraguá y limitó á sesenta los asistentes entre oficialidad y tropa. Fué tal la curiosidad que despertó esa entrevista en el Ejército español, y tal fué el deseo de conocer de cerca aquella figura, que cual león enfurecido prefería morir antes que someterse, que las peticiones que recibiera el General en Jefe solicitando la honra de acompañarle pronto excedieron los límites marcados en los preámbulos de la conferencia. En efecto, Generales sexagenarios como Prendergast, Menduiña y Morales de los Ríos, Mariscales de Campo como Bonanza, Dabán y Cassola; Brigadieres, Coroneles, etc., solicitaron unos desde la Habana, otros desde Matanzas, otros desde las Villas, etc., el honor de acompañarlo al campo insurrecto.

El General Martínez Campos llenó su número con altos Oficiales del Ejército, desde Brigadier á Teniente General. Aquella era la entrevista entre el

rico y vistoso entorchado y la humilde chamarreta. La lujosa comitiva partió de Cuba el día 14 por la mañana, pernoctando en Miranda, campamento español avanzado sobre el campo insurrecto; un metro después de las trincheras de Miranda, principiaban los límites de la República de Cuba. Durante la corta permanencia de aquel lujoso séquito en San Luis, término del ferrocarril de Santiago de Cuba hacia el Oeste, apareció, de una manera misteriosa, en poder del General, un documento, procedente, al parecer, del campo insurrecto. Era un anónimo. El General lo abrió impacientemente y leyó sorprendido: "No acuda usted á la entrevista con el mulato Maceo, será usted asesinado." Martínez Campos, sin inmutarse, sin comunicar á nadie el asunto del intempestivo oficio, lo guardó cuidadosamente, ordenando la marcha hacia Miranda. Ese infame anónimo, ¿sería realmente de procedencia insurrecta? ¡No! Debemos protestar en nombre de la pureza de los principios que nos agrupaban al rededor de la bandera de la libertad; ese documento, á no dudarlo, procedía de rumbo opuesto, de aquellos que desempeñando en las ciudades el papel de protectores de la insurrección, se enriquecieron bajo el amparo de la bandera española y quienes al enviarnos un periódico, un pomo de medicina ó una noticia, efectuaban una jugada de bolsa que muchas veces les valía una pingüe suma de dinero: de aquellos que en los momentos que describimos, para alimentar nuestra fe, que no decayó jamás, y contrariar cualquier plan que favoreciera la paz, nos habían anunciado que, en un día señalado, antes de la conferencia, habría un levantamiento en la ciudad y que Cuba se desbordaría; aquellos que cuando llegó el instante de cumplir su palabra, lanzaron al campo de la insurrección ¡farsa imperdonable! una docena de niños, que ninguno pasaba de 15 años y que ante la rudeza del cuadro que á su vista se presentó en los momentos de la realidad, clamaban por sus padres y por la necesidad de retornar á sus hogares, adonde fueron devueltos por el mismo jefe que los recibiera! Esos, que perdían con nuestra rendición un filón que por años habían explotado, fueron, á no dudarlo, los autores del citado anónimo!

Había cerrado la noche del 14 de Marzo cuando el General Martínez Campos anunció á su comitiva que algo grave habría de comunicarles. Aquella gente lo escuchó con avidez. "Necesito—dijo—que como siempre, se acate una resolución que acabo de tomar y que contrariará el deseo de la mayoría. Ustedes no me acompañarán á la conferencia. Tan sólo es mi deseo que me rodeen allí los Brigadieres Polavieja y Fuentes, los Coroneles Arderíus y Moraleda, el Comandante Ponfil y Teniente Fuentes, todos solteros....."

* * *

La comitiva, pues, contrariada en sus deseos, quedó en Miranda á esperar el resultado de aquella conferencia en que tanto, tanto había soñado. El General en Jefe se desprendió de su campamento tan sólo con aquellos que por ser jóvenes ó solteros tenían el deber de morir sin dejar por detrás á quien su eterna ausencia lastimara. El Coronel Arderíus, único casado, es concuñado del General Martínez Campos. Un pelotón de criollos le escoltó hasta nuestro campa-

mento. Se asegura que oculto por los matorrales de la sabana dejó un escuadrón de caballería.

El General Martínez Campos llegó por fin á nuestro campamento, detuvo su caballo al terminar la hilera de oficiales que atraídos por la curiosidad esperaban su llegada. Cuando se tiró del animal que montaba, un fogoso caballo moro azul, saltó hacia atrás y desprendiéndose de los estribos, cayó dando frente al que esto escribe: no quería que se le hundiera el puñal por la espalda y dió su frente infringiendo las leyes de la equitación. Ya en tierra, y al notar nuestro ademán, más cortés que amenazador, con su cabeza descubierta, preguntó al que narra: —"¿Cuál de ustedes es el señor Antonio Maceo?"—Sígame usted,—le repliqué, y momentos después llenaba las formalidades sociales presentándole al Mayor General José Antonio Macco. Éste lo recibió con marcada distinción, le presentó á cada uno de los que lo rodeaban, que el General en Jefe, conociéndoles de nombre, iba saludando y hasta estudiando como si en cada uno quisiera encontrar una persona con quien ya estaba íntimamente familiarizado. A su vez presentó á los señores que componían su comitiva, que fueron recibidos con la mayor urbanidad. Ambos Generales tomaron asiento en sus respectivas hamacas, mientras los Brigadieres Polavieja y Fuentes, Coroneles Moraleda y Arlerius, Comandante Ponúl y Dr. Ledesma, médico del Cuartel General, quedaron diseminados en los distintos grupos que alrededor de los árboles formábamos los oficiales.

El General Martínez Campos vestía uniforme de campaña, luciendo en su levita los tres entorchados y en su cintura la faja, símbolo de su alta jerarquía en el Ejército: sólo una condecoración pendía de su lado izquierdo y de su cuello alguna otra, que suspendida por una cadena de oro finísima, ocultaba entre los pliegues de su chaleco. Es de estatura mediana y de regular volumen: su fisonomía es agradable y sus ojos, un tanto miopes, llenos de viveza: su rostro, quizá tostado por la crudeza de la campaña, está adornado con un bigote espeso y perilla á la española. Tanto su cabeza como su cara están salpicadas de cabellos blancos. Sus maneras son estudiadamente refinadas, sus movimientos agraciados y vivos, todo su continente cultivado por el roce de la sociedad, no deja de estar revestido de circunspección. Su exquisita cortesía impresiona al que le oye favorablemente. Habla despacio, como si se escuchara, y como buen español, acompaña su discurso con la acción, de una manera que nos pareció exagerada.

El Brigadier don Camilo Polavieja, Jefe Militar de la zona en que nos encontrábamos, con cuartel en Miranda, es un hombre de aspecto vulgar, bajo, regordete, de barba cerrada, su fisonomía es repulsiva, y sus maneras muy bruscas, sus mismos compañeros no podían disimular la hilaridad que les causaba, cuando esforzándose en representar el papel de cortesano que de antemano se le había indicado, desbarraba y se atascaba en las violentas y bruscas discusiones que allí se suscitaron.

El Brigadier Fuentes (Narciso), por el contrario, es de una fisonomía simpática y atractiva, joven, alto, esbelto, su físico lo aproxima un tanto á nuestro Ignacio Agramonte; franco y expansivo, pronto entró en bromas y celebraba y aun aplaudía á Moncada (que llamaban el Sr. Guillermón), con quien hacía poco las había tenido; cuando ambos describían las minuciosidades y accidentes del combate, en que se confesó en posición harto delicada, se había desabrochado su cin-

to, y su espada y su revólver pendían, como los nuestros, de las ramas del frondoso mango.

El Coronel Alejandro Moraleda, el Jefe más instruído del Ejército español—al decir de ellos mismos—era Doctor en leyes, abrazó la carrera de las armas y, bajo la poderosa ala de Martínez Campos, hizo carrera en poco tiempo. Era como el consultor del Cuartel General en las cuestiones legales y aun el secretario privado de S. E.

El Coronel don José Arderíus, concuñado del Capitán General, es también muy social y de aspecto agradable y simpático. Estos Jefes, así como el doctor Ledesma, médico del Cuartel General, y Teniente Coronel Ponfil, pertenecen á esa pléyade de oficiales con cuyas dotes galantes y estilo cultivado venía el General Campos resuelto á ceñirse en Cuba el lauro de Pacificador.

Una de sus primeras medidas al saltar en Cuba fué relevar al Brigadier Ampudia, el feroz é insolente Jefe de los Jíbaros del Camagüey, por el distinguido é ilustrado General Cassola, conducta que, siguiendo en todas partes, hubo de proporcionarle Jefes que secundaran exageradamente su estudiada política de atracción.

La conversación entre españoles y cubanos se había animado en extremo: por un lado se discutía, por otro se referían incidentes de la campaña en que ambos se habían encontrado: otros celebraban chistes que se desprendían de la misma y se reían á carcajadas. Mentira parecía que aquellos hombres que fraternizaban tan íntimamente, hubieran sido los mismos que con tanto ardor habían luchado en ambos bandos, más aún, que estuvieran dispuestos á luchar nuevamente.

Todo su afán se cifraba en hablarnos del Camagüey y de la paz, conversación que nosotros de una manera estudiada evadíamos, y hubo un grupo en que descollaban Martínez Freyre por un lado, y Polavieja, Arderíus y Ponfil por otro, en que llegaron á cruzarse palabras harto inconvenientes, en lo que intervino el Brigadier Fuentes llamando á los suyos al orden.

De repente, un grito que procedía del grupo principal, llamando á Polavieja, interrumpió la animada narración y la inconveniente discusión. Se pasó en un instante, pudiéramos decir, de lo sublime á lo ridículo. El General en Jefe llamaba á Polavieja, y mientras en la inmensidad de aquella sabana se perdía el eco que repetía..... *lavieja*, saltó éste del lugar que ocupaba, y echando á correr, sombrero en mano y con el cuerpo humildemente inclinado, atravesó la distancia de unos veinte metros que separaba los dos grupos, haciendo con su tosco cuerpo, envuelto en unas polainas que por ser muy anchas se le habían rodado hasta los pies, una figura tan altamente ridícula, que provocó la mofa y risa de nuestra gente, que burlándose de aquella pelota que más rodaba que corría, le aplicaron epítetos adecuados, mientras él, con la mayor sumisión, caía postrado, casi de rodillas, delante de su Jefe.

Tanta humillación, tanto servilismo, nos pareció un crimen. En el rostro de sus mismos compañeros se dibujó una sonrisa desdeñosa. Nos pareció que aquel hombre encerraba en tan tosca envoltura un alma muy baja, refractaria á todo sentimiento generoso; lo calificamos capaz de ser un tirano.

Poco después la misma voz, con igual brusca entonación, pronunció el nombre de Fuentes, y el Brigadier, quizás prevenido por la burla de que había sido

objeto su compañero, marchó erecto, despacio, y al acercarse á su Jefe le saludó con respetuosa venia militar.

Cuando después de la llegada, se había restablecido el orden; cuando, al parecer, cada uno ocupaba su puesto en aquel tablero de ajedrez, el General Martínez Campos rompió el silencio, asombrándose de que el General Maceo fuese tan joven. "Parece mentira—dijo—que habiéndonos codeado tanto en esta campaña, sobre todo en 1871 y 72, no nos conociéramos, y debo significar, que aunque tarde, me enorgullezco en haber conocido personalmente á uno de los combatientes más afamados de las fuerzas cubanas."—El General estudiaba perfectamente sus palabras, las media con un compás, no se deslizaba un ápice en la ambigua posición que ocupaba; era galante en el decir, pero recogido en su expresión: jamás llamó á Maceo General, ni á nuestra fuerza Ejército. Continuó admirando la conducta de los orientales, los calificó de rudos y diestros batalladores, sin sorprenderse de ello porque es una cualidad ingénita de la raza española cuando se dedica al noble ejercicio de las armas; continuó excusándose de no haber venido con más anterioridad á la entrevista, pero compromisos en otros apartados lugares con Vicente García en las Tunas y Modesto Díaz en Yara, le habían imposibilitado atender á Oriente. Deseaba antes de venir al extremo Oriental dejar zanjadas todas las dificultades por detrás. Le sorprendió cuando el General Maceo, interrumpiéndole, le manifestó estar en íntima relación con Vicente García..... "Así supe anoche—dijo el General en Jefe—y lo aplaudí. García tenía delante dos compromisos, uno conmigo de terminar la lucha, otro con ustedes de seguirla; ha optado por el más honroso para él, la unión á sus compañeros, y aunque contraríe un tanto mis proyectos, lo aplaudo." —Entonces se creyó preparado para entrar de lleno en el asunto que lo había llevado á nuestro campamento. —"Basta—decía—de sacrificios y sangre; bastante han hecho ustedes asombrando al mundo con su tenacidad y decisión, aferrados á su idea; ha llegado el momento de que nuestras diferencias tengan su término y que unísonos, cubanos y españoles, propendamos á levantar este país de la postración en que diez años de cruda guerra lo han sumido. Ha llegado el momento de que Cuba, viniendo á la vida activa de los pueblos cultos, entre en el goce de todos sus derechos y, unida á España, marche por la senda del progreso y la civilización."

Creía su deber, ya que tenía la fortuna de estar en presencia de las fuerzas de Oriente y de una escogida representación de Jefes y Oficiales, manifestarles que, desde principios del mes anterior, habían desaparecido el Gobierno y la Cámara de la Revolución, que habían sido sustituídos por un Comité con quien él había pactado la paz, y que siendo los del extremo Oriente los que, desconociendo en principio y á fondo los artículos del tratado continuaban en armas, venía á aprovechar la oportunidad para darlos á conocer personalmente.

Maceo, á su vez, se creyó autorizado para manifestarle que los Orientales no estaban de acuerdo con lo pactado en el Zanjón; que no creían que las condiciones allí estipuladas, que entre paréntesis él no había llegado á comprender, justificaran la rendición después del rudo batallar por una idea durante diez años, y que puesto que él pretendía conceder otro tanto á Oriente, deseaba evitarle la molestia de que continuase sus explicaciones, porque allí no se aceptaban.

Entonces el General Calvar, mudo hasta aquel momento, exclamó brusca-

mente: "Nosotros no aceptamos lo pactado en el Camagüey, porque ese convenio no encierra ninguno de los términos de nuestro programa, la independencia y la abolición de la esclavitud á que tanta sangre y víctimas hemos sacrificado: nosotros continuaremos luchando hasta caer extenuados: lo demás es deshonrarnos."

El General Martínez Campos, mortificado por el discurso de Calvar, se lo encaró y le dijo:

– Señor Calvar, advierto á usted que los camagüeyanos han pactado con el General Martínez Campos y el General Martínez Campos jamás ha entrado en nada que se haya calificado de deshonroso....

—¡Cuestión de apreciaciones!—interrumpió Calvar.

El Dr. Figueredo, cortando el incidente, pidió permiso para hablar, y como le fuera concedido, expuso que la aspiración de los cubanos en armas era la independencia absoluta de España; pero que habiendo llegado los orientales á una situación por demás difícil, pues sus compañeros del Camagüey y Villas habían entrado en un convenio sin contar para nada con Oriente, ya que no era dable por las fuerzas de las circunstancias obtener la independencia, ellos, los orientales, demandaban por lo menos la inmediata extinción de la esclavitud. El Doctor aprovechó la oportunidad para censurar agriamente la conducta de España en sus pactos con Inglaterra sobre la esclavitud, que España había falseado, y, burlándose de sus compromisos, la había extendido hasta que los cubanos en Yara la habían obligado á detenerse en sus aviesos proyectos de llenar la Isla de esclavos arrancados á las salvajes regiones africanas.

—La independencia, exclamó el General Martínez Campos, no es posible que ningún español que se respete á sí mismo la conceda; en cuanto á la abolición es asunto que las Cortes tienen que decretar, y si el pueblo cubano se empeña yo me comprometo á que se tome ese delicado asunto en consideración á la mayor brevedad. Por lo pronto, yo he decretado con mis atribuciones de General en Jefe, que todos aquellos esclavos que hayan militado en las filas cubanas queden de hecho libres, y como ustedes comprenderán, este es el principio del fin de la esclavitud en toda la Isla.

Algún otro manifestó que siquiera Oriente debía obtener alguna señalada concesión, ya que él había principiado por aplaudir su actitud.

—Soy el primero, interrumpió el General, en reconocer tal derecho, y por lo pronto han obtenido ustedes lo que ningún otro Ejército en campaña, y es que S. M. el Rey D. Alfonso, á quien en estos momentos represento, haya venido hasta su campamento.

—Pero—le replicamos—es algo positivo lo que deseamos; lo que usted expone puede ser muy honroso, pero en nada favorece nuestra causa tal concesión.

Y al oir hablar de concesiones exclamó el General:

—Pero es que ustedes no conocen las bases del Convenio en el Zanjón.....!

—Sí, interrumpió Maceo, y porque las conocemos es que no estamos de acuerdo con ellas.

—Pero ruego que se me permita explicarlas, dijo el General Campos, pues una cosa es leer un documento y otra es su ampliación y la explicación de las ventajas que de él se derivan. Entonces gritó por Polavieja. El Brigadier cayó de rodillas ante el General Campos.

—Busque usted las bases, le dijo; y Polavieja, que parece no sabía lo que se le ordenaba, buscó á tontas en todos sus bolsillos y en ellos las bases no parecieron. Llamó entonces á Fuentes, que le entregó el deseado documento.

Polavieja continuó en su sumisa actitud, y cuando el General le dijo: "Polavieja, saque usted candela," volvió á repetirse la escena de las bases; se frotó nuevamente cuantos bolsillos tenía sin encontrar el mechero. Fuentes, en pie, vino en su auxilio, pasándole el avío de candela, y después que la chispa encendió el cordón, se lo sujetó al General mientras prendía su cigarrillo, haciendo su posición risible y humillante al esforzarse por llegar hasta él con la candela.

Una vez armado el General de su documento, fué interrumpido por Maceo suplicándole que no se tomara la inútil molestia de leerle lo que sabíamos, lo que no queríamos y lo que estábamos dispuestos á rechazar. Y como el General en Jefe insistiera en desplegar el documento, Maceo, concentrando en sí toda su energía, bruscamente le interrumpió diciéndole:

—Guarde usted ese documento; no queremos saber de él..... !!

El General tiró su cigarrillo y plegó su papel guardándolo en su levita.

—Es decir, exclamó, que no nos entendemos?

—¡No! dijo Maceo, no nos entendemos.

—Entonces, replicó el General Campos ¿volverán á romperse las hostilidades?

—¡Volverán á romperse las hostilidades!, acentuó Maceo significativamente.

Este fué el rudo golpe que en esa mañana recibió el Capitán General D. Arsenio Martínez Campos, pacificador del Norte y Cataluña. Él no podía consentir en la nueva ruptura de hostilidades. El mundo entero conocía ya la terminación de la guerra de Cuba. Las naciones se habían adelantado á felicitar al Rey de España por la paz de su preciada Antilla; la Península había entonado cantos de alabanzas y agradecimiento á Martínez Campos. El Congreso había declarado oficialmente la paz y había llenado al Pacificador de honores, títulos, condecoraciones, etc., etc.; él no podía sin hundirse consentir que en Cuba sonase un tiro más, y después, allí, en el mismo Congreso estaba erguida, amenazante, la protesta viva contra las noticias de la pacificación en la figura del excéptico General Salamanca, que siempre denunció como ilusiones engañosas las efusiones de dicha á que se entregaba el pueblo español por la paz de Cuba.

Martínez Campos intentó un último esfuerzo antes de consentir su suicidio y propuso al General Maceo que se reuniese en asamblea aquella oficialidad allí presente, que lo escuchara, y que por mayoría resolvieran el caso.....

—Es inútil, interrumpió Maceo, soy el eco de esos Jefes y Oficiales que me rodean!

Y necesitando el General agarrarse de un clavo ardiendo, le pasó por la mente su conducta anterior: de momento pensó en corromper á los orientales, dejándoles gozar en un indefinido período de armisticio, y muy significativamente dijo á Maceo, paseando con la vista todos los grupos de oficiales:

—No quiero abusar de la situación de ustedes: comprendo que aquí hay jefes de regiones apartadas que antes de principiar operaciones deben hallarse en sus respectivas zonas; en ese caso, ¿qué tiempo cree usted que necesita para que vuelvan á romperse las hostilidades?

Martínez Campos que acentuó las palabras *qué tiempo?* creyó que Maceo tragando el anzuelo le pediría por lo menos un mes, plazo suficiente para introdu-

cirse, como hizo en las Villas y Camagüey, y desarmar nuestra gente, echando por tierra los proyectos *salvajes* del General Maceo.

A las palabras *¿qué tiempo?* Maceo interrumpió contestándole:

—Ocho días!

—Quiere decir, exclamó tristemente el General en Jefe, que el 23 se *rompen* las hostilidades?

—El 23 se rompen las hostilidades! dijo Maceo sentenciosamente, poniendo punto final á la entrevista.

El General, más que desairado corrido, se levantó, hizo un saludo descubriéndose y precipitadamente se dirigió á su caballo, sobre el cual saltó, desapareciendo bruscamente á la carrera.

Polavieja abandonó su pasiva y humilde posición, se levantó y junto con Fuentes, que descolgaba sus armas de la rama en que pendían, fueron á comunicar á los suyos que no había arreglo.

El Capitán de Cambute, Fulgencio Duarte, que había presenciado la conferencia, dió á conocer la situación con una gráfica expresión, exclamando:

—¡Muchachos! El 23 se rompe el corojo!—Exclamación que fué acogida por el grupo de patriotas con gran algazara, en medio de la cual los acompañantes del General Martínez Campos saltaban á sus caballos y á carrera pugnaban por alcanzar al General en Jefe, que les precedía medio kilómetro, solo, por aquella inmensa sabana!.....

* * *

Mientras el General Martínez Campos, seguido de su comitiva, desaparecía por la extensa sabana hacia el Este y ganaba su campamento, nosotros volvimos al nuestro, situado al extremo de la misma sabana, hacia el Oeste.

El General Maceo había resuelto el problema: preciso era volver á luchar, no ya con la esperanza de obtener el triunfo del sublime principio que con la sangre de nuestros héroes y la vida de nuestros mártires estaba inscripto en nuestra bandera—la independencia;—no con la de obtener nada que adelantara lo pactado en el Zanjón, sino para demostrar que no estando de acuerdo con dicho pacto, protestábamos contra aquella manera de terminar la cruda guerra que á través de innúmeros y cruentos sacrificios había durado dos lustros. Pero para que nuestra protesta fuera enérgica y más que enérgica elocuente, era preciso romper nuevamente las hostilidades y sellar con nuestra sangre, quizás con nuestra vida, nuestra noble actitud. Necesario era hacer conocer al mundo que rechazábamos la paz pactada en el Zanjón y que el estruendo de las armas y las protestas de los patriotas en el fragor del combate se cuidara de anunciarlo. Pero para ello preciso era organizarnos. Por otro lado, quizás, conociendo Cuba que aún quedaba en son de batalla la parte más aguerrida de su Ejército, retrocedería sobre sus pasos y airosa volvería á enarbolar la bandera de guerra que, en mal hora plegara el 9 de Febrero en los campos del Camagüey.

Pasaban las horas en medio de discusiones acerca de la forma que habría de imprimirse á aquella nueva faz de la Revolución. Todos estaban contestes en

que era preciso desechar el sistema prescrito por nuestra Constitución por inadecuado á la situación que se creaba: cada uno opinaba un sistema distinto: quién un Jefe militar, acompañado de un Consejo consultivo, pero sin facultades judiciales: quién un *Dictador que empuñando las riendas de aquel momento histórico*, asumiera todos los Poderes; quién un Gobierno compuesto de un Presidente con un Consejo administrativo, etc., etc. Y pasaba el día y ninguna forma satisfacía: todas parecían inadecuadas á nuestra violenta situación. Las discusiones fueron interrumpidas por la aparición en lontananza de alguien que, al parecer, se dirigía á nuestro campamento.

El hecho de venir á caballo, contrabando entre nosotros en aquellos momentos, hizo que desde luego se denunciara como sospechoso el caballero y se le acusara como procedente de regiones enemigas, y como se acercara se descubrió que el jinete era nada menos que el celebérrimo Coronel Francisco Grave de Peralta (1), hermano del denodado General Julio, que sucumbió heroicamente en los momentos de desembarcar del extranjero al frente de una expedición, y del Coronel Belisario G. de Peralta, á la sazón en nuestro campamento como Jefe del Regimiento de Jiguaní. Peralta acababa de desempeñar el cargo de Vocal en el Gobierno provisional de Holguín fundado por el malhadado doctor José Enríquez Collado, que después de haber revuelto el distrito lanzando sus tropas al desorden, secundando primero los aviesos planes de Vicente García para derrocar los Poderes constitucionales, se había erigido en Jefe de un Cantón independiente (Holguín), para proclamar luego la autonomía y bonitamente traicionar después la Revolución marchándose al enemigo. Peralta, en su calidad de Vocal del Gobierno, había secundado enérgicamente á Collado para entregar aquel territorio á los españoles y crear la aflictiva situación que en aquellos momentos de prueba nos envolvía en Oriente.

Francisco Grave de Peralta era un hombre funesto á la causa de la independencia de Cuba. Saltó en tierra de á bordo del *Perrit* en Mayo de 1869, como expedicionario del General Jordan, y desde ese momento hasta aquel en que cabalgaba á través de la sabana de Baraguá, se encontró en cuanto malo hubo en la Revolución de Cuba, sin haberle prestado el más ligero servicio á la causa de la libertad.

Para él fué muy natural presentarse á un grupo de patriotas que dominados por la fiebre de la protesta elevaban su posición á lo sublime. Llegó hasta el General Maceo, para quien traía diversas ediciones de todos los arreglos, reidiciones é incalificables sumisiones por que habían pasado los cubanos en esos días. Confesó venir de la ciudad de Holguín y ser enviado por el General Morales de los Ríos. Maceo en el acto lo hizo arrestar y nombró un Consejo de guerra verbal que juzgara á aquel Judas, que después de haber vendido la causa de su patria, venía á tentar á aquellos hasta quienes aún la corrupción no había llegado y que en pie, ante el altar de la dignidad, alimentaban entusiastas el sagrado fuego del patriotismo, que aún ardía en el templo del honor.

El consejo lo componían el Coronel Prado, Presidente; Coronel Mármol y Teniente Coronel Martínez Freyre, Vocales, y Fiscal Teniente Coronel Figue-

(1) Acaba de ser fusilado en Trujillo por conspirar contra el Gobierno constituído de la República de Honduras.

redo Socarrás. Impuesto el reo de la situación, nombró por defensor al Comandante Pujals.

Peralta fué conducido ante el Tribunal, donde fué examinado por el Fiscal. Estaba perfecta y completamente comprendido en diversos artículos de nuestro Código penal que reclamaban la pena de muerte. El Fiscal fué ampliando cada uno de esos artículos y explicando por qué comprendían al acusado Peralta, pero como argumento principal expuso el hecho notorio de haberse pasado al enemigo siendo Vocal de un Gobierno y haber arrastrado nuestros oficiales, tropa y pueblo á la traición. El Fiscal pidió la pena de muerte para el traidor Francisco G. de Peralta.—El Consejo deliberó en sesión secreta, y después de anunciar que estaba listo para exponer su fallo, hizo conducir á su presencia el reo, y ante un número crecido de patriotas, su secretario, Teniente Coronel Martínez Freyre, repitió uno por uno los cargos y considerandos del Fiscal y acordó también la pena de muerte para el reo.

La decision del tribunal verbal, según nuestro Código, era causa ejecutoria: no cabía apelación. Peralta fué puesto á disposición del Coronel Moncada para su ejecución.

Entonces sus parciales (algunos de las Lagunas de Varona y su hermano Belisario), se alarmaron y empezaron á dar pasos para evitar la ejecución.—Se sostenía en general, que no existía una causa á quien dedicarle aquella víctima. Sus amigos iban y venían, se acercaban á los miembros del Consejo, á Maceo, á García y nadie se creía con derecho para perdonar el reo, y mientras tanto el severo Moncada formaba el cuadro y arrastraba á su centro al *Coronel* Peralta.

Entonces el Dr. Figueredo, que hasta allí había desempeñado un papel pasivo, se adelanta rodeado de oficiales y tropa y pide piedad para el reo.

—¡Una condición!—expuso una voz,—que el C. Peralta, como muestra de nuestro profundo desprecio, sea puesto en el instante en las líneas españolas.

Cuando ya entre nuestros enemigos refería su historia, horrorizado, aseguró que Maceo y los suyos no se rendirían y que pasarían por las armas al que les fuese á proponer la paz.

En medio de la impaciencia y el entusiasmo, llegó por fin la noche, noche sublime, deliciosa, iluminada por una luna que en su período de plenitud se prestaba á realzar con su argentada luz la fiesta que allí se iba á celebrar; noche en que se dieron cita á la voz del patriotismo y la dignidad, la regalada brisa de la sabana y el perfumado ambiente de la montaña.

Las siete serían, mientras la luna levantándose majestuosamente por detrás de los pinares que coronaban las alturas hacia el Este, los patriotas de Oriente, citados por el honor herido, se reunían al aire libre, formando valla en presencia de la obra de Dios, para resolver acerca de sus destinos ulteriores.

Allí no había sino jefes y oficiales, desde Coronel abajo. Los Generales García, Maceo y Calvar, presentes en el campamento, se excusaron de asistir á la sesión.

Por aclamación se nombraron para formar la mesa Directiva á los patriotas Coronel Silverio del Prado (el venerable octogenario que sonreía en el fragor del combate) y el Teniente Coronel Fernando Figueredo Socarrás para los cargos de Presidente y Secretario respectivamente. Los oficiales ocuparon sus puestos y el venerable Prado, abriendo el acto, dijo:

—Orientales, aquí nos congrega esta noche nuestro deber de cubanos y de hombres de honor. Vamos á resolver, cobijados por este cielo que nos sirve de techumbre, nuestro porvenir: aquí se va á decidir, si secundando al General Maceo queremos continuar la guerra aunque sea sucumbiendo, ó como cobardes nos hemos de entregar á nuestro natural y común enemigo.

El Coronel continuó diciendo algunas frases más; pero las calurosas protestas de todas partes y los gritos de ¡á la guerra! ¡á la guerra! acallaron la voz del orador.

El entusiasmo más ardiente inflamaba todos los corazones! Apenas principiaba un orador era interrumpido con voces de la muchedumbre, secundando y aun adelantándose á sus ideas. Hablaron Fernando Figueredo, Martínez Freyre, Modesto Fonseca y Juan Ríus Rivera, todos contestes en que las hostilidades se rompieran el 23. El *meeting* que había principiado de jefes y oficiales se componía ya de todos los individuos del campamento, la tropa y aun la clase de asistentes: todos, todos gritaban ¡á la guerra!

Ríus Rivera estuvo admirable, pronunció un discurso elocuentísimo, lleno del valor y fogosidad que le eran ingénitas. Allí estaba aquel hombre, fogoso adalid, levantando en graciosa acción su mano derecha al cielo que ponía por testigo de nuestra actitud, que á la luz de la luna se descubría le faltaban algunos dedos, allí estaba, como siempre, en su puesto de honor, denunciando una cobardía: la paz con España.

—No lo dudéis, decía, seremos reforzados en breve por nuestros hermanos de todas partes, dentro y fuera de la Isla. Nuestra actitud los volverá á la realidad del letargo que fatalmente los adormece á los pies del tirano; pero si insensatos se olvidan de su deber, si nos dejan solos sucumbir, muramos aquí, como buenos, acusándoles de réprobos y pidiendo para ellos, como para Caín, la maldición del cielo.....!

Ríus fué acogido por la multitud con frenético entusiasmo, con aplauso y exclamaciones de júbilo, que demostraban estar completamente indentificados con el joven orador.

Pretendióse tomar una votación para que formalmente se decidiera si se optaba por la guerra ó por la entrega, y las exclamaciones, más aún, los gritos de ¡la guerra! ¡la guerra! que por todas partes se repetían, hicieron inútil la tarea. La luna ascendía gradualmente y el eco, perdiéndose en la inmensidad de la sabana, llevaba hasta sus confines la expresión del júbilo y valor que dominaban en aquel momento á los patriotas orientales.....

Resuelta la ruptura de hostilidades el 23, ya no se oía otro clamor sino el de la organización. ¡A organizarnos! ¡á organizarnos!, se repetía, asimismo, por todas partes.

El Presidente Prado calmó los ánimos y dijo:

—Compañeros: ya que habéis decidido marchar por la senda que nos marca la dignidad, preciso es que excogitemos el modo de cómo nos hemos de conducir ante la situación que hemos creado y que designemos los hombres á quien en nuestra azarosa campaña hemos de obedecer.

Se acordó, á petición del Dr. Félix Figueredo, que se nombrase una comisión que redactase unas bases constitutivas, por las cuales los patriotas en armas habían de regirse. El Presidente Prado nombró una comisión compuesta de cinco

individuos, á saber: Félix y Fernando Figueredo, Pedro Martínez, Modesto Fonseca y Juan Ríus Rivera.—La Comisión pidió tiempo para redactar su proyecto de Constitución y el Presidente declaró suspensa la reunión.

Las diez de la noche serían cuando el toque de llamada, ejecutado por el corneta del cuartel general, anunció que la reunión reanudaba sus trabajos.

El Secretario Figueredo dió lectura al proyecto, y después de ligeras enmiendas se acordó como sigue:

1º La Revolución se regirá por un Gobierno provisional, compuesto de cuatro individuos.

2º El Gobierno provisional nombrará un General en Jefe que dirija las operaciones militares.

3º El Gobierno queda facultado para hacer la paz bajo las bases de independencia.

4º No podrá hacer la paz con el Gobierno español bajo otras bases sin el conocimiento y consentimiento del pueblo.

5º El Gobierno pondrá en vigor todas las leyes de la República que sean compatibles con la presente situación.

6º El poder judicial es independiente, y residirá conforme á las leyes antiguas, en Consejos de guerra.

Aceptadas estas reglas en medio del mayor entusiasmo, se procedió ante la misma mesa á llevar á cabo por balotaje secreto la elección de los cuatro individuos que habrían de componer el Gobierno Provisional.

Las votaciones se efectuaron con el mayor orden. No podemos menos que consignar que durante este acto por demás solemne, llegó el Capitán Blanco, acompañado del otro, Francisco Estrada de las fuerzas de Jiguaní, que habían sido destacados como correo á Bayamo, á invitarles para la concentración, anunciando que los bayameses, acaudillados por el valeroso General Modesto Díaz, acababan de capitular en el pueblo de Yara. ¿Por qué á los veteranos de aquel pueblo, cuna de la libertad cubana, no se les ocurrió escoger otro lugar para enterrar en Oriente la sublime obra de Céspedes? ¡Caprichos de la guerra!

Serían las doce de la noche, después que la luna había traspasado el cenit, cuando se declaró cerrada la votación. Había en la tosca urna 104 votos, siendo agraciados los que se expresan por el mayor número:

| | Votos. |
|---|---|
| Teniente Coronel Fernando Figueredo Socarrás..... | 102 |
| Teniente Coronel Pablo Beola..... | 95 |
| Mayor General Manuel Calvar..... | 89 |
| Coronel Leonardo del Mármol..... | 83 |

El venerable presidente de aquella memorable é histórica sesión anunció que el Gobierno Provisional de Oriente lo compondrían los CC. Fernando Figueredo Socarrás, Pablo Beola, Manuel Calvar y Leonardo Mármol.

Pocos momentos después la corneta hacía escuchar el sostenido y triste toque de silencio, y el campamento de Baraguá, arrullado por las aguas del San Juan que lo circundaban, quedó envuelto en la más profunda tranquilidad.

Al día siguiente, 16 de Marzo, á las seis de la mañana, prestaban juramento de fidelidad, sobre la bandera cubana, colocada en improvisada mesa y ante

el Prefecto y Notario de Palma Soriano, Capitán Pedro Calmel, los cuatro individuos que formaban el Gobierno.

Poco después, formadas las tropas presentes y con la mayor solemnidad, el Comandante Pujals, de orden del Cuartel General, leyó la orden del día anunciando todo lo actuado y dando á conocer oficialmente á los electos para formar el Gobierno Provisional de Oriente.

La primera medida que tomó el Gobierno Provisional fué acordar su organización interior de la manera siguiente:

Presidente.—General Calvar.

Secretario.—Teniente Coronel Figueredo Socarrás.

Vocales.—Coronel Mármol y Teniente Coronel Pablo Beola.

El Ejército quedó al mando de un General en Jefe, cargo que recayó en el Mayor General Vicente García, que á la vez mandaría un Distrito militar formado de las Tunas y Holguín Occidental, y el General Maceo como Jefe de Oriente.

Acordó asimismo el Gobierno, como justa recompensa á la noble y digna actitud que había asumido el Ejército de Oriente, ascender al grado inmediato superior á todos los Jefes y Oficiales que formaban en su heroico cuadro y dirigir una proclama al Ejército aplaudiendo su proceder y admirando su valor y patriotismo.

La organización quedó terminada con el nombramiento de los jefes que se expresan para el mando de los siguientes cuerpos:

1ª Brigada, Guantánamo, Brigadier Guillermo Moncada.

2ª ídem, Cuba, Brigadier Flor Crombet.

3ª ídem, Holguín, Coronel Ríus Rivera.

Estos Jefes tenían como subalternos á José Maceo, Pedro Martínez Freyre, Emiliano Crombet, Agustín Cebreco, Limbano Sánchez, etc., etc.

El mismo día de esta organización tomó el Gobierno una medida de la mayor importancia en las circunstancias que se atravesaban, cual era prohibir en absoluto la penetración en nuestras filas de emisarios del campo enemigo, excepto con proposiciones de paz bajo la base de independencia. En otro caso los emisarios serían pasados por las armas (1).

Sólo el General en Jefe del Ejército enemigo podía comunicarse con el Gobierno sobre asuntos generales de la campaña. Se acordó pasar copia de este acuerdo al General Martínez Campos, que dicho sea de paso, lo acató y cumplió de una manera exagerada.

No bien se había tomado el acuerdo anterior, pero sin habérsele dado publicidad aún, fué anunciado por la avanzada que caía sobre el río Cauto, que un jefe español, que se decía traer documentos para el General V. García, solicitaba entrada.

Algunos de momento pensaron en que debía aplicársele el decreto y pasarlo

(1) Conocemos por el corresponsal en campaña y por relaciones cubanas cómo llovían las visitas en Camagüey sobre nuestros campamentos. Arderíus nos refirió una anécdota en que el Teniente Coronel Salvador Rosado penetró en Puerto Príncipe con su uniforme (de Arderíus) de coronel, lo que más tarde confirmó Rosado. Esto, á no dudarlo, precipitó los acontecimientos en el Centro y las Villas.

por las armas; pero como la ley exigía que se pusiese en conocimiento del General en Jefe enemigo, fué exceptuado el emisario, que dijo ser el Comandante señor Roque Rodón, que se presentó con pliegos para los Generales García y Maceo. Los documentos eran dirigidos por el Comandante Jefe del campamento de Barrancas, Cauto.

Mientras el General Maceo leía su documento, los que le rodeaban seguían con avidez los cambiantes de su fisonomía, queriendo traducir por ellos los efectos que en su ánimo producía y descubrir su contenido. Cuando Maceo hubo terminado, bruscamente interrogó al Comandante Rodón á quien preguntó:

—Comandante, ¿conoce usted el contenido de ese documento?

—No, contestó el oficial, soy un correo de mi Jefe y en absoluto ignoro su contenido.

—Me alegro! dijo Maceo, porque me evita usted el disgusto de colgarlo de aquel árbol.....

En seguida se retiró con su secretario y escribieron por algún tiempo.

Mientras tanto, Rodón entró en conversación con los que le rodeaban. Nada hay que acerque tanto y familiarice á los hombres como el ejercicio de las armas, tal vez porque el objeto material de ellas es alejarlos. La franqueza reinó en toda la conversación y Rodón fué obsequiado como un huesped distinguido: se habló mucho de las formas de Gobierno, se pronunció republicano rojo, motivo de su postergación; se quejó amargamente del favoritismo que á tantos había encumbrado, mientras que él por carecer de *padrino* se veía subordinado á aquellos que habían sido sus inferiores. Por fin, Maceo terminó su contestación y ésta y la carta fueron entregadas al Gobierno para su inspección.

Se les ofrecía á ambos Generales dinero, mucho dinero, para que salieran al extranjero, pues entraba en los magnánimos proyectos del General en Jefe que ellos no abandonaran la Isla pobres. Maceo contestó que quien aquello había escrito era un infame cobarde, que rechazaba con indignación un insulto que le había inferido valiéndose de la diferencia de campos. Antes de terminar este asunto debo advertir que tan luego como el General Martínez Campos se enteró de él, envió á un castillo al Jefe del campamento de Barrancas.

Nuestra concentración terminó. Cada un jefe marchó á ocupar su puesto de honor. Se dirigieron las consiguientes circulares anunciando por todas partes el resultado de la concentración; se dieron instrucciones terminantes á todos los Jefes y se les ordenó que el 23, donde quiera que estuvieran, rompieran las hostilidades, aun á trueque de malgastar parque. Nuestro objeto era demostrar nuestra resolución y exagerar nuestra pujanza.

Así pasaron aquellos días. El Gobierno y Cuartel General quedaron en el campamento San Juan, al extremo de la sabana de Baraguá, acompañados del Coronel Maceo con unos cien hombres y la escolta del Cuartel General. Se solicitaron armas para todos los individuos del campamento y aun los miembros del Gobierno y los asistentes fueron debidamente armados. Nos montamos todos en son de guerra y nos preparamos para la ruda campaña que en breve habría de comenzarse.

El 22 al amanecer nos sorprendió un correo del General en Jefe enemigo dirigido "Al Sr. D. Manuel Calvar, Jefe del Gobierno cubano."—Pedía el General Martínez Campos una entrevista con el Gobierno, de cuya organización se ale-

graba, pues podría entenderse con una entidad que llevara la responsabilidad de la situación. Nos citaba para su campamento de Miranda.

Apenas asomaba el sol del 22, cuando ya el Gobierno marchaba hacia el lugar de la cita. El General Martínez Campos, acompañado de su séquito, en el que sólo figuraba el Coronel Arderíus de los que fueron á Baraguá, salió á recibir á los miembros del Gobierno como á una milla del campamento. Al aproximarse echó pie á tierra y descubriéndose saludó cortésmente á cada uno de los del Gobierno cubano, conducta que fué seguida por todo su Estado Mayor.

Apesar de los ruegos de Calvar y sus compañeros, el General Martínez Campos no volvió á montar, dejando los caballos detrás en manos de algunos soldados.

Llegamos al lugar de la entrevista, pues los cubanos pusieron de antemano por condición, por un correo que se adelantó, que sería fuera del campamento. Se había preparado un sitio como á medio kilómetro de las trincheras de Miranda.

El General Martínez Campos nos recibió no sólo con marcada cortesía, sino con abierta franqueza. Hacia un lado de aquel limpio se extendía una lona en el suelo donde se terminaban los preparativos de un almuerzo. Una vez materialmente cubierta la improvisada mesa con grandes fuentes conteniendo lo que á nuestra vista parecían exquisitos manjares, el General nos invitó á aproximarnos, sentándonos todos en el suelo, á imitación de los turcos. El General Martínez Campos sentó al General Calvar á su derecha y á Figueredo á su izquierda, intercalando á los otros miembros del Gobierno y á los que los acompañaban entre los otros jefes de su Estado Mayor. Fué un verdadero banquete para aquellos que en diez años no habían llevado á su boca ni pan ni vino. Allí se habló mucho de la Revolución, se salpicó la comida con incidentes de la lucha, que los españoles, principiando por el General, celebraban quizás exageradamente: no disimulaban la admiración que tenían por la Revolución y sus hombres.

Terminado el banquete, entramos en materia.

El General Martínez Campos no pudo ocultar la impresión que le había causado nuestra organización. Nos anunció no sólo la pacificación de toda la Isla desde las Tunas hacia Occidente, y de Bayamo, sino la vuelta á la isla de los emigrados; pero confesaba rotundamente que no podría concedernos nada más que lo que había dado á los otros, que era lo consignado en la Gaceta Oficial; y como nosotros, escudándonos con nuestra Constitución recientemente votada, nada podíamos hacer sin el previo conocimiento y consentimiento del pueblo, fué necesario terminar la entrevista sin llegar á ningún acuerdo, no sin pasar á través de un pugilato en que él pedía y nosotros negábamos, la rendición, aceptando el pacto del Zanjón sin romper las hostilidades. Llegó hasta apostrofarnos de una manera enérgica.

—Ustedes, decía, pueden hablar de sacrificios: está bien que den su vida por lo que estiman su honor empeñado, ¿pero y la tropa? ¿y el infeliz soldado que en estos casos es una máquina que ejecuta y no piensa? ¿No son ustedes los responsables de las víctimas de mañana?

No era á nosotros á quienes competía contestar su increpación: el acuerdo se había tomado y aceptado por todos. Tal vez los sacrificados éramos los que pensábamos, pues la mayoría era esa máquina que había resuelto la situación. Y después, ¿no estábamos todos en el mismo esquife, azotados por el mismo huracán? ¿No corríamos todos la misma suerte?

La entrevista se dió por terminada, y mientras se preparaban los caballos que bondadosamente se nos ofrecieron, pudimos escuchar el desahogo del Capitán General. Nos habló amargamente del General Vicente García, por quien decía haber sido engañado, y luego, interrumpiéndose, añadió:

—Pero ¡no! Era natural que entre ustedes y yo los prefiriera á ustedes.

Asimismo tuvo alguna palabra de reproche para Maceo por ser él su huésped á la sombra de los mangos de Baraguá, y su dureza la creía imperdonable. De vez en cuando, sonriéndose, exclamaba fijando su mirada en alguno á quien se dirigía:

—¿Conque volverán á romperse las hostilidades?

Los cubanos perentoriamente contestaban siempre:

—Las hostilidades volverán á romperse.

Listos los caballos, saltamos sobre ellos. El General nos ofreció un escuadrón para que nos acompañara á través de la sabana, que fué rehusado por el General Calvar. Abandonamos aquel lugar acompañados del General Martínez Campos, el que nos escoltó hasta salir del bosque, como un cuarto de legua de Miranda. Allí nos detuvimos y ceremoniosamente nos despedimos.

Al separarnos, el General Martínez Campos, dirigiéndose á Calvar, exclamó:

—¿Será posible, Sr. Calvar, que mañana se rompan las hostilidades?

Y Calvar, partiendo velozmente, exclamó:

—¡Mañana se rompen las hostilidades!

Al llegar á nuestro campamento, desde las avanzadas devolvimos las cabalgaduras con dos soldados españoles que al efecto acompañaron á nuestra comitiva. Al despedirse, uno de ellos se acercó á uno de los miembros del Gobierno y ansiosamente le preguntó:

—Señor, ¿es cierto que ha quedado firmada la paz?

Había algo de dulzura en la expresión y semblante de aquel soldado. El interrogado atentamente le contestó:

—No, hijo, mañana se rompen las hostilidades.....

* * *

El General Maceo sólo aguardaba la vuelta del Gobierno para mudar el campamento. Antes de que oscureciera el 22 ya acampábamos sobre una de las crestas inmediatas, una de las primeras gradas por donde se ascendía á las colosales sierras de Guantánamo. El Baraguá nos serpenteaba cerca, despeñándose por entre mil rocas con gran estruendo hasta asumir su apacible corriente que recorría todo el llano y perderse después en el gigante Cauto.

Apenas había amanecido el día 23 escuchamos fuego en todas direcciones. ¡Cuántas consideraciones nos sugirió un hecho que para nosotros era tan natural! ¡Cuánta sangre, cuántos cadáveres alumbraría el sol del 23 de Marzo! El día se pasó en gran ansiedad. Cuando se escuchó el ruído del combate en las horas de medio día, el Coronel Maceo, de orden del General, destacó una compañía con un Capitán á la cabeza para reforzar nuestra gente, pero en esta ocu-

sión, así como en las anteriores durante el día, el fuego había sido de muy poca duración. El Capitán regresó al campamento, donde era aguardado con indecible impaciencia. Una guerrilla nuestra había encontrado al enemigo en marcha, temprano, y había roto sus fuegos sobre ellos sin contar su número, y ¡cosa singular! los españoles no contestaron al fuego de los cubanos. A nuestras descargas, contestaron con el grito de "¡Viva la paz! ¡Viva Cuba!" Nuestra guerrilla, creyendo que aquella conducta obedecía á algún arreglo de que ella no tuviera noticia, suspendió la persecución, cuando fué alcanzada por el Capitán y nuestro refuerzo. Convencido de que no había habido ninguna contraorden, volvieron á emprender marcha, alcanzando á los españoles en momentos que descansaban y se preparaban para almorzar, sorprendiéndolos por las descargas de nuestra gente. Los españoles no contestaban sus fuegos; como un eco de las descargas repetían: "¡Viva Cuba! ¡Viva la paz! ¡No hagáis fuego, pues somos hermanos!"

Esta relación nos dejó sobrecogidos: no podíamos pensar qué significaba aquello.

Más de ocho partes procedentes de otras tantas guerrillas llegaron antes de que cerrara la noche: todos estaban contestes: nuestra gente, en diferentes direcciones, había encontrado á nuestros enemigos, había roto el fuego sobre ellos y no habían devuelto un tiro. Nos convencimos que éste era un nuevo giro que á su afán de vencer por la generosidad, tocando en la parte más sensible del corazón de los cubanos, empleaba el General Martínez Campos.

Pasaron unos cuantos días y de todas partes, de Cuba, de Guantánamo, de Holguín, participaban igual conducta por parte de los españoles.

* * *

Era un día de los últimos de Marzo cuando una tarde se anunció que el enemigo, en número regular, pasaba inmediato á nuestro campamento.

—Probaremos si contesta los fuegos, exclamó el General Maceo.

Ordenó á su hermano el Coronel que al frente de 60 hombres fuera á batir al enemigo, y mientras éste formaba su gente, un sargento se desprendió de las filas y dirigiéndose al General Maceo, le dijo:

—Mi General, suplico á usted me exima del deber de ir al encuentro de esa tropa. No quiero tirarle á un enemigo que cuando se le hace fuego contesta: "¡Viva la paz!"

El General comprendió que aquel individuo estaba influenciado por la política extraña del General Martínez Campos y bruscamente lo obligó á incorporarse á las fuerzas que marchaban con el Coronel. Poco después se rompieron los fuegos. No hubo uno de los que quedaban en el campamento que no comprendiese que aquel fuego provenía tan sólo de nuestra gente. Se oían las confusas voces de los españoles, pero ni un tiro de su parte. El Coronel dió el parte y así lo consignó al Cuartel General.

* * *

Pasaba el tiempo. Había entrado el mes de Abril y nadie daba cuenta de un combate formal con los españoles. Estaban resistidos en todas partes á contestar con fuego al fuego que se les hacía. Era aquella el summun de la generosidad de un adversario. El día 7 de Abril resolvimos abandonar nuestra zona, y cruzando las inmensas sabanas del llano, acercarnos en solicitud de recursos de boca al Caobal, que se encuentra entre los caminos de Cuba y Mayarí, límite de la jurisdicción de Holguín. Empezamos á marchar á través de la sabana en las horas del medio día, para evitar un encuentro con el enemigo desfavorable para nosotros. Los españoles regularmente descansaban á esas horas. Marcharíamos unos 150 hombres armados. Nos encontrábamos en el centro de la inmensa sabana que se perdía en el horizonte hacia los cuatro rumbos y al atravesar el camino de Mayarí á Cuba se empezó á picar el telégrafo, cuando de repente se anunció la presencia del enemigo.

En efecto, á corta distancia, cubierta por una ondulación del terreno, desfilaba una columna enemiga (infantería y caballería) como de 1,500 hombres. ¡Estábamos perdidos! Maceo hizo alto y conferenció con los miembros del Gobierno acerca del modo de proceder, anunciándonos que la situación era desesperada para nosotros. Le dejamos obrar como jefe de operaciones que era, y resolvió romper los fuegos sobre aquel enemigo.

¡Contraste singular! El enemigo era diez veces más fuerte y disponía de caballería; aquello semejaba un combate naval. No había más camino para los cubanos sino sucumbir. La retirada era imposible: el triunfo imposible también. Aparecíamos enfrente de aquel enemigo como un juguete en manos de un niño.

El General dispuso que el Coronel Maceo con unos 60 hombres avanzara por un flanco mientras él con el resto y los miembros del Gobierno avanzaría por otro. El enemigo no había detenido su marchá: andaba al parecer lentamente. Sólo algunos ginetes cabalgaban á lo largo de la inmensa línea con señalada velocidad.

Un toque de clarín y toda nuestra línea hizo una descarga..... Antes que el enemigo contestara nuestro fuego, los cubanos hicieron otra descarga cerrada.....

¡Viva la paz! ¡Viva Cuba! gritaban los españoles, mientras la columna cual inmenso reptil ondulaba á través de la sabana sin contestar un solo tiro. Nuestro fuego se transformó en graneado. Los españoles hacían flotar en las puntas de sus fusiles pañuelos blancos, acción que acompañaban con los gritos de ¡Viva Cuba! ¡Viva la paz! Sus hombres, ya muertos, ya heridos, caían á nuestra vista.

Aquel cuadro inconcebible era por demás imponente: nuestra gente no dejó de hacer fuego hasta que el clarín del Cuartel General tocó *¡alto el fuego!* primero y en seguida *¡retirada!* y mientras nosotros en correcta formación desfilábamos en línea paralela y en sentido inverso pero siempre á la vista de los españoles, sus gritos de ¡Viva la paz! ¡Viva Cuba! se perdían en el espacio, repercutiendo el eco en la inmensidad de aquella llanura.

Por fin llegamos al Caobal, donde con abundancia de elementos de boca nos prometíamos descansar algunos días, no sin comentar, honda y tristemente impresionados, la extraña conducta que á nuestra presencia habían observado los españoles. Confieso que todos nos encontrábamos como el sargento, influenciados por la extraña política de atracción que había concebido el General Martínez Campos.

Los extensos y ricos predios del Caobal, debidos al incansable y laborioso Prefecto de Palma Soriano, Capitán Fulgencio Arias, se encontraban como enclavados en medio de la misma montaña, que perteneciente á Santiago de Cuba, linda con Holguín por el Noroeste, entre el camino central de la Isla y el de Mayarí á Cuba; montaña que apareciendo señalada en el mapa como inhabitable ó inculta, fué convertida por el Prefecto Arias en una especie de Oasis donde descansaban las tropas después de largas operaciones y donde las innumerables familias que en ella se asilaban encontraron lejos del enemigo no sólo seguro albergue, sino inagotables recursos de boca.

Existían distintos predios, algunos de ellos de varias caballerías de tierra de extensión: allí nunca faltó la vianda, y entre sus riquezas había cañaverales que dentro de los límites de la revolución pudieran calificarse de extensos. Sobre los bordes de la primera de estas estancias había establecido su asiento el Gobierno y el Cuartel General de Oriente, y allí pretendíamos permanecer hasta que se resolviera la nueva faz que la lucha había adquirido. A lo largo del lado occidental de aquella inmensa labranza se habían levantado tiendas, en cuya construcción pasamos las últimas horas del día y cuya noche nos sorprendió extenuados por la circunstancia de haber atravesado en las ardientes horas del medio día las inmensas sabanas de Cayo Rey y Baraguá.

El Gobierno, que no había dejado de tener sesión un solo día, acababa de tomar una resolución, aceptando una oferta del General en Jefe enemigo, hecha verbalmente en la última entrevista, de permitir la salida del campo de la Revolución para el extranjero á todo individuo inútil por motivos de la campaña, ó herido que por su gravedad no pudiera continuar en la azarosa vida que teníamos en perspectiva. Acababa de dársele pasaporte al Sr. Jesús Rodríguez, distinguido patriota holguinero enfermo, y á algunos que ya entre nosotros estorbaban por inútiles á la nueva situación.

El siguiente día, 8 de Abril, como á las 7 de la mañana, el General Macco ultimaba sus instrucciones á una guerrilla que habría de encontrarse en la zona de ingenios de Cuba, y que dejaba nuestro campamento buscando la sabana, cuando por el lado opuesto y después de tomar todas las precauciones de uno que desconfía, se descubrió á una distancia entre el monte á un niño que nos exploraba. Por fin, convencido de que éramos cubanos se adelantó de un salto. Cualquiera habría dicho que brotaba de un árbol.

Aquel niño, de unos 12 años, no llevaba camisa, sus pantalones estaban raídos y sus pies descalzos; cubría su cabeza un sombrero que, desprovisto de alas, participaba de la forma de un solideo. Era blanco, de fisonomía triste en que se reflejaban los muchos sufrimientos de su alma; en su rostro inocente había dejado huella indeleble la anemia, terrible azote del Departamento Oriental, donde las viandas formaban el principal sustento. A sus espaldas, y atado con cuerdas que pasaban por encima de sus débiles hombros, llevaba un inmenso saco de yarey, que en Tierra-Adentro llaman *macuto*, y que la Revolución había bautizado con el nombre de *jolongo*, cuando, como en este caso, se llevaba á la espalda y se destinaba á cargar viandas. El *jolongo* era mayor que el niño y seguramente no habría podido con él después de medio lleno de viandas.

Aquel niño era hijo del bosque, como el *gamin* francés es hijo de la ciudad. Regularmente, del *gamin* de la Revolución brotaba el soldado, sin darse ellos ni

nadie cuenta. Desde muy tiernos se acostumbraban á los trabajos y penalidades de la Revolución; corrían los peligros de una batalla sin portar el fusil que les daba el derecho de la defensa.

Llegaba un día en que haciéndose cargo del fusil y parque del que caía á su lado, empuñaba el rifle y se transformaba en soldado. Peleaba desde el primer momento con heroísmo y nunca abandonaba su arma. Eran valientes hasta la temeridad; podía dependerse de un grupo de 25 niños para emprender un movimiento brusco. (1) Muchos de ellos no tenían padres, eran extraídos de un campamento en medio de un asalto, ó abandonados por nuestras familias en una sorpresa y vagaban ya con las fuerzas, ya con las familias, haciéndose siempre muy útiles en todas circunstancias.

Nuestro *gamin* entró en el campamento y con el aire de confianza natural de los pocos años, exclamó:

—¡Gracias al cielo que ya se ve aquí fuerza cubana! Pues no saben ustedes que el enemigo se permite venir á robarnos nuestra vianda y llega hasta manguearnos y llamarnos, diciendo que ya no hay guerra? ¡Ah! ¡Cómo se burlan de nosotros porque estamos desarmados!

El niño se había hecho el centro de toda la atención del campamento: ya principaba á rodeársele por nuestra gente, y siguiendo en su monólogo, decía:

—¡Vienen en partidas de 25 ó 30 y justamente hoy es su día! ¡Ah! Hoy es un día de fiesta para mí; los vamos á coger á sombrerazos.....

Un tiro en la avanzada por donde salía la guerrilla interrumpió al narrador. Todos, como impelidos por un resorte, nos pusimos en pie. Otro tiro y una descarga.....

—¡A ellos!—gritó el *gamin* tomando las jigantescas proporciones de Gavroche.—¡A ellos, que son pocos! ¡Viva Cuba!

Y mientras así gritaba aquel niño, se abría paso, y rápido como un pájaro, á través de la tropa, tomaba un puesto con los que corrían más avanzados hacia donde se escuchaba el fuego, que iba tomando serias proporciones. Las balas del enemigo barrían nuestra situación; el fuego era contestado por nuestra avanzada y nuestra guerrilla, que salía, se replegaba en retirada sobre nosotros.

Entonces todos corrimos en busca de posición sin contestar un tiro. Allí no se oía sino la voz de Gavroche, que cual otro jefe de operaciones, gritaba: —¡Adelante! ¡Viva Cuba!—y guiados por él nos dirigíamos hacia el predio. El fuego se hacía cada vez más general: al parecer procedía de una fuerte columna. Las descargas se sucedían por el flanco izquierdo, y mientras tanto, entre descarga y descarga, se oía ya, á alguna distancia, la dulce voz del niño, de aquel heroico Gravoche, que sin cesar gritaba:

—¡Viva Cuba! ¡Adelante!

Adelante marchábamos recibiendo sin cesar un fuego mortífero por el flanco izquierdo. Ilamos, por fin, á entrar en la gran estancia que al parecer estaba envuelta y dominada por el fuego del enemigo.

---

(1) El Coronel Sostrada, uno de los más distinguidos jefes del ejército español, murió á manos de Justico Trabas, de 11 años de edad, que lo dejó sin vida de un machetazo desde un mulo de su convoy que había también rodado en el combate. Batalla del Zarzal por Calixto G. Iñíguez, Manzanillo, Mayo de 1873. Podríamos citar muchos ejemplos por el estilo.

La voz incesante de aquel niño jigante era interrumpida por las detonaciones de las descargas enemigas: por encima de nuestras cabezas, á nuestro rededor, por todas partes barrían las balas silbando y tronchando las ramas de los árboles.

Me pareció que la constante voz de Gavroche se había interrumpido. Al entrar en la labranza y atravesado en la vereda que nos había traído, estaba tendido el Capitán Torres, uno de los oficiales más valientes de las fuerzas de la brigada. Distinguí hacia la derecha dos cadáveres y un hombre, que aunque incorporado, parecía que agonizaba: era la viva representación del conocido cuadro *El gladiador moribundo*, y como marchara algunos pasos más, á pesar del mortífero fuego que nos envolvía, retrocedí horrorizado por no saltar, cometiendo una profanación, por encima del cadáver del heroico Gavroche. *¡Aquella grande alma acababa de volar!*

¡Estaba atravesado por una bala, que debió haberle partido el corazón! Su mirada, aún natural y expresiva, se dirigía hacia el cielo mientras su boca entreabierta parecía que quería pronunciar su último ¡Viva Cuba y adelante! Se hallaba tendido sobre su jolongo cual un guerrero romano sobre su escudo, y su *salideo* se encontraba á algunas varas de su cuerpo. ¡Quizás la muerte de este desconocido héroe, víctima inocente sacrificada á la protesta de un pueblo digno, no arrancó más lágrimas que las del que esto escribe, que aún hoy dedica un recuerdo de gratitud á la memoria de aquel ignorado mártir de la Patria!.....

Por fin se pudo ordenar el combate de nuestra parte. El enemigo estaba apoderado del bosque en toda la extensión de dos de los lados del gran cuadrilátero, mientras nosotros nos batíamos á campo raso. Los cubanos nos habíamos subdividido en pequeños grupos en aquella dilatada extensión, sosteniendo un vivo fuego de fusilería. Las descargas cerradas á los españoles se sucedían unas á otras; una inmensa capa de humo cargaba la atmósfera y envolvía aquel cuadro aterrador, donde al parecer la muerte y el valor se habían dado cita. Se veía al General Maceo correr de grupo á grupo y dar sus órdenes personalmente. Sus ayudantes se encontraban diseminados por aquel campo de desolación; las descargas hacían temblar la tierra. Los españoles, después de media hora de combate, tocaron "alto el fuego" y "¡ataque á la bayoneta!" Pretendían entonces circundarnos y cerrar el cuadrilátero con una muralla de acero. Ya se corrían por el único lado franco, el del Sur, cuando nuestro clarín tocó retirada. Algunos de nuestros grupos se vieron materialmente envueltos por el enemigo; otros hicieron un gran esfuerzo por no caer prisioneros. Poco después el predio estaba desalojado, quedando allí los pocos cadáveres que en aquel corto, pero reñidísimo combate, tuvimos.

El enemigo nos persiguió como una legua monte adentro, y nosotros ganábamos la montaña batiéndonos en retirada. Tomamos posición al vadear un arroyo en los barrancos del lado opuesto. Nuestra situación era bastante ventajosa. El enemigo reapareció á nuestra vista: los fuegos se rompieron con decisión por ambas partes: los españoles exploraron nuestra situación y sus cornetas ordenaron un asalto á nuestro reducto. Nuestros grupos sostenían las parciales posiciones con tenacidad hasta que un movimiento brusco de uno de sus flancos asaltó por nuestra izquierda el barranco. En momentos en que ya los nuestros empezaban á efectuar un movimiento de retroceso y cuando ellos á cen-

tenares coronaban nuestra posición, un repentino toque de retirada vino á desorientarlos: retroceden, abandonan el barranco, que es por nosotros reocupado, haciendo un fuego mortífero y certero sobre la compacta masa de hombres que reatravesaban el arroyuelo, y por último desaparecieron en la montáña, teatro de aquella horrorosa contienda, y Maceo, como sabueso que husmea, haciendo un gesto desdeñoso, exclamó: "Le hemos muerto uno de los jefes más importantes."—¡Doble vista del insurrecto!

Allí se acampó, se curaron los heridos, y al explorarse el campo de batalla se descubrió que habían dado sepultura á los pocos cadáveres nuestros que quedaron en el predio. ¡Se repetían los rasgos de humanidad en aquella guerra que por sus horrores había asombrado al mundo! "¡Política de Martínez Campos!" se repetía por todas partes.

Esa misma tarde un correo de los campamentos españoles comunicó que el Comandante D. Roque Rodón (nuestro "huésped de San Juan") había sido herido de tanta gravedad que primero se le consideró muerto.....

Nuestras bajas consistieron en unos cinco muertos en el combate del predio, varios heridos y un número regular dispersos. El teniente Remigio Almaguer fué atravesado por un muslo en la defensa del barranco.

El día 9 de Abril lo pasamos en el mismo lugar del último combate. El 10, á las ocho de la mañana, la guardia avanzada anunció la presencia del enemigo. El General dejó sobre el mismo barranco del combate anterior una sección de tiradores que, haciendo fuego en retirada, trajese al enemigo sobre una emboscada que cruzando el Cauto colocó en la margen opuesta. Nuestra guerrilla acribilló á los españoles al aparecer sobre el arroyo, que sólo vadearon asaltando la posición que como el día anterior creían fuertemente defendida, después de las mayores precauciones. Esta fuerza, fuerte de unos 2,000 hombres, así como la del combate del 8, era mandada por el Brigadier Ochando, joven inteligente y simpático que acababa de arribar con Martínez Campos y que en las Villas coadyuvó grandemente á la terminación de la lucha.

La guerrilla, al retirarse, siguió nuestro rastro, cumpliendo fielmente las instrucciones que había recibido de atraer al enemigo sobre la emboscada. Pasó el Cauto precipitadamente y á él se arrojaron los españoles, desplegándose en aquel campo abierto; pero como el vado era especial, la gran columna se vió precisada á formar una masa compacta justamente cuando se hallaba equidistante de ambas riberas. En medio del río el enemigo, se rompieron nuestros fuegos, causando en ellos efecto desmoralizador.

La situación era espantosa para ellos: el monte y el agua eran igualmente un enemigo formidable del español en Cuba: ambas cosas los horrorizaban. Sorprendidos en aquella crítica situación, fué tal la confusión que se originó, que sin disparar ellos un solo tiro, hubo hombre que arrastrado por la corriente fué á ser pasto de los cocodrilos que á centenares habitan en aquellos charcos. Nuestros fuegos eran certeros y desde nuestra posición veíamos los cadáveres arrastrados por la fuerte corriente del Mississippi cubano. Lograron ganar la orilla que pretendían dejar, no sin gran trabajo. Diez caballos de parte nuestra habrían dado á las armas cubanas uno de los días más gloriosos en la guerra por la libertad. Una vez en posición, se desplegaron por la orilla que dominaban y por distintas partes vadearon el río. Nosotros abandonamos nuestra posición para

tomar otra en el lado opuesto, una vez que los españoles cruzaron al nuestro. Ese día nos batimos distintas ocasiones, teniendo nosotros por base de operaciones el gran río que pasábamos y repasábamos á nuestro antojo, ofreciendo resistencia al enemigo, á quien siempre causábamos gran daño. El 11 se renovó la persecución por parte del enemigo y nosotros volvimos á usar el mismo orden del día anterior. Una circunstancia produjo en mí un efecto desconsolador. Apesar de la impetuosidad de nuestros combates defensivos, no había uno solo en que no perdiéramos alguna tropa al parecer dispersa.

El 12 abandonamos el río, dirigiéndonos hacia el Caobal en busca de provisiones. El enemigo inauguró entonces una persecución tenaz é incesante. En aquel día no se comió por nuestra parte y si se mitigó la sed, ¡la espantosa y sofocante sed del combate!, fué á la carrera al pasar por algún arroyo, no porque se nos diera lugar para esta indispensable operación.

Nuestro constante sistema era dejar una guerrilla que deteniendo al enemigo nos diera tiempo para escalonar otra y otra más atrás. Esta incesante persecución duró hasta el 15: por la noche se acallaban los fuegos. El enemigo vivaqueaba á nuestra vista: ambas fogatas se apercibían de cada uno de los campamentos. Nuestros guardias decían que ambos centinelas podían darse las manos. Los cubanos, por guasa, contestaban *¡alerta está!* á los alertas de los centinelas españoles.

Mientras tanto, imposible era hacer ningún trabajo de escritura. Nos hallábamos incomunicados con todo ser que no perteneciera al estrecho círculo de aquella operación. El que esto escribe pretendió una noche, tomando muchas precauciones, hacer algún trabajo, y pronto advirtió que sirviendo de blanco se le habían hecho un par de tiros, aunque sin efecto alguno.

Por fin logramos abandonar aquella línea de operaciones, corriéndonos hacia el Norte buscando el Río Nipe. Los españoles perdieron nuestra huella: así se lo anunciaron al General en Jefe, que con un dedo sobre el manipulador de la pila y la vista fija sobre el plano, dirigía desde El Cristo sus operaciones. En contestación al parte que desde Cauto le anunciaba haberse perdido nuestra huella, designó con admirable precisión el lugar por donde nos habíamos corrido. Se volvió á él y allí se colocaron sobre el rastro que había de conducirles al lugar donde descansábamos y nos reponíamos de aquel combate tan singular como desigual.

Acampados en Canapú, como el día 20 de Abril, se destacó al Coronel José Maceo para que con su fuerza se encontrase en la zona de ingenios de Cuba. Marchó el Coronel, quedando el Gobierno y el Cuartel General con una fuerza exigua compuesta en su mayor parte de la escolta de Maceo.

Dice el Dr. Figueredo, en su trabajo sobre la Revolución, titulado como éste, *La Protesta de Baraguá*, que acampado en Canapú presentó el Coronel Maceo, apoyado por su fuerza, una petición al Gobierno para que se le dijese si aún se peleaba por la Independencia ó por que se consiguieran más amplias concesiones que las del convenio á lo que el Gobierno contestó: "por la Independencia."

Allí en Canapú tuvimos oportunidad de despachar nuestros asuntos y estudiar nuestra situación. Los periódicos que recibíamos no nos daban más nuevas del extranjero sino la muy desconsoladora de la vuelta de la emigración en las mismas embarcaciones del enemigo. Mientras tanto, allí, en aquel combate de-

sigual, espantoso, languidecían día por día nuestros esfuerzos y se eclipsaba el sol de nuestras esperanzas!

Cada día nos llegaban noticias de que en Bayamo, Manzanillo y Holguín seguían los patriotas adhiriéndose á las bases del convenio.

Las capitulaciones parciales en grupos de diez, quince y veinticinco hombres, dirigidos por un oficial ó algún jefe, se repetían por todas partes. El enemigo dejaba las listas de los capitulados á nuestro alcance, haciendo siempre un resumen de la capitulación efectuada en el día en todo el Departamento. Hubo día de cincuenta hombres armados y cien de familias.

* * *

En uno de los últimos días de Abril nos llegó la correspondencia del extranjero en que se nos participaba que todos los Representantes oficiales de la Revolución devolvían sus poderes y renunciaban sus cargos. Hasta el General Sanguily, que se encontraba armando una expedición, había desistido de su empresa y devuelto los fondos colectados. Por otra parte se nos participaba por el *Herald* de New York la protesta de una parte de la emigración y la formación de la "Asociación Republicana," cuya noticia, á pesar de llevar la alegría á nuestro ánimo, no nos hizo concebir la más leve esperanza. Comprendíamos que la emigración también había sido herida de muerte y temíamos que también allí sucumbiera el espíritu patrio. ¿Qué podría hacer la Asociación que se levantaba sobre el cadáver de la Revolución? ¿Podría sustituir incontinenti los ejércitos del Camagüey y Villas, barridos por el pacto del Zanjón? ¿Podría, cuando la Revolución moría, cuando la fe se perdía, cuando la sagrada causa era por todos reprobada, levantar cinco ó diez mil hombres é implantarlos en el campo de la lucha que había sido abandonado por los veteranos de diez años? ¿Podría hacerse en aquellos momentos de duda lo que no se hiciera en los días risueños del patriotismo? ¡Nó! Comprendíamos que era una utopía siquiera pensarlo.

Nuestro buque se hundía, se hundía irremisiblemente, y lo peor era que de momento esperábamos que el hábil piloto que dirigía aquella nave, tan cruelmente azotada por la furiosa tempestad, se hundiera también en el insondable abismo de la muerte. Entonces comprendimos que la consternación nos conduciría á la desmoralización y ésta á un resultado bochornoso. Parecía que había llegado la hora de la solución de aquel pavoroso problema.

Las noticias de los demás grupos combatientes esparcidos en Oriente informaban hallarse en idéntica situación. El enemigo había destacado gruesas columnas sobre Guillermo Moncada y Pedro Martínez en Guantánamo, sobre Crombet en Cambute, sobre Ríus en Holguín y sobre Vicente García en las Tunas. En todas partes el combate presentaba la forma salvaje por lo desigual que era en nuestro grupo.

Mientras tanto el enemigo continuaba desarrollando su política de atracción. Los infinitos prisioneros que caían en su poder (antes de la llegada de Martínez Campos eran raros los prisioneros: se conocen muchos casos de patriotas que quemaron su último cartucho ó se suicidaron por no caer en poder de los españo-

les), los prisioneros, repito, eran tratados con la mayor consideración, hasta con cariño, y cuando un hijo de nuestros campos caía en sus garras, era devuelto á los cubanos con sus armas, vestido, cargado de ropa y medicinas para su familia y el bolsillo repleto de dinero, ¿qué más podría esperarse para impresionar las masas? Cada uno de aquellos inocentes campesinos que así volvía á la revolución, pasaba por do quiera, sin exagerar, ensalzando y elevando hasta las nubes la nobleza del enemigo. Era una proclama en acción. Resultado, que aquel hombre, sin que nadie se lo ordenara, volvía al campo enemigo, no con su familia sola, sino con sus amigos y las familias de sus amigos. Este sistema único tendía á dejarnos sin un solo hombre.

El 3 de Mayo pidió el Dr. Figueredo una conferencia al Gobierno Provisional, en la que desarrolló un plan para salvar al General Maceo de la muerte que seguramente le aguardaba, ó de la bochornosa capitulación que era inevitable. Mientras el doctor leía su largo escrito fuimos asaltados por el enemigo, á cuyo empuje no puso resistencia la fuerza que nos escoltaba. Primera vez que vi á un soldado oriental huir bochornosamente. No valió el esfuerzo del General y sus oficiales; la tropa volvió la espalda y huyó cobardemente.

El Teniente Coronel Lacret estuvo próximo á caer en poder de los españoles. Este pundonoroso oficial había sido hecho prisionero al principio de la revolución y fusilado sobre las grudas del Santuario del Cobre. Afortunadamente, recobró la vida, con un pie deshecho. Su padre, rico, pudo salvarle la vida y fué curado en un hospital de París, de donde, apenas alentado, volvió al campo de la Revolución. Su pie lo hacía inútil para la campaña, y sólo á caballo podía prestar sus servicios. En la azarosa vida que llevábamos era uno de los que más sufrían: su herida sangraba constantemente, y á no haber sido ayudado por sus compañeros habría perecido en aquel asalto.

A duros esfuerzos pudieron reunirse algunos hombres que defendieran la retirada de lo que ya era una gran impedimenta.

Por fin se escuchó al Dr. Figueredo, que envolvía la salvación del General Maceo con una comisión al extranjero en solicitud de recursos. Los miembros del Gobierno aceptaron la indicación con reserva: por egoísmo, quizás, se resolvió negativamente al principio, pues asidos todos de aquella tabla, era natural que todos nos hundiéramos con ella ó con ella todos nos salváramos. Sin embargo, tratando el asunto ante la fría razón, se comprendió la necesidad de que quedara alguien de aquel fenomenal combate ileso y apto para volver á enarbolar, sin compromisos de ninguna clase, la bandera de la Revolución.

El Brigadier Mármol, miembro del Gobierno, dijo:

—No es dudoso que si nosotros sacamos al General Maceo, aceptando la manifestación, el fin de nuestra extenuada lucha se precipite, pero dada la convicción que tenemos de que no habrá quien nos auxilie pronto y eficazmente y que la Revolución morirá de la peor de las muertes, la consunción, opto porque corramos el riesgo de mandarlo, que quizás, poniéndose él al frente de un movimiento en el extranjero, consigamos elementos nuevos, llenos de ardor y de bríos patrióticos, que nos salven de la segura muerte que nos amenaza ó que nos reemplacen si ya hubiéramos desaparecido.

El Gobierno conferenció con el General Maceo, quien se limitó á decir:

—Obedeceré cualquier orden del Gobierno siempre que éste se comprometa

conmigo, caso de que abandone el campo, á esperar mi vuelta ó á no capitular sin que yo haya expuesto la situación y las esperanzas que para la continuación de la lucha nos ofrezcan las emigraciones.

Terminadas las conferencias, el Gobierno Provincial acordó:

1º Enviar al General Maceo en calidad de comisionado al extranjero, con objeto de obtener los recursos que, según noticias, se preparan en los Estados Unidos y Jamaica para levantar la Revolución.

2º El General Maceo se hará cargo de dichos recursos y volverá inmeditamente al campo de la Revolución.

3º El Gobierno Provisional, ya en cuerpo, ó los individuos que lo componen en particular, se comprometen á aguardar al General Maceo en los campos de Cuba, á menos que el pueblo no resuelva hacer la paz, de acuerdo con nuestras Reglas constitutivas, en cuyo caso se disolverá después de arreglar lo conducente á la capitulación de las fuerzas.

4º El General Maceo se compromete á poner un correo en la residencia del Gobierno dentro de los treinta primeros días de su ausencia, informando las probabilidades que tenga de auxiliar la Revolución que deja agonizando.

El Gobierno acordó asimismo enviar al Dr. Félix Figueredo cerca del General Campos, que se encontraba en el campamento del Cristo, á pedir la salida del General Maceo.

Mientras el Gobierno y el Cuartel General eran objeto de una persecución constante por parte del enemigo y milagrosamente escapaban de los distintos asaltos que á diario se sucedían; mientras ellos trataban de la salida del General Maceo, el Coronel Maceo se había internado en la zona de ingenios, sin el menor tropiezo y poniéndose en relación con los cubanos de Songo, una legua del Cristo, combinaron un asalto á este poblado y resolvían apoderarse, nada menos, que de la persona de S. E. el General en Jefe D. Arsenio Martínez Campos. Astutamente había el Coronel madurado su proyecto: el plan era de la más feliz realización y de un éxito seguro. Encontrado el Cristo en medio de la zona española, rodeado de campamentos que le servían como de avanzadas, podía disfrutarse allí de una seguridad, casi de una impunidad relativa.

Todo estaba preparado para el asalto; la vía, en poder de los criollos, siempre expedita, era conocida del Coronel y los suyos: quizás media docena de tiros con la guardia del General, y todo estaba terminado.

Coincidió la noche del asalto con la llegada del Dr. Figueredo al Cristo, y cuando Maceo ya en marcha para su operación se aproximaba á Songo, tiene noticias de que el Dr. Figueredo, acompañado de otros oficiales, había llegado del cuartel de Maceo y celebraba una entrevista con el Capitán General.

Como era natural, esto desorientó á Maceo. La buena estrella que alumbró al desconocido oficial en la calaverada á la sombra de los algarrobos de Sagunto, proclamando en España la Monarquía y la vuelta de los Borbones, volvió á brillar esplendorosa en el Cristo el 5 de Mayo, y á salvar al ya Capitán General del mayor de los ridículos. Al siguiente día, ya no era un secreto para nadie en el Cristo el proyecto del Coronel Maceo, y el General Campos, acompañado del Dr. Figueredo y curiosos, visitaron los Mangos, distante unos doscientos metros, donde Maceo aguardaba la hora del asalto y donde por sus confidencias se enteraron de la presencia de los cubanos en el Cuartel General.

El General Campos accedió (¡cómo no había de acceder!) á las pretensiones del Gobierno. Volvió el Dr. Figueredo al campo, se ultimaron los arreglos, se concedió al General Maceo le acompañaran el Brigadier Ríus, Coronel Leyte Vidal y sus dos ayudantes Lacret y Pacheco, y como el Coronel Fernando Figueredo Socarrás, invitado por el General para que le acompañase, rehusara tal honor por preferir quedarse en el campo y seguir la suerte de sus compañeros, fué sustituído por el Dr. Félix Figueredo.

El día 8 de Mayo á las diez de la noche abandonó el General Antonio Maceo la residencia del Gobierno en Barigua, tomando al día siguiente, 9, pasaje para la isla de Jamaica, á bordo del vapor de guerra español *Fernando el Católico*, que generosamente puso á disposición del Gobierno el General en Jefe del ejército enemigo.

He aquí el manifiesto que á los cubanos de la emigración dirigió con tal motivo el *Gobierno Provisional:*

«¡Compatriotas!

«Los lamentables acontecimientos que tuvieron lugar en el mes de Febrero «en los Estados de Camagüey y Villas, imitados más tarde por los bayameses y «por agrupaciones de los otros distritos de Oriente, han colocado á los patriotas «que aún, con las armas en la mano, sustentan los principios proclamados el 10 «de Octubre de 1868 por el ilustre iniciador de esta gigantesca epopeya que du- «rante diez años ha asombrado al mundo con sus hechos, en una situación aza- «rosa y aflictiva.

«La Revolución de Cuba, que al principiar el año que corre tocaba á las «puertas de la capital de la Isla, se encuentra reducida al territorio comprendido «entre el río Jobabo y la Punta de Maisí. Pero lo que ha disminuído en territo- «rio lo ha aumentado en patriotismo, porque los hombres que aún alimentan, «como las vírgenes romanas, el sagrado fuego de la Libertad, la han hecho ele- «var á una altura inconmensurable.

«Abandonados de propios y extraños, faltos de toda clase de recursos, vol- «vemos la vista en este supremo momento á nuestros hermanos de la emigración «pidiéndoles en nombre de nuestros principios—en nombre de nuestra historia— «en nombre de nuestros mártires, protección.

«Hasta nosotros ha llegado el eco vigoroso del grito de indignación lanzado «por los emigrados, ante la mortal herida que la causa de la independencia ha «recibido. Nosotros, hermanos, aplaudimos vuestra generosa actitud y os lla- «mamos en nuestro auxilio!

«Tiempo es ya de que cada cual ocupe el puesto que su deber le señale en la «obra de la redención de Cuba: tiempo es ya de que los cubanos emigrados se «coloquen á la altura á que, como hijos de este desventurado suelo, deben colo- «carse: tiempo es ya de que se hagan efectivas las ofertas que á través de los ma- «res nos han llegado una y otra vez, casi sin resultado alguno. La época de las «promesas ha sido reemplazada por la de los hechos!

«El pueblo cubano, que nos cabe la inmerecida honra de representar en es- «tos momentos, pero que lo representamos con orgullo, os dirige la voz por nues- «tro conducto pidiéndoos protección! ¿Permitiréis que un pueblo tan grande y «generoso se sacrifique, abandonado, por la causa de todos los cubanos, en una «lucha tan desigual como heroica?.....

« Vuestros hechos responderán.

« Un pueblo que con lujoso alarde ha sabido hacer cuantos sacrificios son « imaginables, que ha soportado todas las vicisitudes y sufrimientos con que la « Providencia, con mano pródiga, ha sabido azotarlo: que hoy se sostiene sin ele- « mentos de guerra, sin los recursos indispensables para su alimentación, frente « á un enemigo cien veces más potente, no merece, no debe ser sacrificado!

« Después de haber afrontado todas las penalidades con indecible cons- « tancia, después de un pugilato espantoso contra los hombres y la Natu- « raleza le quedaba una prueba por donde pasar, un sacrificio más que hacer en « obsequio de la salvación de Cuba, y pasa por aquélla y hace éste al despren- « derse en estos momentos del General José Antonio Macco.

« Bien conocéis al hábil soldado que tantos días de gloria ha dado á esta pa- « tria, por la cual ha derramado tanta sangre; al denodado guerrero que tantas « veces ha cubierto su frente con el laurel de la victoria: bien conocéis al bravo « caudillo del ejército de Oriente, al experto militar en quien en estos momentos « de tribulación tienen todos su vista fija y cifrada su esperanza.

« Marcha el General Macco al extranjero cumpliendo una orden de su gobier- « no y éste espera, en nombre del pueblo que representa y en obsequio de vuestra « misma dignidad, que todos os agrupéis á su rededor.

« Para el mejor desempeño de la misión que se le confía se ha dispuesto le « acompañen algunos jefes de nuestro ejército. Las honrosas cicatrices que los « cubren os demostrarán cuánto derecho tienen al reconocimiento de la Patria y « á la consideración del Gobierno.

« El General y sus compañeros sabrán inspiraros la confianza á que para el « pueblo se han hecho acreedores. Todos debéis hacer un esfuerzo supremo para « ayudar á los que tan dignamente van representando la causa de Cuba en el ex- « terior, si queréis que ésta se salve.

« Si acaso prestáis oídos sordos á nuestros justos lamentos; si no podéis ó no « queréis cumplir con vuestro deber, cuando Cuba necesita de todos sus hijos, de- « cidlo de una vez, pues los hombres que actualmente dirigen en el campo del ho- « nor los asuntos públicos, no pueden consentir que á la faz del mundo civilizado « se inmole un pueblo generoso y digno de mejor suerte!

« Si estuviese decretado por el destino que los esfuerzos titánicos que ha hecho « Cuba durante dos lustros por conseguir su libertad se reduzcan á la nada, ha- « bremos al menos cumplido con nuestro deber; tendremos derecho, si tal sucedie- « re, á levantar nuestra voz en son de protesta contra todos; pues todos, excepto « nosotros, serán responsables de que la enseña que levantó el inmortal Céspedes « en las márgenes del Yara, se hunda para siempre y que de la causa de la inde- « pendencia de Cuba sólo pasen á la posteridad lo sagrado de sus principios, la « heroicidad de sus hijos y el recuerdo de sus mártires.

« Campos de Cuba, Mayo 8 de 1878.

« El Gobierno Provisional.—Mayor General MANUEL CALVAR, *Presidente.*— « Brigadier LEONARDO MÁRMOL, *Vocal.*—Coronel FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS, « *Vocal-Secretario.* — Es copia: FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS, *Vocal Secretario.*»

* * *

## EL BRIGADIER JUAN RIUS RIVERA

Un deber de gratitud, una necesidad de rendir culto al mérito y aplauso á lo digno, nos obliga á detenernos al estampar este nombre. Acababa de salir al extranjero con el General Maceo, no por su propia voluntad, sino ordenado por el Gobierno Provisional, en la convicción que tenía éste de que Ríus habría de ser una de las víctimas que en su agonizante estertor arrebataría la Revolución en su caída. Juan Ríus Rivera fué uno de los que figuró en esa pléyade de jóvenes extranjeros—si extranjero puede ser aquel que, como Ríus, sentía su rostro enardecido por la vergüenza del coloniaje español—que en los momentos de prueba ofrecieron á Cuba su valer y su existencia. Es natural de la isla de Puerto Rico y, como su nombre lo indica, oriundo de Cataluña.

Cursaba ingeniatura en Barcelona cuando Céspedes lanzó el grito de Libertad en Yara. Como en otros, el eco repercutió de una manera simpática en el corazón del joven borinqueño. Abandonó sus estudios y saltó en Cuba en unión de Melchor Agüero cuando éste condujo felizmente la expedición del *Anna* en 1870.

Ríus principió por hacer un conciso estudio de la Revolución y la recorrió desde Oriente al Camagüey, donde se unió al noble General Inclán cuando éste fué nombrado Jefe de Holguín, á fines del 70.

Principió su carrera como oficial de Estado Mayor en el Cuartel General de Holguín, hasta que Calixto García, como Jefe del Departamento de Oriente, lo llamó á su Cuartel General, donde ocupó la plaza de Secretario. Ya por esa época figuraba como Comandante y desde entonces data lo notable de su brillante carrera.

Ambicioso de gloria, Ríus se vió impelido á abandonar el Estado Mayor, y colocado al frente del primer batallón de Holguín, principió á la cabeza de este aguerrido Cuerpo á desplegar sus dotes como un militar de orden, valiente y á dar á conocer su pericia y astucia militar. Emprendió una serie de operaciones en la jurisdicción de Holguín que le dieron justa fama y renombre, cuando á las órdenes del Cuartel General ocupaba siempre con su cuerpo uno de los puestos de más confianza. Bajo su mando, Holguín supo siempre vencer á las españoles.

La impetuosa campaña que llevó á cabo nuestro Ejército en todo el Departamento Oriental en 1874 y 75, demostró la inmensa necesidad de apoyar la infantería con la caballería y que en Holguín se organizara un regimiento de cien caballos con el nombre de "Céspedes" y se encomendara al denodado puertorriqueño. (1)

La caballería fué un nuevo campo en que Ríus recogió una abundante cosecha de justos y merecidos laureles. Jefe de orden, se encontró en el campo junto siempre á la legalidad. En él tuvieron un adversario decidido los motines y asonadas que hundieron la Revolución.

Después de lo de las Lagunas de Varona, que entre otros males causara la disolución del Ejército de Oriente sembrando por todas partes la indisciplina y

(1) Este nombre se le dió á este cuerpo á petición del autor de esta relación.

el desorden. Ríus, buscando nuevos campos y huyendo de la anarquía de Oriente, pasó á las Villas tomando parte, entre otros combates de mérito, en el del "Cafetal González," donde fueron derrotados los españoles á la vista del Capitán General Jovellar.

Nombrado Jefe del Regimiento de Holguín, volvió á sus antiguos lares de Oriente, donde siempre activo, siempre valeroso y entendido, lo sorprendieron los días de prueba que á Cuba habría de dar el General Vicente García, cuando resistiendo al Gobierno constituído que le ordenaba pasase á las Villas á sustituir al General Gómez como Jefe del Departamento, se pronunció contra todo lo existente en Occidente del Camagüey, el día 11 de Mayo de 1877 (escogió el aniversario de la muerte del inolvidable Agramonte); lanzando, no ya á Oriente, sino á toda la Revolución en un estado de anarquía y desorden insostenibles. Este acto, y no otro, coronó con el laurel de la pacificación al General Martínez Campos.

Algunos patriotas alrededor del Jefe de la Brigada de Holguín, el Coronel Arcadio Leyte Vidal, trataron de guardar el orden en el territorio, pero sus esfuerzos se estrellaron ante los trabajos de los satélites del General Vicente García. Debemos consignar de paso, como un acto de justicia, que el único territorio que se vió libre de la lepra que por todas partes invadió nuestro Ejército, con las disolventes teorías de las reformas, fué el que ocupaba el primer Cuerpo de Ejército, compuesto de las Brigadas de Cuba y Guantánamo, á las órdenes del bravo General Mucco, hábilmente secundado por sus dignos y heroicos subalternos Flor Crombet, Guillermo Moncada, Silverio del Prado y Pedro Martínez Freyre.

En Holguín el desorden dominó por todas partes. El Gobierno creyó detener la avalancha que todo lo arrollaba enviando al General Gómez, entonces Secretario de la Guerra, á ponerse al frente del Departamento.

Una de las primeras medidas del General fué rodear á Ríus de cuanta fuerza moral y material pudo, y con ideas de atraer aquella tropa valerosa y digna que por error había abrazado la causa de la licencia, puso bajo sus órdenes un batallón del regimiento Cuba para que efectuara algunas operaciones.

La primera que fatalmente emprendió Ríus, fué la toma de un convoy que cargado de provisiones marchaba de Mayarí á Barajagua. Colocó su emboscada magistralmente; los españoles fueron sorprendidos. El convoy cayó en nuestro poder no sin terrible resistencia de parte de su custodia que, vuelta de la sorpresa, se reanimó, se reorganizó y volvió por su honor. El combate tomó entonces un aspecto feroz y salvaje; las mulas y combatientes rodaban á la vez, envueltos en los inmensos sacos de provisiones. Ya iba el enemigo á apoderarse de lo que quedaba de la prenda que se había encomendado á su cuidado, cuando el Teniente Coronel Ríus, poniéndose al frente de un grupo de cambuteros, se lanzó bruscamente contra el enemigo, que retrocede abandonando lo que había recuperado del convoy. Pero al coronarse la obra, Ríus rueda por tierra bañado en sangre, mientras su machete, impulsado por una bala y silvando como una saeta, era lanzado á gran distancia de lo que se consideró el cadáver del Teniente Coronel. Este volvió en sí con su mano derecha destrozada. Todo el valioso convoy quedó en nuestras manos.

Como sabemos, Ríus tomó una honrosa parte en Baraguá y acababa de ser nombrado Jefe de la Brigada de Holguín, á cuyo frente dió quizás los me-

jores combates de aquel período, cuando fué llamado por el Gobierno para que acompañase al General Maceo al extranjero.

Pocos momentos antes de salir celebró una conferencia íntima con el que esto escribe. Después de mil protestas de cariño y amistad se dieron un fuerte abrazo y antes de separarse Ríus, desabrochándose su cinto, le dijo:

—Este es mi machete, con él en la diestra fuí herido en la toma del convoy, guárdalo; si vuelvo me lo entregarás, si te rindes y abandonas los campos de Cuba, pártelo en dos y entiérralo; que no caiga nunca en poder del enemigo.

* * *

El 9 de Mayo fué un día de incesante trabajo en aquel reducido número de patriotas. Se expidió una circular á todos los jefes de Brigada notificándoles la salida del General Maceo, explicándoles los motivos que habían impulsado al Gobierno á tomar aquella medida, y sobre todo exagerando las esperanzas que se abrigaban de su presencia en el exterior. ¡Y cuánta buena fe había en aquellas manifestaciones! En el Gobierno se habían recibido ese mismo día correspondencias de New York y Jamaica en que se pintaba el entusiasmo que nuestra actitud había levantado y se aseguraba que los recursos en hombres, armas y municiones no se harían esperar. Jamaica, orgullosa, altiva, aseguraba que en proporción superaría á New York. No se pedía sino tiempo y oportunidad para hacernos llegar los deseados é indispensables recursos.

Así se comunicaba á las distintas organizaciones: llegamos á formarnos la ilusión de que Maceo retrocedería de Jamaica, y como si aplicara la pila de Volta á aquel cadáver, lo haría conmover, le daría vida y vigor.

Se acordó enviar al Coronel Beola, miembro del Gobierno, á las Tunas, para que verbalmente explicara la salida del General; se expidieron correos á Holguín, Cuba, Jiguaní y Guantánamo.

Para completar este cuadro es necesario referir un hecho que pondrá de manifiesto nuestra situación.

Se envió un correo al Coronel Limbano Sánchez, que había sucedido á Ríus Rivera en el mando de Holguín: éste se componía de un sargento, cuyo nombre no recordamos, y unos diez números de escolta. El sargento que era el práctico, desorientó la gente, la engañó y condujo al campamento Miranda, asiento del cuartel de aquella Brigada española á las órdenes del caballeroso Brigadier Ochando. Una vez en su presencia, el sargento manifiesta que iba á presentarse con toda aquella gente, entregando como trofeo la correspondencia oficial que conducía para el Coronel Sánchez. Uno de los soldados protestó de aquel hecho que calificó de traición y refirió la historia al Brigadier Ochando. Éste, con los pliegos en la mano, interroga á la gente y descubre que había seis que no querían capitular. Entonces los divide en dos grupos, ordena al de cuatro que se quedasen en su campamento y entrega al más caracterizado de los seis restantes la correspondencia y con un práctico de los suyos los devuelve á nuestro campo y los hace guiar hasta que pudieran hacer rumbo hacia la zona del Coronel Sánchez.

Este hecho, comentado muy favorablemente para el Brigadier Ochando, nos hizo más daño que si hubiéramos sufrido una derrota.

Hasta el día 11 no nos permitió el enemigo permanecer tranquilos en nuestro campamento. Ese día, antes de la salida del sol, fuimos sorprendidos por los fuegos de la avanzada. El Coronel Maceo, que había regresado el día anterior y se encontraba al frente de la escolta del Gobierno, sostuvo una resistencia tenaz. La tropa peleó con valor y decisión. Su actitud nos hizo recordar los días venturosos de aquel Ejército tan acostumbrado á ceñirse el laurel de la victoria.

Mucho costó al enemigo desalojarnos de la posición que ocupábamos que, aunque no era la mejor, fué bizarramente defendida por nuestra tropa. A las nueve se acallaron los fuegos. Habíamos tenido dos muertos y algunos heridos, de los cuales uno, grave, había caído en poder del enemigo, así como un ordenanza que portaba nuestro exiguo y pobre archivo. El enemigo descansó á poca distancia de nosotros, y con gran sorpresa de todos, nos alcanzó el ordenanza con un pliego del Coronel Sr. Nieto, Jefe de operaciones, dirigido al señor General Calvar, Jefe del Gobierno cubano. Anunciaba el Coronel devolver al ordenanza con todos los enseres de escribir, documentos, etc.; tan sólo se había quedado con nuestro ajedrez como un recuerdo del combate. Anunciaba también que nuestro herido había sido curado, y con los de él remitido á su hospital de sangre; los cadáveres habían sido sepultados.....

¡Cómo se burlaban los españoles de nuestra debilidad! Resueltamente habían regularizado la guerra en las postrimerías de la Revolución.....

Las operaciones bajo la dirección del Coronel Nieto (muerto alevosamente en la Habana después de la paz) continuaron con una actividad extraordinaria. Habíamos vuelto á los primeros días después de rotas las hostilidades: no se nos permitía el tiempo indispensable siquiera para comer. El Coronel Maceo, al frente de la exigua escolta que ya nos quedaba, hacía una resistencia tenaz al enemigo, que envalentonado por nuestra situación, que conocía á fondo, obtenía con facilidad un resultado ventajoso. Por otro lado, la defección era espantosa. Por todas partes no nos llegaban sino noticias de la gente que abandonaba nuestro campo. Aquello semejaba un deshielo: aun de nuestro campamento se marchaba la gente al enemigo; los oficiales Mederos y Repilado desertaron sin esperar que la noche cubriera con su sombra su vergonzoso acto. Y lo peor era que nuestros recursos de guerra se agotaban. Había soldado con dos cápsulas en su canana. El más favorecido disponía de cinco tiros. Pronto nos veríamos sin tener con qué hacer resistencia, ¿y entonces?.....

Suponíamos que igual suerte correrían todos nuestros compañeros: Moncada y Martínez Freyre en Guantánamo, Crombet en Cuba, Rabit en Jiguaní y Limbano Sánchez en Holguín.

Como el día 15 cesó la persecución del enemigo, coincidía esta circunstancia con la llegada de Moncada de Guantánamo, que venía, según instrucciones, con una pequeña fuerza á escoltarnos hacia las lomas en busca de las trincheras naturales que el accidentado terreno de Oriente ofrece á los patriotas. Nuestra historia y nuestros sufrimientos habían sido los mismos de Moncada y sus compañeros. Allá la defección había sido más terrible aún. El Prefecto de Jutinicún, Capitán Wenceslao García, con unos 25 hombres de tropa y un gran nú-

mero de familias, entre otros, se había pasado al enemigo, cometiendo la villanía de llevarse el parque de la Brigada que en gran cantidad se le había confiado y dejando la Revolución, en medio de su agonía, sin el derecho de la natural defensa. Los comentarios acerca de nuestra situación el 16 eran desesperantes: nuestro horizonte estaba circundado de nubes negras. No se divisaba siquiera un punto blanco. Los hombres que aún sostenían la bandera de la dignidad del pueblo cubano, abandonados de todos, no vislumbraban un rayo de esperanza que los salvase de la bochornosa capitulación; todo el día 16 lo pasamos agobiados por las más tristes reflexiones.

Al amanecer del 17 nos movimos hacia Guantánamo, y apenas en marcha, vuelve el enemigo á presentarse, pretendiendo esta vez obstruir nuestro camino é impedir nuestro avance. Las fuerzas, á las órdenes del Brigadier Guillermo Moncada, forzaron el paso y ganamos magníficas posiciones ya en la montaña.

El *último* fuego se sostuvo como á las diez de la mañana: después de un tiroteo sostenido, hubo un momento de pausa, como para que los combatientes tomaran alientos y luego, tras unos tiros aislados, se escuchó una descarga cerrada que partió del enemigo, una descarga estruendosa, como si fuera una salva.....

Siguió un silencio sepulcral de parte y parte en que pudo escucharse el aleteo de los asustados pájaros en aquella selva agreste. Como á los diez minutos se *oyó un tiro, un solo tiro aislado*, una detonación seca que resonó en mi espíritu como un sarcasmo.....

Al perderse el eco en las profundidades de la montaña, la bala bulliciosa pasó por encima de nuestras cabezas, tronchando las ramas de los árboles, silbando unas veces como un reptil enfurecido, maullando otras cual gato rabioso, hasta chocar contra una palma, en cuyo tronco quedó incrustada .....

Ese tiro que de una manera siniestra repercutió en todo mi sér, fué el último que escuché en nuestro, al parecer, interminable combate por la libertad de nuestra Patria: después no hirió mis oídos una detonación más. Había, en cuanto á mí, terminado de momento mi activo *batallar* por el Derecho y la independencia de Cuba.....

Aquel último combate en aquella zona fué librado por una pequeña fuerza resto del Regimiento Santiago, á las órdenes del Coronel Macco, y escolta del Brigadier Moncada, por un lado, y fuerzas españolas al mando del Coronel Nieto por otra.

Copiemos la interesante narración que de estos aciagos momentos hace nuestro ilustrado compatriota el denodado *Pedro Martínez Freire*, tomándola de su diario de operaciones:

«Inmediatamente se ordenó que los Coroneles Rius Rivera, José Macco, «Flor Crombet y el que esto escribe, emprendiésemos activas operaciones en «nuestros respectivos territorios, confiriéndonos á los cuatro el nombramiento de «Jefes de Brigada para que con tal carácter fungiésemos.

«A las tres de la madrugada del día siguiente marché con mi escolta á in«corporarme á las fuerzas de mi mando, acampadas en *El Charrascá*. Cerca de «18 leguas anduve en una sola marcha por aquellos terrenos accidentados, sien«do más penosa la jornada á causa de las lluvias.

«A las nueve de la noche, con hachones, sin aliento y destrozado, llegué á

« mi Cuartel, no sin dejar en Piloto parte de mi escolta que no pudo seguirme: « que aquellos hombres, criados muchos de ellos en las *montañas, no eran* supe- « riores á mí en resistencia. Desde el año 74 que el General Maceo me entregó « el renombrado Batallón de Mayarí yo no volví á usar zapatos, que cambié con « gran pesar por las zandalias de majagua. Es verdad que en sus principios me « ensangrentaron los piés, pero muy pronto me habitué á ellos, y como un gamo « trepaba y descendía por aquellas lomas donde apenas si penetraba el sol. Allí « operé sin desmayo hasta Julio de 1878, en que consultando la voluntad de mis « tropas y encontrándome solo con mi brigada, depusimos las armas en Alto « Songo, donde se nos hicieron los honores militares que en tales casos pro- « ceden.

« Al día siguiente de mi llegada á *El Charrasco* mandé formación, revisté las « fuerzas y después de hacerles concebir las más lisongeras esperanzas sobre el « porvenir de la patria, contentos y risueños emprendimos marcha con rumbo á « Baracoa. La gente mostraba el mismo vigoroso espíritu de nuestros mejores « tiempos de la guerra. Ellos veían á su Jefe animado y lo demás les importaba « poco. Me seguían sin vacilación: parecían decirse: donde él va allí vamos « todos. ¡Qué nada hay más noble ni más generoso que el pueblo! donde lo lle- « van los elementos directores allí corren al sacrificio y á la muerte! Y, en honor « de la verdad, al frente de aquellos valientes, con el remington al hombro y mi « machete al cinto, yo me había olvidado de cuántos de nosotros se habían aleja- « do. Sólo recordaba el compromiso de honor solemne y trascendental, contraído « en nuestra Asamblea de Baraguá, y del gran Antonio Maceo ocupando el pues- « to de siempre.

« El enemigo de Guantánamo y Baracoa tenía su cuartel de operaciones en « Baitiquirí. Allí iban á proveerse de raciones y de pertrechos de guerra cuando « regresaban de sus constantes excursiones. La fortaleza que los protegía era « amplia é inexpugnable. Yo concebí la atrevida idea de tomarla por sorpresa ó « como hubiese lugar. Necesitaba aquel golpe de efecto y los elementos allí en- « cerrados para imponerme en el territorio. Dispuse, pues, que Arsil Duverger, « entonces sargento y que en la campaña del 95 ha muerto de Coronel, espiase el « campamento español y me informara de la manera como hacía la guarnición el « servicio y el mejor momento de atacarlos. Otra comisión envié sobre el fuerte « de Jobabo. El mismo día regresó Duverger, manifestándome que la única « hora posible de atacar el fuerte era las once de la mañana, porque todos, hasta « el mismo centinela, bajaban á almorzar, reuniéndose en un rancho abierto, « construído al pie del fuerte. Iguales informes me trajo de Jobabo el teniente « Serafín Romero, á quien sirvieron de prácticos los do valientes baracoenses Lo- « vaina y Claro Díaz Columbié.

« Ideé, pues, una estratagema. Mi fuerza tenía muchos trajes de los cogidos « á los soldados de la columna del Coronel Ramón Cabezas que copamos en la « *Llanada de Juan Mulato.* Ordené que 25 hombres escogidos se vistiesen con « ellos é igualmente el sargento Duverger. Esa sería la vanguardia de la colum- « na á cuyo frente iría yo. El resto de la tropa con el Teniente Coronel Pepillo « Prado me seguiría á prudente distancia, en perfecto orden, sin hacer fuego ni « demostración alguna que pudiese inspirar desconfianza al enemigo. El tenien- « te Garlobo con 50 hombres debía atacar á la misma hora y decididamente el

« campamento de Jobabo, procurando antes cortar la línea telegráfica para evitar « todo aviso. Tomamos pues el camino real y marchamos hacia Baitiquirí. « El enemigo estaba en efecto almorzando á aquella hora, las once de la mañana, « y sin ponerse de pie siquiera nos dieron el: ¿quién vive? Respondimos: "Es- « paña: Escuadras de Guantánamo." "Alto y avance un número para ser re- « conocido." nos gritó el que hacía de Jefe del destacamento. El sargento Du- « verger sin detenerse les decía: "pero no nos conocen? somos las Escuadras de « Guantánamo: venimos muertos de sed." Estábamos ya bastante cerca de ellos, « cuando se pusieron de pie y uno echó mano á la escalera para subir á la forta- « leza. Instantaneamente desenvainamos los machetes y nos tiramos sobre « ellos. En gran confusión se revolvían dentro del rancho pretendiendo disparar « sus fusiles, pero no les dimos tiempo y agarrándolos por cuellos y brazos los « desarmamos. Penetramos en el fuerte que á viva fuerza hubiera sido imposible « tomar, y extraimos 14 cajas de cápsulas de á mil tiros y otra que estaba empe- « zada; más de 40,000 raciones, ropa, etc. Aprovechamos el gran número de ca- « balgaduras que allí tenían y cargamos el rico botín, llenos de júbilo y dando « vivas á Cuba. El teniente Garlobo por su parte había tomado también el cam- « pamento de Jobabo, recogiendo dos cajas de cápsulas, bastantes raciones y los « remingtons de los 8 hombres que defendian el fuerte. Tanto aquel como el de « Baitiquirí fueron incendiados. Los prisioneros quedaron en libertad al día si- « guiente, diciéndoles al despedirlos que allí esperaríamos á los españoles para « batirlos. Apenas alejados emprendí marcha, y asegurados los elementos de « guerra y el convoy en la Prefectura próxima, con las cananas de mis soldados « repletas y con provisiones de boca para varios días, hicimos desaparecer nues- « tro rastro y penetramos en el monte, sin camino conocido, hasta llegar á las « cabezadas del *Toa*, donde el río de este nombre tiene su orígen.

« En aquel punto dí á las fuerzas un día de descanso y al siguiente, consul- « tados los prácticos, levanté el campamento. El cabo Bárzaga, hijo de Yateras, « el hombre más notable que he conocido para marchar á rumbo, se puso al frente « de 8 macheteros y emprendimos camino por sitios que, sin duda, jamás seres « humanos habían pisado; y por aquellos bosques gigantescos, húmedos y fríos y « algunas veces siguiendo el curso del *Toa*, anduvimos cuatro días, hasta que de « improviso, al coronar una altura, vimos á nuestros piés los picos poblados de la « costa norte de Baracoa. Matemáticamente habíamos salido al punto sobre que « yo quería caer.

« Hicimos alto una hora, se reorganizó la fuerza y luego descendimos al llano. « ¡Cuánta riqueza y cuánta prosperidad se observaba en aquella pacífica comar- « ca! ¡Pronto iban á sentirse los estragos de la guerra! En medio del camino me « situé con mi escolta y mis ayudantes, y formando dos columnas las mandé « avanzar á derecha é izquierda con orden de saquear é incendiar cuanto á su paso « encontrasen. Más de diez horas permanecimos dueños de aquellas zonas her- « mosas y florecientes, al cabo de las cuales se me habían incorporado las dos « columnas con rico botín y unos 300 prisioneros. Por mi parte, con la escolta « y los ayudantes había cogido varios españoles que se hallaban á bordo de unas « lanchas cargando plátanos.

« En la desembocadura del Toa acampamos y esperamos al enemigo; pero « Baracoa tenía poca tropa. Todas las columnas, como yo esperaba, se habían

« corrido sobre Jobabo y Baitiquirí informadas sin duda, por las guarniciones de « aquellos campamentos, de lo que había ocurrido.

« Tranquilamente vivaqueamos en territorio enemigo, y al día siguiente al « amanecer emprendimos nuestra retirada. Aún no había salido la retaguar- « dia cuando se me anunció que venía hacia nosotros una columna española. « Hice alto, tomé posiciones y esperé. Todo inútil! El enemigo no avanzaba y « á las dos de la tarde continuamos camino en perfecto orden, deteniéndonos á « cada rato, con lo cual ante mi gente se evidenciaba la cobardía de los contrarios. « Hacía más de dos meses que en todas partes resultábamos vencedores y por lo « tanto inspirábamos gran respeto.

« Ahora nuestros soldados llevaban sus cananas repletas de cápsulas. Estaban « ganosos de pelear. Cuando nuestras fuerzas se veían bien parqueadas y tenían « comida abundante, los campamentos resultaban por demás alegres: con el botín « de Baitiquirí y el de la costa Norte de Baracoa, los banquetes eran diarios. No « se ocupaban para nada de aquellos rumores de paz que ligeramente habían « llegado á sus oídos; su entusiasmo, pues, y su decisión eran los mismos de siem- « pre. Y así tranquilamente seguimos nuestro camino hacia la zona de Yateras.

« Por fin antes de entrar en el territorio en que se movían las columnas ene- « migas, dispuse que se fuesen á sus respectivas casas los que por allí tuviesen « familias y cuantos deseasen poner su botín á buen recaudo. Quedaron pues « conmigo, entre Jefes, oficiales y tropa, unos 90 hombres. Y seguimos la mar- « cha. Próximos ya al camino real dispuse que el sargento Argil Duverger saliese « á practicar un reconocimiento, el cual volvió diciéndome que por allí acababa de « pasar una columna que suponía de 300 hombres, muchos de ellos voluntarios, « circunstancia que nuestros prácticos distinguían perfectamente por las huellas « del calzado. Inmediatamente me puse sobre las huellas del enemigo, porque « dado el rumbo que llevaban iban sin duda á donde se hallaba el Comandante « Pelao Sánchez, del Batallón de Mayarí, y á quien le habían roto una pierna en « uno de los combates últimamente sostenidos. Aquel Jefe, que yo distinguía « mucho, era además idolatrado de todas las fuerzas á mis órdenes, por su noble « carácter, por su espíritu justiciero y por su valor indomable. Fué siempre un « excelente compañero.

« Seguíamos á marcha forzada, y al llegar al abierto denominada *La Criolla* « practiqué un escrupuloso reconocimiento antes de entrar en él. El Comandante « José Prado me hizo presente que la gente deseaba que les diese allí dos minutos « para sacar algunos buniatos. Lo dispuse así, y ordené al Teniente Juan Rojas « que avanzase por las huellas del enemigo y al Sargento Cordero que cubriese la « retaguardia, á fin de evitar cualquier sorpresa; pero precipitadamente vino una « pareja de la guardia del Teniente Rojas manifestando que los españoles estaban « acampados allí mismo, del lado allá de un arroyo seco, de cauce hondo. Temien- « do que pudiese ser la escolta y convoyeros de la familia del General Maceo. « puesta á mi cuidado en aquella zona, llamé al Capitán Toledano para que con un « pelotón reforzase á Rojas y explicase con gran cuidado, no fuésemos á hacer « fuego á nuestra propia gente. No había yo pronunciado la última palabra cuan- « do sentimos sobre nosotros una descarga. En lugar de replegarme á la orilla « opuesta del monte, dado el mayor número del enemigo, saqué el machete y grité « *¡arriba con ellos!* Al mismo tiempo dispuse todo instantáneamente y avisando

« que Arsil Duverger con 20 hombres flanqueasen aquel enemigo y lo batiesen por « retaguardia. La lucha llegó á ser encarnizada, y con tal ímpetu fuimos sobre « ellos que se pronunciaron en retirada. Redoblamos nuestros esfuerzos, y cuan- « do en el rudo batallar les quitamos los prisioneros nuestros que llevaban, el « convoy, el archivo y ganado, el entusiasmo no tuvo ya límites y el machete « empezó á hacer su oficio. Mandaba aquella columna el renombrado y valiente « General Santos Pérez, llevando las escuadras de Guantánamo. Las ventajas « eran todas del enemigo: el arroyo profundo, el número y una altura de un kiló- « metro próximamente. Cuando nuestros contrarios alcanzaron la cima habían « dejado en nuestro poder 18 muertos tendidos en el campo con sus armas y sus « cananas. Mi corneta de órdenes, Cabino Méndez, de Mayarí, que fué á quitar « el rifle á uno de los voluntarios moribundos, recibió de éste un tiro en la cabeza, « dejando muerto en el acto á aquel patriota al que yo profesaba grandísimo afec- « to. El Capitán Toledano se arrojó sobre el miserable de las escuadras rema- « tándolo á machetazos.

« El enemigo se hizo firme en la cúspide de la montaña y al dar órdenes « para evitar que se nos escapase, el General Santos Pérez toca la corneta, á la « que respondió otra por un flanco.

« Dejé allí á los tenientes Carlobo y Tomás la O con unos 30 hombres del « batallón de Mayarí, y con los demás oficiales y tropa de Baracoa, corrí á inter- « ponerme entre uno y otro enemigo. Divisarlo y cargarle decididamente fué « todo en un momento. Pronto quedaron muertos muchos de ellos, otros se dis- « persaron y cayó en nuestro poder el Teniente Coronel Miguel Blasco Santa Ma- « ría, que mandaba la tropa de línea y era 2º Jefe de la columna. Cogimos tam- « bién dos de sus soldados vivos.

« Deshecha aquella fuerza, vuelvo sobre Santos Pérez, les cargo en la altura « y se pronuncian en fuga. Como prácticos del territorio cada uno salió por su « rumbo, *incluso el mismo General Santos Pérez*, que más tarde, cuando la capi- « tulación, y habiendo yo ido á Guantánamo, fué á saludarme diciéndome: *"Mire « Vd. como estoy aún de la paliza que nos dió Vd. en la Criolla: jamás*, añadió, *había « sufrido una derrota igual."* Aquella fué la última acción que se libró en la gue- « rra admirable de 1868; aquel fué nuestro último triunfo. »

El 17 fué un día fecundo en impresiones desesperantes. Poco después de perderse en la inmensidad de aquella montaña el eco del último tiro en ese singular combate, entre la tiranía europea contra la libertad americana, y que se apellidó la Revolución Cubana, llegó á nuestro campamento un correo procedente de Baire, por líneas españolas, en que nos participaban que el Comandante Acosta segundo jefe del Regimiento Bayre núm. 5, había arrastrado toda la fuerza del Sur de Jiguaní, desertando de su jefe el Teniente Coronel Cebreco y dejando muerto al Capitán Aguilera, de Bayamo, que se había opuesto á la traición.....

Por la tarde nos sorprendió el Teniente Coronel Lacret, procedente de Jamaica, á donde había acompañado al General Maceo. El Teniente Coronel venía hondamente impresionado, traía nada menos que la convicción de que eran ilusorias las ofertas de auxilio del extranjero, por lo menos, refiriéndose á Jamaica. Estaba convencido de que la causa de Cuba era abandonada de todos, y, como él decía, maldecida por el cielo.....

La llegada de Maceo á Kingston había producido un efecto por demás des-

consolador: había sido apostrofado durante su llegada, se le habían lanzado las más negras acusaciones, se le calificó de traidor y (¡infamia desmedida!) hasta se le creyó vendido al oro español.....

Él, sin embargo, llevaba una misión que cumplir, un deber que llenar, y secundado por un pequeño grupo, llamó á la emigración á un *mass meeting* en el que el que el Brigadier Rius expuso en enérgico lenguaje nuestro situación y la imperiosa necesidad de socorrernos inmediatamente.

Después de mucho comento y discusión se resolvió hacer una colecta para comprar municiones de guerra y una lista de los que voluntariamente quisieran marchar al campo. Esto sucedía el día 13 de Mayo: el 14, en un segundo *meeting* rindieron sus informes las comisiones. La emigración de Jamaica contribuía, después de su magnánima oferta, con cinco hombres y siete chelines para socorrer á los patriotas que agonizaban en los campos de batalla.....

¡Juzgue y comente nuestra resolución el que esto lea!

El día 18 por la mañana nos llegó un correo de la Brigada de Holguín en que se nos comunicaba por el Coronel Sánchez que él y el Coronel Peralta habían entrado en relaciones con el enemigo y que llevarían á cabo la capitulación de la Brigada inmediatamente.

Ya hacía días que el Gobierno mantenía una petición de los vecinos de las Prefecturas de Baire y Santa Rita (Jiguaní) solicitando que se entablaran relaciones con el enemigo.

Fué aquel el primer momento en que se habló en la residencia del Gobierno formalmente de la paz!

El 19 de Mayo, después de varias conferencias entre el Brigadier Moncada y el Coronel Maceo, y detenidos acuerdos con sus oficiales presentes en el campamento, se resolvieron á acercarse al Gobierno Provisional, y á nombre de la Brigada de Guantánamo, de que era jefe Moncada, y del Regimiento Santiago, á las órdenes de Maceo, pidieron que el Gobierno entrase en relaciones con el General Martínez Campos, y terminara aquel angustioso é insostenible estado de cosas.

Se acusó por algunos á Moncada de haber ido expresamente á la residencia del Gobierno á impulsarle á favor de la paz, y debemos protestar contra tan gratuita acusación. Moncada fué llamado por el Gobierno, y su resolución obedeció á la violenta é inesperada conducta del Coronel Sánchez y demás Jefes que comandaban en Holguín, y del Comandante Acosta de Jiguaní, pero más que nada de la triste pintura que de la emigración de Jamaica hiciera á su regreso el Teniente Coronel Lacret, quien con la gráfica descripción que nos presentara del *meeting* patriótico de Kingston, acababa de arrancar la última esperanza de refuerzos, allí donde se tenía la vista fija en el extranjero, á cuya idea nos asíamos como el infeliz náufrago á la tabla de salvación.

El Gobierno Provisional, en presencia de los acontecimientos, se reunió, y después de pesar, como el asunto ameritaba, aquella situación, midiendo á la vez la responsabilidad que iba á contraer ante la Patria y ante la Historia, acordó como sigue:

« En el campamento Loma Pelada, sobre el río Barigua, jurisdicción de Cu-
« ba, á las diez de la mañana del día 19 de Mayo de 1878, se reunió, por convo-
« catoria del Presidente Calvar, el Gobierno Provisional en Consejo extraordina-

« rio, asistiendo el Presidente, el vocal Mármol y el Secretario Figueredo, y no « el vocal Beola por hallarse en comisión.

« Principió el acto con la lectura del acta anterior que fué aceptada. El « Presidente manifestó que el objeto de haber convocado al Gobierno en Consejo « extraordinario era para poner en su conocimiento que á las seis de la mañana « del día de hoy había llegado á este campamento el Teniente Coronel José Lacret « que en el día de ayer había regresado á la ciudad de Santiago de Cuba, proce- « dente de Kingston, á donde según consta al Gobierno, fué acompañando al Ma- « yor General Maceo, en calidad de Ayudante.

« Que el Teniente Coronel Lacret es portador de pliegos del General Maceo « y Brigadier Ríus para el Gobierno y al mismo tiempo de noticias tan desconso- « ladoras de la emigración de la vecina isla, que vienen á desvanecer la última « esperanza de salvación que alimentaba el Gobierno.

« Los documentos que trae el comisionado del General Maceo ponen de ma- « nifiesto los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad de Kingston á su « llegada.

« Según los informes que verbalmente suministra el Teniente Coronel Lacret « y por escrito comunica al Gobierno el Brigadier Ríus, se convocaron dos reunio- « nes populares á las que asistieron gran número de emigrados. El Brigadier « Ríus, en representación del General Maceo, les explicó de palabra los motivos « que habían compelido al Gobierno á enviar al extranjero á dicho General, por- « que había tenido que apelará que saliera de Cuba en buque español y el objeto de « la Comisión. Los emigrados de Kingston, después de oídas las manifestaciones « del Brigadier Ríus, resolvieron hacer una suscripción para crear recursos con « que auxiliar la comisión que llevaba el General Maceo, y abrir un reclutamien- « to á fin de levantar un contingente para volar al campo del honor en auxilio de « los combatientes.

« Cerradas ambas listas, se recogieron por toda cantidad monetaria CINCO « CHELINES ó sean DIEZ REALES FUERTES, y se inscribieron para venir á Cuba sólo « SIETE hombres, farsa que por su ridiculez demuestra lo que debemos esperar de « nuestros hermanos del exterior. Que el Gobierno oyó de los labios del Ayu- « dante del General Maceo el recado que éste le enviara: "que no había esperan- « zas de recursos y que era necesario que el Gobierno se esforzara por evitar más « sacrificios inútiles de vidas y sangre."

« El Gobierno oyó además la desconsoladora descripción que referente á la « emigración había hecho el Teniente Coronel Lacret, haciendo resaltar el caso « de que mientras nuestros pobres soldados morían oscuramente en los bosques de « la Patria sin tener una miserable raíz con que mitigar el hambre, en la ciudad de « Kingston existían emigrados que arrastraban lujosas carrozas y llevaban sobre « los ricos vestidos joyas de valor suficiente para hacer la felicidad de más de una « familia.

« Que además de lo que deja dicho, tenía que someter á la consideración del « Gobierno la nota oficial que con fecha de hoy le ha dirigido el Brigadier Gui- « llermo Moncada, Jefe de la Segunda División, y que suplicaba al Secretario le- « yese. El Secretario dió lectura al siguiente documento: "Departamento Mili- « tar de Oriente. Segunda División. Al Presidente del Gobierno Provisional. « Barigua, Mayo 16 de 1878.—Sr. Presidente: la penosa situación por que atra-

« viesa la lucha que durante diez años hemos venido sosteniendo para afianzar en « nuestra Patria los principios de Libertad, Igualdad y Fraternidad, consecuen- « cia lógica de los acontecimientos que por desgracia se iniciaran en el Camagüey « y que más tarde se desarrollaron en las Villas y en gran parte de este Estado, « me obligan, aunque con dolor profundo, como representante de una parte de « nuestro Ejército, á elevar mi voz hasta el Gobierno Provisional.

« "El Gobierno que usted tan dignamente preside está enterado de los innu- « merables casos de capitulaciones ocurridas en la División de mi mando, pero no « puedo omitir hacerle una corta relación, por mucho que su atención moleste, « de los más conspicuos.

« "El Prefecto de Jutinicú, Subteniente Wenceslao García, el Teniente Lim- « bano Gutiérrez, arrastrando algunos hombres de tropa y muchas familias, ca- « pitularon en el campamento *Florida Blanca* el día 7 del corriente, entregando al « enemigo 7,000 tiros que mantenía en calidad de depósito, único parque de que se « disponía para hacer frente á la ruda campaña que sostiene el Ejército de Orien- « te, después del 23 de Marzo próximo pasado. La conducta del Prefecto García « y las rudas operaciones del enemigo en el territorio de la Brigada de Guantá- « namo, siendo su actividad tal que privase á las familias de poder obtener re- « cursos de alimentación, han influído en las fuerzas y el pueblo de la manera « más fatal. A oídos de ese centro ha llegado la noticia de que la guardia secreta « del arroyo Timbambá, compuesta de ocho hombres, ha abandonado su puesto, « presentándose al enemigo. En la División de mi mando, excepción hecha de « los Capitanes Fulgencio Arias y Manuel Reyes, no queda autoridad civil nin- « guna, pues todos los Prefectos y algunos Subprefectos han capitulado, arras- « trando parte de los vecinos de los territorios en que ejercían su mando y las « familias que son consiguientes; además, el Comandante Guillot, con los Capita- « nes Naro y Carmelle, con treinta y cinco hombres, y el Sargento Bea con ocho, « han capitulado. El Sargento Torres con quince, así como el Capitán Desquirón « con treinta y tres. El Gobierno sabe, puesto que ha presenciado los hechos, que « de su campamento marcharon para el enemigo el Capitán Medero, Tenientes « Repilado y Peguero y Subteniente Luis Barrios con algunos hombres de tropa; « y que el día 9 capitularon el Capitán Emilio L. Vidal, los Subtenientes Colombé « y Justo Soler, al frente de unos quince hombres que habían sido despachados « en comisión para Holguín. Que de este distrito se han recibido las dolorosas « nuevas de haber capitulado en el campamento Sojo, el Teniente Coronel Soria, « cinco oficiales y treinta y cinco hombres de tropa, mientras que en Holguín ha « capitulado el Mayor General Céspedes al frente de fuerzas del 2º Batallón del « Regimiento Jiguaní, y el Coronel Limbano Sánchez, Jefe del Regimiento Hol- « guín, ha solicitado del enemigo una zona neutral para concentrar fuerzas y fa- « milias y capitular. Que ha sabido que el Teniente Porfirio Escalona ha capi- « tulado al frente de la compañía que en el Regimiento Santiago manda el capitán « José de la C. Martínez, dejando solo á este oficial. Ya se tenía noticias de que « el Auditor de Guerra de Guantánamo, Licenciado Joaquín Acosta, acompañado « de varios individuos de tropa y pueblo, ha capitulado, y que el Teniente Coro- « nel Miguel Palacios, al frente de algunos hombres, lo ha efectuado también re- « cientemente. Después de los desagradables sucesos que he narrado, me cabe la « pena de adjuntar al Gobierno dos comunicaciones que con esta fecha me pasan

« el Jefe y oficiales del Regimiento Santiago una, y la tropa del mismo cuerpo la « otra. El Gobierno se enterará de la presión que sobre mí hace dicho Regi- « miento que, según los escritos á que hago referencia, se inclina casi por unani- « midad á que se haga la paz con el enemigo. Quizás nada de esto me obligaría « á dar el paso que doy ante los que hoy rigen los destinos del país, pero desgra- « ciadamente el Teniente Coronel Lacret, Ayudante del General Maceo, que « acaba de salir al extranjero en comisión y que le acompañó hasta la isla de « Jamaica llegando en el día de hoy á nuestro campamento, de regreso de dicha « isla, ha conferenciado detenidamente conmigo y por sus autorizados labios me « he enterado de la situación de los emigrados que redondamente se niegan á « prestarnos auxilio de ninguna clase para seguir la obra de nuestra redención, « puesto que en los dos *meetings* que se convocaron no pudo recoger el General « Maceo sino CINCO CUBANOS, inscribiéndose para engrosar nuestras filas sólo « SIETE HOMBRES. Además el General Maceo, por conducto de su Ayudante, me « aconseja contribuya á que no se continúe sacrificando nuestro pueblo, pues está « convencido que no hay esperanza de contar con recursos del exterior, única que « ya nos queda para levantar nuestra guerra de Independencia. Por todo lo ex- « puesto é inspirándome en el espíritu del Ejército y pueblo de la División de mi « mando y deseoso al mismo tiempo, como hombre de conciencia, que cese este « noble Ejército de derramar sangre, ocurro al Gobierno de la República pidién- « dole se acerque al General en Jefe del Ejército enemigo y trate de obtener sus- « pensión de hostilidades, y se haga cargo de las mejoras que sobre el Tratado de « Camagüey esté aquel jefe dispuesto á conceder. De usted con toda considera- « ción.—El Brigadier Jefe de la Segunda División, GUILLERMO MONCADA."

« Concluída la lectura del anterior documento, manifestó el Presidente que « en virtud de la autorización que le concedió el Gobierno en acuerdo tenido en « el Consejo celebrado el 26 de Abril próximo pasado, enviaba una comisión com- « puesta del Teniente Coronel Vicente Pujals y Comandante Nicolás Sauvanell, « para que visitara los Departamentos de Centro y Villas é informaran al Go- « bierno de su estado político.

« Vistas las actas que preceden, y teniendo en cuenta las razones aducidas en « la larga discusión que acaba de tenerse; el Consejo,

« Considerando que la situación por que atraviesa la lucha que el Ejército de « Oriente mantiene sin auxilio de ningún género, es tan aflictiva que ya se hace « del todo imposible sostenerla por más tiempo;

« Considerando que el pueblo de la Revolución se ha pronunciado por una « inmenso mayoría á favor de la Paz;

« Considerando que el Ejército carece en absoluto de elementos de guerra y « boca con que continuar la azarosa contienda que ha venido sosteniendo desde « el 23 de Marzo próximo pasado, en que se rompieron nuevamente las hostili- « dades;

« Considerando que las noticias recibidas recientemente del exterior han ve- « nido á hacerle perder toda esperanza de obtener recursos de la emigración para « salvar la precaria situación en que los acontecimientos han colocado al país;

« Considerando que el prolongar la lucha por más tiempo sería sacrificar « víctimas estérilmente.

« Considerando que el Gobierno, sin embargo de que no quisiera hacer uso

« de las facultades que le concede la carta Constitucional, votada y acordada por « el plebiscito de Baraguá en la noche del 17 de Marzo próximo pasado, se ve en « la triste y penosa necesidad de hacerlo, impelido por la fuerza de las circuns- « tancias;

« El Gobierno Provisional resuelve: Aceptar la conferencia á que ha sido « previamente invitado por el Excmo. Sr. Capitán General, General en Jefe del « Ejército enemigo, D. Arsenio Martínez Campos, á fin de hacerse cargo, de acuer- « do con la petición del Jefe de la Segunda División, Brigadier Guillermo Mon- « cada, de las mejoras que sobre el Tratado del Camagüey esté aquel Jefe dis- « puesto á conceder.

« Así terminó el acto, firmando el Presidente y Secretario para constancia.—El « Presidente, MANUEL CALVAR. —El Secretario, FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS. »

Inmediatamente se pusieron correos al Coronel Crombet y Comandante Rabit pidiendo sus opiniones sobre el particular y se avisó al General Vicente García que había convenido seguir la suerte de Guantánamo, que este cuerpo capitulaba. Debemos advertir que tanto Crombet como Rabit contestaron negativamente y resolvieron sostenerse algún tiempo más.

Los cuerpos que habían solicitado ó efectuado la capitulación fueron: Brigada de Holguín, Brigada de Guantánamo, Regimiento Bayre y Regimiento Santiago.

No la aceptaron: Regimiento Guaninao y Batallón 1º de Jiguaní.

Las Tunas seguirían, según convenio, la suerte de Guantánamo, y debemos incluirla en la afirmativa.

El mismo día 19 por la tarde salieron el Comandante Pujals y Capitán Sauvanell con pliegos para el General Martínez Campos, pidiendo un armisticio; sin permitir se trasluciera en la solicitud el objeto de nuestros ulteriores proyectos. Se solicitaba de aquel Jefe pase por sus líneas para aquellos dos oficiales que llevaban una misión del Gobierno hasta la jurisdicción de Cienfuegos.

En efecto, el Gobierno antes de asumir la responsabilidad de la capitulación y á pesar de las muchas y serias razones que á favor de este paso abogaran, resolvió cerciorarse por medio de sus enviados si era cierto que en el Camagüey y las Villas había desaparecido la Revolución.

El General Campos puso nuestra comisión por un tren expreso en Santiago de Cuba el 20 al amanecer, tomando pasaje á bordo del vapor *Manzanillo*, que hacía la carrera por el Sur hasta Batabanó.

Nuestros enviados desembarcaron en Manzanillo donde se avistaron con los Coroneles Masó, Bello y Marcano; en Santa Cruz, con el Diputado Antonio Aguilar; en las Tunas de Sancti Spiritus, con el Brigadier Jiménez y Comandante Río Entero en Casilda, con el ex-Presidente Spotorno y, por último, en Cienfuegos con el Coronel Cecilio González. Su informe al retornar fué que formalmente la Revolución había desaparecido de las Villas y Camagüey, manifestando que tan sólo en Sancti Spíritus permanecía sin capitular el Camandante Bonachea con un grupo de hombres.

Mientras nuestra comisión estuvo ausente, y no retrocedió hasta la noche del 27, los jefes españoles, entre otros el Brigadier Ochando, á la sombra del armisticio, se permitieron hacer algunas visitas á nuestro campamento.

Su objeto era inducirnos á que dado el estado de nuestra falta de recursos, aceptásemos provisiones de boca con que sostener la tropa mientras durara la

suspensión de las hostilidades, ó que aceptásemos para guarecernos de los torrenciales aguaceros que ya á fines de Mayo se dejan sentir en Cuba, su campamento, recién construído sobre el Barigua, á corta distancia, el cual ellos evacuarían en nuestro obsequio. Una y otra y todas las proposiciones fueron desairadas justamente en momentos en que desfallecíamos agobiados por el hambre y nuestros cuerpos sufrían azotados también por la intemperie.

El día 27 de Mayo se avisó formalmente al General Martínez Campos de nuestra resolución de capitular y nos citó para la última conferencia en la Torre de Barigua á las siete de la mañana del día 28.

No debo dejar de hacer constar que durante los días del armisticio y mientras se elaboraban los proyectos para la rendición, se acarició la idea y se mantuvo por algunos días de no aceptar capitulación, sino provocar á todas nuestras fuerzas á una concentración general en la sabana de Baraguá, y una vez allí todos reunidos, hacer una inmensa hoguera, quemar nuestras armas y después entregarnos, vencidos, como prisioneros de guerra, al enemigo. No recordamos á quién se debe el honor de esta idea, que á no dudarlo habría elevado el nombre de Oriente á una altura envidiable. Pero ¿podíamos en conciencia hacer esto?—No. El tratado del Zanjón concedía la libertad á todos los esclavos que habían militado en la Revolución: la tropa oriental, en su inmensa mayoría era de color, procedente de la esclavitud, y una rendición incondicional por nuestra parte ponía á aquellos hombres, que tanto derecho tenían á la libertad, otra vez en manos de nuestros verdugos, bajo el antiguo poder de sus dueños y sometidos al foete del mayoral. La idea, pues, se desechó por impracticable y se acordó simplemente aceptar las bases del Zanjón.

El 28 al amanecer nos pusimos en marcha. Íbamos á pie. Una pequeña escolta guiada por un prático nos acompañaba.

Al salir á la sabana, el sol, que asomaba en aquellos momentos, alumbró la faz lívida y triste de aquellos hombres. Marchaban, primero Calvar, después Figueredo y luego Mármol. No hablaban una sola palabra, parecían tres espectros errantes, sombras del patriotismo, contra los cuales habrían quizás muy pronto de fulminarse las más severas aunque injustas acusaciones.

Cuando llegamos á Barigua no estaba allí el General en Jefe. El Comandante del fuerte, avisado ya, se deshizo en atenciones para con sus huéspedes y aseguraba que el Capitán General no se haría esperar.

Descansábamos en una especie de kiosco levantado con gusto en medio de aquel campo fuertemente atrincherado: en el centro del pabellón había una mesa y á su alrededor asientos de cujes como los fabricados por nosotros. Aquel fué el alcázar donde por última vez la arrogante y triunfante España iba a tratar oficialmente con la infeliz y abatida causa cubana. En uno de los postes que sostenía el kiosco pendía un pequeño mapa de la isla de Cuba.

Apenas habíamos permanecido allí algunos minutos, fué interrumpida la tranquilidad del campamento por un toque de clarín. Era el de formación por la proximidad del General en Jefe. Unos 200 hombres, pálidos y demacrados, en su mayor parte niños de 16 á 18 años, formaron para recibir al héroe del momento. El general Martínez Campos apareció escoltado tan sólo por dos dragones cubanos. Saltó de su caballo y con la mayor cortesía, sin siquiera echar una ojeada á la oficialidad del cuartel que, sombrero en mano le recibía, descu-

briéndose vino á saludar á los cubanos. Parecía extraordinariamente contento: no podía negar la felicidad que en él rebosaba: brotaba la alegría por todos sus poros. Se despojó de sus armas, que recogió un oficial, y frotándose las manos manifestó la complacencia con que aceptaba aquella visita que, en verdad (dijo él) ya se hacía esperar. Y como sus polainas y espuelas le estorbasen para escurrirse por los escaños de cujes que rodeaban la mesa, se le ofreció una banqueta que había en el campamento. Sentados todos, comenzó á tratarse del triste asunto que allí nos condujera.

—Comprendo, dijo el General Martínez Campos, lo penoso que es para ustedes el paso que dan, pero yo soy el primero en manifestar que nunca un ejército se ha rendido con más honor que ustedes, y pocas veces puede levantarse la frente con el orgullo que ustedes pueden y deben hacerlo. Han hecho ustedes más de lo que humanamente es dable al hombre. No son ustedes los primeros que capitulan: entre dos ejércitos que combaten, uno de los dos tiene por fuerza que ceder al otro, y ya quisieran muchos haberse encontrado en la posición en que ustedes se encuentran en cuanto al cumplimiento de un deber, y al pactar la paz con su adversario encontrarse que éste fuera el General Martínez Campos. ¿Qué tienen ustedes que exponer? ¿Qué desean?

Y como el más absoluto silencio de parte de los tres acogió las palabras del General, éste fijándose en Figueredo, exclamó:

—Vamos, ¿qué dice el orador?

Así apellidó él más de una ocasión al Secretario del Gobierno Provisional, sin duda porque él se encargaba de desenvolver las cuestiones del Cuerpo de que formaba parte.

Figueredo dijo:

—Venimos, señor, á manifestar á usted oficialmente que aceptamos las bases acordadas en el Zanjón en Febrero pasado y deponemos las armas.

Al General también le mortificaba hablar de ese asunto, pues casi interrumpió á Figueredo diciendo:

—Entendido: dejemos ese particular como si ya lo hubiésemos acordado. Hablaremos luego de sus detalles. Pero ustedes ¿qué quieren? ¿qué necesitan? ¿qué desean?

Y cuando así hablaba paseaba una mirada llena de ternura por los tres comisionados. El silencio volvió á contestarle, y como se fijara intencionalmente en Figueredo, éste se creyó aludido y le dijo:

—Diez años de absoluta carencia de cuanto es indispensable al hombre en la sociedad, nos han enseñado á vivir con poco y á necesitar de poco. ¿Qué queremos? ¿Qué deseamos? No estamos preparados para contestar una pregunta tan inesperada; por mi parte antes que todo, como una necesidad imperiosa de mis sentimientos, necesito llenar una exigencia del alma. No veo mi familia desde hace diez años, no sé dónde se encuentra fijamente, y mi primer deber como hijo, mi más imperiosa necesidad, es solicitarla y abrazarla. Por mi parte, ruego se me conceda un libre pase para el extranjero.

—Y yo, dijo Calvar.

—Y yo, dijo Mármol.

Entonces el General, como tocado por un resorte, saltó de su banqueta, que tiró hacia atrás, y de pie exclamó:

—No! no! imposible! Pídanme ustedes lo que quieran, estoy dispuesto á concederles cuanto necesiten para que puedan llevar una vida cómoda y tranquila.

Y saltando sobre el mapa, que barrió con la mano de Oriente á Occidente, continuó diciendo:

—Aquí está el mapa, estoy dispuesto á conceder á ustedes el destino que quieran en Administración ó Hacienda en la parte de la Isla que soliciten; yo atenderé á sus necesidades futuras; todo, todo, menos el extranjero. Si tengo facultades para expulsar de la Isla al que crea perjudicial, debo tenerlas también (sonriéndose) para retener aquellos que crea me son necesarios para llevar á cabo la *realización del plan* que me he formado respecto de los futuros destinos de Cuba.

Sería largo ir á través de todo aquel debate en que los tres cubanos sostenían la necesidad de abandonar la Isla y él en que habrían de quedarse. Por fin se acordó que saldrían y volverían con sus familias. Para terminar este asunto diremos que *todos salieron y que Márnol* (que murió en Cuba) y Calvar volvieron á la Isla. Figueredo no ha vuelto más.

El General tocó la delicada cuestión de los sueldos que había abonado á las tropas y oficialidades en Camagüey y Villas, de acuerdo con nuestra ley de sueldos. Estaba dispuesto á pagarle doble cantidad á los Orientales respecto de las que había pagado en Centro y Villas.

Figueredo expuso:

No hay ninguna ley que nos autorice á acordar con usted (debemos advertir que el General Martínez Campos no aceptó jamás tratamiento oficial; ni aun sus subalternos al dirigírsele le daban otro que el de usted) nada referente á ese particular. Entiendo que no debemos, ni queremos hacerlo oficialmente. Me inclino á que el soldado, al abandonar su fusil después de diez años de una vida perturbada por el ejercicio de las armas, acostumbrado á la matanza y al saqueo, pueda encontrarse en su bolsillo una cantidad que le permita poner la primera piedra de lo que más tarde pudiera ser su fortuna; no quisiera que la miseria le acosara en los primeros momentos después de abandonar el campamento y que se viera obligado por la imperiosa necesidad á cometer actos que pudieran ser fatales para él en los primeros pasos que dé en la sociedad. Opto por que se le abone lo que se crea conveniente, pero como una negociación entre el General en Jefe, ó su representante, y el oficial ó soldado de nuestro Ejército que quiera aceptarlo. Nunca como una cláusula de nuestra rendición ó un convenio de nuestro pacto.

El General Martínez Campos aceptó en todas sus partes.

Se convino que ese mismo día se darían las instrucciones á todos los Jefes para la capitulación de las fuerzas en el plazo más corto posible; pero que esta capitulación (diversa de la del Centro) sería entrando nuestra tropa armada en los distintos poblados.

Cuando ya se daban los últimos toques á aquel cuadro, cuando ya todo estaba entendido, apareció (al parecer improvisado) un oficial con unas botellas de champagne y las copas consiguientes. Las botellas fueron destapadas, el mismo General sirvió, y contra la costumbre, sin pronunciar una sola palabra, apuramos aquel líquido que, debemos confesarlo, nos abrasó, no la garganta, sino el el alma.....!

Las diez serían, cuando habiéndose ordenado los caballos, nos despedíamos del General en Jefe y volvíamos á nuestro campamento á disponer lo conducente á la capitulación.

Así terminó aquel sangriento drama que durante diez años asombró al mundo con sus actos, pero que tratado con criminal indiferencia é incalificable cobardía por el pueblo cubano, en vez de terminar con el cuadro de su apoteósis que se llamara *La República de Cuba*, terminó con el ridículo y bochornoso sainete que se tituló *La Capitulación de Baraguá*.

Aquel día lo pasamos despachando los diversos correos que habían de ser portadores de la Resolución del Gobierno. Se daban las instrucciones consiguientes para el acto de la capitulación, y como ya no quedara más que hacer al Gobierno Provisional, pues el resto estaba á cargo de los Jefes respectivos, éste celebró su sesión final como á las dos de la tarde del día 28 de Mayo, declarándose disuelto y dejando á cada uno en libertad para obrar según creyera más conveniente á sus fines particulares.

Mármol y el Secretario Figueredo partieron esa misma tarde hacia Santiago de Cuba. Serían las cuatro de la tarde cuando pasaban por Miranda y se les incorporaba el Brigadier Ochando que siempre fino y atento quiso acompañarlos hasta San Luis.

Después de un difícil ascenso coronamos una eminencia, y atendiendo á las indicaciones de un guerrillero cubano que, entre otros, nos acompañaba, desviamos nuestro caballo del camino y nos detuvimos sobre el borde del precipicio que formaba á sus pies la montaña.

¡Qué escena se presentó á nuestros ojos! ¡Nuestros sentidos asaltados ese día por tantas y tan variadas impresiones, fueron heridos en ese momento por un espectáculo por demás conmovedor!

Me he detenido sobre aquel precipicio, atraído, quizás, por una fuerza incontrastable que pretendía detenerme en mi fuga y lanzarme en lo que ya yo miraba como un abismo.....!

Volví la vista hacia nuestro campo: lo medí con indecible ansiedad en toda su extensión. La inmensa llanura, interrumpida tan sólo de vez en cuando por pequeños bosquecillos, donde Maceo con sus ginetes había imperado por tantos años, se dilataba hasta perderse en el horizonte hacia el Oeste. A derecha é izquierda se divisaban dos hilos de plata que la atravesaban en toda su extensión. Uno era el Barigná, á la izquierda, que bullicioso solicitaba la afluencia del Cauto, mientras el Sojo, á la derecha, iba á confundir sus cristalinas aguas con el Mayarí hacia el Norte. Al extremo de la planicie, hacia Bio, descubrí una leve columna de humo que ascendía en el espacio, marcando el lugar de nuestro último vivac. Tal me parecía que de aquellos matorrales, que era lo que semejaban los bosques desde la altura en que los dominaba, brotaban grupos de hombres harapientos, cansados, extenuados, que me pedían retrocediese en mis pasos, que volviese á ellos, que representaban la miseria á la vez que la dignidad y grandeza de nuestra causa! ¡Ojalá los hubiera descubierto, que orgulloso habría volado en su auxilio á vivir pobre, miserable con ellos, ó á morir rodeado del prestigio que aparejа el cumplimiento del deber....! Pero ya aquel campo estaba desierto: sólo la Naturaleza en su pujante hermosura quedaba allí como testigo mudo del drama más grandioso en que había tomado parte el pueblo cubano.....!

Mientras abstraído en mis tristes reflexiones, fascinado por aquella alucinación, dos gruesas lágrimas surcaban mis mejillas, y de mi éxtasis me había hecho volver el canto de la brisa en los gigantes árboles que me rodeaban, en su concierto, dominado por la ilusión que me envolvía, creí escuchar una voz de mujer que como al de las Alpujarras me repetía:

"Haces bien en llorar como mujer el pueblo que no has sabido defender como hombre.....!" ¿Sería la voz de mi madre?

Retrocedí materialmente horrorizado! Al volver violentamente mi caballo, el machete de mi querido compañero el Coronel Ríus Rivera, azotó mi pierna. Volví en mí y pensé que estaba á punto de no cumplir su encargo. Eché pie á tierra; me desabroché el cinto y mientras me inclinaba, la brisa que con furia se precipitaba en el abismo, pretendió arrebatar mi sombrero de yarey. Me descubrí inconscientemente: desnudé la cortante hoja partiendo con ella, en tres partes, la vaina que por tanto tiempo la había envuelto, y con el mismo instrumento abrí una zanja en una tierra dúctil, que se prestaba á facilitar la operación, y con un esfuerzo sobrenatural, después de varias intentonas, y de tenaz resistencia de parte del acero, logré partir el machete en tres pedazos.....

Descubierto, de rodillas, involuntariamente, me postré ante aquella obra que para mí era majestuosa. ¿Oraría sin tener conciencia de ello? Enterré los fragmentos de aquella arma que había sido blandida por una mano tan generosa como valiente: estuve inclinado sobre la fosa algunos instantes, volví al fin de mi éxtasis! Salté sobre mi caballo y, á la carrera, desaparecí por el camino haciendo un esfuerzo por alcanzar á mis compañeros. ¡El sol acababa de hundirse en Occidente....!

Al oscurecer entrábamos en San Luis, término del ferrocarril de Santiago de Cuba, donde fuimos obsequiados por el Coronel Sr. Martín Pérez y especialmente por el teniente coronel Rodón, que después de su herida en el asalto del barranco al fondo de la montaña del Caobal, acababa de ser ascendido á Teniente Coronel. Una bala de Remington, que conservaba y nos mostraba con orgullo, le había atravesado el pecho, implantándosele en el homóplato, de donde le había sido extraída por la ciencia. Hoy su herida estaba cubierta por reluciente cruz.

Pasamos la noche en San Luis y al día siguiente tomábamos el tren para el Cristo, donde fuimos recibidos por S. E. el Capitán General Martínez Campos. Siempre obsequioso, siempre atento, para facilitar nuestro transporte dispuso que un tren expreso nos trasladara á Santiago de Cuba. Con gran sorpresa nuestra al partir el tren el mismo General con su comitiva, vino al andén á despedirnos. Cuando se descubría y cortésmente estrechaba nuestra mano, le recordamos la promesa que nos había hecho de poner en libertad á Tomás Estrada Palma y á Calixto García Iñiguez, que por motivo de la actitud de Oriente permanecían aún cautivos. El General nos contestó:—"Hoy mismo pediré por telégrafo su libertad."—Pocas horas después, á través de tanta distancia, el genio de Morse restauraba á la vida de los hombres libres esos dos preclaros varones...!

Un ayudante del Capitán General—el Teniente Coronel Ponfil—me acompañó á bordo del vapor *Manuelita y María*, de la línea de Herrera. Allí se me unieron mi esposa y mi niño, que me habían precedido en la capitulación. Antes de zarpar se nos presentó un obsequioso oficial á despedirnos en nombre del Comandante General Sr. Dabán.

.....

La chimenea empezó á arrojar bocanadas de humo. Se soltaron las amarras del muelle y el vapor lanzó un ronco y prolongado grito: y con un movimiento del hélice nos alejamos de aquella infortunada tierra de mis ensueños, sumido yo en las más hondas y tristes reflexiones!.....

FIN